

Obras del Místico Doctor

San Juan de la Cruz.



Noche oscura del alma.

John of the Cross, Saint, 1542-1591.
Obras del Místico Doctor

San Juan de la Cruz

EDICIÓN CRÍTICA

y la más correcta y completa de las publicadas hasta hoy
con introducciones y notas del

Padre Gerardo de San Juan de la Cruz,

Carmelita Descalzo.

y un epílogo del

Excmo. Sr. D. Juan Vázquez de Mella.

*Fray Juan de la Cruz..... es
muy espiritual y de grandes
experiencias y letras.*

(SANTA TERESA, CARTA CCXIX.)

TOMO SEGUNDO



TOLEDO—1912

IMPRENTA, LIBRERÍA Y ENCUADERNACION DE VIUDA É HIJOS DE J. PELÁEZ
COMERCIO, 55, Y LUCIO, 8, TELÉFONOS 31 Y 32



Es propiedad.

Queda hecho el depósito
que marca la ley.



Arzobispado de Toledo.

Por lo que á Nos corresponde, y teniendo en cuenta el informe favorable del Censor, concedemos nuestra licencia para que pueda imprimirse y publicarse el segundo tomo de la obra titulada **Obras de San Juan de la Cruz**, que desea publicar el Reverendo Padre Gerardo de San Juan de la Cruz, Carmelita Descalzo.

Hágase constar esta licencia al principio de cada uno de los ejemplares, y remítanse dos de los mismos á nuestra Secretaría de Cámara y Gobierno.

Lo decretó y firma Su Eminencia Reverendísima el Cardenal Arzobispo, mi Señor, de que certifico.

† El Cardenal Arzobispo.

Por mandado de Su Emcia. Rvdma.

Dr. Antonio Alvaro, Arcediano,

Secretario.

J.†M.

*Nos Fray Ezequiel del Sagrado Corazón de Jesús,
Prepósito General de los Carmelitas Descalzos.*

*Vista la censura favorable de dos teólogos de la Orden, damos con gusto nuestra licencia al Reverendo Padre Fray Gerardo de San Juan de la Cruz, Sacerdote Profeso de nuestra Provincia de Castilla, para que, **servatis servandis**, publique el segundo tomo de la edición de las Obras de Nuestro Padre San Juan de la Cruz, esperando que ha de ser de mucho provecho, especialmente para las almas que tratan de perfección.*

Roma 8 de Octubre de 1912.

Fray Ezequiel del Sagrado Corazón de Jesús,
Prepósito General.

Fray Elías de San Ambrosio,
Secretario.

Advertencia acerca del Epílogo.

Próxima á publicarse la presente edición, se rogó al incomparable Menéndez y Pelayo (q. D. h.) se dignara autorizarla con su firma. Como era tan entusiasta admirador de los escritos de San Juan de la Cruz (según á todos es notorio), accedió gustoso á la petición, prometiendo escribir un Epílogo, en el que compendiaría la doctrina del Místico Doctor, y diría dos palabras de elogio acerca de las mejoras introducidas en esta edición.

La razón de prometer un Epílogo y no un Prólogo como se deseaba, la dió al que escribe estas líneas diciendo: «Estoy de tal manera abrumado de trabajos, que me es absolutamente imposible dedicarme á estudiar el asunto con la seriedad que requiere; porque entienda usted que no me gusta escribir una vulgaridad; tengo una fama inmerecida, es verdad, mas quiero conservarla.

Para hacer, pues, ese estudio, necesito leer de nuevo las Obras de San Juan de la Cruz, y meditar sobre ellas. Por otra parte, saliendo éstas muy diferentes de como andan impresas, tengo que atenerme á su texto; y no es cosa de que, dejando á un lado mis trabajos literarios, me ponga ahora á leer manuscritos. Váyalas usted publicando, y envíeme los tomos; así las podré leer detenidamente, y al mismo tiempo iré desembarazándome un tanto de mis innumerables ocupaciones, para poder complacer á usted.»

Arrebatado por la muerte no pudo realizar sus propósitos.

En vista de esto acudimos al gran tribuno español D. Juan Vázquez de Mella, profundísimo conocedor de la literatura patria, quien suplirá al eminente polígrafo en este interesante trabajo.



Adiciones al tomo I de estas Obras.

Breve compendio de la eminentísima perfección cristiana.—

De esta obra se habló latamente en la pagina XXXIII y siguientes del tomo anterior, donde demostré, que ni es de San Juan de la Cruz, ni tampoco del Padre Gabriel Navarro, que se la apropió á sí mismo. Después he descubierto que se publicó como original del Venerable Juan Falconi, en la edición de 1783. (Véase el tomo segundo de sus Obras, al fin). Atrévome á afirmar que tampoco es de este sujeto; me fundo en la razón siguiente: La obra ha debido ser compuesta, á más tardar, en 1610, como dije en otra parte. (Véase la pág. XLI). Ahora bien, contando en esta época solos catorce años el religioso varón (pues según afirman sus historiadores, nació en 1596) (1), no es creíble que sea el autor de dicho tratado. Y aunque de gracia concediera que la obra se escribió cinco años más tarde, tampoco en esta suposición puedo creer que el Padre Falconi la haya compuesto. Contando solamente diecinueve años, y no habiéndose ejercitado en la dirección de las almas, no se comprende que se atreviera á escribir de altas especulaciones místicas. Además, si esto fuera verdad, ¿no lo hubieran notado como una cosa extraordinaria sus biógrafos? Por otra parte, ¿cómo siendo obra de un novel en la ciencia teológica, iba á despertar tanto anhelo por hacerse con una copia de ella y más en religiosos de distinta Orden que la suya? (Véase la pág. XXXIII del tomo I.) ¿Y cómo es, finalmente, que ninguno de los manuscritos de que se tiene noticia lleva su nombre?

Del mismo Libro he hallado tres códices después de escritos los *Preliminares* de estas Obras; dos no llevan nombre de su autor, y el otro pone al fin la siguiente nota: «Un pecador, religioso Carmelita Descalzo, escribió este tratado, con pensión de que el siervo ó sierva de Dios que usare de él le ha de encomendar á Nuestro Señor que le haga bueno.» A mi juicio, aquí no se trata del autor, sino simplemente del copista de aquel códice; por eso no dice, que todos los que leyeren la obra le encomienden al Señor, sino, *el siervo ó sierva de Dios que usare de él*, refiriéndose indudablemente á la copia que había hecho.....

El verdadero autor de tan famoso Escrito me parece que es el apostólico varón Hernando de Mata (1554-1612). A las razones que alegué en el primer tomo (las que por sí solas no me parecieron suficientes para adjudicarle la paternidad de él), hay que añadir otra de gran peso, y es, que el Padre Pedro de Jesús María, Monje Basilio Reformado, le publicó como parto legítimo de dicho sujeto al fin de la Vida que de él escribió, impresa en Málaga el año de 1663.

Fundamento de nuestra corrección.—En el artículo que lleva este epígrafe demostré que las obras del Santo no se imprimieron con fidelidad á su texto original. Las razones y documentos que alegué son más que suficientes para probarlo hasta la evidencia. Sin embargo, no estará demás, que verdad de tanta importancia la corrobore con la autoridad de dos obras Carmelitanas. Es la primera, la *Recreación espiritual* de la Venerable Madre Feliciana Eufrosina de San José, Carmelita Descalza en Zaragoza, impresa al final de su misma Vida, escrita por

(1) La *Biografía eclesiástica* dice que nació en 1594; pero más fe sin duda merece la *Bibliotheca hispana* de Nicolás Antonio, y el *Compendio de la Vida del Siervo de Dios*, sacado de las Informaciones para su beatificación.

D. Miguel de Lanuza, Protonotario de Aragón. El segundo de los dos Diálogos de que consta dicha obra está tomado á la letra en su mayor parte de los escritos de San Juan de la Cruz, especialmente de la *Llama de amor viva*. El texto lo trae, no conforme á las ediciones, sino á los manuscritos. De manera que los códices que usaba esta Venerable son un nuevo testigo que depone en favor de la causa que defiende. Que copiara de manuscritos los trozos que inserta en su libro, no cabe la menor duda, puesto que según ella misma asegura le terminó en 1604, catorce años, por consiguiente, antes que salieran á luz las Obras del Santo. A más de esto, debo notar que en esta obra se halla un nuevo testimonio de la autenticidad del segundo capítulo inédito que publiqué en el libro tercero de la *Subida del Monte Carmelo*, pues le transcribe casi todo él, tomándole indudablemente de los manuscritos de las Obras del Místico Doctor (Véase lo que diré en las *Cartas*, tom. III).

La segunda obra es la *Teología Mística, y espejo de la vida eterna, por el cual son encaminadas las almas que desean alcanzalla*, escrita por el Padre Inocencio de San Andrés, Carmelita Descalzo. Los trozos que de los Libros del Místico Doctor en ella se transcriben, están conformes en todos los puntos esenciales con el texto que yo he publicado (Compárense los capítulos 19, 20 y 21 del Tratado III con el 11, 12 y 13 del Libro III de la *Subida* (1)).

Adiciones á este tomo II.

Llama de amor viva.—Acabados ya de imprimir los dos textos que de esta obra publico en el presente volumen, he hallado en las Carmelitas Descalzas de Córdoba dos manuscritos antiguos. Uno es de la primera redacción y el otro de la segunda, lo que viene á confirmar una vez más que el Santo escribió dos veces este Libro. Cotejados con los manuscritos de que me he servido para la impresión de una y otra Llama, los he hallado uniformes en las cosas esenciales.

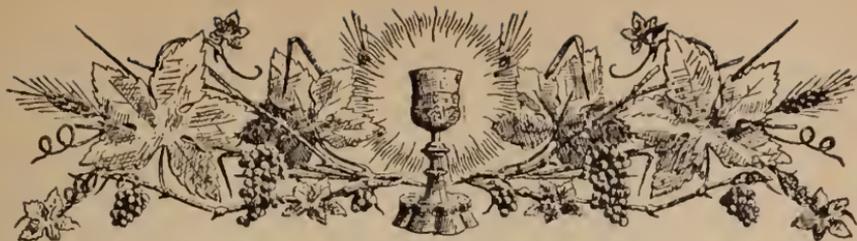
(1) El Padre Inocencio fué natural de Tafalla, en el Reino de Navarra, y profeso del noviciado de Pastrana. Mereció contarse entre los fundadores del Convento del Calvario, y ayudó á San Juan de la Cruz en la fundación del Colegio de Baeza. Con él asistió también como socio al Capítulo de Alcalá. Pasó á mejor vida en Granada, año de 1620. Resplandeció especialmente por su mansedumbre, inocencia de vida, retiro del mundo, celo de las almas y espíritu de oración. En la ciencia Mística fué uno de los discípulos más aprovechados del Reformador del Carmelo, como lo revela muy á las claras su obra, la que es en verdad de un mérito extraordinario, tanto por la erudición, como muy singularmente por el buen gusto que campea en toda ella. Corre ésta impresa á nombre de Andrés Lacarra y Cruzate, Canónigo Regular. Los historiadores de nuestro Venerable de común acuerdo aseguran, que salió á luz á nombre de un Sacerdote amigo suyo, por no querer él figurar en el mundo científico, y dicen que constaba de tres partes: Tratado de la oración, Tratado de la mortificación y Tratado del hombre interior. (*Reforma de los Descalzos del Carmen*, tomo 4.º, págs. 219 y 919; *Bibliotheca scriptorum Carmelita um Exealeatorum a Patre Martiali a S. Joanne Baptista*, 213, etc. Véase también Nicolás Antonio, *Bibliotheca hispana*, art. «Inocencio») Los mismos y con iguales títulos contiene el libro de Lacarra y Cruzate. Consta, además, ser esta la obra de Fray Inocencio, por las expresiones que hay en ella, que denuncian haber sido compuesta por un Carmelita Descalzo, pues cuando habla de Elias y Eliseo, les dá el título de *mi Padre y nuestro Padre*, como se ve en los textos siguientes: «A la manera que *mi Padre, el Profeta Eliseo*, tocando con la capa de *mi Padre Elias* las aguas del río Jordán» (fol. 17). «Pues *mi Padre Elias*, para hablar con Dios, cubrió su rostro» (fol. 38 vto.) «Y á nuestro Padre *Elias* no se le descubrió Dios en el viento recio» (fol. 134.) «Como parece que lo hacía *mi Santo Padre Elias*» (fol. 8 vuelto del tratado tercero.) Lo propio sucede cuando cita á Santa Teresa, llamándola *nuestra Madre*. «Y al mismo propósito *nuestra Santa Madre Teresa de Jesús*» (fol. 122 vuelto del tratado tercero. Véase la edición de Roma de 1615.)

NOCHE OSCURA

por el

Místico Doctor San Juan de la Cruz.

(Comprende la purgación pasiva del sentido y del espíritu.)



Introducción á la Noche oscura.

I

Objeto de este Libro.

TRATA la NOCHE OSCURA de la purgación pasiva, á la cual podemos llamar *la obra de Dios en el alma*; no porque sea exclusivamente suya y la criatura quede reducida á un absoluto quietismo, sino porque el divino poder interviene en ella de un modo extraordinario, y también, por relación á la purgación activa, que se dice ser obra del alma.

La necesidad de dicha purgación para las almas que aspiran á ser admitidas al tálamo del Divino Verbo es bien manifiesta, pues evidente es, que sólo Dios puede preparar un corazón digno de sí; y gran verdad encierran aquellas palabras que nuestro Santo dirige al Señor diciendo: «¿Cómo se levantará á Ti el hombre engendrado y criado en bajezas si no le levantas tú, Señor, con la mano que le hiciste?» (1) Necesitan, pues, tales almas que Dios las purifique y levante del polvo de su vileza antes de unir las consigo, todo lo cual es obra de la NOCHE OSCURA. Entradas en ella, comunicas Dios un rayo de su Divina lumbre, al resplandor del cual contemplan la grandeza de sus pecados; ven al ojo un sin número de imperfecciones que

(1) *Oración del alma enamorada*.—En otra parte escribe el mismo Santo: «Porque por más que el alma se ayude, no puede ella por su industria activamente purificarse de manera que esté dispuesta en la menor parte para la Divina unión de perfección de amor con Dios, si él no toma la mano y la purga en aquel fuego oscuro para ella.» (*Noche oscura*, Canción 1.ª, verso 1.º, página 13.)

antes se escaparon á su vista natural; y conocen muy á las claras estar poseídas de muchos afectos desordenados, de que no han podido desnudarse, á pesar de los esfuerzos que han hecho en la purgación activa para vaciar su corazón de todo lo terreno. A la claridad de esa divina luz palpan también su natural bajeza y cuánto dista el hombre, por muy limpio que se halle, de la alteza de Dios. Esa misma lumbre, derivada de lo alto, no sólo baña en resplandores el entendimiento de tan felices almas, sino que también, á manera de ardorosa llama, prende en su corazón y le consume la herrumbre de sus imperfecciones, y penetrando más en lo interior de él, le comunica sus divinas propiedades.

Explicar cómo lleve Dios á cabo esta purificación, y dar reglas á las almas cómo deben haberse para no estorbar la operación divina que las ha de enriquecer de bienes inefables, es lo que se propone el Santo en el tratado de la NOCHE OSCURA, el cual divide en dos partes: NOCHE OSCURA DEL SENTIDO y NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU. Trata en la primera de la purgación pasiva del sentido, ó, hablando con más rigor, *«de la reformación y enfrenamiento del apetito»* (1). Comienza para esto mostrando las muchas imperfecciones que tienen los principiantes en los siete vicios capitales, á fin de que, *«entendiendo ellos la flaqueza del estado que llevan, se animen y deseen que les ponga Dios en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes, y para los inestimables deleites del amor de Dios»* (2). La pintura que hace de los vicios de los imperfectos es viva y animada, graciosa á las veces, abundante en profundas observaciones psicológicas, y saturada de un grato sabor realista, que demuestra el conocimiento práctico que el Santo tenía de las almas. Estos capítulos, según dice un escritor moderno, nos revelan la gran potencia de su genio, y son bastante motivo para que se le reconozca como el más grande maestro de espíritu (3).

Mostradas á los principiantes sus imperfecciones, trata de la feliz Noche en que han de comenzar á purificarse de todas ellas. Con-

(1) Página 56. En otro lugar escribe: «La purgación del sentido sólo es puerta y principio de contemplación para la del espíritu, que, como también habemos dicho, más sirve de acomodar el sentido al espíritu, que de unir el espíritu con Dios», pág. 53.

(2) Página 6.

(3) *«Sono sei capitoli che rivelano tutta la potenza del genio del nostro mistico Dottore e che da soli sarebbe bastati e bastano perché Egli sia riconosciuto come il più grande di tutti i maestri di spirito.* (Edición italiana de las Obras del Santo, hecha en 1912 por el Sacerdote Paolo Toth, pág. LXXXII del tomo I.)

siste ésta en una contemplación árida y purgativa que Dios les infunde (1), con el fin de destetarlos de los pechos del jugo y sabor sensitivo, á que ellos andaban muy arrimados, para que así se acostumbren á otro manjar más sólido, que los hará crecer más en la virtud. Pone luego el Místico Doctor tres señales por las que han de conocer las almas si la sequedad que padecen proviene de la contemplación en que Dios comienza á entrarlas, ó de tibieza, ó de indisposición corporal. La primera consiste en advertir que no hallan gusto ni consuelo en cosa alguna criada. La segunda en sentir que traen ordinariamente la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no le sirven, sino que vuelven atrás. La tercera en ver, que no pueden ya meditar ni discurrir, aprovechándose del sentido de la imaginación como antes solían (2). Enséñales después el Santo cómo se han de haber en estas sequedades, que es procurar no discurrir, teniendo una atención quieta y amorosa á Dios, y termina la NOCHE DEL SENTIDO poniéndoles delante los grandes provechos que de ella se les seguirá, si sufren varonilmente sus penalidades, los cuales son, profundo conocimiento de sus miserias y de la alteza de las perfecciones divinas, destierro de los vicios capitales y crecimiento en las virtudes que á ellos son contrarias, ordinaria memoria de Dios y vivas ansias de amarle, con otras muchas virtudes largas de enumerar.

Sigue la NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU, blanco á donde principalmente dirige su pluma el Místico Doctor, «por haber de ella, como dice, muy poco lenguaje, así de plática como de escritos, y aun de experiencia muy poco» (3).

En esta dichosa noche no entran las almas luego que han salido de las sequedades y aprietos de la anterior, sino que, como dice el Santo, suele pasarse harto tiempo, y aun años, antes que Dios en ella las meta (4). Como padre amoroso y providente las prepara en ese intervalo para las terribles pruebas porque han de pasar, regalándolas para esto con celestiales mercedes, consuelos, éxtasis y revelaciones. Así dispuestas, las entra en esa oscura, horrenda y tempestosa

(1) Páginas 25, 30, 34, etc. Véase también la *Médula mística*, del Padre Francisco de Santo Tomás, C. D., trat. IV, cap. VIII, n.º 42, y *Des graces d'oraison* del P. Poulain, S. J., pág. 202 y siguientes de la edición de 1909, obras en que se expone el verdadero concepto de la noche del sentido según la mente del Santo.

(2) Página 28 y siguientes.

(3) Página 26.

(4) Página 51.

tuosa noche del espíritu, donde las aflicciones que en ella padecen, especialmente las almas que á gran perfección quiere Dios levantar, son tan hondas, que no hay penas en este mundo á que las poder comparar. Robado el gusto y sabor espiritual á la parte sensible, oscurecido con espantosa tiniebla el entendimiento, puesta en terrible aprieto la voluntad y cercada de grande aflicción y angustia la memoria, hállanse rodeadas por todas partes de dolor, y miran cerradas todas las puertas por donde les entraban sus alegrías. Auméntales estas penas el recuerdo de su pasada felicidad, la que juzgan se acabó ya para ellas, y se las amarga también muy mucho el verse como impotentes para elevar su corazón á Dios. No son estos trabajos, á pesar de ser tan grandes, los mayores que padecen. La aflicción para ellas más terrible les nace del profundísimo conocimiento de sus miserias y pecados. El mirarse por una parte sumamente abominables delante de Dios, y el sentirse por otra como abandonadas y desechadas de él para siempre (de lo que se juzgan muy dignas), es un tormento indecible para su corazón. Cuando tal pena sufren bien pueden decir, que Dios ha descargado sobre ellas las olas de todas las tribulaciones, y que se ven rodeadas y cercadas de los dolores de la muerte y del infierno (1).

La causa principal de todos estos aprietos es la contemplación infusa, la cual, por embestir aquí en el alma con más fuerza que en la NOCHE DEL SENTIDO, la hace penar más terriblemente. No nace, sin embargo, directamente de ella la pena, sino de las disposiciones del sujeto que la padece, las cuales son contrarias á sus propiedades (2).

Los efectos que esta luz infusa causa en las almas que no ponen obstáculo á su operación, son admirables. Consúmeles por completo la escoria de sus hábitos imperfectos (cosa que no pudo hacer la purgación del sentido) (3) fortifica la parte sensible, para que no desfallezca como antes en los recibos del cielo, vacía sus potencias de las aprensiones de objetos terrenos, para llenárselas de noticias de los

(1) Con otros muchos géneros de penas acostumbra Dios purificar á las almas escogidas, como son, visiones y atormentamiento de demonios; tentaciones violentas de impureza, infidelidad y blasfemia; enfermedades, deshonras, desprecios, persecuciones de los buenos, etc. Estas pruebas son, como dice un autor, partes variables y accesorias de la purificación. (Sudreau, *Los grados de la vida espiritual*, tomo 2.º pág. 282 de la edición de Barcelona, 1906.) Por eso el Místico Doctor no habla de algunas de ellas, y se ocupa principalmente de las arriba nombradas, que son, por decirlo así, la parte esencial de la noche del espíritu.

(2) *Llama de amor viva*, Canc. 1.º, ver. 4.º

(3) Páginas 53 y 56.

divinos, adelgaza su espíritu á fin de que pueda percibir el sabor de las cosas celestiales, alumbrá su entendimiento, enriquece su memoria con santos recuerdos, y pone en su voluntad una grande inflamación de amor, diferentísima de la que se dijo en la noche del sentido, y tan superior á ella como lo es el alma al cuerpo, la parte espiritual á la sensible (1). Juntamente con esto adorna al alma con una hermosa librea de tres colores, con la cual disfrazada, puede subir por la secreta escala de la contemplación á lo alto de la unión de amor, sin que sus tres enemigos, mundo, demonio y carne, puedan descubrirlo é impedirlo el paso (2).

Estas son, en suma, las materias que explica el Místico Doctor en la NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU. Noche que pinta con todas sus penalidades y lobregeces de la manera más admirable que nadie lo haya hecho. Siendo de esto la causa el haber pasado su alma por todas ellas, y al mismo tiempo el profundo conocimiento que tenía de los arcanos de las Divinas Escrituras.

A este tratado seguían otros dos en que explicaba, según lo prometió en el Argumento, varios y admirables efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios. Mas, desgraciadamente, no se hallan en ninguno de los códices que existen de su obra, ni se encontraban tampoco en todos aquellos de que la antigüedad nos ha dejado memoria. ¡Pérdida irreparable que nunca lamentaremos bastante! (3).

(1) Páginas 85 y 92.

(2) Página 109 y siguientes.

(3) En el primer volumen prometí tratar la cuestión, de si el Santo terminó el Libro de la NOCHE OSCURA, y pareciéndome este lugar oportuno, voy á escribir dos líneas sobre ella, no queriendo extenderme por no repetir los mismos argumentos. Es mi opinión, que el Místico Doctor le concluyó; pues no es creíble que empezara á componer otros libros sin haber terminado primero éste. Y aun dado caso que lo hiciera, tiempo tuvo después muy sobrado, según probé en otra parte, para concluirle. Pruébese además que verdaderamente le acabó por lo que dice en el Prólogo de la *Llama de amor viva*, donde escribe: «Aunque en las Canciones que arriba declaramos hablamos del más perfecto grado de perfección á que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas Canciones tratan del amor ya más calificado». En estas palabras, según el parecer autorizado de Fray Andrés de la Encarnación, hace el Santo referencia á las Canciones de la NOCHE OSCURA; y en este supuesto, de ellas se colige que la ha concluído; pues dice haber declarado Canciones que tratan de la transformación del alma en Dios, que son precisamente las que hoy se hallan sin declarar.

Opine cualquiera lo que le plazca sobre el valor de estos argumentos, yo seguiré creyendo siempre que San Juan de la Cruz declaró todas las Canciones de la NOCHE OSCURA, abrigando al mismo tiempo una muy fundada y triste convicción de que la explicación de las últimas jamás la llegará á leer ninguno de los mortales.

Para suplir en parte esta falta publicaré como Apéndice en el volumen III los Comentarios de la insignie Cecilia del Nacimiento, Carmelita Descalza, á diecisiete liras (de las que es también autora) sobre la noche oscura del alma, obra de tan alta penetración mística y exquisito gusto literario como verán mis lectores.

II

División.

En dos libros aparece dividido en las impresiones el tratado de la NOCHE OSCURA: no lo dividió así su Venerable Autor, sino simplemente en NOCHE OSCURA DEL SENTIDO y NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU, sin dar á ninguna parte el título de libro. La noticia no es de mucha importancia, pero merece consignarse.

Por lo que toca á la división en capítulos con que hasta ahora se ha impreso, tampoco es suya. Hé aquí cómo aparece dividida una y otra Noche en todos los manuscritos, excepción hecha de uno (1):

NOCHE OSCURA DEL SENTIDO.—Después del *Argumento*, las *Canciones* y una especie de *Advertencia*, pone el Autor la primera canción y la declara en general: á esta *Declaración* siguen ocho párrafos distintos con un encabezamiento de lo que tratan, que es de las imperfecciones que tienen los principiantes en cada uno de los pecados capitales. Vuelve luego á repetir el primer verso, entrando ya propiamente en su declaración, la cual comprende tres párrafos, que van sin numerar: el primero no lleva título, los otros dos sí (2). Hecho esto, explica brevemente, y por separado, los versos segundo y tercero. La explicación del cuarto la divide en dos párrafos, el segundo de los cuales encabeza con un sumario de lo que trata. Expone finalmente el verso quinto, y termina con esto la NOCHE DEL SENTIDO.

NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU.—La división de esta segunda noche es menos embarazosa que la anterior. Pone en un principio, como preludeo, dos párrafos con sus títulos correspondientes; sigue la *Anotación* de la primera estrofa, y á continuación explica las canciones por el mismo método que las del Cántico espiritual y la Llama de amor viva, sin poner sumario ni hacer división alguna en la explicación de los versos, no obstante de ser, por lo general, muy extensa.

(1) Este es el que poseen los Carmelitas Descalzos de Toledo. Se diferencia de los demás en dividir la NOCHE DEL SENTIDO en capítulos, en tanto que los otros lo hacen en párrafos. Esta división, sin embargo, no la continúa hasta el fin, pues desde el capítulo décimo la abandona, siguiendo en todo lo restante del tratado la división de los otros códices, con los cuales está conforme también en dividirlo en NOCHE OSCURA DEL SENTIDO y NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU.

(2) Por ser continuación del mismo verso, se ha seguido la numeración de los párrafos. Así lo hace también el Manuscrito de Sevilla.

Estas divisiones de una y otra parte de la Obra, hechas por el Autor, hubiera yo absolutamente conservado, á no habérmelo impedido poderosos motivos. Por lo que toca á la NOCHE DEL ESPÍRITU, no obstante la sencillez de su división, hubiera resultado sumamente pesada su lectura. Versos hay cuya explanación comprende doce, dieciocho y hasta veintiséis páginas. De ponerlos sin partición ni sumario alguno de lo que tratan, además de fatigar al lector, tendríamos el inconveniente, de que esta parte no guardaría uniformidad con la primera.

En cuanto á la NOCHE DEL SENTIDO, no habiéndose hecho en ella otra cosa que poner numeración á varios párrafos y á dos de ellos encabezamiento (al *nono* del primer verso y al *único* del verso quinto) creo era bastante razón para obrar así el que todos fueran uniformes.

La división de toda la obra es sencillísima, á mi entender, pues se reduce á lo siguiente: Tanto una *noche* como otra se divide en Canciones; éstas en versos, y éstos, á su vez, cuando la explicación es larga, en párrafos.

He conservado también la división de capítulos que hacían las ediciones anteriores (3), con el fin de facilitar á los estudiosos y críticos el que puedan comparar el texto de aquéllas con el de la presente.

En todo esto no he procedido arbitrariamente, sino que he seguido (como en algunas otras cosas), el sabio dictamen del Padre Fray Andrés de la Encarnación, expuesto por él en las siguientes palabras: «La partición, escribe, de los dos libros de la Noche oscura, podía ser en canciones y versos; y cuando la declaración de éstos es larga, dividir cada una de estas declaraciones en los párrafos que convenga, al modo que se hizo en la canción tercera de la Llama. El partir en párrafos, es práctica del Santo en alguna parte; y de este modo se sigue en todo su intento. No quita esto se pongan los títulos que hay ahora donde están; sólo que se deben llamar párrafos, no capítulos. Y para no olvidar del todo lo antiguo, donde se hallan aquellos títulos, ó donde hoy empiezan los capítulos, se puede poner esta margen: «Cap. I, II., etc.», sin decir en la margen más: que así lo han practicado los Maurinos con diversas obras de Santos Padres, si no estoy trascordado (1).

(1) Esto es lo que indica la línea que va entre paréntesis debajo de cada párrafo.

(2) *Notas para una edición corregida de N. P. San Juan de la Cruz*, en el papel que lleva por título *Variantes y enmiendas*.

III

Manuscritos consultados para corregir este Libro.

Firme en mi propósito de dar al público el texto de los escritos del Místico Doctor con la mayor corrección posible, he consultado, en defecto de los originales, cuantos manuscritos he podido hallar del tratado de la NOCHE OSCURA. Afortunadamente se conservan bastantes, y casi todos ellos son completos. De los que tengo noticia, y con los que he comparado el texto que hasta aquí corría impreso, son los siguientes:

1.º *El Manuscrito 3.446 de la Biblioteca Nacional.*—Contiene solamente el tratado de la NOCHE OSCURA, y es, á mi juicio, el más correcto de todos los traslados que conozco. Perteneció á los Carmelitas Descalzos de Sevilla, del Convento de los Remedios, quienes hicieron donación de él á nuestro Archivo general. Por eso le cito con el título de *Hispalense*.

2.º *El Manuscrito 12.658.*—De los escritos del Santo no contiene más que la NOCHE OSCURA y alguna poesía dudosa. Es también bastante correcto. Lo adquirió en Madrid para el Archivo de la Orden Fray Andrés de la Encarnación. Le conocerá el lector con el nombre de códice *Matritense*.

3.º *El Manuscrito 8.795.*—Excepto el libro de la *Subida del Monte Carmelo*, se encuentran en él todos los tratados del Místico Doctor, aun el de las *Espinas de espíritu*. Fué de las Carmelitas de Baeza, quienes lo regalaron al Archivo general. Se cita con el nombre de su primera procedencia.

4.º *El Manuscrito 18.160.*—Vino á la Biblioteca Nacional de la librería de Gayangos. Contiene tres de los tratados de San Juan de la Cruz, y además cuatro capítulos de la *Subida del Monte Carmelo*. (Véase la pág. 21 del tomo I de estas Obras.) Se cita con el nombre de su antiguo poseedor.

5.º *El Manuscrito 13.498.*—De éste se habló en la pág. 20 del primer tomo. Se debe notar que la NOCHE OSCURA no la trae compendiada, como la *Subida*, sino completa. Fáltale, sin embargo, media hoja del párrafo que trata de la lujuria espiritual, la que ha sido cortada de propósito.

6.º *El Manuscrito 6.624.*

7.º *El Manuscrito de los Carmelitas Descalzos de Alba de Tormes.*

8.º *El Manuscrito de las Carmelitas de Pamplona.*—Tanto de éste como de los tres anteriores, se dió noticia en el tomo I, páginas 19 y 20.

9.º *El Manuscrito 12.411.*—Contiene varios escritos del Santo. La NOCHE OSCURA la trae compendiada. Le poseyeron en un principio los Carmelitas de Ecija, quienes hicieron graciosa donación de él al Archivo general de la Descalcez. Se le citará con el nombre del Convento á que perteneció.

10. *Un códice que poseen las Carmelitas Descalzas de la ciudad de Toledo.*—Contiene, además de la NOCHE OSCURA, la LLAMA DE AMOR VIVA. Tiene pocas y ligeras incorrecciones.

11. *Otro códice que se halla en el Archivo de los Carmelitas Descalzos de la referida ciudad.*—Hablóse de él en el tomo I, pág. XXXIII. Le faltan varios párrafos, que sin duda omitió el copista por juzgarlos menos útiles para su intento. No son ninguno de los interesantes que ahora por vez primera se dan á luz. A pesar de estos lunares, merece bastante crédito, pues trae el texto varias veces más correcto que algunos de los mejores manuscritos (1).

12. *Copia de los principales trozos que se omitieron en las ediciones de los escritos de San Juan de la Cruz, hecha por Fray Andrés de la Encarnación, y sacada de varios manuscritos antiguos.* (Véase el códice 3.653 de la Biblioteca Nacional) (2).

Todos estos documentos están concordes entre sí en los puntos esenciales, prueba inequívoca de que representan el texto genuino del Místico Doctor.

(1) En el *Catálogo* de los escritores Carmelitanos se pone un Fray Juan de la Cruz distinto del Místico Doctor, del cual se dice (y es el único hecho que se narra de su vida), que escribió un libro intitulado: NOCHE OSCURA DEL SENTIDO Y DEL ESPÍRITU, cuyo manuscrito se conserva en el Convento de Toledo. (*Vide Patrem Martialem a S. Joanne Baptista, Bibliotheca scriptorum Carmelitarum excalceatorum*, tomo I, pág. 230, et *Patrem Bartholomæum a S. Angelo, Catalogus Scriptorum Carmelitarum Excalceatorum*, tomo I, pág. 296.) Es una manifiesta equivocación, pues el manuscrito á que se refieren los citados escritores, necesariamente es el que arriba acabamos de mencionar, porque consta por documentos antiguos no haber existido en los Carmelitas de Toledo otro manuscrito de la NOCHE OSCURA DEL SENTIDO Y DEL ESPÍRITU, que el referido del Santo Padre. En esto mismo reparó ya un erudito Carmelita Descalzo (*Memorias históricas* de Fray Andrés de la Encarnación, tomo IV, letra X, núm. 3.) Debe, por tanto, quitarse de dichos Catálogos ese Fray Juan de la Cruz, que jamás ha existido; así como por el contrario es necesario añadir muchísimos escritores que no están incluidos en ellos.

(2) En el mismo códice se halla un escrito en el que se indican las enmiendas que se habían hecho en el texto que corría impreso, consultando para ello varios manuscritos. Nótanse también las variantes que éstos tenían entre sí. Mas todo este trabajo está hecho de tal manera, que si no es teniendo á la vista el manuscrito que allí se cita (el que por desgracia ha desaparecido), apenas se puede utilizar nada de él. Algún servicio, sin embargo, me ha prestado.

I V

Correcciones y citas.

Correcciones.—Numerosas son las que se han hecho en este Tratado. La mayor parte de ellas atañe tan sólo al estilo, el cual, como se dijo en otro lugar, se pretendió limar en muchos puntos, quitándole con esto el carácter propio del Místico Doctor, y robándole la naturalidad. Algunas se refieren á palabras y sentencias introducidas en el texto con el fin de aclararle, ó de atenuar expresiones que, tomadas á la letra, parecen decir más de lo que pretendió el Autor. Las restantes, que no son pocas, se refieren principalmente á sentencias y párrafos omitidos en todas las ediciones hechas hasta el presente. Estas partes mutiladas son de capitalísima importancia, pues á más de darnos á conocer mejor el carácter y los talentos de San Juan de la Cruz, sirven para entender más claramente su doctrina (1).

Citas.—La uniformidad que, según arriba se dijo, guardan los manuscritos, me excusa el citarlos al pie de las correcciones que se han hecho. Hágolo, sin embargo, cuando hay alguna divergencia entre ellos, y á veces también cuando están mendosos, citándolos por regla general en estos casos con el título indicado en el párrafo anterior. En tres ó cuatro lugares los cito con las abreviaturas siguientes: A. manuscrito de Alba; B. de Burgos; C. de Calatayud; G. de Gayangos; H. el Hispalense; M. de las Madres Carmelitas de Toledo; Matr. el Matritense; P. de Pamplona; T. de Carmelitas de Toledo. En

(1) Acerca de las autoridades latinas de la Sagrada Escritura, debo confesar que he suprimido en los tratados de este volumen menos de las que prometi. Daré la razón de este proceder. El manuscrito á que llama el Santo *borrador*, del primer Cántico y que tiene valor de original, trae bastantes; y estando conformes con él, tanto la edición de Bruselas, hecha sin duda por el códice que llevó allí la Venerable Ana de Jesús, como el manuscrito de las Carmelitas de Jaén y otros, perteneciendo ya al 1.º, ya al 2.º Cántico, se saca en consecuencia, que esos textos latinos los puso el Santo. Ahora bien, observándase lo mismo en los traslados que he visto de la *Subida*, parece indudable que esa misma costumbre debió observar el Autor en la NOCHE OSCURA y *Llama de amor viva*, sobre todo en la primera, por haberla escrito entre la *Subida* y el Cántico, que no es probable mudara de proceder á cada paso.

A pesar de esta razón, las copias que existen de uno y otro Tratado (las cuales son en crecido número), no ponen sino como una media docena de textos latinos, lo que es argumento bastante poderoso en contrario. ¿Será que el Místico Doctor por alguna razón particular no los puso, ó que los primeros que sacaron traslados de los originales los omitieron? Me inclino á creer lo segundo, y por ese motivo he suprimido muchas de esas autoridades. Para saber cuáles debían dejarse he observado que el Santo acostumbra sólo ponerlas (y esto no siempre), cuando cita el texto íntegro en castellano, en otros casos no.

Aquí pongo fin á esta cuestión, la cual, como se ve, no es de gran importancia, y el resolverla en uno ú otro sentido no atañe á la fidelidad de las copias.

cuanto á las citas de las correcciones, adiciones y supresiones, suelo hacerlas lo mismo que en la *Subida del Monte Carmelo*. La letra *a* significa que aquellas palabras ó párrafos se han añadido; la *c*, que se ha corregido aquel pasaje, y la *s*, que se han suprimido algunas palabras interpoladas en el texto. Advierto que no se notan todas las enmiendas, sino solamente las que tienen alguna importancia.

Por lo que toca á las notas, he procurado poner solamente las que he juzgado más indispensables, porque es muy enojoso al lector tener que cortar con frecuencia el hilo de la lectura, y por tener muy presente que el objeto de mi trabajo no es comentar los escritos de San Juan de la Cruz, sino editarlos con la mayor corrección posible.

Toledo, 20 de Septiembre de 1912.

Fray Gerardo de San Juan de la Cruz,

Carmelita Descalzo.



NOCHE OSCURA

Declaración de las canciones del modo que tiene el alma en el camino espiritual para llegar á la perfecta unión de amor con Dios, cual se puede en esta vida. Dicense también las propiedades que tiene en sí el que ha llegado á la dicha perfección, según en las mismas canciones se contiene.

ARGUMENTO

GN este Libro se ponen primero todas las Canciones que se han de declarar; y después se declarará cada una de por sí, poniendo la Canción antes de la declaración, y luego se va declarando de por sí cada verso, poniéndole también al principio. En las dos primeras Canciones se declaran los efectos de las dos purgaciones espirituales: de la parte sensitiva del hombre y de la espiritual. En las otras seis se declaran varios y admirables efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios.

CANCIONES DEL ALMA

- 1.—En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

- 2.—A oscuras, y segura
Por la secreta escala disfrazada,
¡Oh dichosa ventura!
A oscuras, y en celada,
Estando ya mi casa sosegada.
- 3.—En la noche dichosa
En secreto, que nadie me veía,
Ni yo miraba cosa,
Sin otra luz y guía,
Sino la que en el corazón ardía.
- 4.—Aquesta me guiaba
Más cierto que la luz del medio día,
A donde me esperaba,
Quien yo bien me sabía,
En parte donde nadie parecía.
- 5.—Oh noche, que guiaste,
Oh noche amable más que la alborada:
Oh noche, que juntaste
Amado con amada,
Amada en el Amado transformada!
- 6.—En mi pecho florido,
Que entero para él sólo se guardaba,
Allí quedó dormido,
Y yo le regalaba,
Y el ventalle de cedros aire daba.
- 7.—El aire de el almena,
Cuando yo sus cabellos esparcía (1),
Con su mano serena
En mi cuello hería,
Y todos mis sentidos suspendía.
- 8.—Quedéme, y olvidéme,
El rostro recliné sobre el Amado,
Cesó todo, y dejéme,
Dejando mi cuidado,
Entre las azucenas olvidado.

(1) Así dicen los manuscritos, incluso el de Sanlúcar de Barrameda.

COMIENZA LA DECLARACIÓN DE LAS CANCIONES
QUE TRATAN DEL MODO Y MANERA QUE TIENE EL ALMA EN EL CAMINO
DE LA UNIÓN DEL AMOR CON DIOS

Antes que entremos en la declaración de estas Canciones, conviene saber aquí que el alma las dice estando ya en la perfección, que es la unión de amor con Dios, habiendo ya pasado por los estrechos trabajos y aprietos, mediante el ejercicio espiritual del camino estrecho de la vida eterna que dice nuestro Salvador en el Evangelio, por el cual ordinariamente pasa el alma para llegar á esta alta y divina unión con Dios. El cual por ser tan estrecho y ser tan pocos los que entran por él (como también dice el mismo Señor) (Math. VII, 14), tiene el alma por gran dicha y ventura haber pasado por él á la dicha perfección de amor, como ella lo canta en esta primera Canción, llamando noche oscura con harta propiedad á este camino estrecho, como se declara adelante en los versos de la dicha Canción. Dice, pues, el alma, gozosa de haber pasado por este angosto camino de donde tanto bien se le siguió, en esta manera.





NOCHE DEL SENTIDO

CANCIÓN PRIMERA

En una noche oscura
Con ansias en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!
Salí sin ser notada,
Estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN



CUENTA el alma en esta primera Canción el modo y manera que tuvo en salir, según el afecto, de sí y de todas las cosas, muriendo por verdadera mortificación á todas ellas, y á sí misma, para venir á vivir vida de amor dulce y sabrosa en Dios; y dice que este salir de sí y de todas las cosas, fué «En una noche oscura», que aquí entiende por la contemplación purgativa, como después se dirá: la cual *pasivamente* causa en el alma la negación de sí misma y de todas las cosas. Y esta salida dice ella aquí, que pudo hacer con la fuerza y calor que para ello le dió el amor de su Esposo en la dicha contemplación oscura. En lo cual encarece la buena dicha que tuvo en caminar á Dios por esta noche con tan próspero suceso, que ninguno de los tres enemigos, que son mundo, demonio y carne (que son los que siempre contrarían este camino),

se lo pudiese impedir; por cuanto la dicha noche de contemplación purificativa hizo adormecer y amortiguar en la casa de su sensualidad todas las pasiones y apetitos según sus movimientos contrarios.

Dice, pues, el verso:

En una noche óscura.

§ I

(Capítulo I)

COMIENZA Á TRATAR DE LAS IMPERFECCIONES DE LOS PRINCIPIANTES

En esta noche oscura comienzan á entrar las almas cuando Dios las va sacando del estado de principiantes, que es de los que meditan en el camino espiritual, y las comienza á poner en el de los aprovechados, que es ya el de los contemplativos, para que, pasando por aquí, lleguen al estado de los perfectos, que es el de la Divina unión del alma con Dios. Por tanto, para declarar y entender mejor qué noche sea ésta por que el alma pasa, y por qué causa la pone Dios en ella, primero convendrá tocar aquí algunas propiedades de los principiantes (*lo cual, aunque será con la brevedad que pudiere, no dejará de servir también á los mismos principiantes*) (1), para que, entendiendo la flaqueza del estado que llevan, se animen (2) y deseen que les ponga Dios en esta noche, donde se fortalece y confirma el alma en las virtudes, y para los inestimables deleites del amor de Dios. Y aunque nos detengamos en ello un poco, no será más de lo que basta para tratar luego de esta noche oscura.

Es, pues, de saber que el alma, después que determinadamente se convierte á servir á Dios, ordinariamente la va Dios criando en espíritu

(1) a.

(2) Las ediciones anteriores, el Ms. G. y el de las Carmelitas de Toledo, dicen: «Para que *entiendan* la flaqueza del estado que llevan y se animen.»

y regalando, al modo que la amorosa madre hace al niño tierno, al cual calienta al calor de sus pechos, y con leche sabrosa y manjar blando y dulce le cría, y trae en sus brazos y regala; pero á la medida que va creciendo, le va la madre quitando el regalo, y escondiendo el tierno *amor*, *pónele* amargo acibar *en el dulce pecho*, y abajándole de los brazos, le hace andar por su pie, para que, perdiendo las propiedades de niño, se dé á cosas más grandes y sustanciales. La amorosa madre de la gracia de Dios, luego que por nuevo calor y fervor de servir á Dios reengendra al alma, eso mismo hace con ella. (Sapi. Cap. XVI, 25.) Porque la hace hallar dulce y sabrosa leche espiritual sin algún trabajo suyo en todas las cosas de Dios, y en los ejercicios espirituales gran gusto; porque le da Dios aquí su pecho de amor tierno, bien así como á niño tierno. Por tanto, su deleite halla en pasarse grandes ratos en oración, y por ventura las noches enteras; sus gustos son las penitencias; sus contentos los ayunos, y sus consuelos usar de los Sacramentos y comunicar en las cosas Divinas. En las cuales cosas (aunque con gran eficacia y porfia asisten á ellas y las usan y tratan con grande cuidado los espirituales), hablando espiritualmente, comunmente se hán muy flaca é imperfectamente en ellas. Porque como son movidos á estas cosas y ejercicios espirituales por el consuelo y gusto que allí hallan, y como también ellos no están habilitados por ejercicio de fuerte lucha en las virtudes, acerca de estas sus obras espirituales tienen muchas faltas é imperfecciones; porque, en fin, cada uno obra conforme al hábito de perfección que tiene. Y como éstos no han tenido lugar de adquirir los dichos hábitos fuertes, de necesidad han de obrar como niños, flacamente. Lo cual, para que más claramente se vea, y cuán flacos van estos principiantes en las virtudes acerca de lo que con el dicho gusto con facilidad obran, irémoslo notando por los siete vicios capitales, diciendo algunas de las muchas imperfecciones que en cada uno de ellos tienen. En que se verá claro cuán de niños es el obrar que estos obran. Y veráse también cuántos bienes trae consigo la noche oscura de que luego habemos de tratar; pues de todas estas imperfecciones limpia al alma y la purifica.

§ II

(Capítulo II)

DE ALGUNAS IMPERFECCIONES ESPIRITUALES QUE TIENEN LOS PRINCIPIANTES
ACERCA DEL HÁBITO DE LA SOBERBIA

Como estos principiantes se sienten tan fervorosos y diligentes en las cosas espirituales y ejercicios devotos, de esta prosperidad (aunque es verdad que las cosas santas de suyo humillan) por su imperfección les nace muchas veces cierto ramo de soberbia oculta, de donde vienen á tener alguna satisfacción de sus obras y de sí mismos. Y de aquí también les nace cierta gana *algo vana*, y á veces *muy vana* (1), de hablar cosas espirituales delante de otros, y aun á veces de enseñarlas más que de aprenderlas, y condenan en su corazón á otros cuando no los ven con la manera de devoción que ellos querrian, y aun á veces lo dicen de palabra, pareciéndose en esto al Fariseo, que se jactaba alabando á Dios sobre las cosas que hacía, y despreciando al Publicano. (Luc. XVIII, 11 y 12.) A éstos muchas veces les *acrecienta* el demonio el fervor y gana de hacer estas y otras obras, porque les vaya creciendo la soberbia y presunción. Porque sabe muy bien el demonio que todas estas obras y virtudes que obran, no solamente no les valen nada, mas antes se les vuelven en vicio. Y á tanto suelen llegar algunos de éstos, que no querrian que pareciese otro bueno sino ellos; y así con la obra y la palabra cuando se ofrece, los condenan y detraen: mirando la motica en el ojo de su hermano, y no considerando la viga que está en el suyo; cuelan el mosquito ajeno y tráganse su camello. (Matth. VII, 3 y XXIII, 24.)

A veces también, cuando sus maestros espirituales, como son confesores y prelados, no les aprueban su espíritu y modo de proce-

(1) a.

der (porque tienen gana que estimen y alaben sus cosas), juzgan que no les entienden el espíritu, y que ellos no son espirituales, pues que no aprueban aquéllo y condescienden con ello. Y así luego desean y procuran tratar con otro, que cuadre con su gusto; porque ordinariamente desean tratar su espíritu con aquellos que entienden que han de alabar y estimar sus cosas. Huyen, como de la muerte, de los que se las deshacen para ponerlos en camino seguro, y aun á veces toman ojeriza con ellos. Presumiendo mucho de sí mismos, suelen proponer mucho y hacer poco. Tienen alguna vez gana que los otros entiendan su espíritu y devoción; y para esto hacen muestras exteriores de movimientos, suspiros y otras ceremonias, y á veces suelen tener algunos arrobamientos, en público más que en secreto, á los cuales ayuda el demonio, y tienen complacencia en que les entiendan aquello que ellos tanto codician. Muchos quieren preceder y privar con los confesores; y de aquí les nacen mil envidias é inquietudes. Tienen empacho de decir sus pecados desnudos porque no los tengan los confesores en menos, y vanlos coloreando porque no parezcan tan malos, lo cual más es irse á excusar que á acusar. Y á veces buscan otro confesor para decir lo malo, porque el otro no piense que tienen nada malo, sino bueno, y así siempre gustan de decirle lo bueno, y á veces por términos que parezca más de lo que es, á lo menos con gana de que le parezca bueno; como quiera que fuera más humildad, como luego diremos, deshacerlo y tener gana de que ni él ni nadie lo tuviesen en algo.

También algunos de éstos tienen en poco sus faltas, y otras veces se entristecen demasiado de verse caer en ellas, pensando que ya habían de ser Santos, y se enojan contra sí mismos con impaciencia, lo cual es otra imperfección. Tienen muchas veces ansias con Dios porque les quite sus imperfecciones y faltas, más por verse sin la molestia de ellas en paz, que por Dios; no mirando que si se las quitase, por ventura se harían más soberbios. Son enemigos de alabar á otros, y amigos que los alaben, y á veces lo pretenden: en lo cual son semejantes á las Vírgenes locas, que teniendo sus lámparas muertas, buscan óleo por de fuera. (Matth. XXVI, 8.)

§ III

(Capítulo II)

PROSIGUE LA MISMA MATERIA

De estas imperfecciones algunos llegan á muchas muy intensamente, y á mucho mal en ellas. Pero algunos tienen menos y otros más, y algunos sólo los primeros movimientos ó poco más; y apenas hay algunos de estos principiantes que en tiempo de estos fervores no caigan en algo de esto. Pero los que en este tiempo van en perfección, muy de otra manera proceden y con muy diferente temple de espíritu; porque se aprovechan y edifican mucho en la humildad, no sólo teniendo sus propias cosas en nada, mas con muy poca satisfacción de sí, á todos los demás tienen por muy mejores, y les suelen tener una santa envidia, con gana de servir á Dios como ellos. Porque cuanto más fervor llevan y cuantas más obras hacen y gusto tienen en ellas, como van en humildad, tanto más conocen lo mucho que Dios merece, y lo poco que es todo cuanto hacen por él; y así, cuanto más hacen, tanto menos se satisfacen. Que tanto es lo que de caridad y amor querrian hacer por él, que todo lo que hacen no les parece nada; y tanto les solicita, ocupa y embebe este cuidado de amor, que nunca advierten en si los demás hacen ó no hacen; y así, si advierten, todo es, como digo, creyendo que todos los demás son muy mejores que ellos. De donde teniéndose en poco, tienen gana de que los demás también los tengan en poco, y les deshagan y desestimen sus cosas. Y tienen más: que aunque se las quieran alabar y estimar, en ninguna manera lo pueden creer, y les parece cosa extraña decir de ellos aquellos bienes.

Estos, con mucha tranquilidad y humildad, tienen gran deseo de que les enseñe cualquiera que les pueda aprovechar; harto contraria cosa de la que tienen los que hemos dicho arriba, que lo querrian ellos enseñar todo, y aun cuando parece les enseñan algo, ellos mismos toman la palabra de la boca como que ya se lo sabían. Pero éstos están muy lejos de querer ser maestros de nadie. Están muy prontos

de caminar y echar por otro camino del que llevan, si se lo mandaren, porque nunca piensan que aciertan en nada. De que alaben á los demás se gozan; sólo tienen pena de que no sirven á Dios como ellos. No tienen gana de decir sus cosas, porque las tienen en tan poco, que aun á sus maestros espirituales tienen vergüenza de decir las, pareciéndoles que no son cosas que merezcan hacer lenguaje de ellas. Más gana tienen de decir sus faltas y pecados, ó que *los* entiendan, *que* no *sus* virtudes; y así se inclinan más á tratar su alma con quien *en* menos tiene sus cosas y su espíritu. Lo cual es propiedad de espíritu sencillo, puro y verdadero, y muy agradable á Dios. Porque como mora en estas humildes almas el espíritu sabio de Dios, luego les mueve é inclina á guardar adentro sus tesoros en secreto, y echar fuera los males. Porque da Dios á los humildes, junto con las demás virtudes, esta gracia, así como á los soberbios la niega.

Darán éstos la sangre de su corazón á quien sirve á Dios, y ayudarán cuanto es en sí á que le sirvan. En las imperfecciones en que se ven caer, con humildad se sufren, y con blandura de espíritu y temor amoroso de Dios, y esperando en él. Pero almas que en el principio caminan en esta manera de perfección, entiendo, como queda dicho, son las menos, y muy pocas que ya nos contentaríamos que no cayesen en las cosas contrarias. Que por eso, como después diremos, pone Dios en la noche oscura á los que quiere purificar de todas estas imperfecciones para llevarlos adelante.

§ IV

(Capítulo III)

DE LAS IMPERFECCIONES QUE SUELEN TENER ALGUNOS DE ÉSTOS ACERCA DEL SEGUNDO VICIO CAPITAL, QUE ES LA AVARICIA, ESPIRITUALMENTE HABLANDO.

Tienen muchos de estos principiantes también á veces mucha avaricia espiritual. Porque apenas los verán contentos con el espíritu que Dios les da, y muy desconsolados y quejosos porque no hallan el consuelo que querrian en las cosas espirituales. Muchos no se acaban de hartar de oír consejos y preceptos espirituales, y tener y leer

muchos libros que traten de esto, y váseles más el tiempo en ésto que no en *obrar* la mortificación y perfección de la pobreza interior de espíritu que deben. Porque demás de ésto se cargan de imágenes, rosarios y cruces muy curiosas y costosas; ahora dejan unas y toman otras; ahora truecan, ahora destruecan; ya las quieren de esta manera, ya destotra, aficionándose más á ésta que á aquélla, por ser más curiosa ó preciosa. Ya veréis otros arreados de *Agnus Dei*, y reliquias y nóminas, como los niños con dijes. En lo cual yo condeno la propiedad del corazón, y el asimiento que tienen al modo, multitud y curiosidad de estas cosas; por cuanto es muy contra la pobreza de espíritu, que sólo mira en la sustancia de la devoción, aprovechándose sólo de aquello que basta para ella, y cansándose de esotra multiplicidad y curiosidad de ella; pues que la verdadera devoción ha de salir de corazón, y mirar sólo en la verdad y sustancia de lo que representan las cosas espirituales, y todo lo demás es asimiento y propiedad de imperfección, que para pasar al estado de perfección, es necesario que se acabe el tal apetito. Yo conocí una persona que más de diez años se aprovechó de una cruz hecha toscamente de un ramo bendito, clavada con un alfiler retorcido al derredor, y nunca la había dejado, trayéndola consigo hasta que yo se la tomé; y no era persona de poca razón y entendimiento. Y vi otra, que rezaba por cuentas que eran de esos huesos de las espinas del pescado, cuya devoción es cierto que no era por eso de menos quilates delante de Dios; pues se ve claro que éstos no la tenían en la hechura y valor. Los que van, pues, bien encaminados desde estos principios, no se asen de los instrumentos visibles ni se cargan de éstos, ni se les da nada por saber más de lo que conviene saber para obrar; porque sólo ponen los ojos en ponerse bien con Dios y en agradarle, y en ésto tienen su codicia. Y así con gran largueza dan todo cuanto tienen, y su gusto es saberse quedar sin ello por Dios y por la caridad del prójimo, *no me da más que sean cosas espirituales que temporales* (1). Porque como

(1) c. En las ediciones hechas hasta aquí, se decía: «Regulándolo todo con las leyes de esta virtud.»

digo, sólo ponen los ojos en las veras de la perfección interior, que es dar á Dios gusto, y no á sí mismos en nada. Pero de estas imperfecciones tampoco, como de las demás, se puede el alma purificar cumplidamente hasta que Dios la ponga en la pasiva purgación de aquella oscura noche que luego diremos. Mas conviene al alma, en cuanto pudiere, procurar de su parte hacer por purgarse y perficionarse, porque merezca que Dios la ponga en aquella Divina cura, donde sana el alma de todo lo que ella no alcanza á remediarse. Porque por más que el alma se ayude, no puede ella por su industria activamente purificarse de manera que esté dispuesta en la menor parte para la Divina unión de perfección de amor con Dios, si él no toma la mano y la purga en aquel fuego oscuro para ella cómo y de la manera que habemos de decir.

§ V

(Capítulo IV)

DE OTRAS IMPERFECCIONES QUE SUELEN TENER ESTOS PRINCIPIANTES ACERCA DEL TERCER VICIO, QUE ES LA LUJURIA

Otras muchas imperfecciones más de las que acerca de cada vicio voy diciendo, tienen muchos de estos principiantes, que por evitar prolijidad deo, tocando algunas de las más principales, que son como origen y causa de las otras. Y acerca del vicio de la lujuria (dejando aparte lo que es caer en este pecado los espirituales, pues mi intento es tratar de las imperfecciones que se han de purgar por la noche oscura) tienen muchas imperfecciones, que se podrían llamar lujuria espiritual: no porque así lo sea, sino porque *procede de cosas espirituales* (1) *porque* muchas veces acaece que en los mismos ejercicios espirituales, sin ser en mano de ellos, se levantan y *acaecen* en la sensualidad movimientos y *actos torpes* (2), y á veces aun cuando el

(1) c.

(2) Véase sobre esto el V. P. Juan de Jesús María, en su *Escuela de la oración*, tratado XIII, núm. 33.

espíritu está en mucha oración, ó ejercitando los Sacramentos de la Penitencia y Eucaristía. Los cuales, sin ser como digo en su mano, proceden de una de tres cosas.

La primera procede muchas veces (1) del gusto que tiene el natural en las cosas espirituales. Porque como gusta el espíritu y sentido, con aquella recreación se mueve cada parte del hombre á deleitarse según su porción y propiedad. Porque entonces el espíritu se mueve á recreación y gusto de Dios, que es la parte superior; y la sensualidad, que es la porción inferior, se mueve á gusto y deleite sensual, porque no sabe ella tener ni tomar otro; y *toma entonces el más conjunto á sí, que es el sensual torpe*. Y así acaece, que el alma está en mucha oración con Dios según el espíritu, y por otra parte según el sentido siente rebeliones y movimientos y *actos* sensuales pasivamente, no sin harta desgana suya; *lo cual muchas veces acaece en la comunión, que como en este acto de amor recibe el alma alegría y regalo, porque se le hace este Señor (pues para eso se da), la sensualidad toma también el suyo (como habemos dicho) á su modo*. Que como en fin estas dos partes son un supuesto, ordinariamente participan entrambas de lo que una recibe, cada una en su modo; porque como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe, está en el recipiente al modo del mismo recipiente. Y así en estos principios, y aun cuando el alma está aprovechada, como está la sensualidad imperfecta, *recibe el espíritu de Dios muchas veces con la misma imperfección* (2). Pero cuando esta parte sensitiva está ya reformada por la

(1) Procede *algunas veces, aunque pocas y en naturales flacos*. (Edic. ant.)

(2) a. y c. Con grande penetración psicológica, no menos que con exactitud y precisión admirables, señala y explica nuestro Maestro la causa de los desordenados movimientos que sienten algunas personas espirituales sin que preceda sugestión diabólica, y en momentos en que por otra parte parece que había menos lugar para tales rebeldías de la carne, pues se levantan cuando el alma se halla en dulce contemplación bebiendo á torrentes las delicias del espíritu. Este fenómeno tan extraño se explica, como dice el Santo, por la unión íntima del alma con el cuerpo y por la mutua influencia que de aquí resulta entre los dos.

De igual parecer sobre el particular fué la Mística Doctora, la cual, escribiendo á su hermano D. Lorenzo de Cepeda, que sufría molestias de tal índole, le dice las siguientes palabras: «De esas tribulaciones, después que vuestra merced me da

purgación de la noche oscura que diremos, no tiene ella estas flaquezas; porque *no es ella la que recibe ya; más antes está ya recibida ella en el espíritu*. Y así lo tiene todo entonces al modo del espíritu (1).

cuenta, ningún caso haga. Que aunque eso yo no lo he tenido, porque siempre me libró Dios por su bondad de esas pasiones, *entiendo debe de ser, que como el deleite del alma es tan grande, hace movimiento en el natural*. Irase gastando con el favor de Dios como no haga caso de ello.» (Carta 138 de la edición de D. Vicente de la Fuente).

En otra carta, insistiendo sobre este punto, le dice al mismo sujeto: «En lo de esos movimientos sensuales, para probarlo todo, se lo dije; que bien veo que no hace al caso, y que es lo mejor no hacer caso de ellos. Una vez me dijo un gran letrado que había venido á él un hombre afligidísimo, que cada vez que comulgaba, venía en una torpeza grande, más que eso mucho, y que le habían mandado que no comulgase sino de año á año, por ser de obligación. Y este letrado, aunque no era espiritual, entendió la flaqueza, y díjole que no hiciese caso de ello, que comulgase de ocho á ocho días, y como perdió el miedo, quitósele.» (Carta 141).

En el mismo sentir que estas dos lumbresas de la Mística Teología, abundan otros muchos autores, que pueden verse en el Padre José del Espíritu Santo, quien trata con mucha amplitud y con grande profundidad la presente materia. (*Cursus Theologiæ Mystico-Scholasticæ, tomus quintus, disp. XLI, quæst. III.*)

Dicho sea esto en defensa de la doctrina del Místico Doctor. Ahora, por lo que á su explicación se refiere, notamos que existe alguna divergencia entre los expositores. Quiere el citado Fray José del Espíritu Santo que, según el Venerable Autor, los gustos espirituales sean *causa* verdadera, aunque indirecta ó accidental de los movimientos desordenados, como el alma lo es, por ejemplo, de la cojera, y la buena acción de un Santo del escándalo de una persona flaca en la virtud. (Obra y lugar citados). Según los Padres Antonio del Espíritu Santo y Nicolás de Jesús María, no es tal la mente del Santo; y así advierten que nunca emplea la palabra *causa*. La explicación que ellos dan se reduce á decir que los movimientos torpes provienen, no de los gustos espirituales, sino del encendimiento del espíritu en la oración, el cual, comunicándose al cuerpo, revuelve la sangre y los humores impuros. (*Directorium mysticum*, página 403 y siguientes de la edición de París, 1904; *Elucidatio Theologica*, página 277 y siguientes). ¿Qué decir de estas opiniones? Que apenas si existe entre ellas diferencia real, como ya lo observó el defensor de la primera de ellas; y que si atendemos al texto, más parece favorecer al Padre José del Espíritu Santo que á los segundos. Sea de esto, sin embargo, lo que quiera, siempre será verdad, diremos con un autor moderno, que á consecuencia del deleite grande del alma, se produce en los sentidos algo muy desagradable. (Meynard. *La vida espiritual*, tomo II, página 188.)

Para terminar esta cuestión, advertiremos que estas cosas no suceden con frecuencia y que sólo por lo general acaecen á las personas de natural muy deleznable.

(1) Porque *tan abundantemente* recibe el Espíritu Divino, que más parece que es ella recibida en ese mismo espíritu: al fin como mayor y tanto. Y así lo tiene todo á modo del espíritu por una admirable manera de que participa unida con Dios.» (Edic. ant.)

La segunda causa de donde á veces proceden estas rebeliones, es el demonio, que por inquietar y turbar el alma, al tiempo que está en oración ó la quiere tener, procura levantar en el natural estos movimientos torpes: con que si al alma se le da algo de ellos, le hace harto daño. Porque no sólo por el temor de esto afloja en la oración, que es lo que él pretende, por ponerse á luchar contra ellos; mas aún algunos lo dejan del todo, pareciéndoles que en aquel ejercicio les acaecen más aquellas cosas que fuera de él, como es la verdad; porque se las pone el demonio más en aquella que en otra cosa, porque dejen el ejercicio espiritual. Y no sólo eso, sino que llega á representarles muy al vivo cosas muy feas y torpes, y á veces muy conjuntamente acerca de cualesquier cosas espirituales y personas que aprovechan sus almas, para aterrarlas y *acobardarlas*; de manera, que los que de ello hacen caso, aún no se atreven á mirar nada ni poner la consideración en nada; porque luego tropiezan en aquéllo; y esto en los que son tocados de melancolía acontece con tanta eficacia y vehemencia (1), que es de haberles lástima, *porque padecen vida triste; porque llega á tanto en algunas personas este trabajo cuando tienen este mal humor, que les parece claro que sienten tener consigo acceso el demonio, sin ser libres para poderlo evitar: aunque algunas personas de éstas pueden evitar el tal acceso con gran fuerza y trabajo* (2). Cuan-

(1) «Con tanta eficacia y *frecuencia*.» (Mss. A. y T.).

(2) a.—Todo esto es mera ilusión de las personas que creen sentirlo. Así lo da á entender el Santo con aquellas palabras «*les parece claro*», con las cuales quiere significar que los hechos sólo tienen realidad en la imaginación de tales sujetos. Igual sentido se debe dar á lo que dice al fin del párrafo, pues está en correlación con las palabras anteriormente citadas, y así los triunfos que algunos piensan haber conseguido de las audacias del espíritu inmundo tienen mucho de ilusorio, puesto que la lucha solamente es con una quimera de su extraviada fantasía.

Para patentizar todavía más á nuestros lectores que ésta sea la mente del Místico Doctor, notamos que viene tratando de personas que padecen terrible melancolía y que advierte él mismo que es en el acceso de ese humor tétrico cuando tales cosas les parecen sentir, circunstancias por cierto muy notables y que indican bien á las claras que habla de sueños y no de realidades. Otro juicio no podía formar el experimentado varón de las afirmaciones de personas semejantes, las cuales, si bien no han perdido del todo la razón, en el caso presente no usan rectamente de ella,

do estas cosas acaecen á los tales por medio de la melancolía, ordinariamente no se libran de ellas hasta que sanan de aquella calidad de humor, si no es que entrase la noche oscura en el alma (1), que la *priva sucesivamente* de todo.

El tercer origen de donde suelen proceder y hacer guerra estos movimientos torpes, suele ser el temor que ya tienen cobrado estos tales á estos movimientos y representaciones torpes; porque el temor que les da la súbita memoria en lo que ven ó tratan ó piensan, los hace padecer estos actos sin culpa suya.

Hay también algunas almas, de naturales tiernos y deleznales, que en viniéndoles, cualquier gusto de espíritu ó de oración luego es con ellos también el espíritu de lujuria, que de tal manera los embriaga (2) y regala la sensualidad, que se hallan como engolfados en aquel jugo y gusto de este vicio, y dura el uno con el otro pasivamente y á veces se echa de ver haber sucedido algunas torpezas y rebeldes actos. La causa es, que como estos naturales sean, como digo, deleznales y tiernos, con cualquiera alteración se les revuelven los humores y la sangre; y suceden de aquí estos movimientos, porque á éstos lo mismo les acaece, cuando se encienden en ira ó tienen algún alboroto ó penas (3).

á causa de versar sus juicios sobre un objeto que excita y fomenta su melancolía, con lo cual perturba por completo su mente, al menos por aquellos momentos.

Lo mismo que nuestro Santo sienten acerca de semejantes casos el Padre Arbiol y el Beato Francisco Posadas, quienes aseguran ser ilusiones, y nada más, de las personas melancólicas, según que tuvieron ocasión de comprobarlo con algunas que vinieron á ellos diciendo sentir cosas de esta especie. (Véase del primero los *Desengaños místicos*, lib. III, cap. 23 y lib. V, cap. VII, y *Extragos de la lujuria*, página 76 de la edición de 1876; del segundo *Triunfos de la castidad contra Molinos*, página 520 y siguientes).

Al parecer de tan experimentados varones allego el mío, y difícilmente me avengo á creer que se den casos reales de esta índole en personas de probada virtud. No lo niego, sin embargo, de una manera absoluta.

(1) «Si no es que entrase el alma en la noche oscura.» (Ms. T.)

(2) Los *embarga*. (Ms. de las Carmelitas de Toledo.)

(3) a.

Algunas veces en estos espirituales, así en el hablar como en el obrar cosas espirituales, se levanta cierto brio y gallardía con memoria de las personas que tienen delante, y tratan con alguna manera de vano gusto; lo cual nace también de lujuria espiritual, al modo que aquí la entendemos, de lo cual *ordinariamente* viene complacencia en la voluntad.

Cobran algunos de éstos aficciones con algunas personas por vía espiritual, que muchas veces nace de lujuria, y no de espíritu; lo cual se conoce ser así cuando con la memoria de aquella afición no crece más la memoria y amor de Dios, sino remordimiento de la conciencia. Porque cuando la afición es puramente espiritual, creciendo ella, crece la de Dios, y cuanto más se acuerda de ella, tanto más se acuerda de la de Dios, y le da ganas de Dios; creciendo en lo uno, crece en lo otro. Porque eso tiene el espíritu de Dios, que lo bueno aumenta con lo bueno, por cuanto hay semejanza y conformidad. Pero cuando el tal amor nace del dicho vicio sensual, tiene los efectos contrarios; porque cuanto más crece lo uno, tanto más decrece lo otro, y la memoria juntamente; porque si crece aquel amor, luego verá que se va resfriando en el de Dios, y olvidándose de él con aquella memoria y algún remordimiento en la conciencia. Y por el contrario, si crece el amor de Dios en el alma, se va resfriando en el otro y olvidándole; porque como son contrarios amores, no sólo no ayuda el uno al otro, mas antes el que predomina apaga y confunde al otro y se fortalece á sí mismo, como dicen los filósofos. Por lo cual dijo nuestro Salvador en el Evangelio: *Quod natum est ex carne, caro est; et quod natum est ex spiritu, spiritus est.* Que lo que nace de carne, es carne, y lo que nace de espíritu, es espíritu (Joan. III, 6); esto es, el amor que nace de sensualidad para en sensualidad, y el que de espíritu, para en espíritu de Dios y hácele crecer. Y esta es la diferencia que hay entre los dos amores para conocerlos. Cuando el alma entrare en la noche oscura, todos estos amores pone en razón. Porque al uno fortalece y purifica, que es el que es según Dios; y al otro quita ó acaba ó mortifica, y al principio á entrambos los hace perder de vista, como después se dirá.

§ VI

(Capítulo V)

DE LAS IMPERFECCIONES EN QUE CAEN LOS PRINCIPIANTES ACERCA DEL VICIO
DE LA IRA

Por causa de la concupiscencia que tienen muchos principiantes en los gustos espirituales, los poseen muy de ordinario con muchas imperfecciones del vicio de la ira. Porque, cuando se les acaba el sabor y gusto en las cosas espirituales, naturalmente se hallan desabridos, y con aquel sinsabor que traen consigo, traen mala gracia en las cosas que tratan, y se airan fácilmente en cualquier cosilla, y aun á veces no hay quien los sufra. Lo cual muchas veces acaece después que han tenido algún muy gustoso recogimiento sensible en la oración, que como se les acaba aquel gusto y sabor, naturalmente queda el natural desabrido y desganado. Bien así como el niño cuando le apartan del pecho de que estaba gustando á su sabor. En el cual natural, cuando no se dejan llevar de la desgana no hay culpa, sino imperfección que se ha de purgar por la sequedad y aprieto de la noche oscura.

También hay otros de estos espirituales que caen en otra manera de ira espiritual, y es que se airan contra los vicios ajenos con cierto celo desasosegado, notando á otros, y á veces les dan ímpetus de reprehenderlos enojosamente, y aun lo hacen algunas veces, haciéndose ellos dueños de la virtud. Todo lo cual es contra la mansedumbre espiritual.

Hay otros que cuando se ven imperfectos, con impaciencia no humilde se airan contra sí mismos: acerca de lo cual tienen tanta impaciencia, que querrían ser Santos en un día. De éstos hay muchos que proponen mucho y hacen grandes propósitos, y como no son humildes y confían de sí (1), cuantos más propósitos hacen, tanto

(1) Humildes *ni desconfían* de sí (Mss. A. y M.).

más caen, y tanto más se enojan, no teniendo paciencia para esperar á que se lo dé Dios cuando fuere servido; que también es contra la dicha mansedumbre espiritual, que del todo no se puede remediar sino por la purgación de la noche oscura; aunque algunos tienen tanta paciencia y se van tan despacio en esto de querer aprovechar, que no querría Dios ver en ellos tanta.

§ VII

(Capítulo VI)

DE LAS IMPERFECCIONES ACERCA DE LA GULA ESPIRITUAL

Acerca del cuarto vicio, que es gula espiritual, hay mucho que decir; porque apenas hay uno de los principiantes, que por bien que proceda, no caiga en algo de las muchas imperfecciones que acerca de este vicio les nacen á estos principiantes, por medio del sabor que hallan al principio en los ejercicios espirituales. Porque muchos de éstos, engolosinados en el sabor y gusto que hallan en los tales ejercicios, procuran más el sabor del espíritu que la pureza y *discreción de él* (1), que es lo que Dios mira y acepta en todo el camino espiritual. Por lo cual, demás de la imperfección que tienen en pretender estos sabores, la golosina que ya tienen les hace salir del pie á la mano, pasando de los límites del medio, en que consisten y se granjean las virtudes. Porque atraídos del gusto que allí hallan, algunos se matan á penitencias, y otros se debilitan con ayunos, haciendo más de lo que su flaqueza sufre, sin orden ni consejo ajeno, antes procuran hurtar el cuerpo á quien deben obedecer en lo tal; y aun algunos se atreven á hacerlo aunque les hayan mandado lo contrario. Estos son imperfectísimos, gente sin razón, que posponen la sujeción y obediencia (que es penitencia de la razón y discreción, y por eso es para Dios más acepto y gustoso sacrificio que todos los demás), á la

(1) c. «La pureza y *devoción verdadera*.» (Edic. ant.)

penitencia corporal, que, dejando aparte esotra, *no es más que penitencia de bestias, á que también como bestias se mueven por el apetito* (1) y gusto que allí hallan. En lo cual, por cuanto todos los extremos son viciosos, y en esta manera de proceder todos hacen su voluntad, antes van creciendo en vicios que en virtudes; porque por lo menos ya en esta manera adquieren gula espiritual y soberbia, pues no van en obediencia. Y tanto empuja el demonio á muchos de éstos, atizándoles esta gula por gustos y apetitos que les acrecienta, que ya que no pueden más, ó mudan ó añaden ó varían lo que les mandan, porque les es apretada y aceda toda obediencia acerca de esto. En lo cual algunos llegan á tanto mal, que por el mismo caso que van por obediencia á los tales ejercicios, se les quita la gana y devoción de hacerlos, porque sola su gana y gusto es hacer á lo que á él les mueve; todo lo cual por ventura les valdría más no hacerlo.

Veréis á muchos de éstos muy porfiados con sus maestros espirituales para que les concedan lo que quieren, y allá medio por fuerza lo sacan, y si no, se entristecen como niños y andan de mala gana, y les parece que no sirven á Dios cuando no les dejan hacer lo que querrian. Porque como andan arrimados al gusto y voluntad propia, *y esto tienen por su Dios* (2), luego que se lo quitan y les quieren poner en voluntad de Dios, se entristecen y aflojan y faltan. Piensan éstos que el gustar ellos y estar satisfechos, es servir á Dios y satisfacerle.

Hay también otros, que por esta golosina tienen tan poco conocida su bajeza y propia miseria, y tan echado aparte el amoroso temor y respeto que deben á la grandeza de Dios, que no dudan de porfiar mucho con sus confesores, sobre que les dejen confesar y comulgar muchas veces. Y lo peor es que muchas veces se atreven á comulgar sin licencia y parecer del ministro y dispensero de Cristo, sólo por su parecer, y le procuran encubrir la verdad. Y á esta causa, con ojo de ir comulgando, hacen como quiera las confesiones, teniendo más codicia en comer, que en comer limpia y perfectamente; como quiera que fuera más sano y santo, tener la inclinación

(1) a.

(2) a.

contraria, rogando á los confesores que no les manden llegar tan á menudo; aunque entre lo uno y lo otro mejor es la resignación humilde. Pero los demasiados atrevimientos cosa es para grande mal, y pueden temer el castigo de ellos sobre tal temeridad (1).

Estos, en comulgando, todo se les va en procurar algún sentimiento y gusto, más que en reverenciar y alabar en sí con humildad á Dios. Y de tal manera se apropian en esto, que cuando no han sacado algún gusto ó sentimiento sensible, piensan que no han hecho nada, lo cual es juzgar muy bajamente de Dios, no entendiendo que el menor de los provechos que hace este Santísimo Sacramento es el que toca al sentido, porque es mayor el invisible de la gracia que dá; que, porque pongan en él los ojos de la Fe, quita Dios muchas veces esotros gustos y *sabores* sensibles. Y así quieren sentir á Dios y gustarle como si fuese comprehensible y accesible, no sólo en éste, más también en los demás ejercicios espirituales. Todo lo cual es muy grande imperfección, y muy contra la condición de Dios, *porque es impureza en la Fe*.

Lo mismo tienen éstos en la oración que ejercitan, que piensan que todo el negocio de ella está en hallar gusto y devoción sensible, y procuran sacarle, como dicen, á fuerza de brazos, cansando y fatigando las potencias y la cabeza. Y cuando no han hallado el tal gusto se desconsuelan mucho, pensando que no han hecho nada, y por esta pretensión pierden la verdadera devoción y espíritu, que consiste en perseverar allí con paciencia y humildad, desconfiando de sí, sólo por agradar á Dios. A esta causa, cuando no han hallado una vez sabor en este ó otro ejercicio, tienen mucha desgana y repugnancia de volver á él, y á veces lo dejan. Que en sí son, como habemos dicho, semejantes á los niños, que no se mueven ni obran por razón, sino por el gusto. Todo se les va á éstos en buscar gusto y consuelo de espíritu, y para esto nunca se hartan de leer libros, y ahora toman una meditación, ahora otra, andando á caza de este

(1) Los Manuscritos traen así este lugar: «Cosa es para grande mal y castigo de ellos sobre tal temeridad.» Sin duda les faltan palabras.

gusto en las cosas de Dios. A los cuales se les niega Dios muy justa, discreta y amorosamente, porque si esto no fuese, crecerían por esta gula y golosina espiritual en males sin cuento. Por lo cual conviene mucho á éstos entrar en la noche oscura, que habemos de decir, para que se purguen de estas niñerías.

Estos que así están inclinados á estos gustos, también tienen otra imperfección muy grande, y es que son muy flojos y muy remisos en ir por el camino áspero de la cruz. Porque al alma que se da al sabor, naturalmente le da en el rostro todo sinsabor de negación propia. Tienen éstos otras muchas imperfecciones que de aquí les nacen, las cuales el Señor á tiempo les cura con tentaciones, sequedades y otros trabajos, que todo es parte de la noche oscura. De las cuales, por no me alargar, no quiero tratar aquí, sino sólo decir que la sobriedad y templanza espiritual lleva otro temple muy diferente de mortificación, temor y sujeción en todas sus cosas; echando de ver, que no está la perfección y valor de las cosas en la multitud y gusto de las obras, sino en saberse negar á sí mismo en ellas; lo cual ellos han de procurar hacer cuanto pudieren de su parte, hasta que Dios quiera purificarlos de hecho, entrándolos en la noche oscura, á la cual por llegar me voy dando prisa con estas imperfecciones.

§ VIII

(Capítulo VII)

DE LAS IMPERFECCIONES ACERCA DE LA ENVIDIA Y ACCIDIA ESPIRITUAL

Acerca también de los otros dos vicios, que son envidia y accidia espiritual, no dejan estos principiantes de tener hartas imperfecciones. Porque acerca de la envidia muchos de éstos suelen tener movimientos de pesarles del bien espiritual de los otros; dándoles alguna pena sensible de que les lleven ventaja en este camino, y no querrían verlos alabar; porque se entristecen de las virtudes ajenas, y á veces no lo pueden sufrir sin decir ellos lo contrario, deshaciendo aquellas

alabanzas como pueden, y *les crece, como dicen, el ojo*, y sienten mucho no hacerse con ellos otro tanto, porque querrian hallarse preferidos en todo. Lo cual es muy contrario á la Caridad, que como dice San Pablo, se goza de la *bondad* (1) (1 ad Cor. XIII, 6). Y si alguna envidia tiene, es envidia santa, pesándole de no tener las virtudes del otro, con gozo de que el otro las tenga, y holgándose de que todos le lleven la ventaja porque sirvan á Dios, ya que él está tan falto en ello.

También acerca de la accidia espiritual suelen tener tedio en las cosas que son más espirituales, y huyen de ellas, como son aquellas que contradicen al gusto sensible. Porque como ellos están tan saboreados en las cosas espirituales, en no hallando sabor en ellas les fastidian. Porque si una vez no hallaron en la oración la satisfacción que pedía su gusto (porque en fin conviene que se le quite Dios para probarlos), no querrian volver á ella: otras veces la dejan ó van de mala gana. Y así por esta accidia posponen el camino de perfección (que es el de la negación de su voluntad y gusto por Dios) al gusto y sabor de su voluntad, á la cual en esta manera andan ellos á satisfacer más que á la de Dios. Y muchos de éstos querrian que quisiese Dios lo que ellos quieren, y se entristecen de querer lo que quiere Dios, con repugnancia de acomodar su voluntad á la de Dios. De donde les nace que muchas veces en lo que ellos no hallan su voluntad y gusto, piensan que no es voluntad de Dios; y por el contrario, cuando ellos se satisfacen, creen que Dios se satisface, midiendo á Dios consigo, y no á sí mismos con Dios; siendo muy al contrario lo que él mismo enseñó en el Evangelio, diciendo: *Qui autem perdiderit animam suam propter me, inveniet eam*. Que el que perdiese su voluntad por él, ese la ganaría; y el que la quisiese ganar, ese la perdería. (Matth. XVI, 25).

Estos también tienen tedio cuando les mandan lo que no tiene gusto para ellos. Y porque se andan al regalo y sabor del espíritu, son muy flojos para la fortaleza y trabajos de la perfección, hechos semejantes á los que se crían en regalo, que huyen con tristeza de

(1) c. Cita aquí el Santo, no la letra, sino el sentido del Apóstol Cf. Alapide.

toda cosa áspera, y oféndense con la cruz, en que están los deleites del espíritu, y en las cosas más espirituales más tedio tienen. Porque como ellos pretenden andar en las cosas espirituales á sus anchuras y gusto de su voluntad, háceles gran tristeza y repugnancia entrar por el camino estrecho, que Cristo dice, de la vida. (Matth. VII, 14).

Estas imperfecciones baste aquí haber referido de las muchas en que viven los de este primer estado de principiantes; para que se vea cuánta sea la necesidad que tienen de que Dios les ponga en estado de aprovechados; lo cual se hace metiéndolos en la noche oscura que ahora decimos, donde destetándolos Dios de los pechos de estos gustos y sabores en puras sequedades y tinieblas interiores, les quita todas estas imperfecciones y niñerías, y hace ganar las virtudes por medios muy diferentes. Porque por más que el principiante se ejercite en mortificar en sí todas estas sus acciones y pasiones, nunca del todo ni con mucho puede, hasta que Dios lo hace en él pasivamente por medio de la purgación de la noche oscura. En la cual, para hablar algo que sea de provecho, sea Dios servido de darme su Divina luz, porque es bien menester en noche tan oscura y materia tan dificultosa *para ser hablada y tratada* (1).

Dice, pues, el verso así:

En una noche oscura.

§ IX

(Capítulo VIII)

EN QUE DECLARA EL PRIMER VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN, Y SE COMIENZA
Á EXPLICAR ESTA NOCHE OSCURA

Esta noche que decimos ser la contemplación, dos maneras de tinieblas ó purgaciones causa en los espirituales, según las dos partes

(1) a. Hemos corregido aquí los manuscritos, pues dicen con manifiesto error: «Para ser hablada y *recitada*.» En el de Alba ya se hizo antiguamente esta misma corrección.

del hombre, conviene á saber, sensitiva y espiritual. Y así la una noche, ó purgación será sensitiva con que se purga ó desnuda un alma según el sentido, acomodándole al espíritu; y la otra es noche ó purgación espiritual, con que se purga y desnuda el alma según el espíritu, acomodándole y disponiéndole para la unión de amor con Dios. La sensitiva es común y que acaece á muchos, y éstos son los principiantes, de los cuales trataremos primero. La espiritual es de muy pocos, y éstos ya de los ejercitados y aprovechados, de que trataremos después.

La primera noche ó purgación es amarga y terrible para el sentido, como ahora diremos. La segunda no tiene comparación, porque es horrenda y espantable para el espíritu, como también diremos; y porque en orden es primero y acaece primero la sensitiva, de ella con brevedad diremos alguna cosa; porque de ella como cosa más común se hallan más cosas escritas, para pasar á tratar más de propósito de la noche espiritual, por haber de ella muy poco lenguaje, así de plática como de escritos y aun de experiencia muy poco (1). Pues como el estilo que llevan estos principiantes en el camino de Dios, es bajo y que frisa mucho con su propio amor y gusto, como arriba queda dado á entender; queriendo Dios llevarlos adelante, y sacarlos de este bajo modo de amor á más alto grado de amor de Dios, y librarlos del bajo ejercicio del sentido y discurso, que tan tasadamente y con tantos inconvenientes como habemos dicho andan buscando á Dios, y ponerlos en ejercicio de espíritu, en que más abundantemente y más libres de imperfecciones puedan comunicarse con Dios, ya que se han ejercitado algún tiempo en el camino de la virtud, perseverando en meditación y oración, en que con el sabor y gusto que allí han hallado, se han desaficionado de las cosas del mundo y cobrado algunas fuerzas espirituales en Dios, con que tienen algo refrenados los apetitos de las criaturas, con que podrán ya sufrir por Dios un poco de carga y sequedad sin volver atrás al mejor tiempo. Cuando más á su sabor y gusto andan en estos ejercicios espirituales,

(1) Ms. de Alba dice: «Muy poca.»

y cuando más claro á su parecer les luce el Sol de los Divinos favores, oscuréceles Dios toda esta luz, y ciérrales la puerta y manantial de la dulce agua espiritual que andaban gustando en Dios todas las veces y todo el tiempo que ellos querian (porque, como eran flacos y tiernos, no había puerta cerrada para ellos, como dice San Juan en el Apocalipsis III. 8). Y así les deja tan á oscuras, que no saben por dónde ir con el sentido de la imaginación y el discurso. Porque no saben dar un paso en el meditar, como antes solian, anegado ya el sentido interior en esta noche, y dejado tan á secas, que no sólo no hallan jugo y gusto en las cosas espirituales y buenos ejercicios en que solían ellos hallar sus deleites y gustos, más en lugar de esto hallan por el contrario sinsabor y amargura en las dichas cosas. Porque, como he dicho, sintiéndolos ya Dios aquí algo crecidillos, para que se fortalezcan y salgan de mantillas, los desarrima del dulce pecho, y abajándolos de sus brazos, los muestra á andar (1) por sus pies, en lo cual sienten ellos gran novedad porque se les ha vuelto todo al revés.

Esto á la gente recogida comunmente acaece más en breve, después que comienzan, que á los demás; por cuanto están más libres de ocasiones para volver atrás, y reforman más presto los apetitos de las cosas del siglo, que es lo que se requiere para comenzar á entrar en esta dichosa noche del sentido. Y ordinariamente no pasa mucho tiempo después que comienzan, antes que entren en esta noche del sentido, y todos los más entran en ella, porque comunmente los verán caer en estas sequedades. De esta manera de purgación sensitiva, por ser tan común, podríamos traer aquí gran número de autoridades de la Divina Escritura, dónde á cada paso, particularmente en los Salmos y Profetas, se hallan muchas. *Por tanto, no quiero en esto gastar tiempo, porque el que allí no las supiere mirar, bastarle há la común experiencia que de ella se tiene* (2).

(1) Así dicen las ediciones y el Ms. M. Los Manuscritos Albense y Toledano ponen: Los *enseña* á andar. El Hispalense y Matritense escriben: Los *veza* á andar.

(2) a.

§ X

(Capítulo IX)

DE LAS SEÑALES EN QUE SE CONOCERÁ QUE EL ESPIRITUAL VA POR EL CAMINO
DE ESTA NOCHE Y PURGACIÓN SENSITIVA

Pero porque estas sequedades podrían proceder muchas veces, no de la dicha noche y purgación del apetito sensitivo, sino ó de pecados ó de imperfecciones, ó flojedad ó tibieza, ó de algún mal humor ó indisposición corporal, pondré aquí algunas señales en que se conozca si es la tal sequedad de la dicha purgación, ó si nace de algunos de los dichos vicios: para lo cual hallo que hay tres señales principales.

La primera es, si así como no halla gusto ni consuelo en las cosas de Dios, tampoco le halla en alguna de las cosas criadas. Porque, como pone Dios al alma en esta oscura noche á fin de enjugarle y purgarle el apetito sensitivo, en ninguna cosa la deja engolosinar ni hallar sabor. En esto se conoce probablemente que esta sequedad y sinsabor no proviene de pecados, ni de imperfecciones nuevamente cometidas. Porque si esto fuese, sentirse hía en el natural alguna inclinación ó gana de gustar de alguna otra cosa que de las de Dios. Porque cuando quiera que se relaja el apetito en alguna imperfección, luego se siente quedar inclinado á ella poco ó mucho, según el gusto y afición que allí aplicó. Pero porque éste no gustar ni de cosa de arriba ni de abajo, podría provenir de alguna indisposición ó humor melancólico, el cual muchas veces no deja hallar gusto en nada, es menester la segunda señal y condición.

La segunda señal y condición *para que se crea ser la dicha purgación*, es que ordinariamente trae la memoria en Dios con solicitud y cuidado penoso, pensando que no sirve á Dios, sino que vuelve atrás, como se ve sin aquel sabor en las cosas de Dios. Que en esto se ve que no sale de flojedad y tibieza este sinsabor y sequedad;

porque de razón de la tibieza es no se le dar mucho ni tener solicitud interior por las cosas de Dios. Por donde, entre la sequedad y tibieza hay mucha diferencia. Porque la que es tibieza, tiene mucha remisión y flojedad en la voluntad y en el ánimo, sin solicitud de servir á Dios; la que sólo es sequedad purgativa tiene consigo ordinaria solicitud con cuidado y pena, como digo, de que no sirve á Dios. Y ésta, aunque algunas veces se ayuda de la melancolía ó otro humor (como otras veces lo es), no por eso deja de hacer su efecto purgativo del apetito; pues de todo gusto está privado, y sólo su cuidado trae en Dios; porque cuando es puro humor, todo se va en disgustos y estragos del natural, sin estos deseos de servir á Dios que tiene la sequedad purgativa, con la cual, aunque la parte sensitiva está muy caída, floja y flaca para obrar, por el poco gusto que halla, el espíritu empero está pronto y fuerte.

Porque la causa de esta sequedad es porque muda Dios los bienes y fuerzas del sentido al espíritu, de los cuales, por no ser capaz el sentido y fuerza natural, se queda ayuno, seco y vacío. Porque la parte sensitiva no tiene habilidad para lo que es puro espíritu; y así gustando al espíritu, se desabre la carne y se afloja para obrar; mas el espíritu, que va recibiendo el manjar, anda fuerte y más alerta y solícito que antes en el cuidado de no faltar á Dios; el cual, si no siente luego al principio el sabor y deleite espiritual, sino la sequedad y sinsabor, es por la novedad del trueque. Porque habiendo tenido el paladar hecho á esotros gustos sensibles, todavía tiene los ojos puestos en ellos. Y porque también el paladar espiritual no está acomodado ni purgado para tan sutil gusto, hasta que sucesivamente se vaya disponiendo por medio de esta seca y oscura noche, no puede sentir el gusto y bien espiritual, sino la sequedad y sinsabor, á falta del gusto que antes con tanta facilidad gustaba. Porque estos que comienza Dios á llevar por estas soledades del desierto, son semejantes á los hijos de Israel, que luego que en el desierto les comenzó Dios á dar el manjar del cielo, que de suyo tenía todos los sabores, y como allí dice, se convertía al sabor que cada uno quería; con todo sentían más la falta de los gustos y sabores de las carnes y cebollas que

comían antes en Egipto, por haber tenido el paladar hecho y engolosinado en ellas, que la dulzura delicada del manjar angélico, y lloraban y gemían por las carnes entre los manjares del cielo. (Núm. XI, 5.) *Reçordamur piscium, quos comedebamus in Ægypto gratis: in mentem nobis veniunt cucumeres, et pepones, porri que, et cepe, et allia.* Que á tanto llega la bajeza de nuestro apetito, que nos hace desear nuestras miserias, y fastidiar el bien incomunicable del cielo. Pero como digo, cuando estas sequedades provienen de la vida purgativa del apetito sensible, aunque al principio el espíritu no siente sabor, por las causas que acabamos de decir, siente la fortaleza y brío para obrar, en la sustancia que le da el manjar interior, el cual manjar es principio de oscura y seca contemplación para el sentido; la cual contemplación es oculta y secreta para el mismo que la tiene. Ordinariamente junto con esta sequedad y vacío que hace al sentido, da al alma inclinación y gana de estarse á solas y en quietud, sin poder pensar cosa particular ni tener gana de pensarla. Y entonces, si á los que esto acaece se supiesen quietar, descuidando de cualquiera obra interior y exterior, sin solicitud de hacer allí nada (1),

(1) c. Las ediciones ponían así este pasaje: «Descuidando de cualquiera obra interior y exterior *que ellos por su industria y discurso pretendan hacer, estando sin solicitud de hacer allí nada más que dejarse llevar de Dios, recibir y oír con atención amorosa.*»

Ya que se nos ofrece oportunidad, debemos notar aquí que es muy común en los místicos el aconsejar al alma á quien Dios ha puesto en contemplación que no obre entonces nada. Con esto no quieren significar que suspenda completamente el ejercicio de sus potencias, sino solamente que cese en sus actos discursivos, y esto por dos razones: 1.^a, por ser ya innecesarios, pues se ha conseguido el fin á que ellos se ordenan, que es la inquisición de la verdad; y 2.^a, porque si el alma se distrae á hacerlos, dejará de atender á Dios, y perderá los inefables bienes que entonces la está comunicando. Que tal sea el sentido de esta y otras locuciones semejantes bastará para demostrarlo el fijarnos en lo que dice y repite hasta la saciedad el Místico Doctor, á saber: que el alma debe, en semejantes casos, permanecer *con atención sencilla y amorosa á Dios*. Por la *atención* significa el acto del entendimiento, que escucha lo que Dios habla en ella. Con la palabra *sencilla* excluye la multiplicidad de actos, y con la otra, *amorosa*, aconseja el acto de la voluntad, la cual debe recibir con amor lo que el Señor la comunica. Véase, pues, cómo los místicos no aconsejan el aniquilamiento de la actividad humana según quieren los racionalistas de nuestros días.

luego en aquel descuido y ocio sentirían delicadamente aquella refección interior. La cual es tan delicada, que ordinariamente, si tiene gana ó cuidado en sentirla, no la siente; porque como digo, ella obra en el mayor ocio ó descuido del alma; que es como el aire, que en queriendo cerrar el puño, se sale. Y á este propósito podemos entender lo que el Esposo dijo á la Esposa en los Cantares, es á saber: *Averte oculos tuos à me, quia ipsi me avolare fecerunt*. Aparta tus ojos de mí, porque ellos me hacen volar. (Cant. VI, 4.) Porque de tal manera pone Dios al alma en este estado, por tan diferente camino la lleva, que si ella quiere obrar con sus potencias, antes estorba la obra que Dios en ella va haciendo, que ayuda; lo cual antes era muy al revés. La causa es, porque ya en este estado de contemplación, que es cuando sale del discurso á estado de aprovechados, ya Dios es el que obra en el alma; de manera que parece que le ata las potencias interiores, no dejándole arrimo en el entendimiento, ni jugo en la voluntad, ni discurso en la memoria. Porque en este tiempo lo que de suyo puede obrar el ánima, no sirve sino (como habemos dicho) de estorbar la paz interior y la obra que en aquella sequedad del sentido hace Dios en el espíritu. La cual, como es espiritual y delicada, hace obra quieta y delicada, *solitaria, satisfactoria* y pacífica y muy ajena de todos esotros gustos primeros, que eran muy palpables y sensibles. Porque esta paz es la que dice David que habla Dios en el alma para hacerla espiritual. (Ps. LXXXIV, 9.) Y de aquí es la tercera.

La tercera señal que hay para que sepamos ser esta purgación del sentido, es el no poder ya meditar ni discurrir, aprovechándose del sentido de la imaginación como solía, aunque más haga de su parte; porque como aquí comienza Dios á comunicársele, no ya por el sentido, como antes hacía por medio del discurso que componía y dividía las noticias, sino por el espíritu puro, en que no hay discurso sucesivamente, comunicándosele con acto de sencilla contemplación, la cual no alcanzan los sentidos de la parte inferior exteriores ni interiores; de aquí es que la imaginación y fantasía no pueden hacer arrimo en alguna consideración, ni hallar en ella pie ya de ahí adelante.

En esta tercera señal se entienda que este empacho de las potencias y disgustillo de ellas, no proviene de algún mal humor; porque cuando de aquí nace, en acabándose aquel humor que nunca permanece en un ser, luego con algún cuidado que ponga el alma, vuelve á poder lo que antes, y hallan sus arrimos las potencias. Lo cual en la purgación del apetito no es así; porque en comenzando á entrar en ella, siempre va adelante el no poder discurrir con las potencias. Que aunque es verdad que á los principios en algunos á veces no entra con tanta continuación, de manera que algunas veces dejen de llevar sus gustos y discursos sensibles (porque por su ventura, por su flaqueza no convenia destetarlos de un golpe), con todo, van entrando siempre más en ella y acabando con la obra sensitiva, si es que han de ir adelante; porque los que no van por camino de contemplación, muy diferente modo llevan; porque esta noche de sequedades no suele ser continua en el sentido; porque aunque algunas veces las tienen, otras no; y aunque algunas veces no puede discurrir, otras pueden como solían, porque como sólo los mete Dios en esta noche á éstos para ejercitarlos y humillarlos, y reformarles el apetito porque no se vayan criando con golosina viciosa en las cosas espirituales, y no para llevarlos á la vía del espíritu, que es esta contemplación (porque no á todos los que se ejercitan de propósito en el camino del espíritu lleva Dios á contemplación ni aun á la mitad: el por qué, él se lo sabe), de aquí es que á éstos nunca les acaba de desarriar el sentido de los pechos de las consideraciones y discursos, sino algunos ratos y á temporadas como habemos dicho.

§ XI

(Capítulo X)

DEL MODO CON QUE SE HAN DE HABER ÉSTOS EN ESTA NOCHE OSCURA

En el tiempo, pues, de las sequedades de esta noche sensitiva (en la cual hace Dios el trueque que habemos dicho arriba, sacando al alma de la vida del sentido á la del espíritu, que es de meditación á

contemplación, donde ya no hay poder obrar ni discurrir en las cosas de Dios el alma con sus potencias, como queda dicho) padecen los espirituales grandes penas; no tanto por las sequedades que padecen, como por el recelo que tienen de que van perdidos por este camino, pensando que se les ha acabado el bien espiritual y que los ha dejado Dios, pues no hallan arrimo ni gusto en cosa buena. Entonces se fatigan, y procuran (como lo han habido de costumbre) arrimar con algùn gusto las potencias á algùn objeto de discurso, pensando que cuando ellos no hacen esto, y se sienten obrar, no se hace nada; lo cual hacen no sin harta desgana y repugnancia interior del alma, que gustaba de estarse en aquella quietud y ocio, y *sin obrar con las potencias*. En lo cual estragándose en lo uno, no aprovechan en lo otro; porque por usar su espíritu, pierden el espíritu que tenían de tranquilidad y paz. Y así son semejantes al que deja lo hecho para volverlo á hacer, ó al que se salió de la ciudad para volver á entrar en ella, ó al que deja la caza para volver á andar á caza; y esto en esta parte es excusado, porque no hallará nada, y porque se vuelve á su primer estilo de proceder, como queda dicho.

Estos en este tiempo, si no hay quien los entienda, vuelven atrás, dejando el camino ó aflojando, ó á lo menos se estorban de ir adelante, por las muchas diligencias que ponen de ir por el primer camino de meditación y discurso, fatigando y trabajando demasadamente el natural; imaginando que queda por su negligencia ó pecados. Lo cual les es ya excusado; porque les lleva ya Dios por otro camino, que es de contemplación, diferentísimo del primero; porque el uno es de meditación y discurso, y el otro no cae en imaginación ni discurso. Los que de esta manera se vieren, conviéneles que se consuelen perseverando con paciencia, y no teniendo pena confien en Dios, que no deja á los que con sencillo y recto corazón le buscan, ni les dejará de dar lo necesario para el camino, hasta llevarlos á la clara y pura luz de amor, que les dará por medio de la otra noche oscura del espíritu, si merecieren que Dios les ponga en ella.

El estilo que han de tener en esta del sentido, es que no se den nada por el discurso y meditación; pues ya, como he dicho, no es

tiempo de eso, sino que dejen estar al alma en sosiego y quietud, aunque les parezca claro que no hacen nada y que pierden tiempo, y *aunque les parezca* que por su flojedad no tienen gana de pensar allí en nada. Que harto harán en tener paciencia y en perseverar en la oración *sin hacer allí nada; sólo lo que aquí han de hacer es* (1) dejar al alma libre y desembarazada y descansada de todas las noticias y pensamientos, no teniendo cuidado allí de qué pensarán, ni meditarán, contentándose sólo con una advertencia amorosa y sosegada en Dios, y estar sin cuidado, sin eficacia y sin gana de sentirle (2) y de gustarle. Porque todas estas pretensiones inquietan y distraen el alma de la sosegada quietud y ocio suave de contemplación que aquí se da. Y aunque más escrúpulos le vengan de que pierde tiempo y que sería bueno hacer otra cosa, pues en la oración no puede hacer ni pensar nada, súfrase y estése sosegado, como que no va allí más que á estarse á su placer y anchura de espíritu. Porque si de suyo algo quiere obrar con las potencias interiores, sería estorbar y perder los bienes que Dios por medio de aquella paz y ocio del alma está asentando é imprimiendo en ella. Bien así como si un pintor estuviese pintando ó alcoholando un rostro, que si el rostro se menease en querer hacer algo, no dejaría hacer nada al pintor, y le turbaría lo que estaba haciendo. Y así, cuando el alma está en paz y ocio interior, cualquiera operación y afición ó advertencia (3) que ella quiera tener entonces, la distraerá é inquietará, y hacerla há sentir sequedad y vacío del sentido. Porque cuanto más pretendiere tener algún arrimo de afecto y noticia, tanto más sentirá la falta, la cual no puede ya ser suplida por aquella vía. De donde á esta tal alma le conviene no hacer aquí caso que se le pierdan las operaciones de las potencias, antes ha de gustar que se le pierdan presto. Porque, no estorbando la operación de la contemplación infusa que va Dios dando, con más abundancia pacífica la recrea, y da lugar á que arda y se encienda en

(1) a.

(2) c. «Sin gana *demasiada* de sentirle». (Edic. ant.)

(3) c. «*Cuidadosa* advertencia». (Edic. ant.)

el espíritu del amor, que esta oscura y secreta contemplación trae consigo y pega á el alma (1), porque la contemplación no es otra cosa que una infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios, que si la dan lugar, inflama al alma en espíritu de amor, según ella da á entender en el verso siguiente, es á saber:

Con ansias en amores inflamada.

(Capítulo XI)

La cual inflamación de amor comunmente á los principios no se siente, por no haber comenzado á emprenderse por la impureza del natural, ó por no le dar lugar pacífico en sí el alma por no entenderse, como habemos dicho. Aunque á veces con eso y sin eso comienza luego á sentirse alguna ansia de Dios; y cuanto más va, más se va sintiendo el alma aficionada é inflamada en amor de Dios, sin saber ni entender cómo y de dónde le nace el tal amor y afición, sino que ve crecer tanto en sí á veces esta llama é inflamación, que con ansias de amor desea á Dios: según David, estando en esta noche, lo dice de sí por estas palabras: *Quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi.* (Ps. LXXII, 21.) Porque se inflamó mi corazón (es á saber, en amor de contemplación), también mis renes y aficiones se mudaron; es á saber, de la vía sensitiva á la espiritual, que es la sequedad y cesación en todos ellos que vamos diciendo. Y yo, dice, fui resuelto en nada y

(1) En las otras ediciones se introducía en este lugar el siguiente párrafo: «No querría empero que de aquí se hiciese regla general de dejar meditación ó discurso; que el dejarla ha de ser siempre á más no poder, y sólo por el tiempo que, ó por vía de purgación ó tormento, ó por muy perfecta contemplación la estorbare el Señor. Que en el demás tiempo y ocasiones, siempre ha de haber este arrimo y reparo, y más de la vida y Cruz de Cristo, que para purgación y pasión y paciencia y para seguro camino es lo mejor, y ayuda admirablemente á la subida contemplación. La cual no es etc.»

Después de lo que se escribió en la nota 2.ª de la pág. 277 del tomo I, no hay necesidad de aducir muchas pruebas para demostrar que este pasaje es espúreo. Basta para ello notar que no se halla en los once manuscritos que se han consultado y que no tiene buen enlace con lo que le antecede y le sigue.

aniquilado, y no supe: porque como habemos dicho, sin saber el alma por dónde va, se ve aniquilada acerca de todas las cosas de arriba y de abajo que solía gustar; y sólo se ve enamorada sin saber cómo. Y porque á veces crece mucho la inflamación de amor en el espíritu, son las ansias por Dios tan grandes en el alma, que parece se le secan los huesos en esta sed, y se marchita el natural, y estraga su calor y fuerza por la viveza de la sed de amor, porque siente el alma que es viva esta sed de amor. La cual también David tenía y sentía, cuando dice: *Sitivit anima mea ad Deum vivum*. (Ps. XLI, 3.) Mi alma tuvo sed á Dios vivo; que es tanto como decir: Viva fué la sed que tuvo mi alma. La cual sed, por ser viva, podemos decir que mata de sed. *Pero es de notar que la vehemencia de esta sed no es con continuación, sino algunas veces, aunque de ordinario suele sentir alguna sed. Pero háse de advertir que, como aquí comencé á decir, á los principios comunmente no se siente este amor, sino la sequedad y vacío que vamos diciendo; y entonces en lugar de este amor que después se va encendiendo, lo que trae el alma en medio de aquellas sequedades y vacíos de las potencias, es un ordinario cuidado y solicitud de Dios, con pena y recelo de que no le sirve; que no es para Dios poco agradable sacrificio ver andar el espíritu atribulado y solícito por su amor. Esta solicitud y cuidado pone en el alma aquella secreta contemplación, hasta que por tiempo habiendo purgado algo el sentido, esto es, la parte sensitiva, de las fuerzas y aficiones naturales por medio de las sequedades que en ella pone, va ya encendiendo en el espíritu este amor Divino. Pero entretanto, en fin como el que está puesto en cura, todo es padecer en esta oscura noche y seca purgación del apetito, curándose de muchas imperfecciones y ejercitándose en muchas virtudes, para hacerse capaz del dicho amor, como ahora se dirá sobre el verso siguiente:*

¡Oh dichosa ventura!

Que por cuanto pone Dios al alma en esta noche sensitiva á fin de purgar el sentido de la parte inferior, y acomodarle y sujetarle y

unirle con el espíritu, oscureciéndole y haciéndole cesar acerca de los discursos, como también después á fin de purificar el espíritu para unirle con Dios, le pone en la noche espiritual, gana el alma (aunque á ella no le parece) tantos provechos, que tiene por dichosa ventura haber salido del lazo y apretura del sentido de la parte inferior por esta dichosa noche, dice el presente verso, es á saber: «¡Oh dichosa ventura!» Acerca del cual nos conviene aquí notar los provechos que halla en esta noche el alma, por causa de los cuales tiene por dichosa ventura pasar por ella; todos los cuales provechos encierra el alma en el siguiente verso:

Salí sin ser notada.

§ I

La cual salida se entiende de la sujeción que tenía el alma á la parte sensitiva en buscar á Dios por operaciones *tan* flacas y *tan* limitadas y ocasionadas como las de esta parte inferior son; pues á cada paso tropezaba en mil imperfecciones é ignorancias, como habemos notado arriba en los siete vicios capitales. De todos los cuales se libra, apagándole esta noche todos los gustos de arriba y de abajo, y oscureciéndole todos los discursos, y haciéndole otros innumerables bienes en la ganancia de las virtudes, como ahora diremos; que será cosa gustosa y de gran consuelo para el que por aquí camina, ver como cosa que tan áspera y adversa parece al alma y tan contraria al gusto espiritual, obra tantos bienes en ella. Los cuales (como decimos) se consiguen en salir el alma según el afición y operación, por medio de esta noche, de todas las cosas criadas, y caminar á las eternas, que es grande dicha y ventura. Lo uno, por el gran bien que es apagar el apetito y afición acerca de todas las cosas. Lo otro por ser muy pocos los que sufren y perseveran en entrar por esta puerta angosta, y por el camino estrecho que guía á la vida, como dice nuestro Salvador. (Matth. VII, 14.) Porque la angosta puerta es esta noche del sentido, del cual se despoja y desnuda el

alma para entrar en ella, fundándose en Fe (1), que es ajena de todo sentido, para caminar después por el camino estrecho, que es la otra noche de espíritu, en que adelante entra el alma para caminar á Dios en pura Fe, que es el medio por donde el alma se une con Dios. Por el cual camino, por ser tan estrecho, oscuro y terrible (tanto que no hay comparación de esta noche del sentido á la oscuridad y trabajos de aquélla, como diremos), son muchos menos los que caminan por él, pero son sus provechos también mucho mayores. De los cuales comenzaremos ahora á decir algo, con la brevedad que se pudiere, por pasar á la otra noche.

§ II

(Capítulo XII)

DE LOS PROVECHOS QUE CAUSA EN EL ALMA ESTA NOCHE

Esta noche y purgación del apetito tan dichosa para el alma por los grandes bienes y provechos que hace en ella (aunque á ella antes le parece, como habemos dicho, que se los quita), que asi como Abraham hizo gran fiesta cuando quitó la leche á su hijo Isaac (Gen. XXI, 8); asi se gozan en el cielo de que ya saque Dios á esta alma de pañales, de que la baje de sus brazos, de que la haga andar por su pie, de que también, quitándole el pecho de la leche y blando y dulce manjar de niños, le haga comer pan con corteza, y que comience á gustar pan de robustos, que en estas sequedades y tinieblas del sentido se comienza á dar al espíritu vacío y seco de los jugos del sentido, que es la contemplación infusa que habemos dicho. Y este es el primero y principal provecho que aqui el alma consigue, del cual casi todos los demás se causan.

De éstos, el primer provecho es conocimiento de si y de su miseria. Porque demás de que todas las mercedes que Dios hace al

(1) *Rigiéndose por Fe.* (Edic. ant.) Los manuscritos están aquí mendosos, y en lugar de decir *fundándose* en Fe, ponen *juntándose en Fe.*

alma, ordinariamente las hace envueltas en este conocimiento, estas sequedades y vacío de las potencias acerca de la abundancia que antes sentía, y la dificultad que halla el alma en las cosas buenas, la hacen conocer de sí la bajeza y miseria que en el tiempo de su prosperidad no echaba de ver. De esto hay buena figura en el Éxodo, donde queriendo Dios humillar á los hijos de Israel y que se conociesen, les mandó quitar y desnudar el traje y atavío festival con que ordinariamente andaban compuestos en el desierto, diciendo *Jan nunc depone ornatum tuum* (Exod. XXXIII, 5). Ahora ya de aquí adelante despojáos el ornamento festival, y ponéos vestiduras comunes de trabajo, para que sepáis el tratamiento que merecéis. Lo cual es como si dijera: Por cuanto el traje que traéis, por ser de fiesta y alegría, os ocasiona á no sentir de vosotros tan bajamente como vosotros sois, quitáos ya ese traje, para que de aquí adelante, viéndoos vestidos de vileza, conozcáis que no merecéis más, y quién vosotros sois. De donde conoce la verdad el alma que antes no conocía, de su miseria. Porque en el tiempo que andaba como de fiesta, hallando en Dios mucho gusto, consuelo y arrimo, andaba algo más satisfecha y contenta, pareciéndole que en algo servía á Dios. Porque ésto, aunque expresamente entonces no lo tengan en sí, á lo menos en la satisfacción que hallan en el gusto, se les alienta algo de ello. Ya puesta en esotro traje de trabajo, de sequedad y de desamparo, oscurecidas sus primeras luces, posee y tiene más de veras esta tan excelente y necesaria virtud del conocimiento propio, no teniéndose ya en nada ni teniendo satisfacción ninguna de sí; porque ve que de suyo no hace nada ni puede nada. Y esta poca satisfacción de sí y desconsuelo que tiene de que no sirve á Dios, tiene y estima Dios en más que todas las obras y gustos primeros que tenía el alma y hacía, por más que ellos fuesen. Por cuanto en ellas se ocasionaba para muchas imperfecciones é ignorancias; y de este traje de sequedad, no sólo lo que habemos dicho, sino también los provechos que ahora diremos y muchos más que se quedarán por decir, nacen, como de su origen y fuente, del conocimiento propio.

Cuanto á lo primero, nácele al alma tratar con Dios con más

comedimiento y más cortesía, que es lo que siempre ha de tener el trato con el Altísimo. Lo cual en la prosperidad de su gusto y consuelo no hacia; porque aquel favor gustoso que sentía hacia ser el apetito acerca de Dios algo más atrevido *de lo que bastaba y descortés y mal mirado*. Como acaeció á Moisés cuando sintió que Dios le hablaba, que llevado de aquel gusto y apetito sin más consideración se atrevía á llegar, si no le mandara Dios que se detuviera y descalzara (Exod. III, 5). Por lo cual se denota el respeto y discreción en desnudez de apetito con que se ha de tratar con Dios. De donde, cuando obedeció en ésto Moisés, quedó tan puesto en razón y tan advertido, que dice la Sagrada Escritura que no sólo no se atrevió á llegar, mas que ni aun osaba *considerar* (Exod. III, 6). Porque quitados los zapatos de los apetitos y gustos, conocía grandemente su miseria delante de Dios: porque así le convenía para oír las palabras *de Dios. Como también* la disposición que dió Dios á Job para hablar con él, no fueron aquellos deleites y gloria que el mismo Job allí refiere que solía tener con su Dios, sino ponerle desnudo en un muladar, desamparado y aun perseguido de sus amigos, lleno de angustia y amargura, y sembrado de gusanos el suelo: y entonces de esta manera se preció el que levanta al pobre del estiércol, *el Altísimo Dios de descender y hablar allí cara á cara con él*, descubriéndole las altezas profundas de su Sabiduría, cual nunca antes había hecho en el tiempo de la prosperidad (Vid. cap. II, 8; XXIX, XXX y XXXVIII).

Y aquí nos conviene notar otro excelente provecho que hay en esta noche y sequedad del sensitivo apetito, pues habemos venido á dar en él, y es que en esta noche oscura del apetito (porque se verifica lo que dice el profeta: *Orietur in tenebris lux tua*. Lucirá tu luz en las tinieblas) (Isai. LVIII, 10.); alumbra Dios al alma, no sólo dándole conocimiento de su miseria y bajeza, como habemos dicho, sino también de la grandeza y excelencia de Dios. Porque demás de que apagados los apetitos y gustos y arrimos sensibles, queda libre y limpio el entendimiento para entender la verdad; porque el gusto sensible y apetito, aunque sea de cosas espirituales, ofusca y emba-

raza al espíritu y además también que aquel aprieto y sequedad del sentido ilustra y aviva el entendimiento, como dice Isaías: *Vexatio intellectum dabit auditui*. (XXVIII, 19.) Que la vejación hace entender Dios cómo en el alma vacía y desembarazada, que es lo que se requiere para su Divina influencia, sobrenaturalmente por medio de esta noche oscura y seca de contemplación la va, como habemos dicho, instruyendo en su Divina Sabiduría; lo cual por los jugos y gustos primeros no hacia. Esto da muy bien á entender el mismo profeta Isaías, diciendo: *Quem docebit scientiam? et quem intelligere faciet auditum? Ablactatos à lacte, avulsos ab uberibus*. ¿A quién enseñará Dios su ciencia, y á quién hará entender su audición? A los destetados de la leche y á los desarrimados de los pechos. (XXVIII, 9.) En lo cual se da á entender que para esta Divina influencia no es la disposición la leche primera de la suavidad espiritual, ni el arrimo del pecho de los sabrosos discursos de las potencias sensitivas que gustaba el alma, sino el carecer de lo uno y el desarrimo de lo otro. Por cuanto para oír á Dios, le conviene al alma estar muy en pie y desarrimada, según el afecto y sentido, como de sí lo dice el profeta diciendo: *Super custodiam meam stabo, et figam gradum super munitionem: et contemplabor, ut videam, quid dicatur mihi*. Estaré en pie sobre mi custodia (esto es, desarrimado el apetito), y afirmaré el paso (esto es, no discurriré con el sentido), para contemplar, esto es, para entender lo que de parte de Dios se me dijere. (Hab. II, 1.) De manera que ya tenemos que de esta noche seca sale conocimiento de sí primeramente; de donde, como de fundamento, sale estotro conocimiento de Dios. Que por eso decía San Agustín á Dios: Conózcame, Señor á mí, y conocerte hé á tí (1). Porque, como dicen los filósofos, un extremo se conoce bien por otro. Y para probar más cumplidamente la eficacia que tiene esta noche sensitiva en su sequedad y desarrimo para ocasionar más la luz que de Dios decíamos recibir aquí el alma, alegaremos aquella autoridad de David, en que da muy bien á entender la virtud grande que tiene esta noche para este alto

(1) S. Aug. Soliloq. c. 2.

conocimiento de Dios. Dice, pues, así: *In terra deserta, et in via, et in aqua: sic in sancto apparui tibi, ut viderem virtutem tuam, et gloriam tuam.* En la tierra desierta, sin agua, seca y sin camino parecí delante de tí para poder ver tu virtud y gloria. (Ps. LXII, 3.) Lo cual es cosa admirable, que no da á entender aquí David, que los deleites espirituales y gustos muchos que había tenido, fuesen disposición y medio para conocer la gloria de Dios, sino la sequedad y desarrimo de la parte sensitiva, que se entiende aquí por la tierra seca y desierta. Y que no diga también que los conceptos y discursos Divinos de que él había usado mucho, fuesen camino para sentir y ver la virtud de Dios, sino el no poder fijar el concepto en Dios, ni caminar con el discurso de la consideración imaginaria, que se entiende aquí por la tierra sin camino. De manera que para conocer á Dios y á sí mismo, esta noche oscura es el medio con sus sequedades y vacíos, aunque no con la plenitud y abundancia que en la otra de espíritu; porque este conocimiento es como principio del otro.

Saca también el alma en las sequedades y vacío de esta noche del apetito humildad espiritual, que es la virtud contraria al primer vicio capital, que dijimos ser soberbia espiritual. Por la cual humildad que adquiere por el dicho conocimiento propio, se purga de todas aquellas imperfecciones en que caía acerca de aquél de soberbia en el tiempo de su prosperidad. Porque como se ve tan seca y miserable, ni aun por primer movimiento le pasa que va mejor que los otros ni que les lleva ventaja, como antes hacía, antes por el contrario, conoce que los otros van mejor. Y de aquí nace el amor del prójimo; porque los estima, y no los juzga como antes solía cuando se veía á sí con mucho fervor y á los otros no; sólo conoce su miseria y la tiene delante de los ojos, tanto que no la deja ni da lugar para poner los ojos en nadie. Lo cual admirablemente David, estando en esta noche, manifiesta diciendo: *Obmutui, et humiliatus sum, et silui à bonis: et dolor meus renovatus est.* Enmudecí y fui humillado, y tuve silencio en los bienes, y renovóse mi dolor. (Ps. XXXVIII, 3.) Esto dice, porque le parecía que los bienes de su alma estaban tan acabados, que no solamente no había ni hallaba lenguaje de ellos; mas

acerca de los ajenos también enmudeció con el dolor del conocimiento de su miseria.

Aquí también se hacen sujetos y obedientes en el camino espiritual. Que como se ven tan miserables, no sólo oyen lo que les enseñan, mas aun desean que cualquiera los encamine y diga lo que deben hacer. Quitaseles la presunción *afectiva* que en la prosperidad á veces tenían; y finalmente, de camino se les barren todas las imperfecciones que tocamos allí, *acerca de este vicio primero que es soberbia espiritual, como habemos dicho.*

§ III

(Capítulo XIII)

DE OTROS PROVECHOS QUE CAUSA EN EL ALMA ESTA NOCHE DEL SENTIDO

Acerca de las imperfecciones que en la avaricia espiritual tenía, en que codiciaba unas y otras cosas espirituales, y nunca se veía satisfecha el alma de unos ejercicios y otros con la codicia del apetito y gusto que hallaba en ellos, ahora en esta noche seca y oscura anda bien reformada. Porque como no halla el gusto y sabor que solía, antes halla en ellas sinsabor y trabajo, con tanta templanza usa de ellas que por ventura podría perder ya por punto de corto como antes perdía por largo; aunque á los que Dios pone en esta noche, comunmente les da humildad y prontitud, aunque con sinsabor, para que sólo por Dios hagan aquello que se les manda, y desaprópiense de muchas cosas porque no hallan gusto en ellas.

Acerca de la lujuria espiritual también se ve claro que por esta sequedad y sinsabor del sentido que halla el alma en las cosas espirituales, se libra de aquellas impurezas que allí notamos; pues comunmente dijimos que procedían del gusto que del espíritu redundaba en el sentido.

Pero de las imperfecciones que se libra el alma en esta noche oscura acerca del cuarto vicio, que es gula espiritual, puédense ver

allí, aunque no están dichas todas, porque son innumerables; y así yo aquí no las referiré, porque querría ya concluir con esta noche para pasar á la otra, de la cual tenemos graves palabras y doctrina. Baste para entender los innumerables provechos que demás de los dichos gana el alma en esta noche acerca de este vicio de gula espiritual, decir que de todas aquellas imperfecciones que allí quedan dichas se libra, y de otros muchos y mayores males y feas abominaciones que allí no están escritas, en que vinieron á dar muchos de que tenemos experiencia, por no tener ellos reformado el apetito en esta golosina espiritual. Porque como Dios en esta seca y oscura noche en que pone al alma, tiene refrenada la concupiscencia y enfrenado el apetito de manera que no se *puede* cebar de *algún gusto ni sabor sensible* de cosa de arriba ni de abajo; y esto lo va continuando de tal manera, que queda el alma *impuesta, reformada y empresada* según la concupiscencia y apetitos. Pierde las fuerzas de las pasiones y *concupiscencia* y *se hace estéril no usándose al gusto, bien así como no acostumbando á sacar leche de la ubre se secan los cursos de la ubre y de la leche, y enjugados así los apetitos del alma, síguense, demás de los dichos por medio de esta sobriedad espiritual admirable, provechos en ella; porque apagados los apetitos y concupiscencias, vive el alma en paz y tranquilidad espiritual;* que donde no reina apetito y concupiscencia, no hay perturbación, sino paz y consuelo de Dios.

Sale de aquí otro segundo provecho, y es que trae ordinaria memoria de Dios, con temor y recelo de volver atrás, como queda dicho, en el camino espiritual; el cual es grande provecho, y no de los menores, en esta sequedad y purgación del apetito, porque se purifica el alma y limpia de las imperfecciones que se le pegaban por medio de los apetitos y aficiones, que de suyo embotan y ofuscan el alma.

Hay otro provecho muy grande en esta noche para el alma, y es que se ejercita en las virtudes de por junto, como es en la paciencia y longanimidad, que se ejercita bien en estas sequedades y vacíos, sufriendo el perseverar en los espirituales ejercicios sin consuelo y

sin gusto. Ejercitase la caridad de Dios, pues ya no por el gusto *atraído y saboreado* que halla en la obra es movido, sino sólo por Dios. Ejercita aquí también la virtud de la fortaleza, porque en estas dificultades y sinsabores que halla en el obrar, saca fuerzas de flaqueza, y así se hace fuerte; y finalmente, en todas las virtudes así teologales *como cardinales y morales, corporal y espiritualmente*, se ejercita el alma en estas sequedades. Y que en esta noche consiga el alma todos estos cuatro provechos que tenemos aquí dicho, conviene á saber: delectación de paz, ordinaria memoria y solicitud de Dios, y limpieza y pureza del alma, y el ejercicio de las virtudes que acabamos de decir, dícelo David, como lo experimentó él mismo estando en esta noche, por estas palabras: *Renuit consolari anima mea, memor fui Dei, et delectatus sum, et exercitatus sum, et defecit spiritus meus*. Mi alma desechó las consolaciones, tuve memoria de Dios, hallé consuelo y ejercítame, y desfalleció mi espíritu (Ps. LXXVI, 4). Y luego dice: Medité de noche con mi corazón, y ejercitábame, y barría y purificaba mi espíritu (Ibid. 7): conviene á saber, de todas las aficiones.

Acerca de las imperfecciones de los otros tres vicios espirituales que allí dijimos, que son envidia, ira y acidia, también en esta sequedad del apetito se purga el alma y adquiere las virtudes á ellos contrarias. Porque hablandada y humillada por estas sequedades y dificultades, y otras tentaciones y trabajos en que á vueltas de esta noche Dios la ejercita, se hace mansa para con Dios y para consigo, y también para con el prójimo. De manera que ya no se enoja con alteración sobre las faltas propias contra sí, ni sobre las ajenas contra el prójimo, ni acerca de Dios trae disgustos y querellas descomedidas porque no le hace presto bueno. Pues acerca de la envidia, también aquí tiene caridad con los demás; porque si alguna envidia tiene, no es viciosa como antes solía, cuando le daba pena que otros fuesen á él preferidos y que llevasen la ventaja; porque ya aquí se la tiene dada, viéndose tan misèrable como se ve; y la envidia que tiene (si la tiene) es virtuosa, deseando imitarlos, lo cual es mucha virtud.

Las acidas y tedios que aquí tiene en las cosas espirituales,

tampoco son viciosos como antes; porque aquéllos procedían de los gustos espirituales que á veces tenía, y pretendía tener cuando no los hallaba. Pero estos tedios no proceden de esta flaqueza del gusto; porque se le tiene Dios quitado acerca de todas las cosas en esta purgación del apetito.

Demás de estos provechos que están dichos, otros innumerables consigue por medio de esta seca contemplación. Porque en medio de estas sequedades y aprietos, muchas veces cuando menos piensa, comunica Dios al alma suavidad espiritual y amor puro, y noticias espirituales á veces muy delicadas, cada una muy de mayor provecho y precio que cuanto antes gustaba. Aunque el alma en los principios no lo piensa así; porque es muy delicada la influencia espiritual que aquí se da, y no la percibe el sentido.

Finalmente, por cuanto aquí el alma se purga de las aficiones y apetitos sensitivos, consigue libertad de espíritu, en que se van granjeando los doce frutos del Espíritu Santo. También aquí admirablemente se libra de las manos de los tres enemigos, demonio, mundo y carne; porque apagándose el sabor y gusto sensitivo acerca de las cosas, no tiene el demonio, ni el mundo, ni la sensualidad armas ni fuerzas contra el espíritu.

Estas sequedades, pues, hacen al alma andar con pureza en el amor de Dios; pues que ya no se mueve á obrar por el gusto y sabor de la obra, como por ventura lo hacía cuando gustaba, sino sólo por dar gusto á Dios. Hácese no presumida ni satisfecha, como por ventura en el tiempo de la prosperidad solía, sino recelosa y temerosa de sí, no teniendo de sí satisfacción alguna: en lo cual está el santo temor que conserva y aumenta las virtudes. Apaga también esta sequedad las concupiscencias y bríos naturales, como también queda dicho. Porque aquí, si no es el gusto que de suyo Dios le infunde algunas veces, por maravilla halla gusto y consuelo sensible por su diligencia en alguna obra y ejercicio espiritual, como ya queda dicho.

Créceles en esta noche seca el cuidado de Dios, y las ansias por servirle. Porque como se le van enjugando los pechos de la sensualidad, con que sustentaba y criaba los apetitos tras que iba, sólo

queda en seco y en desnudo el ansia de servir á Dios, que es cosa para él muy agradable. Pues como dice David. El espíritu atribulado es sacrificio para Dios (Ps. L, 19). Como el alma, pues, conoce que en esta purgación seca por donde pasó, sacó y consiguió tantos y tan preciosos provechos como aquí se han referido, no hace mucho en decir en la canción que vamos declarando en el verso, es á saber: «¡Oh dichosa ventura! Salí sin ser notada.» Esto es, salí de los lazos y sujeción de los apetitos sensitivos y aficiones, sin ser notada; es á saber, sin que los dichos tres enemigos me lo pudiesen impedir. Los cuales (como habemos dicho) en los apetitos y gustos, así como con los lazos enlazan el alma y la detienen que no salga de sí á la libertad del amor de Dios, sin los cuales ellos no pueden combatir al alma, como queda dicho.

De donde en sosegándose por continua mortificación las cuatro pasiones del alma, que son, gozo, dolor, esperanza y temor; y en adormiéndose en la sensualidad por ordinarias sequedades los apetitos naturales; y en alzando de obra la armonia de los sentidos y potencias interiores, cesando de sus operaciones discursivas, como habemos dicho, la cual es toda la gente y morada de la parte inferior del alma, *que es lo que allí llama su casa, diciendo:*

Estando ya mi casa sosegada.

(Capítulo XIV)

DECLÁRASE ESTE ÚLTIMO VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN

Estando ya esta casa de la sensualidad sosegada, esto es, mortificadas sus pasiones, apagadas sus codicias, y los apetitos sosegados y adormidos por medio de esta noche dichosa de la purgación sensitiva, salió el alma á comenzar el camino y vía del espíritu, que es el de los *aprovechantes* y *aprovechados*, que por otro nombre llaman la vía iluminativa ó de contemplación infusa, con que Dios de suyo

anda apacentando y reficionando el alma, sin discurso ni ayuda activa con industria de la misma alma. Tal es, como habemos dicho, la noche y purgación del sentido en el alma. La cual en los que después han de entrar en la otra más grave del espíritu, para pasar á la divina unión de amor de Dios (porque no todos, sino los menos, pasan ordinariamente), suele ir acompañada con graves trabajos y tentaciones sensitivas, que duran mucho tiempo, aunque en unos más que en otros: porque á algunos se les dá el ángel de Satanás, que es espíritu de fornicación, para que los azote los sentidos con abominables y fuertes tentaciones, y les atribule el espíritu con feas advertencias y representaciones muy visibles en la imaginación, que á veces les es mayor pena que el morir.

Otras veces se les añade á esta noche el espíritu de blasfemia, el cual, en todos sus conceptos y pensamientos, se anda atravesando con intolerables blasfemias, y á veces con tanta fuerza sugeridas en la imaginación (1), que casi se las hace pronunciar, que les es grave tormento.

Otras veces se les dá otro abominable espíritu que llaman *Spiritus vertiginis*, no porque caigan, sino porque los ejercite. El cual de tal manera les oscurece el sentido, que los llena de mil escrúpulos y perplejidades tan entrecadas al juicio de ellos, que nunca pueden satisfacerse con nada, ni arrimar al juicio de ellos á consejo ni concepto: el cual es uno de los más graves estímulos y horrores de esta noche, muy vecino á lo que pasa en la noche espiritual.

Estas tempestades y trabajos ordinariamente envía Dios en esta noche y purgación sensitiva á los que ha de poner después en la otra (aunque no todos pasan á ella), para que, castigados y abofeteados, de esta manera se vayan ejercitando, y disponiendo y curtiendo los sentidos y potencias para la unión de la Sabiduría que allí los han de dar. Porque si el alma no es tentada, ejercitada y probada con

(1) Así dicen el manuscrito Hispalense y las ediciones precedentes. Los dos manuscritos Toledanos ponen: *Sugeladas* en la imaginación. El Matritense escribe: *Engeridas* en la imaginación.

tentaciones, y trabajos, no puede arribar su sentido para la Sabiduría. Que por eso dijo el Eclesiástico: *Qui non est tentatus, quid scit? Qui non est expertus, pauca recognoscit.* El que no es tentado, qué sabe? Y el que no es probado, ¿cuáles son las cosas que reconoce? (Cap. XXXIV, 9 y 10.) De la cual verdad da Jeremias buen testimonio, diciendo: *Castigasti me, et eruditus sum.* Castigástemme, Señor, y fui enseñado. (Cap. XXXI, 18.) Y la más propia manera de este castigo para entrar en la Sabiduría, son los trabajos interiores que aquí decimos: por cuanto son de los que más eficazmente purgan el sentido de todos los gustos y consuelos á que con flaqueza natural estaba afectado, y donde es humillada el alma de veras para el ensalzamiento que ha de tener.

Pero el tiempo que al alma tengan en este ayuno y penitencia del sentido, cuanto sea, no es cosa cierta decirlo; porque no pasa en todos de una manera ni unas mismas tentaciones, que esto va medido por la voluntad de Dios conforme á lo más ó menos que cada uno tiene de imperfección que purgar; y también conforme al grado de unión de amor á que Dios le quiere levantar, le humillará más ó menos intensamente, ó más ó menos tiempo. Los que tienen sujeto y más fuerza para sufrir, con más intensión los purga y más presto. Porque á los muy flacos con mucha remisión y flacas tentaciones mucho tiempo los lleva por esta noche, dándoles ordinarias refecciones al sentido porque no vuelvan atrás, y tarde llegan á la pureza de perfección en esta vida, y algunos de éstos nunca. Que ni bien están en la noche ni bien fuera de ella; porque, aunque no pasan adelante, para que se conserven en humildad y conocimiento propio, los ejercita Dios algunos ratos y días en aquestas sequedades y tentaciones; y les ayuda con el consuelo otras veces á temporadas, porque desmayando no vuelvan á buscar el del mundo. A otras almas más flacas anda Dios con ellas como desapareciendo y trasponiéndose, para ejercitarlas en su amor; porque sin desvíos no aprendieran á llegarse á Dios.

Pero las almas que han de pasar á tan dichoso y alto estado como es la unión de amor, por muy aprisa que Dios las lleve,

harto tiempo suelen durar en estas sequedades y tentaciones ordinariamente, como está visto por experiencia. *Tiempo es, pues, ya, de comenzar á tratar de la segunda noche* (1).



(1) De este modo terminan los manuscritos. El de Alba, añade las siguientes palabras: «en que pone Dios al alma.» Las ediciones variaron algo el texto para que estuviera conforme con la división que habían hecho de esta obra. Decían así: «Concluyendo, pues, con este libro, comencemos á tratar de la segunda noche.»



NOCHE OSCURA DEL ESPÍRITU

§ I

(Capítulo I)

COMIÉNZASE Á TRATAR DE LA NOCHE DEL ESPÍRITU

DÍCESE Á QUÉ TIEMPO COMIENZA

Al alma que Dios ha de llevar adelante, no luego que sale de las sequedades y trabajos de la primera purgación y noche del sentido, pone Su Majestad en esta noche del espíritu (1), antes suele pasar harto tiempo y años, en que salida el alma del estado de principiantes se ejercita en el de los aprovechados. En el cual (así como el que ha salido de una estrecha cárcel), anda en las cosas da Dios con mucha más anchura y satisfacción del alma, y con más abundante é interior deleite que tenía á los principios, antes que entrase en la dicha noche, no trayendo ya atada la imaginación y potencias al discurso y cuidado espiritual, como solía. Porque con gran facilidad halla luego en su espíritu muy serena y amorosa contemplación y sabor espiritual sin trabajo del discurso. Aunque como no está bien hecha la purgación del alma (porque falta la principal parte, que es la del espíritu, sin la cual, por la comunicación que hay de la una parte á la otra, por razón de ser un solo supuesto, tampoco la purgación sensitiva, aunque más fuerte haya sido, queda acabada y perfecta:

(1) c. H. y T. En las ediciones se decía: «Pone su Majestad en *la unión de amor.*» En los Manuscritos de Alba, Madrid y Carmelitas Descalzas de Toledo, faltan palabras; por lo cual no hacen completo sentido.

nunca le faltan á veces algunas necesidades, sequedades, tinieblas y aprietos, á veces mucho más intensos que los pasados, que son como presagios y mensajeros de la noche venidera del espíritu, aunque no son éstos durables, como será la noche que espera. Porque habiendo pasado un rato, ó ratos, ó días de esta noche ó tempestad, luego vuelve á su acostumbrada serenidad; y de esta manera va purgando Dios á algunas almas que no han de subir á tan alto grado de amor como las otras, metiéndolas á ratos interpoladamente en esta noche de contemplación ó purgación espiritual, haciendo anochecer y amanecer á menudo, porque se cumpla lo que dice David, que envía su cristal, esto es, su contemplación, como á bocados: *Mittit cristallum suam, sicut buccellas*. (CXLVII, 17). Aunque estos bocados de oscura contemplación nunca son tan intensos como lo es aquella horrenda noche de contemplación que tenemos de decir, en que de propósito pone Dios al alma para llevarla á la Divina unión.

Este sabor, pues, y gusto interior que decimos, que con abundancia y facilidad hallan y gustan estos aprovechantes en su espíritu, con mucha más abundancia que antes se les comunica, redundando de ahí en el sentido más que solía antes de esta sensible purgación. Que por cuanto él está ya más puro, con más facilidad puede sentir los gustos del espíritu á su modo. Y como en fin, esta parte sensitiva del alma es flaca é incapaz para las cosas fuertes del espíritu, de aquí es que estos aprovechados, á causa de esta comunicación espiritual que se hace en la parte sensitiva, padecen en ella muchas debilitaciones y detrimentos y flaquezas de estómago, y en el espíritu consiguientemente fatiga. Porque, como dice el Sabio: *Corpus enim, quod corrumpitur, aggravat animam*. El cuerpo que se corrompe agrava el ánimo. (Sap. IX., 15). De aquí es que las comunicaciones de éstos, ni pueden ser muy fuertes, ni muy intensas, ni muy espirituales, cuales se requieren para la Divina unión con Dios, por la flaqueza y corrupción de la sensualidad que participa en ellas. De aquí vienen los arrobamientos y traspasos, y descoyuntamientos de huesos, que siempre acaecen cuando las comunicaciones no son puramente espirituales; esto es, al espíritu sólo, como son las de los perfectos, puri-

ficados ya por la noche segunda del espíritu, en los cuales cesan ya estos arrobamientos y tormentos de cuerpo, gozando ellos de la libertad del espíritu, sin que se anuble y trasponga el sentido. Y para que se entienda la necesidad que éstos tienen de entrar en esta noche de espíritu, notaremos aquí algunas imperfecciones y peligros que tienen estos aprovechados.

§ II

(Capítulo II)

DE ALGUNAS IMPERFECCIONES QUE TIENEN ESTOS APROVECHADOS

Dos maneras de imperfecciones tienen estos aprovechados: unas son habituales, otras actuales: las habituales son las aficiones y hábitos imperfectos que todavía, como raíces, han quedado en el espíritu, donde la purgación del sentido no pudo llegar. En la purgación de los cuales la diferencia que hay á estotra, es la que de la raíz á la rama, ó sacar una mancha fresca ó una muy asentada y vieja. Porque, como dijimos, la purgación del sentido sólo es puerta y principio de contemplación para la del espíritu, *que como también habemos dicho*, más sirve de acomodar el sentido al espíritu, que de unir el espíritu con Dios. Mas todavía se quedan en el espíritu las manchas del hombre viejo, aunque á él no se le parecen, ni las echa de ver: las cuales si no salen con el jabón y fuerte lejía de la purgación de esta noche, no podrá el espíritu venir á pureza de unión divina.

Tienen también éstos la *hebetudo mentis* y rudeza natural que todo hombre contrae por el pecado, y la distracción y exterioridad del espíritu, la cual conviene que se ilustre, clarifique y recoja por la penalidad y aprieto de aquella noche. Estas habituales imperfecciones, todos los que no han pasado de este estado de aprovechados, las tienen; las cuales no pueden estar, *como decimos*, con el estado perfecto de unión por amor.

En las actuales no caen todos de una manera; mas algunos, como

traen estos bienes espirituales tan afuera y tan manuales en el sentido, caen en *mayores* inconvenientes y peligros que á los principios dijimos. Porque como ellos hallan á manos llenas tantas comunicaciones y aprehensiones espirituales al sentido y espíritu, donde muchas veces ven visiones imaginarias y espirituales (porque todo esto con otros sentimientos sabrosos acaece á muchos de éstos en este estado, en lo cual el demonio y la propia fantasía muy ordinariamente hace trampantojos al alma), y como con tanto gusto suele imprimir y sugerir el demonio al alma las aprehensiones dichas y sentimientos, con gran facilidad la embelesa y engaña, no teniendo ella cautela para resignarse y defenderse fuertemente *en fe* de todas estas visiones y sentimientos. Porque aquí hace el demonio creer á *muchos* (1) visiones vanas y profecías falsas: *aquí en este puesto* les procura hacer presumir que habla Dios y los Santos con ellos, y creen muchas veces á su fantasía. Aquí los suele el demonio llenar de presunción y soberbia, y atraídos de la vanidad y arrogancia, se dejan ser vistos en actos exteriores que parezcan de santidad, como son arrobamientos y otras apariencias. Hácense así atrevidos á Dios, perdiendo el santo temor, que es llave y custodia de todas las virtudes; y tantas falsedades y engaños suelen multiplicarse en algunos de éstos, y tanto se envejecen en ellos, que es muy dudosa la vuelta de éstos al camino puro de la virtud y verdadero espíritu. En las cuales miserias vienen á dar, comenzando á darse con demasiada seguridad á las aprehensiones y sentimientos espirituales, cuando comenzaban á aprovechar en el camino espiritual. Había tanto que decir de las imperfecciones de éstos, y de cómo les son más incurables por tenerlas ellos por más espirituales que las primeras, que lo quiero dejar. Sólo digo, para fundar la necesidad que hay de la noche espiritual, que es la purgación, para el que ha de pasar adelante, que á lo menos ninguno de estos aprovechados, por bien que le hayan andado las

(1) c. Mss. A y T.—El Hispalense dice lo mismo, sólo que pone invertida la oración, pues escribe: «Hace el demonio á muchos creer.» Las ediciones y el de las Carmelitas de Toledo traen el texto de este modo: «Hace el demonio creer *muchas* visiones, etc.»

manos, deja de tener muchas de aquellas afecciones naturales y hábitos imperfectos, de que dijimos primero ser necesario preceder purificación para pasar á la Divina unión. Y demás de esto, lo que arriba dejamos dicho, es á saber, que por cuanto todavía participa la parte inferior en estas comunicaciones espirituales, no pueden ser tan intensas, puras y fuertes como se requieren para la dicha unión; por tanto, para venir á ella, conviénele al alma entrar en la segunda noche del espíritu, donde desnudando el sentido y espíritu perfectamente de todas estas aprehensiones y sabores, le han de hacer caminar en oscura y pura Fe, que es propio y adecuado medio por donde el alma se une con Dios, según por Oseas lo dice: *Sponsabo te mihi in fide*. Yo te desposaré conmigo, esto es, te uniré conmigo por Fe. (Osee II, 20.)

§ III

(Capítulo III)

ANOTACIÓN PARA LO QUE SE SIGUE

Estando ya, pues, estos aprovechados, por el tiempo que han pasado cebando los sentidos con dulces comunicaciones (1), para que así atraída y saboreada del espiritual gusto la parte sensitiva que del espíritu le manaba, se aunase y acomodase en uno con el espíritu, comiendo cada uno en su manera de un mismo manjar espiritual y en un mismo plato de un solo supuesto y sujeto; para que así ellos, en alguna manera juntos y conformes en uno, estén dispuestos para sufrir la áspera y dura purgación del espíritu que les espera; porque en ella se han de purgar cumplidamente estas dos partes del alma,

(1) c. Así dicen los manuscritos de Baeza, Calatayud, Madrid, Sevilla y el de Gayangos. Como se notará leyendo todo el párrafo, no hacen sentido muy perfecto. A nuestro juicio, mejor le haría si dijera: «*Están*. ya, pues, estos, etc.» El manuscrito de Alba y el de las Carmelitas de Toledo se hallan algo mendosos en este lugar, el cual ponen de esta manera: «Estando ya *puestos* y aprovechados, etc.» Las ediciones decían: «*Han*, pues, ya estos aprovechados, por el tiempo que han pasado, *experimentado estas* dulces comunicaciones.» El sentido es más completo.

espiritual y sensitiva; porque la una nunca se purga bien sin la otra, que la purgación válida para el sentido es cuando de propósito comienza la del espíritu. De donde la noche que habemos dicho del sentido, más se puede y debe llamar cierta reformación y enfrenamiento del apetito, que purgación. La causa es, porque todas las imperfecciones y desórdenes de la parte sensitiva tienen su fuerza y raíz en el espíritu, *donde se sujetan los hábitos buenos y malos*, y así, hasta que éstos se purguen, las rebeliones y siniestros del sentido no se pueden bien purgar. De donde en esta noche que se sigue se purgan entrambas partes juntas, que este es el fin, porque convenía haber pasado por la reformación de la primera noche, y llegado á la bonanza que de ella salió, para que aunado con el espíritu, en cierta manera se purguen y padezcan aquí con más fortaleza, porque para tan fuerte y dura purga es menester disposición tan grande, que sin haber reformádose antes la flaqueza de la parte inferior, y cobrado fortaleza en Dios por el dulce y sabroso trato que con él después tuvo, no tuviera fuerza ni disposición el natural para sufrirla.

Por tanto, todavía el trato y operaciones que tienen estos aprovechados con Dios son muy bajas, á causa de no tener purificado é ilustrado el oro del espíritu, por lo cual todavía entienden de Dios como pequeñuelos, y hablan de Dios como pequeñuelos, y saben y sienten de Dios como pequeñuelos, según dice San Pablo (1. ad Cor. XIII, 11.), por no haber llegado á la perfección, que es la unión del alma con Dios, por la cual unión ya como grandes obran grandezas con su espíritu, siendo ya sus obras y potencias más Divinas que humanas, como después se dirá. Queriendo Dios desnudarlos de hecho de este viejo hombre y vestirlos del nuevo, que según Dios es criado en la novedad del sentido, que dice el Apóstol (Ephes. IV, 23 y 24), desnúdales las potencias y aficiones y sentidos, así espirituales como sensibles, así exteriores como interiores, dejando á oscuras el entendimiento, y la voluntad á secas, y vacía la memoria, y las aficiones del alma en suma aflicción, amargura y aprieto, privándola del sentido y gusto que antes sentía de los bienes espirituales, para que esta privación sea uno de los principios que se requieren en el espi-

ritu para que se introduzca y una en él la forma espiritual del espíritu, que es la unión de amor. Todo lo cual obra el Señor en ella por medio de una pura y oscura contemplación, como el alma lo da á entender en la primera Canción. La cual, aunque está declarada al *propósito* de la primera noche del sentido, principalmente la entiende el alma por esta segunda del espíritu, por ser la principal parte de la purificación del alma. Y así á este propósito la pondremos y declararemos aquí otra vez.

PÓNESE LA PRIMERA CANCIÓN Y SU DECLARACIÓN

En una noche oscura,
 Con ansias en amores inflamada,
 ¡Oh dichosa ventura!
 Salí sin ser notada,
 Estando ya mi casa sosegada.

(Capítulo IV)

Entendiendo ahora esta Canción á propósito de la purgación, contemplación, ó desnudez ó pobreza de espíritu, que todo aquí es casi una misma cosa, podémosla declarar en esta manera, y que dice el alma así: en pobreza, *desamparo* y desarrimo de todas las aprehensiones de mi alma, esto es, en oscuridad de mi entendimiento y aprieto de mi voluntad, en aflicción y angustia de la memoria, dejándome á oscuras en pura Fe, la cual es noche oscura para las dichas potencias naturales, sola la voluntad tocada de dolor y aflicciones y ansias de amor de Dios, salí de mí misma; esto es, de mi bajo modo de entender, y de mi flaca suerte de amar, y de mi escasa y pobre manera de gustar de Dios, sin que la sensualidad ni el demonio me lo estorben. Lo cual fué grande dicha y buena ventura para mí; porque en acabando de aniquilarse y sosegarse las potencias, pasiones, *apetitos* y aficiones de mi alma, con que bajamente sentía y gustaba de Dios, salí del trato y escasa operación *humana mía* á

operación y trato con Dios. Es á saber, mi entendimiento salió de sí, volviéndose de humano y *natural* en Divino; porque, uniéndose por medio de esta purgación con Dios, ya no entiende *por su vigor natural* (1), sino por la Divina Sabiduría con que se unió. Y mi voluntad salió de sí haciéndose Divina; porque unida con el Divino amor, ya no ama *bajamente con su fuerza natural* (2), sino con fuerza y pureza del Espíritu Santo; y así la voluntad ya acerca de Dios no obra humanamente, y ni más ni menos la memoria se ha trocado en aprehensiones eternas de gloria. Y finalmente, todas las fuerzas y afectos del alma, por medio de esta noche y purgación del viejo hombre, todas se renuevan con temples y deleites Divinos.

Síguese el verso:

En una noche oscura.

§ I

(Capítulo V)

COMIENZA Á DECLARAR CÓMO ESTA CONTEMPLACIÓN OSCURA NO SÓLO ES
NOCHE PARA EL ALMA, SINO TAMBIÉN PENA Y TORMENTO

Esta noche oscura es una influencia de Dios en el alma, que la purga de sus ignorancias é imperfecciones habituales, naturales y espirituales, que llaman los contemplativos, contemplación infusa, ó mística teología, en que de secreto enseña Dios al alma, y la instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada ni entender cómo es esta contemplación infusa. Por cuanto es Sabiduría de Dios amorosa, hace *Dios principales* efectos en el alma; porque la dispone purgándola é iluminándola para la unión de amor con Dios. De donde la misma sabiduría amorosa, que purga los espíritus bienaventurados ilustrándolos, es la que aquí purga al alma y la ilumina.

(1) «Con el modo limitado y corto que antes.» (Edic. ant.)

(2) «Con la fuerza y vigor limitado que antes.» (Edic. ant.)

Pero es la duda, ¿por qué, pues, á la lumbre Divina (que, como decimos, ilumina y purga al alma de sus ignorancias) la llama aquí el alma noche oscura? A lo cual se responde, que por dos cosas (1) es esta Divina Sabiduría no sólo noche y tiniebla para el alma, mas también le es pena y tormento. La primera es por la alteza de la Sabiduría Divina, que excede al talento del alma, y en esta manera le es tinieblas. La segunda, por la bajeza é impureza de ella, y de esta manera le es penosa y aflictiva, y también oscura. Para probar la primera, conviene suponer cierta doctrina del Filósofo, que dice que quanto las cosas Divinas son en sí más claras y manifiestas, tanto más son al alma oscuras y ocultas naturalmente. Asi como de la luz, quanto más clara es, más ciega y oscurece la pupila de la lechuza, y quanto el Sol se mira más de lleno, más tinieblas causa en la potencia visiva y la priva, excediéndola por su flaqueza. De donde, quando esta Divina luz de contemplación embiste en el alma que aún no está ilustrada totalmente, le hace tinieblas espirituales, porque no sólo la excede, pero también la priva y *oscurece el acto* de su inteligencia natural. Que por esta causa San Dionisio y otros místicos teólogos llaman á esta contemplación infusa rayo de tiniebla; conviene á saber, para el alma no ilustrada y purgada, porque de su gran luz sobrenatural es vencida la fuerza natural intelectual y privada. Por lo cual David también dijo: *Nubes, et caligo in circuitu ejus*. Que cerca de Dios y enderredor de él está oscuridad y nube (Ps. XCVI, 2): no porque ello así sea en sí, sino para nuestros entendimientos flacos, que en tan inmensa luz se ciegan y quedan ofuscados, no alcanzando tan gran alteza. Que por eso el mismo David lo declaró, diciendo: *Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt*. Por el gran resplandor de su presencia se atravesaron nubes (Ps. XVII, 13); es á saber, entre Dios y nuestros entendimientos. Y esta es la causa, porque en derivando Dios de sí al alma que aún no está transformada, este esclarecido rayo de su sabiduría secreta le hace tinieblas oscuras en el entendimiento. Y que esta oscura con-

(1) El Ms. de Alba dice: «Por dos causas.»

templación también le sea al alma penosa á estos principios, está claro: porque como esta Divina contemplación infusa tiene muchas excelencias en extremo buenas, y el alma que las recibe, por no estar purgada, tiene muchas miserias *también en extremo malas*; de aquí es que no pudiendo caber dos contrarios en un sujeto del alma, de necesidad haya de pensar y padecer, siendo ella el sujeto en que *contra* sí se ejercitan estos dos contrarios, haciendo los unos contra los otros, por razón de la purgación que de las imperfecciones del alma por esta contemplación se hace. Lo cual probaremos por inducción de esta manera. Cuanto á lo primero, porque la luz y sabiduría de esta contemplación es muy clara y pura, y el alma en que ella embiste, está oscura é impura: de aquí es que la pena mucho el recibirla, así como cuando los ojos están de mal humor, enfermos é impuros, del embestimiento de la clara luz reciben pena; y esta pena en el alma, á causa de su impureza, es inmensa cuando de veras es embestida de esta Divina luz, porque embestiéndose en el alma esta luz pura, á fin de expeler la impureza del alma, siéntese el alma tan impura y miserable, que le parece estar Dios contra ella, y que ella está hecha contraria á Dios. Lo cual es de tanto sentimiento y pena para el alma (porque le parece aquí que la ha Dios arrojado), que uno de los trabajos que más sentía Job cuando Dios le tenía en este ejercicio, era éste, diciendo: *Quare posuisti me contrarium tibi, et factus sum mihimetipsi gravis?* Por qué me has puesto contrario á tí, y soy grave y pesado á mí mismo? (Job VII, 20.) Porque viendo el alma claramente aquí por medio de esta clara y pura luz (aunque á oscuras) su impureza, conoce claro que no es digna de Dios ni de criatura alguna. Y lo que más la pena es, que piensa que nunca lo será, y que ya se le acabaron sus bienes. Esto lo causa la profunda inmersión que tiene de la mente en el conocimiento y sentimiento de sus males y miserias. Porque aquí se las muestra todas al ojo esta Divina y oscura luz, y que vea claro cómo de suyo no podrá tener otra cosa. Podemos entender en este sentido aquella autoridad de David, que dice: *Propter iniquitatem corripuisti hominem: et tabescere fecisti sicut araneam animam ejus.*

Por la iniquidad corregiste al hombre, é hiciste deshacer y *contabescer* su alma como la araña se desentraña (Ps. XXXVIII, 12). La segunda manera en que pena el alma, es á causa de su flaqueza natural y *moral* y espiritual; porque como esta Divina contemplación embiste en el alma con alguna fuerza, á fin de la ir fortaleciendo y domando, de tal manera pena en su flaqueza, que *poco menos* desfallece; particularmente algunas veces cuando con alguna más fuerza la embiste; porque el sentido y espíritu, así como si estuviese debajo de alguna inmensa y oscura carga, está penando y agonizando tanto, que tomaría por alivio y partido el morir. Lo cual, habiendo experimentado el Santo Job, decía: *Nolo multa fortitudiñe contendat mecum, ne magnitudinis suæ mole me premat*. No quiero que trate conmigo en mucha fortaleza, porque no me oprima con el peso de su grandeza (Job XXIII, 6). En la fuerza de esta opresión y peso se siente el alma tan ajena de ser favorecida, que le parece, y así es, que aún en lo que solía hallar algún arrimo se acabó con lo demás, y que no hay quien se compadezca de ella. A cuyo propósito también dice Job: *Miseremini mei, miseremini mei saltem vos, amici mei, quia manus Domini tetigit me*. Compadeceós de mí, compadeceós de mí, á lo menos vosotros mis amigos, porque me ha tocado la mano del Señor (Job XIX, 21). Cosa de grande maravilla y lástima, que sea aquí tanta la flaqueza é impureza del ánima, que siendo la mano de Dios de suyo tan blanda y suave, la siente el alma aquí tan grave y contraria, con no cargar ni asentarla, sino solamente tocando, y eso misericordiosamente, pues lo hace á fin de hacer mercedes al alma, y no de castigarla.

§ II

(Capítulo VI)

DE OTRAS MANERAS DE PENA QUE EL ALMA PADECE EN ESTA NOCHE

La tercera manera de pasión y pena que el alma aquí padece, es á causa de otros dos extremos, conviene á saber, Divino y humano, que aquí se juntan. El Divino es esta contemplación purgativa, y el

humano es el sujeto del alma. Que como el Divino embiste á fin de sazónarla y renovarla para hacerla Divina, y *desnudándola* de las aficiones habituales y propiedades del hombre viejo, con que ella está muy unida, conglutinada y conformada, de tal manera la desmenuza y deshace *la sustancia espiritual* (1), absorbiéndola en una profunda y *honda* tiniebla, que el alma se siente estar deshaciendo y derritiendo á la faz y vista de sus miserias con muerte de espíritu cruel; así como si tragada de una bestia en su vientre tenebroso se sintiese estar digiriendo, padeciendo estas angustias, como Jonás en el vientre de aquella marina bestia (II. 1.) Porque en este sepulcro de oscura muerte le conviene estar para la espiritual resurrección que espera.

La manera de esta pasión y pena, aunque de verdad ella es sobre manera, describela David, diciendo: *Circumdederunt me dolores mortis..... dolores inferni circumdederunt me..... in tribulatione mea invocavi Dominum, et ad Deum meum clamavi.* Cercáronme los dolores de la muerte, los dolores del infierno me rodearon, en mi tribulación clamé (XVII, 5-7.) Pero lo que esta doliente alma aquí más siente, es parecerle claro que Dios la ha desechado, y aborreciéndola arrojado en las tinieblas, que para ella es grave y lastimera pena creer que la ha dejado Dios. La cual también David, sintiéndola mucho en este caso, dice: *Sicut vulnerati dormientes in sepulchris, quorum non est memor amplius; et ipsi de manu tua repulsi sunt; posuerunt me in lacu inferiori, in tenebrosis, et in umbra mortis; super me confirmatus est furor tuus; et omnes fluctus tuos induxisti super me.* De la manera que los llagados están muertos en los sepulcros, dejados ya de tu mano, de que no te acuerdas más; así me pusieron á mí en el lago más hondo é inferior en tenebrosidades y sombra de muerte, y está sobre mí confirmado tu furor, y todas tus olas descargaste sobre mí (Psalm. LXXXVII, 6-8.) Porque verdaderamente,

(1) Hay en este lugar alguna diferencia entre los manuscritos: el Hispalense dice: la *destrica* y descuece; el Toledano: la *descuece*; el Albense: la deshace y descurece (ó *descuece*, según se escribió en un principio); y el de las Carmelitas: destrueca y descuece.

cuando esta contemplación purgativa aprieta, sombra de muerte y gemidos *de muerte* y dolores de infierno siente el alma muy á lo vivo, que consiste en sentirse sin Dios, y castigada y arrojada, é indignado él y que está muy enojado, que todo se siente aquí; y más, que le parece en una temerosa aprehensión, que ya es para siempre. Y el mismo desamparo siente de todas las criaturas y desprecio acerca de ellas, particularmente de los amigos. Que por eso prosigue luego David, diciendo: *Longè fecisti notos meos à me; posuerunt me abominationem sibi*. Alejaste de mí mis amigos y conocidos; tuviéronme por abominación (Ibid. 9.) Todo lo cual, como quien también lo experimentó *en el vientre de la bestia* corporal y espiritualmente, testifica bien Jonás, diciendo así: *Projecisti me in profundum in corde maris, et flumen circumdedit me; omnes gurgites tui, et fluctus tui super me transierunt. Et ego dixi: abjectus sum à conspectu oculorum tuorum; verumtamèn rursus videbo Templum Sanctum tuum; circumdederunt me aquæ usque ad animam; abyssus vallavit me, pelagus operuit caput meum. Ad extrema montium descendi: terræ vectes concluderunt me in æternum*. Arrojásteme al profundo en el corazón de la mar, y la corriente me cercó; todos sus golfos y olas pasaron sobre mí y dije: Arrojado estoy de la presencia de tus ojos; pero otra vez veré tu santo templo (lo cual dice, porque aquí purifica Dios al alma para verlo); cercáronme las aguas hasta el alma, el abismo me ciñó, el piélago cubrió mi cabeza, á los extremos de los montes descendi; los cerros de la tierra me cerraron para siempre (Jon. II, 4-7.) Los cuales cerros se entienden aquí á este propósito por las imperfecciones del alma, que la tienen impedida que no goce esta sabrosa contemplación.

La cuarta manera de pena causa en el alma otra excelencia de esta oscura contemplación, que es la majestad y grandeza *de ella* (1), de la cual nace sentir en el alma otro extremo que hay en ella de íntima

(1) c. Así dicen los manuscritos de Baeza, Calatayud, Madrid, Sevilla y Carmelitas Descalzos de Toledo.—Las ediciones decían: «Grandeza de Dios.» Los códices de Alba, Burgos y el de las Carmelitas de Toledo no están conformes ni con éstas ni con aquéllos. Creo están aquí mendosos.

pobreza y miseria; la cual es de las principales penas que padece en esta purgación. Porque siente en sí un profundo vacío y pobreza de tres maneras de bienes que se ordenan al gusto del alma, que son: temporal, natural y espiritual; viéndose puesta en los males contrarios, conviene á saber: miserias de imperfecciones, sequedades y vacíos de las aprehensiones de las potencias y desamparo del espíritu en tiniebla. Que por cuanto aquí purga Dios al alma según la sustancia sensitiva y espiritual, y según las potencias interiores y exteriores, conviene que el alma sea puesta en vacío y pobreza y desamparo de todas estas partes, dejándola seca, vacía y en tinieblas. Porque la parte sensitiva se purifica en la sequedad, y las potencias en el vacío de sus aprehensiones, y el espíritu en tiniebla oscura. Todo lo cual hace Dios por medio de esta oscura contemplación; en la cual no sólo padece el alma el vacío y suspensión de estos arrimos naturales y aprehensiones, que es un padecer muy congojoso, (como si á uno le suspendiesen ó detuviesen en el aire, que no respirase), mas también está purgando al alma, aniquilando ó vaciando ó consumiendo en ella (así como hace el fuego al orin y moho del metal), todas las afecciones y hábitos imperfectos que ha contraído toda la vida. Que por estar ellos muy arraigados en *la sustancia del alma*, suele padecer *grandes gravedades*, deshacimiento y tormento interior, demás de la dicha pobreza y vacío natural y espiritual, para que se verifique aquí la autoridad de Ezequiel, que dice: *Congere ossa, quæ igne succendam; consumentur carnes, et coquetur universa compositio, et ossa tabescent*. Junta los huesos, y encenderlos hé en fuego, consumirse han las carnes, y cocerse há toda la composición, y deshacerse han los huesos (Ezech. XXIV, 10.) En lo cual se entiende la pena que se padece en el vacío y pobreza de *la sustancia del alma* sensitiva y espiritual. Y sobre esto dice luego: *Pone quoque eam super prunas vacuum, ut incalescat, et liquefiat æs ejus; et conflatur in medio ejus inquinamentum ejus, et consumatur rubigo ejus* (Ibid. 11.) Ponedla también así vacía sobre las ascuas, para que se caliente y derrita su metal, y deshaga en medio de ella su inmundicia y sea consumido su moho. En lo cual se dá á entender la grave pasión que aquí el alma

padece en la purgación del fuego de esta contemplación; pues dice aquí el profeta, que para que se purifique y deshaga el orín de las aficiones que están en medio del alma, es menester en cierta manera que ella misma se aniquile y deshaga; según está connaturalizada en estas pasiones é imperfecciones. De donde, porque en esta fragua se purifica el alma como el oro en el crisol, según el Sabio dice: *Tamquam aurum in fornace probavit illos* (Sapient. III, 6); siente este grande deshacimiento en la *misma sustancia* del alma con extremada pobreza, en que está como acabando. Como se puede ver por lo que á este propósito de sí dice David por estas palabras, clamando á Dios: *Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam. Infixus sum in limo profundi, et non est substantia; veni in altitudinem inaris, et tempestas demersit me; laboravi clamans, raucae factæ sunt fauces meæ, defecerunt oculi mei, dum spero in Deum in eum.* Sálvame, Señor, porque han entrado las aguas hasta el alma mía; fijado estoy en el limo del profundo, y no hay donde me sustente; vine hasta lo profundo de la mar, y la tempestad me anegó; trabajé clamando, enronquecióse mi garganta, desfallecieron mis ojos en tanto que espero en mi Dios (Ps. LXVIII, 2 4.) En esto humilla Dios mucho al alma para ensalzarla mucho después, y si él no ordenase que estos sentimientos, cuando se avivan en el alma, se adormeciesen presto, desampararía el cuerpo en muy breves días; mas son interpolados los ratos en que se siente su íntima vileza. La cual algunas veces se siente tan á lo vivo, que le parece al alma que ve abierto el infierno y la perdición. Porque de éstos son los que de veras descienden al infierno viviendo, *pues aquí se purgan á la manera que allí* (1); porque esta purgación es la que se había de hacer allí (2). Y así el alma que por aquí pasa (3), ó no entra en aquel lugar, ó se detiene allí *muy poco*, porque aprovecha aquí más una hora, que muchas allí.

(1) c. «Y á modo del purgatorio se purgan aquí.» (Edic. ant.)

(2) s. «Cuando es de culpas, aunque sean veniales.» (Edic. ant.)

(3) s. «Quéda bien purgada.» (Edic. ant.)

§ III

(Capítulo VII)

PROSIGUE EN LA MISMA MATERIA DE OTRAS AFLICCIONES
Y APRIETOS DE LA VOLUNTAD

Las aflicciones de la voluntad y aprietos son también aquí inmensos y de manera que algunas veces traspasan al alma con la súbita memoria de los males en que se ve, y con la incertidumbre del remedio. Y añádese á esto la memoria de las prosperidades pasadas; porque éstos, ordinariamente, cuando entran en esta noche, han tenido muchos gustos en Dios y héchole muchos servicios, y esto les causa más dolor, ver que están ajenos de aquel bien, y que ya no pueden entrar en él. Esto dice Job también, como lo experimentó, por estas palabras: *Ego ille quondam opulentus, repente contritus sum: tenuit cervicem meam, confregit me, et posuit me sibi quasi in signum. Circumdedit me lanceis suis, convulneravit lumbos meos, non pepercit, et effudit in terra viscera mea. Concidit me vulnere super vulnus, irruit in me quasi gigas. Saccum consui super cutem meam, et operui cinere carnem meam. Facies mea intumuit à fletu, et palpebræ meæ caligaverunt.* Yo aquel que solía ser opulento y rico, de repente estoy deshecho y contrito; asíome la cerviz, quebrantóme, y púsome como blanco suyo para herir en mí; cercóme con sus lanzas, llagó todos mis lomos, no perdonó, derramó en la tierra mis entrañas, rompióme como llaga sobre llaga; embistió en mí como fuerte gigante; cosi un saco sobre mi piel, y cubrí con ceniza mi carne; mi rostro se ha hinchado con llanto y cegádose mis ojos. (Job. XVI, 13-17.) Tantas y tan grandes son las penas de esta noche, y tantas autoridades hay en la Escritura, que á este propósito se podían alegar, que nos faltaria tiempo y fuerzas escribiendo; porque sin duda todo lo que se puede decir es menos: por las autoridades ya dichas se podrá barruntar algo de ello. Y para ir concluyendo con este verso, y dando á enten-

der *algo más* lo que en el alma es esta noche, diré lo que de ella siente Jeremías, *lo cual por ser tanto lo dice y llora él por muchas palabras, en esta manera* diciendo: *Ego vir videus paupertatem meam in virga indignationis ejus. Me ruinavit, et adduxit in tenebras, et non in lucem. Tantum in me vertit, et convertit manuum suam tota die. Vetustam fecit pellem meam, et carnem meam, contrivit ossa mea. Ædificavit in gyro meo, et circumdedit me felle, et labore. In tenebrosis collocavit me quasi inortuos sempiternos. Circumædificavit adversum me, ut non egrediar: aggravavit compedem meum. Sed et cum clamavero, et rogavero, exclusit orationem meam. Conclusit vias meas lapidibus quadris, semitas meas subvertit. Ursus insidians factus est mihi, leo in absconditis. Semitas meas subvertit, et confregit me: posuit me desolatam. Tetendit arcum suum, et posuit me quasi signum ad sagittam. Misit in renibus meis filias pharetræ suæ. Factus sum in derisum omni populo meo, canticum eorum tota die. Replevit me amaritudinibus, inebriavit me absynthio, et fregit ad numerum dentes meos, cibavit me cinere. Et repulsa est à pace anima mea, oblitus sum bonorum, et dixi: Periit finis meus, et spes mea à Domino. Recordare paupertatis, et transgressionis meæ, absynthii, et fellis: Memoria inenor ero, et tabesceat in me anima mea.* Yo varón que veo mi pobreza en la vara de su indignación; hame amenazado, y trájome á las tinieblas, y no á la luz. Tanto ha vuelto y convertido su mano sobre mí todo el día, hizo vieja mi piel y mi carne, desmenuzó mis huesos: en derredor de mí hizo cerca, y cercóme de hiel y trabajo; en tenebrosidades me colocó, como muertos sempiternos. Cercó en derredor contra mí porque no salga, agravóme las prisiones. Y también cuando hubiere llamado y rogado, ha excluido mi oración. Cerrádome há mis salidas y vías con piedras cuadradas, desbarató mis pasos. Puso acechadores; háse hecho para mí león en escondrijo. Mis pisadas trastornó y desmenuzóme, púsome desamparada, extendió su arco, y púsome á mí como señuelo á su saeta. Arrojó á mis entrañas las hijas de su aljaba. Hecho soy para escarnio de todo el pueblo, y para risa y mofa de ellos todo el día. Llenádome há de amarguras, embriagóme con absintio. Por número me quebrantó mis dientes, apacentóme con

ceniza. Arrojada está mi alma de la paz, olvidado estoy de los bienes. Y dije: Frustrado y acabado está mi fin, y mi pretensión y mi esperanza del Señor. Acuérdate de mi pobreza y de mi exceso, del absintio y de la hiel. Acordarme hé con memoria, y mi alma en mí se deshará en penas. (Thren. III, 1-20.)

Todos estos llantos hace Jeremías sobre estas penas y trabajos, en que pinta muy al vivo las pasiones del alma en que esta purgación y noche espiritual la pone. De donde grande compasión conviene tener al alma que Dios pone en esta *tempestuosa* y horrenda noche. Porque aunque le corre muy buena dicha por los grandes bienes que de ella le han de nacer (cuando como dice Job, levantara Dios en el alma de las tinieblas profundos bienes, y produzca en luz la sombra de muerte (Job. XII, 22): de manera, que como dice David, venga á ser su luz como fueron sus tinieblas) (CXXXVIII, 12), con todo eso por la inmensa pena con que anda penando, y por la grande incertidumbre que tiene de su remedio, pues cree (como aqui dice este profeta) que no ha de acabarse su mal, pareciéndole, como también dice David, que la colocó Dios en las oscuridades como á los muertos del siglo, angustiando por esto en ella su espíritu, y turbándose en ella su corazón (Ps. CXLII, 3), es de haberle gran dolor y lástima, porque se añade á esto, á causa de la soledad y desamparo que esta oscura noche le causa, no hallar consuelo ni arrimo en ninguna doctrina ni en maestro espiritual. Porque aunque por muchas vías le testifique las causas del consuelo que puede tener por los bienes que hay en estas penas, no lo puede creer. Porque como ella está tan embebida é inmersa en aquel sentimiento de males en que ve tan claramente sus miserias, parecele que como ellos no ven lo que ella ve y siente, no la entendiendo dicen aquello, y en vez de consuelo, antes recibe nuevo dolor, pareciéndole que no es aquél el remedio de su mal, y á la verdad así es. Porque hasta que el Señor acabe de purgarla de la manera que él lo quiere hacer, ningún medio ni remedio le sirve ni aprovecha para su dolor. Cuanto más, que puede el alma tan poco en este puesto, como el que tienen aprisionado en una oscura mazmorra atados pies y manos, sin poderse

mover ni ver, ni sentir ningún favor de arriba ni de abajo, hasta que aquí se ablande, humille y purifique el espíritu, y se ponga tan sutil, sencillo y delgado, que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios, según el grado que su misericordia quisiere concederle de unión de amor, que conforme á esto es la purgación más ó menos fuerte, ó de más ó menos tiempo. Mas si ha de ser algo de veras, por fuerte que sea, dura algunos años; puesto que en estos medios hay interpolaciones y alivios, en que por dispensación de Dios dejando esta contemplación oscura de embestir en forma y modo purgativo, embiste iluminativa y amorosamente, en que el alma, bien como salida de tal mazmorra y tales prisiones, y puesta en recreación de anchura y libertad, siente y gusta gran suavidad de paz y amigabilidad amorosa con Dios con abundancia fácil de comunicación espiritual. Lo cual es al alma indicio de la salud que va en ella obrando la dicha purgación, y prenuncio de la abundancia que espera. Y aun esto es tanto á veces, que le parece al alma que son ya acabados sus trabajos. Porque de esta calidad son las cosas espirituales en el alma, cuando son más puramente espirituales; que cuando vuelven los trabajos, le parece al alma que nunca ha de salir de ellos, y que se le acabaron ya sus bienes, como se ha visto por las autoridades alegadas; y cuando son bienes espirituales, también le parece al alma que ya se acabaron sus males, y que no le faltarán ya los bienes, como David, viéndose en ellos, lo confesó diciendo: *Ego autem dixi in abundantia mea, non movebor in æternum*. Yo dije en mi abundancia: no me moveré para siempre. (Ps. XXIX, 7.) Y esto acaece, porque la posesión actual de un contrario en el espíritu, de suyo remueve la actual posesión y sentimiento del otro contrario; lo cual no acaece así en la parte sensitiva del alma, por ser flaca su aprehensión. Mas como quiera que el espíritu aún no está aquí bien purgado y limpio de las aficiones que la parte inferior tiene contraídas, aunque *en cuanto espíritu no se muda*, en cuanto está afectado con ellas, *se podrá mudar en penas*, como vemos que después se mudó David, sintiendo muchos males y penas, aunque en el tiempo de su abundancia le había parecido y dicho que no se había de mover jamás. Así el alma, como

entonces se ve actuada con aquella abundancia de bienes espirituales, no echando de ver la raíz de la imperfección é impureza que todavía le queda, piensa que se acabaron sus trabajos. Mas este pensamiento las menos veces acae; porque hasta que esté acabada de hacer la purgación espiritual, muy raras veces suele ser la comunicación suave tan abundante que le encubra la raíz que queda, de manera que deje el alma de sentir allá en el interior un no sé qué que le falta ó que está por hacer, que no le deja cumplidamente gozar de aquel alivio, sintiendo allá dentro como un enemigo suyo, que aunque está como sosegado y dormido, se recela que volverá á revivir y á hacer de las suyas. Y así es, que cuando más segura está y *menos se cata*, vuelve á tragar y á absorber al alma en otro grado *peor* y más duro y oscuro y lastimero que el pasado, el cual durará otra temporada, por ventura más larga que la primera. Y aquí el alma otra vez viene á *creer* que todos los bienes están acabados para siempre. Que no le basta la experiencia que tuvo del bien pasado que gozó después del primer trabajo, en que también pensaba que ya no había más que penar, para dejar de creer en este segundo grado de aprieto que está ya todo acabado y que no volverá como la vez pasada. Porque, como digo, esta creencia tan confirmada se causa en el alma de la actual aprehensión del espíritu, que aniquila en él todo lo que *á ella es contrario*. *Esta es la causa porque los que yacen en el purgatorio padecen grandes dudas de que han de salir de allí jamás, y de que se han de acabar sus penas* (1). *Porque aunque habitualmente tienen las tres virtudes Teologales, fe, esperanza y caridad, la actualidad que tienen del sentimiento de las penas y privación de Dios, no les deja gozar del bien actual y consuelo de estas virtudes: porque aunque ellos echan de ver que quieren bien á Dios, no les consuela ésto, porque no les parece que los quiere Dios á ellos ni que de tal cosa son dignos; antes como se ven privados de él, puestos en sus miserias, paréceles que tienen muy bien en sí por qué ser aborre-*

(1) El manuscrito de las Carmelitas de Toledo dice: «Y desean de acabar sus penas.» Es, sin duda, una errata.

cidos y desechados de Dios con mucha razón para siempre (1). Y así el alma aquí en esta purgación, aunque ella ve, que quiere bien á Dios, y que por él daría mil vidas (como es así la verdad, porque en estos trabajos aman con muchas veras estas almas á su Dios) con todo eso no le es alivio esto, antes le causa más pena; porque queriéndole ella tanto, porque no tiene otra cosa que le dé cuidado, como se ve tan miserable, *no pudiendo creer lo que Dios la quiere á ella, ni que tiene ni tendrá jamás* por qué, sino antes que tiene por qué ser aborrecida no sólo de él, sino de toda criatura para siempre, duélese de ver en sí causas, porque merezca ser desechada, de quien ella tanto quiere y desea.

§ IV

(Capítulo VIII)

DE OTRAS PENAS QUE AFLIGEN AL ALMA EN ESTE ESTADO

Pero hay aquí otra cosa que al alma aqueja y desconsuela mucho, y es que, como esta oscura noche la tiene así impedidas las potencias y aficiones, no puede levantar como antes el afecto ni mente á Dios, ni le puede rogar, pareciéndole lo que á Jeremías, que ha puesto Dios una nube delante porque no pase la oración. (Thren. III, 44). Porque esto quiere decir lo que en la autoridad alegada dice, es á saber: *Atrancó y cerró mis vías con piedras cuadradas*. (Ibid. 9). Y si

(1) a. Este pasaje lo traen ocho manuscritos. Falta, sin embargo, en dos bastante importantes, el de Burgos y Alba. Hay alguna probabilidad de que esto provenga de haberle quitado el Santo al revisar sus obras, para evitar torcidas interpretaciones. Acerca de su inteligencia, debemos notar que no es el Místico Doctor de la opinión de un corto número de teólogos que afirmaron que algunas almas del Purgatorio no están ciertas de su eterna salvación, bien porque Dios, para de este modo purificarlas más, las oculta la sentencia, ó bien porque la acerbidad de las penas de tal manera absorbe su mente, que no las deja distinguir si se hallan en el infierno ó en el lugar de expiación, ó bien por otras razones. (Véanse Santo Tomás *in IV Sententiarum*, dist. 21, quæst. 1.^a, art. 1.º; Belarmino en su obra *Controversiæ adversus hæreticos*, Tract. de Purgatorio, lib. II, cap. IV; Billiot. *De Novissimis*, pág. 107 de la edición de 1902; y otros autores, los cuales refieren dicha opinión y la refutan). Para evidenciar esto que afirmamos, basta advertir que dice el Santo que tienen

algunas veces ruega, es con tanta sequedad y sin jugo, que le parece que no le oye Dios ni hace caso de ella, como también este profeta da á entender en la misma autoridad, diciendo: *Sed et cùm clamavero, et rogavero, exclusit orationem meam*. Cuando clamare y rogare, ha excluido mi oración. (Ibid. 8). A la verdad *no es este tiempo de hablar con Dios, sino de poner, como dice Jeremías, su boca en el polvo, si por ventura le viniere alguna actual esperanza* (Ibid. 29), sufriendo con paciencia su purgación. Dios es el que aquí anda haciendo la obra en el alma; por eso ella no puede nada. De donde ni rezar ni asistir con mucha advertencia á las cosas Divinas puede, ni menos á las demás cosas y tratos temporales. Ni tiene sólo esto, sino también muchas veces tales enajenamientos, y tan profundos olvidos en la memoria, que se le pasan muchos ratos sin saber lo que se hizo ni pensó, ni qué es lo que hace ni qué es lo que va á hacer, ni *puede aunque quiera advertir á nada de aquéllo en que está*.

Que por cuanto aquí no sólo se purga el entendimiento de su lumbre y la voluntad de sus aficiones, sino también la memoria de sus discursos y noticias, conviene también aniquilarla acerca de todas ellas, para que se cumpla lo que de sí dice David en esta purgación es á saber: Y yo fui aniquilado, y no supe. (Ps. LXXII, 22). El cual no saber se refiere á estas insipiencias y olvidos de la memoria,

habitualmente las tres virtudes teologales, y sobre todo, que afirma que *echan de ver que quieren bien á Dios*. Con estas palabras no deja lugar á duda de que supone que tienen certidumbre de que se hallan en estado de salvación, pues saben muy bien las almas que los condenados, lejos de amar á Dios, le aborrecen. Por otra parte, en ninguna de sus proposiciones se le escapa decir que ignoren ó duden estar en el Purgatorio. Lo que sí dice es, que padecen dudas de que han de salir de allí; dudas que no proceden de la razón, ni son propiamente tales, sino un temor de la duración de la penas; *Timent tamen*, como dice Gotti, *diuturnitatem pœnarum*. (Theol. Dogm., De Purg. q. III., dub. III., n. XVIII); es un parecerles que se dilata, que nunca va llegar (pues sin duda Dios les oculta cuánto tiempo estarán allí) la consecución de aquellos bienes que con tantas ansias esperan. De ahí proviene el que los días se les hacen siglos.

Lo que dice que les parece que Dios no los quiere, se explica según lo que dicen los autores que Jesús se les muestra airado. «Y aun si sólo se sintiesen, escribe Bougaud, alejadas, separadas de él! ¡Pero se ven también rechazadas! ¡Míralas Él con cólera!.....» (*El Cristianismo y los tiempos presentes*, tomo 5.º, pág. 286.)

las cuales enajenaciones y olvidos son causados del interior recogimiento en que esta contemplación absorbe al alma. Porque, para que el alma quede dispuesta y templada á lo Divino con sus potencias para la Divina unión de amor, convenía que primero fuese absorta con todas ellas en esta Divina y oscura luz espiritual de contemplación, y así fuese abstraída de todas las aficiones y aprehensiones de criaturas. Lo cual regularmente dura según es la intensión. Y así cuanto esta Divina luz embiste más sencilla y pura en el alma, tanto más la oscurece, vacía y aniquila acerca de sus aprehensiones y aficiones particulares, así de cosas de arriba como de abajo. Y también, cuanto menos sencilla y pura embiste, tanto menos la priva y menos oscura le es. Que es cosa que parece increíble decir que la luz sobrenatural y Divina tanto más oscurece al alma, cuanto ella tiene más de claridad y pureza; y cuanto menos, le sea menos oscura. (1) Lo cual se entiende bien (2) si consideramos lo que arriba queda probado en la sentencia del filósofo, conviene á saber, que las cosas sobrenaturales tanto son á nuestro entendimiento más oscuras, cuanto ellas son en sí más claras y manifiestas.

Y para que más claro se entienda, pondremos aquí una semejanza de la luz natural y común. Vemos que en el rayo del sol, que entra por la ventana, cuanto más puro y limpio es de átomos, tanto menos claramente se ve, y cuanto más de átomos y motas tiene el aire, tanto más claro parece al ojo. La causa es, porque la luz no es la que se ve por sí misma, sino el medio con que se ven las demás cosas que embiste. Y entonces ella, por la reverberación que hace en ellas, también se ve, y si no diese en ellas, ni ella se vería. De tal manera que si el rayo del sol entrase por la ventana de un aposento, y pasase por otra de la otra parte, por medio del aposento, como no topase en alguna cosa, ni hubiese en él aire, ni átomos en que reverberase, no tendría el aposento más luz que antes, ni el rayo se echaría de ver; antes, si bien se mirase, entonces hay más obscuridad, por donde está el rayo, porque priva y oscurece

(1) Véase la página 158 del tomo I.

(2) Estas palabras «se entiende bien» faltan en los manuscritos. El contexto necesariamente las exige, pues sin ellas queda imperfecto el sentido.

*algo de la otra luz, y él no se ve, porque como habemos dicho, no hay objetos visibles en que pueda reverberar (1). Pues ni más ni menos hace este divino rayo de contemplación en el alma, que embistiendo en ella con su lumbre divina excede el natural del alma, y en esto la obscurece y priva de todas las aprehensiones y afecciones naturales, que antes mediante la luz natural aprehendía, y así no sólo la deja oscura, sino también vacía según las potencias y apetitos así espirituales como naturales. Y dejándole así vacía y á oscuras la purga é ilumina con divina luz espiritual, sin pensar que la tiene, sino que está en tinieblas, como habemos dicho del rayo, que, aunque está en medio del aposento, si está puro y no tiene en qué topar, no se ve. Pero con esta luz espiritual de que está embestida el alma, cuando tiene en qué reverberar, esto es, cuando se ofrece alguna cosa que entender espiritual de perfección, por mínimo átomo que sea (2) ó juicio de lo que es falso ó verdadero, luego lo ve y entiende mucho más claramente que antes que estuviese en estas oscuridades. Y ni más ni menos conoce la luz que tiene espiritual, para conocer con facilidad la imperfección que se le ofrece; así como cuando el rayo que habemos dicho está oscuro en el aposento, aunque él no se ve, si se ofrece pasar por él una mano ó cualquiera cosa, luego se ve la mano, y se conoce que estaba allí aquella luz del Sol. Donde por ser esta luz espiritual tan sencilla, pura y general, no afectada ni particularizada á ningún particular inteligible, natural ni Divino (pues acerca de todas estas aprehensiones tiene las potencias del alma vacías y aniquiladas), de aquí es que con grande generalidad y facilidad conoce y penetra el alma cualquiera cosa de arriba ó de abajo que se ofrece; que por eso dijo el Apóstol: *Spiritus enim omnia scrutatur, etiam profunda Dei*. Que el espiritual todas las cosas penetra, hasta los profundos de Dios. (1 ad Cor. II, 10.) Porque de esta sabiduría general y sencilla se en-*

(1) a. Este párrafo no se suprimió por otra causa que por haber ya puesto el Santo la misma comparación que en él hace en la *Subida del Monte Carmelo*. Véase la pág. 157 y 158. Por idéntica razón se suprimió otro muy interesante en la *Llama de amor viva*, como adelante se verá.

(2) c.

tiende lo que por el Sabio dice el Espíritu Santo, es á saber: *Attingit autem ubique propter suam munditiam*. Que toca hasta do quiera por su pureza (Sap. VII, 24); es á saber, porque no se particulariza á ningún particular inteligible ni afición. Y esta es la propiedad del espíritu purgado y aniquilado acerca de todas particulares aficiones é inteligencias, que en este no gustar nada ni entender nada en particular, morando en su vacío, oscuridad y tinieblas, lo abraza todo con gran disposición, para que se verifique en él misticamente lo de San Pablo: *Nihil habentes, et omnia possidentes*. (2 ad Cor. VI, 10.) Porque tal bienaventuranza se debía á tal pobreza de espíritu.

§ V

(Capítulo IX)

CÓMO, AUNQUE ESTA NOCHE OSCURECE AL ESPÍRITU,
ES PARA ILUSTRARLE Y DARLE LUZ

Resta, pues, aquí decir que esta dichosa noche, aunque oscurece al espíritu, no lo hace sino por darle luz de todas las cosas; y aunque le humilla y pone miserable, no es sino para ensalzarle y levantarle; y aunque le empobrece y vacía de toda posesión y afición natural, no es sino para que Divinamente pueda extenderse á gozar y gustar de todas las cosas de arriba y de abajo, siendo con libertad de espíritu general en todo. Porque así como los elementos, para que se comuniquen en todos los compuestos y entes naturales, conviene que con ninguna particularidad de color, olor ni sabor estén afectados, para poder concurrir con todos los sabores, olores y colores, así al espíritu le conviene estar sencillo, puro y desnudo de todas maneras de aficiones naturales, así actuales como habituales, para poder comunicar con libertad con la anchura del espíritu con la Divina Sabiduría, en que por su limpieza gusta todos los sabores de todas las cosas con cierta manera de excelencia. Y sin esta purgación en ninguna manera podrá sentir ni gustar la satisfacción de toda esta abundancia de sabores espirituales. Porque una sola afición que

tenga, ó particularidad á que esté el espíritu asido actual ó habitualmente, basta para no sentir ni gustar ni comunicar la delicadeza é íntimo sabor del espíritu de amor, que contiene en sí todos los sabores con gran eminencia.

Porque así como los hijos de Israel, sólo porque les había quedado una sola afición y memoria de las carnes y comidas que habían gustado en Egipto (Exod. XVI, 3), no podían gustar el delicado pan de ángeles en el desierto, que era el Maná, el cual, como dice la Divina Escritura, tenía suavidad de todos los gustos, y se convertía al gusto que cada uno quería (Sap. XVI, 21); así no puede llegar á gustar los deleites del espíritu de libertad, según la voluntad desea, el espíritu que todavía estuviere afectado con alguna actual ó habitual afición, ó con particulares inteligencias, ó cualquiera otra limitada aprehensión. La razón de esto es, porque las aficiones, sentimientos y aprehensiones del espíritu perfecto, *porque son* Divinas, son de otra suerte y género tan diferente de lo natural y *eminente* (1), que para poseer las unas actual y habitualmente, se han de aniquilar las otras, *como hacen dos contrarios que no pueden estar juntos en un sujeto*. Por tanto conviene mucho y es necesario para que el alma haya de pasar á estas grandezas, que esta noche oscura de contemplación la aniquile y deshaga primero en sus bajezas, poniéndola á oscuras, seca, apartada y vacía; porque la luz que se le ha de dar, es una altísima luz Divina que excede toda luz natural, y que no cabe naturalmente en el entendimiento. Y así conviene que para que el entendimiento pueda llegar á unirse con ella y hacerse Divino en el estado de perfección, sea primero purgado y aniquilado en su lumbre natural, poniéndolo actualmente á oscuras por medio de esta oscura contemplación. La cual tiniebla conviene que le dure tanto cuanto sea menester para expeler y aniquilar el hábito que de mucho tiempo tiene en su manera de entender, en sí formado, y en su lugar quede la ilus-

(1) c. Hace aquí el Místico Doctor, conforme lo ha de costumbre, una trasposición. La construcción natural (que en este caso resultaría con menos gracia) debía ser: «Son de otra suerte y género tan diferente y eminente del natural».

tración y luz Divina. Y así, por cuanto aquella fuerza que tenía de entender antes, es natural; de aquí se sigue que las tinieblas que aquí padece son profundas y horribles, y muy penosas, porque como se sienten en *la profunda sustancia del espíritu, parecen tinieblas sustanciales* (1). Ni más ni menos (por cuanto la afición de amor que se le ha de dar en la Divina unión es Divina, y por eso muy espiritual, sutil y delicada, y muy interior, que excede á todo afecto y sentimiento natural é imperfecto de la voluntad, y todo apetito de ella) conviene que para que la voluntad pueda venir á *sentir y gustar* por unión de amor esta Divina afición y deleite tan subido, *que no cae en la voluntad naturalmente* (2), sea primero purgada y aniquilada en todas sus aficiones y sentimientos, dejándola en seco y en aprieto tanto cuanto conviene según el hábito que tenía de naturales aficiones, así cerca de lo Divino como de lo humano. Para que extenuada, enjuta y *extricada* en el fuego de esta oscura contemplación, de todo género de demonio (como el corazón del pez de Tobías en las brasas), tenga disposición pura y sencilla, y el paladar purgado y sano para sentir los subidos y peregrinos toques del Divino amor en que se verá transformada Divinamente, expelidas todas las contrariedades actuales y habituales, como decimos, que antes tenía. También, porque para la dicha unión á que la dispone esta oscura noche, ha de estar el alma llena y dotada de cierta magnificencia gloriosa en la comunicación con Dios, que encierra en sí innumerables bienes y deleites que exceden toda la abundancia que el alma naturalmente puede poseer, *porque en tan flaco é impuro natural no la puede recibir* (3) (porque según dice Isaías: *Oculus non vidit, nec auris audivit, nec in cor hominis ascendit, quæ præparavit Deus iis, qui diligunt illum*. Ni ojo lo vió, ni oído lo oyó, ni cayó en corazón humano lo que aparejó Dios á los que le aman) (Isai. LXIV, 4); conviene que primero sea puesta el alma en vacío y en pobreza de espíritu, purgándola de todo arrimo, consuelo y aprehensión natural acerca de todo lo de arriba y de abajo, para que así vacía esté bien pobre de espíritu y

(1) c. y a.

(2) a.

(3) a.

desnuda del hombre viejo, para vivir aquella nueva y bienaventurada vida que por medio de esta noche oscura se alcanza, que es el estado de la unión con Dios.

Y porque el alma ha de venir á tener un sentido y noticia Divina muy generosa y sabrosa acerca de todas las cosas Divinas y humanas, que no caen en el común sentir y saber natural del alma (porque las mira con ojos tan indiferentes que antes, como difiere la luz y gracia del Espíritu Santo del sentido, y lo Divino de lo humano), conviene al espíritu adelgazarse y curtirse acerca del común y natural sentir, poniéndole por medio de esta purgativa contemplación en grande angustia y aprieto, y á la memoria remota de toda amigable y pacífica noticia, con sentido muy interior y temple de peregrinación y extrañeza de todas las cosas, en que le parece que todas son extrañas y de otra manera que lo solían ser. Porque en esto va sacando esta noche al espíritu de su ordinario y común sentir de las cosas, para traerle al sentido Divino, el cual es extraño y ajeno de toda manera humana, tanto, que le parece al alma que anda fuera de sí. Otras veces piensa si es encantamiento el que tiene ó embelesamiento, y anda maravillada de las cosas que ve y oye, pareciéndole muy peregrinas y extrañas, siendo las mismas que comunmente solía tratar. De lo cual es causa el irse ya haciendo remota el alma y ajena del común sentido y noticia acerca de las cosas, para que aniquilada en éste, quede informada en el Divino, que es más de la otra vida que de ésta.

Todas estas aflicciones y purgaciones del espíritu, para reengendrarla en vida de espíritu por medio de esta Divina influencia, la padece el alma, y con estos dolores viene á parir el espíritu de salud, porque se cumpla la sentencia de Isaías, que dice: *Sic facti sumus à facie tua, Domine. Concepimus, et quasi parturivimus, et peperimus spiritum.* De tu faz, Señor, concebimos, y estuvimos como con dolores de parto, y parimos el espíritu de salud. (Isai. XXVI, 17 y 18.) Demás de esto, porque por medio de esta noche contemplativa se dispone el alma para venir á la tranquilidad y paz interior, que es tal y tan deleitable que, como dice la Escritura, excede todo sentido, conviénele al alma que toda la paz primera deje (que por cuanto

estaba envuelta con imperfecciones, no era paz, aunque á ella le parecía, porque andaba á su sabor, que era paz, paz dos veces, esto es, *que tenía ya adquirida la paz del sentido y del espíritu, según se veía llena de abundancias espirituales de esta paz del sentido y del espíritu, porque, como digo, aún es imperfecta*), y sea primero purgada en ella y quitada y perturbada de esta paz; como lo sentía y lloraba Jeremías en la autoridad que de él alegamos, para declarar los trabajos de esta noche pasada, diciendo: Quitada y despedida está mi alma de la paz. (Thren. III, 17). Esta es una penosa purgación de muchos celos, imaginaciones y combates que tiene el alma dentro de sí, en que con la aprehensión y sentimiento de las miserias en que se ve, sospecha que está perdida y acabados sus bienes para siempre. De aquí es que entró en el espíritu un dolor y gemido tan profundo que le causa fuertes rugidos y bramidos espirituales, pronunciándolos á veces por la boca, y resolviéndose en lágrimas cuando hay fuerza y virtud para poderlo hacer; aunque las menos veces hay este alivio. David declaró muy bien ésto, como quien también lo experimentó en un Salmo, diciendo: *Afflictus sum et humiliatus sum nimis: rugiebam a gemitu cordis mei*. Fui muy afligido y humillado, rugía del gemido de mi corazón. (Ps. XXXVII, 9.) El cual rugido es cosa de gran dolor; porque algunas veces con la súbita y aguda memoria de estas miserias en que se ve el alma, *tanto se levanta y cerca* en dolor y pena, *las afecciones del alma*, que no sé cómo se podría dar á entender, sino por la semejanza que el Santo Job, estando en el mismo trabajo, por estas palabras dice: De la manera que son las avenidas de las aguas, así el rugido mío. (Job, III, 24.) Porque así como algunas veces las aguas hacen tales avenidas que todo lo anegan y llenan, así este rugido y sentimiento del alma algunas veces crece tanto, que anegándola y traspasándola toda, la llena de angustias y dolores espirituales todos sus afectos profundos y fuerzas sobre todo lo que se puede encarecer. Tal es la obra que en ella hace esta noche encubridora de las esperanzas de la luz del día. Porque á este propósito dice también el profeta Job: *Nocte os meum perforatur doloribus: et qui me comedunt, non dormiunt*. En la noche es horadada mi boca con dolores, y

los que me comen no duermen. (Job, XXX, 17.) Aquí por la boca se entiende la voluntad, la cual es traspasada con estos dolores que en despedazar al alma no cesan ni duermen, porque las dudas y recelos, que así la traspasan, nunca cesan.

Profunda es esta guerra y combate, porque la paz que espera ha de ser muy profunda; y el dolor espiritual es íntimo y delgado y apurado, porque el amor que ha de poseer, ha de ser también muy íntimo y apurado. Porque cuanto más íntima y esmerada ha de ser y quedar la obra, tanto más íntima, esmerada y pura ha de ser la labor, y tanto más fuerte cuanto el edificio más firme. Por eso, como dice Job, se está marchitando en sí misma el alma, é hirviendo sus interiores sin alguna esperanza. (Job. XXX, 16.) Y ni más ni menos, porque el alma ha de venir á poseer y gozar en el estado de perfección, á que por medio de esta purgativa noche camina, de innumerables bienes de dones y virtudes, así según la sustancia del alma como *también* según sus potencias *de ella*, conviene que primero generalmente se vea y sienta ajena y privada de todos ellos y *vacía y pobre de ellos*; y le parezca que de ellos está tan lejos, que no se pueda persuadir que jamás ha de venir á ellos, sino que todo bien se le acabó. Como también lo da á entender Jeremias en la dicha autoridad, cuando dice: Olvidado estoy de los bienes. (Thren. III, 17.)

Pero veamos ahora cuál sea la causa, por qué siendo esta luz de contemplación tan suave y amigable para el alma, que no hay más que desear (pues como arriba queda dicho, es la misma con que se ha de unir el alma y hallar en ella todos los bienes en el estado de la perfección que deseó), la causa con su embestimiento estos principios tan penosos y esquivos efectos que aquí habemos dicho. A esta duda fácilmente se responde, diciendo lo que ya en parte habemos dicho, y es que la causa de esto es que no hay de parte de la contemplación é infusión Divina cosa que de suyo pueda dar pena, antes mucha suavidad y deleite, como después se le dará. Sino la causa es la flaqueza é imperfección que entonces tiene el alma, y disposiciones que en sí tiene contrarias para recibirlos. En los cuales embistiendo la dicha lumbre Divina, ha de padecer el alma en la manera ya dicha.

§ VI

(Capítulo X)

EXPLÍCASE DE RAÍZ ESTA PURGACIÓN POR UNA COMPARACIÓN

De donde para mayor claridad de lo dicho y de lo que se ha de decir, conviene aquí notar que esta purgativa y amorosa noticia ó luz Divina que aquí decimos, de la misma manera se há en el alma purgándola y disponiéndola para unirla consigo perfectamente, que se há el fuego en el madero para transformarlo en sí; porque el fuego material, en aplicándose al madero, lo primero que hace es comenzarle á secar, echándole la humedad fuera, y haciéndole llorar el agua que en sí tiene. Luego le va poniendo negro, oscuro y feo, y *aun de mal olor*, y yéndole secando poco á poco, le va sacando á luz y echando afuera todos los accidentes feos y oscuros que tiene contrarios al fuego. Y, finalmente, comenzándole á inflamar por de fuera y calentarle, viene á transformarle en sí y ponerle tan hermoso como el mismo fuego. En el cual término, ya de parte del madero ninguna acción ni pasión hay propia de madero, salvo la cantidad y gravedad *más espesa* que la del fuego, *porque* las propiedades del fuego y *acciones tiene en sí*: porque está seco, y seca; está caliente, y calienta; está claro y esclarece; está ligero mucho más que antes, obrando el fuego en él estas propiedades y efectos. A este *mismo* modo, pues, habemos de filosofar acerca de este Divino fuego de amor de contemplación, que antes que una y transforme al alma en sí, primero la purga de todos sus accidentes contrarios. Hácela salir afuera sus fealdades, y pónela negra y oscura, y así parece peor que antes y *más fea y abominable que solía*. Porque como esta Divina purga anda removiendo todos los malos y viciosos humores, que por estar ellos muy arraigados y asentados en el alma, no los echaba ella de ver, y así no entendía que tenía en sí tanto mal, y ahora, para echarlos fuera y aniquilarlos se los ponen al ojo, y los ve tan clara-

mente, alumbrada por esta oscura luz de Divina contemplación (aunque no es peor que antes ni en sí ni para con Dios), como ve en sí lo que antes no veía, parécele claro que está tal, que no sólo no está para que Dios la vea, *más que está* para que la aborrezca, y que ya la tiene aborrecida. De esta comparación podemos ahora entender muchas cosas acerca de lo que vamos diciendo y pensamos decir.

Lo primero podemos entender, cómo la misma luz y la sabiduría amorosa que se ha de unir y transformar en el alma, es la misma que al principio la purga y dispone; así como el mismo fuego, que transforma en sí el madero incorporándose en él, es el que primero le estuvo disponiendo para el mismo efecto.

Lo segundo echaremos de ver, cómo estas penalidades no las siente el alma de parte de la dicha Sabiduría, pues como dice el Sabio: Todos los bienes juntos le vienen al alma con ella (Sap. VII, 11); sino de parte de la flaqueza é imperfección que tiene el alma para no poder recibir sin esta purgación su luz Divina, suavidad y deleite (así como el madero, que no puede luego que se le aplica el fuego ser transformado hasta que sea dispuesto), y por eso padece tanto. Lo cual también el Eclesiástico aprueba, diciendo lo que él padeció para venirse á unir con ella y gozarla, diciendo así: *Venter meus conturbatus est quærendo illam: propterea bonam possidebo possessionem.* Mi ánima agonizó en ella, y mis entrañas se turbaron en adquirirla; por eso poseeré buena posesión. (Eccli. LI, 29.)

Lo tercero, podemos sacar de aquí de camino la manera de penar de los del purgatorio. Porque el fuego no tendría en ellos *poder*, aunque se les aplicase, si ellos *no tuviesen imperfecciones en qué padecer* (1), que son la materia en que allí prende el fuego, la cual acabada, no hay más que arder. Como aquí, acabadas las imperfecciones, se acaba el penar del alma, y queda el gozár (2).

Lo cuarto sacaremos de aquí cómo al modo que se va purgando

(1) c. «No tendría en ellos poder, si ellos *estuvieran del todo dispuestos para reinar y unirse con Dios en gloria, y no tuviesen culpas por qué padecer.*» (Edic. ant.)

(2) s.

y purificando el alma por medio de este fuego de amor, se va más inflamando en amor; así como el madero al modo y paso que se va disponiendo, se va más calentando. Aunque esta inflamación de amor no siempre la siente el alma, sino algunas veces cuando deja de embestir la contemplación tan fuertemente, porque entonces tiene lugar el alma de ver, y aun de gozar la labor que se va haciendo, porque se la descubren, pareciendo que alzan la mano de la obra y sacan el hierro de la hornaza, para que parezca en alguna manera la labor que se va haciendo, y entonces hay lugar para que el alma eche de ver en sí el bien que no veía cuando andaba la obra. Así también cuando deja de herir la llama en el madero, se da lugar para que se vea bien cuanto le haya inflamado.

Lo quinto, sacaremos también de esta comparación lo que arriba queda dicho, conviene á saber, cómo sea verdad que después de estos alivios vuelve el alma á padecer más intensa y delgadamente que antes. Porque después de aquella muestra que se hace, después que se han purificado las imperfecciones más de afuera, vuelve el fuego de amor á herir en lo que está por consumir y purificar más adentro. En lo cual es más íntimo, sutil y espiritual el padecer del alma, cuanto le va adelgazando las más íntimas, delgadas y espirituales imperfecciones, y más arraigadas en lo de más adentro. Y esto acaece al modo que en el madero, que cuanto el fuego va entrando más adentro, va con más fuerza y furor disponiéndole lo más interior para poseerlo.

Lo sexto, también se sacará de aquí, la causa por qué le parece al alma que todo bien se le acabó, y que está llena de males, pues otra cosa en este tiempo no la llega, sino todo amarguras; así también como al madero que arde, que aire ni otra cosa da en él más que fuego consumidor. Pero después que se hagan otras muestras como las primeras, gozará más de adentro, porque ya se hizo la purificación más adentro (1).

(1) a. Este pasaje, sin duda, se dejó de imprimir por haberle omitido involuntariamente los amanuenses que sacaron copia de los manuscritos para hacer la primera impresión.

Lo séptimo sacaremos, que aunque el alma se goza muy ahincadamente en estos intervalos (tanto que, como dijimos, á veces le parece que no han de volver más los trabajos) con todo cuando han de volver presto no deja de sentir, si advierte (y á veces ella se hace advertir), una raíz que queda, que no deja tener el gozo cumplido; porque parece que está amenazando para volver á embestir; y cuando es así, presto vuelve. En fin, aquello que está por purgar é ilustrar más adentro, no se puede bien encubrir al alma acerca de lo ya purificado; así como también en el madero lo que más adentro está por ilustrar, es bien sensible la diferencia que tiene de lo purgado; y cuando vuelve á embestir más adentro esta purificación, no hay que maravillarse que le parezca al alma otra vez que todo el bien se le acabó, y que no piense volver más á los bienes, pues que puesta en pasiones más interiores, todo el bien de afuera se le escondió.

Llevando, pues, delante de los ojos esta comparación con la noticia que ya queda dada sobre el primer verso de la primera Canción de esta oscura noche y de sus propiedades terribles, será bueno salir de estas cosas tristes del alma, y comenzar ya á tratar del fruto de sus lágrimas y de sus propiedades dichosas, que se comienzan á cantar desde este segundo verso.

Con ansias en amores inflamada.

§ I

(Capítulo XI)

COMIÉNZASE Á EXPLICAR EL SEGUNDO VERSO DE LA PRIMERA CANCIÓN.
DICE CÓMO EL ALMA, POR FRUTO DE ESTOS RIGUROSOS APRIETOS, SE HALLA
CON VEHEMENTE PASIÓN DE AMOR DIVINO.

En el cual verso da á entender el alma el fuego de amor que habemos dicho que, á manera del fuego material en el madero, se va prendiendo en el alma en esta noche de contemplación penosa. La cual inflamación, aunque es en cierta manera como la que arriba

declaramos que pasaba en la parte sensitiva del alma, es en alguna manera tan diferente de aquélla ésta que ahora dice, como lo es el alma del cuerpo ó la parte espiritual de la sensitiva. Porque ésta es una inflamación de amor en el espíritu, en que en medio de estos oscuros aprietos se siente estar herida el alma viva y agudamente en fuerte amor Divino con cierto sentimiento y barrunto de Dios, aunque sin entender cosa particular; porque como decimos, el entendimiento está á oscuras.

Siente aquí el espíritu apasionado en amor mucho; porque esta inflamación espiritual hace pasión de amor. Que por cuanto este amor es infuso, *es más pasivo que activo* (1), y así engendra en el alma pasión fuerte de amor. Y va teniendo ya este amor algo de unión con Dios; y así participa algo de sus propiedades, las cuales son más acciones de Dios que de la misma alma, *las cuales se sujetan en ella pasivamente aunque el alma lo que aquí hace es dar el consentimiento; mas* al calor y fuerza, y temple y pasión de amor, ó inflamación, como aquí la llama el alma, sólo el amor de Dios que se va uniendo con ella, se le pega. El cual amor tanto más lugar y disposición halla en el alma para unirse con ella y herirla, cuanto más cerrados, enajenados é inhabilitados le tiene todos los apetitos para poder gustar de cosa del cielo ni de la tierra. Lo cual en esta oscura purgación, como ya queda dicho, acaece en gran manera, pues tiene Dios tan *destetados todos los gustos* y tan recogidos, que no puedan gustar de cosa que ellos quieran. Todo lo cual hace Dios á fin de que apartándolos y recogiénolos todos para sí, tenga el alma más fortaleza y habilidad para recibir esta fuerte unión de amor de Dios, que por este medio purgativo le comienza ya á dar, en que el alma ha de amar con *gran fuerza* de todas sus fuerzas y apetitos espirituales y sensitivos *del alma*; lo cual no podía ser si ellos se derramasen en gustar otra cosa. Que por eso, para poder David recibir la fortaleza del amor de esta unión de Dios, decía á Dios: *Fortitudinem meam ad te custodiam*. Mi fortaleza guardaré para tí (Ps. LVIII, 10); esto es, toda la habilidad y apetitos

(1) c.

y fuerzas de mis potencias, no queriendo emplear su operación ni gusto fuera de ti en otra cosa.

Según esto, en alguna manera se podría considerar cuánta y cuán fuerte podrá ser esta inflamación de amor en el espíritu, donde Dios tiene recogidas todas las fuerzas, potencias y apetitos del alma, así espirituales como sensitivos, para que toda esta armonía emplee sus fuerzas y virtudes en este amor, y así venga á cumplir de veras con el primer precepto, que no desechando nada del hombre ni excluyendo cosa suya de este amor, dice: *Diliges Dominum Deum tuum ex toto corde tuo, et ex tota anima tua, et ex tota fortitudine tua*. Amarás á Dios de todo tu corazón, y de toda tu mente, de toda tu alma, y de todas tus fuerzas. (Deuter. VI, 5.)

Recogidos, pues, aquí en esta inflamación de amor todos los apetitos y fuerzas del alma, estando ella herida y tocada, según todos ellos, y apasionada, ¿cuáles podemos entender que serán los movimientos y digresiones de todas estas fuerzas y apetitos, viéndose inflamados y heridos de fuerte amor y *sin la posesión* y satisfacción de él, en la oscuridad y duda? Sin duda padeciendo hambre, *como los canes que decía David rodearon la ciudad, y no se viendo hartos de este amor, quedan ahullando y gimiendo*. Porque el toque de este amor y fuego Divino, de tal manera seca el espíritu, y le enciende tanto los apetitos por satisfacer su sed, que da mil vueltas en sí, y desea de mil modos y maneras á Dios, con la codicia y deseo *del apetito*. David da muy bien á entender esto en un Salmo, diciendo: *Sitivit in te anima mea: quàm multipliciter tibi caro mea*. Mi alma tuvo sed de ti: cuán de muchas maneras se há mi carne á ti (Ps. LXII, 2); esto es, en deseos. Y otra translación dice: Mi alma tuvo sed de ti, mi alma perece por ti.

Esta es la causa por qué dice el alma en el verso: «*Con ansias en amores inflamada*». Porque en todas las cosas y pensamientos que en sí revuelve, y en todos los negocios, y casos que se le ofrecen, ama de muchas maneras, y desea y padece en el deseo también á este modo de muchas maneras en todos los tiempos y lugares, no sosegando en cosa, sintiendo esta ansia inflamada y herida, según el

Santo Job lo da á entender, diciendo: *Sicut cervus desiderat umbram, et sicut mercenarius præstolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam, quando consurgam? et rursus expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras.* Así como el ciervo desea la sombra, y el mercenario desea el fin de su obra, así tuve yo los meses vacíos, y conté las noches prolijas y trabajosas para mí. Si me recostare á dormir, diré: ¿Cuándo me levantaré? Y luego esperaré la tarde, y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche. (Job. VII, 2.) Hácese á esta alma todo angosto, no cabe en sí, no cabe en el cielo ni en la tierra, y llénase de dolores hasta las tinieblas que aquí dice Job, que hablando espiritualmente y á nuestro propósito, es un penar y padecer sin consuelo y hasta de cierta esperanza de alguna luz y bien espiritual. De donde su ansia y pena en esta inflamación de amor es mayor, por cuanto es multiplicada de dos partes. Lo uno de parte de las tinieblas espirituales en que se ve, que con sus dudas y recelos la afligen. Lo otro, de parte del amor de Dios, que la inflama y estimula con su herida amorosa, y maravillosamente la atiza. Las cuales dos maneras de padecer en semejante sazón da bien á entender Isaías, diciendo: *Anima mea desideravit te in nocte.* Mi alma te deseó en la noche (Isai. XXVI, 9), esto es, en la miseria. Y esta es la una manera de padecer de parte de esta noche oscura; pero con mi espíritu, dice, en mis entrañas hasta la mañana velaré á ti. *Sed et spiritu meo in præcordiis meis de mane vigilabo ad te* (ibid). Y esta es la segunda manera de penar en deseo y ansia de parte del amor en las entrañas del espíritu, que son las aficiones espirituales. Pero en medio de estas penas oscuras y amorosas siente el alma cierta compañía y fuerza en su interior, que le acompaña y esfuerza tanto, que si se le acaba este peso de apretada tiniebla, muchas veces se siente sola, vacía y floja. Y la causa es entonces, que como la fuerza y eficacia del alma era pegada y comunicada pasivamente del fuego tenebroso de amor que en ella embestia; de aquí es, que en cesando de embestir en ella, cesan las tinieblas y la fuerza y calor de amor en el alma.

§ II

(Capítulo XII)

DICE CÓMO ESTA HORRIBLE NOCHE ES PURGATORIO, Y CÓMO EN ELLA ILUMINA LA DIVINA SABIDURÍA Á LOS HOMBRES EN EL SUELO CON LA MISMA ILUMINACIÓN QUE PURGA É ILUMINA Á LOS ÁNGELES EN EL CIELO

Por lo dicho echaremos de ver, cómo esta oscura noche de fuego amoroso, así como á oscuras va purgando, así á oscuras va el alma inflamándose. Echaremos de ver también, que así como se purgan los espíritus (1) en la otra vida con fuego tenebroso y material, en esta vida se purgan y limpian con fuego amoroso, tenebroso y espiritual. Porque esta es la diferencia, que allá se limpian con fuego, y acá se limpian é iluminan sólo con amor. El cual amor pidió David, cuando dijo: *Cor mundum crea in me, Deus*, etc. (Psalm. L, 12). Porque la limpieza de corazón no es menos que el amor y gracia de Dios. Que los limpios de corazón son llamados por nuestro Salvador bienaventurados; lo cual es decir tanto como enamorados, pues que bienaventuranza no se da por menos que amor.

Y que se purgue iluminándose el alma con este fuego de sabiduría amorosa (porque nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde), muéstralo bien Jeremías, donde dice: *De excelso misit ignem in ossibus meis, et erudit me*. Envío fuego en mis huesos, y enseñóme (Thren. I, 13). Y David dice que la Sabiduría de Dios es plata examinada en *fuego, esto es*, en fuego purgativo de amor. (Psalm. CXI, 7.) Porque esta oscura contemplación juntamente infunde en el alma amor y sabiduría á cada uno según su capacidad y necesidad, alumbrando al alma y purgándola, como dice el sabio, de sus ignorancias, como dice que lo hizo con él: *Ignorantias meas illuminavit* (Eccles. LI, 26) (2).

(1) c. H. Matr. y T.—Los *predestinados*. (Edic. ant.)

(2) *Antiquitus erat in Biblia, ut constat ex correctione illius*.

De aquí también inferimos, que purga estas almas y las ilumina la misma Sabiduría de Dios que purga los ángeles de sus ignorancias, *haciéndolos saber, alumbrándolos en lo que no sabían*, derivándose de Dios por las jerarquías primeras hasta las postreras, y de ahí á los hombres. Que por eso todas las obras que hacen los ángeles é inspiraciones, se dice con verdad y propiedad en la Escritura hacerlas Dios y hacerlas ellos; porque de ordinario las deriva por ellos, y ellos también de unos en otros sin alguna dilación: así como el rayo del Sol comunicado de muchas vidrieras ordenadas entre sí. Que aunque es verdad que de suyo el rayo pasa por todas, todavía cada una le envía é infunde en la otra más modificado, conforme al modo de aquella vidriera, algo más abreviada y remisamente, según ella está más ó menos cerca del Sol. De donde se sigue que los superiores espíritus y los de abajo, cuanto más cercanos están de Dios, más purgados están y clarificados con más general purgación; y que los postreros recibirán esta ilustración muy más tenue y remota. De donde se sigue, que el hombre *que está el postrero, hasta el cual se viene derivando esta contemplación amorosa* (1), cuando Dios le quiere dar, la ha de recibir á su modo, y muy limitada y penosamente. Porque la luz de Dios que al ángel ilumina, esclareciéndole y suavizándole en amor, como á puro espíritu dispuesto para la tal infusión, al hombre por ser impuro y flaco, naturalmente le ilumina (como arriba queda dicho), oscureciéndole, dándole pena y aprieto (como hace el Sol al ojo enfermo, que le alumbraba apasionada y aflictivamente), hasta que este mismo fuego de amor le espiritualice y sutilice, purificándole, para que con suavidad pueda recibir la unión (2) de esta amorosa influencia á modo de los ángeles, ya purgado, como después diremos, mediante el Señor (3). Pero en el entretanto, esta contemplación y noticia amorosa recibela en el aprieto y ansia de amor que decimos aquí.

(1) c.

(2) Los Mss. A. y M. dicen: La *infusión*.

(3) c. En las ediciones se introducían las siguientes palabras que no son genuinas del Santo: «Porque almas hay que en esta vida recibieron más perfecta iluminación que los ángeles.»

Esta inflamación y ansia de amor no siempre la anda el alma sintiendo. Porque á los principios que comienza esta purgación espiritual, todo se le va á este Divino fuego más en enjugar y disponer la materia del alma, que en calentarla; pero ya *andando el tiempo* cuando ya este fuego va calentando el alma, muy de ordinario siente esta inflamación y calor de amor. Aquí como se va purgando más el entendimiento por medio de esta tiniebla, acaece algunas veces que esta mística y amorosa teología juntamente con inflamar la voluntad, hiere también, ilustrando la otra potencia del entendimiento con alguna noticia y lumbre Divina tan sabrosa y divinamente, que ayudada de ella la voluntad se afervora maravillosamente, ardiendo en ella, y *sin ella hacer nada*, este Divino fuego de amor en vivas llamas, de manera que ya al alma le parece vivo fuego con la viva inteligencia que se le da. Y de aquí es lo que dice David en un Salmo, diciendo: *Concaluit cor meum intra me: et in meditatione mea exardescet ignis*. Calentóse mi corazón dentro de mí, y cierto fuego, en tanto que yo entendía, se encendió. (Psalm. XXXVIII, 4.) Y este encendimiento de amor con unión de estas dos potencias, entendimiento y voluntad, *que se unen aquí*, es cosa de gran riqueza y deleite para el alma. Porque es cierto *toque en la divinidad* y ya principios de la perfección de la unión de amor que espera. Y así á este toque de tan subido sentir y amor de Dios no se llega, sino habiendo pasado muchos trabajos y gran parte de la purgación. Mas para otros grados más bajos que ordinariamente acaecen, no es menester tanta purgación.

De lo que aquí hemos dicho se colige, cómo en estos bienes espirituales, que pasivamente se infunden por Dios en el alma, puede muy bien amar la voluntad sin entender el entendimiento; así como el entendimiento puede entender sin que ame la voluntad; porque pues esta noche oscura de contemplación consta de luz divina y amor, así como el fuego tiene luz y calor, no es inconveniente, que cuando se comunica esta luz amorosa, algunas veces hiera más en la voluntad inflamándola con el amor, dejando á oscuras el entendimiento sin herir en él con la luz; y otras, alumbrándole con la luz, dando inteligencia, dejando seca

la voluntad (como también acaece poder recibir el calor del fuego sin ver la luz, y también ver la luz sin recibir el calor), y esto obrándolo el Señor, que infunde como quiere (1).

§ III

(Capítulo XIII)

DE OTROS SABROSOS EFECTOS QUE OBRA EN EL ALMA ESTA OSCURA NOCHE DE CONTEMPLACIÓN

Por este modo de inflamación podemos entender algunos de los sabrosos efectos que va ya obrando en el alma esta oscura noche de contemplación; porque algunas veces en medio de estas oscuridades es ilustrada el alma, y luce la luz en las tinieblas (Joan. I, 5), derivándose esta *inteligencia* mística al entendimiento, *quedándose seca la voluntad, quiero decir, sin unión actual de amor*, con una serenidad y sencillez tan delgada y deleitable al sentido del alma, que no se le puede poner nombre, unas veces en una manera de sentir de Dios, otras en otra. Algunas veces también hiere juntamente, como queda dicho, en la voluntad, y prende el amor subida, tierna y fuertemente; porque ya decimos que se unen algunas veces estas dos potencias entendimiento y voluntad, cuando se va más purgando el entendimiento, tanto más perfecta y delicadamente cuanto él lo está más. Pero antes de llegar aquí, más común es sentirse en la voluntad el toque de la inflamación, que en el entendimiento el toque de la inteligencia.

(1) a. No nos detenemos á declarar lo que aquí dice el Místico Doctor, puesto que él mismo lo hace en la canción XXVI, verso 2.º del Cántico espiritual de la segunda escritura, y en la XVII, verso 2.º del de la redacción primera. La misma doctrina vuelve á enseñar y la explica maravillosamente en un párrafo hasta ahora inédito de una y otra *Llama de amor viva* (Canc. 3.^a, v. 3.º, párrafo X). Pueden verse también Nuestra Santa Madre Teresa de Jesús en los *Conceptos del amor de Dios*, cap. VI, núms. 8, 14, 15 y 16, y el Venerable Padre Juan de Jesús María, C. D., en su *Escuela de la Oración*, tratado duodécimo, Duda quinta.

Pero nace aquí una duda, y es: ¿Por qué, pues, estas dos potencias se van purgando á la par, se siente á los principios más comunmente en la voluntad la inflamación y amor de la contemplación purgativa, que en el entendimiento la inteligencia de ella? A esto se responde, que aquí no hiere derechamente este amor pasivo en la voluntad, porque la voluntad es libre, y esta inflamación de amor más es pasión de amor que acto libre de la voluntad, porque hiere en la sustancia del alma este calor de amor, y así mueve las afecciones pasivamente. Y así ésta antes se llama pasión de amor que acto libre de la voluntad: el cual en tanto se llama acto de la voluntad en cuanto es libre. Pero porque estas pasiones y afecciones se reducen á la voluntad, por eso se dice que si el alma está apasionada en alguna afección, lo está la voluntad; y así es la verdad, porque desta manera se cautiva la voluntad y pierde su libertad, de manera que la lleva tras sí el ímpetu y fuerza de la pasión: y por eso podemos decir que esta inflamación de amor es en la voluntad, esto es, inflama el apetito de la voluntad; y así ésta antes se llama, como decimos, pasión de amor que obra libre de la voluntad. Y porque la pasión receptiva del entendimiento sólo puede recibir la inteligencia desnuda y pasivamente (y esto no puede sin estar purgado), por eso antes que lo esté, siente el alma menos veces el toque de inteligencia que el de la pasión de amor. Porque para esto no es menester que la voluntad esté tan purgada acerca de las pasiones, pues que aun las pasiones le ayudan á sentir amor apasionado (1).

Esta inflamación y sed de amor, por ser ya aquí del Espíritu Santo, es diferentísima de la otra que dijimos en la noche del sentido. Porque aunque aquí el sentido también lleva su parte, porque no deja de participar del trabajo del espíritu, pero la raíz y el vivo de la sed de amor siéntese en la parte superior del alma, esto es, en el espíritu, sintiendo y entendiendo de tal manera lo que siente, y la falta que le hace lo que desea, que todo el penar del sentido, aunque sin comparación es mayor que en la primera noche sensitiva, no le

(1) a. Este importante y notabilísimo párrafo sirve en gran manera para aclarar varios puntos de estas Obras. Para su mejor inteligencia léanse las páginas 84 y 85 de este mismo tomo.

tiene en nada, porque en el interior conoce una falta de un gran bien, que con nada se puede remediar.

Pero aquí conviene notar que aunque á los principios, cuando comienza esta noche espiritual, no se siente esta inflamación de amor, por no haber obrado este fuego de amor, en lugar de eso da desde luego Dios al alma un amor estimativo tan grande de Dios, que, como habemos dicho, todo lo más que padece y siente en los trabajos de esta noche, es ansia de pensar si tiene perdido á Dios y pensar si está dejada de él. Y así siempre podemos decir que desde el principio de esta noche va el alma tocada con ansias de amor, ahora de estimación, ahora también de inflamación. Y vése que la mayor pasión que siente entre estos trabajos es este recelo; porque si entonces se pudiera certificar que no está todo perdido y acabado, sino que aquello que pasa es por mejor, como lo es, y que Dios no esta enojado, no se le daría nada de todas aquellas penas, antes se holgaría sabiendo que de ello se sirve Dios. Porque es tan grande el amor de estimación que tiene á Dios, aunque á oscuras sin sentirlo ella, que no sólo eso, sino que holgaría mucho de morir muchas veces por satisfacerle. Pero cuando ya la llama ha inflamado al alma, juntamente con la estimación que ya tiene de Dios, suele cobrar tal fuerza y brío y tal ansia por Dios, comunicándosela el calor de amor, que con grande osadía, sin mirar en cosa alguna, ni tener respeto á nada, en la fuerza y embriaguez del amor y deseo, sin mirar mucho lo que hace, haría cosas extrañas é inusitadas por cualquier modo y manera que se le ofreciese, por poder encontrar con el que ama su alma.

Esta es la causa por qué á María Magdalena, con ser tan estimada en sí como antes era, no le hizo al caso la turba de hombres principales del convite que se hacía en casa del Fariseo, como dice San Lucas (VII, 37), ni el mirar que no venía bien ni lo parecía ir á llorar y derramar lágrimas entre los convidados, á trueque de (sin dilatar una hora, esperando otro tiempo y sazón) poder llegar ante aquel de quien estaba ya su alma herida é inflamada. Y esta es la embriaguez y osadía de amor, que con saber que su amado estaba encerrado en el sepulcro con una grande piedra sellado y cercado de soldados,

(Joan. XX, 1) que, porque no le hurtasen sus discípulos, le guardaban, no le dió lugar para que alguna de estas cosas se le pusiese delante, para dejar de ir antes del día con los ungüentos para ungirle. Y finalmente, esta embriaguez y ansia de amor le hizo preguntar al que creyendo que era hortelano le había hurtado del sepulcro, que le dijese si le había él tomado, dónde le había puesto, para que ella lo tomase (Joan. XX, 15): no mirando que aquella pregunta en libre juicio y razón era disparate, pues que está claro que si el otro le había hurtado, no se lo había de decir, ni menos se lo había de dejar tomar; porque esto tiene la vehemencia y fuerza del amor, que todo le parece posible, y todos le parece que andan en lo mismo que anda él; porque no cree que hay otra cosa en que nadie se deba emplear, ni buscar otra, sino á quien ella busca y á quien ella ama; pareciéndole que no hay otra cosa que querer ni en qué se emplear sino en aquello *y que también todos andan en aquello*. Que por eso cuando la Esposa salió á buscar á su Amado por las plazas y arrabales, creyendo que los demás andaban en lo mismo, les dijo que si lo hallasen ellas le hablasen diciendo de ella que penaba por su amor. (Cant. V, 8). Tal era la fuerza del amor de esta María, que le pareció que si el hortelano le dijera dónde le había escondido, fuera ella y le tomara, aunque más le fuera defendido. A este talle, pues, son las ansias de amor que va sintiendo esta alma, cuando va ya aprovechada en esta espiritual purgación. Porque de noche se levanta (esto es, en estas tinieblas purgativas) según las aficiones de la voluntad. Y con las ansias y fuerzas que la leona ú osa va á buscar sus cachorros cuando se los han quitado y no los halla, anda esta herida alma á buscar á su Dios. Porque como está en tinieblas, siéntese sin él, estando muriendo de amor por él. Y este es el amor impaciente en que no puede durar mucho el sujeto sin recibir ó morir, según el que tenía Raquel á los hijos cuando dijo á Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Dame hijos: si no, moriré. (Gen. XXX, 1.)

Pero es aquí de ver, cómo el alma sintiéndose tan miserable y tan indigna de Dios, como hace aquí en estas tinieblas purgativas, tenga tan osada y atrevida fuerza para irse á juntar con Dios. La

causa es que como el amor le va dando fuerzas con que ame de veras, y la propiedad del amor sea querer unir, juntar é igualar y asimilar á la cosa amada, para perfeccionarse en el bien de amor; de aquí es, que no estando esta alma perfeccionada en amor, por no haber llegado á la unión, la hambre y sed que tiene de lo que le falta, que es la unión, y las fuerzas que ya el amor ha puesto en la voluntad con que la ha hecho apasionada, la haga ser osada y atrevida según la voluntad inflamada, aunque según el entendimiento, por estar á oscuras y no ilustrado se siente indigna y miserable.

No quiero dejar de decir aquí la causa, por qué, pues esta luz Divina es siempre luz para el alma, no la da luego que embiste en ella luz, como lo hace después, antes le causa las tinieblas y trabajos que habemos dicho. Algo estaba ya dicho antes de esto; pero á este particular se responde: Que las tinieblas y los demás males que el alma siente cuando esta Divina luz embiste, no son tinieblas ni males de la luz, sino de la misma alma, y la luz la alumbra para que las vea. De donde desde luego le da luz esta luz Divina; pero con ella no puede ver el alma primero, sino lo que tiene más cerca de sí, ó por mejor decir, en sí, que son sus tinieblas ó miserias, las cuales ve ya por la misericordia de Dios, y antes no las veía, porque no daba en ella esta luz sobrenatural. Y esta es la causa por qué al principio no siente sino tinieblas y males. Mas después de purgada por el conocimiento y sentimiento de ellos, tendrá ojos para que se le muestren los bienes de esta luz Divina; y expelidas y quitadas todas estas tinieblas é imperfecciones del alma, ya parece que se van conociendo los provechos y bienes grandes que va consiguiendo el alma en esta dichosa noche de contemplación.

Pues por lo dicho queda entendido cómo Dios hace mercedes aquí al alma de limpiarla y curarla con esta fuerte legía y amarga purga, según la parte sensitiva y espiritual de todas las aficiones y hábitos imperfectos que en si tenía acerca de lo temporal y de lo natural, sensitivo y espiritual, oscureciéndole las potencias interiores, y vaciándoselas acerca de todo esto, y apretándole y enjugándole las aficiones sensitivas y espirituales, y debilitándole y adelgazándole las

fuerzas naturales del ánima acerca de todo ello (lo cual nunca el alma por si misma pudiera conseguir, como luego diremos), haciéndola Dios desfallecer en esta manera á todo lo que no es Dios *naturalmente*, para ir la vistiendo de nuevo, desnudada y desollada ya ella de su antiguo pellejo. Y así se le renueva, como al águila, su juventud, quedando vestida del nuevo hombre, que es criado, como dice el Apóstol, según Dios. (Ephes. IV, 24.) Lo cual no es otra cosa sino alumbrarle el entendimiento con lumbre sobrenatural, de manera que el entendimiento humano se haga Divino unido con el Divino. Y ni más ni menos inflámale la voluntad con amor Divino, de manera que ya no sea voluntad menos que Divina, no amando menos que divinamente, hecha y unida en uno con la Divina voluntad y amor; y la memoria, ni más ni menos; y también las aficiones y apetitos todos mudados y vueltos según Dios, divinamente. Y así esta alma será ya alma del cielo, celestial, y más Divina que humana. Todo lo cual, según se ha ido diciendo, por lo que habemos dicho, va Dios haciendo y obrando en ella por medio de esta noche, ilustrándola é inflamándola divinamente con ansias de sólo Dios, y no de otra cosa alguna. Por lo cual muy justa y razonablemente añade luego el alma el tercer verso de la Canción, que dice:

*¡Oh dichosa ventura!
salí sin ser notada.*

§ IV

(Capítulo XIV)

EN QUE SE PONEN Y EXPLICAN LOS TRES VERSOS ÚLTIMOS
DE LA PRIMERA CANCIÓN

Esta dichosa ventura, fué por lo que dice luego en los siguientes versos:

*Salí sin ser notada,
estando ya en mi casa sosegada.*

tomando la metáfora del que, por hacer mejor su hecho, sale de su casa de noche y á oscuras, sosegados ya los de la casa, porque ninguno se

lo estorbe. Porque como esta alma había de salir á hacer un hecho tan heroico y tan raro, que era unirse con su Amado Divino, sale afuera, porque el amado no se halla sino sólo afuera en la soledad. Que por eso la Esposa le deseaba hallar solo, diciendo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculer te?* etc. ¿Quién te me diese, hermano mío, que te hallase yo afuera y comunicase contigo mi amor? (Cant. VIII. 1.) Conveniale al alma enamorada, para conseguir su fin deseado, hacerlo también así, que saliese de noche, adormidos y sosegados todos los domésticos de su casa; esto es, las operaciones bajas, pasiones y apetitos de su alma adormidos y apagados por medio de esta noche, que son la gente de casa, que recordada siempre estorba al alma estos sus bienes, enemiga de que salga libre de ellos. Porque estos son los domésticos que dice nuestro Salvador en el sagrado Evangelio, que son los enemigos del hombre: *Et inimici hominis domestici ejus.* (Matth. X, 36.) Y así convenía que las operaciones de éstos con sus movimientos estuviesen dormidos en esta noche, para que no impidan al alma los bienes sobrenaturales de la unión de amor de Dios, porque durante la viveza y operación de éstos no puede alcanzarse. Que toda su obra y movimiento natural, antes estorba que ayuda á recibir los bienes espirituales de la unión de amor, por cuanto queda corta toda habilidad natural acerca de los bienes sobrenaturales, que Dios por sola infusión suya pone en el alma pasiva y secretamente y en silencio. Y así es menester que le tengan todas las potencias y se *hayan pasivamente* para recibirle, no entremetiendo allí su baja obra y vil inclinación.

Pero fué dichosa ventura para esta alma que Dios en esta noche le adormeciese toda la gente doméstica de su casa; esto es, todas las potencias, pasiones, aficiones y apetitos que viven en el alma sensitiva y espiritualmente, *para que ella, sin ser notada, esto es, sin ser impedida de estas afecciones, etc. (por quedar ellas adormidas y mortificadas en esta noche en que las dejaron á oscuras, para que no pudiesen notar ni sentir á su modo bajo y natural, y así impidiesen al alma el salir de sí y de la casa de su sensualidad) llegase á la unión espiri-*

tual de perfecto amor de Dios (1). ¡Oh cuán dichosa ventura es poder el alma librarse de la casa de su sensualidad! No lo puede bien entender si no fuere, á mi ver, el alma que ha gustado de ello. Porque verá claro cuán misera servidumbre era la que tenía, y á cuántas miserias estaba sujeta cuando lo estaba á la obra de sus potencias y apetitos, y conocerá cómo la vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo bienes inestimables, como iremos notando algunos de ellos en las siguientes Canciones, en que se verá más claro cuánta razón tenga el alma de contar por dichosa ventura el tránsito de esta horrenda noche que arriba queda dicho.

CANCIÓN SEGUNDA

(Capítulo XV)

A oscuras y segura
 Por la secreta escala disfrazada,
 ¡Oh dichosa ventura!
 A oscuras y en celada,
 Estando ya mi casa sosegada.

DECLARACIÓN

Va el alma cantando en esta Canción todavía algunas propiedades de la oscuridad de esta noche, repitiendo la buena dicha que le vino con ellas. Dicelas, respondiendo á cierta objeción tácita, advirtiéndole que no se piense que por haber en esta noche y oscuridad pasado por tantas tormentas de angustias, dudas, recelos y horrores, como se ha dicho, corría por eso más peligro de perderse; porque antes en la oscuridad de esta noche se ganó; porque en ella se libraba y escapaba sutilmente de sus contrarios, que le impedían siempre el paso, porque en la oscuridad de la noche iba mudado el traje, y disfrazada con tres libreas ó colores que después diremos; y por una escala muy secreta, que ninguno de casa lo sabía (que como también en su lugar notaremos, es la viva Fe) Por lo cual salió tan encubierta

(1) a. y c. Mss. H. M. y Matr.

y en celada, para poder bien hacer su hecho, que no podía dejar de ir muy segura; mayormente estando ya en esta noche purgativa los apetitos, aficiones y pasiones de su ánima adormidos, mortificados y apagados, que son los que estando despiertos y vivos no se lo consintieran.

Síguese, pues, el verso, y dice así:

A oscuras y segura.

(Capítulo XVI)

EXPLÍCASE CÓMO YENDO EL ALMA Á OSCURA VA SEGURA

La oscuridad que aquí dice el alma, ya habemos dicho que es acerca de los apetitos y potencias sensitivas, interiores y espirituales, porque todas se oscurecen de su natural lumbre en esta noche, porque purgándose acerca de ella, puedan ser ilustradas acerca de lo sobrenatural; porque los apetitos sensitivos y espirituales están dormidos y amortiguados sin poder gustar de cosa ni Divina ni humana; las aficiones del alma oprimidas y apretadas, sin poderse mover á ella ni hallar arrimo en nada; la imaginación atada sin poder hacer algún discurso de bien; la memoria acabada; el entendimiento entenebrecido, sin poder entender cosa, y de aquí también la voluntad seca y apretada, y todas las potencias vacías é inútiles, y sobre todo esto una espesa y pesada nube sobre el alma, que la tiene angustiada y como ajenada de Dios. De esta manera «A oscuras», dice, que iba «segura». La causa de esto está bien declarada: porque ordinariamente el alma nunca yerra sino por sus apetitos ó sus gustos, ó sus discursos, ó sus inteligencias, ó sus aficiones, porque de ordinario en éstas excede ó falta, ó varía ó desatina, y de ahí se inclina á lo que no conviene. De donde impedidas todas estas operaciones y movimientos, está claro que queda el alma segura de errar en ellos. Porque no sólo se libra de sí, sino también de los otros enemigos, que son mundo y demonio, los cuales, apagadas las aficiones y operaciones del alma, no le pueden hacer guerra por otra parte ni de otra manera.

De aquí se sigue que cuanto el alma va más á oscuras y vacía de sus operaciones naturales, va más segura. Porque como dice el profeta: *Perditio tua Israël: tantummodo in me auxilium tuum* (Osee, XIII, 9): la perdición al alma solamente le viene de si misma (esto es, de sus operaciones y apetitos interiores y sensitivos no concertados), y el bien, dice Dios, solamente de mí. Por tanto, impedida ella así de sus males, resta que le vengan luego los bienes de la unión con Dios en sus apetitos y potencias, en que las hará Divinas y celestiales. De donde en el tiempo de estas tinieblas, si el alma mira en ello, muy bien echará de ver cuán poco se le divierte el apetito y las potencias á cosas inútiles y dañosas; y cuán segura está de vanagloria, y soberbia y presunción, vano y falso gozo, y de otras muchas cosas. Luego bien se sigue que por ir á oscuras, no sólo no va perdida, sino aun muy ganada, pues aquí va ganando las virtudes.

Pero á la duda que de aquí nace luego, conviene á saber, que pues las cosas de Dios de suyo hacen bien al alma y la ganan y aseguran, ¿por qué en esta noche le oscurece Dios los apetitos y potencias también acerca de estas cosas buenas, de manera que tampoco pueda gozar de ellas, ni tratarlas como las demás, y aun en alguna manera menos? Respóndese, que entonces conviene *que tampoco le quede* operación ni gusto, acerca de las cosas espirituales, porque tiene las potencias y apetitos impuros, bajos y *muy naturales*; y así, aunque se les de el sabor y trato á estas potencias de las cosas sobrenaturales y Divinas, no le podrían recibir sino muy baja y naturalmente, *muy á su modo*. Porque como dice el filósofo, cualquiera cosa que se recibe, está en el recipiente al modo del que la recibe. De donde porque estas naturales potencias no tienen pureza ni fuerza, ni caudal para recibir y gustar las cosas sobrenaturales al modo de ellas, que es Divino, sino *sólo al suyo que es humano y bajo, como habemos dicho*; conviene que sean también oscurecidas acerca de esto Divino. Porque destetadas y purgadas y aniquiladas en aquello primero, pierdan aquel bajo y *humano* modo de obrar y recibir, y así vengan á quedar dispuestas y templadas todas estas potencias y apetitos del alma, para poder recibir, sentir y gustar lo Divino y *sobrenatural* alta

y subidamente, lo cual no puede ser si primero no muere el hombre viejo. De aquí es que todo lo espiritual, si de arriba no viene, comunicado del Padre de las lumbres sobre el albedrío y apetito humano, aunque más se ejercite el gusto y potencias del hombre con Dios, y por mucho que les parezca gustan de él, no le gustarán, divina y *espiritualmente, sino humana y naturalmente, como gustan las demás cosas, porque los bienes no van del hombre á Dios, sino vienen de Dios al hombre*. Acerca de lo cual (si este fuera lugar de ello) pudiéramos declarar aquí, cómo hay muchas personas que tienen muchos gustos y aficiones y operaciones de sus potencias acerca de Dios ó de cosas espirituales, y por ventura pensarán ellos que aquello es sobrenatural y espiritual, y por ventura no son más que actos y apetitos naturales y humanos, que como los tienen de las demás cosas, los tienen con el mismo temple de aquellas cosas buenas por cierta facilidad natural que tienen en mover el apetito y potencias á cualquier cosa. Si por ventura tuviéremos ocasión en lo restante, lo trataremos, diciendo algunas señales de cuándo los movimientos y acciones interiores del alma sean sólo naturales, y cuándo sólo espirituales, y cuándo espirituales y naturales acerca del trato con Dios. Basta aquí saber que para que los actos y movimientos interiores del alma puedan venir á ser movidos por Dios alta y divinamente, primero han de ser adormidos y oscurecidos, y sosegados en lo natural acerca de toda su habilidad y operación, hasta que desfallezcan.

Oh, pues, alma espiritual, cuando vieres oscurecido tu apetito, tus aficiones secas y apretadas, é inhabilitadas tus potencias para cualquier ejercicio interior, no te penes por eso, antes lo ten á buena dicha; pues que te va Dios librando de tí misma, quitándote de las manos la hacienda; con las cuales, por bien que ellas te anduviesen, no obrarías tan cabal, perfecta y seguramente (á causa de la impureza y torpeza de ellas), como ahora, que tomando Dios la mano tuya, te guía á oscuras como á ciego, á donde y por donde tú no sabes, ni jamás por tus ojos y pies, por bien que anduvieras, atinarás á caminar.

La causa también por qué el alma no sólo va segura, cuando así

va á oscuras, sino aún se va más ganando y aprovechando, es, porque comunmente cuando el alma va recibiendo mejoría de nuevo y aprovechando, es por donde ella menos entiende, antes muy ordinario piensa que se va perdiendo. Porque, como ella nunca ha experimentado aquella novedad que la hace salir y deslumbrar y desatinar de su primer modo de proceder, antes piensa que se va perdiendo, que acertando y ganando, como ve que se pierde acerca de lo que sabía y gustaba, y se va por donde no sabe ni gusta. Así como el caminante que para ir á nuevas tierras no sabidas ni experimentadas, va por nuevos caminos no sabidos ni experimentados; camina no guiado por lo que sabía antes, sino en dudas y por el dicho de otros; y claro está que éste no podría venir á nuevas tierras, ni saber más de lo que antes sabía, si no fuera por caminos nuevos nunca sabidos, y dejados los que sabía; ni más ni menos el que va sabiendo más particularidades en un oficio ó arte, siempre va á oscuras, no por su saber primero, porque si aquél no dejase atrás, nunca saldría de él, ni aprovecharía en más: así de la misma manera el alma cuando va más aprovechando, va á oscuras y no sabiendo. Por tanto, como habemos dicho, Dios es aquí el maestro y guía de este ciego del alma. Bien puede ella, ya que lo ha venido á entender, con verdad alegrarse y decir: «A oscuras y segura.»

Otra causa también hay por qué en estas tinieblas ha ido el alma segura, y es, porque ha ido padeciendo; porque el camino de padecer es más seguro y aun más provechoso, que el de gozar y hacer. Lo uno, porque en el padecer se le añaden fuerzas de Dios, y en el hacer y gozar ejercita el alma sus flaquezas é imperfecciones. Y lo otro, porque en el padecer se van ejercitando y ganando las virtudes y purificando el alma, y haciéndola más sabia y cauta.

Pero aquí hay otra más principal causa por qué aquí el alma á oscuras va segura, y es de parte de la dicha luz, ó sabiduría oscura. Porque de tal manera la absorbe y embebe en si esta oscura noche de contemplación, y la pone tan cerca de Dios, que la ampara y libra de todo lo que no es Dios. Porque, como está aquí puesta en cura esta alma, para que consiga su salud, que es el mismo Dios, tiénela

Su Majestad en dieta y abstinencia de todas las cosas, estragado el apetito para todas ellas; bien así como para que sane el enfermo que en su casa es estimado, le tienen tan adentro guardado, que no le dejan tocar del aire ni aun gozar de la luz, ni que sienta las pisadas, ni aun el rumor de los de la casa, y la comida muy delicada y muy por tasa y de substancia más que de sabor.

Todas estas propiedades (que todas son de seguridad y guarda del alma) causa en ella esta oscura contemplación, porque ella está puesta más cerca de Dios. Porque cuanto el alma más á él se acerca, más oscuras tinieblas siente y más profunda oscuridad por su flaqueza; así como el que más cerca del Sol llegase, más tinieblas y pena le causaría su grande resplandor por la flaqueza, impureza y cortedad de sus ojos. De donde tan inmensa es la luz espiritual de Dios, y tanto excede al entendimiento, que cuando llega más cerca, le ciega y oscurece. Y esta es la causa por qué en el salmo XVII dice David, que puso Dios por su escondrijo y cubierta las tinieblas, y su tabernáculo en rededor de sí, tenebrosa agua en las nubes del aire (v. 12). La cual agua tenebrosa en las nubes del aire es la oscura contemplación y Sabiduría Divina en las almas, como vamos diciendo. Lo cual ellas van sintiendo como cosa que está cerca de él, como tabernáculo donde él mora, cuando Dios á sí las va más juntando. Y así, lo que en Dios es luz y claridad más alta, es para el hombre tiniebla más oscura (como dice San Pablo), según lo declara luego David en el mismo Salmo, diciendo: *Præ fulgore in conspectu ejus nubes transierunt*. Por causa del resplandor que está en su presencia, salieron nubes y cataratas (Psalm. XVII, 13), conviene á saber, para el entendimiento natural, cuya luz, como dice Isaías: *Obtenebrata est in caligine ejus* (V. 30). ¡Oh miserable suerte la de nuestra vida, donde con tanto peligro se vive y con tanta dificultad la verdad se conoce! pues lo más claro y verdadero nos es más oscuro y dudoso; y por eso huimos de ello siendo lo que más nos conviene; y lo que más luce y llena nuestros ojos, lo abrazamos y vamos tras de ello, siendo lo que peor nos está y lo que á cada paso nos hace dar de ojos. ¡En cuánto peligro y temor vive el hombre, pues la misma

lumbre de sus ojos natural con que se ha de guiar, es la primera que le encandila y engaña para ir á Dios! ¡Y que si ha de acertar á ver por dónde va, tenga necesidad de llevar cerrados los ojos é ir á oscuras para ir segura de los enemigos domésticos de su casa, que son sus sentidos y potencias! Bien está, pues, aquí el alma escondida y amparada en esta agua tenebrosa, que está cerca de Dios. Porque así como al mismo Dios sirve de tabernáculo y morada, le servirá ni más ni menos al alma de otro tanto y de amparo perfecto y seguridad, aunque ella quede en tinieblas, en que está escondida y amparada de sí misma, y de todos los demás daños de criaturas, como habemos dicho; porque de las tales se entiende lo que también dice David en otro Salmo, diciendo: *Abscondes eos in abscondito faciei tuæ à conturbatione hominum: proteges eos in tabernaculo tuo à contradictione linguarum*. Esconderlos has en el escondrijo de tu rostro de la turbación de los hombres: ampararlos has en tu tabernáculo de la contradicción de las lenguas (XXX, 30). En lo cual se entiende toda manera de amparo; porque estar escondidos en el rostro de Dios de la turbación de los hombres, es estar fortalecidos con esta oscura contemplación contra todas las ocasiones que de parte de los hombres les pueden sobrevenir. Y estar amparados en su tabernáculo de la contradicción de las lenguas, es estar el alma engolfada en esta agua tenebrosa, que es el tabernáculo que habemos dicho de David. De donde, por tener el alma todos los apetitos y aficiones destetados, y las potencias oscurecidas, está libre de todas las imperfecciones que contradicen al espíritu, así de su misma carne, como de las demás criaturas. De donde esta alma bien puede decir, que va «á oscuras y segura.»

Hay también otra causa no menos eficaz que la pasada, para acabar bien de entender que esta alma va segura á oscuras, y es por la fortaleza que desde luego esta oscura, penosa y tenebrosa agua de Dios pone en el alma. Que al fin, aunque es tenebrosa, es agua, y por eso no ha dejar de reficionar y fortalecer al alma en lo que más le conviene, aunque á oscuras y penosamente. Porque desde luego ve el alma en sí una verdadera determinación y eficacia de no hacer cosa que entienda ser ofensa de Dios, ni dejar de hacer lo que

le parece cosa de su servicio. Porque aquel amor oscuro se le pega con un muy vigilante cuidado y solicitud interior de lo que hará ó dejará de hacer por él para contentarle, mirando y dando mil vueltas si ha sido causa de enojarle; y todo esto con mucho más cuidado y solicitud que antes, como arriba queda dicho en lo de las ansias de amor. Porque aquí todas las fuerzas y apetitos y potencias del alma, como están recogidas de todas las demás cosas, emplean su conato y fuerza sólo en obsequio de su Dios. De esta manera sale el alma de sí misma y de todas las cosas criadas á la dulce y deleitosa unión de amor de Dios, «A oscuras, y segura.»

Por la secreta escala disfrazada.

§ I

(Capítulo XVII)

EXPLÍCASE CÓMO ESTA OSCURA CONTEMPLACIÓN SEA SECRETA

Tres propiedades conviene declarar acerca de tres vocablos que contiene el presente verso. Las dos, que son «secreta» y «escala», pertenecen á la noche oscura de contemplación que vamos tratando; la tercera, conviene á saber, «disfrazada», pertenece á el alma *por razón del modo que ella tiene* en esta noche. Cuanto á lo primero, es de saber que el alma llama aquí en este verso á esta oscura contemplación por donde ella va saliendo á la unión de amor, «secreta escala», por estas dos propiedades que hay en ella, *es á saber, ser secreta y ser escala; y diremos de cada una de por sí.*

Primeramente llama secreta á esta contemplación tenebrosa; por cuanto según habemos tocado arriba, esta es la teología mística, que llaman los teólogos sabiduría secreta, la cual dice Santo Tomás que se comunica é infunde en el alma por amor (1). Lo cual acaece secretamente á oscuras de la obra natural del entendimiento y de las demás

(1) s. «Propter hoc Gregorius (hom. 14 in Ezech) constituit vitam contemplativam in charitate Dei.» *Summa Theologica*, 2.^a, 2.^a, quæst, 180, art. 1.

potencias. De donde por cuanto las dichas potencias no lo alcanzan, sino que el Espíritu Santo la infunde y adorna en el alma, como dice la Esposa en los Cantares, sin *ella saberlo* (1) *ni* entender cómo sea, se llama secreta. Y á la verdad no sólo ella no lo entiende, pero nadie, ni el mismo demonio. Por cuanto el Maestro que la enseña está dentro del alma sustancialmente, *donde no puede llegar el demonio, ni el sentido natural, ni el entendimiento* (2). Y no sólo por eso se puede llamar secreta, sino también por los efectos que hace en el alma. Porque no solamente en las tinieblas y aprietos de la purgación, cuando esta sabiduría secreta purga al alma es secreta, por no saber decir de ella el alma nada; mas también después en la iluminación, cuando más á las claras se le comunica esta sabiduría, le es al alma tan secreta para *discernir* (3) y ponerle nombre para decirle, que demás que ninguna gana le da al alma de decirlo, no halla modo ni manera, ni símil que le cuadre, para poder significar inteligencia tan subida y sentimiento espiritual tan delicado. Y así, aunque más gana tuviese de decirlo, y más significaciones trajese, siempre se quedaría secreto y *por decir*. Porque como aquella sabiduría interior es tan sencilla, tan general y espiritual, que no entró al entendimiento envuelta ni paliada con alguna especie ó imagen sujeta al sentido; de aquí es que el sentido é imaginativa (cuando no entró por ellas ni sintieron su traje y color) no saben dar razón ni imaginarla, para decir algo de ella, aunque claramente ve el alma que entiende y gusta aquella sabrosa y peregrina sabiduría. Bien así como el que viese una cosa nunca vista, cuyo semejante tampoco nunca vió, que aunque la entendiese y gustase, no la sabría poner nombre ni decir lo que es, aunque más hiciese, y esto con ser cosa que la percibió con los sentidos; ¿cuánto menos, pues, se podrá manifestar lo que no entró por ellos? Que esto tiene el lenguaje de Dios, que por ser él muy íntimo al alma y espiritual, que excede todo sentido, luego hace cesar y enmudecer toda la armonia y habilidad de los sentidos exteriores é interiores. De lo cual tenemos autoridades y ejemplos juntamente en la Divina

(1) a.

(2) a.

(3) «Para decir.» Mss. A. M. y T.

Escritura. Porque la cortedad del manifestarlo y hablarlo exteriormente mostró Jeremias (I, 6), cuando habiendo hablado Dios con él no supo qué decir, sino a a. Y la cortedad interior, esto es, del sentido interior de la imaginación, y juntamente la del exterior acerca de esto, también la manifestó Moisen delante de Dios en la zarza (Exod. IV, 10), cuando no solamente dijo á Dios, que después que hablaba con él no sabia ni acertaba á hablar; pero ni aun (según se dice en los Actos de los Apóstoles) (VII, 32) *con la imaginación interior no se atrevió á considerar, pareciéndole que la imaginación estaba muy lejos y muda no sólo para formar algo de aquello que entendía en Dios, pero ni aun capacidad para recibir algo de ello. De donde por cuanto* (1) la sabiduría de esta contemplación es lenguaje de Dios al alma de puro espíritu *á espíritu puro, todo lo que es menos que espíritu* (2), como son los sentidos, no lo perciben, y así les es secreto y no lo saben ni pueden decir, *ni tienen gana porque no le ven* (3).

De donde podemos sacar la causa por qué algunas personas que van por este camino, que por tener almas buenas y temerosas, querrian dar cuenta á quien las riges de lo que tienen, y no saben ni pueden. *De aquí nace la grande repugnancia que tienen en decirlo*, mayormente cuando la contemplación es algo más sencilla, que la misma alma apenas la siente; pues sólo saben decir que el alma está satisfecha y quieta ó contenta, y decir que sienten á Dios y que les va bien á su parecer; mas no hay decir lo que el alma tiene, sino por términos generales semejantes á éstos. Otra cosa es cuando las cosas que el alma tiene son particulares, como visiones, sentimientos, etc., las cuales, como ordinariamente se reciben debajo de alguna especie en que participa el sentido, que entonces debajo de aquella especie se puede ó debajo de otra semejanza decir. Pero este poderlo decir ya no es en razón de pura contemplación; porque esta *es indecible, como habemos dicho*, y por eso se llama secreta.

Y no sólo por eso se llama y es secreta, sino también porque esta sabiduría mística tiene propiedad de esconder al alma en sí. Porque

(1) a.

(2) a.

(3) a.

demás de lo ordinario, algunas veces de tal manera absorbe al alma y la sume en un abismo secreto, que ella echa de ver claramente que está puesta alejadísima y remotísima de toda criatura; de suerte que le parece que la colocan en una profunda y anchísima soledad, donde no puede llegar alguna humana criatura, como un inmenso desierto que por ninguna parte tiene fin; tanto más deleitoso, sabroso y amoroso, cuanto más profundo, ancho y solo, donde el alma se ve tan secreta cuanto se ve levantada sobre toda temporal criatura. Y tanto levanta y engrandece entonces este abismo de sabiduría el alma, metiéndola en las venas de la ciencia de amor, que la hace conocer no solamente que va muy baja toda condición de criatura acerca de este supremo saber y sentir Divino, sino también echa de ver cuán bajos y cortos y en alguna manera impropios son todos los términos y vocablos con que en esta vida se trata de las cosas Divinas, y cómo es imposible por vía y modo natural, aunque más alta y sabiamente se hable en ellas, poder conocer y sentir de ellas como ellas son, sino con la iluminación de esta mística teología. Y así, viendo el alma en la iluminación de ella esta verdad, de que no se puede alcanzar ni menos declarar con términos humanos ni vulgares, con razón la llama *secreta*.

Esta propiedad de ser secreta y sobre la capacidad natural esta Divina contemplación, tiénela, no sólo por ser cosa sobrenatural, sino también en cuanto es vía, que guía al alma á las perfecciones de la unión de Dios: las cuales, como son cosas no sabidas humanamente, hase de caminar á ellas *humanamente* no sabiendo, y divinamente ignorando. Porque hablando místicamente, como aquí vamos hablando, las cosas y *perfecciones divinas*, no se conocen ni entienden cómo ellas son, cuando las van buscando y *ejercitando*, sino cuando las tienen halladas y ejercitadas. Porque á este propósito dice el profeta Baruc de esta Sabiduría Divina: *Non est qui possit scire vias ejus, neque qui exquirat semitas ejus*. No hay quien pueda saber sus vías, ni quien pueda pensar sus sendas (Baruch. III, 31). También el profeta Real de este camino del alma dice de esta manera, hablando con Dios: *Illuxerunt coruscationes tuæ orbi terræ: commota*

est, et contremuit terra: in mari via tua, et semitæ tuæ in aquis multis: et vestigia tua non cognoscentur. Tus ilustraciones lucieron, y alumbraron á la redondez de la tierra, conmovióse, *contremecióse* y tembló la tierra: en el mar está tu camino, y tus sendas en muchas aguas, y tus pisadas no serán conocidas (Psalm. LXXVI, 19-20). Todo lo cual, hablando espiritualmente se entiende al propósito que vamos diciendo. Porque alumbrar las ilustraciones de Dios á la redondez de la tierra, es la ilustración que hace esta Divina contemplación en las potencias del alma; conmove y temer la tierra, es la purgación penosa que en ella causa. Y decir que el camino de Dios por donde el alma va á él, es en el mar, y sus pisadas en muchas aguas y que por eso no serán conocidas, es decir, que este camino de ir á Dios es tan secreto y oculto para el sentido del alma, como lo es para el del cuerpo el que se lleva por la mar, cuyas sendas y pisadas no se conocen. Que esta propiedad tienen los pasos y pisadas que Dios va dando en las almas que quiere llevar á sí, haciéndolas grandes en la unión de su Subiduría, que no se conocen. Por lo cual en el libro de Job se dicen, encareciendo este negocio, estas palabras: *Numquid nosti semitas nubium magnas, et perfectas scientias?* ¿Por ventura nas tú conocido las sendas de las nubes grandes, ó las perfectas ciencias? (Job, XXXVII, 16). Entendiendo por esto las vías y caminos por donde Dios va engrandeciendo á las almas y perfeccionándolas en su sabiduría, las cuales son aquí entendidas por las nubes.

Queda, pues, que esta contemplación que va guiando al alma á Dios, es sabiduría secreta.

§ II

(Capítulo XVIII)

DECLÁRASE CÓMO ESTA SABIDURÍA SECRETA SEA TAMBIÉN ESCALA

Pero resta ahora de ver lo segundo, conviene á saber, cómo esta sabiduría secreta sea también *escala*. Acerca de lo cual es de saber, que por muchas razones podemos llamar á esta secreta con-

templación *escala*. Primeramente, porque así como con la escala se sube y se escalan los bienes y tesoros y cosas que hay en las fortalezas, así también por esta secreta contemplación, sin saberse cómo, sube el alma á escalar, conocer y poseer los bienes y tesoros del cielo. Lo cual da bien á entender el Real profeta David, cuando dice: *Beatus vir, cujus est auxilium abs te: ascensiones in corde suo disposuit, in valle lacrymarum in loco, quem posuit. Etenim benedictionem dabit legislator, ibunt, de virtute in virtutem; videbitur Deus Deorum in Sion.* Bienaventurado el que tiene tu favor y ayuda, porque en su corazón éste tal puso sus subidas en el valle de lágrimas en el lugar que puso; porque de esta manera el señor de la ley dará bendición, é irán de virtud en virtud como de grado en grado, y será visto el Dios de los dioses en Sión (Psalm. LXXXIII. 6), el cual es los tesoros de la fortaleza de Sión, que es la bienaventuranza.

Podemos también llamarla *escala*, porque así como la escala esos mismos pasos que tiene para subir, los tiene también para bajar: así también esta secreta contemplación esas mismas comunicaciones que hace al alma, que la levantan en Dios, la humillan en sí misma. Porque las comunicaciones que verdaderamente son de Dios, esta propiedad tienen, que de una vez humillan y levantan al alma. Porque en este camino el bajar es subir, y el subir es bajar, pues el que se humilla es ensalzado, y el que se ensalza es humillado: *Qui se exaltat, humiliabitur, et qui se humiliat, exaltabitur* (Luc. XIV, 11). Y demás de esto de que la virtud de la humildad es grandeza para ejercitar al alma en ella, suele Dios hacerla subir por esta escala para que baje, y hacerla bajar para que suba, para que así se cumpla lo que dice el Sabio, es á saber: *Antequam conteratur, exaltatur cor hominis: et antequam glorificetur humiliatur.* Antes que el alma sea ensalzada, es humillada; y antes que sea humillada, es ensalzada (Prov. XVIII, 12). Lo cual hablando ahora naturalmente echará bien de ver el alma que quisiere mirar en ello (dejado aparte lo espiritual que no se siente) cuántos altos y bajos padece en este camino, y cómo tras la prosperidad que goza, luego se sigue alguna tempestad y trabajo; tanto, que parece que le dieron aquella bonanza para preve-

nirla y esforzarla para la siguiente penuria; como también después de la miseria y tormenta se sigue abundancia y bonanza. De manera, que le parece al alma que para hacerla aquella fiesta, la pusieron primero en aquella vigilia. Y este es el ordinario estilo y ejercicio del estado de contemplación, hasta llegar al estado quieto, que nunca permanece en un estado, sino todo es subir y bajar. La causa de esto es que, como el estado de perfección que consiste en perfecto amor de Dios y desprecio de sí mismo, no puede estar sino con estas dos partes, que son conocimiento de Dios y de sí mismo, y de necesidad ha de ser ejercitada el alma primero en lo uno y en lo otro, dándole ahora á gustar lo uno engrandeciéndola, y haciéndola también probar lo otro humillándola, hasta que adquiridos los hábitos perfectos, cese ya el subir y bajar, habiendo ya llegado y unídose con Dios, que está en el fin de esta escala, en quien la escala se arrima y estriba. Porque esta escala de contemplación, que como hemos dicho, se deriva de Dios, es figurada por aquella escala que vió durmiendo Jacob, por la cual subían y bajaban ángeles de Dios al hombre y del hombre á Dios, el cual estaba estribando en el extremo de la escala (Gen. XXVIII, 12). Todo lo cual dice la Escritura Divina que pasaba de noche y Jacob dormido, para dar á entender cuán secreto y diferente del saber del hombre es este camino y subida para Dios. Lo cual se ve bien, pues que ordinariamente lo que en él es de más provecho (que es irse perdiendo y aniquilando *á sí mismo*) tiene por peor, y lo que menos vale (que es hallar su consuelo y gusto, en que ordinariamente antes pierde que gana), eso lo tiene por mejor.

Pero hablando ahora algo más sustancial y propiamente de esta escala de contemplación secreta, diremos que la principal propiedad que por aquí se llama *escala*, es porque la contemplación es ciencia de amor, la cual es noticia infusa de Dios amorosa, y que juntamente va ilustrando y enamorando al alma, hasta subirla de grado en grado á Dios su Criador. Porque sólo el amor es el que une y junta al alma con Dios. De donde, para que más claro se vea, iremos aquí apuntando los grados de esta Divina escala, diciendo con brevedad las

señales y efectos de cada uno, para que por allí pueda conjeturar el alma en cuál de ellos estará; y así los distinguiremos por sus efectos, como hace San Bernardo y Santo Tomás (1); y porque conocerlos en sí (por cuanto esta escala de amor es, como habemos dicho, tan secreta, que sólo Dios es el que la mide y pondera) no es posible por vía natural.

§ III

(Capítulo XIX)

COMIENZA A EXPLICAR LOS DIEZ GRADOS DE LA ESCALA MÍSTICA DE AMOR DIVINO SEGÚN SAN BERNARDO Y SANTO TOMÁS.—PÓNENSE LOS CINCO PRIMEROS

Decimos, pues, que los grados de esta escala de amor por donde el alma de uno en otro va subiendo á Dios, son diez. El primer grado de amor hace enfermar al alma provechosamente. En este grado de amor habla la Esposa, cuando dice: *Adjuro vos, filiæ Jerusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuncietis ei quia amore langueo.* Conjúroos, hijas de Jerusalén, que si encontráredes á mi Amado, le digáis que estoy enferma de amor. (Cant. V, 8). Pero esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, porque en *esta enfermedad* desfallece el alma al pecado y á todas las cosas que no son Dios, por el mismo Dios, como David testifica diciendo: *Defecit spiritus meus.* Desfalleció mi alma (Psalm. CXLII, 7), esto es, acerca de todas las cosas á tu salud (Psalm. CXVIII, 81). Porque así como el enfermo pierde el apetito y gusto de todos los manjares y muda el color primero, así también en este grado de amor pierde el alma el gusto y apetito de todas las cosas, y muda como amante el color y *acidente de la vida pasada.* Esta enfermedad no cae en ella el alma si de

(1) «Ut dicit Bernardus, Magna res est amor, sed sunt in eo gradus. Loquendo ergo aliquantulum magis moraliter quam realiter, decem amoris gradus distinguere possumus.» (D. Thom. *De dilectione Dei et proximi*, cap. XXVII. Vide opusc. LXI de la edición de Venecia de 1595.)

arriba no le envían el exceso del calor, según se da á entender por este verso de David, que dice: *Pluviam voluntariam segregabis Deus hæreditati tuæ, et infirmata est: tu verò perfecisti eam.* (Psalm. LXVII, 10). Esta enfermedad y desfallecimiento á todas las cosas, que es el principio y primer grado para ir á Dios, bien le habemos dado á entender arriba, cuando dijimos la aniquilación en que se ve el alma cuando comienza á entrar en esta escala de purgación contemplativa, cuando en ninguna cosa puede hallar arrimo, gusto, ni consuelo ni asiento. Por lo cual de este grado luego va *comenzando á subir al segundo grado.*

El segundo grado hace al alma buscar sin cesar á Dios. De donde cuando la Esposa dice que buscándole de noche en su lecho (cuando según el primer grado de amor estaba desfallecida), y no le halló, dijo: *Surgam, et quæram quem diligit anima mea.* Levantarme he, y buscaré al que ama mi alma (Cant. III, 2). Lo cual, como decimos, el alma hace sin cesar, como lo aconseja David diciendo: *Quærite Dominum..... quærite faciem ejus semper.* Buscad siempre la cara de Dios, y *buscándole* en todas las cosas, en ninguna reparad hasta hallarle. (Psalm. CIV, 4). Como la Esposa, que en preguntando por él á las guardas, luego pasó y las dejó. Maria Magdalena, ni aun en los ángeles del sepulcro reparó (Joan. XX, 14). Aquí en este grado tan solícita anda el alma, que en todas las cosas busca al Amado; en todo cuanto piensa, luego piensa en el Amado; en cuanto habla, en todos cuantos negocios se ofrecen, luego es tratar y hablar del Amado; cuando come, cuando duerme, cuando vela, cuando hace cualquiera cosa, todo su cuidado es en el Amado, según arriba queda dicho en las ansias de amor. Aquí, como va ya el amor convaleciendo y cobrando fuerzas en el amor de este segundo grado, luego comienza á subir al tercero por medio de algún grado de nueva purgación en la noche, como después diremos, el cual hace en el alma los efectos siguientes.

El tercer grado de la escala amorosa es el que hace al alma obrar y le pone calor para no faltar. De éste dice el Real profeta: *Beatus vir, qui timet Dominum: in mandatis ejus volet nimis.* Bienaventurado

el varón que teme al Señor, porque en sus mandamientos codicia obrar mucho (Ps. CXI, 1). Donde si el temor, por ser hijo del amor, le hace esta obra de codicia, ¿qué hará el mismo amor? En este grado las obras grandes por el Amado tiene por pequeñas, las muchas por pocas, el largo tiempo en que le sirve por corto, por el incendio de amor en que ya va ardiendo. Como á Jacob, que con haberle hecho servir siete años sobre otros siete, le parecían pocos por la grandeza del amor (Gen. XXIX, 20). Pues si el amor en Jacob con ser de criatura tanto podía, ¿qué podrá el del Criador, cuando en este tercer grado se apodera del alma? Tiene el alma aquí, por el grande amor que tiene á Dios, grandes lástimas y penas de lo poco que hace por Dios; y si le fuese licito deshacerse mil veces por él, estaría consolada. Por eso se tiene por inútil en todo cuanto hace, y le parece vive de balde. Y de aquí le nace otro efecto admirable, y es que se tiene por más mala averiguadamente para consigo que todas las otras almas. Lo uno, porque le va el amor enseñando lo que merece Dios; y lo otro, porque como las obras que aquí hace por Dios son muchas, y las conoce por faltas é imperfectas, de todas saca confusión y pena, conociendo tan baja manera de obrar para un tan alto Señor. En este tercer grado muy lejos va el alma de tener vanagloria ó presunción, y de condenar á los otros. Estos solícitos efectos causa en el alma, con otros muchos á este talle, este tercer grado; y por eso en él cobra ánimo y fuerzas para subir hasta el cuarto, que es el que se sigue.

El cuarto grado de esta escala de amor es en el cual se causa en el alma, por razón del Amado, un ordinario sufrir sin fatigarse. Porque, como dice San Agustín, todas las cosas grandes, graves y pesadas, casi ningunas las hace el amor (1). En este grado hablaba la Esposa, cuando deseando ya verse en el último, dijo al Esposo: *Pone me ut signaculum super cor tuum, ut signaculum super brachium tuum: quia fortis est ut mors dilectio; dura sicut infernus æmulatio.* Ponme

(1) *Omnia enim sæva et immania prorsus facilia et prope nulla efficit amor,* (Serm. IX de Verbis Domini in Evang. secundum Mathh. in fine.)

como señal en tu corazón, como señal en tu brazo; porque la dilección, esto es, el acto y obra de amor, es fuerte como la muerte, y dura la emulación porfiada como el infierno (Cant. VIII, 5). El espíritu aquí tiene tanta fuerza, que tiene tan sujeta á la carne y la tiene tan en poco, como el árbol á una de sus hojas. En ninguna manera aquí el alma busca su consuelo ni gusto, ni en Dios ni en otra cosa, *ni anda deseando ni pretendiendo pedir mercedes á Dios, porque ve claro que hartas le tiene hechas*, y tiene todo su cuidado en cómo podrá dar algún gusto á Dios y servirle algo por lo que él merece y de él tiene recibido, aunque fuese muy á su costa. Dice en su corazón y espíritu: ¡Ay Dios y Señor mío! cuán muchos hay que andan á buscar en tí su consuelo y gusto, y á que les concedas mercedes y dones; mas los que á tí pretenden dar gusto y darte algo á su costa, pospuesto su particular, son muy pocos; porque no está la falta, Dios mío, en no nos querer tú hacer mercedes de nuevo, sino en no emplear nosotros las recibidas en tu servicio, para obligarte á que nos las hagas de continuo. Harto levantado es este grado de amor; porque como aquí el alma con tan verdadero amor se anda siempre tras Dios con espíritu de padecer por él, dale Su Majestad muchas veces y muy de ordinario el gozar, visitándola en el espíritu sabrosa y deleitablemente; porque el inmenso amor del Verbo Cristo no puede sufrir penas de su amante sin acudirle. Lo cual por Jeremías afirmó él, diciendo: *Recordatus sum tui, miserans adolescentiam tuam..... quando secuta es me in deserto*. Acordádome hé de tí, apiadádome hé de tu adolescencia y ternura cuando me seguiste en el desierto. (Jerem. II, 2). Que hablando espiritualmente es el desarrimo que aquí interiormente trae el alma de toda criatura, no parando ni quietándose en nada. Este cuarto grado inflama de tal manera al alma y la enciende en tal deseo de Dios, que la hace subir al quinto, el cual es el que se sigue.

El quinto grado de esta escala de amor hace al alma apetecer y codiciar á Dios impacientemente. En este grado el amante tanta es la vehemencia que tiene por aprehender al Amado y unirse con él, que toda dilación por mínima que sea se le hace muy larga, molesta

y pesada, y siempre piensa que halla al Amado; y cuando ve frustrado su deseo (lo cual es casi á cada paso), desfallece en su codicia, según hablando en este grado lo dice el Salmista diciendo: *Concupiscit, et deficit anima mea in atria Domini*. Codicia y desfallece mi alma á las moradas del Señor (Ps. LXXXIII, 9). En este grado el amante no puede dejar de ver lo que ama, ó morir, en el cual Raquel por la gran codicia que á los hijos tenía, dijo á Jacob su Esposo: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Dame hijos: si no, yo moriré. (Gen. XXX, 1). *Padecen aquí hambre como canes y cercan y rodean la ciudad de Dios. En este hambriento grado se ceba el alma en amor; porque según la hambre es la hartura: de manera que de aquí puede subir al sexto grado, que hace los efectos que se siguen.*

§ IV

(Capítulo XX)

PÓNENSE LOS OTROS CINCO GRADOS DE AMOR

El sexto grado hace correr al alma ligeramente á Dios y *dar muchos toques en él*. Y sin desfallecer corre por la esperanza: que aquí el amor que la ha fortificado, la hace volar ligera. En el cual grado también dice Isaías: *Qui autem sperant in Domino, mutabunt fortitudinem, assument pennas sicut aquilæ, current, et non laborabunt ambulabunt, et non deficient*. Los Santos que esperan en Dios mudarán la fortaleza, tomarán alas como de águila, volarán, y no desfallecerán (Isai. XL, 31), *como hacían en el grado quinto*. A este grado pertenece también aquello del Salmo: *Quenadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus*. Asi como el ciervo desea las aguas, mi alma desea á tí, Dios. (Psalm. XLI, 1.) Porque el ciervo con la sed corre con gran ligereza á las aguas. La causa de esta ligereza de amor que tiene el alma en este grado, es por estar ya muy dilatada la caridad en ella, y por estar ya aquí el alma poco menos que purificada del todo, como se dice también en

el Salmo, es á saber: *Sine iniquitate cucurri*. (LVIII, 5.) Y en otro Salmo: *Viam mandatorum tuorum cucurri, cum dilatasti cor meum*. El camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón (CXVIII, 32); y así, desde este sexto grado se pone luego en el séptimo, que es el que se sigue.

El séptimo grado de esta escala hace atrever al alma con vehemencia: aquí el amor no se aprovecha del juicio para esperar, ni usa del consejo para se retirar, ni con vergüenza se puede enfrenar; porque el favor que ya Dios hace aquí al alma, la hace atrever con vehemencia. De donde se sigue lo que dice el Apóstol, y es: que la caridad todo lo cree, todo lo espera y todo lo puede (1 ad Cor. XIII, 17): De este grado habló Moisen, cuando dijo á Dios que perdonase al pueblo, y si no, que le borrarse del libro de la vida en que le había escrito. (Exod. XXXII, 31, 32.) Estos alcanzan de Dios lo que con gusto le piden. De donde dice David: *Delectare in Domino: et dabit tibi petitiones cordis tui*. Deléitate en Dios, y darte há las peticiones de tu corazón. (Psalm. XXXVI, 4.) En este grado se atrevió la Esposa, y dijo: *Osculetur me osculo oris sui*. (Cant. I, 1.) Pero es mucho aquí de advertir, que en este grado no le es lícito al alma atreverse, si no sintiese el favor interior del cetro del Rey inclinado para ella (Esther. VIII, 4); porque por ventura no caiga de los demás grados que hasta allí ha subido, en los cuales siempre se ha de conservar con humildad. De esta osadía y mano que Dios le da al alma en este séptimo grado, para atreverse á Dios con vehemencia de amor, se sigue el octavo, que es hacer ella presa en el Amado y unirse con él, según se sigue.

El octavo grado de amor hace al alma asir y apretar sin soltar, según la Esposa dice en esta manera: *Inveni, quem diligit anima mea: tenui eum, nec dimittam*. Hallé al que ama mi corazón y ánima, túvele, y no le soltaré. (Cant. III, 4.) En este grado de unión satisface el alma su deseo, mas no de continuo, porque algunos llegan á poner el pie y luego le vuelven á quitar; que si así no fuese y durasen en este grado, tendrían cierta manera de gloria en esta vida, y así muy pocos espacios pasa el alma en él. Al profeta Daniel, por ser

varón de deseos, se le mandó de parte de Dios que permaneciese en este grado, diciéndole: Está sobre tu grado, porque eres varón de deseos. (Dan. X, 11.) De este grado se sigue el nono, que es de los perfectos, como diremos después, que es el que se sigue.

El nono grado de amor hace arder al alma con suavidad. Este grado es el de los perfectos, los cuales arden ya en Dios suavemente. Porque este ardor suave y deleitoso les causa el Espíritu Santo por razón de la unión que tienen con Dios. Por eso dice San Gregorio de los Apóstoles, que cuando el Espíritu Santo visiblemente vino sobre ellos, que interiormente ardieron por amor suavemente (1). De los bienes y riquezas de Dios que el alma goza en este grado no se puede hablar; porque si de ello se escribiesen muchos libros, quedaría lo más por decir. Del cual, por esto y porque después diremos alguna cosa, aquí no digo más, sino que de este se sigue el décimo y último grado de esta escala de amor secreta, que ya no es de esta vida.

El décimo y último grado de esta escala secreta de amor hace al alma asimilarse totalmente á Dios, por razón de la clara visión de Dios que luego posee *inmediatamente* el alma, que habiendo llegado en esta vida al nono grado, sale de la carne. Porque éstos (que son pocos) *por cuanto ya por el amor están purgadísimos, no entran en el Purgatorio* (2). De donde San Mateo dice: *Beati mundo corde: quoniam ipsi Deum videbunt.* (Cap. V, 8). Y como decimos, esta visión es la causa de la similitud total del alma con Dios, porque así lo dice San Juan, diciendo: *Scimus quoniam cum apparuerit, similes ei erimus: quoniam videbimus eum sicuti est.* Sabemos que seremos semejantes á él. (Joan. III, 2). *No porque el alma se hará tan capaz como Dios, porque eso es imposible* (3), *sino porque* todo lo que ella es se hará semejante á Dios; por lo cual se llamará, y lo será, Dios por participación. Esta es la escala secreta que aquí dice el alma, aunque ya en estos grados de arriba no es muy secreta para el alma, porque mucho se le descubre el amor por los grandes efectos que en ella hace. Mas en

(1) «Dum Deum in ignis visione suscipiunt, per amorem suaviter arserunt.» (Hom. XXX in Evang.)

(2) c. (3) a.

este último grado de clara visión, que es lo último de la escala donde estriba Dios, como ya dijimos, ya no hay cosa para el alma encubierta, por razón de la total asimilación. De donde nuestro Salvador dice: *Et in illo die me non rogabitis quidquam*. En aquel día ninguna cosa me preguntaréis, etc. (Joan. XVI, 23); pero hasta este día, aunque el alma más alta vaya, le queda algo encubierto, y tanto, cuanto le falta para la asimilación total con la Divina esencia. De esta manera por esta teología mística y amor secreto se va el alma saliendo de todas las cosas y de sí misma, y subiendo á Dios. Porque el amor es semejante al fuego, que siempre sube hacia arriba, con apetito de engolfarse en el centro de su esfera.

§ V

(Capítulo XXI)

DECLÁRASE ESTA PALABRA «DISFRAZADA», Y DÍCENSE LOS COLORES
DEL DISFRAZ DEL ALMA EN ESTA NOCHE

Resta, pues, ahora, después que hemos declarado las causas por qué el alma llamaba á esta contemplación «Secreta escala», declarar también acerca de la tercera palabra del verso, conviene á saber «Disfrazada», por qué causa también dice el alma que ella salió por esta «Secreta escala disfrazada.»

Para inteligencia de esto conviene saber, que disfrazarse no es otra cosa que disimularse y encubrirse debajo de otro traje y figura que de suyo tenía, ahora para debajo de aquella forma ó traje mostrar de fuera la voluntad y pretensión que en el corazón tiene, para ganar la gracia y voluntad de quien bien quiere; ahora también para encubrirse de sus émulos, y así poder hacer mejor su hecho. Y entonces aquellos trajes y librea toma que más represente y signifique la afición de su corazón, y con que mejor se pueda de sus contrarios disimular. El alma, pues, aquí tocada del amor del Esposo Cristo, pretendiendo caerle en gracia y ganarle la voluntad, aquí sale disfrazada con aquel disfraz que más al vivo represente las aficiones de su espíritu y con

que más segura vaya de sus adversarios y enemigos, que son demonio, mundo y carne. Y así la librea que lleva es de tres colores principales, que son, blanco, verde y colorado: por los cuales son denotadas las tres virtudes teologales, que son Fe, Esperanza y Caridad, con las cuales no solamente ganará la gracia y voluntad de su Amado, pero irá muy amparada y segura de sus tres enemigos; porque la Fe es una túnica interior de una blancura tan levantada, que disgrega la vista de todo entendimiento. Y así, yendo el alma vestida de Fe, no ve ni atina el demonio á empecerla, porque en la Fe va muy amparada, *más que con las demás virtudes* (1), contra el demonio, que es el más fuerte y astuto enemigo. Que por eso San Pedro no halló otro mayor amparo que ella para librarse de él, cuando dijo: *Cui resistite fortes in Fide.* (1, Petr. V, 9). Y para conseguir la gracia y unión del Amado, no puede el alma ponerse mejor túnica y camisa interior, para principio y fundamento de las demás vestiduras de virtudes, que esta blancura de Fe, porque sin ella, como dice el Apóstol, imposible es agradar á Dios. (Hebræor. XI, 6). Y con ella también, siendo viva, es *imposible dejarle de agradar*: pues él mismo dice por un profeta: *Sponsabo te mihi in Fide.* (Osee. II, 20). Que es como decir: Si te quieres, alma, unir y desposar conmigo, has de venir interiormente vestida de Fe.

Esta blancura de la Fe lleva el alma en la salida de esta noche oscura, cuando caminando (como habemos dicho arriba) en tinieblas y aprietos interiores, no dándole su entendimiento algún alivio de luz, ni de arriba, pues le parecía el cielo cerrado y Dios escondido, ni de abajo, pues los que le enseñaban no le satisfacían, sufrió con constancia y perseveró, pasando por aquellos trabajos sin desfallecer y faltar al Amado; el cual en los trabajos y tribulaciones prueba la Fe de su Esposa, de manera que pueda ella después con verdad decir aquel verso de David: *Propter verba labiorum tuorum ego custodivi vias duras.* Por las palabras de tus labios yo guardé caminos duros. (Ps. XVI, 4).

(1) a.

Luego sobre esta túnica blanca de Fe se sobrepone aquí el alma el segundo color, que es una *almilla* de verde. Por el cual, como dijimos, es significada la virtud de la Esperanza, con la cual cuanto á lo primero el alma se libra y ampara del segundo enemigo, que es el mundo. Porque esta verdura de esperanza viva en Dios da al alma una tal viveza y animosidad y levantamiento á las cosas de la vida eterna, que en comparación de lo que allí espera, todo lo del mundo le parece (como es la verdad) seco, y lacio y muerto y de ningún valor. Aquí se desnuda y despoja de todas estas vestiduras y trajes del mundo, no poniendo su corazón en nada, ni esperando nada de lo que hay ó ha de haber en él, viviendo solamente vestida de esperanza de vida eterna. Por lo cual, teniendo el corazón tan levantado del mundo, no sólo no le puede tocar y asir el corazón, pero ni alcanzarle de vista. Y así con esta verde librea y disfraz va el alma muy segura de este segundo enemigo, que es el mundo. Porque á la Esperanza llama San Pablo yelmo de salud (1 Thessal. V, 8): que es una arma que ampara toda la cabeza, y la cubre de manera que no le queda descubierto sino una visera por donde ver. Y eso tiene la Esperanza, que todos los sentidos de la cabeza del alma cubre, de manera que no se engolfen en cosa ninguna del mundo, ni le quede por donde les pueda herir alguna saeta del siglo; sólo le deja una visera, para que los ojos puedan mirar hacia arriba, y no más, que es el oficio ordinario que hace la Esperanza en el alma, levantar los ojos sólo á mirar á Dios, como lo dice David que hacía en él cuando dijo: *Oculi mei semper ad Dominum*. (Ps. XXIV, 15.) No esperando bien ninguno de otra parte, sino como él mismo dice en otro Salmo: Que así como los ojos de la sierva están puestos en las manos de su señora, así los nuestros en nuestro Señor Dios, hasta que se apiade de nosotros, esperando en él. (Ps. CXXII, 2.)

Por causa de esta librea verde (porque siempre está mirando á Dios, y no pone los ojos en otra cosa ni se paga sino sólo de él) se agrada tanto el Amado del alma, que es verdad decir que tanto alcanza de él el alma, cuanto ella de él espera. Que por eso el Esposo en los Cantares le dice á ella, que con solo el mirar de un ojo le llagó

el corazón. (Cant. IV, 9). Sin esta librea verde de sola Esperanza de Dios no le convenía al alma salir á esta pretensión de amor, porque no alcanzara nada; por cuanto la que mueve y vence es la Esperanza porfiada.

De esta librea de Esperanza va disfrazada el alma por esta secreta y oscura noche que habemos dicho; pues que va tan vacía de toda posesión y arrimo, que no lleva los ojos en otra cosa ni el cuidado, sino es en Dios, poniendo en el polvo su boca (Thren. III, 29), si por ventura hubiere Esperanza, como entonces alegamos de Jeremías.

Sobre el blanco y verde, para el remate y perfección de este disfraz y librea, lleva el alma aquí el tercer color, que es una excelente toga colorada. Por la cual es denotada la tercera virtud, que es Caridad, con la cual no solamente da gracia á los otros dos colores, pero hace levantar tanto al alma de punto, que la pone cerca de Dios tan hermosa y agradable, que se atreve ella á decir: *Nigra sum, sed formosa, filia Jerusalem: ideò dilexit me Rex, et introduxit me in cubiculum suum*. Aunque soy morena, oh hijas de Jerusalem, soy hermosa; y por eso me ha amado el Rey, y me ha metido en su lecho. (Cant. I, 4). Con esta librea de caridad, que es la del amor, no sólo se ampara y encubre el alma del tercer enemigo, que es la carne (porque donde hay verdadero amor de Dios, no entra amor de si ni de sus cosas); pero aún hace válidas á las demás virtudes, dándoles vigor y fuerza, para amparar al alma, y gracia y donaire para agradar al Amado con ellas; porque sin caridad ninguna virtud es graciosa delante de Dios. Porque esta es la púrpura que se dice en los Cantares, por donde se sube al reclinatorio sobre que se recuesta Dios. (Cant. III, 10). De esta librea colorada va el alma vestida, cuando (como arriba queda declarado en la primera Canción) sale de sí en la noche oscura, y de todas las cosas criadas, «Con ansias en amores inflamada», por esta secreta escala de contemplación, á la perfecta unión de amor de Dios, su amada salud.

Este, pues, es el disfraz que el alma dice que lleva en la noche de Fe por esta secreta escala: y estos son los tres colores de él. Los cuales

son una acomodadísima disposición para unirse el alma con Dios, según sus tres potencias, que son, memoria, entendimiento y voluntad. Porque la Fe vacía y oscurece al entendimiento de toda su inteligencia natural, y en esto le dispone para unirle con la Sabiduría Divina. Y la Esperanza vacía y aparta la memoria de toda posesión de criatura: porque como dice San Pablo, la Esperanza es de lo que no se posee. (Rom. VIII, 24). *Spes autem, quæ videtur, non est spes.* Y así aparta la memoria de lo que se puede poseer, y pónela en lo que espera. Y por esto la esperanza de Dios sólo dispone puramente á la memoria, según el vacío que causa en ella, para unirla con él. La Caridad, ni más ni menos, vacía las aficiones y apetitos de la voluntad de cualquiera cosa que no es Dios, y sólo los pone en él; y así esta virtud dispone á esta potencia, y la une con Dios por amor. Y así porque estas virtudes tienen por oficio apartar al alma de todo lo que es menos que Dios, lo tienen consiguientemente de juntarla con Dios. Y así, sin caminar á las veras con el traje de estas tres virtudes, es imposible llegar á la perfección de amor con Dios. De donde, para alcanzar el alma lo que pretendía, que era esta amorosa y deleitosa unión con su Amado, muy necesario y conveniente traje y disfraz fué este que tomó el alma. Y también, atinársele á vestir y perseverar con él hasta conseguir pretensión y fin tan deseado como era la unión de amor, fué gran ventura, y por eso dice luego este verso:

¡Oh dichosa ventura!

(Capítulo XXII)

EXPLÍCASE EL TERCER VERSO DE LA SEGUNDA CANCIÓN

Bien claro está que le fué dichosa ventura al alma salir con una tal empresa como ésta; su salida fué en la cual se libró del demonio y del mundo, y de su misma sensualidad, como habemos dicho; y alcanzada la libertad preciosa y deseada de todos, del espíritu, salió de lo bajo á lo alto, de terrestre se hizo celestial, de humana Divina,

viniedo á tener su conversación en los cielos, como acaece en este estado de perfección al alma, como en lo restante se irá diciendo, aunque ya con alguna más brevedad; porque lo que era de más importancia (y por lo que yo principalmente me puse en esto, que fué por declarar esta noche á muchas almas que pasando por ella, estaban de ella ignorantes como en el prólogo se dice) está ya medianamente declarado y dado á entender (aunque harto menos de lo que ello es), cuántos sean los bienes que consigo trae al alma, y cuán dichosa ventura le sea al que por ella pasa, para que cuando se espantaren con el horror de tantos trabajos, se animen con la cierta esperanza de tantos y tan aventajados bienes de Dios como en ella se alcanzan. Y también, demás de esto, le fué dichosa ventura al alma, por lo que dice luego en el siguiente verso:

A oscuras y en celada.

(Capítulo XXIII)

DECLÁRASE EL CUARTO VERSO; DICE EL ADMIRABLE ESCONDRIJO EN QUE ES PUESTA EL ALMA EN ESTA NOCHE, Y CÓMO AUNQUE EL DEMONIO TIENE ENTRADA EN OTROS MUY ALTOS, NO EN ÉSTE

En celada es tanto como decir: En escondido, ó en encubierto; y así lo que aquí dice el alma, conviene á saber, que «A oscuras, y en celada» salió, es más cumplidamente dar á entender la gran seguridad que ha dicho en el primer verso de esta Canción que lleva por medio de esta oscura contemplación en el camino de la unión de amor de Dios

Decir, pues, el alma: «A oscuras y en celada», es decir, que por cuanto iba á oscuras de la manera dicha, iba encubierta y escondida del demonio, y de sus cautelas y asechanzas. La causa porque el alma en la oscuridad de esta contemplación va libre y escondida de las asechanzas del demonio, es porque la contemplación infusa que aquí lleva se infunde pasiva y secretamente en el alma á oscuras de

los sentidos y potencias exteriores é interiores de la parte sensitiva. Y de aquí es, que no sólo del impedimento que con su natural flaqueza le pueden ser estas potencias, va escondida y libre, sino también del demonio; el cual, si no es por medio de estas potencias de la parte sensitiva, no puede alcanzar ni conocer lo que hay en el alma, y lo que en ella pasa. De donde, cuanto la comunicación es más espiritual, interior y remota de los sentidos, tanto menos alcanza el demonio á entenderla. Y así es mucho lo que importa para la seguridad del alma, que el trato interior con Dios sea de manera, que sus mismos sentidos de la parte inferior queden á oscuras y ayunos de ello y no lo alcancen. Lo uno, porque haya lugar que la comunicación espiritual sea más abundante, no impidiendo la flaqueza de la parte sensitiva la libertad del espíritu. Lo otro, porque, como decimos, va más segura, no alcanzando el demonio tan adentro. De donde podemos entender á este propósito aquella autoridad de nuestro Salvador, hablando espiritualmente, conviene á saber: *Nesciat sinistra tua quid faciat dextera tua*. No sepa tu siniestra lo que hace tu diestra (Math. VI, 3). Que es como si dijera: Lo que pasa en la parte diestra, que es la superior y espiritual del alma, no lo sepa la siniestra; esto es, sea de manera que la porción inferior de tu alma, que es la parte sensitiva, no lo alcance: sea sólo secreto entre el espíritu y Dios. Bien es verdad que muchas veces, cuando hay en el alma y pasan estas comunicaciones espirituales muy interiores y secretas, aunque el demonio no alcanza cuáles y cómo sean, por la gran pausa y silencio que causan algunas de ellas en los sentidos y potencias de la parte sensitiva, por aquí echa de ver que las hay, y que recibe el alma algún gran bien. Y entonces, como ve que no puede alcanzar á contradecirlas al fondo del alma, hace cuanto puede por alborotar y turbar la parte sensitiva, que es donde alcanza, ahora con dolores, ahora con horrores y miedos, con intento de inquietar y turbar por este medio á la parte superior y espiritual del alma, acerca de aquel bien que entonces recibe y goza. Pero muchas veces, cuando la comunicación de la tal contemplación tiene su puro embestimiento en el espíritu y hace fuerza en él, no le aprovecha al

demonio su diligencia para desquietarle, antes entonces el alma recibe nuevo provecho y amor y más segura paz; porque en sintiendo la turbadora presencia del enemigo, ¡cosa admirable! que sin saber cómo es aquello y *sin ella hacer nada de su parte*, se entra ella más adentro del fondo interior, sintiendo muy bien que se pone en cierto refugio, donde se ve estar más alejada y escondida del enemigo; y así aumentársele la paz y el gozo que el demonio le pretende quitar. Y entonces todo aquel temor le cae por defuera, sintiéndolo ella claramente y holgándose de verse tan á lo seguro gozar de aquella quieta paz y sabor del Esposo en escondido, que ni mundo ni demonio puede dar ni quitar. Sintiendo allí el alma la verdad de lo que la Esposa á este propósito dice en los Cantares: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt..... propter timores nocturnos*. Mirad que al lecho de Salomón cercan sesenta fuertes por los temores de la noche (Cant. III, 7-8). Y esta fortaleza y paz siente, aunque muchas veces siente atormentar la carne y los huesos por defuera.

Otras veces, cuando la comunicación espiritual *no comunica mucho* con el *espíritu*, sino que *participa en el sentido* (1), con más facilidad alcanza el demonio á turbar el espíritu y alborotarle por medio del sentido con estos horrores. Y entonces es grande el tormento y pena que causa en el espíritu, y algunas veces más de lo que se puede decir; porque como va de espíritu á espíritu *desnudamente*, es intolerable el horror que causa el malo en el bueno, digo en el del ánima, cuando le alcanza su alboroto. Lo cual también da á entender la Esposa en los Cantares, cuando dice haberle á ella acaecido así, al tiempo que queria descender al interior recogimiento á gozar de estos bienes, diciendo: *Descendi in hortum nucum, ut viderem poma convallium, et inspicerem si florisset vinea.....; nescivi: anima mea conturbavit me propter quadrigas Aminadab*. Descendí al huerto de las nueces para ver las manzanas de los valles, y si había florecido la viña; no supe: conturbóse mi alma por *las cuadrigas*, esto es, por los carros y estruendos de Aminadab, que es el demonio. (Cant. VI, 10).

(1) a.

Otras veces acaece, cuando es por medio del ángel bueno, que algunas veces el demonio echa de ver *algunas mercedes que Dios quiere hacer á el alma: porque las que son por medio del ángel bueno* (1), ordinariamente permite Dios que las entienda el adversario: lo uno, para que haga contra ellas lo que pudiere según la proporción de la justicia, y así no pueda el demonio alegar de su derecho, diciendo que no le dan lugar para conquistar al alma, como dijo de Job (Job, I, 1-9). *Lo cual sería si no le dejase Dios lugar á que hubiese cierta paridad en los dos guerreros, conviene á saber, el ángel bueno y el malo, acerca del alma, y así la victoria de cualquiera sea más estimada, y el alma victoriosa y fiel en la tentación sea más premiada.*

Donde nos conviene notar que esta es la causa por qué *á la misma medida y modo que va Dios llevando al alma y habiéndose con ella*, da licencia al demonio para que *de esa misma manera se haya él con ella*: que si tiene visiones verdaderas por medio del ángel bueno (*que ordinariamente son por este medio aunque se muestre Cristo, porque él en su misma persona casi nunca aparece*) (2), también da Dios

(1) a.

(2) a. Lo que aquí enseña el Místico Doctor es muy conforme al sentir de los teólogos, los cuales con dificultad admiten apariciones de Jesucristo en propia persona.

Tanto es esto verdad, que no han convenido en admitir por unánime consentimiento como tal ni una sola de las que se refieren. Así la visión de San Esteban, unos dicen que fué espiritual, otros imaginaria y otros corpórea. (Ribet, *La Mystique divine*, tome second, pág. 99 de la edición de 1895.) Igual acaece con la aparición que se dice haber tenido San Pedro, cuando vencido de los ruegos de sus discípulos salió de Roma huyendo la persecución: pues mientras el Venerable Miguel de la Fuente, Carmelita de la Observancia, apoyado en algunos escritores, asegura que el Salvador se le apareció personalmente; el Padre Juan de Rada, de la Orden Franciscana, afirma que es probable no fuera aparición de tal especie. (*Las tres vidas del hombre*, pág. 142 de la edición de 1887. Meynard, *La vida espiritual*, tomo 2.º, pág. 508.) Por lo que toca á la visión de San Pablo en el camino de Damasco, es cierto que los teólogos comunmente la admiten como aparición personal de Jesucristo; mas también lo es que Nuestra Seráfica Madre Santa Teresa de Jesús, autoridad de primera nota en la materia, sigue al parecer una opinión contraria, según lo indican las siguientes palabras: «En algunas cosas, escribe, que me dijo (el Señor), entendí que después que subió á los cielos, nunca bajó á la tierra (sino es en el Santísimo Sacramento), á comunicarse con nadie.» (Obras de Santa Teresa, tomo 1.º, pág. 156 de la edición de Ribadeneira.) Y aunque algunos

licencia al ángel malo para que en aquel mismo género se las pueda representar falsas; de manera, que según son de aparentes, el alma que no es cauta, fácilmente puede ser engañada, como muchas de esta manera lo han sido. De lo cual hay figura en el Éxodo (VII, 11, 22, et VIII, 7), donde se dice que todas las señales que hacía Moisen verdaderas, hacian los magos de Faraón aparentes. Que si él sacaba ranas, también ellos las sacaban; si él volvía el agua en sangre, ellos también la volvían. Y no sólo en este género de visiones corporales imita, sino también en las espirituales comunicaciones, que son por medio del ángel, alcanzándolas á ver, como decimos (porque como dijo Job, *Omne sublime videt*) (Cap. XLI, 25), imita y se entremete. Aunque en éstas, como son sin forma y figura (porque de razón del espíritu es no tenerla) no las puede imitar y formar como las otras que debajo de alguna especie ó figura se representan. Y así para impugnarla, al mismo modo que el alma es visitada, representála su temeroso espíritu, *para impugnar y destruir espiritual con espiritual. Cuando esto acaece así al tiempo que el ángel bueno va á comunicar al alma la espiritual contemplación, no puede el alma ponerse tan presto en lo escondido y celado de la contemplación, que no sea notada del demonio y la alcance de vista con algún horror y turbación espiritual* (1), á veces harto penosa para el alma. Y entonces algunas veces se puede el alma despedir presto, sin que haya lugar de hacer en ella impresión el dicho horror del espíritu malo: y se recoge dentro de sí favorecida para esto de la eficaz merced espiritual que el ángel bueno entonces le hace.

Otras veces *prevalece el demonio y comprehende al alma la turba-*

escritores, para concordar esta sentencia con la común, la hayan dado diversas explicaciones, el Padre Diego Alvarez, Dominicano, sin necesidad de recurrir á vanos eflujos, ha defendido á la Mística Doctora probando que su opinión ha sido enseñada por muchos Santos Padres: *asserta est à multis Sanctis Patribus*. (Meynard, O. P., *La vida espiritual*, tomo 2.º, pág. 508; Marcial de San Juan Bautista; *Biblioteca Carmelitana*, pág. 396).

Todo esto demuestra cuánta razón tiene San Juan de la Cruz para afirmar que Cristo en persona casi nunca aparece.

(1) a.

ción y horror, lo cual es al alma de mayor pena que ningún tormento de esta vida le podía ser, porque como esta horrenda comunicación va de espíritu á espíritu algo desnuda y claramente de todo lo que es cuerpo, es penosa sobre todo sentido. Y dura esto algún tanto en el espíritu, no mucho, porque saldría de las carnes con la vehemente comunicación del otro espíritu (1). Después queda la memoria, que aquí basta para dar gran pena. Todo esto que aquí habemos dicho pasa en el alma pasivamente, sin ser ella parte en hacer ni deshacer acerca de ello. Pero es aquí de saber, que cuando el ángel bueno permite al demonio esta ventaja de alcanzar al alma con este espiritual horror, hácelo para purificarla y disponerla con esta vigilia espiritual para alguna gran fiesta y merced espiritual que la quiere hacer el que nunca mortifica sino para dar vida, ni humilla sino para ensalzar. Lo cual acaece de allí á poco; que el alma, conforme á la purgación tenebrosa y horrible que padeció, goza de admirable y sabrosa contemplación espiritual, á veces tan subida, que no hay lenguaje para ella. Pero utilízole mucho el espíritu para poder recibir este bien, el antecedente horror del espíritu malo; porque estas visiones espirituales más son de la otra vida que de ésta, y cuando se ve una, dispone para otra (2).

Lo dicho se entiende acerca de cuando Dios visita al alma por medio del ángel bueno, en lo cual no va ella (según se ha dicho) totalmente tan á oscuras y en celada, que no le alcance algo el enemigo. Pero cuando Dios por sí mismo la visita, entonces se verifica el dicho verso; porque totalmente á oscuras y en celada del enemigo recibe las mercedes espirituales de Dios. La causa es porque como Su Majestad mora sustancialmente en el alma, donde ni el ángel ni demonio puede llegar á entender lo que pasa, no puede conocer las íntimas y secretas comunicaciones que entre ella y Dios allí pasan.

(1) a.

(2) a. Este parrafillo tiene alguna falta de conexión con lo que antecede. Sospechamos que faltan palabras; las cuales no hemos podido hallar ni en los manuscritos ni en la copia de trozos inéditos de los escritos del Santo que nos dejó Fray Andrés de la Encarnación. Notamos también mucha incoherencia entre las dos partes de que consta.

Estas, por cuanto las hace el Señor por sí mismo, totalmente son Divinas y soberanas, porque todos son toques sustanciales de Divina unión entre el alma y Dios; en uno de los cuales, por ser éste el más alto grado de oración que hay, recibe el alma mayor bien que en todo el resto. Porque estos son los toques que ella le entró pidiendo en los Cantares, diciendo: *Osculetur me osculo oris sui.* (Cap. I, 1). Que por ser cosa que tan á lo junto pasa con Dios, donde el alma con tantas ansias codicia llegar, estima y codicia un toque de esta Divinidad más que todas las demás mercedes que Dios le hace. Por lo cual, después que en los Cantares le habia hecho muchas, que ella allí le había cantado, no hallándose satisfecha, pidiéndole estos toques Divinos, dice: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* ¿Quién te me dará, hermano mío, que te hallase yo sola afuera mamando los pechos de mi madre, para que con la boca de mi alma te besase, y así no me despreciase ni se me atreviese ninguno? (Cant. VIII, 1). Dando por esto á entender que fuese la comunicación que Dios le hiciese por sí sólo, como vamos diciendo, afuera y á oscuras de todas las criaturas, porque esto quiere decir: «Sola y afuera mamando», esto es, *enjugando y apagando los pechos de los apetitos y afecciones de la parte sensitiva.* Lo cual es cuando ya con libertad de espíritu, sin que la parte sensitiva alcance á impedirlo, ni el demonio por medio de ella á contradecirlo, goza el alma en sabor y paz íntima estos bienes. Que entonces no se le atrevería el demonio, porque no lo alcanzaría, ni podría llegar á entender estos Divinos toques en la *sustancia del alma de la amorosa sustancia de Dios.* A este bien ninguno llega sino es por íntima purgación y desnudez y escondrijo espiritual de todo lo que es criatura. Lo cual es á oscuras, *como largamente hemos dicho atrás y decimos acerca de este verso.*

En celada y escondido, como ahora hemos dicho, se va confirmando el alma en la unión con Dios por amor, y por eso lo canta ella en el dicho verso, diciendo: «A oscuras y en celada.»

Cuando acaece que aquellas mercedes se le hacen al alma en celada, que es sólo, como hemos dicho, en espíritu, suele en algunas

de ellas el alma ve *sin* saber cómo es aquello, tan apartada y alejada según la parte superior de la porción inferior y sensitiva, que conoce en sí dos partes tan distintas entre sí, que le parece no tiene que ver la una con la otra, pareciéndole que está muy remota y apartada de la una. Y á la verdad, en cierta manera así lo está; porque según la operación que entonces obra, que es toda espiritual, no comunica en la parte sensitiva. De esta suerte se va haciendo el alma toda espiritual; y en este escondrijo de contemplación unitiva se le acaban por sus términos de quitar las pasiones y apetitos espirituales en mucho grado. Y así, hablando de la porción superior del alma, dice luego en este último verso:

Estando ya mi casa sosegada.

Capítulo XXIV)

ACÁBASE DE EXPLICAR LA SEGUNDA CANCIÓN

Lo cual es tanto como decir, estando la porción superior de mi alma ya también como la inferior sosegada según sus apetitos y potencias, salí á la Divina unión de amor de Dios.

Por cuanto de dos maneras por medio de aquella guerra de la oscura noche (como queda dicho), es combatida y purgada el alma, conviene á saber, según la parte sensitiva y la espiritual con sus sentidos, potencias y pasiones, también de dos maneras, conviene á saber, según estas dos partes sensitiva y espiritual, con todas sus potencias y apetitos, viene el alma á conseguir paz y sosiego. Que por eso (como también queda dicho), repite dos veces este verso, conviene á saber, en esta Canción y la pasada, por razón de estas dos porciones del alma, espiritual y sensitiva; las cuales, para poder ellas salir á la Divina unión de amor, conviene que estén primero reformadas, ordenadas y quietas acerca de lo sensitivo y espiritual conforme al modo del estado de la inocencia que había en Adán, no

obstante que no queda libre del todo de las tentaciones de la parte inferior. Y así este verso, que en la primera canción se entendió del sosiego de la parte inferior y sensitiva, en esta segunda se entiende particularmente de la superior y espiritual, que por eso le ha repetido dos veces.

Este sosiego y quietud de esta casa espiritual viene á conseguir el alma, habitual y perfectamente (según esta condición de vida sufre), por medio de los actos, como sustanciales, de Divina unión que acabamos de decir, que en celada y escondido de la turbación del demonio, y de los sentidos y pasiones ha ido recibiendo de la Divinidad, en que el alma se ha ido, como digo, purificando, sosegando y fortaleciendo, y haciéndose estable para poder de asiento recibir la dicha unión, que es el desposorio divino entre el alma y el Hijo de Dios. El cual, luego que estas dos casas del alma se acaban de sosegar y fortalecer en uno con todos sus domésticos de potencias y apetitos, poniéndolas en sueño y silencio acerca de todas las cosas de arriba y de abajo, inmediatamente esta Divina Sabiduría se une en el alma con un nuevo nudo de posesión de amor, y se cumple como ella lo dice en el libro de la Sabiduría, diciendo: *Dùm quietum silentium contineret omnia, et nox in suo cursu medium iter haberet, omnipotens sermo tuus de cælo à regalibus sedibus prosilivit* (Cap. XVIII, 14). Lo mismo da á entender la Esposa en los Cantares (III, 4), diciendo, que después que pasó de los que la desnudaron el manto de noche y la llagaron, halló al que deseaba su alma. No se puede venir á esta unión sin gran pureza, y esta pureza no se alcanza sin gran desnudez de toda cosa criada y viva mortificación. Lo cual es significado por el desnudar el manto á la Esposa y llagarla de noche en la busca y pretensión del Esposo; porque el nuevo manto que pretendía del desposorio, no se le podía vestir sin desnudar el viejo. Por tanto, el que rehusare salir en la noche ya dicha á buscar al Amado, y ser desnudado de su voluntad, y ser mortificado, sino que en su lecho y acomodamiento le busca, como hacía la Esposa, no llegará á hallarle, como esta alma dice de si que lo halló, saliendo á oscuras y con ansias de amor.

CANCIÓN TERCERA

(Capítulo XXV)

En la noche dichosa
 En secreto, que nadie me veía,
 Ni yo miraba cosa,
 Sin otra luz y guía,
 Sino la que en el corazón ardía.

DECLARACIÓN

Continuando todavía el alma la metáfora y semejanza de la noche temporal en esta suya espiritual, va todavía cantando y engrandeciendo las buenas propiedades que hay en ella, y que por medio de ella halló y llevó, para que breve y seguramente consiguiese su deseado fin, de las cuales pone aquí tres.

La primera, dice, es que en esta dichosa noche de contemplación, lleva Dios al alma por tan solitario y secreto modo de contemplación y tan remoto y ajeno del sentido, que cosa ninguna ni perteneciente á él, ni toque de criatura alcanza á llegarle al alma, de manera que la estorbase y detuviese en el camino de la unión de amor.

La segunda propiedad que dice, es por causa de las tinieblas espirituales de esta noche, en que todas las potencias de la parte superior del alma están á oscuras; no mirando el alma ni pudiendo mirar en nada, no se detiene en nada fuera de Dios para ir á él; por cuanto va libre de los obstáculos de formas y figuras, y de las aprehensiones naturales, que son las que suelen empachar al alma para no se unir siempre con Dios.

La tercera es, que aunque (1) no va arrimada á alguna particular luz interior del entendimiento, ni á alguna guía exterior, para recibir

(1) El sentido de este párrafo queda incompleto. Sospechamos que quizá escribiría el Santo: «La tercera es, que *aquí*, etc.»

satisfacción de ella en este alto camino, teniéndola privada de todo esto estas oscuras tinieblas; porque el amor solo que en este tiempo arde, solicitando el corazón por el Amado, es el que mueve y guía al alma entonces, y la hace volar á su Dios por el camino de la soledad, sin ella saber cómo ni en qué manera.

Síguese el verso:

En la noche dichosa.

NOTA. Tan incompleto como se ve poseemos este interesante libro de la *Noche oscura*. Seis de las ocho canciones que contiene quedan sin interpretar, pues se corta la declaración al empezar á exponer los versos de la estancia tercera. Esta lamentable pérdida se suple, en parte, en el *Cántico*, puesto que en varias de sus estrofas se trata de los efectos de la iluminación espiritual y unión de amor con Dios, materia de las canciones cuya declaración hemos perdido. Digo que se suple sólo en parte y no en todo, por dos motivos: 1.º Porque la letra de unas y otras canciones es diversa, no obstante que exista cierta semejanza de conceptos, especialmente entre la canción octava de la *Noche* y la veintidós del *Cántico*; y 2.º Porque siendo verdad que los dichos de amor están preñados de infinitas significaciones, es de creer que las canciones de la *Noche oscura* no las expondría el Místico Doctor en el mismo sentido que aquellas del *Cántico* con que tienen alguna semejanza. Hemos perdido, por tanto, un tesoro inapreciable de conceptos místicos.

FIN DE LA NOCHE OSCURA

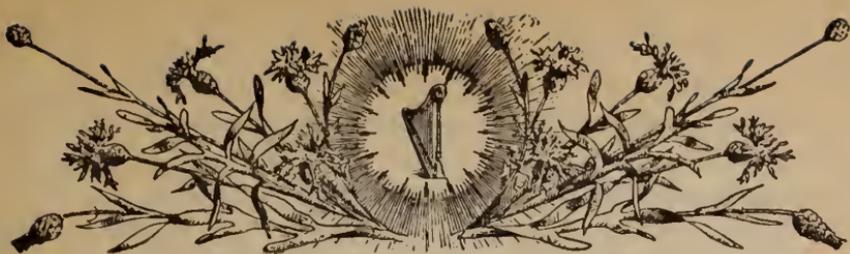
Cántico Espiritual

por el

Místico Doctor San Juan de la Cruz.



Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura.



Introducción al Cántico Espiritual.

I

Análisis de este Libro.

LEGAMOS á tratar de la obra más hermosa y perfecta bajo el punto de vista literario del Místico Doctor, *el Cántico espiritual*. La mayor parte de este divino *Epitalamio* la compuso, según se dijo en otro lugar (1), entre las lobregueces del estrecho calabozo de Toledo, el cual, en expresión de Fray Jerónimo de San José, fué para el Santo claro y anchuroso Parnaso de divinas Musas (2). Las ocho últimas canciones las escribió algún tiempo después hallándose de Rector en el Colegio de Baeza (3), y aquella que empieza *Descubre tu presencia* la compuso más tarde en el Convento de Granada. En cuanto á los comentarios á dichas Canciones, algunos hizo en Beas, respondiendo á preguntas de las religiosas de aquel monasterio, según afirma la Madre Magdalena del Espíritu Santo (4), y los restantes en la Ciudad de Granada.

En esta obra no se concreta el Santo Padre á tratar un punto de

(1) Tomo, I pág. 24.

(2) *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, pág. 297.

(3) Adviértase que según la primera redacción del *Cántico*, la estancia, *Oh Ninfas de Judea*, que es hasta donde escribió el Santo en la cárcel (véase el tomo I, pág. 24), es la 31; según la redacción segunda, hecha en Granada, es la 18. Ténganse en cuenta estos interesantes datos, y se evitarán equivocaciones.

(4) Véase el tomo I, pág. 24. Esta noticia la confirma y amplía el Padre Angel Manrique, General de la Orden de San Bernardo, el cual, hablando de la Venerable Madre Ana de Jesús, escribe lo siguiente: «A instancia suya escribió en el Calvario gran parte de la explicación de sus Canciones, *de la 17 hasta la 27*, como después en Granada las demás.» (Vida de la Venerable Ana de Jesús, discipula y compañera de la Santa Madre Teresa de Jesús, lib. III, cap. VIII.) Nótese para disipar una aparente contradicción entre el dicho de la citada religiosa y lo que escribe este sujeto, que el Santo acudía á conesar á las Carmelitas de Beas desde el Convento del Calvario.

la vida espiritual, sino que estudia todos los estados del alma, aun aquel dichoso (que sólo en verdad merece el nombre de tal) en que el amor se consume y el corazón se confirma en el bien para que jamás padezca mudanzas, el estado beatífico.

Puédese, por tanto, dividir en cuatro partes, según el orden siguiente: de la canción 1.^a á la 12 trata de la vía purgativa (1); de la 13 á la 21 de la vía iluminativa (2); de la 22 á la 35 de la vía unitive; y de la 36 hasta el fin del estado beatífico (3).

El sistema que en ella expone su Venerable autor, en nada difiere del que ha expuesto en los tratados anteriores; el método con que lo hace sí; porque aquí se concreta á escribir unos Comentarios al Cántico, los cuales ni son tan latos, ni tan filosóficos, ni tienen tampoco un carácter tan práctico como los que hizo á las canciones de la *Subida* y *Noche oscura*.

De la doctrina que en este tratado se contiene nos dará una ligera idea el resumen que á continuación ponemos, que es como sigue. Cayendo el alma en cuenta de la brevedad de la vida y de lo mudable y aparente de sus contentamientos, y conociendo, por otra parte, lo muy obligada que está á amar á Dios, por ser él quien sólo puede satisfacer sus deseos de felicidad y por los grandes beneficios de que la ha colmado, se determina á dar de mano al amor de todo lo criado y poner su corazón solamente en Jesucristo (Canc. 1). Sintiéndose, pues, herida del amor de él y ardiendo en vivas ansias de poseerle, para recabar la gracia de que se entregue todo á ella, enviale á decir, por medio de los mensajeros celestiales, que está enferma y muere de amor (Canc. 2). Mas conociendo que esto no basta, sino que si ha de venir á poseer á su Amado es necesario que ella misma le busque, se determina á hacerlo é ir en pos de sus huellas. Sale, pues, en busca de sus *amores* por los altos montes de las virtudes y las riberas de la mortificación y humildad, no parándose á coger las flores de los deleites, y sin temer las amenazas de sus fieros enemigos, mundo,

(1) Esta parte se puede subdividir en dos conforme la indicación que hace el Santo en la estrofa 22; de la 1.^a hasta la 4 inclusive, se ejercita el alma en los trabajos y amarguras de la mortificación, y en la meditación de las cosas espirituales; desde la 5 entra ya en la contemplación. (Véase la canción 22.)

(2) El Santo extiende más que otros autores los términos de la vía iluminativa, incluyendo en ella el *desposorio espiritual*, según lo da á entender por las siguientes palabras: «Las (canciones) de más adelante, dice, tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y *esta es la vía iluminativa*». (*Argumento del Cántico*.) De esto inferimos con un autor de nuestros días, que para San Juan de la Cruz las palabras, *vía purgativa*, *vía iluminativa* y *vía unitive*, no tienen igual significado que para otros escritores. (Véase el P. Poulain, *Des graces d'oraison*, pág. 612 de la edición de 1909.)

(3) Véase el Argumento de la Obra.

demonio y carne (Canc. 3). Revestida ya de fortaleza para ir sin desfallecer en seguimiento de su Esposo, y dados los primeros pasos por el camino del conocimiento propio (que es el fundamento de la vida espiritual) empieza á caminar por la senda de la contemplación de las criaturas, para del conocimiento de ellas subir al del Criador. Pregúntalas por su Amado, y le dan por respuesta que ha pasado por ellas dejando impresa su indeleble huella en las innumerables y varias gracias de que las ha revestido (Canc. 4 y 5). Esta más clara noticia de las perfecciones de su Esposo llaga más y más su corazón, y crecen de tal manera las ansias por verle, que se vuelve á él y encarecidamente le pide que no se le muestre ya más por entre los celajes de las criaturas irracionales, sino que la descubra claramente su agraciado rostro; y que no sean ellas las que le den noticia de sus perfecciones divinas, sino que él mismo se las comunique, porque las cosas criadas no saben decirle lo que ella desea, que es conocerle como es en sí (Canc. 6). Esta herida de amor se agrava más con las altas noticias que le comunican de su Amado las criaturas racionales (Canc. 7). Pero como ve que todavía no se cumplen sus deseos y siente estarse muriendo de amor; queréllase con su misma vida de que no se acabe de morir, á pesar de traspasarla el Amado el corazón con agudas flechas, que tal son para ella las altas noticias que de sí por medio de las susodichas criaturas le comunica (Canc. 8). Por eso vuélvese á su Amado Esposo, y se queja amorosamente de que habiendo sido él quien llagó su corazón, no le sane, y que habiéndole robado, no le tome para sí (Canc. 9). Y para moverle más, le representa que sólo él puede poner término á las ansias y fatigas que padece por verle, y que sus ojos y corazón no hallan descanso en otra cosa (Canc. 10). Responde el Amado á estos requerimientos de la esposa mostrándole algunos profundos visos de su Divinidad y hermosura, con que aumenta en su corazón el deseo de conocerle, llevada del cual le torna á suplicar que se le descubra á las claras, porque sólo de este modo puede curarla de la dolencia de amor que padece (Canc. 11). Y pide también á la fuente cristalina de la fe que refleje con claridad en sus puras hondas los ojos que tanto desea y que tiene en sus entrañas dibujados. Responde el Amado á tan ardientes ansias descubriéndola algunos rayos de su grandeza y Divinidad, y esto con tanta viveza, que la hace salir de sí y volar hacia Él con grande ímpetu, y en ese alto vuelo se verifica la unión que llaman los místicos *Desposorio espiritual* (Canc. 13).

Llegada á tan alta y sublime perfección, si bien los incendios de

amor siguen creciendo, acábansele las ansias vehementes y quere-llas que antes tenía, y comienza á disfrutar de un estado de paz, deleite y suavidad de amor, en el cual se ocupa en contar y cantar las grandezas de su Esposo y los bienes sin cuénto que en la unión con él siente y goza; y empléase también en practicar fervorosos actos de virtudes, que le ofrece como bellísima corona de frescas rosas (Canc. 14, 15 y 16). Y para que nada perturbe ni estorbe esta amorosa comunicación, suplica á los ángeles impidan llegar á ella sus enemigos; manda cesar al *cierzo muerto* de la sequedad espiritual que marchita las flores de las virtudes; soplar al *austro amoroso* que las hace germinar y esparcir su delicado aroma, á fin de que el Amado en ellas se deleite y se recree; y demanda á las *Ninfas de Judea*, que son las potencias de la porción inferior, que cesen en sus inquietas operaciones, en tanto que el Espiritu divino se le está comunicando suavísimamente (Canc. 17 y 18). Ahuyentados sus enemigos y puestas en paz sus potencias, entrégase libremente al ejercicio del amor; y como quiera que éste tienda siempre á estrechar más y más el lazo de unión entre los amantes, la impulsa y da confianza para pedir al Esposo que, procediendo adelante en sus bondades, se le comunique más en lo interior y escondido de su alma, poniéndole delante para moverle las grandes virtudes de que se ha dignado adornarla y enriquecerla. Satisface el Amado sus deseos haciéndola dos señaladas mercedes: la primera consiste en revestirla de una muy grande fortaleza y acabarla de purificar, y la segunda, en admitirla al purísimo tálamo de otra unión más subida, que en Mística Teología se llama *Matrimonio espiritual* (Canc. 19, 20, 21 y 22).

En esos místicos abrazos la colma de inefables bienes, carismas y gracias. Allí la unge con el bálsamo suavísimo y olorosisimo del Divino Espiritu; la entra en la bodega del amor; la da á beber en abundancia el dulcísimo y embriagador vino de la caridad; la comunica ciencia muy sabrosa y la descubre misterios secretísimos (Canc. 25, 26 y 27). Ella, en retorno de tan señalados favores, muere enteramente al mundo por amor del Esposo, se desnuda hasta de las más pequeñas imperfecciones, se entrega toda á Él, sin reservar para sí el más leve afecto, y le ofrece como gracioso don una guirnalda, formada con flores de las más hermosas y excelentes virtudes, entrelazadas y sujetas con el primoroso lazo de la caridad (Canc. 28, 27 y 30). Estas grandezas de que se conoce adornada no se las atribuye á sí propia, sino todas al Amado, que se dignó poner los ojos en ella,

á pesar de su fealdad, y con su mirada imprimió en su alma gracia y hermosura; la cual hermosura, deseando ella acrecentar, le ruega que vuelva á mirarla amorosamente (Canc. 32 y 33). Así lo hace el Esposo, y se regracia y complace con su Amada, diciendo y cantando mil loores de las virtudes, bellezas y gracias que la adornan.

Tantas y tan singulares muestras de amor son para el alma otras tantas prendas de que la unión que tiene con el Amado se ha de continuar á través de la eternidad. Por eso, como quien tiene de ello una muy cierta esperanza, se goza en hablarle de aquellos bienes inefables que en el cielo la comunicará, los cuales describe con sublimes pinceladas, y explica con sin igual profundidad teológica, desde el conocimiento esencial de la Divinidad hasta los deleites espirituales que, fluyendo de la esencia del alma, se comunicarán á la porción inferior inundándola en gloria. (Últimas canciones.)

Tal es en ligerísimo resumen la materia y desarrollo de este Libro. Sus bellezas literarias no son para escritas en corto espacio. Bastará decir con Menéndez y Pelayo que el espíritu de Dios ha pasado por sus páginas *santificándolo y hermozándolo todo* (1), y con Fray Jerónimo de San José, que *todo en este Tratado es divino* (2).

Por lo que toca á su estilo, nos permitiremos copiar el juicio que hizo el sabio Canónigo Lectoral de Jaén, D. Manuel Muñoz y Garnica, el cual está concebido en estos términos: «El estilo, dice, de *San Juan de la Cruz* corresponde á la sublimidad del asunto. Su lenguaje, enriquecido con hermosísimas figuras, es propio de los ángeles y de las almas santas más adelantadas y perfectas en el camino de la virtud y en la práctica de la oración. Sin asentar su planta en la tierra, baja de los cielos, donde se queda cimbrando y despidiendo sonidos dulcísimos su dulce lira, y pelea por acercarse á nosotros y darnos la explicación de lo que ha dicho, la clave de su cantar incomprensible.... La suavidad y la incorrección van creciendo á medida que el alma sube, que el ángel vuela, que el Santo se pierde en el seno de Dios» (3). Hasta aquí este eminente literato, á cuyas consideraciones añadiremos una observación propia acerca de otra excelencia de estilo de este escrito, en la que apenas se ha reparado. Es ésta la facilidad y soltura con que en todo él corre la pluma del Santo. Parece que le vienen á pedir de boca las palabras, las metáforas, las imágenes y las comparaciones, para encerrar sus

(1) *Discurso de entrada en la Real Academia de la lengua.*

(2) *Historia del V. P. Fray Juan de la Cruz*, lib. III, cap. 13.

(3) *Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 372.

altísimos conceptos místicos en el estrecho círculo de sus Canciones. Otro tanto acaece cuando quiere explicarlas, pues lo hace sin la menor dificultad ni embarazo y con suma rapidez. Conoce perfectamente el significado de las voces y locuciones castellanas, las cualidades de las cosas, las propiedades de los animales, las costumbres de la vida, los arcanos de las Sagradas Escrituras, los principios de la sana filosofía, y de todo se vale para exponer de una manera que maravilla las misteriosas comunicaciones de Dios con las almas. Por esto se ha dicho con mucha razón que no se puede dudar que el Espíritu Santo regía y gobernaba su pluma (1).

I I

Los dos Cánticos.

Hasta la hora presente se ha creído, tanto en España como en las naciones extranjeras, que el *Cántico espiritual* se publicó sumamente mutilado en todas las ediciones que precedieron á la de Sevilla, hecha en 1703. Sobrados motivos se han tenido para creerlo así, pues que efectivamente, en la edición referida se encuentran muchísimos párrafos que echamos de menos en todas las anteriores. A pesar de ésto, no es la realidad de los hechos tal como á primera vista se nos presentan; sino que, por el contrario, dicho Tratado se ha impreso íntegro, tanto en una como en otras ediciones, aunque no con toda la corrección que fuera de desear. La solución de este enigma está en que San Juan de la Cruz le escribió dos veces, y en que unas impresiones se han hecho conforme la redacción primitiva, y otras se han ajustado á la segunda. Esta interesante noticia ya la insinuamos en otra parte (tomo I, pág. XXIV); mas como quiera que sea de gran importancia, no podemos contentarnos con aquellas ligeras indicaciones, sino que debemos exponer los hechos con toda la claridad posible, fundando nuestra aseveración en razones sólidas y documentos dignos de todo crédito. Así lo vamos á hacer; pero antes, á fin de proceder con método, se pondrá de manifiesto la notable diferencia que tiene un *Cántico espiritual* respecto del otro, para que

(1) Menéndez y Pelayo, obra citada.

asi se cercioren nuestros lectores de cómo son dos obras distintas casi por completo.

Entrando en el examen de este punto, notamos que difieren los dos escritos principalmente en cuatro cosas: 1.^a El Cántico primitivo tiene 39 canciones y el segundo consta de 40 (1). 2.^a El orden que tienen en aquél, es muy distinto del que tienen en éste (2). 3.^a En el de la segunda escritura, cada estrofa va precedida, por lo general, de su Anotación, lo cual falta en el de la primera, si se exceptúan la estancia 13 y 14. Y 4.^a Se encuentran en el segundo Cántico muchos párrafos que se desean en el primero.

Estas diferencias tan notables (las cuales se advierten lo mismo en los manuscritos que en las ediciones), dan á cada redacción del Cántico una fisonomía propia y casi enteramente distinta de la del otro.

Que tales discrepancias no provengan de mera falta de cuidado y fidelidad por parte de los amanuenses, es cosa que no necesita demostración. Tampoco se pueden explicar, diciendo que el Cántico primero es quizá un compendio que hizo algún copista de la obra del Místico Doctor. Para echar por tierra esta hipótesis infundada, nos basta presentar el manuscrito de las Carmelitas Descalzas de

(1) Varias ediciones tanto españolas como de otros reinos, á pesar de seguir el Cántico primero, ponen 40 Canciones: Ia causa de esto luego se dirá.

(2) Puede verse esto fácilmente por el cuadro comparativo que se pone á continuación. Advertimos que no ponemos las diez primeras estrofas porque se corresponden en los dos escritos.

Cántico de la escritura segunda.	Cántico de la escritura primera.
Estrofa. 11	Estrofa. Falta
Idem. 12	Idem. 11
Idem. 13	Idem. 12
Idem. 14	Idem. 13
Idem. 15	Idem. 14
Idem. 16	Idem. 25
Idem. 17	Idem. 26
Idem. 18	Idem. 31
Idem. 19	Idem. 32
Idem. 20	Idem. 29
Idem. 21	Idem. 30
Idem. 22	Idem. 27
Idem. 23	Idem. 28
Idem. 24	Idem. 15
Idem. 25	Idem. 16
Idem. 26	Idem. 17
Idem. 27	Idem. 18
Idem. 28	Idem. 19
Idem. 29	Idem. 20
Idem. 30	Idem. 21
Idem. 31	Idem. 22
Idem. 32	Idem. 23
Idem. 33	Idem. 24
Idem. 34	Idem. 33
Idem. 35	Idem. 34
Idem. 36	Idem. 35
Idem. 37	Idem. 36
Idem. 38	Idem. 37
Idem. 39	Idem. 38
Idem. 40	Idem. 39

Sanlúcar de Barrameda, el cual, según testificación del mismo autor de estas Obras (que puede verse más adelante), es el *borrador* de su tratado, y está en un todo conforme con otros muchos códices del primer Cántico y también con la edición de Bruselas, hecha sin duda por el manuscrito que llevó á Bélgica la Venerable Ana de Jesús.

Si tal hipótesis es insostenible, igualmente lo es una contraria que pudiera hacerse, suponiendo que el Cántico más compendiado es el genuino del Santo, y el más lato obra de un discípulo suyo, que amplificara sus conceptos y diera distinta colocación á sus estrofas; porque á más de no existir ni el más leve indicio para tal suposición, consta positivamente lo contrario. En el *borrador* antes mencionado, rastreamos ya algunas de las ampliaciones que hizo su mismo autor en el segundo Cántico. Hállanse en él varias notas de letra del Santo añadidas al texto, cuyos conceptos no se encuentran en los manuscritos de la primera escritura y si en los de la segunda. Esto prueba que el Místico Doctor, después de escrito su libro y de sacarse traslados de él, meditó nuevos pensamientos sobre el asunto y los fué apuntando en aquel manuscrito para luego explanarlos en la segunda composición que proyectaba de aquel tratado. Nueva demostración, de la verdad que defendemos, es el siguiente pasaje, tomado del verso 4.^o de la canción 31, el cual dice así: «Mas cuáles y cómo sean estas tentaciones y trabajos y hasta dónde llegan al alma, para poder venir á esta fortaleza de amor en que Dios se una con el alma, en la declaración de las cuatro canciones que comienzan, *Oh llama de amor viva*, está dicho algo de ello.....» Este párrafo nadie dudará que sea original del Santo; y como quiera que no se halle en ninguno de los manuscritos del primer Cántico y se encuentre en todos los del segundo, es una prueba más de que el Reformador del Carmelo escribió dos veces su famoso tratado. ¿Se desean nuevas pruebas de nuestro aserto? Pues ahí están varios manuscritos, casi todos del siglo XVI, que son otras tantas autoridades que lo demuestran; ahí está sobre todo el códice de las Carmelitas de Jaén, que si no es el autógrafo del Santo, como hasta aquí viene creyéndose, es al menos una copia mandada sacar por él para regalarla á la Venerable Madre Ana de Jesús. Considérese por otra parte el estilo de los trozos añadidos en la segunda escritura, párese la atención en la profundidad de los conceptos que encierran, y se verá claramente que todo ello está marcado con el sello característico y personal de San Juan de la Cruz.

Me he detenido en demostrar esta verdad, no porque alguien la haya negado ó puesto siquiera en duda en más de doscientos años que há que corre impreso en varias naciones el Cántico segundo, sino para impedir que lo hagan ciertos críticos subjetivistas que juzgan *a priori* de los hechos, y que, si los viene en talante, los niegan ó ponen en tela de juicio, aunque no hayan desenvuelto ni un triste pergamino relativo á ellos.

Puesto en claro lo que principalmente pretendíamos, réstanos recoger un cabo suelto, solucionar la dificultad que arriba se tocó. La cual consiste en saber por qué causa varias ediciones ponen 40 estrofas, siendo así que están ajustadas en lo demás á los manuscritos de la primitiva redacción de este Libro. ¿Será porque el Santo lo escribió tres veces? De ninguna manera. Ya alguien sospechó que esa canción ó estrofa (introducida por vez primera en la edición de 1630) se debió tomar de los manuscritos de la segunda escritura (1). No anduvo desacertado quien tal hipótesis fingió; porque efectivamente así es la realidad. Prueba inequívoca de ello tenemos en que la explanación de dicha estrofa es en un todo idéntica á la que se halla en los manuscritos del Cántico escrito posteriormente, y en que no se ha encontrado en ninguno de los muchos códices que se han conocido y se conocen del Cántico primero (2).

(1) *Disertación* que va al frente del manuscrito del Cántico de las Carmelitas Descalzas de Loeches.

(2) Para mayor prueba y complemento de lo que hemos dicho y afirmado en este punto y el anterior, damos aquí una lista de los manuscritos de uno y otro Cántico.

Manuscritos del Cántico 1.º—Contienen el texto del primer Cántico los códices siguientes: 1.º El de las Carmelitas de Sanlúcar de Barrameda. 2.º El de las Carmelitas de Bujalance. 3.º El de las Carmelitas de Valladolid. 4.º El de las Carmelitas de Loeches. 5.º El 8.654 de la Biblioteca Nacional. 6.º El de Gayangos que se halla en dicha Biblioteca. 7.º El de las Carmelitas de Baeza (hoy 7.895 de la B. N.) y 8.º El del Sacro-Monte de Granada, del cual nos ha dado minuciosas noticias el ilustrado Sacerdote D. Manuel Medina Olmos, por lo que le estamos sumamente agradecidos.

Manuscritos del Cántico 2.º—Del Cántico de la segunda escritura se hallan los manuscritos siguientes: 1.º El de las Carmelitas Descalzas de Jaén. 2.º El de los Carmelitas de Alb1 de Tormes. 3.º El de los Carmelitas de Burgos. 4.º El de los Benedictinos de San Juan de la misma ciudad (6.624 de la B. N.). 5.º El de los Carmelitas Descalzos de Écija, que actualmente es el 12.411 de la B. N. 6.º El de las Carmelitas Descalzas de Baeza (9.492 de la B. N.). 7.º El 18.160 de la B. N. 8.º El código 2.037 de la B. N., que es el comentario que de las Canciones, según las trae el Cántico 2.º, hizo el Ilmo. Sr. Antolínez, Arzobispo de Santiago.

Una y otra lista pudiéramos acrecentar con bastantes números, acudiendo á los manuscritos de Fray Andrés de la Encarnación, especialmente á sus *Memorias Historiales*. En prueba de esto basta decir que en los conventos de Religiosos y Religiosas de Loeches existían tres manuscritos de la primera escritura, además del arriba mencionado. Hemos querido poner solamente aquellos de cuya existencia nos consta, todos los cuales, excepción hecha del existente en el Sacro-Monte de Granada, hemos consultado (*).

(*) Muñoz y Garnica nos da cuenta de otro que existía en la Biblioteca del Excmo. Sr. D. Eduardo Fernández de San Román, en la ciudad de Jaén. (*Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, página 282.) No hemos podido averiguar su actual paradero, ni si era del primer Cántico ó del segundo.

En cuanto al hecho de haberse introducido en el Cántico primero, tiene la explicación siguiente: Encargado el célebre autor del *Genio de la historia* de editar los escritos de San Juan de la Cruz, advirtió que alguno ó algunos manuscritos del *Cántico* traían una estrofa más que otros (1) y que las ediciones que se habían publicado en Bruselas y Roma, y la transcribió con su explicación correspondiente para imprimirla con el texto primitivo de este Libro. El que después se haya publicado tanto en nuestra nación como en el extranjero, nada tiene de particular, pues todas las ediciones hechas antes de la publicación del segundo Cántico (año 1703) han seguido fielmente la referida de Fray Jerónimo.

Queda, pues, fuera de toda duda que San Juan de la Cruz escribió dos veces el Cántico espiritual y su explanación.

III

El autógrafo.

Tres manuscritos se han disputado la gloria de ser el original del *Cántico*: el de las Carmelitas Descalzas de San José de Avila, el de los Carmelitas de Segovia y el de las Religiosas del mismo Instituto de la Ciudad de Jaén. Que los dos primeros sean meros traslados, es cosa que está ya fuera de litigio; expondremos, sin embargo, los motivos por qué se los juzgaba autógrafos. No acaece así con el tercero, el cual hasta la fecha es venerado y tenido por verdadero original; por eso hablaremos de él con más detenimiento.

El manuscrito del primer monasterio de la Descalcez lo poseyeron, no se sabe desde qué tiempo, los Excmos. Sres. Duques de Béjar. Uno de ellos (cuyo nombre no se expresa en el documento de que tomamos estas noticias) se lo dejó al morir á su secretario D. Juan de Capillas; por muerte de éste vino á manos de su hijo D. Fernando

(1) Nada más natural que este escritor diera con algún manuscrito del Cántico segundo, pues existía en la Orden un número considerable de ellos. Además, prueba no sólo la posibilidad sino también el hecho, el haber visto (según se desprende de lo que dice en su Introducción á la edición referida y en la Vida del Santo, pág. 290) el Comentario que escribió el Ilustrísimo Antolínez á las Canciones del Cántico de la segunda escritura. (Véanse los códices 2.037 y 6.895 de la Biblioteca Nacional.)

Vélez de Capillas, quien lo vendió con la biblioteca de su padre á D. Alvaro de Hinojosa, Chaves de Paredes, vecino de la ciudad de Trujillo. Este señor hizo donación de él, en 1683, á una hermana suya, Carmelita Descalza en el susodicho convento, llamada Antonia de Cristo, imponiendo á la Comunidad, entre otras obligaciones, la de que nunca, ni por ninguna causa, pudiera enajenarle. Dióle en calidad de autógrafo, añadiendo en su escritura de *donación* que tenía «*entendido que de su aplicación por intercesión del Santo, Nuestro Señor había sido servido manifestar algunos milagros.*» Estos son los primeros motivos por qué las religiosas le creyeron original.

Corriendo los tiempos, los Definidores generales de la Reforma, hallándose en Avila el año 1754, pidieron á dos Notarios, llamados Marcos Delgado, Capellán mayor de la Iglesia Catedral, y Manuel Muñoz, Archivero del Cabildo, dieran su parecer sobre el tal manuscrito, presentándoles para el efecto una carta y una firma autógrafas del Místico Doctor, con cuyos documentos le confrontaron. El dictamen que dieron es del tenor siguiente: «Habiendo reconocido, dicen, y cotejado la letra y caracteres del (Manuscrito) con la letra de la citada carta y firmas, hallamos que zien fojas del dicho libro están escritas del mismo puño y letra de dicho glorioso Santo, y que el resto del citado libro es de diversa mano; y en cuanto á la firma que está al fin de él, yo el citado D. Marcos me parece hay alguna diversidad (aunque poca) de la letra que tengo por del Santo; bien puede ser haberla hecho con mayor cuidado dicho glorioso Santo por ser materia que le pide; y yo el expresado Manuel Muñoz, habiéndolo mirado y cotejado con el mayor cuidado y reconocido con reflexión sus caracteres, no obstante estar mejor formada que las firmas y letra con quien se cotejó, la tengo por del puño y letra de dicho glorioso Santo, siéndolo la carta, firmas y zien fojas del citado libro con quien la he cotejado.....»

Este autorizado dictamen confirmó más y más la creencia que se tenía de la autenticidad del manuscrito.

Unos cuantos años más tarde el Padre Manuel de Santa María registraba el archivo de las Carmelitas Descalzas de Avila y habiéndole presentado el Manuscrito, lo examinó con la detención y escrupulosidad con que él solía hacerlo, y formó juicio cierto de que era un simple traslado antiguo, como lo evidenciaban los rasgos y caracter de la letra, muy diferente de la verdadera del Santo. Tan convencido estaba de sus afirmaciones, que no dudó avocarse con el

Notario Manuel Muñoz arriba mencionado (el otro ya era muerto) y le hizo advertir la desemejanza que existía entre la letra auténtica del Místico Doctor y la del referido Códice.

Las razones que dieron honores de autógrafo al códice segoviano (perteneciente en otro tiempo al Convento de Duruelo) son las dos que á continuación se ponen: 1.^a Una nota que lleva en su portada de mano del célebre historiador de Segovia el Licenciado Don Diego de Colmenares (1), que es del tenor siguiente: «Es original de su misma mano (del Santo) que le dió á una persona de esta ciudad de Segovia muy devota suya. Está ya impreso con las demás obras del Venerable Padre en Madrid año 1630, y en Barcelona, año 1635, etcétera: y 2.^a Al fin del libro se encuentra un dictamen del Padre Alonso de la Madre de Dios que dice de esta manera: «Cotejé este libro y su letra con el de las Canciones, escrito y firmado de Nuestro Santo Padre que está original en el Convento de religiosas nuestras de esta ciudad de Avila, y se conoce claramente ser la letra de ambos de una misma mano. Y siendo de la del Santo el citado, no debe dudarse que lo es también éste.—Avila y Octubre 17 de 1692.—Fray Alonso de la Madre de Dios, General.

Qué fe merezca en la presente materia el juicio de tan respetables varones, lo dice el ya citado Padre Manuel de Santa María, quien afirma sin vacilar que el manuscrito es un simple trasunto antiguo. Apóyase principalmente en que su letra es lo más desemejante que darse puede de la del Místico Doctor, la cual conocía él perfectamente. Fijase también en una nota marginal de la misma letra del copiante, que dice así acerca de la palabra *visitándola*, que había puesto en el texto: «Entiendo que ha de decir *vistiéndola*.» Esta advertencia, según arguye con mucha razón el Padre Manuel, no puede ser del Santo: él no podía dudar cómo debía decir, si *visitándola* ó *vistiéndola*. Caso de haberse equivocado, hubiera simplemente enmendado el yerro, ó á lo sumo escribir al margen: «Debe ponerse *vistiéndola*.»

Estos argumentos sentencian la causa en favor del referido crítico y hacen evidente la verdad que defiende. Mas si aún no fueran suficientes, nosotros podíamos apoyar su dictamen notando que el manuscrito está incompleto, y que por tanto, de ningún modo puede ser el original del autor. Fáltale desde las palabras «*agenas de todos los ojos mortales*» hasta aquellas otras *Primeramente conjura*; es decir,

(1) El Padre Manuel de Santa María averiguó la autenticidad de la letra y firma de este autor.

casi toda la explicación de la estrofa 19, la Anotación que sirve para las dos siguientes, y el principio de la 20 (1).

Excluidos los antedichos códices, averigüemos si el de las Carmelitas Descalzas de Jaén es realmente el autógrafo. Para proceder con método é imparcialidad, expondré primeramente las razones que favorecen la tradición; examinaré luego las que le son contrarias, y daré, por fin, mi opinión sobre el particular.

La primera razón en que se puede apoyar la tradicional creencia, son los caracteres internos del manuscrito. Dejando á un lado los que solamente prueban su antigüedad, y fijándonos en los que son indicio: de ser obra de la pluma del gran Reformador, notamos en primer lugar, que el nombre de éste no aparece por ninguna parte. Y no es esto lo más extraño, sino que al fin de la declaración del Cántico trae las poesías del Santo, y en sus títulos hasta ocho veces se dice y repite que son del *mesmo autor*, no habiéndonos dicho antes quien él sea. Esto, sin duda, es motivo más que suficiente para sospechar que es el verdadero original. En esta suposición se concibe muy bien que no se ponga el nombre del autor, por razón de dirigir el Santo su manuscrito á la Venerable Madre Ana de Jesús, de quien era bien conocido; en un copista no tiene tan natural explicación este proceder; y más siendo tan notorio al público quién había compuesto aquella obra (2).

Adviértese en segundo lugar que la letra, aunque de forma más elegante, tiene mucho parecido con la del Místico Doctor. Compárense, por ejemplo, la *b*, *d*, *l*, *p*, *q*, *y*, *z* y alguna otra, y se notará la semejanza en el aire y en la figura. En tercer lugar, se observa que guarda cierta uniformidad con el Santo en el uso de varias letras: la *c* ordinaria la emplea por lo general delante de *e* y de *i*; y la *ç* cuando hiere á las vocales *a*, *o* y *u*. Ejemplos: hacer cielo; alcança, dulçura, raçon, etc. La *u* en principio de dicción es una *v*, y esta letra en el mismo caso tiene su forma ordinaria; mas en medio de palabra constantemente hace sus veces la *u*. Ejemplos: vnión, virtud, diuino.

(1) En los doce primeros folios del manuscrito se encuentran de letra distinta algunas leves enmiendas y adiciones. Según opina el Padre Manuel de Santa María, es probable que sean de mano del Santo, por el parecido que tiene la letra con la suya. En este supuesto, cree dicho escritor, que San Juan de la Cruz, á cuyas manos vino el manuscrito, empezó á corregirle y prevenido por la muerte no pudo continuar. Respetamos la opinión de este eminente crítico, aunque á nuestro juicio, dichas enmiendas y adiciones no nos parecen del Reformador del Carmelo.

(2) Algo disminuye la fuerza de esta razón el que varios otros manuscritos tampoco ponen el nombre del autor. No tienen, sin embargo, la particularidad que el referido, á causa de no llevar ni las poesías, ni otros tratados del Santo.

Suele también escribir de dos modos la *r* y la *s*, en lo cual algo le imita el Santo Padre (1).

La segunda razón favorable que puede aducirse es la autoridad del Padre Salvador de la Cruz. Este religioso, en un Prólogo que puso al frente del código, y que fecha el día 3 de Febrero de 1670, afirma ser el verdadero original del Reformador de la Orden Carmelitana, y explica al mismo tiempo la causa de haber venido á parar á aquel Monasterio. Según sus noticias, el Santo se lo entregó á la Venerable Ana de Jesús, á cuyos ruegos se había escrito; ésta, á su vez, hizo obsequio de él, por el singular afecto que la profesaba, á Isabel de la Encarnación, novicia á la sazón en Granada, testificándola que era obra de letra y puño del Padre Fray Juan de la Cruz. Andando el tiempo, esta religiosa salió á fundar los Conventos de Baeza y Jaén, en el último de los cuales dejó la preciosa reliquia, entregándoselo al morir á la Madre Clara de la Cruz. Tal es, en suma, el relato del Padre Salvador.

Que su palabra en el presente caso merezca mucho crédito, es cosa incuestionable; en primer lugar, porque muestra ser hombre de conocimientos históricos y aficionado á la crítica; en segundo lugar, porque descende á narrar varias menudencias, lo que indica que estaba bien enterado; y en tercer lugar, porque, dado que no tuviera á la vista algún escrito de donde tomara estos datos, vivían aún en aquel Convento la referida Madre Clara y otras religiosas que habían conocido á la Venerable Isabel de la Encarnación, de boca de las cuales pudo recibirlos.

La tercera razón se saca de unas palabras de la misma Madre Isabel, dichas en el Proceso de San Juan de la Cruz: Al art. 35 responde así: «A la pregunta 35 digo que sé que el Santo Fray Juan de la Cruz compuso los libros de que dice la pregunta, de los cuales tuve yo algunos de sus cuadernos originales en Granada y sé que son suyos» (2).

La cuarta y última razón es el sentir del Padre Andrés de Jesús María, C. D., y de D. Manuel Muñoz y Garnica, cuya autoridad es grande en la presente cuestión, por haber visto, no sólo el manus-

(1) Adviértase que procuramos poner los argumentos favorables á la tradición con toda la fuerza que les podía dar el más acérrimo defensor de ella.

(2) D. Alfonso de Canles depuso en el Proceso de Ubeda que dicha Madre Isabel sacó una copia del Cántico espiritual. Alguien podía inferir de aquí, que el manuscrito de que venimos tratando no es otra cosa que dicho traslado, en lo cual ciertamente se engañaría: la letra de la referida religiosa, fuera de ser bastante mala, no se le parece nada.

crita de Jaén, sino también varios autógrafos de San Juan de la Cruz. (Véase la Introducción á la edición de Sevilla, hecha en 1703, dirigida por el primero, y el Prólogo al *Ensayo Histórico sobre San Juan de la Cruz*, del segundo.)

Estas razones, consideradas en conjunto, no puede negarse que dan visos de certeza á la tradicional creencia sobre la autenticidad del dicho manuscrito. Dista, sin embargo, mucho de ser así, como lo evidenciarán los argumentos que en sentido contrario vamos á alegar, y que se reducen á cuatro principales:

1.^o El manuscrito tiene distinto carácter de letra que los autógrafos ciertos del Santo. Nótase, en primer lugar, que quien le escribió maneja la pluma con mucha soltura, y traza con aire elegante y mucha perfección los rasgos de las letras; de donde resulta que su escritura es bastante más hermosa que la de San Juan de la Cruz, aun de la de aquellos escritos en que puso mayor esmero, como puede verse por los adjuntos fotograbados. En segundo lugar, se advierten bastantes diferencias en la formación de varias letras: 1.^a El autor del manuscrito une siempre la parte superior del semicírculo que corta la línea vertical de la *p*, y el Santo lo hace contadísimas veces y parece que por descuido. 2.^a Escribe la *r* en sentido inverso con muchísima más frecuencia y le da distinta forma. 3.^a Hace más uso de la *d* vuelta. 4.^a Para indicar abreviatura de la *n* forma un rasgo semicircular que nunca vemos emplee el Santo. 5.^a En el árbol ó rasgo superior de la *b*, *d*, *l*, *h*, suele hacer, con mucha gracia, cierta inflexión, que tampoco advertimos en los autógrafos de éste. En tercer lugar, se diferencian en la ortografía. En el manuscrito, por ejemplo, la palabra *Dios* se escribe casi siempre con letra mayúscula, en los autógrafos del Místico Doctor, la hallamos siempre con minúscula, si se exceptúan dos ó tres casos, y éstos dudosos, pues no aparece claro si es mayúscula ó minúscula. En los vocablos *decir*, *dice* y *diciendo*, emplea aquél la *z*, y éste, en semejantes casos, nunca vemos que haga uso de ella, sino de la *c*.

2.^o Se encuentran en él bastantes erratas, lo cual prueba no ser realmente el original, y más si se tiene en cuenta que está escrito con sumo cuidado. Hé aquí algunas de las principales: «del espíritu de amor é inteligencia que á ellas llevan» (del espíritu de amor é inteligencia que ellas llevan). (Prólogo.)—«Porque los dichos de amor es mejor *declararlos* en su anchura para que cada uno se aproveche según su modo y caudal de espíritu» (porque los dichos de amor es mejor *dejarlos* en su anchura para que cada uno se aproveche según

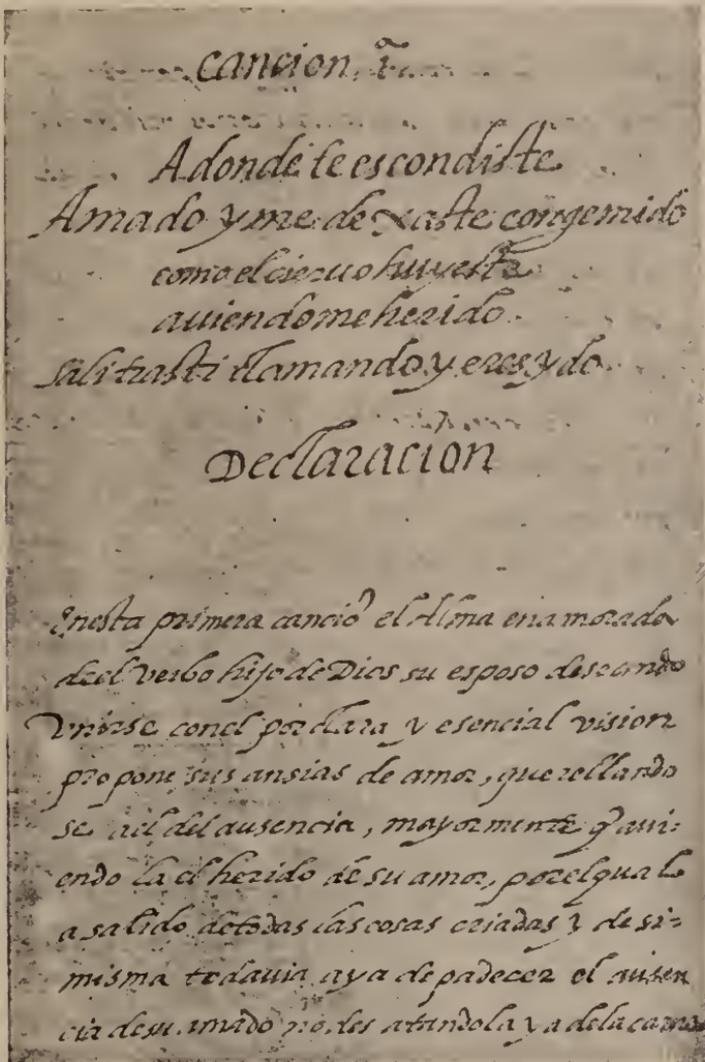
su modo y caudal de espíritu). (Prólogo.)—«Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca: Ahí le desea, ahí le adora» (gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él,

Siempre el señor descubrió los
 tesoros de sabiduría y espiri-
 tuales mortales; mas ahora que
 la malicia va descubriendo mas
 su cara mucho los descubre.
 O señor Dios mio quien te busca
 va con amor puro, y sericillo, que
 se dege de hallar muy apugusto
 y voluntad: porque tu temer
 has primero y sales al encuentro
 a los que te desean.
 Aunque el camino es largo
 Juane para los hombres de bre-
 na voluntad: el que camina
 caminara poco y con trabajo si
 no tiene buenos pies y animo
 y per sia animosa en eso mismo.
 Mas vale estar cargado junto
 al fuerte: que abitiado junto al
 flaco: quando es loz cargado.
 esty junto adios que es sefor.
 tubca el qual esta con los abibu-
 rades: quando esty abitiado

Autógrafo de los Avisos de San Juan de la Cruz.

pues le tienes tan cerca: Ahí le ama, ahí le desea, ahí le adora). (Canc. 1.^a, ver. 1.^o)—«como el ciervo huyeste» (como el ciervo huiste). (Canc. 1.^a, ver. 3.^o)—«Y esto que tú» (Y esto es lo que tú). Canc. 1.^a, verso 1.^o)—«cuanto más distintamente le entienden más se llegan á él» (cuanto menos distintamente le entienden más se llegan á él). (Canc. 1.^a, ver. 1.^o)—«facta carnis mortificaveritis vivebitis» (facta carnis mortificaveritis vivetis). (Canc. 3.^a, ver. 5.^o)—«Constiyo os Dios» (cons-

tituya os Dios). (Canc. 4.^a, ver. 3.^o)—«Y déjanme muriendo» (y déjame muriendo). (Canc. 7.^a, ver. 4.^o) «descubrir de sí» (descubrir de tí).



Del manuscrito de Jaén.

(Canc. 7.^a, ver. 2.^o)—«se da todo por entender» (se queda todo por entender) Canc. 7.^a, ver. 5.^o)—«y que es» (y es que todos) (Anotación de la Canc. 9.^a)—«destruye» (destituye) (Canc. 13, ver. 2.^o)—«fuer-tes» (muy fuertes) (Canc. 16, ver. 4.^o).—«Y cuando pasan de primeros movimientos sólo se dice tocar á los umbrales ó llamar á la puerta; lo

cual» (Y cuando pasan de primeros movimientos en la razón, ya van pasando los umbrales; pero cuando sólo son primeros movimientos, sólo se dice tocar á los umbrales ó llamar á la puerta) (Canc. 18, verso 5.^o)—«y así *solo* lo puede gozar» (y así no lo pueda gozar) (Canc. 19, anotación).—«El mirar de Dios es *mirar*» (El mirar de Dios es *amar*) (Canc. 19, ver. 4.^o)—«el correr dice que él solo ni ella sola, sino correremos entrambos» (más el correr *no* dice que él solo ni ella sola, sino correremos entrambos) (Canc. 30, ver. 3.^o)—«En la espesura de *mis* maravillosas obras» (En la espesura de *tus* maravillosas obras) (Canc. 36, ver. 5.^o)—«querido *dar* á solas» (querido *quedar* á solas) (Canc. 35, Declar.)—«en el seno *seráfico* de virtud» (en el seno *esférico* de virtud) (Canc. 37, ver. 5.^o)—«esto que *canto*» (esto que *tanto*) (Canc. 38, Declar.)—«Y *en* ventalle de cedros aire daba» (Y *el* ventalle de cedros aire daba) (1).

En tercer lugar, porque en la Canción 2.^a, versos 1.^o y 3.^o, escribió el copista *fuerdes* y *vierdes*, tachando después la segunda *e* para que dijera *fuerdes* y *vierdes*, que es como escribió el Santo, según se prueba por el manuscrito de Barrameda y por otros muchos, tanto de la primera como de la segunda escritura. Esto indica muy á las claras que el código no está escrito de su puño; porque no es fácil padeciera estas dos equivocaciones; ó si no se quiere que lo sean, no es creíble que escribiera dichas palabras de distinto modo que lo había hecho en el Cántico primero; y caso de haber variado de parecer, no las corrigiera luego.

3.^o El referido manuscrito no lleva un signo característico de los autógrafos del Reformador del Carmelo. Acostumbra éste siempre figurar la Cruz en vez de escribirla; ejemplo de ello tenemos en las muchas firmas suyas que se conservan, en el *borrador* del primer Cántico, y en una Carta, cuyo autógrafo poseen los Carmelitas de Concesa (Italia), escritos en que habla diversas veces de ella, sin jamás ponerla con letras. No acaece tal con el manuscrito de Jaén, lo cual es una prueba más de que no es el autógrafo.

4.^o El cuarto y último argumento contrario es el sentir de un autorizado crítico que examinó con detención el código, y terminó por afirmar rotundamente que no era original, según noticia que nos da Fray Andrés de la Encarnación, cuyas son estas palabras: «En la diligencia de Jaén (escribe), consta que aunque nuestras religiosas de allí tienen el Cántico de Nuestro Santo Padre, ese no es original,

(1) Esta errata la tomamos de las Poesías que van al fin del manuscrito de la misma letra que todo él.

sino traslado; *da grandes pruebas* el religioso que practicó aquel registro» (1).

Estos argumentos son ciertamente más poderosos que los que arriba aducimos en favor de la tradicional creencia. Considerados en conjunto y fijándonos principalmente en las erratas y en el no figurar la Cruz, como el Santo lo había de costumbre, concluimos que es por lo menos muy dudoso, y á nuestro juicio, cierto, que el manuscrito no es realmente el autógrafo (2).

Tenemos, sin embargo, por muy cierto que es la primera copia que se hizo del original, mandada sacar por su autor para regalar á la Venerable Ana de Jesús. Las razones en que nos apoyamos son las siguientes:

1.^a La tradición del convento de Jaén, que si bien pudo errar en cuanto á creerle autógrafo, no es fácil padeciera engaño en cuanto al hecho de haberle recibido de manos del Santo la Venerable Ana, y de manos de ésta Isabel de la Encarnación.

2.^a El modo con que pone la fecha de la Obra, que es como sigue: año de 1584 *años*. Esta redundancia, propia de los documentos de la época, la hallamos solamente en el *borrador* de Barrameda, lo cual indica que los demás manuscritos son de fecha posterior.

3.^a La singular doxología con que termina, que es la misma del

(1) *Memorias historiales*, tom. 1, letra C, núm. 36. No consta con toda certeza qué opinaba el citado Fray Andrés sobre el particular. Primeramente negó que fuera el original convencido por las razones á que alude en el párrafo copiado. Más tarde (año de 1759) examinó personalmente el manuscrito de que se viene tratando y lo confrontó con el de las Carmelitas de Baeza. Qué juicio formó entonces no hemos podido averiguarlo. Por una parte vemos que en las *Notas y adiciones á San Juan de la Cruz y Santa Teresa de Jesús*. (Ms. 3.180 de la B. N.), obra *probablemente* escrita en fecha posterior, le considera en diversos lugares como verdadero autógrafo, llegando á escribir en un pasaje estas terminantes palabras: «Constando ya de dos originales suyos (del Santo) y de su propia letra, que son el Cántico y las Sentencias» (fol. 20). Por otra parte, en la *Disertación* que puso el Padre Manuel de Santa María al Cántico espiritual, que fecha en 1761, leemos las siguientes palabras: «¿Y qué diremos, si no pasase tampoco de una copia bien hecha de este mismo libro del Epitalamio al que antes de ahora (como se previene en la Introducción á la famosa edición de Sevilla de 1703), se veneraba por original en nuestras Descalzas del convento de Jaén? Pues no es otra cosa según acaba de averiguarse y me lo participan de Madrid.» Quien le comunicara esta noticia, no creemos fuera otro que su grande amigo Fray Andrés; y parece haberla recibido después de 1759, fecha en que éste examinó el referido manuscrito; y caso de habérsela enviado antes, nos parece que al variar de opinión se lo hubiera notificado en seguida. Para apurar más la materia diremos, que en fecha muy posterior (1776), al indicar cómo había de hacerse la edición de las Obras del Santo, dice que el Cántico se imprimirá conforme al manuscrito de Jaén, consultando al de Segovia. Estos dos, dice, son suficientes para salir correcto dicho Tratado. Con esto no nos saca de la duda de si le tenía por original ó no. Lo que sí se colige de sus palabras es que por lo menos le consideraba como el manuscrito más antiguo y más correcto.

(2) El Excmo. Sr. Conde de Cedillo, Cronista de la Imperial Ciudad de Toledo, examinadas varias fotografías del manuscrito y de otros autógrafos verdaderos del Santo, hizo el mismo juicio que nosotros, como lo dan á entender claramente sus palabras: «Creo, pues (nos escribió), que con razón dudan ustedes de que los textos atribuídos al Santo sean verdaderamente autógrafos suyos, y entiendo que dichos escritos, aunque del siglo XVI y coetáneos del Santo, no son de su mano.....»

referido *borrador*, y distinta de la que tienen los demás manuscritos, la cual es del tenor siguiente: «*Debetur soli gloria vera Deo.*»

4.^a Que está conforme con él también en traer más autoridades latinas de la Sagrada Escritura, y en llevar al fin las poesías del Santo, lo cual no hacen los otros manuscritos de este particular tratado.

5.^a El no poner jamás el nombre de quien escribió la obra, á pesar de que, como dijimos, en el título de las poesías se dice muchas veces que son del mismo autor.

6.^a La mucha semejanza que tiene con la letra del Santo, lo cual proviene sin duda de que el copista la tenía presente y procuró imitarla.

IV

Correcciones y enmiendas.

Abrigando la íntima convicción de que el manuscrito de Jaén es, por lo menos, la copia más antigua del *Cántico espiritual*, no hemos vacilado en elegirle para que nos sirva de guía en la presente edición. No ha sido obstáculo para esto el que tenga varias erratas, según hemos dicho, y es cosa evidente á todas luces: éstas, ni son muchas, ni de gran importancia, ni le quitan al códice el estar copiado con mucha fidelidad, y ser, consideradas las cosas en conjunto, el más perfecto de todos cuantos tenemos de este libro. Tales descuidos del copiante no se han corregido arbitrariamente, sino que hemos acudido para hacerlo al borrador de Barrameda y á cuatro manuscritos antiguos, cuales son el de los Carmelitas de Alba de Tormes, el de los Carmelitas de Burgos, el de los Carmelitas de Segovia y el códice 18.160 de la Biblioteca Nacional. En determinados casos hemos llevado más allá nuestra escrupulosidad, consultando otros traslados fidedignos. Estamos plenamente convencidos de que este Tratado sale á luz con más corrección que ninguno de los otros libros del Místico Doctor, proviniendo principalmente de haberse esmerado él más en corregirlo y los copistas en trasladarlo. Podemos asegurar que la presente edición, aun dado caso de que el manuscrito de Jaén no sea, como nosotros creemos que no lo es, el autógrafo del Santo, es en un todo conforme con el texto original, salvo quizá

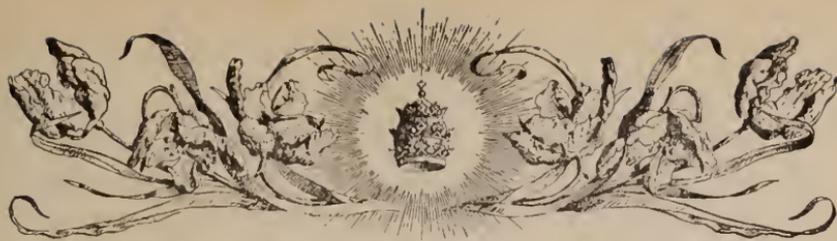
alguna que otra palabra de ninguna importancia aun para el sentido gramatical.

Ahora vamos á decir dos palabras sobre las enmiendas que hemos hecho al texto según corre en las impresiones. El Padre Andrés de Jesús María, que fué el primero que publicó el Cántico segundo, se valió, según dice, del manuscrito de Jaén, el que tenía por verdadero original. Conforme al texto que él nos dió, se han hecho todas las ediciones posteriores. Hay que decir, sin embargo, en honor de la verdad, que dicho religioso no siguió en un todo al referido código según hemos podido comprobarlo al hacer la confrontación (1). Las diferencias que tiene con él su edición son muchas. Todas ellas no pasan de leves correcciones gramaticales, que él juzgó necesario hacer al texto del manuscrito; en unas partes, por creerle mendoso y en otras porque le parecía menos correcta la construcción. Por ésta ninguna importancia que tienen las enmiendas que hemos introducido, generalmente no las notamos.

Estas noticias creemos ser suficientes para la más clara inteligencia del *Cántico Espiritual*.



(1) Es para nosotros indudable que el Padre Fray Andrés de Jesús María no tuvo á la vista solamente el manuscrito de Jaén, sino también alguno más, como lo prueba el que las correcciones que hace á su texto están muchas veces conformes del todo con otros manuscritos.



Declaración de las canciones

que tratan del ejercicio del amor entre el alma y el Esposo Cristo, en la cual se tocan y declaran algunos puntos y efectos de oración, á petición de la Madre Ana de Jesús, Priora de las descalzas en San José de Granada, año de 1584 años (1).

PROLOGO

POR cuanto estas canciones, religiosa madre, parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que como se dice en el libro de la *Sabiduría*, toca desde un fin hasta otro fin (VIII, 1), y el alma que de él es informada y movida en alguna manera, esa misma abundancia é ímpetu lleva en su decir; no pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que

(1) La Venerable Madre Ana de Jesús tuvo por cuna la célebre villa de Medina del Campo, patria, como alguien ha dicho, de los hombres grandes. Fué su nacimiento á 25 de Noviembre del año 1545. Llamáronse sus padres Diego de Lobera y Francisca de Torres. Muy temprano la despertó el Señor para la virtud, pues cuando sólo contaba diez años hizo voto de virginidad, en el que perseveró constante, á pesar de las instancias de su abuela, que pretendía colocarla en el estado de matrimonio.

Llegado el año de 1570, contando á la sazón veinticuatro de edad, tomó el hábito de Carmelita Descalza en el Convento de San José de Ávila. La Santa Reformadora del Carmelo, conociendo sus grandes talentos y virtudes, la recibió más bien como coadjutora suya que como novicia. Antes de profesar la llevó á Salamanca para que desempeñara el cargo de maestra de novicias. En este viaje conoció, al pasar por la villa de Mancera, á San Juan de la Cruz. Algunos años más tarde la llevó de Priora á la fundación de Veas. En dicho Convento fué donde empezó á

el espíritu fecundo del amor en ellas lleva; antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor é inteligencia mística, cuales son los de las presentes Canciones, con alguna manera de palabras se pueden bien explicar; porque el Espíritu del Señor, que ayuda á nuestra flaqueza (como dice San Pablo) morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprender para lo manifestar. Porque, ¿quién podrá escribir lo que á las almas amorosas donde él mora hace entender? Y ¿quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? Y ¿quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente nadie lo puede; cierto ni ellas mismas por quien pasa, lo pueden; porque esta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos y misterios que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor é inteligencia que á ellas llevan, antes parecen dislates que dichos puestos en razón,

comunicar con el gran Místico, pues nombrado éste Superior del desierto del Calvario (año de 1578), acudía cada semana á confesar á las religiosas.

En un principio parece no haber penetrado la Madre Ana las grandes cualidades de que Dios había dotado al Santo para director de las almas. Desengañada por la Santa Madre, quien la escribió aquella célebre Carta que empieza: *En gracia me ha caído*, etc., se puso con más confianza bajo su dirección. La experiencia la dió á conocer los inestimables tesoros de sabiduría y virtud que Dios había puesto en el alma del Santo. Amóle desde entonces con gran ardor, y con sus altas prendas le robó á su vez el corazón. Por eso consiguió con sus ruegos que la explicara el sentido místico de las canciones que había compuesto en la cárcel. A contar de esta época, sus relaciones con el Santo fueron muy íntimas, de las cuales no nos detendremos á hablar por ser bien conocidas y no permitirlo la estrechez de esta nota: sólo diremos que en compañía de él hizo las fundaciones de Carmelitas Descalzas de Granada y Madrid. Después de la muerte del Santo, pasó con otras religiosas á establecer la Reforma Carmelitana en Francia (año 1604), y de aquí al reino de Bélgica, donde hizo muchas fundaciones. Murió en olor de santidad en Bruselas el día 4 de Marzo de 1621. León XIII la declaró *Venerable* en 1878, y se prosigue con grande empeño el proceso de su beatificación. Escribió su Vida á petición de la Infanta Isabel Clara Eugenia, el Reverendo Padre Angel Manrique, General de la Orden de San Bernardo. Bruselas 1632. En nuestros días la ha publicado también el Padre Bertoldo J. de Santa Ana, la cual se ha traducido en nuestra lengua. Puede verse también *El Monte Carmelo*, 1.º de Octubre de 1911, donde publicamos una Carta inédita de la misma Venerable, que contiene varios datos interesantes para su Vida.

según es de ver en los Divinos *Cantares* de Salomón y en otros libros de la Escritura Divina, donde, no pudiendo el Espíritu Santo dar á entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas; de donde se sigue que los santos doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras, así como tampoco por palabras se pudo ello decir; y así, lo que de ello se declara, ordinariamente es lo menos que contiene en sí. Por haberse, pues, estas Canciones compuesto en amor de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal, sino sólo dar alguna luz general (pues V. R. así lo ha querido) y esto tengo por mejor, porque los dichos de amor es mejor dejarlos en su anchura, para que cada uno de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos á un sentido á que no se acomode todo paladar; y así, aunque en alguna manera se declaran, no hay para qué atarse á la declaración; porque la sabiduría mística, la cual es por amor, de que las presentes Canciones tratan, no ha menester distintamente entenderse para hacer efecto de amor y afición en el alma; porque es á modo de la Fe, en la cual amamos á Dios sin entenderle. Por tanto será bien breve, aunque no podrá ser menos de alargarme en algunas partes donde lo pidiere la materia, y donde se ofreciere ocasión de tratar y declarar algunos puntos y efectos de oración, que por tocarse en las Canciones muchos no podrá ser menos de tratar algunos; pero, dejando los más comunes, trataré brevemente los más extraordinarios que pasan por los que han pasado con el favor de Dios de principiantes, y esto por dos cosas: la una, porque para los principiantes hay muchas cosas escritas; la otra, porque en ello hablo con V. R. por su mandado, á la cual nuestro Señor ha hecho merced de haberle sacado de esos principios y llevádole más adentro al seno de su amor Divino; y así, espero que aunque se escriban aquí algunos puntos de teología escolástica acerca del trato interior del alma con su Dios, no será en vano haber hablado algo á lo puro del espíritu en tal manera; pues, aunque á V. R. le falte el ejercicio de teología escolástica con que se entienden las

verdades divinas, no le falta el de la mística, que se sabe por amor, en que, no solamente se saben, mas juntamente se gustan.

Y porque lo que dijere (lo cual quiero sujetar al mejor juicio, y totalmente á el de la santa madre Iglesia) haga más fe, no pienso afirmar cosa de mío, fiándome de experiencia que por mí haya pasado, ni de lo que en otras personas espirituales haya conocido ó de ellas oído (aunque de lo uno y de lo otro me pienso aprovechar) sin que con autoridades de la Escritura Divina vaya confirmando y declarado, á lo menos lo que pareciere más dificultoso de entender; en las cuales llevaré este estilo, que primero las pondré las sentencias de su latín, y luego las declararé al propósito de lo que se trajeren. Y pondré primero juntas todas las Canciones, y luego por su orden iré poniendo cada una de por sí para haberla de declarar; de las cuales declararé cada verso, poniéndole al principio de su declaración.

FIN DEL PRÓLOGO

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

- 1 — ¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.
- 2.—Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
- 3.—Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA Á LAS CRIATURAS

- 4.—Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado,
Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado.

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

- 5.—Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura (1).

(1) Así dicen, tanto aquí como al interpretar esta canción, los manuscritos de Jaén, Alba, Burgos, Valladolid, Bujalance, Barrameda y la edición de Bruselas. El códice de las Carmelitas de Loeches y la edición de Fray Jerónimo de San José ponen: «Vestidos los dejó de *su* hermosura.» Seguimos la primera lección por la autoridad de tantos documentos, no obstante que esté más imperfecto el verso.

ESPOSA

- 6.— ¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
- 7.—Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.
- 8.—Mas, ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechás que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?
- 9.—¿Por qué, pues, has llagado
A aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
- 10.—Apagá mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre de ellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
- § 11.—Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura. *
- 12.— ¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!
- 13.— Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
 Que el ciervo vulnerado
 Por el otero asoma,
 Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

ESPOSA

- 14.—Mi Amado, las montañas,
 Los valles solitarios nemorosos,
 Las ínsulas extrañas,
 Lo ríos sonorosos,
 El silbo de los aires amorosos.
- 15.—La noche sosegada
 En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.
- 16.—Cazadnos las raposas,
 Que está ya florecida nuestra viña,
 En tanto que de rosas
 Hacemos una piña,
 Y no parezca nadie en la montiña.
- 17.—Detente, Cierzo muerto;
 Ven, Austro, que recuerdas los amores,
 Aspira por mi huerto,
 Y corran tus olores,
 Y pacera el Amado entre las flores.
- 18.—Oh ninfas de Judea,
 En tanto que en las flores y rosales
 El ámbar perfumea,
 Morá en los arrabales,
 Y no queráis tocar nuestros umbrales.
- 19.—Escóndete, Carillo,
 Y mira con tu haz á las montañas,
 Y no quieras decillo;
 Mas mira las compañías
 De la que va por ínsulas extrañas.

ESOSO

- 20.—A las aves ligeras,
 Leones, ciervos, gamos saltadores,
 Montes, valles, riberas,
 Aguas, aires, ardores,
 Y miedos de las noches veladores.
- 21.—Por las amenas liraş
 Y canto de serenas os conjuro
 Que cesen vuestras iras,
 Y no toquéis al muro,
 Porque la Esposa duerma más seguro.
- 22.—Entrádose há la Esposa
 En el ameno huerto deseado,
 Y á su sabor reposa,
 El cuello reclinado
 Sobre los dulces brazos del Amado.
- 23.—Debajo del manzano,
 Allí conmigo fuiste desposada,
 Allí te dí la mano,
 Y fuiste reparada,
 Donde tu madre fuera violada.

ESPOSA

- 24.—Nuestro lecho florido,
 De cuevas de leones enlazado,
 En púrpura tendido,
 De paz edificado,
 De mil escudos de oro coronado.
- 25.—A zaga de tu huella
 Las jóvenes discurren al camino
 Al toque de centella,
 Al adobado vino,
 Emisiones de bálsamo Divino.
- 26.—En la interior bodega
 De mi amado bebí, y cuando salía
 Por toda aquesta vega,
 Ya cosa no sabía,
 Y el ganado perdí, que antes seguía.

- 27.—Allí me dió su pecho,
 Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
 Y yo le dí de hecho
 A mí, sin dejar cosa;
 Allí le prometí de ser su esposa.
- 28.—Mi alma se ha empleado,
 y todo mi caudal en su servicio:
 Ya no guardo ganado,
 Ni ya tengo otro oficio;
 Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
- 29.—Pues ya si en el ejido,
 De hoy más no fuere vista ni hallada,
 Diréis que me he perdido,
 Que andando enamorada,
 Me hice perdidiza, y fuí ganada.
- 30.—De flores y esmeraldas
 En las frescas mañanas escogidas,
 Haremos las guirnaldas,
 En tu amor florecidas,
 Y en un cabello mío entretejidas.
- 31.—En solo aquel cabello,
 Que en mi cuello volar consideraste,
 Mirástele en mi cuello,
 Y en él preso quedaste,
 Y en uno de mis ojos te llagaste.
- 32.—Cuando tú me mirabas,
 Su gracia en mí tus ojos imprimían: (1)
 Por eso me adamabas,
 Y en eso merecían
 Los míos adorar lo que en tí vían.
- 33.—No quieras despreciarme,
 Que si color moreno en mí hallaste,
 Ya bien puedes mirarme,
 Después que me miraste,
 Que gracia y hermosura en mí dejaste.

(1) La edición de Bruselas y el manuscrito de Barrameda ponen aquí: *Tu* gracia en mí tus ojos imprimían. Mas al explicar esta estrofa traen el verso como va en el texto, que es también como se halla en otros manuscritos.

ESPOSO

- 34.—La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
- 35.—En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

ESPOSA

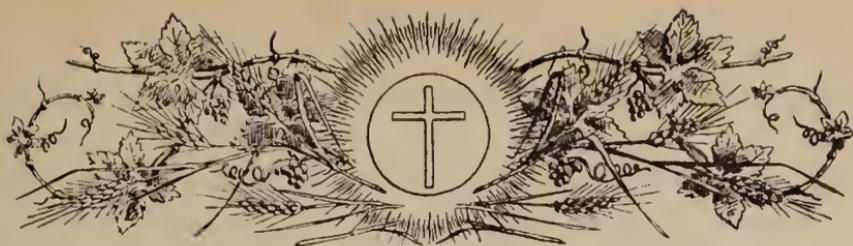
- 36.—Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte y al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.
- 37.—Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.
- 38.—Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.
- 39.—El aspirar del aire,
El canto de la dulce Filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.
- 40.—Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

ARGUMENTO

§ El orden que llevan estas Canciones es desde que un alma comienza á servir á Dios hasta que llega al último estado de la perfección, que es matrimonio espiritual; y así, en ellas se tocan los tres estados ó vías del ejercicio espiritual por las cuales pasa el alma hasta llegar al dicho estado, que son: purgativa, iluminativa y unitiva; y se declaran acerca de cada una algunas propiedades y efectos de ella.

El principio de ellas trata de los principiantes, que es la vía purgativa. Las de más adelante tratan de los aprovechados, donde se hace el desposorio espiritual, y que esta es la vía iluminativa. Después de éstas, las que se siguen tratan de la vía unitiva, que es la de los perfectos, donde se hace el matrimonio espiritual. La cual vía unitiva y de perfectos se sigue á la iluminativa, que es de los aprovechados; y las últimas Canciones tratan del estado beatífico, que sólo ya el alma en aquel estado perfecto pretende. *





Comienza la declaración

de las

canciones de amor entre la Esposa y el Esposo Cristo (1).

ANOTACIÓN

§ Cayendo el alma en la cuenta de lo que está obligada á hacer, viendo que la vida es breve (Job. XIV, 5), la senda de la vida eterna estrecha (Matth. VII, 14), que el justo apenas se salva (1. Petr. IV, 18), que las cosas del mundo son vanas y engañosas, que todo se acaba y falta como el agua que corre (2. Reg. XIV, 14), el tiempo incierto, la cuenta estrecha, la perdición muy fácil, la salvación muy dificultosa; conociendo, por otra parte, la gran deuda que á Dios debe en haberla criado solamente para sí, por lo cual le debe el servicio de toda su vida; y en haberla redimido solamente por sí mismo, por lo cual le debe todo el resto y correspondencia de su voluntad, y otros mil beneficios en que se conoce obligada á Dios desde antes que naciese; y que gran parte de su vida se ha ido en el aire, y que de todo esto ha de haber cuenta y razón, así de lo primero como de lo postrero, hasta el último cuadrante (Matt. V, 26), cuando escudriñará Dios á Jerusalén con candelas encendidas (Sophon. I, 12), y que ya es tarde y por ventura lo postrero del día (Matth. XX, 6): para reme-

(1) Los párrafos comprendidos entre estos signos § — *, son los que añadió el Santo en el Cántico segundo.

diar tanto mal y daño, mayormente sintiendo á Dios muy alejado y escondido por haberse ella querido olvidar tanto de él entre las criaturas; tocada ella de pavor y dolor de corazón interior sobre tanta perdición y peligro, renunciando todas las cosas, dando de mano á todo negocio, sin dilatar un día ni una hora, con ansia y gemido salido del corazón herido ya del amor de Dios, comienza á invocar á su Amado, y dice: *

CANCIÓN I

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido,
Salí tras tí clamando, y eras ido.

DECLARACIÓN

En esta primera Canción el alma enamorada del Verbo Hijo de Dios, su Esposo, deseando unirse con él por clara y esencial visión, propone sus ansias de amor, querellándose á él de la ausencia, mayormente que, habiéndola él herido y llagado de su amor (por el cual ha salido de todas las cosas criadas y de si misma), todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal para poderle gozar en la gloria de eternidad; y así, dice:

¿A dónde te escondiste?

Y es como si dijera: Verbo, esposo mío, muéstrame el lugar donde estás escondido: en lo cual le pide la manifestación de su Divina Esencia; porque el lugar adonde está escondido el Hijo de Dios es, como dice San Juan (I, 18), en el seno del Padre, que es la Esencia Divina, la cual es ajena de todo ojo mortal y escondida de todo humano entendimiento; que por eso Isaías, hablando con Dios, dijo: *Verè tu es Deus absconditus*. Verdaderamente tú eres Dios escondido (XLV, 15). De donde es de notar que por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que un

alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios ni tiene que ver con él; porque todavía á la verdad le está al alma escondido, y por eso siempre le conviene al alma, sobre todas esas grandezas, tenerle por escondido y buscarle escondido, diciendo: «¿A dónde te escondiste?» Porque ni la alta comunicación ni presencia sensible es cierto testimonio de su graciosa presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma lo es de su ausencia en ella, por lo cual, el Profeta Job dice: *Si venerit ad me, non videbo eum: si abierit, non intelligam*. Si viniere á mí no le veré y si se fuere no lo entenderé (IX, 11). En lo cual se da á entender, que si el alma sintiere gran comunicación ó sentimiento ó noticia espiritual, no por eso se ha de persuadir á que aquello que siente es poseer ó ver clara y esencialmente á Dios, ó que aquello sea tener más á Dios ó estar más en Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles y espirituales faltaren, quedando ella en sequedad, tiniebla y desamparo, no por eso ha de pensar que le falta Dios más así que así, pues que realmente ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia, ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el Sabio: *Nescit homo, utrum amore an odio dignus sit* (Eccles. IX, 1). Ninguno sabe si es digno de amor ó aborrecimiento delante de Dios. De manera que el intento principal del alma en este verso no es sólo pedir la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión del Esposo en esta vida, sino principalmente la clara presencia y visión de su esencia, en que desea estar certificada y satisfecha en la otra. Esto mismo quiso decir la Esposa en los Cantares Divinos cuando, deseando unirse con la Divinidad del Verbo, Esposo suyo, la pidió al Padre, Diciendo: *Indica mihi..... ubi pascas, ubi cubes in meridie*: Muéstrame dónde te apacientas y dónde te recuestas al medio día (I, 6). Porque en pedir le mostrase dónde se apacentaba, era pedir le mostrase la Esencia del Verbo Divino, su Hijo, porque el Padre no se apacienta en otra cosa que en su único Hijo, pues es la gloria del Padre; y en pedir le mostrase el lugar donde se recostaba, era pedirle lo mismo, porque el Hijo sólo es el deleite del Padre, el cual no se recuesta en otro lugar ni cabe en otra cosa que en su amado Hijo, en

el cual todo él se recuesta, comunicándole toda su Esencia, al medio día, que es la eternidad, donde siempre le engendra y le tiene engendrado. Este pasto, pues, de el Verbo Esposo, donde el Padre se apacienta en infinita gloria, y este lecho florido, donde con infinito deleite de amor se recuesta escondido profundamente de todo ojo mortal y de toda criatura, pide aquí el alma Esposa cuando dice:

¿A dónde te escondiste?

§ Y para que esta sedienta alma venga á hallar á su Esposo y unirse con él por unión de amor en esta vida (según puede), y entretenga su sed con esta gota que de él se puede gustar en esta vida, bueno será, pues lo pide á su Esposo, tomando la mano por él, le respondamos mostrándole el lugar más cierto donde está escondido, para que allí lo halle á lo cierto con la perfección y sabor que puede en esta vida, y así no comience á vagar en vano tras las pisadas de las compañías. * Para lo cual es de notar, que el Verbo Hijo de Dios, juntamente con el Padre y con el Espíritu Santo esencial y presencialmente está escondido en el íntimo ser del alma. Por tanto, el alma que le ha de hallar conviene que salga de todas las cosas según la afición y voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, siéndole todas las cosas como si no fuesen. Que por eso San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios, decía: *No te hallaba, Señor, de fuera, porque mal te buscaba fuera, que estabas dentro* (1). Está, pues, Dios en el alma escondido, y ahí le ha de buscar con amor el buen contemplativo diciendo:

¿A dónde te escondiste?

§ Oh, pues, alma hermosísima entre todas las criaturas, que tanto deseas saber el lugar, donde está tu Amado, para buscarle y unirte

(1) *Misi nuntios meos omnes sensus exteriores, ut quærerem te, et non inveni, quia male quærebam. Video enim, lux mea Deus qui illuminasti me, quia niale te per illos quærebam, quia tu es intus.*—S. August., Solil. Migne, Patr. Lat., t. XI, cap. XXXI, pág. 888.

con él, ya se te dice que tú misma eres el aposento donde él mora, y el retrete y escondrijo, donde está escondido, que es cosa de grande contentamiento y alegría para tí ver que todo tu bien y esperanza esté tan cerca de tí, que esté en tí, ó por mejor decir, tú no puedes estar sin él. *Ecce enim Regnum Dei intra vos est.* Catad, dice el Esposo: que el reino de Dios está dentro de vosotros. (Luc. XVII, 21.) Y su siervo el Apóstol San Pablo dice: Vosotros sois templo de Dios. (2 ad Cor. VI, 16.) Grande contento es para el alma entender que nunca Dios falta della, aunque esté en pecado mortal, cuanto menos de la que está en gracia. ¿Qué más quieres, oh alma, y qué más buscas fuera de tí, pues dentro de tí tienes tus riquezas, tus deleites, tu satisfacción, tu hartura y tu reino, que es tu Amado, á quien desea y busca tu alma? Gózate y alégrate en tu interior recogimiento con él, pues le tienes tan cerca. Ahí le ama, ahí le desea, ahí le adora, y no le vayas á buscar fuera de tí, porque te distraerás y cansarás, y no le hallarás ni gozarás más cierto ni más presto ni más cerca que dentro de ti. Sólo hay una cosa, que aunque está dentro de tí está escondido. Pero gran cosa es saber el lugar, donde está escondido, para buscarle allí á lo cierto. Y esto es lo que tú también aquí, alma, pides, cuando con afecto de amor dices:

¿A dónde te escondiste?

Pero todavía dices: ¿puesto está en mí el que ama mi alma, cómo no lo hallo ni le siento? La causa es, porque está escondido, y tú no te escondes también para hallarle y sentirle; porque el que ha de hallar una cosa escondida, tan á lo escondido y hasta lo escondido donde ella está ha de entrar, y cuando la halla, él también está escondido como ella. Como quiera, pues, que tu Esposo amado es el tesoro escondido en el campo de tu alma, por el cual el sabio mercader dió todas sus cosas (Matt. XIII, 44), convendrá que para que tú le halles, olvidadas todas las tuyas y alejándote de todas las criaturas, te escondas en tu retrete interior del espíritu (Matt. VI, 6), y cerrando la puerta sobre tí (es á saber, tu voluntad á todas las

cosas) ores á tu Padre en escondido, y así quedando escondida con él, entonces le sentirás en escondido, y le amarás y gozarás en escondido, y te deleitarás en escondido con él; es á saber, sobre todo lo que alcanza *la* lengua y sentido. Ea pues, alma hermosa, pues ya sabes que *en* tu *seno* tu deseado Amado mora escondido, procura estar con él *bien* escondida, y en tu seno le abrazarás y sentirás con afición de amor. Y mira que á ese escondrijo te llama él por Isaías diciendo: Anda, entra en tus retretes, cierra tus puertas sobre ti (esto es, todas tus potencias á todas las criaturas), escóndete un poco hasta un momento (Isai. XXVI, 20); esto es, por este momento de vida temporal; porque si en esta brevedad de vida guardares, oh alma, con toda guarda tu corazón, como dice el Sabio (Prov. IV, 23), sin duda ninguna te dará Dios lo que adelante dice Dios también por Isaías diciendo: Darete los tesoros escondidos, y descubrirete la substancia y misterios de los secretos (Isai. XLVIII, 3). La cual substancia de los secretos es el mismo Dios, porque Dios es la substancia de la Fe y el concepto de ella, y la Fe es el secreto y el misterio. Y cuando se revelare y manifestare esto que nos tiene secreto y encubierto la Fe, que es lo perfecto de Dios, como dice San Pablo (1 ad Cor. XIII, 10), entonces se descubrirán al alma la substancia y misterios de los secretos; pero en esta vida mortal, aunque no llegará el alma tan á lo puro de ellos como en la otra, por más que se esconda, todavía si se escondiere como Moisés (Exod. XXXIII, 22), en la caverna de la piedra, que es la verdadera imitación de la perfección de la vida del Hijo de Dios Esposo del alma, amparándola Dios con su diestra, merecerá que le muestren las espaldas de Dios, que es llegar en esta vida á tanta perfección, que se una y transforme por amor en el dicho Hijo de Dios su Esposo. De manera que se sienta tan junta con él, y tan instruida y sabia en sus misterios, que cuanto á lo que toca á conocerle en esta vida, no tenga necesidad de decir: «¿A dónde te escondiste?»

Dicho queda, oh alma, el modo que te conviene tener para hallar al Esposo en tu escondrijo. Pero si lo quieres volver á oír, oye una palabra llena de sustancia y verdad inaccesible: es buscarle en Fe y en

amor, sin querer satisfacerte de cosa, ni gustarla ni entenderla más de lo que debes saber, que esos dos son los mozos del ciego que te guiarán por donde no sabes allá á lo escondido de Dios; porque la Fe, que es el secreto que habemos dicho, son los pies con que el alma va á Dios, y el amor es la guía que la encamina, y andando ella tratando y manejando estos misterios y secretos de Fe, merecerá que el amor le descubra lo que en sí encierra la Fe, que es el Esposo que ella desea en esta vida por gracia espiritual y Divina unión con Dios, como habemos dicho, y en la otra por gloria esencial, gozándole cara á cara, ya de ninguna manera escondido; pero entre tanto, aunque el alma llegue á esta dicha unión (que es el más alto estado á que se puede llegar en esta vida) por cuanto al alma todavía le está escondido en el seno del Padre, como habemos dicho, que es como ella le desea gozar en la otra, siempre dice:

¿A dónde te escondiste?

Muy bien haces, oh alma, en buscarle siempre escondido, porque mucho ensalzas á Dios y mucho te llegas á él, teniéndole por más alto y profundo que todo cuanto puedes alcanzar; y por tanto no repares en parte ni en todo lo que tus potencias pueden comprender: quiero decir, que nunca te quieras satisfacer en lo que entendieres de Dios, sino en lo que no entendieres de él, y nunca pares en amar y deleitarte en eso que entendieres ó sintieres de Dios, sino ama y deléitate en lo que no puedes entender y sentir de él; que eso es como habemos dicho, buscarle en Fe. Que pues es Dios inaccesible y escondido, como también habemos dicho, aunque más te parezca que le hallas y le sientes y le entiendes, siempre le has de tener por escondido, y le has de servir escondido en escondido. Y no seas como muchos insipientes que piensan bajamente de Dios, entendiendo que cuando no le entienden ó no le gustan ó sienten, está Dios más lejos y más escondido siendo más verdad lo contrario, que cuanto menos *distintamente* le entienden más se llegan á

él (1); pues como dice el profeta David: Puso por su escondrijo las tinieblas. (Psalm. XVII, 12.) Y así, llegando cerca de él, por fuerza has de sentir tinieblas en la flaqueza de tu ojo: bien haces, pues, en todo tiempo, ahora de adversidad, ahora de prosperidad espiritual ó temporal, tener á Dios por escondido, y así clamar á él diciendo: «A dónde te escondiste?» *

Amado, y me dejaste con gemido.

Lámale Amado para más moverle é inclinarle á su ruego, porque cuando Dios es amado, con grande facilidad acude á las peticiones de su amante. § Y así lo dice él por San Juan, diciendo: Si permaneciéredes en mí, todo lo que quisiéredes, pediréis, y hacerse há. (XV, 7.) De donde entonces le puede el alma de verdad llamar «Amado», cuando ella está entera con él, no teniendo su corazón asido á alguna cosa fuera de él, y así de ordinario trae su pensamiento en él. Que por falta de esto dijo Dálila á Sansón: ¿Que cómo podía él decir que la amaba, pues su ánimo no estaba con ella? (Jud. XVI, 15.) En el cual ánimo se incluye el pensamiento y la afición. * De donde algunos llaman al Esposo «Amado». Y no es su Amado de veras, porque no tienen entero con él su corazón. Y así su petición no es en la presencia de Dios de tanto valor; por lo cual no alcanzan luego su petición, hasta que continuando la oración vengan á tener su ánimo más continuo con Dios, y el corazón con él más entero con afección de amor, porque de Dios no se alcanza nada si no es por amor.

En lo que dice luego. «Y me dejaste con gemido», es de notar que el ausencia del Amado causa continuo gemir en el amante, porque como fuera de él nada ama, en nada descansa ni recibe alivio,

(1) «Que cuanto *más* distintamente le entienden más se llegan á él.» Así traen este lugar el manuscrito de Jaén, Alba, Burgos, Baeza y Avila, lo cual es un yerro manifiesto, pues además de estar en abierta oposición con lo que antecede y sigue, es contrario á la doctrina que enseña en otros lugares el Santo. (Véase la pág. 158 del tomo I, la 103 de éste y la *Anotación* á la Canción 13.) El códice de Segovia y el 18.160 de la Biblioteca Nacional están conformes con nuestro texto.

de donde en esto se conocerá el que de veras ama á Dios, si con ninguna cosa menos que él se contenta: ¿mas qué digo se contenta? § Pues aunque todas juntas las posea, no estará contento, antes cuantas más tuviere estará menos satisfecho: porque la satisfacción del corazón no se halla en la posesión de las cosas, sino en la desnudez de todas ellas y pobreza de espíritu. Que por consistir en esta la perfección de amor en que se posee Dios con muy junta y particular gracia, vive en el alma en esta vida, cuando ha llegado á ella con alguna satisfacción, aunque no con hartura; pues que David con toda su perfección la esperaba en el cielo, diciendo: *Satiabor, cùm apparuerit gloria tua*. Cuando pareciere tu gloria, me hartaré. (Psalm. XVI, 15.) Y así no le basta la paz y tranquilidad, y satisfacción de corazón á que puede llegar el alma en esta vida, para que deje de tener dentro de sí gemido (aunque pacífico y no penoso) en la esperanza de lo que falta. Porque el gemido es anejo á la esperanza. * Como el que decía el Apóstol, que tenía él y los demás, aunque perfectos, diciendo: *Nos ipsi primitias Spiritûs habentes, et ipsi intra nos gemimus, adoptionem filiorum Dei expectantes*. Nosotros mismos, que tenemos las primicias del espíritu dentro de nosotros mismos, gemimos esperando la adopción de hijos de Dios. (Rom. VIII, 23.) Este gemido, pues, tiene aquí el alma dentro de sí en el corazón enamorado, porque donde hiere el amor, allí está el gemido de la herida clamando siempre con el sentimiento de la ausencia; mayormente, cuando habiendo ella gustado alguna dulce y sabrosa comunicación del Esposo, ausentándose, se quedó sola y seca de repente, que por eso dice luego:

Como el ciervo huiste.

Donde es de notar, que en los Cantares compara la Esposa á el Esposo al ciervo y á la cabra montesa, diciendo: *Similis est dilectus meus caprea, hinnuloque cervorum*. Semejante es mi Amado á la cabra y al hijo de los ciervos (II, 9). Y esto no sólo por ser extraño y solitario, y huir de las campañas, como el ciervo, sino también por la presteza de esconderse y mostrarse, cual suele hacer en la visitas

que hace á las devotas almas para regalarlas y animarlas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas, para probarlas y humillarlas y enseñarlas; por lo cual las hace sentir con mayor dolor la ausencia, según ahora da aquí á entender en lo que se sigue, diciendo:

Habiéndome herido.

Que es como si dijera, no sólo no me basta la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que hiriéndome más de amor con tu flecha, y aumentando la pasión y apetito de tu vista, huyes con ligereza de ciervo, y no te dejas comprender algún tanto.

Para más declaración de este verso, es de saber, que allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga y levanta en amor, suele hacer unos escondidos toques de amor que á manera de saeta de fuego hieren y traspasan el alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor, y estas propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma. Inflaman éstas tanto la voluntad en afición, que se está el alma abrasando en fuego y llamas de amor, tanto, que parece consumirse de aquella llama, y la hace salir fuera de si y renovar toda, y pasar á nueva manera de ser, así como el ave fénix, que se quema y renace de nuevo. De lo cual hablando David, dice: *Inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi.* Fué inflamado mi corazón, y las renes se mudaron, y yo me resolví en nada, y no supe (Psalm. LXXII, 21, 22). Los apetitos y afectos que aquí entiende el profeta por renes, todos se conmueven y mudan en Divinos en aquella inflamación del corazón, y el alma por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino amor. Y á este tiempo es la conmutación de estas renes en grande manera de tormento y ansia por ver á Dios, tanto, que le parece al alma intolerable el rigor de que con ella usa el amor; no porque la hubo herido (porque antes tiene ella las tales heridas por salud), sino porque la dejó así penando en amor, y no la hirió más valerosamente, acabándola de matar para

verse ó juntarse con él en vida de amor perfecto. Por tanto, encareciendo ó declarando ella su dolor, dice:

Habiéndome herido.

Es á saber, dejándome así herida, muriendo con herida de amor de tí, te escondiste con tanta ligereza como ciervo. Este sentimiento acaece así tan grande, porque en aquella herida de amor que hace Dios al alma, levántase el afecto de la voluntad con súbita presteza á la posesión del Amado, cuyo toque sintió, y con esa misma presteza siente el ausencia y el no poderle poseer aquí como desea; y así luego allí juntamente siente el gemido de la tal ausencia, porque estas visitas tales no son como otras en que Dios recrea y satisface al alma, porque estas sólo las hace más para herir que para sanar; y más para lastimar que para satisfacer; pues sirven para avivar la noticia y aumentar el apetito, y por consiguiente el dolor y ansia de ver á Dios. Estas se llaman heridas espirituales de amor, las cuales son al alma sabrosísimas y deseables; por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes á estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios; lo cual da ella á entender en el verso siguiente, diciendo:

Salí tras tí clamando, y eras ido.

En las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que hirió. Y por eso esta herida alma salió con la fuerza del fuego que causa la herida tras de su Amado que la había herido, clamando á él para que la sanase. Es de saber, que este salir espiritualmente se entiende aquí de dos maneras para ir tras Dios. La una saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por aborrecimiento y desprecio de ellas. La otra saliendo de sí misma por olvido de sí, lo cual se hace por el amor de Dios; porque cuando éste toca al alma con las veras que se va diciendo aquí, de tal manera la levanta que no sólo la hace salir de sí misma por el olvido de sí, pero aun de sus

quicios y modos é inclinaciones naturales la saca clamando por Dios, y así es como si dijera: Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor sacaste mi alma, no sólo de todas las cosas, mas también la sacaste é hiciste salir de sí (porque á la verdad, y aun de las carnes parece la saca) y levántastela á tí, clamando por tí, ya desasida de todo para asirse á tí.

Y eras ido.

§ Como si dijera: al tiempo que quise comprehender tu presencia no te hallé, y quedéme desasida de lo uno y sin asir lo otro, penando en los aires de amor, sin arrimo de tí y de mi. * Esto que aquí llama el alma salir para ir á buscar el Amado, llama la Esposa en los Cantares levantar, diciendo: *Surgam, et circuibo civitatem: per vicos, et plateas quæram, quem diligit anima mea: quæsi vi illum, et non inveni..... vulneraverunt me.* Levantarme hé y buscaré al que ama mi alma rodeando la ciudad por los arrabales y las plazas: busquéle, dice, y no le hallé, y llagáronme (III, 2, V, 7). Levantarse el alma Esposa, se entiende allí (hablando espiritualmente) de lo bajo á lo alto, que es lo mismo que aquí dice el alma, «salir»: esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios. Pero dice allí la Esposa que quedó llagada porque no le halló. Y aquí el alma también dice que está herida de amor, y la dejó así; por eso el enamorado vive siempre penado en la ausencia, porque él está ya entregado á el que ama, esperando la paga de la entrega que ha hecho, y es la entrega del Amado á él, y todavía no se la da, y estando ya perdido á todas las cosas, y á sí mismo por el Amado, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de le posesión del que ama su alma.

Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios suele ser tan grande á los que van llegando al estado de perfección al tiempo de estas Divinas heridas, que si no proveyese el Señor, morirían; porque como tienen el paladar de la voluntad sano y el espíritu limpio y bien dispuesto para Dios, y en lo que está dicho se les da á gustar algo de la dulzura del amor Divino, que ellos sobre todo modo ape-

tecn, padecen sobre todo modo; porque como por resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede, así es inefable la pena y el tormento.

CANCIÓN II

Pastores, los que fuerdes
 Allá por las majadas al Otero,
 Si por ventura vierdes
 Aquel que yo más quiero,
 Decidle que adolezco, peno y muero.

DECLARACIÓN

En esta Canción el alma se quiere aprovechar de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le den parte de su dolor y pena; porque propiedad es del amante, ya que por la presencia no puede comunicarse con el Amado, de hacerlo con los mejores medios que puede. Y así el alma de sus deseos, afectos y gemidos se quiere aquí aprovechar, como de mensajeros que tan bien saben manifestar lo secreto del corazón á su Amado, y así los requiere que vayan, diciendo:

Pastores, los que fuerdes.

Llamando pastores á sus deseos, afectos y gemidos, por cuanto ellos apacientan al alma de bienes espirituales. Porque «pastor» quiere decir apacentador, y mediante ellos se comunica Dios á ella y le da Divino pasto, porque sin ellos poco se le comunica. Y dice:

Los que fuerdes.

que es como decir, los que de puro amor saliéredes. Porque no todos los afectos y deseos van hasta él, sino los que salen de verdadero amor.

Allá por las majadas al Otero.

Llama «majadas» á las jerarquías y coros de los ángeles, por los cuales de coro en coro van nuestros gemidos y oraciones á Dios. Al

cual aquí llama Otero por ser él la suma alteza, y porque en él, como en el otero, se otean y ven todas las cosas, y las «majadas» superiores é inferiores. Al cual van nuestras oraciones, ofreciéndoselas los ángeles, como habemos dicho, según lo dijo el ángel á Tobias, diciendo: *Quando orabas cum lacrymis, et sepeliebas mortuos....., ego obtuli orationem tuam Domino*. Cuando orabas con lágrimas, y enterrabas los muertos, yo ofrecía tu oración á Dios (Tob. XII, 12). También se pueden entender estos pastores del alma por los mismos ángeles; porque no sólo llevan á Dios nuestros recaudos, sino también traen los de Dios á nuestras almas, apacentándolas como buenos pastores de dulces comunicaciones é inspiraciones de Dios, por cuyo medio Dios también las hace, y ellos nos amparan y defienden de los lobos, que son los demonios. Ahora, pues, entienda estos pastores por los afectos, ahora por los ángeles, todos desea el alma que le sean parte y medios para con su Amado, y así á todos les dice:

Si por ventura vierdes.

Y es tanto como decir, si por mi buena dicha y ventura llegáredes á su presencia, de manera que él os vea y os oiga. Donde es de notar, que aunque es verdad que Dios todo lo sabe y entiende, y hasta los mismos pensamientos del alma ve y nota, como dice Moysen (Deuter. XXXI, 21), entonces se dice ver nuestras necesidades y oraciones ú oirlas, cuando las remedia ó las cumple; porque no cualesquier necesidades y peticiones llegan al colmo que las oiga Dios para cumplirlas, hasta que en sus ojos lleguen á bastante sazón y tiempo y número; y entonces se dice verlo y oirlo, según es de ver en el Éxodo, que después de cuatrocientos años que los hijos de Israel habían estado ailigidos en la servidumbre de Egipto, dijo Dios á Moysen; *Vidi afflictionem populi mei..... et descendi, ut liberem eum*. Vi la aflicción de mi pueblo, y he bajado para librarlos (III, 7, 8); como quiera que siempre la hubiese visto. Y también dijo Gabriel á Zacarias (Luc. I, 13), que no temiese, porque ya Dios había oído su oración en darle el hijo que muchos años le había andado pidiendo,

como quiera que siempre le hubiese oído. Y así ha de entender cualquier alma, que aunque Dios no acuda luego á su necesidad y ruego, que no por eso dejará de acudir en el tiempo oportuno, Él que es ayudador, como dice David, en las oportunidades y en la tribulación (Psalm. IX, 10), si ella no desmayare y cesare. Esto, pues, quiere decir aquí el alma cuando dice:

Si por ventura vierdes.

Es á saber, si por ventura es llegado el tiempo en que tenga por bien de otorgar mis peticiones.

Aquel que yo más quiero.

Es á saber, más que á todas las cosas. Lo cual es verdad cuando al alma no se le pone nada delante que la acobarde de hacer y padecer por él cualquier cosa de su servicio; y cuando el alma también puede con verdad decir lo que en el verso siguiente aquí dice es señal de que le ama sobre todas las cosas. Es, pues, el verso:

Decidle que adolezco, peno y muero.

En el cual representa el alma tres necesidades. Conviene á saber, dolencia, pena y muerte; porque el alma que de veras ama á Dios con amor de alguna perfección, en la ausencia padece ordinariamente de tres maneras, según las tres potencias del alma, que son entendimiento, voluntad y memoria. Acerca del entendimiento, dice que adolece porque no ve á Dios, que es la salud del entendimiento, según lo dice Dios por David, diciendo: *Salus tua ego sum*. Yo soy tu salud, Psalm. XXXIV, 3.) Acerca de la voluntad, dice que pena porque no posee á Dios, que es el refrigerio y deleite de la voluntad, según también lo dice David, diciendo: Con el torrente de tu deleite los hartarás. (Ibid. 9.) Acerca de la memoria, dice que *muere*, porque acordándose que carece de todos los bienes del entendimiento, que es ver á Dios, y de los deleites de la voluntad, que es

poseerle, y que también es muy posible carecer de él para siempre entre los peligros y ocasiones de esta vida, padece en esta memoria sentimiento á manera de muerte, porque echa de ver que carece de la cierta y perfecta posesión de Dios, el cual es vida del alma, según lo dice Moisés, diciendo: Él ciertamente es tu vida. (Deuter. XXX, 20.)

Estas tres maneras de necesidades representó también Jeremías á Dios en los Trenos, diciendo: *Recordare paupertatis..... absinthii et fellis*. Recuérdate de mi pobreza y del ajenjo y de la hiel. (III, 19.) La pobreza se refiere al entendimiento, porque á él pertenecen las riquezas de la sabiduría del Hijo de Dios, en el cual, como dice San Pablo, están encerrados todos los tesoros de Dios. (Coloss. II, 3.) El ajenjo, que es yerba amarguísima, se refiere á la voluntad, porque á esta potencia pertenece la dulzura de la posesión de Dios, de la cual careciendo se queda con amargura. Y que la amargura pertenezca á la voluntad espiritualmente se da á entender en el Apocalipsi cuando el ángel dijo á San Juan: *Accipe librum, et devora illum, et faciet amaricari ventrem tuum*. Que en comiendo aquel libro le haría amargar el vientre. (X, 9.) Entendiendo allí por vientre la voluntad. La hiel se refiere no sólo á la memoria, sino á todas las potencias y fuerzas del alma; porque la hiel significa la muerte del alma, según da á entender Moisés hablando con los condenados, en el Deuteronomio, diciendo: *Fel draconum vinum eorum, et venenum aspidum insanabile*. Hiel de dragones será el vino de ellos, y veneno de áspides insanable (XXXII, 33). Lo cual significa allí el carecer de Dios, que es muerte del alma.

Estas tres necesidades y penas están fundadas en las tres virtudes teologales, que son Fe, Caridad y Esperanza, las cuales se refieren á las dichas tres potencias por el orden que aqui se ponen, entendimiento, voluntad y memoria. Y es de notar que el alma en el dicho verso no hace más que representar su necesidad y pena al Amado; porque el que discretamente ama no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad, para que el Amado haga lo que fuere servido, como cuando la bendita Virgen dijo á su amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente

el vino, sino diciéndole: No tienen vino (Joann. II, 3). Y las hermanas de Lázaro le enviaron á decir, no que sanase á su hermano, sino que mirase que al que amaba estaba enfermo (Ibid. XI, 3). Y esto por tres cosas: La primera, porque mejor sabe el Señor lo que nos conviene que nosotros. La segunda, porque más se compadece el Amado viendo la necesidad del que le ama y su resignación. La tercera, porque más seguridad lleva el alma acerca del amor propio y propiedad en representar la falta, que en pedir á su parecer lo que le falta. Ni más ni menos hace acá ahora el alma, representando sus tres necesidades, y es como si dijera: decid á mi Amado, que pues adolesco y él sólo es mi salud, que me dé mi salud; y que pues peno y él sólo es mi gozo, que me dé mi gozo; y que pues muero y él sólo es mi vida, que me dé vida.

CANCIÓN III

Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y frontera.

DECLARACIÓN

Viendo el alma que para hallar al Amado no le bastan gemidos y oraciones, ni tampoco ayudarse de buenos terceros como ha hecho en la primera y segunda Canción, por cuanto el deseo con que le busca es verdadero y su amor grande, no quiere dejar de hacer alguna diligencia de las que de su parte puede; porque el alma que de veras ama á Dios, no empereza hacer cuanto puede por hallar al hijo de Dios su Amado; y aun después que lo ha hecho todo, no se satisface ni piensa que ha hecho nada, y así en esta tercera Canción ella misma por la obra lo quiere buscar, y dice el modo que ha de tener en hallarlo. Conviene á saber, que ha de ir ejercitándose en las

virtudes y ejercicios espirituales de la vida activa y contemplativa, y que para esto no ha de admitir deleites ni regalos algunos, ni bastarán á detenerla é impedirle este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos del alma, que son mundo, demonio y carne. Diciendo,

Buscando mis amores,

esto es, mi Amado, § bien da á entender aquí el alma, que para hallar á Dios de veras no basta sólo orar con el corazón y con la lengua, ni tampoco ayudarse de beneficios ajenos, sino que también junto con eso es menester obrar de su parte lo que en sí es, porque más suele estimar Dios una obra de la propia persona, que muchas que otras hacen por ella; y por eso acordándose aquí el alma del dicho del Amado, que dice: Buscad y hallaréis (Luc. XI, 9); ella misma se determina á salir de la manera que arriba habemos dicho á buscarle por la obra, por no se quedar sin hallarle, como muchos que no querían que les costase Dios más que hablar, y aun eso mal, y por él no quieren hacer cosa que les cueste algo, y algunos aún no levantarse de un lugar de su gusto y contento por él, sino que así se les viniese el sabor de Dios á la boca y al corazón, sin dar paso y mortificarse en perder alguno de sus gustos, consuelos y quereres inútiles; pero hasta que de ellos salgan á buscarle, aunque más voces den á Dios, no le hallarán; porque así le buscaba la Esposa en los Cantares, y no le halló hasta que salió á buscarle, y dícelo por estas palabras: En mi lecho de noche busqué al que ama mi alma; busquéle y no le hallé. Levantarme hé y rodearé la ciudad; por los arrabales y las plazas buscaré al que ama mi alma (III, 1). Y después de haber pasado algunos trabajos, dice allí que le halló. De donde el que busca á Dios queriéndose estar en su gusto y descanso, de noche le busca, y así no le hallará; pero el que le busca por el ejercicio y obras de las virtudes, dejado aparte el lecho de su gusto y deleites, éste le busca de día, y así le hallará; porque lo que de noche no se halla, de día parece. Esto da bien á entender el mismo Esposo en el libro de la

Sabiduría, diciendo: Clara es la Sabiduría, y nunca se marchita, y fácilmente es vista de los que la aman, y es hallada de los que la buscan. Previene á los que la codician, para mostrarse primero á ellos. El que por la mañanica madrugare á ella no trabajará, porque la hallará sentada á la puerta de su casa (VI, 13). En lo cual da á entender, que en saliendo el alma de la casa de su propia voluntad y del lecho de su propio gusto, acabado de salir, luego allí afuera hallará á la dicha Sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios su Esposo, y por eso dice el alma aquí: *Buscando mis amores.* *

Iré por esos montes y riberas.

Por los montes, que son altos, entiende aquí las virtudes. Lo uno por la alteza de ellas, lo otro por la dificultad y trabajo que se pasa en subir á ellas por las cuales dice que irá ejercitando la vida contemplativa. Por las riberas que son bajas, entiende las mortificaciones, penitencias y ejercicios espirituales, por las cuales también dice que irá en ellas ejercitando la vida activa, junto con la contemplativa que ha dicho; porque para buscar á lo cierto á Dios, y adquirir las virtudes, la una y la otra son menester. Es, pues, tanto como decir: buscando á mi Amado, irá poniendo por obra las altas virtudes, y humillándose en las bajas mortificaciones y ejercicios humildes. Esto dice, porque el camino de buscar á Dios, es ir obrando en Dios el bien, y mortificando en sí el mal, de la manera que va diciendo en los versos siguientes, es á saber:

Ni cogeré las flores.

Por cuanto para buscar á Dios, es menester un corazón desnudo y fuerte, y libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, dice en el presente verso y en los siguientes el alma la libertad y fortaleza que ha de tener para buscarle; y en este dice, que no cogerá las flores que encontrare en este camino, por las cuales

entiende todos los gustos y contentamientos y deleites que se le pueden ofrecer en esta vida, que podrían impedir el camino, si cogierlos y admitirlos quisiere. Los cuales son en tres maneras: Temporales, sensuales y espirituales; y porque los unos y los otros ocupan el corazón y le son impedimento para la desnudez espiritual, cual se requiere para el derecho camino de Cristo, si reparase ó hiciese asiento en ellos, dice, que para buscarle no cogerá todas estas cosas dichas; y así es como si dijera: ni pondré mi corazón en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en buscar á mis amores por los montes de las virtudes y trabajos. Esto dice por tomar el consejo que da el profeta David á los que van por este camino, diciendolo: *Divitiæ si affluant, nolite cor apponere*. Esto es, si se ofrecieren abundantes riquezas, no queráis aplicar á ellas el corazón (Psalm. LXI, 11). Lo cual entiende, así de los gustos sensuales como de los demás bienes temporales y consuelos espirituales. Donde es de notar, que no sólo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios, mas también los consuelos y deleites espirituales, si se tienen con propiedad ó se buscan, impiden al camino de la cruz del Esposo Cristo: por tanto, el que ha de ir adelante, conviene que no se ande á coger esas flores, y no sólo eso, sino que también tenga ánimo y fortaleza para decir

*Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.*

En los cuales versos pone los tres enemigos del alma, mundo, demonio y carne, que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las fieras entiende el mundo, por los fuertes el demonio, y por las fronteras la carne.

Llama fieras al mundo, porque al alma que comienza el camino de Dios, parecele que se le representa en la imaginación el mundo como á manera de fieras haciéndole amenazas y fieros, y es principalmente

en tres maneras. La primera, que le ha de faltar el favor del mundo, perder los amigos, el crédito, valer y aun la hacienda. La segunda, que es otra fiera no menor, que cómo ha de poder sufrir no haber ya jamás de tener contentos ni deleites del mundo, y carecer de todos los regalos de él. La tercera es aún mayor; conviene á saber, que se han de levantar contra ella las lenguas y han de hacer burla, y ha de haber muchos dichos y mofas, y le han de tener en poco: las cuales cosas de tal manera se les suelen anteponer á algunas almas, que se les hace dificultosísimo, no sólo el perseverar contra estas fieras, mas aun el poder comenzar el camino.

Pero á algunas almas generosas se les suelen poner otras fieras más interiores, y espirituales de dificultades y tentaciones, tribulaciones y trabajos de muchas maneras, porque les conviene pasar, cuales los envia Dios á los que quiere levantar á alta perfección, probándolos y examinándolos como al oro en el fuego, según aquello de David, en que dice: *Multæ tribulationes justorum: et de omnibus his liberabit eos Dominus*. Esto es, las tribulaciones de los justos son muchas, mas de todas ellas los librárá el Señor (Psalm. XXXIII, 20). Pero el alma bien enamorada, que estima á su Amado más que á todas las cosas, confiada en el amor y favor de él, no tiene en mucho decir: *Ni temeré las fieras*.

Y pasaré los fuertes y fronteras.

A los demonios, que es el segundo enemigo, llama fuertes, porque ellos con grande fuerza procuran tomar el paso de este camino; y porque también sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer, y más dificultosas de entender que las del mundo y carne, y porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos mundo y carne para hacer al alma fuerte guerra. Y por tanto, hablando David de ellos los llama fuertes, diciendo: *Fortes quæsierunt animam meam*. Es á saber, los fuertes pretendieron mi alma. (Ibid. LIII, 5.) De cuya fortaleza también dice el profeta Job: Que no hay poder

sobre la tierra que se compare á este del demonio, que fué hecho de suerte que á ninguno temiese (Job, XLI, 24); esto es, ningún poder humano se podrá comparar con el suyo, y así sólo el *poder* Divino basta para poderle vencer, y sola la luz Divina para poderle entender sus ardidés; por lo cual el alma que hubiere de vencer su fortaleza, no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin humildad y mortificación, que por eso dice el Apóstol San Pablo, avisando á los Fjeles, estas palabras: *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversùs insidias diaboli, quoniam non est nobis colluctatio adversùs carnem, et sanguinem*. Es á saber, vestios de las armas de Dios, para que podáis resistir *contra las* astucias del enemigo; porque esta lucha no es como contra la carne y sangre (Ephes. VI, 11 et 12.) Entendiendo por la sangre el mundo, y por las armas de Dios la oración y la cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho. Dice también el alma que pasará las fronteras, por las cuales se entiende, como habemos dicho, las repugnancias y rebeliones que naturalmente la carne tiene contra el espíritu, la cual, como dice San Pablo, codicia contra el espíritu: *Caro enim concupiscit adversùs spiritum*. (Ad Gal. V, 17.) Y se pone como en frontera resistiendo al camino espiritual, y estas fronteras ha de pasar el alma rompiendo las dificultades, y echando por tierra con la fuerza y determinación del espíritu todos los apetitos sensuales y aficiones naturales; porque en tanto que los hubiere en el alma, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas, que no puede pasar á verdadera vida y deleite espiritual. Lo cual nos dió bien á entender San Pablo, diciendo: *Si autem spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*. Esto es, si mortificáredes las inclinaciones de la carne y apetitos con el espíritu, viviréis. (Ad Rom. VIII, 13.) Este, pues, es el estilo, que dice el alma en la dicha Canción, que le conviene tener para en este camino buscar á su Amado, el cual en suma es tener constancia y valor para no bajarse á coger las *flores*, y ánimo para no temer las *fieras* y fortaleza para pasar los *fuertes* y *fronteras*, sólo entendiendo en ir por los montes y riberas de virtudes, de la manera que está ya declarado.

CANCIÓN IV

Oh bosques y espesuras,
 Plantadas por la mano del Amado,
 Oh prado de verduras,
 De flores esmaltado,
 Decid si por vosotros ha pasado.

DECLARACIÓN

Después que el alma ha dado á entender la manera de disponerse para comenzar este camino, para no se andar ya á deleites y gustos, y la fortaleza que ha de tener para vencer las tentaciones y dificultades, en lo cual consiste el ejercicio del conocimiento de sí, que es lo primero que tiene de hacer el alma para ir al conocimiento de Dios; ahora en esta Canción comienza á caminar por la consideración y conocimiento de las criaturas al conocimiento de su Amado, Criador de ellas; porque después del ejercicio del conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo á Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas, según aquello del Apóstol, que dice: *Invisibilia enim ipsius, à creatura mundi, per ea quæ facta sunt, intellecta conspiciuntur.* (Ad Rom. I, 20.) Que es como si dijera: las cosas invisibles de Dios, son del alma conocidas por las cosas criadas visibles é invisibles.

Habla, pues, el alma en esta Canción con las criaturas, preguntán-
 doles por su Amado. Y es de notar que, como dice San Agustín (1),
 la pregunta que el alma hace á las criaturas es la consideración que
 en ellas hace del Criador de ellas. Y así en esta Canción se contiene
 la consideración de los elementos y de las demás criaturas inferiores,
 y la consideración de los cielos y de las demás criaturas y cosas

(1) *Confessiones*, lib. X, capite 6 por totum.

materiales que Dios crió en ellos; y también la consideración de los espíritus celestiales, diciendo:

Oh bosques y espesuras.

Llama «bosques» á los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego. Porque así como amenísimos bosques, están poblados de espesas criaturas, á las cuales llama aquí «espesuras», por el grande número y mucha diferencia que hay de ellas en cada elemento. En la tierra innumerables variedades de animales y plantas: en el agua innumerables diferencias de peces, y en el aire mucha diversidad de aves; y el elemento del fuego conçurre con todos para la animación y conservación de ellos; y así cada suerte de animales vive en su elemento, y está colocada y plantada en él como en su bosque y región donde nace y se cria; y á la verdad así lo mandó Dios (Gen. I, per totum) en la creación de ellos, mandando á la tierra que produjese las plantas y los animales, y á la mar y agua los peces, y al aire hizo morada de las aves; y por eso viendo el alma que así lo mandó, y que así se hizo, dice el verso siguiente:

Plantados por la mano del Amado.

En el cual es esta la consideración, es á saber: que estas diferencias y grandezas sola la mano del Amado Dios pudo hacerlas y criarlas. Donde es de notar que advertidamente dice por la «mano» del Amado; porque aunque otras muchas cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles y de los hombres, esta que es criar, nunca la hizo ni hace por otra que la suya propia; y así el alma mucho se mueve á el amor de su Amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas, y dice adelante:

Oh prado de verduras.

Esta es la consideración del cielo, al cual llama «Prado de verduras», porque las cosas que hay en él criadas siempre están con verdura inmarcesible, que ni fenecen ni se marchitan con el tiempo,

y en ellas como en frescas verduras se recrean los justos; en la cual consideración también se comprende toda la diferencia de las hermosas estrellas y otros planetas celestiales.

Este nombre de «verduras» pone también la Iglesia á las cosas celestiales, cuando rogando á Dios por las ánimas de los fieles difuntos, hablando con ellas, dice: *Constituat vos Dominus inter amœna virentia*. Quiere decir: Constiyáos Dios entre las verduras deleitables (1). Y dice también que este «prado de verduras» también está

De flores esmaltado.

Por las cuales «flores» entiende los ángeles y almas santas, con las cuales está adornado aquel lugar y hermoseedo como un gracioso y subido esmalte en un vaso de oro excelente.

Decid si por vosotros ha pasado.

Esta pregunta es la consideración que arriba queda dicha, y es como si dijera: decid qué excelencias en vosotros ha criado.

CANCIÓN V

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.

DECLARACIÓN

En esta Canción responden las criaturas al alma, la cual respuesta, como también dice San Agustín en aquel mismo lugar (2), es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios á el alma que por la consideración se lo pregunta; y así en esta Canción lo que

(1) Brev. in ordine commendat. animæ. En las ediciones antiguas se variaba algo este pasaje, poniendo el texto latino tal como se halla en el Breviario. En los manuscritos se encuentra según le damos en nuestra edición. El Santo no pretendió citarle á la letra.

(2) Lib. X, Conf. cap. 6. per totum.

se contiene en sustancia es, que Dios crió todas las cosas con gran facilidad y brevedad, y en ellas dejó algún rastro de quién él era, no sólo dándoles el ser de nada, mas aún dotándolas de innumerables gracias y virtudes, y hermo세ándolas con el admirable orden y dependencia indeficiente que tienen unas de otras, y esto haciéndolo por la Sabiduría suya por quien las crió, que es el Verbo su Unigénito Hijo. Dice, pues, así:

Mil gracias derramando.

Por estas «mil gracias» que dice iba derramando, se entiende la multitud de las criaturas innumerables, que por eso pone aquí el número mayor, que es mil, para dar á entender la multitud de ellas, á las cuales llama gracias, por las muchas gracias de que dotó á las criaturas: las cuales derramando, es á saber, todo el mundo poblando,

Pasó por estos sotos con presura.

Pasar por los sotos es criar los elementos, que aquí llama «Sotos», por los cuales dice que derramando mil gracias pasaba, porque de todas las criaturas los adornaba, que son graciosas; y allende de eso en ellas derramaba las mil gracias, dándoles virtud para poder concurrir con la generación y conservación de todas ellas. Y dice que pasó, porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría, y otras virtudes Divinas: y dice que este paso fué con «presura», porque las criaturas son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso; porque las mayores, en que más se mostró, y en que él más reparaba, eran las de la Encarnación del Verbo y misterios de la Fe cristiana, en cuya comparación todas las demás eran hechas como de paso y con apresuramiento.

*Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.*

Según dice San Pablo, el Hijo de Dios es resplandor de su gloria

y figura de su sustancia. (Hebræor. I, 3.) Es, pues, de saber, que con sola esta *figura* de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fué darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según se dice en el Génesis por estas palabras: Miró Dios todas las cosas que había hecho, y eran mucho buenas. (I, 31.) El mirarlas mucho buenas era hacerlas mucho buenas en el Verbo su Hijo. Y no sólo les comunicó el ser y gracias naturales mirándolas, como habemos dicho, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural, lo cual fué cuando se hizo hombre, ensalzándole en hermosura de Dios, y por consiguiente á todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre. Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios: *Et ego si exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum*. Esto es, si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré á mí todas las cosas (Joan. XII, 32); y así en este levantamiento de la Encarnación de su Hijo y de la gloria de su resurrección, según la carne, no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podemos decir que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

Pero demás de esto todo, hablando ahora según el sentido y afecto de la contemplación, es de saber que en la viva contemplación y conocimiento de las criaturas, echa de ver el alma haber en ellas tanta abundancia de gracias y virtudes y hermosura, de que Dios las dotó, que le parece estar todas vestidas de admirable hermosura y virtud natural sobrederivada y comunicada de aquella infinita hermosura sobrenatural de la figura de Dios, cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y á todos los cielos, así como también con abrir su mano, como dice David, llena todo animal de bendición: *Aperis tu manum tuam: et imples omne animal benedictione* (Psalm. CXLIV, 16). Y por tanto, llagada el alma en amor por este rastro que ha conocido en las criaturas de la hermosura de su Ama-

do, con ansias de ver aquella hermosura, que es causa de estotra hermosura visible, dice la siguiente Canción:

CANCIÓN VI

¡Ay, quién podrá sanarme!
 Acaba de entregarte ya de vero,
 No quieras enviarme
 De hoy más ya mensajero,
 Que no saben decirme lo que quiero.

DECLARACIÓN

Como las criaturas dieron al alma señas de su Amado, mostrándole en sí rastro de su hermosura y excelencia, aumentósele el amor, y por consiguiente le creció el dolor de la ausencia; porque cuanto más el alma conoce á Dios, tanto más le crece el apetito y pena por verle; y como ve que no hay cosa que pueda curar su dolencia sino la presencia y vista de su Amado, desconfiada de cualquier otro remedio, pidele en esta Canción la entrega y posesión de su presencia, diciendo: que no quiera de hoy más entretenerla con otras cualesquier noticias y comunicaciones suyas y rastros de su excelencia, porque éstas más le aumentan las ansias y el dolor, que satisfacen á su voluntad y deseo. La cual voluntad no se contenta y satisface con menos que con su vista; y por tanto que sea él servido de entregarse á ella ya de veras en acabado y perfecto amor, y así dice:

¡Ay, quién podrá sanarme!

Como si dijera: Entre todos los deleites del mundo y contentamientos de los sentidos y gustos y suavidad del espíritu, cierto nada podrá sanarme, nada podrá satisfacerme; y pues así es,

Acaba de entregarte ya de vero.

Donde es de notar, que cualquier alma que ama de veras, no

puede querer satisfacerse ni contentarse hasta poseer de veras á Dios. Porque todas las demás cosas no solamente no la satisfacen, mas antes, como habemos dicho, la hacen crecer el hambre y apetito de verlo á él como es; y así cada visita que del Amado recibe, de conocimiento ó sentimiento, ó otra cualquier comunicación (los cuales son como mensajeros, que dan al alma recaudos de noticia de quien él es, aumentándole y despertándole (1) más el apetito; así como hacen las migajas en grande hambre) haciéndosele pesado entretenerse con tan poco, dice:

Acaba de entregarte ya de vero.

Porque todo lo que de Dios en esta vida se puede conocer, por mucho que sea, no es conocimiento de vero, porque es conocimiento en parte, y muy remoto; mas conociéndole esencialmente es conocimiento de veras, el cual aquí pide el alma, no se contentando con esotras comunicaciones, y por tanto dice luego:

*No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero.*

Como si dijera: No quieras que de aquí adelante te conozca tan á la tasa por estos mensajeros de las noticias y sentimientos que se me dan de tí, tan remotos y ajenos de lo que de tí desea mi alma, porque los mensajeros á quien pena por la presencia, bien sabes tú, Esposo mío, que aumentan el dolor. Lo uno, porque renuevan la llaga con la noticia que dan. Lo otro porque parecen dilaciones de la venida. Pues luego de hoy más no quieras enviarme estas noticias remotas; porque si hasta aquí podía pasar con ellas porque no te conocía ni amaba mucho, ya la grandeza del amor que tengo no puede contentarse con estos recaudos: por tanto acaba de entregarte. Como si más claro dijera: Señor mío Esposo, que andas dando de tí á mi alma por partes, acaba de darlo del todo. Y esto que andas mos-

(1) Así dicen los manuscritos de Jaén. Alba, Barrameda, Loeches, Bujalance, Valladolid y la edición de Bruselas; el códice burguense pone: *aumentánle y despertánle*. Con él concordaban las ediciones anteriores.

trando como por resquicios, acaba de mostrarlo á las claras. Y esto que andas comunicando por medios, que es comunicarte como de burlas, acaba de hacerlo de veras, comunicándote por tí mismo; que parece á veces en tus visitas que vas á dar la joya de tu posesión, y cuando mi alma bien se cata, se halla sin ella porque se la escondes; lo cual es como dar de burla. Entrégate, pues, ya de vero, dándote todo al todo de mi alma, porque toda ella te tenga á tí todo, y no quieras enviarme ya más mensajero,

Que no saben decirme lo que quiero.

Como si dijera, yo á ti todo quiero, y ellos no me saben ni pueden decir á ti todo; porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo pueden dar al alma la noticia que ella desea tener de tí; y así no saben decirme lo que quiero. En lugar, pues, de estos mensajeros, tú seas el mensajero y los mensajes

CANCIÓN VII

Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo (1)
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

DECLARACIÓN

En la Canción pasada ha mostrado el alma estar herida ó enferma de amor de su Esposo, á causa de la noticia que de él le dieron las criaturas irracionales: y en esta presente da á entender estar llagada de amor á causa de otra noticia más alta que del Amado recibe por medio de las criaturas racionales, que son más nobles que las otras, las cuales son los ángeles y hombres. Y también dice que no sólo esto, sino que también está muriendo de amor, á causa de una

(1) El manuscrito de Jaén dice: «Y *dejánme*», lo cual se ve ser descuido del copiante, pues cuando pone todas las canciones, y al explicar este verso, escribe: «Y *déjame*». Algún manuscrito más tiene la misma equivocación.

inmensidad admirable que por medio de estas criaturas se le descubre sin acabársele de descubrir, que aquí llama *no sé qué*, porque no se sabe decir, porque ello es tal, que hace estar muriendo al alma. De donde podemos inferir, que en este negocio de amor hay tres maneras de penar por el Amado acerca de tres maneras de noticias que de él se pueden tener. La primera se llama herida, la cual es más remisa, y más brevemente pasa, bien así como herida; porque de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nace, que son las más bajas obras de Dios. Y de esta herida, que aquí llamamos también enfermedad, habla la Esposa en los Cantares, diciendo: *Adjuro vos, filiae Jerusalem, si inveneritis dilectum meum ut nuntietis ei, quia amore langueo*. Que quiere decir: Conjúroos, hijas de Jerusalem, que si halláredes á mi Amado le digáis que estoy enferma de amor (V, 8) entendiendo por las hijas de Jerusalem las criaturas. La segunda se llama llaga, la cual hace más asiento en el alma que la herida, y por eso dura más, porque es como herida ya vuelta en llaga, con la cual se siente el alma verdaderamente andar llagada de amor. Y esta llaga se hace en el alma mediante la noticia de las obras de la Encarnación del Verbo y misterios de la Fe. Los cuales por ser mayores obras de Dios, y que mayor amor en sí encierran que las de las criaturas, hacen en el alma mayor efecto de amor. De manera, que si el primero es como herida, este segundo es ya como llaga hecha, que dura. De la cual hablando el Esposo en los *Cantares* con el alma, dice: Llagástememe mi corazón, hermana mía; llagástememe mi corazón con el uno de tus ojos, y en un cabello de tu cuello (IV, 9). Porque el ojo significa aquí la Fe de la Encarnación del Esposo, y el cabello significa el amor de la misma Encarnación. La tercera manera de penar en el amor es como morir, lo cual es ya como tener la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada; la cual vive muriendo, hasta que matándola el amor la haga vivir vida de amor transformándola en amor. Y este morir de amor se causa en el alma mediante un toque de noticia suma de la Divinidad, que es el *no sé qué* que dice en esta Canción, que quedan balbuciendo: el cual toque no es continuo, ni mucho, porque se desataría el alma del cuerpo, mas pasa en breve; y

así queda muriendo de amor; y más muere, viendo que no se acaba de morir de amor. Este se llama amor impaciente, del cual se trata en el Génesis, donde dice la Escritura que era tanto el amor que tenía Raquel de concebir, que dijo á su esposo Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Esto es: dame hijos, si no yo moriré (XXX, 1). Y el profeta Job decía: *Quis mihi det, ut qui cœpit ipse me conterat?* Que es decir: ¿Quién me dará á mí, que el que me comenzó, ese me acabe? (VI, 9.)

Estas dos maneras de penas de amor, es á saber la *llaga* y el *morir*, dice en esta Canción que le causan estas criaturas racionales. La *llaga*, en lo que dice que le van refiriendo mil gracias del Amado en los misterios y Sabiduría de Dios que la enseñan de la Fe. El *morir*, en aquello que dice que quedan balbuciendo, que es el sentimiento y noticia de la Divinidad, que algunas veces en lo que el alma oye decir de Dios se le descubre. Dice, pues:

Y todos cuantos vagan.

A las criaturas racionales, como habemos dicho, entiende aqui por los que vagan, que son los ángeles y los hombres; porque solos éstos de todas las criaturas vacan á Dios entendiendo en él, porque eso quiere decir este vocablo *vagan*, el cual en latin se dice *vacant*. Y así es tanto como decir, todos cuantos vacan á Dios; lo cual hacen los unos contemplándole en el cielo y gozándole, como son los ángeles: los otros amándole y deseándole en la tierra, como son los hombres. Y porque por estas criaturas racionales más al vivo conoce á Dios el alma, ahora por la consideración de la excelencia que tiene sobre todas las cosas criadas, ahora por lo que ellas nos enseñan de Dios; las unas interiormente por secretas inspiraciones, como lo hacen los ángeles; los otros exteriormente, por las verdades de la Escritura, dice:

De ti me van mil gracias refiriendo.

Esto es, dándome á entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de la Encarnación y verdades de Fe, que

de tí me declaran, y siempre me van más refiriendo; porque quanto más quisieren decir, más gracias podrán descubrir de tí.

Y todas más me llagan.

Porque en quanto los ángeles me inspiran, y los hombres de tí me enseñan, de tí más me enamoran, y así todas de amor más me llagan.

Y déjame muriendo

Un no sé qué, que quedan balbuciendo.

Como si dijera: pero allende de lo que me llagan estas criaturas en las mil gracias que me dan á entender de tí, es tal un *no sé qué* que se siente quedar por decir, y una cosa que se conoce quedar por descubrir (1), y un subido rastro que se descubre al alma de Dios quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios que no se sabe decir, que por eso lo llama *no sé qué*; que si lo otro que entiendo me llaga y hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata. Esto acaece á veces á las almas que están ya aprovechadas, á las cuales hace Dios merced de dar en lo que oyen ó ven ó entienden, y á veces sin eso y sin esotro, una subida noticia en que se le da á entender y sentir alteza de Dios y grandeza; y en aquel sentir siente tan alto de Dios, que entiende claro se queda todo por entender; y aquel entender y sentir ser tan inmensa la Divinidad que no se puede entender acabadamente, es muy subido entender. Y así una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios á un alma por vía de paso, es darle claramente á entender y sentir tan altamente de Dios, que entienda claro que no se puede entender ni sentir del todo. Porque es en alguna manera al modo de los que le ven en el cielo, donde los que más le conocen, entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender; porque

(1) «Que *no* se conoce quedar por descubrir.» (Mss. de Alba y Burgos.) Es error manifiesto, al cual añade otro (además de tener éste), el manuscrito de Jaén, pues dice: «Por descubrir *de sí*». Los otros manuscritos de que nos servimos están conformes con el texto que damos.

aquellos que menos le ven, son á los que no les parece tan distintamente lo que les queda por ver, como á los que más ven. Esto creo no lo acabará bien de entender el que no lo hubiere experimentado; pero el alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender de aquello que altamente siente, llámalo *un no sé qué*; porque así como no se entiende, así tampoco se sabe decir, aunque, como he dicho, se sabe sentir: por eso dice que le quedan las criaturas balbuciendo, porque no lo acaban de dar á entender; que eso quiere decir balbucir, que es el hablar de los niños, que es no acertar á decir ni dar á entender qué hay que decir.

ANOTACIÓN PARA LA CANCIÓN SIGUIENTE

También acerca de las demás criaturas acaecen al alma algunas ilustraciones al modo que hemos dicho, aunque no siempre tan subidas, cuando Dios hace merced al alma de abrirle la noticia y el sentido del espíritu en ellas, las cuales parece están dando á entender grandezas de Dios que no acaban de dar á entender; y es como que van á dar á entender, y se quedan por entender; y así es *un no sé qué* que quedan balbuciendo. Y así el alma va adelante con su querella, y habla con la vida de su alma, en la siguiente Canción, diciendo:

CANCIÓN VIII

Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?

DECLARACIÓN

Como el alma se ve morir de amor (según acaba de decir) y que no se acaba de morir para poder gozar del amor con libertad, quéjase de la duración de la vida corporal, á cuya causa se le dilata la vida espiritual. Y así en esta Canción habla con la misma vida de su alma encareciendo el dolor que le causa. Y el sentido de la Canción es el

que se sigue: vida de mi alma, ¿cómo puedes perseverar en esta vida de carne, pues te es muerte y privación de aquella vida verdadera espiritual de Dios, en que por esencia, amor y deseo más verdaderamente que en el cuerpo vives? Y ya que esto no fuese causa para que salieses y librases del cuerpo de esta muerte, para vivir y gozar la vida de tu Dios, ¿cómo todavía puedes perseverar en el cuerpo tan frágil?, pues además de esto, son bastantes sólo por sí para acabarte la vida las heridas que recibes de amor de las grandezas que se te comunican de parte del Amado, que todas ellas vehementemente te dejan herida de amor; y así cuantas cosas de él sientes y entiendes, tantos toques y heridas que de amor matan, recibes. Síguese el verso:

*Mas ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives?*

Para inteligencia de estos versos, es de saber que el alma más vive donde ama, que en el cuerpo donde anima, porque en el cuerpo ella no tiene su vida, antes ella lo da al cuerpo, y ella vive por amor en lo que ama. Pero además de esta vida de amor, por el cual vive en Dios el alma que le ama, tiene el alma su vida radical y naturalmente como también todas las cosas criadas en Dios, según aquello de San Pablo, que dice: *In ipso enim vivimus, et movemur, et sumus*. En él vivimos, y nos movemos, y somos (Act. XVII, 28), que es decir: en Dios tenemos nuestra vida, y nuestro movimiento y nuestro ser. Y San Juan dice que todo lo que fué hecho, era vida en Dios: *Quod factum est, in ipso vita erat* (I, 4). Y como el alma ve que tiene su vida natural en Dios, por el ser que en él tiene, y también su vida espiritual por el amor con que le ama, quéjase y lastímase que pueda tanto una vida tan frágil en cuerpo mortal, que la impida gozar una vida tan fuerte, verdadera y sabrosa como vive en Dios por naturaleza y amor. En lo cual es grande el encarecimiento que el alma hace porque da aquí á entender que padece en dos contrarios, que son vida natural en cuerpo, y vida espiritual en Dios, que son contrarios en sí, por cuanto repugna el uno á el otro. § Y viviendo ella en

entrambos, por fuerza ha de tener gran tormento; pues la una vida penosa le impide la otra sabrosa, tanto que la vida natural le es á ella como muerte, pues por ella está privada de la espiritual, en que tiene todo su ser y vida por naturaleza, y todas sus operaciones y aficiones por amor. Y para dar más á entender el rigor de esta frágil vida, dice luego: *

*Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes.*

Como si dijera: y demás de lo dicho, ¿cómo puedes perseverar en el cuerpo, pues por sí sólo bastan á quitarte la vida los toques de amor (que eso entiende por flechas) que en tu corazón hace el Amado? Los cuales toques de tal manera fecundan el alma y el corazón de inteligencia y amor de Dios, que se puede bien decir que concibe de Dios, según lo dice en el verso siguiente:

De lo que del Amado en tí concibes.

Es á saber, de la grandeza, hermosura, sabiduría, gracia y virtudes que de él entiendes.

ANOTACIÓN PARA LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ A manera de ciervo, que cuando está herido con yerba, no descansa ni sosiega, buscando por acá y por allá remedios, ahora engolfándose en unas aguas, ahora en otras, y siempre le va creciendo más en todas las ocasiones y remedios que toma, el toque de la yerba, hasta que se apodera bien del corazón y viene á morir: así el alma que anda tocada de la yerba del amor, cual esta de que tratamos aquí, nunca cesando de buscar remedios para su dolor, no solamente no los halla, mas antes todo cuanto piensa, dice y hace, le aprovecha para más dolor; y ella conociéndolo así, y que no tiene otro remedio, sino venirse á poner en las manos del que la hirió,

para que despenándola, la acabe ya de matar con la fuerza del amor, vuélvese á su Esposo, que es la causa de todo esto, y dícele la Canción siguiente: *

CANCIÓN IX

¿Por qué, pues, has llagado
Aqueste corazón no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

DECLARACIÓN

Vuelve, pues, el alma en esta Canción á hablar con el Amado todavía, con la querella de su dolor; porque el amor impaciente, cual aquí muestra tener el alma, no sufre ningún ocio ni da descanso á su pena, proponiendo de todas maneras sus ansias hasta hallar el remedio: y como se ve llagada y sola, no teniendo otro ni otra medicina sino á su Amado, que es el que la llagó, dícele, que pues él llagó su corazón, con el amor de su noticia, que por qué no le ha sanado con la vista de su presencia. Y que pues él también se lo ha robado por el amor con que la ha enamorado sacándosele de su propio poder, que por qué le ha dejado así; es á saber, sacado de su poder (porque el que ama ya no posee su corazón, pues lo ha dado al amado), y no le ha puesto de veras en el suyo, tomándole para sí en entera y acabada transformación de amor, en gloria: dice pues;

*¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?*

No se querella porque la haya llagado, porque el enamorado cuanto más herido, está más pagado; sino que habiendo llagado el corazón, no le sanó acabándole de matar: porque son las heridas de amor tan dulces y tan sabrosas, que si no llegan á morir, no la pueden satisfacer; pero sonle tan sabrosas, que querría la llagasen hasta aca-

barla de matar, y por eso dice: «¿Por qué, pues has llagado aqueste corazón no le sanaste?» Como si dijera: por qué, pues le has herido hasta llagarle, no le sanas acabándole de matar de amor? Pues eres tú la causa de la llaga en dolencia de amor, sé tú la causa de la salud en muerte de amor: porque de esta manera el corazón que está llagado con el dolor de tu ausencia, sanará con el deleite y gloria de tu dulce presencia. Y añade diciendo:

*Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste.*

Robar no es otra cosa que desaposicionar lo suyo á su dueño, y aposesionarse de ello el robador. Esta querella, pues, propone aquí el alma al amado, diciendo que pues él ha robado su corazón por amor, y sacádole de su poder y posesión, ¿por qué le ha dejado así, sin ponerle de veras en la suya tomándole para sí, como hace el robador, el robo que robó, que de hecho se le lleva consigo? Por eso el que está enamorado se dice tener el corazón robado ó arrobado de aquel á quien ama, porque le tiene fuera de sí puesto en la cosa amada, y así no tiene corazón para sí, sino para aquello que ama. De aquí podrá bien conocer el alma si ama á Dios puramente ó no; porque si le ama, no tendrá corazón para sí propia ni para mirar su gusto y provecho, sino para honra y gloria de Dios, y darle á él gusto, porque cuanto más tiene el corazón para sí, menos le tiene para Dios. Y verse há si el corazón está bien robado de Dios, en una de dos cosas: en si trae ansias por Dios, y no gusta de otra cosa sino de él, como aquí muestra el alma: la razón es porque el corazón no puede estar en paz y sosiego sin alguna posesión, y cuando está bien aficionado, ya no tiene posesión de sí ni de alguna otra cosa, como habemos dicho, y así tampoco posee cumplidamente lo que ama: de donde no le puede faltar tanta fatiga cuanta es la falta, hasta que lo posea y se satisfaga, porque hasta entonces está el alma como vaso vacío que espera su lleno, y como el hambriento que desea el manjar, y como el enfermo que gime por la salud, y como el que está colgado en el aire y no tiene en qué estribar: de esta manera está el corazón bien

enamorado, lo cual sintiendo aquí el alma por experiencia, dice: «Por qué así le dejaste?» Es á saber, vacío, hambriento, solo, llagado y doliente de amor y suspenso en el aire.

Y no tomas el robo que robaste?

Conviene á saber, ¿por qué no tomas el corazón que robaste por amor, para henchirle, y hartarle, y acompañarle, y sanarle, dándole asiento y reposo cumplido en tí?

No puede dejar de desear el alma enamorada, por más conformidad que tenga con el Amado, la paga y salario de su amor, por el cual salario sirve al Amado: y de otra manera no sería verdadero amor, porque el salario y paga del amor no es otra cosa, ni el alma puede querer otra cosa sino más amor, hasta llegar á perfección de amor: porque el amor no se paga sino de sí mismo, según lo dió á entender el profeta Job, cuando hablando con la misma ansia y deseo que aquí está el alma, dijo: *Sicut servus desiderat umbram, et sicut mercenarius præstolatur finem operis sui: sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas enumeravi mihi. Si dormiero, dicam: quando consurgam? Et rursum expectabo vesperam, et replebor doloribus usque ad tenebras.* Asi como el siervo desea la sombra, y como el jornalero espera el fin de su obra, así yo tuve vacios los meses, y conté las noches trabajosas para mí. Si durmiere, diré: ¿cuando llegará el día en que me levantaré? Y luego volveré otra vez á esperar la tarde, y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche (VII, 2). Así, pues, el alma encendida en amor de Dios desea el cumplimiento y perfección del amor para tener allí cumplido refrigerio, como el siervo fatigado del estío desea el refrigerio de la sombra; y como el mercenario espera el fin de su obra, espera ella el fin de la suya. Donde es de notar que no dijo Job que el mercenario esperaba el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, para dar á entender lo que vamos diciendo, es á saber, que el alma que ama no espera el fin de su trabajo, sino el fin de su obra: porque su obra es amar, y de esta obra que es amar, espera ella el fin y remate, que es la perfección y cumplimiento del amar á Dios, el cual hasta que se le

cumpla siempre está de la figura que en la dicha autoridad la pinta Job, teniendo los días y los meses por vacíos, y contando las noches trabajosas y prolijas para sí. En lo dicho queda dado á entender cómo el alma que ama á Dios, no ha de pretender ni esperar otro galardón de sus servicios, sino la perfección de amar á Dios.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Estando, pues, el alma en este término de amor está como un enfermo muy fatigado, que teniendo perdido el gusto y apetito todos los manjares le fastidian, y todas las cosas le molestan y enojan: sólo en todas las que se le ofrecen al pensamiento y al sentido ó á la vista tiene presente un solo apetito y deseo, que es de su salud, y todo lo que á esto no hace, le es molesto y pesado. De donde esta alma, por haber llegado á esta dolencia de amor de Dios, tiene estas tres propiedades, es á saber: que en todas las cosas que se le ofrecen y trata, siempre tiene presente aquel *ay* de su salud, que es su Amado; y así, aunque por no poder más ande en ellas, en él tiene siempre el corazón. Y de ahí sale la segunda propiedad, que es tener perdido el gusto á todas las cosas. Y de aquí también se sigue la tercera, y es, que todas ellas le son molestas y cualesquier tratos pesados y enojosos. La razón de todo esto, sacándola de lo dicho, es, que como el paladar de la voluntad del alma anda tocado y saboreado con este manjar de amor de Dios, en cualquier cosa ó trato que se le ofrece, luego incontinenti, sin mirar otro gusto y respeto, se inclina la voluntad á buscar y gozar en aquello á su Amado, como hizo Maria Magdalena cuando con ardiente amor andaba buscándole por el huerto, que pensando que era el hortelano, sin otra ninguna razón ni acuerdo le dijo: Si tú le tomaste, dimelo, y yo le tomaré. (Joan XX, 15). Trayendo semejante ansia esta alma de hallarle en todas las cosas, y no hallándole luego como desea (antes muy al revés), no sólo no las gusta, mas aún le son tormento, y á veces muy grande, porque semejantes almas padecen mucho en tratar con la gente y otros negocios, porque antes la estorban que la ayudan á su pretensión.

Estas tres propiedades da bien á entender la Esposa que tenia ella cuando buscaba á su Esposo en los *Cantares*, diciendo: Busquéle y no le hallé. Pero halláronme los que rodean la ciudad, y llagáronme, y los guardas de los muros me quitaron mi manto (V, 6 y 7). Porque los que rodean la ciudad, que son los tratos del mundo, cuando hallan al alma que busca á Dios, hácenle muchas llagas de dolores, penas y disgustos; porque no solamente en ellos no halla lo que quiere, sino antes se lo impiden. Y los que defienden el muro de la contemplación, para que el alma no entre en ella, que son los demonios y negociaciones del mundo, quitan el manto de la paz y quietud de la amorosa contemplación; de todo lo cual el alma enamorada de Dios recibe mil desabrimientos y enojos; de los cuales, viendo que en tanto que está en esta vida sin ver á su Dios, no puede librarse en poco ó en mucho de ellos, prosigue los ruegos con su Amado, y dice en la siguiente Canción: *

CANCIÓN X

Apaga mis enojos,
 Pues que ninguno basta á deshacellos,
 Y véante mis ojos,
 Pues eres lumbre de ellos,
 Y sólo para tí quiero tenellos.

DECLARACIÓN

Prosigue, pues, en la presente Canción pidiendo al Amado quiera ya poner término á sus ansias y penas; pues no hay otro que baste, sino sólo él para hacerlo, y que sea de manera que le puedan ver los ojos de su alma, pues sólo él es la luz en que ellos miran, y ella no los quiere emplear en otra cosa sino sólo en él, diciendo:

Apaga mis enojos.

Tiene, pues, esta propiedad la concupiscencia del amor, como queda dicho, que todo lo que no hace ó dice ó conviene con aquello

que ama la voluntad, la cansa, fatiga y enoja, y la pone desabrida, no viendo cumplirse lo que ella quiere; y á esto y á las fatigas que tiene por ver á Dios llama aquí *enjos*, los cuales ninguna cosa basta para deshacellos sino la posesión del Amado. Por lo cual dice que los apague él con su presencia, refrigerándolos todos, como lo hace el agua fresca al que está fatigado del calor; que por eso usa aquí de este vocablo *apaga*, para dar á entender que ella está padeciendo con fuego de amor.

Pues que ninguno basta á deshacellos.

Para mover y persuadir más el alma á que cumpla su petición el Amado, dice: que pues otro ninguno sino él basta á satisfacer su necesidad, que sea él el que apague sus enjos. Donde es de notar, que entonces está Dios bien presto para consolar al alma y satisfacerla en sus necesidades y penas, cuando ella no tiene ni pretende otra satisfacción y consuelo fuera de él: y así el alma que no tiene cosa que la entretenga fuera de Dios, no puede estar mucho sin visitación del Amado. Y dice:

Y véante mis ojos.

Esto es, véate yo cara á cara con los ojos de mi alma.

Pues eres lumbre de ellos.

Demás de que Dios es lumbre sobrenatural de los ojos del alma, sin la cual está en tinieblas, llámale ella aquí por afición lumbre de sus ojos, al modo que el amante suele llamar al que ama lumbre de sus ojos, para mostrar la afición que le tiene. Y así es como si dijera en los dos versos sobredichos: pues los ojos de mi alma no tienen otra lumbre, ni por naturaleza ni por amor sino á tí, *véante mis ojos*: pues de todas maneras eres lumbre de ellos. § Esta lumbre echaba menos David, cuando con lástima decía: la lumbre de mis ojos esa no está conmigo. *Et lumen oculorum meorum, et ipsum non est mecum* (Psalm. XXXVII, 11). Y Tobias cuando dijo, ¿qué gozo podrá ser el

mío, pues estoy sentado en las tinieblas, y no veo la lumbre del cielo? (V, 12). En lo cual deseaba la clara visión de Dios, porque la lumbre del cielo es el Hijo de Dios, según dice San Juan en el Apocalipsi, diciendo: La ciudad celestial no tiene necesidad de sol ni de luna que luzcan en ella, porque la claridad de Dios la alumbrá, y la lucerna de ella es el Cordero (XXI, 23). *

Y sólo para tí quiero tenellos.

En lo cual quiere el alma obligar al Esposo á que le deje ver esta lumbre de sus ojos, no sólo porque no teniendo otra estará en tinieblas, sino también porque no los quiere tener para otra ninguna cosa que para él. Porque así como justamente es privada de esta Divina luz el alma que quiere poner los ojos de su voluntad en otra su lumbre de propiedad de alguna cosa fuera de Dios, por cuanto en ello ocupa la vista para recibir la lumbre de Dios: así también congruamente merece que se le dé al alma que á todas las cosas cierra los dichos sus ojos, para abrirlos sólo á su Dios.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pero es de saber que no puede el amoroso esposo de las almas verlas penar mucho tiempo á solas, como á esta de que vamos tratando; porque, como dice por Zacarias, sus penas y quejas le tocan á él en las niñetas de sus ojos (II, 8): mayormente cuando las penas de las tales almas son por su amor como las de ésta. Que por eso dice también por Isaías: Antes que ellos clamen yo oiré; aun estando con la palabra en la boca los oiré (LXV, 24). Y el Sabio dice de él, que si le buscare el alma como al dinero, le hallará (Prov. II, 4). Y así á esta alma enamorada, que con más codicia que al dinero le busca, pues todas las cosas tiene dejadas y á sí misma por él, parece que á estos ruegos tan encendidos le hizo Dios alguna presencia de sí espiritual, en la cual le mostró algunos profundos visos de su Divinidad y hermosura, con que le aumentó mucho más el deseo y fervor

de verle. Porque así como suelen echar agua en la fragua para que se encienda y afervore más el fuego, así el Señor suele hacer con algunas de estas almas, que andan con estas calmas de amor, dándoles algunas muestras de su excelencia para afervorarlas más, y así ir las más disponiendo para las mercedes que les quiere hacer después. Y así como el alma echó de ver y sintió por aquella presencia oscura aquel sumo bien y hermosura encubierta allí, muriendo en deseo por verla, dice la Canción siguiente: *

CANCIÓN XI

§ Descubre tu presencia,
Y máteme tu vista y hermosura;
Mira que la dolencia
De amor, que no se cura
Sino con la presencia y la figura.

DECLARACIÓN

Deseando, pues, el alma verse poseida ya de este gran Dios, de cuyo amor se siente robado y llagado el Corazón, no pudiéndolo ya sufrir, pide en esta Canción determinadamente le descubra y muestre su hermosura, que es su Divina esencia, y que la mate con esta vista, desatándola de la carne (pues en ella no puede verle y gozarle como desea), poniéndole delante la dolencia y ansia de su corazón, en que persevera penando por su amor, sin poder tener remedio con menos que esta gloriosa vista de su Divina esencia. Siguese el verso:

Descubre tu presencia.

Para declaración de esto, es de saber, que tres maneras de presencias puede haber de Dios en el alma. La primera es esencial, y de esta manera no sólo está en las más buenas y santas almas, pero también en las malas y pecadoras, y en todas las demás criaturas, porque con esta presencia les da vida y ser, y si esta presencia esen-

cial les faltase, todas se aniquilarían y dejarían de ser; y esta nunca falta en el alma. La segunda presencia es por gracia, en la cual mora Dios en el alma agrado y satisfecho de ella. Y esta presencia no la tienen todas, porque las que caen en pecado mortal la pierden, y esta no puede el alma saber naturalmente si la tiene. La tercera es por afición espiritual, porque en muchas almas devotas suele Dios hacer algunas presencias espirituales de muchas maneras, con que las recrea, deleita y alegra: pero así estas presencias espirituales como las demás, todas son encubiertas, porque no se muestra Dios en ellas como es, porque no lo sufre la condición de esta vida; y así de cualquiera de ellas se puede entender el verso susodicho, es á saber:

Descubre tu presencia.

Que por cuanto está cierta que Dios está siempre presente en el alma, á lo menos según la primera manera, no dice el alma que se haga presente á ella, sino que esta presencia encubierta que él hace en ella, ahora sea natural, ahora espiritual, ahora afectiva, que se le descubra y manifieste de manera que pueda verle en su Divino ser y hermosura. Porque así como con su presente ser da ser natural al alma, y con su presente gracia la perficiona, que también la glorifique con su manifiesta gloria. Pero por cuanto esta alma anda en fervores y aficiones de amor de Dios, hemos de entender que esta presencia que aquí pide al Amado que le descubra, principalmente se entiende de cierta presencia afectiva que de sí hizo el Amado á el alma; la cual fué tan alta que le pareció al alma y sintió estar allí un inmenso ser encubierto, del cual le comunicó Dios ciertos visos entreoscuros de su Divina hermosura; y hacen tal efecto en el alma, que le hace codiciar y desfallecer en deseo de aquello que siente encubierto allí en aquella presencia: que es conforme á lo que sentía David cuando dijo: codicia, y desfallece mi alma en las entradas del Señor (Psalm. LXXXIII, 1). Porque á este tiempo desfallece el alma, con deseo de engolfarse en aquel sumo bien que siente presente y encubierto; porque aunque está encubierto, muy notablemente siente el

bien y deleite que allí hay. Y por eso con más fuerza es atraída el alma y arrebatada de este bien que ninguna cosa natural de su centro; y con esa codicia y entrañable apetito, no pudiendo más contenerse el alma, dice:

Descubre tu presencia.

Lo mismo le acaeció á Moisés en el monte Sinai, que estando allí en la presencia de Dios, tan altos y profundos visos de la alteza y hermosura de la Divinidad de Dios encubierta echaba de ver, que no pudiendo sufrirlo, por dos veces le rogó le descubriese su gloria diciéndole á Dios: Tú dices que me conoces por mi propio nombre, y que he hallado gracia delante de ti; pues luego si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu rostro para que te conozca y halle delante de tus ojos la gracia cumplida que deseo (Exod. XXXIII, 13); la cual es llegar al perfecto amor de la gloria de Dios. Pero respondióle el Señor, diciendo: No podrás tú ver mi rostro, porque no me verá hombre y vivirá (Ibid. 20). Que es como si dijera: dificultosa cosa me pides, Moisés; porque es tanta la hermosura de mi cara y el deleite de la vista de mi ser, que no la podrá sufrir tu alma en esa suerte de vida tan flaca. Y así sabidora el alma de esta verdad, ora por las palabras que aquí respondió Dios á Moisés, ora también por lo que habemos dicho, que siente aquí encubierto en la presencia de Dios, que no le podía ver en su hermosura en este género de vida, porque aun de sólo traslucirsele desfallece, como habemos dicho, previene ella á la respuesta que se le puede dar, como á Moisés, y dice:

Y máteme tu vista y hermosura.

Que es como si dijera: pues tanto es el deleite de la vista de tu ser y hermosura que no la puede sufrir mi alma, sino que tengo de morir en viéndola, «Máteme tu vista y hermosura».

Dos vistas se sabe que matan al hombre, por no poder sufrir la fuerza y eficacia de la vista. La una es la del basilisco, de cuya vista

se dice mueren luego. Otra es la vista de Dios; pero son muy diferentes las causas: porque la una vista mata con gran ponzoña, y la otra con inmensa salud y bien de gloria. Por lo cual no hace mucho aquí el alma en querer morir á vista de la hermosura de Dios para gozarle para siempre; pues que si el alma tuviera un solo barrunto de la alteza y hermosura de Dios, no sólo una muerte apetecería por verla ya para siempre, como aquí desea, pero mil acerbisimas muertes pasaría muy alegre por verla un momento sólo; y después de haberla visto, pediría padecer otras tantas por verla otro tanto.

Para más declaración de este verso, es de saber que aquí el alma habla condicionalmente cuando dice que le mate su vista y hermosura, supuesto que no puede verla sin morir: que si sin eso pudiera ser, no pidiera que la matara; porque querer morir es imperfección natural: pero supuesto que no puede estar esta vida corruptible del hombre con la otra vida inmarcesible de Dios, dice:

Mátame tu vista y hermosura.

Esta doctrina da á entender San Pablo á los de Corinto, diciendo: No quereinos ser despojados, mas queremos ser sobrevestidos, porque lo que es mortal sea absorto de la vida (2 ad Cor. V, 4). Que es decir: no deseamos ser despojados de la carne, mas ser sobrevestidos de gloria. Pero viendo él que no se puede vivir en gloria y en carne mortal juntamente, como decimos, dice á los Filipenses que desea ser desatado y verse con Cristo (I, 23). Pero hay aquí una duda, y es: ¿por qué los hijos de Israel temían y huían antiguamente de ver á Dios por no morir, como dijo Manué á su mujer (Judic. XIII, 22), y esta alma á la vista de Dios desea morir? A lo cual se responde, que por dos causas. La una, porque en aquel tiempo, aunque muriesen en gracia de Dios, no le habian de ver hasta que viniese Cristo, y mucho mejor les era vivir en carne aumentando los merecimientos, y gozando la vida natural, que estar en el limbo sin merecer, y padeciendo tinieblas y espiritual ausencia de Dios; por lo cual tenian entonces por gran merced de Dios y beneficio suyo vivir muchos años. La segunda causa es de

parte del amor, porque como aquéllos no estaban tan fortalecidos en amor, ni tan llegados á Dios por amor, temían morir á su vista; pero ahora ya en la ley de gracia, que muriendo el cuerpo puede ver el alma á Dios, más sano es querer vivir poco y morir por verle. Y ya que esto no fuera, amando el alma á Dios, como ésta lo ama, no temiera morir á su vista; porque el amor verdadero todo lo que le viene de parte del Amado, ahora sea adverso, ahora próspero, y los mismos castigos, como sea cosa que él quiera hacer, los recibe con la misma igualdad y de una manera, y le hace gozo y deleite. Porque, como dice San Juan: La perfecta caridad echa fuera todo temor (I Epiíst. IV, 18). Y no le puede ser al alma que ama amarga la muerte: pues en ella halla todos sus deleites y dulzuras de amor: no le puede ser triste su memoria, pues en ella halla junta la alegría: ni le puede ser pesada y penosa, pues es el remate de todas sus pesadumbres y penas, y principio de todo su bien; tiénela por amiga y esposa, y con su memoria se goza, como en el día de su desposorio y bodas, y más desea aquel día y aquella hora en que ha de venir su muerte, que los Reyes de la tierra desearon los reinos y principados. Porque de esta suerte de muerte dice el Sabio: ¡Oh muerte! Bueno es tu juicio para el hombre que se siente necesitado (Eccl. XLI, 3). La cual si para el hombre que se siente necesitado de las cosas de acá es buena, no habiendo de suplirle sus necesidades, sino antes despojarlo de lo que tenía, ¿cuánto mejor será su juicio para el alma que está necesitada de amor como ésta, que está clamando por más amor, pues que no sólo no la despojará de lo que tenía, sino antes le será causa del cumplimiento de amor que deseaba y satisfacción de todas sus necesidades? Razón tiene, pues, el alma en atreverse á decir sin temor:

Y máteme tu vista y hermosura.

Pues que sabe que en aquel mismo punto que la viese, sería ella arrebatada á la misma hermosura, y absorta en la misma hermosura, y transformada en la misma hermosura, y ser ella hermosa como la misma hermosura, abastada y enriquecida como la misma hermo-

sura. Que por eso dice David: Que la muerte de los Santos es preciosa en la presencia del Señor (Psalm. CXV, 15). Lo cual no sería, si no participasen sus mismas grandezas; porque delante de Dios no hay nada precioso sino lo que él es en sí mismo; por eso el alma no teme morir cuando ama, antes lo desea. Pero el pecador siempre teme morir; porque barrunta que la muerte todos los bienes le ha de quitar y todos los males le ha de dar. Porque como David dice, la muerte de los pecadores es pésima (Psalm. XXXIII, 22). Y por eso, como dice el Sabio, les es amarga su memoria (Eccl. XLI, 1). Porque como aman mucho la vida de este siglo y poco la del otro, temen mucho la muerte. Pero el alma que ama á Dios, más vive en la otra vida que en ésta; porque más vive el alma donde ama que donde anima, y así tiene en poco esta vida temporal, y por eso dice: *Máteme tu vista*, etc.

*Mira que la dolencia
De amor que no se cura,
Sino con la presencia y la figura.*

La causa por qué la enfermedad de amor no tiene otra cura sino la presencia y figura del Amado, como aquí dice, es porque la dolencia de amor, así como es diferente de las demás enfermedades, su medicina es también diferente. Porque en las demás enfermedades, para seguir buena filosofía, cúranse contrarios con contrarios; mas el amor no se cura sino con cosas conformes al amor. La razón es, porque la salud del alma es el amor de Dios, y así cuando no tiene cumplido amor, no tiene cumplida salud, y por eso está enferma; porque la enfermedad no es otra cosa sino falta de salud; de manera, que cuando ningún grado de amor tiene el alma, está muerta; mas cuando tiene algún grado de amor de Dios, por mínimo que sea, ya está viva, pero muy debilitada y enferma por el poco amor que tiene; pero cuanto más amor se le fuere aumentando, más salud tendrá, y cuando tuviere perfecto amor, será su salud cumplida. Donde es de saber que el amor nunca llega á estar perfecto hasta

que emparejan tan en uno los amantes, que se transfiguran el uno en el otro, y entonces está el amor todo sano. Y porque aquí el alma se siente con cierto dibujo de amor, que es la dolencia que aquí dice, deseando que se acabe de figurar con la figura cuyo es el dibujo, que es su Esposo el Verbo, Hijo de Dios, el cual, como dice San Pablo, es resplandor de su gloria y figura de su sustancia (Hebræor. I, 3): y porque esta figura es la que aquí entiende el alma, en que se desea transfigurar por amor, dice:

*Mira que la dolencia
De amor que no se cura,
Sino con la presencia y la figura.*

Bien se llama dolencia el amor no perfecto, porque así como el enfermo está debilitado para obrar, así el alma que está flaca en amor lo está también para obrar las virtudes heroicas.

Puédese también aquí entender que el que siente en sí dolencia de amor, esto es, falta de amor, es señal que tiene algún amor, porque por lo que tiene echa de ver lo que le falta; pero el que no la siente, es señal que no tiene ninguno, ó que está perfecto en el amor. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ En esta sazón, sintiéndose el alma con tanta vehemencia de ir á Dios, como la piedra cuando se va más llegando á su centro, y sintiéndose también estar como la cera, que comenzó á recibir la impresión del sello, y no se acabó de figurar; y demás de ésto, conociendo que está como la imagen de la primera mano y dibujo, clamando al que la dibujó para que la cabe de pintar y formar; teniendo aquí la Fe tan ilustrada, que la hace visear unos Divinos semblantes muy claros de la alteza de su Dios, no sabe qué se hacer, sino volverse á la misma Fe, como la que en sí encierra y encubre la figura y hermosura de su Amado, de la cual ella también recibe los dichos

dibujos y prendas de amor, y hablando con ella dice la siguiente Canción: *

CANCIÓN XII

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

DECLARACIÓN

Como con tanto deseo desea el alma la unión del Esposo, y ve que no halla medio ni remedio alguno en todas las criaturas, vuélvese á hablar con la Fe, como la que más al vivo le ha de dar luz de su Amado, tomándola por medio para ésto (porque á la verdad no hay otro por donde se venga á la verdadera unión y desposorio espiritual con Dios, según por Oseas lo da á entender diciendo: Yo te desposaré conmigo en Fe) (II, 20), y con el deseo en que arde, le dice lo siguiente, que es el sentido de la Canción: ¡Oh Fe de mi Esposo Cristo, si las verdades que has infundido de mi Amado en mi alma, encubiertas con oscuridad y tinieblas (porque la Fe, como dicen los teólogos, es hábito oscuro), las manifestases ya con claridad, de manera que lo que me comunicas en noticias, informes y oscuras, lo mostrases y descubrieses en un momento, apartándote de esas verdades (porque ella es cubierta y velo de las verdades de Dios), formada y acabadamente volviéndolas en manifestación de gloria! Dice, pues, el verso:

Oh cristalina fuente.

Llama cristalina á la Fe por dos cosas. La primera, porque es de Cristo su Esposo. Y la segunda, porque tiene las propiedades del cristal en ser pura en las verdades y fuente clara y limpia de errores y formas naturales. Y llámala fuente, porque de ella le manan á el

alma las aguas de todos los bienes espirituales. De donde Cristo nuestro Señor, hablando con la Samaritana, llamó fuente á la Fe, diciendo: que en los que creyesen en él se haría una fuente cuya agua saltaría hasta la vida eterna. (Joan. IV, 14.) Y esta agua era el espíritu que habían de recibir en su Fe los creyentes (Id. VII, 39).

Si en esos tus semblantes plateados.

A las proposiciones y artículos que nos propone la Fe, llama semblantes plateados. Para inteligencia de lo cual y de los demás versos, es de saber que la Fe es comparada á la plata en las proposiciones que nos enseña; y las verdades y sustancias que en sí contiene son comparadas al oro, porque esa misma sustancia que ahora creemos vestida y cubierta con plata de Fe, habemos de ver y gozar en la otra vida al descubierta, desnudo el oro de la Fe. De donde David, hablando de ella, dice así: Si durmiéredes entre los dos Cleros, las plumas de la paloma serán plateadas, y las postrimerías de sus espaldas serán del color de oro. (Psalm. LXVII, 14.) Quiere decir, que si cerráremos los ojos del entendimiento á las cosas de arriba y á las de abajo (á lo cual llama dormir en medio), quedaremos en Fe, á la cual llama Paloma, cuyas plumas, que son las verdades que nos dice, serán plateadas, porque en esta vida la Fe nos las propone oscuras y encubiertas, que por eso las llama aquí semblantes plateados; pero á la postre de esta Fe, que será cuando se acabe la Fe por la clara visión de Dios, quedará la sustancia de la Fe desnuda del velo de esta plata, de color como el oro. De manera que la Fe nos da y comunica al mismo Dios, pero cubierto con plata de Fe, y no por eso nos le deja de dar en la verdad; así como el que da un vaso plateado, y él es de oro, no porque vaya cubierto con plata deja de dar el vaso de oro. De donde cuando la Esposa en los *Cantares* deseaba esta posesión de Dios, prometiéndosela él cual en esta vida se puede, dijo que le haría unos zarcillos de oro, pero esmaltados de plata. (I, 10.) En lo cual le prometió de dársele en Fe encubierto. Dice, pues, ahora el alma á la Fe: Oh si en esos tus semblantes plateados, que son los ar-

tículos ya dichos, con que tienes encubierto el oro de los Divinos rayos, que son los ojos deseados, que añade luego diciendo:

Formases de repente

Los ojos deseados.

Por los ojos entiende, como dijimos, los rayos y verdades Divinas, las cuales, como también habemos dicho, la Fe nos las propone en sus artículos cubiertas é informes. Y así es como si dijera: Oh si esas verdades que informes y oscuramente me enseñas encubiertas en tus artículos de Fe, acabases ya de dárme las clara y formadamente descubiertas en ellos, como lo pide mi deseo. Y llama aquí ojos á estas verdades, por la grande presencia que del Amado siente, que le parece que la está ya siempre mirando, por lo cual dice:

Que tengo en mis entrañas dibujadas.

Dice que las tiene en sus entrañas dibujadas, es á saber, en su alma según el entendimiento y voluntad: porque según el entendimiento tiene estas verdades infundidas por Fe en su alma. Y porque la noticia de ellas no es perfecta, dice que están dibujadas: porque así como el dibujo no es perfecta pintura, así la noticia de la Fe no es perfecto conocimiento. Por tanto, las verdades que se infunden en el alma por Fe están como en dibujo; y cuando estén en clara visión, estarán en el alma como perfecta y acabada pintura, según aquello que dice el Apóstol: *Cùm autem venerit quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est.* Que quiere decir: Cuando viniere lo que es perfecto, que es la clara visión, acabaráse lo que es en parte, que es el conocimiento de la fe. (1. ad Cor. XIII, 10.)

Pero sobre este dibujo de Fe hay otro dibujo de amor en el alma del amante, y es según la voluntad, en la cual de tal manera se dibuja la figura del Amado, y tan conjunta y vivamente se retrata en él cuando hay unión de amor, que es verdad decir que el Amado vive en el amante, y el amante en el Amado. Y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir que cada uno es el otro, y que entrambos son uno. La razón es,

porque en la unión y transformación de amor el uno da posesión de sí al otro, y cada uno se deja, y da, y trueca por el otro; y *así cada uno vive en el otro, y el uno es el otro* (1), y entrambos son uno por transformación de amor. Esto es lo que quiso dar á entender San Pablo cuando dijo: *Vivo autem, jam non ego: vivit verò in me Christus*. Que quiere decir: Vivo yo, ya no yo; pero vive en mí Cristo. (Galat. II, 20.) Porque en decir vivo yo, ya no yo, dió á entender que aunque vivía él, no era vida suya, porque estaba transformado en Cristo, que su vida más era Divina que humana; y por eso dice que no vive él, sino Cristo en él. De manera, que según esta semejanza de transformación, podemos decir que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor; lo cual se hará perfectamente en el cielo en vida Divina en todos los que merecieren verse en Dios; porque transformados en Dios, vivirán vida de Dios y no vida suya; aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya. Y entonces dirán de veras: vivimos nosotros, y no nosotros, porque vive Dios en nosotros. Lo cual en esta vida, aunque puede ser, como lo era en San Pablo, no empero perfecta y acabadamente, aunque llegue el alma á tal transformación de amor que sea matrimonio espiritual, que es el más alto estado á que se puede llegar en esta vida, porque todo se puede llamar dibujo de amor en comparación de aquella perfecta figura de transformación de gloria. Pero cuando este dibujo de transformación en esta vida se alcanza, es grande buena dicha, porque con eso se contenta grandemente el Amado: que por eso deseando él que le pusiese la Esposa en su alma como dibujo, le dijo en los *Cantares*: Ponme como señal sobre tu corazón, como señal sobre tu brazo. (VIII, 6.) El corazón significa aquí el alma, en que en esta vida está Dios como señal de dibujo de Fe, según se dijo arriba; y el brazo significa la voluntad fuerte en que está como señal de dibujo de amor, como ahora acabamos de decir.

§ De tal manera anda el alma en este tiempo, que aunque en breves palabras, no quiero dejar de decir algo de ello, aunque por

(1) Adición que se halla en todos los manuscritos, tanto de la primera como de la segunda escritura y en la edición de Fray Jerónimo de San José.

palabras no se puede explicar. Porque la sustancia corporal y espiritual parece á el alma se le seca en sed de esta fuente viva de Dios, porque es su sed semejante á aquella que tenía David cuando dijo: Como el ciervo desea las fuentes de las aguas, así mi alma desea á ti, Dios. Estuvo mi alma sedienta de Dios fuente viva (1); cuándo vendré y pareceré delante de la cara de Dios (Psalm. XLI, 3). Y fatígala tanto esta sed, que no tendría el alma en nada romper por medio de los Filisteos, como hicieron los fuertes de David, á llenar su vaso de agua en las cisternas de Bethlen (I. Paralip. XI, 17), que era Cristo. Porque todas las dificultades del mundo y furias de los demonios y penas infernales no tendría en nada pasar, por engolfarse en esta fuente abisal de amor. Porque á este propósito se dice en los *Cantares*: Fuerte es la dilección como la muerte, y dura en su porfía como el infierno (VIII, 6). Porque no se puede creer cuán vehemente sea la codicia y pena que el alma siente cuando ve que se va llegando cerca de gustar aquel bien y no se le dan, porque cuanto más al ojo y á la puerta se ve lo que se desea y se niega, tanto más pena y tormento causa. De donde á este propósito espiritual dice Job: Antes que coma, suspiro, y como las avenidas de las aguas es el rugido y bramido de mi alma (Job. III, 24), es á saber, por la codicia de la comida, entendiendo allí á Dios por la comida. Porque conforme á la codicia del manjar y conocimiento de él, es la pena por él. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ La causa de padecer el alma tanto á este tiempo por él, es que como se va juntando más á Dios, siente en sí más el vacío de Dios y gravísimas tinieblas en su alma, con fuego espiritual que la seca y purga, para que, purificada, se pueda unir con Dios. Porque en tanto que Dios no deriva en ella algún rayo de luz sobrenatural de sí, esle

(1) El Santo cita este versículo según se hallaba en la Biblia antes de la corrección de Clemente VIII.

Dios intolerables tinieblas, cuando según el espíritu está cerca de ella: porque la luz sobrenatural oscurece la natural con su exceso. Todo lo cual dió á entender David cuando dijo: Nube y oscuridad está en derredor de él: fuego precede su presencia (XCVI, 2). Y en otro Salmo dice: Puso por su cubierta y escondrijo las tinieblas, y su tabernáculo en derredor de él es agua tenebrosa en las nubes del aire: por su gran resplandor en su presencia hay nubes y granizo y carbones de fuego (XVII, 13). Es á saber, para el alma que se le va más llégando, porque cuanto más el alma á él se llega, siente en si todo lo dicho hasta que Dios la entre en sus Divinos resplandores por transformación de amor, *y entre tanto siempre está el alma como Job, diciendo: ¿Quièn me dará que le conozca y le halle y venga yo hasta su trono?* (1) Pero como Dios por su inmensa piedad conforme á las tinieblas y vacios del alma son también las consolaciones y regalos que le hace; porque *Sicut tenebræ ejus, ita et lumen ejus* (Psalm. CXXXVIII, 12), porque en ensalzarlas y glorificarlas las humilla y fatiga. De esta manera envió al alma entre estas fatigas ciertos rayos divinos de si, con tal gloria y fuerza de amor, que la conmovió toda, y todo el natural la desencajó, y así, con gran pavor y temor natural, dijo al Amado el principio de la siguiente Canción, prosiguiendo el mismo Amado lo restante de ella. *

CANCIÓN XIII

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

(1) Adición de los manuscritos de Jaén, Alba, Burgos y Segovia.

DECLARACIÓN

En los grandes deseos y fervores de amor, cuales en las Canciones pasadas ha mostrado el alma, suele el Amado visitar á su Esposa casta y delicada y amorosamente, y con grande fuerza de amor; porque ordinariamente, según los grandes fervores y ansias de amor que han precedido en el alma, suelen ser también las mercedes y visitas que Dios le hace, grandes. Y como ahora el alma con tantas ansias habia deseado estos Divinos ojos, que en la Canción pasada acaba de decir, descubrióle el Amado algunos rayos de su grandeza y Divinidad, según ella deseaba: los cuales fueron de tanta alteza y con tanta fuerza comunicados, que la hizo salir por arrobamiento y éxtasi, lo cual acaece al principio con gran detrimento y temor del natural: y así, no pudiendo sufrir el exceso en sujeto tan flaco, dice en la presente Canción:

Apártalos, Amado.

Es á saber, esos tus ojos Divinos, porque me hacen volar saliendo de mí á suma contemplación sobre lo que sufre el natural; lo cual dice, porque le parecía volaba su alma de las carnes, que es lo que ella deseaba, que por eso le pidió que los apartase: conviene á saber, dejando de comunicárselos en la carne, en que no los puede sufrir y gozar como querría; comunicándoselos en el vuelo que ella hacía fuera de la carne. El cual deseo y vuelo le impidió luego el Esposo, diciendo: *Vuélvete, Paloma*, que la comunicación que ahora de mí recibes aún no es de ese estado de gloria que tú ahora pretendes; pero vuélvete á mí, que soy á quien tú llagada de amor buscas; que también yo como el ciervo herido de tu amor comienzo á mostrarme á tí por tu alta contemplación, y tomo recreación y refrigerio en el amor de tu contemplación. Dice, pues, el alma á el Esposo:

Apártalos, Amado.

Según habemos dicho, el alma, conforme á los grandes deseos

que tenía de estos Divinos ojos, que significan la Divinidad, recibió del Amado interiormente tal comunicación y noticia de Dios, que le hizo decir: *Apártalos, Amado*. Porque tal es la miseria del natural en esta vida, que aquello que al alma le es más vida y ella con tanto deseo desea, que es la comunicación y conocimiento de su Amado, cuando se le vienen á dar no lo puede recibir sin que casi le cueste la vida. De suerte, que los ojos que con tanta solicitud y ansias, y por tantas vías buscaba, venga á decir cuando los recibe:

Apártalos, Amado.

Porque es á veces tan grande el tormento que siente en las semejantes visitas de arrobamientos, que no hay tormento que así descoyunte los huesos y ponga en estrecho al natural, tanto, que si no proveyese Dios se acabaría la vida. Y á la verdad que así parece al alma por quien pasa, porque siente como desasirse el alma de las carnes y desamparar el cuerpo. Y la causa es porque semejantes mercedes no se pueden recibir muy en carne; porque el espíritu es levantado á comunicarse con el Espíritu Divino que viene al alma, y así por fuerza ha de desamparar en alguna manera la carne. Y de aquí es que ha de padecer la carne; y por consiguiente el alma en la carne, por la unidad que tienen en un supuesto; y por tanto, el gran tormento que siente el alma al tiempo de este género de visita, y el gran pavor que la hace verse tratar por vía sobrenatural, le hacen decir:

Apártalos, Amado.

Pero no se ha de entender que porque el alma diga que los aparte querría que los apartase; porque aquel es un dicho del temor natural (como habemos dicho), antes aunque mucho más le costase no querría perder estas visitas y mercedes del Amado; porque aunque padece el natural, el espíritu vuela al recogimiento sobrenatural á gozar del espíritu del Amado, que es lo que ella deseaba y pedía; pero no quisiera ello recibirlo en carne, donde no se puede gozar

cumplidamente, sino poco y con pena; mas con el vuelo del espíritu fuera de la carne, donde libremente se goza. Por lo cual dijo: *Apártalos, Amado*: es á saber, de comunicármelos en carne.

Que voy de vuelo.

Como si dijera, que voy de vuelo de la carne, para que me los comuniqués fuera de ella, siendo ellos la causa de hacerme volar fuera de la carne. Y para que entendamos mejor qué vuelo sea éste, es de notar que, como habemos dicho, en aquella visitación del Espíritu Divino es arrebatado con gran fuerza el del alma á comunicar con el Espíritu Divino, y destituye al cuerpo, y deja de sentir en él y de tener en él sus acciones, porque las tiene en Dios. Que por eso dijo el Apóstol San Pablo que en aquel rapto suyo (2. ad Cor. XII, 2), no sabía si estaba su alma recibiéndole en el cuerpo ó fuera del cuerpo. Y no por eso se ha de entender que destituye y desampara el alma al cuerpo de la vida natural, sino que no tiene sus acciones en él. Y esta es la causa por qué en estos vuelos se queda el cuerpo sin sentido, y aunque le hagan cosas de grandísimo dolor no siente; porque no es como otros trasposos y desmayos naturales, que con el dolor vuelven en sí. Y estos sentimientos tienen en estas visitas los que no han aún llegado á estado de perfección, sino que van camino en estado de aprovechados, porque los que han llegado ya tienen toda la comunicación hecha en paz y suave amor, y cesan estos arrobamientos, que eran comunicaciones y disposiciones para la tal comunicación.

Lugar era este conveniente para tratar de las diferencias de raptos y éxtasis, y otros arrobamientos y sutiles vuelos del espíritu que á los espirituales suelen acaecer. Mas porque mi intento no es sino declarar brevemente estas Canciones, como en el prólogo prometí, quedarse han para quien mejor lo sepa tratar que yo. Y porque también la bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente, las cuales espero en Dios saldrán presto impresas á luz. Lo que aqui, pues, el alma

dice del vuelo háse de entender por arrobamiento y éxtasi del espíritu á Dios; y dice luego el Amado:

Vuélvete, Paloma.

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se le acababa ya la vida y que pudiera gozar con su Esposo para siempre y quedarse al descubierto con él; mas atajóle el Esposo el paso diciendo: *Vuélvete, Paloma*. Como si dijera: Paloma, en el vuelo alto y ligero que llevas de contemplación, y en el amor con que ardes, y simplicidad con que vas (porque estas propiedades tiene la paloma), vuélvete de ese vuelo alto en que pretendes llegar á poseerme de veras, que aún no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento, y acomódate á este más bajo, que yo ahora te comunico en este tu exceso, y es:

Que el ciervo vulnerado.

Compárase el Esposo al ciervo, porque aquí por el ciervo entiende á sí mismo. Y es de saber que la propiedad del ciervo es subirse á los lugares altos, y cuando está herido vase con gran priesa á buscar refrigerio á las aguas frías; y si oye quejar á la consorte, y siente que está herida, luego se va con ella y la regala y acaricia. Y así hace ahora el Esposo, porque viendo á la Esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos. Y así es como si dijera: *Vuélvete, Esposa mía, á mí, que si llagada vas de amor de mí, yo también como el ciervo vengo en esta tu llaga llagado á tí, que soy como el ciervo, y también en asomar por lo alto: que por eso dice:*

Por el Otero asoma.

Esto es, por la altura de tu contemplación que tienes en ese vuelo: porque la contemplación es un puesto alto por donde Dios en esta vida se comienza á comunicar al alma y mostrársele; mas no acaba, que por eso no dice que acaba de parecer, sino que asoma; porque

por altas que sean las noticias que de Dios se le dan al alma en esta vida, todas son como unas muy desviadas asomadas. Y síguese la tercera propiedad, que decíamos del ciervo, que es la que se contiene en el verso siguiente:

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Por el vuelo entiende la contemplación de aquel éxtasis que hemos dicho, y por el aire entiende aquel espíritu de amor que causa en el alma este vuelo de contemplación. Y llama aquí á este amor causado por el vuelo, aire harto apropiadamente; porque el Espíritu Santo, que es amor, también se compara en la Divina Escritura al aire, porque es espirado del Padre y del Hijo. Y así como allí es aire del vuelo, esto es, que de la contemplación y sabiduría del Padre y del Hijo procede y es aspirado; así aquí á este amor del alma llama el Esposo aire, porque de la contemplación y noticia que á este tiempo tiene de Dios, le procede. Y es de notar que no dice aquí el Esposo que viene al vuelo, sino al aire del vuelo, porque Dios no se comunica propiamente al alma por el vuelo del alma, que es, como hemos dicho, el conocimiento que tiene de Dios, sino por el amor del conocimiento. Porque así como el amor es unión del Padre y del Hijo, así lo es del alma con Dios. Y de aquí es que aunque un alma tenga altísimas noticias de Dios y contemplación, y conociere todos los misterios, si no tiene amor no le hace nada al caso, como dice San Pablo (1. ad Cor. XIII, 2), para unirse con Dios. Como también dice el mismo: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. Es á saber, tened esta caridad, que es vínculo de la perfección (Coloss. III, 14). esta caridad, pues, y amor del alma hace venir al Esposo corriendo á beber de esta fuente de amor de su Esposa, como las aguas frescas hacen venir al ciervo sediento y llagado á tomar refrigerio. Y por eso se sigue:

Y fresco toma.

Porque así como el aire hace fresco y refrigerio al que está fatigado del calor, así este aire de amor refrigera y recrea al que arde

con fuego de amor; porque tiene tal propiedad este fuego de amor, que el aire con que toma fresco y refrigerio es más fuego de amor; porque en el amante el amor es llama que arde con apetito de arder más, según hace la llama del fuego natural: por tanto, al cumplimiento de este apetito suyo de arder más en el ardor del amor de su Esposa, que es el aire del vuelo de ella, llama aquí tomar fresco. Y así es como si dijera: al ardor de tu vuelo arde más, porque un amor enciende á otro amor. Donde es de notar que Dios no pone su gracia y amor en el alma, sino según la voluntad y amor del alma; por lo cual esto ha de procurar el buen enamorado que no falte, pues por ese medio, como habemos dicho, moverá más, si así se puede decir, á que Dios le tenga más amor, y se recree más en su alma. Y para conseguir esta caridad hase de ejercitar lo que de ella dice el Apóstol, diciendo: La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no hace mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus mismas cosas, no se alborota, no piensa mal, no se huelga sobre la maldad, gózase en la verdad; todas las cosas sufre que son de sufrir, cree todas las cosas (es á saber, las que se deben creer), todas las cosas espera y todas las cosas sustenta, es á saber, que convienen á la caridad (1. ad Cor XIII, 14).

ANOTACIÓN Y ARGUMENTO DE LAS DOS CANCIONES SIGUIENTES

Pues como esta palomica del alma andaba volando por los aires de amor sobre las aguas del diluvio de las fatigas y ansias suyas de amor, que ha mostrado hasta aquí (no hallando donde descansase su pie), á este último vuelo que habemos dicho, extendió el piadoso Padre Noé la mano de su misericordia, y recogióla metiéndola en el arca de su caridad y amor, y esto fué al tiempo que en la Canción que acabamos de declarar dijo: *Vuélvete, Paloma*. § En el cual recogimiento, hallando el alma todo lo que deseaba, y más de lo que se puede decir, comienza á cantar alabanzas á su Amado, refiriendo las grandezas que en esta unión en él siente y goza, en las dos Canciones siguientes, diciendo: *

CANCIONES XIV Y XV

Mi amado, las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos.

La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.

ANOTACIÓN

Antes que entremos en la declaración de estas Canciones, es necesario advertir para más inteligencia de ellas y de las que después de ella se siguen, que en este vuelo espiritual que acabamos de decir, se denota un alto estado y unión de amor, en que después de mucho ejercicio espiritual suele Dios poner al alma, al cual llaman desposorio espiritual con el Verbo Hijo de Dios. Y al principio que se hace esto, que es la primera vez, comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermo세ándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y de virtudes, y vistiéndola de conocimiento y honra de Dios: bien así como á desposada en el día de su desposorio. Y en este dichoso día no solamente se le acaban al alma sus ansias vehementes y querellas de amor que antes tenia, mas quedando adornada de los bienes que digo, comiézale un estado de paz y deleite y de suavidad de amor, según se da á entender en las presentes Canciones, en las cuales no hace otra cosa sino contar y cantar las grandezas de su Amado, las cuales conoce y goza en él por la dicha unión del desposorio. Y así en las demás Canciones ya no dice cosas de ansias y penas como antes hacía, sino comunicación y ejercicio de dulce y pacífico amor con su Amado, porque ya en este estado todo aquello fenece. Y es de notar que en estas dos Canciones se contiene lo más que Dios suele comunicar en este tiempo á un alma. Pero no se ha de entender

que á todas las que llegan á este estado se les comunica todo lo que en estas dos Canciones se declara, ni en una misma manera y medida de conocimiento y sentimiento; porque á unas almas se les da más, y á otras menos, y á unas en una manera, y á otras en otra, aunque lo uno y lo otro puede ser en este estado de desposorio espiritual; pero pónese aquí lo más que puede ser, porque en ello se comprende todo. Siguese la declaración.

DECLARACIÓN

Y es de notar, que así como en el Arca de Noé, según dice la Divina Escritura, había muchas mansiones para muchas diferencias de animales, y todos los manjares que se podían comer, así el alma en este vuelo que hace á esta Divina Arca del pecho de Dios, no sólo echa de ver en ellas las muchas mansiones que Su Majestad dijo por San Juan (XIV, 2), que había en la casa de su Padre, mas ve y conoce allí todos los manjares; esto es, todas las grandezas que puede gustar el alma, que son todas las cosas que se contienen en las dichas dos Canciones, y significadas por aquellos vocablos comunes. Las cuales en sustancia son las que se siguen.

Ve el alma y gusta en esta Divina unión abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea; y entiende secretos é inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben, y siente en dios un terrible poder y fuerza que todo otro poder y fuerza priva, y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, y halla verdadero sosiego y luz Divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios, que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce; y siéntese llena de bienes y ajena y vacía de males, y sobre todo entiende y goza de inestimable refección de amor, que la confirma en amor. Y esta es la sustancia de lo que se contiene en las dos sobredichas Canciones.

En las cuales dice la Esposa, que todas estas cosas es su Amado en sí, y lo es para ella: porque en lo que Dios suele comunicar en semejantes éxtasis, siente el alma y conoce la verdad de aquel dicho que dijo el Santo Francisco, es á saber, *Dios mío, y todas las cosas.*

De donde por ser Dios todas las cosas al alma, y el bien de todas ellas, se declara la comunicación de este exceso por la semejanza de la bondad de las cosas en las dichas Canciones, según en cada verso de ella se irá declarando. En lo cual se ha de entender que todo lo que aquí se declara, está en Dios eminentemente en infinita manera, ó por mejor decir cada una de estas grandezas que se dicen, es Dios, y todas ellas juntas son Dios. Que por cuanto en este caso se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios, según lo sintió San Juan cuando dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat*. Es á saber, lo que fué hecho, en él era vida (I, 14). Y así no se ha de entender, que en lo que aquí se dice que siente el alma, es como ver las cosas en la luz, ó las criaturas en Dios, sino que en aquella posesión siente serle todas las cosas Dios. Ni tampoco se ha de entender que porque el alma siente tan subidamente de Dios en lo que vamos diciendo, ve á Dios esencial y claramente, que no es sino una fuerte y copiosa comunicación y vislumbre de lo que él es en sí, en que siente el alma este bien de las cosas, que ahora en los versos declararemos, conviene á saber:

Mi Amado, las montañas.

Las montañas tienen altura, son abundantes, anchas y hermosas y graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí.

Los valles solitarios nemorosos.

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas y suave canto de aves hacen gran recreación y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad, y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.

Las insulas extrañas.

Las insulas extrañas están ceñidas con la mar, y allende de los mares, muy apartadas y ajenas de la comunicación de los hombres; y así en ellas se crían y nacen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras, y virtudes nunca vistas de los hombres,

que hacen grande novedad y admiración á quien las ve. Y así por las grandes y admirables novedades y noticias extrañas y alejadas del conocimiento común, que el alma ve en Dios, le llama Ínsulas extrañas. Porque extraño llaman á uno por una de dos cosas: ó porque se anda retirando de la gente, ó porque es excelente y particular entre los demás hombres en sus hechos y obras: por estas dos cosas llama el alma aquí á Dios extraño, porque no solamente es toda la extrañeza de las ínsulas nunca vistas; pero también sus vías, consejos y obras son muy extrañas y nuevas y admirables para los hombres. Y no es maravilla que sea Dios extraño á los hombres, que no le han visto, pues también lo es á los santos ángeles y almas que le ven; pues no le pueden acabar de ver ni acabarán. Y hasta el último día del juicio van viendo en él tantas novedades según sus profundos juicios acerca de las obras de misericordia y justicia, que siempre les hace novedad, y siempre se maravillan más. De manera, que no solamente los hombres, pero también los Angeles le pueden llamar Ínsulas extrañas; sólo para sí no es extraño, ni tampoco para sí es nuevo.

Los ríos sonorosos.

Los ríos tienen tres propiedades. La primera, que todo cuanto encuentran lo embisten y anegan. La segunda, que hinchen todos los bajos y vacíos que hallan delante. La tercera, que tienen tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan. Y porque en esta comunicación de Dios que vamos diciendo, siente el alma en él estas tres propiedades muy sabrosamente, dice que su Amado es «Los ríos sonorosos». Quanto á la primera propiedad que el alma siente, es de saber que de tal manera se ve el alma embestir del torrente del espíritu de Dios en este caso, y con tanta fuerza apoderarse de ella, que le parece que vienen sobre ella todos los ríos del mundo, que la embisten, y siente ser allí anegadas todas sus acciones y pasiones en que antes estaba. Y no porque es cosa de tanta fuerza es cosa de tormento, porque estos ríos son ríos de paz, según por Isaías da Dios á entender, diciendo de este embestir en el alma: *Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis, et quasi torrentem inundantem gloriam*. Quiere

decir: notad y advertid que yo declinaré y embestiré sobre ella (es á saber, sobre el alma) como un río de paz, y así como un torrente que va redundando gloria (LXVI, 12). Y así este embestir Divino que hace Dios en el alma como ríos sonoros, toda la hinche de paz y de gloria. La segunda propiedad que el alma siente, es que esta Divina agua á este tiempo hinche los bajos de su humildad, llena los vacíos de sus apetitos, según lo dice San Lucas: *Exaltavit humiles. Esurientes implevit bonis*. Que quiere decir: ensalzó los humildes, y á los hambrientos llenó de bienes (I, 52). La tercera propiedad que el alma siente en estos sonoros ríos de su Amado, es un ruido y voz espiritual que es sobre todo sonido y voz, la cual voz priva toda otra voz, y su sonido excede á todos los sonidos del mundo; y en declarar cómo esto sea, nos tenemos de detener algún tanto.

Esta voz ó este sonoro sonido de los ríos que aquí dice el alma, es un henchimiento tan abundante, que la hinche de bienes, y un poder tan poderoso que la posee, que no sólo le parece sonidos de ríos, pero aún poderosísimos truenos; pero esta voz es voz espiritual, y no trae estos otros sonidos corporales ni la pena y molestia de ellos, sino grandeza y fuerza, poder, deleite y gloria, y así es como una voz y sonido inmenso interior, que viste al alma de poder y fortaleza. Esta espiritual voz y sonido hizo en el espíritu de los Apóstoles al tiempo que el Espíritu Santo con vehemente torrente (como se dice en los Actos de los Apóstoles) descendió sobre ellos, que para dar á entender la espiritual voz que interiormente les hacía, se oyó aquel sonido de fuera como de aire vehemente de manera que fuese oído de todos los que estaban dentro en Jerusalén; por el cual como decimos, se denotaba el que dentro recibían los Apóstoles (Act. II, 2) que era, como hemos dicho, henchimiento de poder y fortaleza. Y también cuando estaba el Señor Jesús rogando al Padre en el aprieto y angustia que recibió de sus enemigos, según lo dijo San Juan (XII, 28), le vino una voz del cielo interior, confortándole según la humanidad, cuyo sonido oyeron los Judíos por de fuera tan grave y vehemente, que unos decían que se había hecho algún trueno, y otros decían que le había hablado algún ángel del cielo; y era que por aquella voz que

se oía de fuera, se denotaba y daba á entender la fortaleza y poder que según la humanidad á Cristo se le daba de dentro; y no por eso se ha de entender que deja el alma de recibir el sonido de la voz espiritual en el espíritu. Donde es de notar que la voz espiritual es el efecto que ella hace en el alma; así como la corporal imprime su sonido en el oído, y la inteligencia en el espíritu. Lo cual quiso dar á entender David cuando dijo: *Ecce dabit voci suæ vocem virtutis*. Que quiere decir: mirad, que Dios dará á su voz voz de virtud (Ps. LXVII, 37); la cual virtud es la voz interior. Porque decir David, dará á su voz voz de virtud, es decir: á la voz exterior que se siente de fuera, dará voz de virtud que se sienta de dentro. De donde es de saber que Dios es voz infinita, y comunicándose al alma en la manera dicha, hace el efecto de inmensa voz.

Esta voz oyó San Juan en el Apocalipsi, y dice que la voz que oyó del cielo, era *Tamquam vocem aquarum multarum, et tamquam vocem tonitruu magni*. Que quiere decir: que era esta voz que oyó, como voz de muchas aguas, y como voz de un grande trueno. (XIV, 2.) Y porque no se entienda que esta voz por ser tan grande era penosa y áspera, añade luego diciendo que esta misma voz era tan suave, que *erat sicut citharedorum citharizantium in citharis suis*. Que quiere decir: que era como de muchos tañedores, que citarizaban en sus cítaras (ibid). Y Ezequiel dice que este sonido como de muchas aguas, era *quasi sonus sublimis Dei*, es á saber, como sonido del Altísimo Dios (I, 24): esto es, que altísima y suavísimamente se comunicaba en él. Esta voz es infinita; porque como decíamos, es el mismo Dios que se comunica haciendo voz en el alma, mas ciñese á cada alma, dando voz de virtud según le cuadra limitadamente, y hace gran deleite y grandeza al alma. Y por eso dijo á la Esposa en los *Cantares*: *Sonet vox tua in auribus meis, vox enim tua dulcis*. Que quiere decir: suene tu voz en mis oídos, porque es dulce tu voz. (II, 14.) Siguese el verso:

El silbo de los aires amorosos.

Dos cosas dice el alma en el presente verso, es á saber, «aires» y

«silbo». Por los «aires amorosos» se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, las cuales mediante la dicha unión del Esposo enbisten en el alma, y amorosísimamente se comunican y tocan en la sustancia de ella. Y al «silbo» de estos aires llama una subidísima y sabrosísima inteligencia de Dios y de sus virtudes; la cual redunda en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y este es el más subido deleite que hay en todos los demás que gusta el alma aquí.

Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo ó sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite é inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta en el sentido del tacto, y el silbo del mismo aire con el oído; así también el toque de las virtudes del Amado se siente y goza en el contacto de esta alma, que es en la sustancia de ella mediante la voluntad, y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se sienten en el oído del alma, que es en el entendimiento. Y es también de saber, que entonces se dice venir el aire amoroso, cuando sabrosamente hiere satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio, porque entonces se regala y recrea el sentido del tacto; y con este regalo del tacto siente el oído gran regalo y deleite en el sonido y silbo del aire, mucho más que el tacto en el toque del aire, porque el sentido del oído es más espiritual, ó por mejor decir allégase más á lo espiritual que el tacto; y así el deleite que causa, es más espiritual que el que causa el tacto. Ni más ni menos: porque este toque de Dios satisface grandemente y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en la tal unión, llama á la dicha unión ó toques, «aires amorosos»; porque como hemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él, de lo cual se deriva en el entendimiento el silbo de la inteligencia. Y llámale «silbo», porque así como el silbo del aire causado se entra agudamente en el vasillo del oído, así esta sutilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la sustancia del alma, que es muy mayor

deleite que todos los demás. La causa es, porque se le da sustancia entendida y desnuda de accidentes y fantasmas; porque se da al entendimiento que llaman los filósofos pasivo ó posible, porque pasivamente sin él hacer nada de su parte, la recibe; lo cual es el principal deleite del alma, porque es en el entendimiento, en que consiste la *fruición*, como dicen los teólogos, que es ver á Dios; que por significar este silbo la dicha inteligencia sustancial, piensan algunos teólogos que vió nuestro Padre Elías á Dios en aquel silbo delgado de aire que sintió en el monte á la boca de su cueva. Allí le llama la Escritura silbo de aire delgado; porque de la sùtil y delicada comunicaci3n del espíritu, le nacía la inteligencia en el entendimiento. Y aquí le llama el alma silbo de aires amorosos; porque de la amorosa comunicaci3n de las virtudes de su Amado le redunda en el entendimiento, y por eso le llama silbo de los aires amorosos.

Este Divino silbo que entra por oído del alma, no solamente es sustancia, como he dicho, entendida, sino también es descubrimiento de verdades de la Divinidad, y revelaci3n de secretos suyos ocultos; porque ordinariamente las veces que en la Escritura Divina se halla alguna comunicaci3n de Dios, que se dice entrar por el oído, se halla ser manifestaci3n de estas verdades desnudas en el entendimiento, ó revelaci3n de secretos de Dios; las cuales son revelaciones ó visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma sin servicio ni ayuda de los sentidos; y así es muy alto y cierto esto que se dice comunicar Dios por el oído. Que por eso para dar á entender San Pablo la alteza de su revelaci3n, no dijo: *Vidi arcana verba*, ni menos: *Gustavi arcana verba*, sino: *Audivi arcana verba, quæ non licet homini loqui*. Y es como si dijera: oí palabras secretas, que al hombre no es lícito hablar (2. ad Cor. XII, 4). En lo cual se piensa que vió á Dios también como nuestro Padre Elías en el silbo. Porque así como la Fe (como también dice San Pablo) es por el oído corporal, así también lo que nos dice la Fe, que es la sustancia entendida, es por el oído espiritual. Lo cual dió bien á entender el profeta Job, hablando con Dios, cuando se le reveló, diciendo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te*. Quiere decir: con el oído de la oreja te

oí, y ahora te ve mi ojo (XLII, 5). En lo cual se da claro á entender, que el oírlo con el oído del alma, es verlo con el ojo del entendimiento pasivo que dijimos: que por eso no dice oíré con el oído de mis orejas, sino de mi oreja; ni te vi con mis ojos, sino con mi ojo del entendimiento; luego este oír del alma, es ver con el entendimiento.

Y no se ha de entender que esto que el alma entiende, porque sea sustancia desnuda como habemos dicho, sea la perfecta y clara fruición como en el cielo; porque aunque es desnuda de accidentes, no es por eso clara sino oscura, porque es contemplación; la cual en esta vida, como dice San Dionisio, es rayo de tinieblas (1); y así podemos decir que es un rayo é imagen de fruición, por cuanto es en el entendimiento, en que consiste la fruición. Esta sustancia entendida que aquí llama el alma silbo, es los ojos deseados, que descubriéndoselos el Amado, dijo (porque no los podía sufrir el sentido), *Apártalos, Amado*.

Y porque me parece bien y muy á propósito una autoridad de Job, que confirma mucha parte de lo que he dicho en este arrobamiento y desposorio, referirla hé aquí (aunque nos detengamos un poco más), y declararé las partes de ella que son á nuestro propósito, y primero la pondré toda en latín, y luego toda en romance, y luego declararé brevemente lo que de ella conviene á nuestro propósito; y acabado esto, proseguiré la declaración de los versos de la otra Canción. Dice, pues, Eliphaz Temanites en Job de esta manera: *Porro ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtivè suscepit auris mea venas susurri ejus. In horrore visionis nocturnæ, quando solet sopor occupare homines, pavor tenuit me, et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt, et cùm spiritus, me præsentè, transiret, inhorruerunt pili carnis meæ. Stetit quidam, cujus non agnoscebam vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi auræ lenis audivi.* Y en romance quiere decir: De verdad á mí se me dijo una palabra escondida, y como á

(1) *Mystica Theologia*, cap. 1.º Tanto esta obra como otras que corren á nombre de San Dionisio Areopagita son suposiciones, según la crítica moderna ha demostrado. Fueron escritas á lo que parece á fines del siglo V ó principios del VI, entre otras razones porque se ve que el autor conocía los libros del neoplatónico Proclo. (Cf. Onrubia, *Patrología*, pág. 689.)

hurtadillas recibió mi oreja las venas de su susurro: en el horror de la visión nocturna, cuando el sueño suele ocupar á los hombres, ocupóme el pavor y el temblor, y todos mis huesos se alborotaron; y como el espíritu pasase en mi presencia, encogióronseme las pieles de mi carne, púsoseme delante uno, cuyo rostro no conocia, era imagen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado (IV, 12). En la cual autoridad se contiene casi todo lo que habemos dicho aquí hasta este punto de este raptó desde la Canción 12 que dice: *Apártalos, Amado*. Porque en lo que aquí dice Eliphaz, que se lo dijo una palabra escondida, significa aquello escondido que se le dió al alma, cuya grandeza no pudiendo sufrir, dijo: *Apártalos, Amado*.

Y en decir que recibió su oreja las venas de su susurro como á hurtadillas, es decir la sustancia desnuda que habemos dicho que recibe el entendimiento; porque venas aquí denotan sustancia interior. El susurro significa aquella comunicación y toque de virtudes, de donde se comunica al entendimiento la dicha sustancia entendida. Y llámale aquí susurro, porque es muy suave la tal comunicación, así como allí la llama aires amorosos el alma, porque amorosamente se comunica. Y dice que la recibió como á hurtadillas, porque así como lo que se hurta es ajeno, así aquel secreto era ajeno del hombre, hablando naturalmente, porque recibió lo que no era de su natural, y así no le era licito recibirle, como tampoco á San Pablo le era licito poder decir el suyo. Por lo cual dijo el otro profeta dos veces: Mi secreto para mí. *Secretum meum mihi, secretum meum mihi*. (Isai. XXIV, 16.) Y cuando dijo: En el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar los hombres, me ocupó el pavor y temblor, da á entender el temor y temblor que naturalmente hace al alma aquella comunicación de arrobamiento, que decíamos no podía sufrir el natural en la comunicación del espíritu de Dios. Porque da aquí á entender este profeta, que así como al tiempo que se van á dormir los hombres les suele oprimir y atemorizar una visión, que llaman pesadilla, lo cual les acaece entre el sueño y la vigilia, que es en aquel punto que comienza el sueño; así al tiempo de este traspaso espiritual entre el sueño de la ignorancia natural y la vigilia del

conocimiento sobrenatural, que es el principio del arrobamiento ó éxtasi, les hace temor y temblor la visión espiritual que entonces se les comunica. Y añade más, diciendo: que todos sus huesos se asombraron ó alborotaron: que quiere tanto decir como si dijera: se conmovieron ó desencajaron de sus lugares; en lo cual da á entender el gran descoyuntamiento de huesos que habemos dicho padecerse á este tiempo. Lo cual dió bien á entender Daniel cuando vió al ángel, diciendo: *Domine mi, in visione tua dissolutæ sunt compages meæ*. Esto es: Señor mío, en tu visión las juntas de mis huesos se han abierto. (X, 16.) Y en lo que dice luego: Y como el espíritu pasase en mi presencia, es á saber, haciendo pasar al mío de sus límites y vías naturales, por el arrobamiento que habemos dicho, encogióronse los pelos de mis carnes, da á entender lo que habemos dicho del cuerpo, que en este traspaso se queda helado y encogidas las carnes como muerto. Y luego se sigue: estuvo uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos. Este que dice que estuvo era Dios, que se comunicaba en la manera dicha. Y dice que no conocía su rostro, para dar á entender que en la tal comunicación y visión, aunque es altísima, no se conoce ni ve el rostro y esencia de Dios. Pero dice que era imagen delante de sus ojos; porque, como habemos dicho, aquella inteligencia de palabra escondida era altísima, como imagen y rostro de Dios; mas nó se entiende que es ver esencialmente á Dios. Y luego concluye diciendo: y oí una voz de aire delicado, en que se entiende *el silbo de los aires amorosos* que dice aquí el alma, que es su Amado. Y no se ha de entender que siempre acaecen estas visitas con estos temores y detrimentos naturales, que, como queda dicho, es á los que comienzan á entrar en estado de iluminación y perfección, y en este género de comunicación; porque en otros antes acaecen con gran suavidad. Síguese la declaración.

La noche sosegada.

Este sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego, y descanso y quietud de la pacífica

noche, y recibe juntamente en Dios una abisal oscura inteligencia Divina; y por eso dice que su Amado es para ella *La noche sosegada*.

En par de los levantes de la aurora.

Pero esta noche sosegada no es de manera que sea como oscura noche, sino como la noche junto ya á los levantes de la mañana; porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo oscuro, como la oscura noche, sino sosiego y quietud en la luz Divina y en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado á luz Divina. Y llama aquí propiamente y bien á esta luz Divina levantes de la aurora, que quiere decir la mañana; porque así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural á la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no claro, sino como dicho es, oscuro, como noche en par de los levantes de la aurora. Porque así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche, ni del todo es día, sino, como dicen, entre dos luces; así esta soledad y sosiego Divino, ni con toda claridad es informado de la luz Divina, ni deja de participar algo de ella.

En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender á la Divina luz: bien así como el que después de un largo sueño abre los ojos á la luz que no esperaba. Este conocimiento, entiendo quiso dar á entender David cuando dijo: *Vigilavi, et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Que quiere decir, recordé y fui hecho semejante al pájaro solitario en el tejado. (Ps. CI, 8.) Como si dijera: abrí los ojos de mi entendimiento, y halléme sobre todas las inteligencias naturales, solitario sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo. Y dice aquí que fué hecho semejante al pájaro solitario; porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto; y así el espíritu en este paso se pone en altísima contemplación. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico hacia donde

viene el aire; y así el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hacia donde viene el espíritu de amor, que es Dios. La tercera es que ordinariamente está solo y no consiente otra ave alguna junto á sí, sino que en posándose alguna junto, luego se va; y así el espíritu en esta contemplación está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es, que canta muy suavemente, y lo mismo hace á Dios el espíritu á este tiempo; porque las alabanzas que hace á Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es, que no es de algún determinado color; y así es el espíritu perfecto, que no sólo en este exceso no tiene algún color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

La música callada.

En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz Divina echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la sabiduría de Dios en las diferencias de todas sus criaturas y obras; porque todas ellas y cada una tienen una correspondencia con Dios, con que cada una en su manera de voz muestra lo que en ella es Dios; de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo. Y llama á esta *Música callada*; porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta sin ruido de voces; y así se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silencio. Y así dice que su Amado es esta música callada, porque en él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual; y no sólo eso, sino que también es

La soledad sonora.

Lo cual es casi lo mismo que la música callada; porque aunque aquella música es callada cuanto á los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque estando

ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sonido espiritual sonorosisísimamente en el espíritu, de la excelencia de Dios, en sí y en sus criaturas, según aquello que dijimos arriba haber visto San Juan en espíritu en el Apocalipsi: conviene á saber, voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras. Lo cual fué en espíritu y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados que cada uno en su manera de gloria hace á Dios continuamente. Lo cual es como música; porque así como cada uno posee diferentemente sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente y todas en una concordancia de amor, bien así como música. A este mismo modo echa de ver el alma en aquella sabiduría sosegada en todas las criaturas, no sólo superiores, sino también inferiores, según lo que ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una su voz de testimonio de lo que es Dios. Y ve que cada una en su manera engrandece á Dios, teniendo en sí á Dios según su capacidad; y así todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios, y sabiduría y ciencia admirable. Y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, cuando dijo: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum: et hoc quod continet omnia, scientiam habet vocis*. Quiere decir: el Espíritu del Señor llenó la redondez de la tierra; y este mundo que contiene todas las cosas que él hizo, tiene ciencia de voz (I, 7); que es la soledad sonora que decimos conocer el alma aquí, que es el testimonio que de Dios dan en sí todas ellas. Y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y ajenación de todas las cosas exteriores, las llama la música callada y la soledad sonora, la cual dice que es su Amado: Y más:

La cena que recrea y enamora.

La cena á los amados hace recreación, hartura y amor. Porque estas tres cosas causa el Amado en el alma en esta suave comunicación, le llama ella aquí *la cena que recrea y enamora*. Es de saber, que en la Divina Escritura, este nombre *cena* se entiende por la visión

Divina; porque así como la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho sosegada, le hace sentir al alma cierto fin de males y posesión de bienes, en que se enamora de Dios más de lo que antes estaba, y por eso le es á ella *la cena que recrea* en serle el fin de los males; y la enamora en serle posesión de todos los bienes.

§ Pero para que se entienda mejor cómo sea esta cena para el alma, la cual cena, como habemos dicho, es su Amado, conviene aquí notar lo que el mismo Amado Esposo dice en el Apocalipsi, es á saber: Yo estoy á la puerta, y llamo; si alguno me abriere, entraré y cenaré con él, y él conmigo (III, 20). En lo cual da á entender que él se trae la cena consigo, la cual no es otra cosa sino su mismo sabor y deleites de que él mismo goza; los cuales, uniéndose él con el alma, se los comunica y goza ella también; que eso quiere decir yo cenaré con él, y él conmigo. Y así en estas palabras se da á entender el efecto de la Divina unión del alma con Dios, en la cual los mismos bienes propios de Dios se hacen comunes también al alma Esposa, comunicándoselos él, como habemos dicho, graciosa y largamente. Y así él mismo es para ella la cena que recrea y enamora; porque en serle largo la recrea, y en serle gracioso la enamora.

Antes que entremos en la declaración de las demás Canciones, conviene aquí advertir, que no porque habemos dicho que en aqueste estado de desposorio, aunque habemos dicho que goza el alma de toda tranquilidad, y que se le comunica todo lo demás que se le puede comunicar en esta vida, se ha de entender que es en toda ella, sino que esta tranquilidad es según la parte superior; porque la parte sensitiva hasta el estado de matrimonio espiritual, nunca acaba de perder sus resabios ni sujetar del todo sus fuerzas, como después se dirá; y que lo que se le comunica es lo más que se puede en razón de desposorio; porque en el matrimonio espiritual hay grandes ventajas, porque aunque en el desposorio en las visitas goza tanto bien el alma Esposa como se ha dicho, todavía padece ausencias y perturbaciones, y molestias de parte de la porción inferior, y del demonio; todo lo cual cesa en el estado del matrimonio. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pues como la Esposa tiene ya las virtudes puestas en el alma en el punto de su perfección, en que está gozando de ordinaria paz en las visitas que el Amado le hace, algunas veces goza subidísimamente la suavidad y fragancia de las dichas virtudes por el toque que el Amado hace en ellas: bien así como se gusta la suavidad y hermosura de las azucenas y flores cuando están abiertas y las tratan; porque en muchas de estas visitas ve el alma en su espíritu todas sus virtudes que Dios le ha dado, obrando él en ella esta luz; y ella entonces con admirable deleite y sabor de amor las junta todas y las ofrece al Amado como una piña de hermosas flores, y recibíéndolas el Amado entonces (porque de veras las recibe) recibe en ello gran servicio. Todo lo cual pasa dentro del alma, en que siente ella estar el Amado como en su propio lecho; porque el alma se ofrece juntamente con las virtudes, que es el mayor servicio que ella le puede hacer; y así es uno de los mayores deleites que en el trato interior con Dios ella suele recibir en esta manera de don que hace el Amado. Y conociendo el demonio esta prosperidad del alma (el cual por su gran malicia todo el bien que en ella ve envidia), usa á este tiempo de toda su habilidad y ejercita todas sus artes para poder perturbar en el alma siquiera una minima parte de este bien; porque más precia el impedir á esta alma un quilate de esta su riqueza y glorioso deleite, que hacer caer á otras en muchos y muy graves pecados; porque las otras tienen poco ó nada que perder, y ésta mucho, porque tiene mucho ganado y muy precioso; así como perder un poco de oro muy primo es más que perder mucho de otros bajos metales. Aprovechase aquí el demonio de los apetitos sensitivos, aunque con éstos en este estado las más veces puede muy poco, ó nada, por estar ya ellos amortiguados, y de que con esto no puede, representa á la imaginación muchas vanidades; y á las veces levanta en la parte sensitiva muchos movimientos, como después se dirá, y otras molestias que causa así espirituales como sensitivas, de las cuales no es en

mano del alma poderse librar hasta que el Señor envía su ángel (como se dice en el Salmo), en derredor de los que le temen, y los libra. (XXXIII, 8.) Y hace paz y tranquilidad, así en la parte sensitiva como en la espiritual del alma. La cual para denotar todo esto y pedir este favor, recelosa de la experiencia que tiene de las astucias que usa el demonio para hacerle el dicho daño en este tiempo, hablando con los ángeles, cuyo oficio es favorecer á este tiempo ahuyentando los demonios, dice la siguiente Canción: *

CANCIÓN XVI

Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.

DECLARACIÓN

§ Deseando, pues, el alma que no le impidan la continuación de este deleite interior de amor, que es la flor de la viña de su alma, ni los envidiosos y maliciosos demonios, ni los furiosos apetitos de la sensualidad, ni las varias idas y venidas de imaginaciones ni otras cualesquier noticias y presencias de cosas, invoca á los ángeles, diciendo: que cacen todas estas cosas y las impidan, de manera que no impidan el ejercicio de amor interior, en cuyo deleite y sabor se están comunicando y gozando las virtudes y gracias entre el alma y el Hijo de Dios. Y así dice: *

*Cazadnos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña.*

La viña que aquí dice es el plantel que está en esta santa alma de todas las virtudes, las cuales le dan á ella vino de dulce sabor. Esta viña del alma está florida, cuando según la voluntad está unida con el Esposo, y en el mismo Esposo está deleitándose, según todas

estas virtudes juntas; y algunas veces, como habemos dicho, suelen acudir á la memoria y fantasía muchas y varias formas é imaginaciones, y en la parte sensitiva se levantan muchos y varios movimientos y apetitos. § Los cuales por ser de tantas maneras y tan varios, cuando David estaba bebiendo este sabroso vino del espíritu con grande sed en Dios, sintiendo el impedimento y molestia que le hacían, dijo: Mi alma tuvo sed en tí, cuán de muchas maneras se há mi carne á tí. (Ps. LXII, 2.) Llama el alma á toda esta armonía de apetitos y movimientos sensitivos raposas, por la gran propiedad que tienen á este tiempo con ellas. Porque así como las raposas se hacen dormidas para hacer presa cuando salen á caza, así todos estos apetitos y fuerzas sensitivas estaban sosegadas hasta que en el alma se levantan y se abren, y salen á ejercicio estas flores de las virtudes; y entonces también parece que despiertan y se levantan en la sensualidad sus flores de apetitos y fuerzas sensuales á querer contradecir al espíritu y reinar. Hasta esto llega la codicia, que dice San Pablo (Gal. V, 17) que tiene la carne contra el espíritu; que por ser su inclinación grande á lo sensitivo, gustando el espíritu, se desaborea y disgusta toda carne; y en esto dan estos apetitos gran molestia al dulce espíritu, por lo cual dice: *

Cazados las raposas.

§ Pero los maliciosos demonios hacen de su parte aquí molestia al alma de dos maneras. Porque ellos incitan á levantar estos apetitos con vehemencia, y con ellos y otras imaginaciones hacen guerra á este reino pacífico y florido del alma. Lo segundo y que peor es, que cuando de esta manera no pueden, embisten en ella con tormentos y ruidos corporales para hacerla divertir. Y lo que es más malo, que la combaten con temores y horrores espirituales, á veces de terribles tormentos: lo cual á este tiempo si se les da licencia, pueden ellos muy bien hacer; porque como el alma se pone en muy desnudo espíritu para este ejercicio espiritual, puede con facilidad él hacerse presente á ella; pues también él es espíritu. Otras veces la hace otros embestimientos de horrores antes que ella comience á gustar estas

dulces flores, á tiempo que Dios la comienza á algo sacar de la casa de sus sentidos para que entre en el dicho ejercicio interior al huerto del Esposo: porque sabe, que si una vez se entra en aquel recogimiento, está tan amparada, que por más que haga no puede hacerle daño. Y muchas veces cuando aquí el demonio sale á tomarle el paso, suele el alma con gran presteza recogerse en el hondo escondrijo de su interior, donde halla gran deleite y amparo, y entonces padece aquellos terrores tan por de fuera, y tan á lo lejos, que no sólo no le hacen temor, mas le causan alegría y gozo. De estos terrores hizo mención la Esposa en los *Cantares*, diciendo: Mi alma me conturbó por causa de los carros de Aminadab. (VI, 11.) Entendiendo allí por Aminadab al demonio; llamando carros á sus embestimientos y acometimientos, por la grande vehemencia y tropel y ruidos que con ellos trae. Después dice aquí el alma: «Cazadnos las raposas», lo cual también la Esposa en los *Cantares*, al mismo propósito, pidió diciendo: *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas. Nam vinea nostra floruit.* Cazadnos las raposas pequeñas que desmenuzan las viñas, porque nuestra viña ha florecido. (II, 15.) Y no dice cazadme; sino cazadnos, porque habla de sí y del Amado, porque están en uno y gozando la flor de la viña.

La causa porque aquí dice que la viña está con flor, y no dice con fruto, es porque las virtudes en esta vida, aunque se gocen en el alma con tanta perfección como ésta de que hablamos, es como gozarla en flor; porque sólo en la otra se gozarán como en fruto. Y dice luego: *

*En tanto que de rosas
Hacemos una piña.*

Porque á esta sazón que el alma está gozando la flor de la viña, y deleitándose en el pecho de su amado, acaece así, que las virtudes del alma se ponen todas en pronto y claro, como habemos dicho, y en punto mostrándose al alma y dándole de sí gran suavidad y deleite; las cuales siente el alma estar en sí misma y en Dios, de manera que le parecen ser una viña muy florida y agradable de ella

y de él, en que ambos se apacientan y deleitan; y entonces el alma junta todas estas virtudes, haciendo actos muy sabrosos de amor en cada una de ellas y en todas juntas, y así juntas las ofrece ella al Amado con gran ternura de amor y suavidad, á lo cual le ayuda el mismo Amado; porque sin su favor y ayuda no podría ella hacer esta junta y ofrenda de virtudes á su Amado, que por eso dice:

Hacemos una piña.

Es á saber, el Amado y yo. Y llama piña á esta junta de virtudes, porque así como la piña es una pieza fuerte y en sí contiene muchas piezas fuertes y en sí abrazadas fuertemente, que son los piñones; así esta piña de virtudes que hace el alma para su Amado, es una sola pieza de perfección del alma, la cual fuerte y ordenadamente abraza y contiene en sí muchas perfecciones y virtudes muy fuertes y dones muy ricos, porque todas las perfecciones y virtudes se ordenan y contienen una sólida perfección del alma; la cual, en tanto que está haciéndose por el ejercicio de las virtudes, y ya hecha se está ofreciendo de parte del alma al Amado en espíritu de amor que vamos diciendo, convienen que se cacen las dichas raposas, para que no impidan la tal comunicación interior de los dos. Y no sólo pide esfo sólo la Esposa en esta Canción para poder bien hacer la piña, mas también lo que se sigue en el verso siguiente, es á saber:

Y no parezca nadie en la montiña.

Porque para este Divino ejercicio interior es también necesaria soledad y ajenación de todas las cosas que se podrían ofrecer al alma, ahora de parte de la porción inferior, que es la sensitiva del hombre; ahora de parte de la porción superior, que es la racional: las cuales dos porciones son en quien se encierra toda la armonía de las potencias y sentidos del hombre, á la cual armonía llama aquí montiña: porque morando en ella y situándose en ella todas las noticias y apetitos de la naturaleza, como la caza en el monte, en ella suele el demo-

nio hacer caza y presa en esos apetitos y noticias para mal del alma. Dice que en esta montiña no parezca nadie, es á saber, representación y figura de cualquier objeto perteneciente á cualquiera de estas potencias ó sentidos que habemos dicho, no parezca delante el alma y el Esposo. Y así es como si dijera: en todas las potencias espirituales del alma, como son memoria, entendimiento y voluntad, no haya noticias y afectos particulares, ni otras cualesquier advertencias. Y en todos los sentidos y potencias corporales, así interiores como exteriores, que son imaginativa, fantasía, ver, oír, etc., no haya otras digresiones y formas, é imágenes y figuras, ni representaciones de objetos al alma, ni otras operaciones naturales. Esto dice aquí el alma, por cuanto para gozar perfectamente de esta comunicación con Dios, conviene que todos los sentidos y potencias, así interiores como exteriores, estén desocupados, vacíos y ociosos de sus propias operaciones y objetos; porque en tal caso, cuanto ellos de suyo más se ponen en ejercicio, tanto más estorban; porque llegando el alma á alguna manera de unión interior de amor, ya no obran en esto las potencias espirituales, y menos las corporales: por cuanto está ya hecha y obrada la obra de unión de amor, actuada el alma en amor, y así acabaron de obrar las potencias, porque llegando al término, cesan todas las operaciones de los medios. Y así lo que el alma hace entonces, es asistencia de amor en Dios, la cual es amor en continuación de amor unitivo: no parezca, pues, nadie en la montiña, sola la voluntad parezca, asistiendo al Amado en entrega de sí y de todas las virtudes en la manera que está dicho.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Para más noticia de la Canción que se sigue, conviene aquí advertir que las ausencias que padece el alma de su Amado en este estado de desposorio espiritual, son muy aflictivas, y algunas son de manera que no hay pena que se la compare. La causa de esto es que, como el amor que tiene á Dios en este estado es grande y fuerte, atormentale fuerte y grandemente en la ausencia. Y añádese á esta

pena la molestia que á este tiempo recibe en cualquiera manera de trato ó comunicación de las criaturas, que es muy grande. Porque como ella está con aquella gran fuerza de deseo abisal por la unión con Dios, que cualquiera entretenimiento le es gravísimo y molesto: bien así como á la piedra, cuando con grande ímpetu y velocidad va llegando hacia su centro, cualquiera cosa en que topase y la entretuviese en aquel vacío le sería muy violenta. Y como está ya el alma saboreada con estas dulces visitas, sonle más deseables sobre el oro y toda hermosura. Y por eso temiendo el alma mucho carecer aun por un momento de tan preciosa presencia, hablando con la sequedad y con el espíritu de su Esposo, dice esta Canción. *

CANCIÓN XVII

Detente, Cierzo muerto;
 Ven, Austro, que recuerdas los amores,
 Aspira por mi huerto,
 Y corran sus olores,
 Y pacerá el Amado entre las flores.

DECLARACIÓN

Demás de lo dicho en la Canción pasada, la sequedad de espíritu es también causa de impedir al alma el jugo de suavidad interior de que arriba ha hablado, y temiendo ella esto, hace dos cosas en esta Canción. La primera, impedir la sequedad, cerrándole la puerta por medio de la continua oración y devoción. La segunda cosa que hace es invocar al Espíritu Santo, que es el que ha de ahuyentar esta sequedad del alma, y el que sustenta en ella y aumenta el amor del Esposo, y también ponga al alma en ejercicio interior de las virtudes, todo á fin de que el Hijo de Dios su Esposo se goce y deleite más en ella, porque toda su pretensión es dar contento al Amado.

Detente, Cierzo muerto.

El Cierzo es un viento seco y frio que seca y marchita las flores y plantas, y á lo menos las hace encoger y cerrar cuando en ellas hiere.

Y porque la sequedad espiritual y la ausencia afectiva del Amado hacen este mismo efecto en el alma que la tiene, apoyándole el jugo y sabor y fragancia que gustaba de las virtudes, la llama *Cierzo muerto*: porque todas las virtudes y ejercicio afectivo que tenía el alma, tiene amortiguado, y por eso dice aquí el alma: «Detente, Cierzo muerto.» El cual dicho del alma se ha de entender que es hecho y obra de oración y ejercicios espirituales, para que se detenga la sequedad. § Pero porque en este estado las cosas que Dios comunica al alma, son tan interiores que con ningún ejercicio de sus potencias de suyo puede el alma ponerlas en ejercicio y gustarlas, si el espíritu del Esposo no hace en ella esta moción de amor, le invoca ella luego, diciendo: *

Ven, Austro, que recuerdas los amores.

El Austro es otro viento que vulgarmente se llama Ábrego; este aire apacible, causa lluvias, y hace germinar las yerbas y plantas, y abrir las flores y derramar su olor, tiene los efectos contrarios al Cierzo. Y así por este aire entiende el alma al Espíritu Santo, el cual dice que recuerda los amores; porque cuando este Divino aire embiste en el alma, de tal manera la inflama toda, y la regala y aviva, y recuerda la voluntad, y levanta los apetitos que antes estaban caídos y dormidos al amor de Dios, que se puede bien decir que recuerda los amores de él y de ella; y lo que pide al Espíritu Santo, es lo que dice en el verso siguiente:

Aspira por mi huerto.

El cual huerto es la misma alma; porque así como arriba ha llamado á la misma alma viña florecida, porque la flor de las virtudes que hay en ella dan vino de dulce sabor, así aquí la llama también huerto, porque en ella están plantadas y nacen y crecen las flores de perfección y virtudes que habemos dicho. Y es aquí de notar, que no dice la Esposa: aspira en mi huerto, sino aspira por mi huerto; porque es grande la diferencia que hay entre aspirar Dios en el alma y

aspirar por el alma: porque aspirar en el alma es infundir en ella gracia, dones y virtudes; y aspirar por el alma, es hacer Dios toque y moción en las virtudes y perfecciones que ya le son dadas, renovándolas y moviéndolas de suerte que den de sí admirable fragancia y suavidad al alma; bien así como cuando menean las especies aromáticas, que al tiempo que se hace aquella moción derraman el abundancia de su olor, el cual antes ni era tal ni se sentía en tanto grado: porque las virtudes que el alma tiene en sí adquiridas ó infusas, no siempre las está sintiendo y gozando actualmente; porque como después diremos, en esta vida están en el alma como flores en cogollo cerradas, ó como especies aromáticas encubiertas, cuyo olor no se siente hasta ser abiertas y movidas, como habemos dicho.

Pero algunas veces hace Dios tales mercedes al alma Esposa, que aspirando con su espíritu Divino por este florido huerto de ella, abre todos estos cogollos de virtudes, y descubre estas especies aromáticas de dones y perfecciones y riquezas del alma, y manifestando el tesoro y caudal interior, descubre toda la hermosura de ella. Y entonces es cosa admirable de ver y suave de sentir la riqueza que se descubre al alma de sus dones, y la hermosura de estas flores de virtudes, ya todas abiertas en el alma, y la suavidad de olor que cada una de sí le da según su propiedad, es inestimable. Y esto llama aquí correr los olores del huerto, cuando en el verso siguiente dice:

Y corran sus olores.

Los cuales son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites y bañada en gloria inestimable; tanto que no sólo ella lo siente de dentro, pero aun suélele redundar tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir, y les parece estar la tal alma como un deleitoso jardín lleno de deleites y riquezas de Dios. Y no sólo cuando estas flores están abiertas se echa de ver esto en estas santas almas, pero ordinariamente traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad, que causa detenimiento y respeto á los demás, por el efecto sobrenatural que se difunde en el sujeto de

la próxima y familiar comunicación con Dios; cual se escribe en el Éxodo de Moisés (XXXIV, 30), que no podían mirar en su rostro por la honra y gloria que le quedaba por haber tratado cara á cara con Dios. En este aspirar del Espíritu Santo por el alma, que es visitación suya, enamorado de ella se comunica en alta manera el Esposo Hijo de Dios; que por eso envía su espíritu primero (como á los Apóstoles) que es su aposentador, para que le prepare la posada del alma Esposa, levantándola en deleite, poniéndole el huerto á gusto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, arreándola de la tapicería de sus gracias y riquezas. Y así con grande deseo desea el alma Esposa todo esto: es á saber, que se vaya el Cierzo; que venga el Austro, que aspire por el huerto, porque entonces gana el alma muchas cosas juntas. Porque gana el gozar las virtudes puestas en el punto de sabroso ejercicio, como habemos dicho; gana el gozar al Amado en ellas; pues mediante ellas como acabamos de decir, se le comunica á ella con más estrecho amor y haciéndole más particular merced que antes, y gana que el Amado mucho más se deleita en ella por este ejercicio actual de virtudes, que es de lo que ella más gusta, es á saber, que guste su Amado, y gana también la continuación y duración de tal sabor y suavidad de virtudes, la cual dura en el alma todo el tiempo que el Esposo asiste en ella en la tal manera, estándole dando la Esposa suavidad en sus virtudes, según en los *Cánticos* ella lo dice en esta manera: En tanto que estaba el Rey en su reclinitorio, es á saber en el alma, mi arbolico florido y oloroso dió olor de suavidad. *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suum* (I, 11). Entendiendo aquí por este arbolico oloroso la misma alma, que de las flores de virtudes que en sí tiene, da olor de suavidad al Amado que en ella mora en esta manera de unión. Por tanto, mucho es de desear este Divino aire del Espíritu Santo, y que pida cada alma aspire por su huerto para que corran Divinos olores de Dios. Que por ser esto tan necesario y de tanta gloria y bien para el alma, la Esposa lo deseó y pidió por los mismos términos que aquí en los *Cantares*, diciendo: *Surge, Aquilo, et veni, Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius*. Levántate de aquí,

Cierzo; y ven, Ábrego, y aspira por mi huerto, y correrán sus olorosas y preciosas especies. (IV, 16.) Y esto todo lo desea el alma, no por el deleite y gloria que de ello se le sigue, sino por lo que en esto sabe que se deleita su Esposo: y porque esto es disposición y preuncio para que el Hijo de Dios venga á deleitarse en ella; que por eso dice luego:

Y pacerá el Amado entre las flores.

Significa el alma este deleite que el Hijo de Dios tiene en ella en esta sazón, por nombre de pasto, que muy más al propio lo da á entender, por ser el pasto ó comida cosa que no sólo da gusto, pero aún sustenta; y así el Hijo de Dios se deleita en el alma en estos deleites de ella, y se sustenta en ella: esto es, persevera en ella, como lugar donde grandemente se deleita; porque el lugar se deleita de veras en él. Y eso entiendo que es lo que él mismo quiso decir por la boca de Salomón en los Proverbios, diciendo: mis deleites son con los hijos de los hombres. (VIII, 31.) Es á saber cuando sus deleites, son estar conmigo, que soy el Hijo de Dios. Y conviene aquí notar que no dice el alma aquí, que pacerá el Amado las flores, sino *entre las flores*: porque como quiera que la comunicación suya, es á saber del Esposo, sea en la misma alma mediante el arreo ya dicho de las virtudes; siguese que lo que paze es la misma alma transformándola en sí, estando ya ella guisada, salada y sazónada con las dichas flores de virtudes y dones y perfecciones, que son la salsa con qué y entre qué la paze; las cuales por medio del aposentador ya dicho, están dando al Hijo de Dios sabor y suavidad en el alma, para que por este medio se apaciente más en el amor de ella; porque esta es la condición del Esposo, unirse con el alma entre la fragancia de estas flores. La cual condición nota muy bien la Esposa en los Cantares, como quien tan bien la sabe, por estas palabras: *Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum ut pascatur in hortis, et lilia colligat*. Mi Amado descendió á su huerto, á la erica y aire de las especies odoríferas, para apacentarse en el huerto y coger lirios. (VI, 1.) Y otra vez dice: Yo para mi Amado, y

mi Amado para mí, que se apacienta entre los lirios (VI, 2); es á saber, que se apacienta y deleita en mi alma, que es el huerto suyo, entre los lirios de mis virtudes y perfecciones y gracias.

ANOTACIÓN PARA LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ En este estado, pues, de desposorio espiritual, como el alma echa de ver sus excelencias y grandes riquezas, y que no las posee y goza como querría á causa de la morada que hace en carne, muchas veces padece mucho; mayormente cuando más se le aviva la noticia de esto; porque echa de ver que ella está en el cuerpo, como un gran señor en la cárcel sujeto á mil miserias y que le tienen confiscados sus reinos, é impedido todo su señorío y riquezas, y no se le da de su hacienda sino muy por tasa la comida, en lo cual lo que podrá sentir, cada uno lo echará bien de ver, mayormente aún los domésticos de su casa no le estando bien sujetos; sino que á cada ocasión sus siervos y esclavos sin algún respeto se enderezan contra él, hasta querer cogerle el bocado del plato. Pues que cuando Dios hace alguna merced al alma de darle á gustar algún bocado de los bienes y riquezas que le tiene aparejadas, luego se levanta en la parte sensitiva algún mal siervo de apetito, ahora un esclavo de desordenado movimiento, ahora otras rebeliones de esta parte inferior á impedirle este bien.

En lo cual se siente el alma estar como en tierra de enemigos, y tiranizada entre extraños y como muerta entre los muertos, y sintiendo bien lo que da á entender el profeta Baruch cuando encarece esta miseria en la cautividad de Jacob, diciendo: ¿Quién es Israel, para que esté en la tierra de los enemigos? Envejecístete en la tierra ajena, contaminástete con los muertos, y estimáronte con los que descenden al infierno. (III, 10.) Y Jeremías sintiendo este mísero trato que el alma padece de parte del cautiverio del cuerpo, hablando con Israel según el sentido espiritual, dice: ¿Por ventura Israel es siervo ó esclavo, porque así esté preso? Sobre él rugieron los leones, etc. (II, 14), entendiendo aquí por los leones los apetitos y rebeliones que

decimos de este tirano rey de la sensualidad. De lo cual para mostrar el alma la molestia que recibe, y el deseo que tiene de que este reino de la sensualidad con todos sus ejércitos y molestias se acabe ya ó se le sujete del todo, levantando los ojos al Esposo, como quien lo ha de hacer todo, hablando contra los dichos movimientos y rebeliones, dice esta Canción: *

CANCIÓN XVIII

Oh ninfas de Judea,
 En tanto que en las flores y rosales
 El ámbar perfumea,
 Morá en los arrabales,
 Y no queráis tocar nuestros umbrales.

DECLARACIÓN

En esta Canción la Esposa es la que habla, la cual viéndose puesta según la porción superior espiritual en tan ricos y aventajados dones y deleites de parte de su Amado, deseando conservarse en la seguridad y continua posesión de ellos en la cual el Esposo la ha puesto en las dos Canciones precedentes; viendo que de parte de la porción inferior, que es la sensualidad, se le podría impedir, y que de hecho impide y perturba tanto bien, pide á las operaciones y movimientos de esta porción inferior que se sosieguen en las potencias y sentidos de ella, y no pasen los límites de su región, la sensualidad, á molestar é inquietar la porción superior y espiritual del alma: porque no la impida, aun por algún mínimo movimiento, el bien y suavidad de que goza: porque los movimientos de la parte sensitiva y sus potencias, si obran cuando el espíritu goza, tanto más le molestan é inquietan, cuanto ellos tienen de más obra y viveza. Dice, pues, así:

Oh ninfas de Judea.

Judea llama á la parte inferior del alma, que es la sensitiva. Y llámala Judea, porque es flaca y carnal y de suyo ciega, como lo es

la gente judaica; y llama ninfas á todas las imaginaciones y fantasías y movimientos y aficiones de esta porción inferior. A todas estas llama ninfas, porque así como las ninfas con su afición y gracia atraen para sí á los amantes, así estas operaciones y movimientos de la sensualidad sabrosa y porfiadamente procuran atraer á sí la voluntad de la parte racional, para sacarla de lo interior, á que quiera lo exterior que ellas quieren y apetecen, moviendo también al entendimiento, y atrayéndole á que se case y junte con ellas en su bajo modo de sentido, procurando conformar y aunar la parte racional con la sensual. Vosotras, pues, dice, oh sensuales operaciones y movimientos:

En tanto que en las flores y rosales.

Las *flores*, como habemos dicho, son las virtudes del alma, y los *rosales* son las potencias de la misma alma, memoria, entendimiento y voluntad: las cuales llevan en sí y crian flores de conceptos Divinos, y actos de amor, y las dichas virtudes. En tanto, pues, que en estas virtudes y potencias de mi alma

El ámbar perfumea.

Por el *ámbar* entiende aquí el Divino Espíritu del Esposo, que mora en el alma. Y perfumear este Divino ámbar en las flores y rosales, es derramarse y comunicarse suavísimamente en las potencias y virtudes del alma, dando en ellas al alma perfume de Divina suavidad. En tanto, pues, que este Divino espíritu está dando suavidad espiritual á mi alma,

Morá en los arrabales.

En los *arrabales* de Judea, que decimos ser la porción inferior ó sensitiva del alma. Y los arrabales de ella son los sentidos sensitivos interiores, como son la memoria, fantasía é imaginativa, en los cuales se colocan y recogen las formas de imágenes y fantasmas de los objetos, por medio de las cuales la sensualidad mueve sus apetitos y

codicias. Y estas formas son las que aquí llama ninfas: las cuales quietas y sosegadas, duermen también los apetitos. Estas entran á estos sus arrabales de los sentidos interiores por las puertas de los sentidos exteriores, que son ver, oír, oler, etc. De manera que todas las potencias y sentidos ahora interiores ahora exteriores de esta parte sensitiva los podemos llamar arrabales, porque son los barrios que están fuera de los muros de la ciudad. Porque lo que se llama ciudad en el alma, es allá lo de más adentro, es á saber, la parte racional que tiene capacidad para comunicar con Dios, cuyas operaciones son contrarias á las de la sensualidad. Pero porque hay natural comunicación de la gente que mora en estos arrabales de la parte sensitiva (la cual gente es las ninfas que decimos) con la parte superior, que es la ciudad; de tal manera, que lo que se obra en esta parte inferior ordinariamente se siente en la otra interior, y por consiguiente la hace advertir y desquietar de la obra y asistencia espiritual que tiene en Dios; por eso les dice que moren en sus arrabales; esto es, que se quieten en sus sentidos sensitivos interiores y exteriores.

Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Esto es, ni por primeros movimientos toquéis á la parte superior; porque los primeros movimientos del alma son las entradas y umbrales para entrar en el alma. Y cuando pasan de primeros movimientos en la razón, ya van pasando los umbrales; pero cuando sólo son primeros movimientos, sólo se dice tocar á los umbrales ó llamar á la puerta: lo cual se hace, cuando hay acometimientos á la razón de parte de la sensualidad para algún acto desordenado; pues no solamente dice el alma aquí que éstos no le toquen, pero aun las advertencias que no hacen á la quietud y bien de que goza, no ha de haber.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Está tan hecha enemiga el alma en este estado de la parte inferior y de sus operaciones, que no querría que le comunicase Dios

nada de lo espiritual, cuando lo comunica á la parte superior; porque ha de ser muy poco, ó no lo ha de poder sufrir por la flaqueza de su condición, sin que desfallezca el natural, y por consiguiente padezca y se aflija el espíritu, y así no lo pueda gozar en paz. Porque como dice el Sabio, el cuerpo agrava el alma, porque se corrompe (Sap. IX, 15). Y como el alma desea las más altas y excelentes comunicaciones de Dios, y éstas no las puede recibir en compañía de la parte sensitiva, desea que Dios se las haga sin ella. Porque aquella alta visión que vió San Pablo del tercer cielo, en que dice que vió á Dios, dice que no sabe si la recibió en el Cuerpo ó fuera de él (2 ad Cor. XII, 2). Pero de cualquiera manera que ello fuese, ello fué sin el cuerpo; porque si él participara, no lo pudiera dejar de saber, ni la visión pudiera ser tan alta como él dice, diciendo que oyó tan secretas palabras, que no es lícito al hombre hablarlas. Por eso sabiendo muy bien el alma que mercedes tan grandes no se pueden recibir en vaso tan estrecho, deseando que se las haga el Esposo fuera de él, ó á lo menos sin él, hablando con él mismo se lo pide en esta Canción. *

CANCIÓN XIX

Escóndete, Carillo,
 Y mira con tu haz á las montañas,
 Y no quieras decillo;
 Mas mira las compañías
 De la que va por ínsulas extrañas.

DECLARACIÓN

Cuatro cosas pide el alma Esposa al Esposo en esta Canción.

La primera, que sea servido de comunicársele muy adentro en lo escondido de su alma. La segunda, que embista é informe sus potencias con la gloria y excelencia de su Divinidad. La tercera, que sea esto tan alta y profundamente, que no se sepa ni quiera decir, ni sea de ello capaz el exterior y parte sensitiva. La cuarta, que se enamore de las muchas virtudes y gracias que él ha puesto en ella, con las

cuales va ella acompañada y sube á Dios con muy altas y levantadas noticias de la Divinidad, y por excesos de amor muy extraños y extraordinarios de los que ordinariamente se suelen tener, y así dice:

Escóndete, Carillo.

Como si dijera: querido Esposo mío, recógete en lo más interior de mi alma, comunicándole á ella escondidamente y manifestándole tus escondidas maravillas, ajenas de todos los ojos mortales.

Y mira con tu haz á las montañas.

La *haz* de Dios es la Divinidad. Y las montañas son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad; y así es como si dijera: embiste con tu Divinidad en mi entendimiento, dándole inteligencias Divinas, y en mi voluntad dándole y comunicándole el Divino amor, y en mi memoria con Divina posesión de gloria. En esto pide el alma todo lo que le puede pedir, porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés (Exod. XXXIII, 23), que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la *haz* de Dios, que es comunicación esencial de la Divinidad sin otro algún medio en el alma, por cierto contacto de ella en la Divinidad: lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes: por cuanto es toque de sustancias desnudas, es á saber, del alma y Divinidad. Y por eso dice luego:

Y no quieras decillo.

Es á saber, y *no quieras decillo* como antes, cuando las comunicaciones que en mí hacías eran de manera que las decías á los sentidos exteriores, por ser cosas de que ellos eran capaces: porque no eran tan altas y profundas que no pudiesen ellos alcanzarlas: mas ahora sean tan subidas y sustanciales estas comunicaciones y tan de adentro, que no se les diga á ellos nada: esto es, que no lo puedan ellos alcan-

zar á saber; porque la sustancia del espíritu no se puede comunicar al sentido, y todo lo que se comunica al sentido, mayormente en esta vida, no puede ser puro espíritu, por no ser él capaz de ello. Deseando, pues, el alma aquí esta comunicación de Dios tan sustancial y esencial que no cae en sentido, pide al Esposo que no quiera decirlo, que es como decir: sea de manera la profundidad de este escondrijo de unión espiritual, que el sentido ni lo acierte á decir ni á sentir, siendo como los secretos que oyó San Pablo (2. ad Cor. XII, 4), que no era lícito al hombre decirlos.

Mas mira las compañas.

El mirar de Dios es amar y hacer mercedes. Y las compañas que aquí dice el alma que mire Dios, son la multitud de virtudes y dones, y perfecciones y otras riquezas espirituales que él ha puesto ya en ella, como arras y prendas y joyas de desposado. Y así es como si dijera: mas antes conviértete, Amado, á lo interior de mi alma, enamorándote del acompañamiento de riquezas que has puesto en ella, para que enamorado de ella, en ellas te escondas en ella, y te detengas: pues que es verdad que aunque son tuyas, ya por habérselas tú dado, también son

De la que va por insulas extrañas.

Es á saber, de mi alma que va á tí por extrañas noticias de tí, y por modos y vías extrañas y ajenas de todos los sentidos y del común conocimiento natural. Y así es como si dijera queriéndole obligar: pues va mi alma á tí por noticias espirituales, extrañas y ajenas de los sentidos, comunícate tú á ella también en tan interior y subido grado, que sea ajena de todos ellos.

ANOTACIÓN PARA LAS CANCIONES SIGUIENTES

§ Para llegar á tan alto estado de perfección como aquí el alma pretende, que es el matrimonio espiritual, no sólo no le basta estar

limpia y purificada de todas las imperfecciones, y rebeliones, y hábitos imperfectos de la parte inferior, en que desnudado el viejo hombre está ya sujeta y rendida á la superior, sino que también ha menester grande fortaleza y muy subido amor para tan fuerte y estrecho abrazo de Dios. Porque no solamente en este estado consigue el alma muy alta pureza y hermosura, sino también terrible fortaleza por razón del estrecho y fuerte nudo, que por medio de esta unión entre Dios y el alma se da. Por lo cual, para venir á él, ha menester ella estar en el punto de pureza, fortaleza y amor competente; que por eso, deseando el Espíritu Santo, que es el que interviene y hace esta junta espiritual, que el alma llegase á tener estas partes para merecello, hablando con el Padre y con el Hijo en los *Cantares*, dijo: ¿Qué haremos á nuestra hermana en el día que ha de salir á vistas, y hablar; porque es pequeñuela, y no tiene crecidos los pechos? Si ella es muro, edifiquemos sobre él fuerzas y defensas plateadas; y si es puerta, guarnezcámosla con tablas cedrinas. (VIII, 8.) Entendiendo aquí por las fuerzas y defensas plateadas las virtudes fuertes y heroicas, envueltas en Fe, que por la plata es significada; las cuales virtudes heroicas son ya las del matrimonio espiritual, que asientan sobre el alma fuerte, que aquí es significada por el muro, en cuya fortaleza ha de reposar el pacífico Esposo sin que perturbe alguna flaqueza. Y entendiendo por las tablas cedrinas las aficiones y accidentes del alto amor: el cual alto amor es significado por el cedro, y este es el amor del matrimonio espiritual. Y para guarnecer con él á la Esposa, es menester que ella sea puerta: es á saber, para que entre el Esposo, teniendo ella abierta la puerta de la voluntad para él por entero y verdadero si de amor, que es el si del desposorio, que está dado antes del matrimonio espiritual. Entendiendo también por los pechos de la Esposa ese mismo amor perfecto que le conviene tener para parecer delante del Esposo Cristo, para consumación del tal estado.

Pero dice allí el texto, que respondió luego la Esposa con el deseo que tenía de salir á estas vistas, diciendo: yo soy muro, y mis pechos son como una torre. (Cant. VIII, 10.) Que es como decir: mi

alma es fuerte y mi amor muy alto, para que no quede por eso. Lo cual también aquí el alma Esposa, en el deseo que tiene de esta perfecta unión y transformación, ha ido dando á entender en las precedentes Canciones, mayormente en la que acabamos de declarar, en que pone al Esposo por delante las virtudes y ricas disposiciones que de él tiene recibidas, para más le obligar. Y por eso el Esposo, queriendo concluir con este negocio, dice las dos siguientes Canciones, en que acaba de purificar al alma, y hacerla fuerte y disponerla, así según la parte sensitiva como según la espiritual, para este estado; diciéndolas contra todas las contrariedades y rebeliones, así de la parte sensitiva como de parte del demonio. *

CANCIÓN XX Y XXI

A las aves ligeras,
 Leones, ciervos, gamos saltadores,
 Montes, valles, riberas,
 Aguas, aires, ardores,
 Y miedos de las noches veladores.
 Por las amenas lirás
 Y canto de sirenas os conjuro
 Que cesen vuestras iras,
 Y no toquéis al muro,
 Porque la Esposa duerma más seguro.

DECLARACIÓN

En estas dos Canciones pone el Esposo Hijo de Dios al alma Esposa en posesión de paz y tranquilidad, en conformidad de la parte inferior con la superior, limpiándola de todas sus imperfecciones y poniendo en razón las potencias y razones naturales del alma, sosegando todos los demás apetitos, según se contiene en las sobredichas dos Canciones, cuyo sentido es el siguiente. Primeramente, conjura el Esposo y manda á las inútiles digresiones de la fantasía é imaginativa, que de aquí adelante cesen, y también pone en razón á

las dos potencias naturales irascible y concupiscible, que antes algún tanto afligían al alma. Y pone en perfección de sus objetos á las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, según se puede en esta vida. Demás de esto conjura y manda á las cuatro pasiones del alma, que son gozo, esperanza, dolor y temor, que ya de aquí adelante estén mitigadas y puestas en razón. Todas las cuales cosas son significadas por todos aquellos nombres que se ponen en la Canción primera, cuyas molestas operaciones y movimientos hace el Esposo que ya cesen en el alma por medio de la gran suavidad y deleite y fortaleza que ella posee en la comunicación y entrega espiritual que Dios de sí le hace en este tiempo. En la cual, porque Dios transforma vivamente al alma en sí, todas las potencias, apetitos y movimientos del alma pierden su imperfección natural, y se mudan en Divinos. Y así dice:

A las aves ligeras.

Llama aves ligeras á las digresiones de la imaginativa, que son ligeras y sùtiles en volar á una parte y á otra; las cuales, cuando la voluntad está gozando en quietud de la comunicación sabrosa del Amado, suelen hacerle sinsabor y apagarle el gusto con sus vuelos sùtiles; á las cuales dice el Esposo que las conjura por las amenas liras, etc. Esto es, que pues ya la suavidad de deleite del alma es tan abundante y frecuente, que ellas no la podrán impedir como antes solian por no haber llegado á tanto, que cesen sus inquietos vuelos, ímpetus y excesos; lo cual se ha de entender así en las demás partes, que habemos de declarar aquí, cómo son:

Leones, ciervos, gamos saltadores.

Por los leones entiende las acrimonias é ímpetus de la potencia irascible, porque esta potencia es osada y atrevida en sus actos como los leones. Y por los ciervos y gamos saltadores entiéndese la otra potencia del alma que es la concupiscible, que es la potencia de

apetecer, la cual tiene dos efectos; el uno es de cobardía, y el otro de osadía: los efectos de cobardía ejercita cuando no halla las cosas para sí convenientes; porque entonces se encoge, retira y acobarda: y en estos efectos es comparada á los ciervos. Porque así como tienen esta potencia concupiscible más intensa que otros muchos animales, así son muy cobardes y encogidos. Los efectos de osadía ejercita cuando halla las cosas convenientes para sí; porque entonces no se encoge ni acobarda, sino atrévese á apetecerlas y admitirlas con los deseos y afectos. Y en estos afectos de osadía es comparada esta potencia á los gamos; los cuales tienen tanta concupiscencia en lo que apetecen, que no sólo é ello van corriendo, mas aún saltando, por lo cual aquí los llama saltadores. De manera que en conjurar los leones, pone rienda á los impetus y excesos de la ira; y en conjurar los ciervos, fortalece la concupiscencia en las cobardías y pusilanimidades que antes la encogían; y en conjurar los gamos saltadores, la satisface y apacigua los deseos y apetitos que antes andaban inquietos, saltando como gamos de uno en otro para satisfacer á la concupiscencia, la cual está ya satisfecha por las amenas liras de cuya suavidad goza, y por el canto de sirenas en cuyo deleite se apacienta. Y es de notar que no conjura el Esposo aquí á la ira y concupiscencia; porque estas potencias nunca en el alma faltan, sino á los molestos y desordenados actos de ellas, significados por los leones, ciervos y gamos saltadores; porque estos en este estado es necesario que falten.

Montes, valles, riberas.

Por estos tres nombres se denotan los actos viciosos y desordenados de las tres potencias del alma, que son memoria, entendimiento y voluntad, los cuales actos son desordenados y viciosos cuando son en extremo altos, y cuando son en extremo bajos y remisos, ó aunque no lo sean en extremo, cuando declinan hacia uno de los dos extremos. Y así por los montes que son muy altos, son significados los actos extremados en demasia desordenada. Y por los valles, que son muy bajos, se significan los actos de estas tres

potencias extremados en menos de lo que conviene. Y por las ribe-
 ras, que ni son muy altas ni muy bajas, sino que por no ser llanas
 participan algo del un extremo y del otro, son significados los actos
 de las potencias cuando exceden ó faltan algo del medio y llano de
 lo justo; los cuales, aunque no son extremadamente desordenados,
 que serían llegando á pecado mortal, todavía lo son en parte, ahora
 en venial, ahora en imperfección, por mínima que sea en el entendi-
 miento, memoria y voluntad. A todos estos actos excesivos de lo justo
 conjura también que cesen por las amenas liras y canto dicho: las
 cuales tienen puestas á las tres potencias del alma tan en su punto
 de efecto, que están tan empleadas en la justa operación que les per-
 tenece, que no sólo no en lo extremo, pero ni aun en parte de él
 participan en alguna cosa. Sigúense los demás versos.

*Aguas, aires, ardores,
 Y miedos de las noches veladores.*

También por estas cuatro cosas entiende las aficiones de las
 cuatro pasiones, que, como dijimos, son dolor, esperanza, gozo y
 temor. Por las aguas se entienden las aficiones del dolor que afligen
 al alma, porque así como agua se entran en el alma; de donde
 David, hablando con Dios de ellas, dice: *Salvum me fac, Deus,
 quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam.* Esto es, salvame,
 Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma. (Ps. LXVIII. 2.)
 Por los aires entiende las afecciones de la Esperanza, porque así
 como aire vuelan á desear lo ausente que se espera, de donde tam-
 bién dice David: *Os meum aperui, et attraxi Spiritum: quia mandata
 tua desiderabam.* Como si dijera: abrí la boca de mi esperanza, y
 atraje el aire de mi deseo; porque esperaba y deseaba tus manda-
 mientos. (Ps. CXVIII, 131.) Por los ardores se entienden las afeccio-
 nes de la pasión del gozo, las cuales inflaman el corazón á manera
 del fuego. Por lo cual el mismo David dice: *Concaluit cor meum
 intra me: et in meditatione mea exardescet ignis.* Que quiere decir:
 dentro de mí se calentó mi corazón, y en mi meditación se encen-

derá fuego. (Ps. XXXVIII, 4.) Que es tanto como decir, en mi meditación se encenderá el gozo. Por los miedos de las noches veladores se entienden las afecciones de la otra pasión, que es el temor: las cuales en los espirituales que aún no han llegado á este estado del matrimonio espiritual de que vamos hablando, suelen ser muy grandes; á veces de parte de Dios al tiempo que les quiere hacer algunas mercedes, como habemos dicho arriba, que le suele hacer temor en el espíritu, y pavor, y también encogimiento de la carne y sentidos, por no tener ellos fortalecido y perfeccionado el natural y habituado á aquellas mercedes; á veces también de parte del demonio, el cual al tiempo que Dios da al alma recogimiento y suavidad en sí, teniendo él grande envidia y pesar de aquel bien y paz del alma, procura poner horror y temor en el espíritu por impedirle aquel bien, y á veces como amenazándola allá en el espíritu; y cuando ve que no puede llegar al interior del alma, por estar ella muy recogida y unida con Dios, á lo menos procura por de fuera en la parte sensitiva poner distracción y variedad, y aprietos y dolores, y horror al sentido, á ver si por este medio puede inquietar á la Esposa de su tálamo. Y á los cuales llama miedos de las noches, por ser de los demonios, y porque con ellos el demonio procura difundir tinieblas en el alma, por oscurecer la Divina luz de que goza. Y llama veladores á estos temores, porque de suyo hacen velar y recordar al alma de su suave sueño interior. Y también porque los demonios que los causan están siempre velando por ponerlos. Estos temores que pasivamente de parte de Dios, ó del demonio, como he dicho, se ingieren al alma, digo en el espíritu de los que son ya espirituales (1). Y no trato aquí

(1) Esta cláusula debe de estar incompleta; mas todos los manuscritos que hemos consultado, tanto de uno como de otro Cántico, la traen del mismo modo. La edición de 1630 y las que la han seguido dicen así: «Estos temores *casí* pasivamente de parte de Dios, ó del demonio, como he dicho, se ingieren en el espíritu de los que ya son espirituales.» El pensamiento queda más completo; pero creemos que esa palabra *casí* no es del Santo y que es una de las varias que en dicha edición se introdujeron para atenuar ciertas expresiones (que no había para qué) como adelante se evidenciará. A nuestro juicio, ó hay que suprimir el primer *que*, ó suplir palabras al fin.

de otros temores temporales ó naturales; porque tener los tales temores no es de gente espiritual; mas tener los espirituales ya dichos es propiedad de espirituales.

Pues á todas estas cuatro maneras de afecciones de las cuatro pasiones del alma conjura también el Amado, haciéndolas cesar y sosegar; por cuanto él da ya en este estado á su Esposa caudal y fuerza y satisfacción en las amenas liras de su suavidad y canto de sirenas de su deleite, para que no sólo no reinen en ella, pero ni aun algún tanto la puedan dar sinsabor. Porque es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquiera cosa, y aun de los pecados suyos ó ajenos, que es lo que más suelen sentir los espirituales, aunque los estiman, no les hacen dolor ni sentimiento, y la compasión, ésto es el sentimiento de ellos, no le tienen, aunque tienen las obras y la perfección de ella. Porque aquí le falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte, constante y perfecto de ellas. Porque á modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor, sin sentir dolor, y ejercitan las obras de misericordia sin sentimiento de compasión, le acaece al alma en esta transformación de amor. Aunque en algunas veces y en algunas sazones dispensa Dios con ella, dándole á sentir cosas y á padecer en ellas, porque más merezca y se afervore en el amor, ó por otros respetos; como hizo con la Madre Virgen y con San Pablo y otros; pero el estado de suyo no lo lleva.

En los deseos de la esperanza tampoco se aflige: porque estando ya satisfecha con esta unión de Dios, cuanto en esta vida puede, ni acerca del mundo tiene qué esperar, ni acerca de lo espiritual qué desear: pues se ve y siente llena de las riquezas de Dios; y así en el vivir y en el morir está conforme y ajustada con la voluntad de Dios, diciendo según la parte sensitiva y espiritual: *Fiat voluntas tua*, sin ímpetu de otra gana y apetito; y así el deseo que tiene de ver á Dios, es sin pena. También las afecciones del gozo, que en el alma solían hacer sentimiento de más ó menos, ni en ellas echa de ver mengua ni le hace novedad la abundancia; porque es tanta la que ella ordi-

nariamente goza, que á manera de la mar, ni mengua por los ríos que de ella salen, ni crece por los que en ella entran: porque esta alma es en la que está hecha esta fuente, de que dice Cristo por San Juan, que su agua salta hasta la vida eterna (IV, 14).

§ Y porque he dicho que esta tal alma no recibe novedad en este estado de transformación, en lo cual parece que le quita los gozos accidentarios, que aun en los glorificados no faltan, es de saber, que aunque á esta alma no le faltan estos gozos y suavidades accidentarias, porque antes las que ordinariamente tiene son sin cuenta, no por eso en lo que es sustancial comunicación de espíritu se le aumenta nada, porque todo lo que de nuevo le puede venir, ya ella se lo tenía; y así es más lo que en sí tiene, que lo que de nuevo le viene. De donde todas las veces que á esta alma se le ofrecen cosas de gozo y de alegría, ahora de cosas exteriores, ahora espirituales interiores, luego se convierte á gozar las riquezas que ella tiene ya en sí, y se queda con mucho mayor gozo y deleite en ellas y en las que de nuevo le vienen, porque tiene en alguna manera la propiedad de Dios en esto, el cual, aunque en todas las cosas se deleita, no se deleita tanto en ellas como en sí mismo; porque tiene él en sí eminente bien sobre todas ellas. Y así todas las novedades que á este alma acaecen de gozos y gustos, más le sirven de recuerdos para que se deleite en lo que ella ya tiene y siente en sí, que en aquellas novedades; porque, como digo, es más que ellas. Y cosa natural es que cuando una cosa da gozo y contento al alma, si tiene otra que más estime y más gusto le dé, luego se acuerda de aquélla, y asienta su gusto y gozo en ella. Y así es tan poco lo accidentario de estas novedades espirituales y lo que ponen de nuevo en el alma, en comparación de lo sustancial que ella ya en sí tiene, que lo podemos decir nada, porque el alma que ha llegado á este cumplimiento de transformación en que está toda crecida, no va creciendo con las novedades espirituales, como las otras que no han llegado á él. Pero es cosa admirable de ver, que con no recibir esta alma novedades de deleite, siempre le parece que las recibe de nuevo y también que se las tenía. La razón es porque siempre las gusta de

nuevo, por ser su bien siempre nuevo; y así le parece que recibe siempre novedades, sin haber menester recibirlas.

Pero si quisiésemos hablar de la iluminación de gloria que en este ordinario abrazo que tiene dado al alma, algunas veces hace en ella, que es cierta conversión espiritual á ella en que le hace ver y gozar de por junto este abismo de deleites y riquezas que ha puesto en ella, nada se podría decir que declarase algo de ello. Porque á manera del Sol cuando de lleno embiste la mar esclarece hasta los profundos senos y cavernas, y parecen las perlas y venas riquísimas de oro y otros minerales preciosos; así este Divino Sol del Esposo, convirtiéndose á la Esposa, saca de manera á luz las riquezas del alma, que hasta los ángeles se maravillan de ella, y digan aquello de los *Cantares*, es á saber, ¿quién es ésta que procede como la mañana que se levanta, hermosa como la Luna, escogida como el Sol, terrible y ordenada como las haces de los ejércitos? (VI, 9). En la cual iluminación, aunque es de tanta excelencia, no se le acrecienta nada á la tal alma, sino sólo sacarle á luz, á que goce lo que antes tenía.

Finalmente, ni los miedos de las noches veladores llegan á ella, estando ya tan clara y tan fuerte, y reposando tan de asiento en Dios, que ni la pueden oscurecer con sus tinieblas los demonios, ni atemorizar con sus terrores, ni recordar con sus ímpetus; de donde ninguna cosa le puede llegar ni molestar, habiéndose ya ella entrado de todas las cosas en su Dios, donde de toda paz goza, de toda suavidad gusta y en todo deleite se deleita, según sufre la condición y estado de esta vida. Porque de esta tal alma se entiende aquello que dice el Sabio: *Secura mens quasi jure convivium*. Es á saber, el alma pacífica y sosegada es como un convite continuo. (Prov. XV, 15.) Porque así como en un convite hay sabor de todos manjares y suavidad de todas las músicas, así el alma en este convite que ya tiene en el pecho de su Esposo, de todo deleite goza y gusta de toda suavidad. Y es tan poco lo que habemos dicho de lo que aquí pasa y lo que se puede decir con palabras, que siempre se diría lo menos que en el alma que llega á este dichoso estado pasa. Porque si el alma atina á

dar en la paz de Dios, que como dice San Pablo (ad Phil. IV, 7) (1), sobrepuja á todo sentido, quedará todo sentido para hablar en ella corto y mudo. Siguese el verso de la segunda canción.

*Por las amenas liras,
Y canto de sirenas os conjuro.*

Va habemos dado á entender que por las *amenas liras* entiende aquí el Esposo la suavidad que de sí da al alma en este estado, por la cual hace cesar todas las molestias que habemos dicho en el alma. Porque así como la música de las liras llena el ánimo de suavidad y recreación, y le embebe y suspende de manera que le tiene enajenado de sinsabores y penas; así esta suavidad tiene al alma tan en sí, que ninguna cosa penosa le llega. Y así es como si dijera: por la suavidad que yo pongo en el alma, cesen todas las cosas no suaves al alma. También se ha dicho que el canto de sirenas significa el deleite ordinario que el alma posee. Y llama á este deleite canto de sirenas, porque así como, según dicen, el canto de sirenas es tan sabroso y deleitoso, que al que le oye de tal manera le arroba y enamora, que le hace olvidar como transportado de todas las cosas; así el deleite de esta unión de tal manera absorbe el alma en sí y la recrea, que la pone como encantada á todas las molestias y turbaciones de las cosas ya dichas: las cuales son entendidas en este verso:

Y cesen vuestras iras.

Llamando iras á las dichas turbaciones y molestias de las afecciones y operaciones desordenadas que habemos dicho. Porque así como la ira es cierto ímpetu que turba la paz, saliendo de los límites de ella; así todas las afecciones ya dichas con sus movimientos exceden el límite de la paz y tranquilidad del alma, desquietándola cuando la tocan, y por eso dice:

Y no toquéis al muro.

(1) «Como dice la Iglesia» (Mss. de Jaén, Alba y Burgos.)

Entendiendo por el muro el cerco de la paz y vallado de virtudes y perfecciones con que la misma alma está cercada y guardada; siendo ella el huerto que arriba ha dicho, donde su Amado paca las flores, cercado y guardado solamente para él; por lo cual él la llama en los *Cantares* huerto cercado, diciendo: Mi hermana es huerto cercado. *Hortus conclusus soror mea sponsa.* (IV, 12.) Y así dice aquí: que ni aun á la cerca y muro de este su huerto le toquen.

Porque la Esposa duerma más seguro.

Es á saber, porque más á sabor se deleite de la quietud y suavidad que goza en el Amado. § Donde es de saber que ya aquí para el alma no hay puerta cerrada, sino que en su mano está gozar cada y cuando quiere de este suave sueño de amor, según lo da á entender el Esposo en los *Cantares*, diciendo: Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y los ciervos de los campos, que no recordéis ni hagáis velar á la Amada hasta que ella quiera. (III, 5.) *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Tanto era el deseo que el Esposo tenía de acabar de libertar y rescatar esta su Esposa de las manos de la sensualidad y del demonio, que ya que lo ha hecho, como lo ha hecho aquí de la manera que el buen Pastor, se goza con la oveja sobre sus hombros, que había perdido y buscado por muchos rodeos. (Luc. XV, 5.) Y como la mujer se alegra con la dracma en las manos, que para hallarla había encendido la candela y transtornado toda la casa, llamando á sus amigos y vecinos, y se regradía con ellos diciendo, alegráos conmigo, etc. (Ibid. 9); así á este amoroso Pastor y Esposo del alma es admirable cosa de ver el placer que tiene y gozo de ver al alma ya así ganada y perficionada, puesta en sus hombros y asida con sus manos en esta deseada junta y unión. Y no sólo en si se goza, sino que también hace participantes á los ángeles y almas santas de su alegría, diciendo como en los *Cantares*: Salid, hijas de Sión, y mirad al Rey Salomón con la corona con que lo coronó su madre en el día

de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. (III, 11.) Llamando al alma en estas dichas palabras su corona, su Esposa y la alegría de su corazón, trayéndola ya en sus brazos, y procediendo con ella como Esposo de su tálamo. Todo lo cual da él á entender en la siguiente Canción. *

CANCIÓN XXII

Entrádose há la Esposa
 En el ameno huerto deseado,
 Y á su sabor reposa,
 El cuello reclinado
 Sobre los dulces brazos del Amado.

DECLARACIÓN

Habiendo ya la Esposa puesto diligencia en que las raposas se cazasen, y el Cierzo se fuese, y las ninfas se sosegasen, que eran estorbos é inconvenientes que impedían el acabado deleite del estado del matrimonio espiritual, y también habiendo invocado y alcanzado el aire del Espíritu Santo, como en las precedentes Canciones ha hecho, el cual es propia disposición é instrumento para la perfección del tal estado; resta ahora tratar de él en esta Canción, en la cual habla el Esposo llamando ya Esposa al alma, y dice dos cosas. La una es decir cómo después de haber salido victoriosa, ha llegado á este estado deleitoso del matrimonio espiritual, que él y ella tanto habían deseado. Y la segunda es contar las propiedades del dicho estado, de las cuales el alma goza ya en él: como son reposar á su sabor, y tener el cuello reclinado sobre los dulces brazos del Amado, según que ahora iremos declarando.

Entrádose há la Esposa.

Para declarar el orden de estas Canciones más distintamente, y dar á entender el que ordinariamente lleva el alma hasta llegar á este estado de matrimonio espiritual, que es el más alto de que ahora, mediante el favor divino habemos de hablar; es de notar que antes

que el alma aquí llegue, se ejercita en los trabajos y amarguras de la mortificación, y en la meditación de las cosas espirituales, que al principio dijo el alma desde la primera Canción hasta aquella que dice: *Mil gracias derramando*. Y después entra en la vida contemplativa, en que pasa por las vías y estrechos de amor, que en el suceso de las Canciones ha ido contando, hasta la que dice: *Apártalos, Amado*, en que se hizo el desposorio espiritual. Y demás de esto va por la vía unitiva, en la que recibe muchas y muy grandes comunicaciones, visitas y dones y joyas del Esposo, bien así como á desposada, y se va enterando y perfeccionando en el amor, como ha contado desde la dicha Canción, que comienza: «Apártalos, Amado,» donde se hizo el desposorio, hasta esta de ahora que comienza: *Entrádose há la esposa*.

Donde restaba ya hacerse el matrimonio espiritual entre la dicha alma y el Hijo de Dios. El cual es mucho más sin comparación que el desposorio espiritual; porque es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas las partes por total posesión de la una á la otra, con cierta consumación de unión de amor, en que está el alma hecha Divina y Dios por participación, cuanto se puede en esta vida. Y así pienso que este estado nunca acaece sin que esté el alma en él confirmada en gracia (1), porque se confirma la Fe de ambas partes, confirmándose aquí la de Dios en el alma; de donde éste es el más alto estado á que en esta vida se puede llegar. Porque así como en la consumación del matrimonio carnal son dos en una carne, como dice la Divina Escritura (Gen. II, 24), así también consumado este matrimonio espiritual entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor, según lo dice San Pablo, trayendo esta misma comparación, diciendo: El que se junta al Señor, un espíritu se hace

(1) Hablando de este mismo punto escribe el Padre Scarameli: «Digo en segundo lugar, que si el contemplativo goza actualmente de la unión mística y transformativa de amor debe estar cierto de hallarse en gracia de Dios.» El Padre Felipe de la Santísima Trinidad dice que esta opinión es común entre los Doctores Místicos (Theol. Myst., proæm. art. 8); porque un estado tan sublime pide que Dios revele al alma su esposa la amistad que hay entre los dos. (Direct. Mist. trat. II, cap. XXII, número 258.) Véase también Meynard, *La vida espiritual* (tom. II, pág. 387).

con él (1. ad. Cor. VI, 17). Bien así como cuando la luz de una estrella ó de una candela se junta y une con la del Sol, que ya el que luce no es la estrella ni la candela, sino el Sol, teniendo en sí difundidas las otras luces. Y de este estado habla en el presente verso el Esposo, diciendo: «Entrádose há la Esposa:» es á saber de todo lo temporal y de lo natural, y de todas las afecciones, modos y maneras espirituales; dejadas aparte y olvidadas todas las tentaciones, turbaciones y penas, solicitud y cuidados, transformada en este alto abrazo: por lo cual se sigue el verso siguiente, es á saber:

En el ameno huerto deseado.

Y es como si dijera: transformádose há en su Dios, que es el que aquí llama huerto ameno por el deleitoso y suave asiento que halla el alma en él. A este huerto de llena transformación, el cual es ya gozo, deleite y gloria de matrimonio espiritual, no se viene sin pasar primero por el desposorio espiritual, y por el amor leal y común de desposados; porque después de haber sido el alma algún tiempo Esposa en entero y suave amor con el Hijo de Dios, después la llama Dios y la mete en este huerto suyo florido á consumir este estado felicísimo del matrimonio consigo, en el que se hace tal junta de las dos naturalezas, y tal comunicación de la Divina á la humana, que no mudando alguna de ellas su ser, cada una parece Dios; aunque en esta vida no puede ser perfectamente, aunque es sobre todo lo que se puede decir ni pensar.

Esto da muy bien á entender el mismo Esposo en los *Cantares*, donde convida al alma hecha ya Esposa á este estado, diciendo: *Veni in hortum meum, soror mea sponsa, messui mirham meam cum aromatibus meis*. Que quiere decir: ven y entra en mi huerto, hermana mía Esposa, que ya he segado mi mirra con mis especies olorosas (V, 1). Llámala hermana y esposa, porque ya lo era en el amor y entrega que le había hecho de sí antes que la llamase á este estado de matrimonio espiritual, donde dice que tiene ya segada su olorosa mirra y especies aromáticas, que son los frutos de las flores

ya maduros y aparejados para el alma; los cuales son los deleites y grandezas que en este estado de sí la comunica; esto es, en sí mismo á ella, y por eso él es ameno y deseado huerto para ella. Porque todo el deseo y fin del alma y de Dios en todas las obras de ella, es la consumación y perfección de este estado: por lo cual nunca descansa el alma hasta llegar á él, porque halla en este estado mucha más abundancia y henchimiento de Dios, y más segura y estable paz, y más perfecta suavidad sin comparación que en el desposorio espiritual. Bien así como ya colocada en los brazos de tal Esposo, con el cual ordinariamente siente el alma tener un estrecho abrazo espiritual, que verdaderamente es abrazo, por medio del cual abrazo vive el alma vida de Dios. Porque en esta alma se verifica lo que dice San Pablo: *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Christus*. Vivo, ya no yo; porque vive Cristo en mí (Galat. II, 20). Por tanto, viviendo el alma aquí, vida tan feliz y gloriosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si pudiere, qué vida será esta tan sabrosa que vive, en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente; mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la sustancia del alma transformada en él. Y por eso se sigue el verso siguiente:

*Y a su sabor reposa
El cuello reclinado.*

El cuello significa aquí la fortaleza del alma, mediante la cual, como hemos dicho, se hace esta junta y unión entre ella y el Esposo, porque no podría el alma sufrir tan estrecho abrazo, si no estuviese ya muy fuerte. Y porque en esta fortaleza trabajó el alma, y obró las virtudes y venció los vicios, justo es que en aquello que venció y trabajó, repose el cuello reclinado

Sobre los dulces brazos del Amado.

Reclinar el cuello en los brazos de Dios, es tener ya unida su fortaleza, ó por mejor decir su flaqueza en la fortaleza de Dios, porque

los brazos de Dios significan la fortaleza de Dios, en que reclinada y transformada nuestra flaqueza, tiene ya fortaleza del mismo Dios. De donde muy cómodamente se denota este estado de matrimonio espiritual, por esta reclinación del cuello en los dulces brazos del Amado; porque ya Dios es la fortaleza y dulzura del alma, en que está guarecida y amparada de todos los males, y saboreada en todos los bienes. Por tanto la Esposa en los *Cantares*, deseando este estado, dijo al Esposo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* ¿Quién te me diese, hermano mío, que mamases en los pechos de mi madre, de manera que te hallase yo solo afuera, y te besase, y ya no me despreciase nadie? (VIII, 1.) En llamarle hermano da á entender la igualdad que hay en el desposorio de amor entre los dos, antes de llegar á este estado. En lo que dice, que mamases los pechos de mi madre, quiere decir, que enjugases y apagasen en mí los apetitos y pasiones, que son los pechos de la leche de la madre Eva en nuestra carne: los cuales son impedimento para este estado; y así esto hecho, te hallase yo solo afuera; esto es, fuera yo de todas las cosas y de mí misma, en soledad y desnudez de espíritu, la cual viene á ser enjugados los apetitos ya dichos; y allí te besase sola á tí sólo, es á saber, se uniese mi naturaleza ya sola y desnuda de toda impureza, temporal, natural y espiritual, contigo sólo, con tu sola naturaleza, sin otro algún medio: lo cual sólo es en el matrimonio espiritual, que es el beso del alma á Dios, donde no la desprecia ni se le atreve ninguno; porque en este estado ni demonio, ni carne, ni mundo, ni apetitos molestan. Porque aquí se cumple lo que también se dice en los *Cantares*: ya pasó el invierno, y se fué la lluvia, y parecieron las flores en nuestra tierra: *Jam enim hiems transiit, imber abiit, et recessit. Flores apparuerunt in terra nostra.* (II, 11.)

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

En este alto estado de matrimonio espiritual, con gran facilidad y frecuencia descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos

como su fiel consorte, porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto al que ama. Comunícala principalmente dulces misterios de su Encarnación, y los modos y maneras de la Redención humana, que es una de las más altas obras de Dios, y así es más sabrosa para el alma. Por lo cual aunque otros muchos misterios la comunica, sólo hace mención el Esposo en la Canción siguiente de la Encarnación, como el más principal de todos; y así hablando con ella dice:

CANCIÓN XXIII

Debajo del manzano
 Allí conmigo fuiste desposada,
 Allí te dí la mano,
 Y fuiste reparada,
 Donde tu madre fuera violada.

DECLARACIÓN

Declara el Esposo al alma en esta Canción la admirable manera y traza que tuvo en redimirla y desposarla consigo, por aquellos mismos términos que la naturaleza humana fué estragada y perdida, diciendo, que así como por medio del árbol vedado en el Paraíso fué perdida y estragada en la naturaleza humana por Adán; así en el árbol de la Cruz fué redimida y reparada por él, dándole allí la mano de su favor y misericordia por medio de su muerte y pasión, alzando las treguas que del pecado original había entre el hombre y Dios. Y así dice:

Debajo del manzano.

Esto es, debajo del favor del árbol de la Cruz, que aquí es entendido por el manzano, donde el Hijo de Dios redimió, y por consiguiente desposó consigo la naturaleza humana, y consiguien-

temente á cada alma, dándole él gracia y prendas en la Cruz, y así dice:

*Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te di la mano.*

Conviene á saber, de mi favor y ayuda, levantándote de tu miserable y bajo estado en mi compañía y desposorio.

*Y fuiste reparada,
Donde tu madre fuera violada.*

Porque tu madre, la naturaleza humana, fué violada en tus primeros padres debajo del árbol; y tú allí también debajo del árbol de la Cruz fuiste reparada. De manera que si tu madre debajo del árbol te dió la muerte, yo debajo del árbol de la Cruz te di la vida. Y á este modo le va Dios descubriendo las ordenaciones y disposiciones de su sabiduría, como sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes, y aquello que fué causa de mal ordenarlo á mayor bien. Lo que en esta Canción se contiene á la letra, dice el mismo Esposo á la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Sub arbore malo suscitavi te: ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua*. Que quiere decir: debajo del manzano te levanté; allí fué tu madre estragada, y allí la que te engendró fué violada (VIII, 5).

§ Este desposorio que se hizo en la Cruz, no es del que ahora vamos hablando; porque aquél se hizo de una vez, dando Dios al alma la primera gracia, lo cual se hace en en el bautismo con cada alma; mas éste es por vía de perfección, que no se hace sino muy poco á poco por sus términos, que aunque es todo uno, la diferencia es que el uno se hace al paso del alma, y así va poco á poco; y el otro se hace al paso de Dios, y así hácese de una vez. Porque este de que vamos hablando, es el que dió Dios á entender por Ezequiel, hablando con el alma en esta manera: Estabas arrojada sobre la tierra en desprecio de tu ánima el día que naciste. Y pasando por tí, vite pisada en tu sangre, y dijete: como estuvieses en tu sangre, vive; y púsete tan multiplicada como la yerba del campo; y multiplicásete

é hicistete grande, y entraste y llegaste hasta la grandeza de mujer; y crecieron tus pechos, y multiplicáronse tus cabellos, y estabas desnuda y llena de confusión. Y pasé por tí y mirete, y vi que tu tiempo era tiempo de amantes, y tendí sobre tí mi manto y cubrí tu ignominia. Y hicete juramento y entré contigo en pacto, é hicete mía. Y lavete con agua y limpié la sangre que tenías, y unguite con óleo, y vestite de colores, y calcete de jacinto, y ceñite de holanda, y vestite de sutilezas. Y adornete con ornato, puse manillas en tus manos, y collar en tu cuello. Y sobre tu boca puse un zarcillo, y en tus orejas cerquillo, y corona de hermosura sobre tu cabeza. Y fuiste adornada con oro y plata, y vestida de holanda y sedas labradas de muchos colores; pan muy esmerado, y miel y óleo comiste, é hiciste de vehemente hermosura, y llegaste á reinar y ser Reina, y divulgose tu nombre entre las gentes por tu hermosura (XVI, 5). Hasta aquí son palabras de Ezequiel. Y de este talle está el alma de que aquí vamos hablando. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Mas después de esta sabrosa entrega de la Esposa y el Amado, lo que luego inmediatamente se sigue es el lecho de entrambos, en el cual muy más de asiento gusta ella de los dichos deleites del Esposo; y así en la siguiente Canción trata del lecho de él y de ella, el cual es Divino, puro y casto, en que el alma está Divina, pura y casta; porque el lecho no es otra cosa que su mismo Esposo el Verbo Hijo de Dios, como luego se dirá, en el cual ella, por medio de la dicha unión de amor, se recuesta al cual lecho ella llama florido, porque su Esposo no sólo es florido, sino, como él mismo dice de sí en los *Cantares*, es la misma flor del campo y el lirio de los valles (II, 1). Y así el alma no sólo se acuesta en el lecho florido, sino en la misma flor que es el Hijo de Dios, la cual en sí tiene divino olor y fragancia, y gracia y hermosura, como también él lo dice por David, diciendo: La hermosura del campo está conmigo (Ps. XLIX, 11); por lo cual canta el alma las propiedades y gracias de su lecho y dice: *

CANCIÓN XXIV

Nuestro lecho florido,
 De cuevas de leones enlazado,
 En púrpura tendido,
 De paz edificado,
 De mil escudos de oro coronado.

DECLARACIÓN

En las dos Canciones pasadas ha cantado el alma Esposa las gracias y grandezas de su Amado el Hijo de Dios. Y en ésta no sólo las va prosiguiendo, mas también canta el felice y alto estado en que se ve puesta y la seguridad de él. Y lo tercero, las riquezas de dones y virtudes con que se ve dotada y arreada en el tálamo de su Esposo. Porque dice estar ya ella en unión con Dios, teniendo ya las virtudes en fortaleza. Lo cuarto, porque tiene ya perfección de amor. Lo quinto, porque tiene paz espiritual cumplida, y que toda ella está hermoseedada y enriquecida con dones y virtudes, como se pueden en esta vida poseer y gozar, según se irá diciendo en los versos. Lo primero, pues, que canta, es el deleite que goza en la unión del Amado, diciendo:

Nuestro lecho florido.

Ya habemos dicho que este lecho del alma es el Esposo Hijo de Dios, el cual está florido para el alma; porque estando ella unida ya y recostada en él, hecha esposa, se le comunica el pecho y el amor del Amado, lo cual es comunicársele la sabiduría, y secretos y gracias, y virtudes y dones de Dios, con los cuales está ella tan hermoseedada y rica y llena de deleites, que le parece estar en un lecho de variedad de suaves flores Divinas, que con su toque la deleitan, y con su olor la recrean. Por lo cual llama ella muy propiamente á esta junta de amor con Dios, lecho florido; porque así le llama la Esposa hablando con el Esposo en los *Cantares*, diciendo: *Lectulus noster*

floridus, esto es, nuestro lecho florido (I, 15); y llámale nuestro, porque unas mismas virtudes y un mismo amor, conviene á saber, del Amado, son ya de entrambos, y un mismo deleite el de entrambos, según aquello que dice el Espíritu Santo en los Proverbios, es á saber: Mis deleites son con los hijos de los hombres (VIII, 31). Llámale también florido, porque en este estado están ya las virtudes en el alma perfectas y heroicas, lo cual aún no había podido ser, hasta que el lecho estuviese florido en perfecta unión con Dios. Y así canta luego lo segundo en el verso siguiente, diciendo:

De cuevas de leones enlazado.

Entendiendo por cuevas de leones las virtudes que posee el alma en este estado de unión con Dios. La razón es, porque las cuevas de los leones están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque temiendo ellos la fortaleza y osadía del león que está dentro, no sólo no se atreven á entrar, mas ni aun junto á ella osan parar (1). Y así cada una de las virtudes, cuando ya las posee el alma en perfección, es como una cueva de leones para ella, en la cual mora y asiste el Esposo Cristo unido con el alma en aquella virtud y en cada una de las demás, como fuerte león. Y la misma alma unida con él en esas mismas virtudes está también como fuerte león, porque allí recibe las propiedades de Dios, y así en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada una de las virtudes, y en todas ellas juntas recostada en este florido lecho de la unión con su Dios, que no sólo no se atreven los demonios á acometer á la tal alma, mas ni aun osan parecer delante de ella, por el gran temor que le tienen viéndola tan engrandecida, animada y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque estando ella unida en transformación de unión, tanto la temen como á él mismo; y ni la osan aun mirar, porque teme mucho el demonio al alma que tiene perfección.

(1) «Osan pasar.» (Ms. de Alba.)

Dice también que está enlazado el lecho de estas cuevas de las virtudes; porque en este estado de tal manera están trabadas entre sí las virtudes, y unidas, y fortalecidas unas con otras, y ajustadas en una acabada perfección del alma, sustentándose unas con otras, que no queda parte abierta ni flaca, no sólo para que el demonio pueda entrar, pero ni aun para que ninguna cosa del mundo alta ni baja la pueda inquietar ni molestar, ni aun mover; porque estando ya libre de toda molestia de las pasiones naturales, y ajena y desnuda de la tormenta y variedad de los cuidados temporales, como aquí lo está, goza en seguridad y quietud de la participación de Dios. Esto mismo es lo que deseaba la Esposa en los *Cantares*, diciendo: *Quis mihi det te fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te foris, et deosculer te, et jam me nemo despiciat?* Quiere decir: quién te me diese, hermano mío, que mamases los pechos de mi madre, de manera que te hallase yo afuera, y te besase yo á tí, y no me desprecie ya nadie? (VIII, 1). Este beso es la unión de que vamos hablando, en la cual se iguala el alma con Dios por amor, que por eso desea ella, diciendo, que quién le dará al Amado, que sea su hermano, lo cual significa y hace igualdad. Y que mame él los pechos de su madre, que es consumirle todas las imperfecciones y apetitos de su naturaleza que tiene de su madre Eva, y le halle sólo afuera, esto es, se una con él solo afuera de todas las cosas, desnuda según la voluntad y apetito de todas ellas. Y así no la despreciará nadie; es á saber, no se le atreverán ni carne, ni demonio, ni mundo; porque estando libre y purgada de todas estas cosas, y unida con Dios, ninguna de ellas le puede enojar. De aquí es, que el alma goza ya en este estado de una ordinaria suavidad y tranquilidad, que nunca se le pierde ni le falta. Pero allende de esta ordinaria satisfacción y paz, de tal manera suelen abrirse en el alma y dar olor de sí las flores de virtudes de este huerto que decimos, que le parece al alma, y así es, estar llena de deleites de Dios. Y dije que suelen abrirse las flores de virtudes que están en el alma, porque aunque el alma está llena de virtudes en perfección, no siempre las está en acto gozando el alma, aunque, como he dicho, de la paz y tranquili-

dad que le causan se goza ordinariamente. Porque podemos decir que están en el alma en esta vida como flores en cogollo cerradas en el huerto: las cuales algunas veces es cosa admirable ver abrirse todas, causándolo el Espíritu Santo, y dar de sí admirable olor y fragancia en mucha variedad; porque acaecerá que vea el alma en sí las flores de las montañas que arriba dijimos, que son la abundancia, grandeza y hermosura de Dios, y en éstas, entretejidos los lirios de los valles nemorosos, que son descanso, refrigerio y amparo; y luego allí entrepuestas las rosas olorosas de las insulas extrañas, que decimos ser las extrañas noticias de Dios, y también embestirla el olor de las azucenas de los ríos sonorosos, que decíamos era la grandeza de Dios, que hinche toda el alma. Y entretejido allí y enlazado el delicado olor del jazmín del silbo de los aires amorosos, de que también dijimos gozaba el alma en este estado, y ni más ni menos todas las otras virtudes que decíamos del conocimiento sosegado, y callada música, y soledad sonora, y la sabrosa y amorosa cena; y es de tal manera el gozar y sentir estas flores juntas algunas veces el alma, que puede con harta verdad decir: *Nuestro lecho florido, de cuevas de leones enlazado*. Dichosa el alma que en esta vida mereciere gustar alguna vez el olor de estas flores Divinas. Y dice que este lecho está también

En púrpura tendido.

Por la púrpura es denotada la caridad en la Divina Escritura, y de ella se visten y sirven los Reyes, y por eso dice el alma que este lecho florido está tendido en púrpura; porque todas las virtudes, riquezas y bienes de él se sustentan y florecen, y se gozan sólo en la caridad y amor del Rey del cielo, sin el cual amor no podría el alma gozar de este lecho y de sus flores; y así todas estas virtudes están en el alma como tendidas en el amor de Dios, como sujeto en que bien se conservan, y están como bañadas en amor; porque todas y cada una de ellas están siempre enamorando al alma de Dios, y en todas las cosas y obras se mueven con amor á más amor de Dios. Esto es estar en púrpura tendido. § Lo cual se da bien á entender en los

Cantares Divinos; porque allí se dice que el asiento ó lecho que hizo para sí Salomón, le hizo de maderos de Libano, y las columnas de plata, el reclinatorio de oro, y la subida de púrpura, y todo dice que lo ordenó mediante la caridad. (III, 9.) Porque las virtudes y dones que Dios pone en el lecho del alma, que son significadas por los maderos del Libano, y las columnas de plata, tienen su reclinatorio y recuesto de amor, que es el oro; porque, como habemos dicho, en el amor se asientan y conservan las virtudes; y todas ellas, mediante la caridad de Dios y del alma, se ordenan entre sí y ejercitan, como acabamos de decir, y dice que también este lecho está

De paz edificado.

Que es la cuarta excelencia de este lecho, que depende en orden de la tercera que acabamos de decir; porque la tercera era perfecto amor, cuya propiedad es echar fuera todo temor, como dice San Juan (IV, 18), y sale la perfecta paz del alma, que es la cuarta propiedad del lecho, como dijimos. Para mayor inteligencia de lo cual es de saber, * que cada una de las virtudes de suyo es pacífica, mansa y fuerte; y por consiguiente, en el alma que las posee hacen estos tres efectos: paz, mansedumbre y fortaleza; y porque este lecho está florido, compuesto de flores de virtudes, como habemos dicho, y todas ellas son pacíficas, mansas y fuertes, de aquí es, que está de paz edificado, y el alma pacífica, mansa y fuerte, que son tres propiedades donde no puede combatir guerra alguna ni de mundo, ni de demonio, ni de carne; y tienen las virtudes al alma tan pacífica y segura, que le parece estar toda ella edificada de paz. Y dice la quinta propiedad de este florido lecho, y es que también está

De mil escudos de oro coronado.

Los cuales escudos son aquí las virtudes y dones del alma, que aunque, como habemos dicho, son las flores, etc., de este lecho, también le sirven de corona y premio de su trabajo en haberlas ga-

nado. Y no sólo eso, sino también de defensa como fuertes escudos contra los vicios que con el ejercicio de ellas venció, y por eso este lecho florido de la Esposa, que son las virtudes, la corona y la defensa, está coronado de ellas en premio de la Esposa, amparado con ellas como con escudo. Y dice que son de oro, para denotar el valor grande de las virtudes. Esto mismo dijo en los *Cantares* la Esposa por otras palabras, diciendo: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel.: uniuscujusque ensis super femur suum propter timores nocturnos.* Esto es, mirad el lecho de Salomón, que le cercan sesenta fuertes de los fortísimos de Israel, cada uno la espada sobre su muslo para la defensa de los temores nocturnos. (III, 7.) § Y dice que son mil, para denotar la multitud de las virtudes, gracias y dones de que Dios dotó al alma en este estado; porque para significar también el innumerable número de las virtudes de la Esposa usó del mismo término en los *Cantares*, diciendo: Como la torre de David es tu cuello, la cual está edificada con defensa; mil escudos cuelgan de ella, y todas las armas de los fuertes. (IV, 4.)

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

Mas no se contenta el alma que llega á este puesto de perfección, de engrandecer y loar las excelencias de su Amado el Hijo de Dios, ni de cantar y agradecer las mercedes que de él recibe y deleites que en él goza, sino también refiere las que hace á las demás almas; porque lo uno y lo otro echa de ver el alma en esta bienaventurada unión de amor. Por lo cual alabándole ella, y agradeciéndole las muchas mercedes que hace á las demás almas, dice esta Canción: *

CANCIÓN XXV

A zaga de tu huella
 Las jóvenes discurren al camino,
 Al toque de centella,
 Al adobado vino,
 Emisiones de bálsamo Divino.

DECLARACIÓN

En esta Canción alaba la Esposa al Amado de tres mercedes que de él reciben las almas devotas, con las cuales se animan más y levantan á amor de Dios; las cuales por experimentarlas ella en este estado, hace aquí de ellas mención. La primera dice que es la suavidad que de sí les da, la cual es tan eficaz, que les hace caminar muy apriesa el camino de la perfección. La segunda es una visita de amor, con que súbitamente las inflama en amor. La tercera es abundancia de caridad que en ellas infunde, con que de tal manera las embriaga, que las hace levantar el espíritu, así con esta embriaguez como con la visita de amor, á enviar alabanzas á Dios y afectos sabrosos de amor; y así dice:

A zaga de tu huella.

La huella es rastro de aquel cuya es la huella, por la cual se va rastreando y buscando quien la hizo; la suavidad y noticia que da Dios de sí al alma que le busca, es rastro y huella por donde se va conociendo y buscando á Dios: por eso dice aquí el alma al Verbo su Esposo *á zaga de tu huella*; esto es, tras el rastro de suavidad que de tí les imprimes é infundes, y olor que de tí derramas.

Las jóvenes discurren al camino.

Es á saber, las almas devotas con fuerzas de juventud recibidas de la suavidad de tu huella discurren; esto es, corren por muchas partes y de muchas maneras, que eso quiere decir discurrir cada una por la parte y suerte que Dios le da de espíritu y estado con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales al camino de la vida eterna, que es la perfección evangélica, por la cual encuentran con el Amado en unión de amor después de la desnudez de espíritu acerca de todas las cosas. Esta suavidad y rastro que Dios deja de sí en el alma, grandemente la aligera y hace correr tras de él; porque entonces es muy poco ó nada lo que el alma trabaja de su parte para

andar este camino; antes es movida y atraída de esta Divina huella de Dios, no sólo á que salga, sino á que corra de muchas maneras, como habemos dicho, al camino. Que por eso la Esposa en los *Cantares* pidió al Esposo esta Divina atracción, diciendo: *Trahe me, post te curreinus in odorem unguentorum tuorum*. Esto es, atráeme tras de tí, y correremos al olor de tus ungüentos. (I, 3.) Y después que le dió este divino olor, dice: *in odorem unguentorum tuorum currimus: adolescentulæ dillexerunt te nimis. Que quiere decir: al olor de tus unguentos corremos; las jóvenes te amaron mucho. Y David dice: El camino de tus mandamientos corrí cuando dilataste mi corazón.* (Ps. CXVIII, 32.)

*Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo Divino.*

En los dos versillos primeros habemos declarado que las almas á zaga de la huella discurren al camino con ejercicios y obras exteriores. Y ahora en estos tres versillos da á entender el alma el ejercicio que interiormente estas almas hacen con la voluntad, movidas por otras dos mercedes y visitas interiores que el Amado les hace, á las cuales llama aquí toque de centella y adobado vino, y al ejercicio interior de la voluntad que resulta y se causa de las dos visitas, llama emisiones de bálsamo Divino. Cuanto á lo primero, es de saber que este toque de centella que aquí dice, es un toque sutilísimo que el Amado hace al alma á veces, aun cuando ella está más descuidada, de manera que le enciende el corazón en fuego de amor, y no parece sino una centella de fuego que saltó y le abrasó; y entonces con grande presteza, como quien de súbito recuerda, enciéndese la voluntad en amar y desear, y alabar y agradecer, y reverenciar y estimar, y rogar á Dios con sabor de amor; á las cuales cosas llama emisiones de bálsamo Divino, que responden al toque de centellas salidas del Divino amor que pegó la centella, que es el bálsamo Divino que conforta y sana al alma con su olor y sustancia.

De este Divino toque dice la Esposa en los *Cantares* de esta manera: *Dilectus meus misit manum suam per foramen, et venter meus*

intremuit ad tactum ejus. Que quiere decir: Amado puso su mano por la manera, y mi vientre se estremeció á su tocamiento (V, 4). El tocamiento del Amado es el toque de amor que aquí decimos que hace al alma; la mano es la merced que en ello le hace; la manera por donde entró esta mano es la manera y modo y grado de perfección que tiene el alma; porque al modo de él suele ser el toque en más ó menos, y en una manera ó en otra de calidad espiritual del alma. El vientre suyo, que dice se estremeció, es la voluntad en que se hace el dicho toque, y el estremecerse es levantarse en ella los apetitos y afectos á Dios de desear, amar, alabar y los demás que tenemos dicho, que son las emisiones de bálsamo que de este toque redundan, según decíamos.

Al adobado vino.

Este adobado vino es otra merced muy mayor que Dios algunas veces hace á las almas aprovechadas, en que las embriaga en el Espíritu Santo con un vino de amor suave, sabroso y esforzoso, por lo cual le llama vino adobado, porque así como el tal vino está cocido con muchas y diversas especies olorosas y esforzadas, así este amor, que es el que Dios da á los ya perfectos, está ya cocido y asentado en sus almas, y adobado con las virtudes que ya el alma tiene ganadas, el cual, con estas preciosas especies adobado, tal esfuerzo y abundancia de suave embriaguez pone en el alma en las visitas que Dios le hace, que con grande eficacia y fuerza le hace enviar á Dios aquellas emisiones ó embriagamientos de alabar, amar ó reverenciar, etc., que aquí decimos, y ésto con admirables deseos de hacer y padecer por él. Y es de saber, que esta merced de la suave embriaguez, no pasa tan presto como la centella, porque es más de asiento; porque la centella toca y pasa, mas dura algo su efecto y algunas veces harto; mas el vino adobado suele durar ello y su efecto harto tiempo, lo cual es, como digo, suave amor en el alma, y algunas veces un día ó dos, y otras hartos días, aunque no siempre en un grado de intensión, porque afloja y crece sin estar en mano del alma; porque algunas veces, sin hacer nada de su parte, siente el alma en la íntima sustan-

cia irse suavemente embriagando su espíritu é inflamando de este Divino vino, según aquello que dice David, diciendo: Mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá fuego (Ps. XXXVIII, 4). Las emisiones de esta embriaguez de amor, duran todo el tiempo que ella dura algunas veces; porque otras, aunque la hay en el alma, es sin las dichas emisiones, y son más y menos intensas cuando las hay, cuanto es más ó menos intensa la embriaguez; mas las emisiones ó efectos de la centella, ordinariamente duran más que ella, antes ella los deja en el alma, y son más encendidos que los de la embriaguez, porque á veces esta Divina centella deja al alma abrasándose y quemándose en amor.

Y porque hemos hablado de vino cocido, será bueno notar aquí brevemente la diferencia que hay del vino cocido que llaman añejo, y del nuevo, que será la misma que hay entre los viejos y nuevos amadores, y servirá para un poco de doctrina para los espirituales. El vino nuevo no tiene digerida la hez ni asentada, y así hierve por de fuera, y no se puede saber la bondad y valor de él hasta que haya digerido bien la hez y furia de ella, porque hasta entonces está en mucha contingencia de malear; tiene el sabor grueso y áspero, y el beber mucho de ello estraga al sujeto. Pero el vino añejo tiene ya digerida la hez y asentada, y así no tiene aquellos hervores del nuevo por de fuera; échase ya de ver la bondad del vino, y está ya muy seguro de malearse, porque se le acabaron ya aquellos hervores y furias que le podían estragar; y así el vino bien cocido por maravilla malea y se pierde; tiene el sabor suave y la fuerza en la sustancia del vino, no ya en el gusto, y así la bebida de él hace buena disposición y da fuerza al sujeto. Los nuevos amadores son comparados al vino nuevo: estos son los que comienzan á servir á Dios, porque traen los fervores del vino del amor muy por de fuera en el sentido; porque aún no han digerido la hez del sentido flaco é imperfecto, y tienen la fuerza del amor en el sabor de él; porque á éstos ordinariamente les da la fuerza para obrar el sabor sensitivo, y por él se mueven, y así no hay que fiar de este amor hasta que se acaben aquellos fervores y gustos gruesos del sentido. Porque así

como estos fervores y calor del sentido los pueden inclinar á bueno y perfecto amor, y servirle de buen medio para él, digeriéndose bien la hez de su imperfección; así también es muy fácil en estos principios y novedad de gustos, faltar el vino del amor y perderse el sabor del nuevo. Y estos nuevos amadores siempre traen ansias y fatigas de amor sensitivas, á los cuales conviene temprar la bebida, porque si obran mucho según la fuerza del vino, estragarse há el natural con estas ansias y fatigas de amor, es á saber, del vino nuevo, que decíamos era áspero y grueso y no suavizado aún en la acabada cocción, cuando se acaban esas ansias de amor, como diremos luego.

Esta misma comparación pone el Sabio en el *Eclesiástico*, diciendo: *Vinum novum, amicus novus: veterascet, et cum suavitate bibes illud*. Que quiere decir: el amigo nuevo es como el vino nuevo: añejarse há, y beberaslo con suavidad (IX, 15). Por tanto, los viejos amadores, que son ya los ejercitados y probados en el servicio del Esposo, son como el vino añejo, que tiene ya cocida la hez, y no tiene aquellos hervores sensitivos ni aquellas furias, y fuegos fervorosos de fuera, mas gustan la suavidad del vino de amor ya bien cocido en sustancia, estando ya, no en aquel sabor del sentido como el amor de los nuevos, sino asentado allá dentro en el alma en sustancia y sabor de espíritu y verdad de obra; y no se quieren los tales asir á esos sabores y hervores sensitivos, ni los quieren gustar, por no tener sinsabores y fatigas; porque el que da rienda al apetito para algún gusto del sentido, también de necesidad ha de tener penas y disgustos en el sentido y en el espíritu. De donde por cuanto estos amantes viejos carecen ya de la suavidad espiritual que tiene su raíz en el sentido, no traen ya ansias ni penas de amor en el sentido ni espíritu, y así por maravilla faltan á Dios; porque están sobre lo que les había de hacer faltar, esto es, sobre la sensualidad, y tienen el vino de amor, no sólo ya cocido y purgado de hez, mas aún adobado, como se dice en el verso, con las especies que decíamos de virtudes perfectas, que no le dejan malear como el nuevo. Por eso el amigo viejo delante de Dios es de grande estimación, y así dice de él el *Eclesiástico*: *Ne derelinquas amicum antiquum: novus*

enim non erit similis illi. Que quiere decir: no desampares al amigo antiguo, porque el nuevo no será semejante á él (IX, 14). En este vino, pues, de amor ya probado y adobado en el alma, hace el Divino Amado la embriaguez Divina que habemos dicho, con cuya fuerza envía el alma á Dios las dulces y sabrosas emisiones. Y así el sentido de los dichos tres versillos, es el siguiente: *Al toque de centella* con que recuerdas mi alma, y *al adobado vino* con que amorosamente la embriagas, ella te envía *las emisiones* de movimientos y actos de amor que en ella causas.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Cuál, pues, entenderemos que estará el alma dichosa en este florido lecho, donde todas estas dichosas cosas y muchas más pasan, en el cual por reclinatorio tiene al Esposo Hijo de Dios, y por cubierta y tendido la caridad y amor del mismo Esposo! De manera que de cierto puede decir las palabras de la Esposa, que dice: Su siniestra debajo de mi cabeza (II, 6); por lo cual con verdad se podrá decir, que esta alma está aquí vestida de Dios y bañada en Divinidad, y no como por cima, sino que en los interiores de su espíritu, estando revestida con deleites Divinos, con hartura de aguas espirituales de vida, experimenta lo que David dice de los que así están allegados á Dios, es á saber: Embriagarse han de la grosura de tu casa, y con el torrente de tu deleite darles has á beber; porque cerca de tí está la fuente de la vida. (Ps. XXXV, 9.) Que hartura será, pues, esta del alma en su ser; pues la bebida que le dan no es menos que un torrente de deleites, el cual torrente es el Espíritu Santo, que como dice San Juan, es el río resplandeciente de agua viva que nace de la silla de Dios y del Cordero (Apoc. XXII, 1): Cuyas aguas por ser ella amor íntimo de Dios, íntimamente infunden al alma y le dan á beber este torrente de amor, que como decimos, es el Espíritu del Esposo que se le infunde en esta unión; y por eso ella, con grande abundancia de amor, canta esta Canción. *

CANCIÓN XXVI

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí, que antes seguía.

DECLARACIÓN

Cuenta el alma en esta Canción la soberana merced que Dios le hizo en recogerla en lo íntimo de su amor, que es la unión ó transformación de amor en Dios; y dice dos efectos que de allí sacó, que son olvido y enajenación de todas las cosas del mundo, y mortificación de todos sus apetitos y gustos.

En la interior bodega.

Para decir algo de esta bodega, y declarar lo que aquí quiere decir ó dar á entender el alma, era menester que el Espíritu Santo tomase la mano y moviese la pluma. Esta bodega que aquí dice el alma, es el último y más estrecho grado de amor en que el alma puede situarse en esta vida; que por eso la llama interior bodega: es á saber la más interior. De donde se sigue que hay otras no tan interiores, que son los grados de amor por do se sube hasta este último. Y podemos decir que estos grados ó bodegas de amor son siete, los cuales se vienen á tener todos cuando se tienen los siete dones del Espíritu Santo en perfección, en la manera que es capaz de recibirlos el alma. Y así cuando el alma llega á tener en perfección el espíritu de temor, tiene ya en perfección el espíritu del amor; por cuanto aquel temor, que es el último de los siete dones, es filial, y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre. Y así, cuando la Escritura Divina quiere llamar á uno perfecto en caridad, le llama temeroso de Dios. De donde profetizando Isaías la perfección de Cristo dijo: *Replebit eum spiritus timoris Domini*. Que quiere decir: henchirle há el espíritu del temor del Señor. (XI, 3.) Y también San

Lucas al santo Simeón le llamó timorato, diciendo: *Homo iste justus, et timoratus.* (II, 25.) Y así de otros muchos.

Es de saber que muchas almas llegan y entran en la primera bodega, cada una según la perfección de amor que tiene; mas á esta última y más interior pocas llegan en esta vida; porque en ella es ya hecha la unión perfecta con Dios que llaman matrimonio espiritual, del cual habla ya el alma en este lugar. Y lo que Dios comunica al alma en esta estrecha junta, totalmente es indecible y no se puede decir nada; así como del mismo Dios no se puede decir algo que sea como él; porque el mismo Dios es el que se le comunica con admirable gloria de transformación de ella. Y en este estado están ambos en uno, como si dijéramos ahora, la vidriera con el rayo del Sol, ó el carbón con el fuego, ó la luz de las estrellas con la del Sol, pero no tan esencial y acabadamente como en la otra vida. Y así para dar á entender el alma lo que en aquella bodega de unión recibe de Dios, no dice otra cosa ni entiendo la podrá decir más propia para decir algo de ello, que decir el verso siguiente:

De mi Amado bebi.

Porque así como la bebida se difunde y derrama por todos los miembros y venas del cuerpo; así se difunde esta comunicación de Dios sustancialmente en toda el alma, ó por mejor decir, el alma se transforma en Dios; según la cual transformación bebe el alma de su Dios según la sustancia de ella y según sus potencias espirituales. Porque según el entendimiento bebe sabiduría y ciencia; y según la voluntad bebe amor suavísimo, y según la memoria bebe recreación y deleite en recordación y sentimiento de gloria. Quanto á lo primero, que el alma reciba y beba deleite sustancialmente, dícelo ella en los *Cantares* en esta manera: *Anima mea liquefacta est, ut sponsus locutus est.* Esto es; mi alma se regaló luego que le habló el Esposo (V, 6), el cual hablar aquí, es comunicarse al alma.

Y que el entendimiento beba sabiduría, en el mismo libro lo dice la Esposa, donde deseando ella llegar á este beso de unión, y pidiéndolo al Esposo, dijo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino*

condito. Esto es, allí me enseñarás: es á saber, sabiduría y ciencia en amor, y yo te daré á ti una bebida de vino adobado (VIII, 2); conviene á saber, mi amor adobado con el tuyo; esto es, transformado en el tuyo. Cuanto á lo tercero, que es que la voluntad bebe allí amor, dicelo también la Esposa en los dichos *Cantares*, diciendo: *Introduxit me in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem*. Que quiere decir: Metióme dentro de la bodega secreta, y ordenó en mi caridad, que es tanto como decir: dióme á beber amor metida dentro en su amor, ó más claramente hablando con propiedad: ordenó en mí su caridad, acomodando y apropiando á mi su misma caridad, lo cual es beber el alma de su Amado su mismo amor, infundiéndoselo su Amado.

Donde es de saber, acerca de lo que algunos dicen que no puede amar la voluntad, sino lo que primero entiende el entendimiento, háse de entender naturalmente; porque por vía natural es imposible amar si no se entiende primero lo que se ama; mas por vía sobrenatural bien puede Dios infundir amor y aumentarle, sin infundir ni aumentar distinta inteligencia, como en la autoridad dicha se da á entender. Y esto experimentado está de muchos espirituales, los cuales muchas veces se ven arder en amor de Dios sin tener más distinta inteligencia que antes; porque pueden entender poco y amar mucho, y pueden entender mucho y amar poco; antes ordinariamente aquellos espirituales que no tienen muy aventajado entendimiento acerca de Dios, suelen aventajarse en la voluntad, y bástales la Fe infusa por ciencia de entendimiento, mediante la cual les infunde Dios caridad y se la aumenta, y el acto de ella que es amar más, aunque no se le aumente la noticia, como habemos dicho: y así puede la voluntad beber amor sin que el entendimiento beba de nuevo inteligencia (1). Aunque en el caso que vamos hablando, en que dice el alma que bebió de su Amado, por cuanto es unión en la interior bodega, la cual es según todas las tres potencias del alma, como habemos dicho, todas ellas beben juntamente.

(1) Véase la nota de la pág. 91.

Y cuanto á lo cuarto, que según la memoria beba el alma allí de su Amado, está claro, que está ilustrada con la luz del entendimiento en recordación de los bienes que está poseyendo y gozando en la unión de su Amado.

Esta divina bebida tanto endiosa y levanta al alma y la embebe en Dios, que

Cuando salía.

Es á saber, que acababa esta merced de pasar, porque aunque esté el alma siempre en este alto estado de matrimonio después que Dios le ha puesto en él, no empero siempre en actual unión según las dichas potencias, aunque según la sustancia del alma sí. Pero en esta unión sustancial del alma muy frecuentemente se unen también las potencias y beben en esta bodega, el entendimiento entendiendo, y la voluntad amando, etc.; pues cuando ahora dice el alma *cuando salía*, no se entiende de la unión esencial ó sustancial que tiene el alma ya, que es el estado dicho, sino de la unión de las potencias, la cual no es continua en esta vida ni lo puede ser. Pues de ésta, *cuando salía*

Por toda aquesta vega.

Es á saber, por toda aquesta anchura del mundo,

Ya cosa no sabía.

La razón es, porque aquella bebida de altísima sabiduría de Dios que allí bebió, le hace olvidar todas las cosas del mundo, y le parece al alma que lo que antes sabía, y aun lo que sabe todo el mundo, en comparación de aquel saber, es pura ignorancia. § Y para mejor entender esto, es de saber, que la causa más formal de este no saber el alma cosa del mundo, cuando está en este puesto, es quedar ella informada de la ciencia sobrenatural, delante de la cual todo el saber natural y político del mundo, antes es no saber que saber. De donde puesta el alma en este altísimo saber, conoce por él, que todo estoto saber que no sabe á aquello, no es saber, sino no saber, y que no hay qué saber en ello; y declara la verdad del dicho del Apóstol, es

á saber, que lo que es más sabiduría delante de los hombres, es estulticia delante de Dios. (1.^a ad Cor. III, 12.) Y por eso dice el alma, que ya no sabía cosa después que bebió de aquella sabiduría Divina; y no se puede conocer esta verdad, cómo es pura ignorancia la sabiduría de los hombres y de todo el mundo, y cuán digno es de no ser sabido menos que con esta merced de estar Dios en el alma comunicándole su sabiduría, y confortándola con esta bebida de amor para que lo vea claro, según lo da á entender Salomón, diciendo: Esta es la visión que vió y habló el varón con quien está Dios, y confortado por la morada que Dios hace en él, dijo: Insipientísimo soy sobre todos los hombres y varones, y la sabiduría de hombres no está conmigo. (Prov. XXX, 1, 2.) Lo cual es, porque estando en aquel exceso de sabiduría alta de Dios, esle ignorancia la baja de los hombres; porque las mismas ciencias naturales y las mismas obras que Dios hace delante de lo que es saber á Dios, es como no saber, porque donde no se sabe Dios, no se sabe nada. De donde lo alto de Dios es insipiente y locura para los hombres, como también dice San Pablo. (1.^a ad Cor. II, 14.) Por lo cual los sabios de Dios y los sabios del mundo son insipientes los unos para los otros; porque ni los unos pueden percibir la sabiduría de Dios y su ciencia, ni los otros la del mundo; por cuanto la del mundo, como habemos dicho, es no saber acerca de la de Dios, y la de Dios acerca de la del mundo. *

Pero demás de esto, aquel endiosamiento y levantamiento de mente en Dios, en que queda el alma como robada y embebida en amor toda hecha un Dios, no la deja advertir á cosa alguna del mundo; porque no sólo de todas las cosas, mas aun de sí queda enajenada y aniquilada, y como resumida y resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado. Y así la Esposa en los *Cantares*, después que había tratado de esta transformación de amor suya en el Amado, da á entender este no saber con que quedó, por esta palabra *nescivi*, que quiere decir: no supe. (VI, 11.) § Está el alma en este puesto en cierta manera como Adán en la inocencia, que no sabía qué cosa era mal; porque está tan inocente, que no entiende el mal ni cosa juzga á mal; y oirá cosas muy malas y las verá con sus

ojos, y no podrá entender que lo son; porque no tiene en sí hábito de mal por donde lo juzgar habiéndole Dios raído los hábitos imperfectos y la ignorancia (en que cae el mal del pecado) con el hábito perfecto de la verdadera sabiduría, y así también acerca de esto *ya cosa no sabía.* *

Esta tal alma poco se entrometerá en las cosas ajenas, porque aun de las suyas no se acuerda; porque esta propiedad tiene el espíritu de Dios en el alma donde mora, que luego la inclina á ignorar y no querer saber las cosas ajenas, aquéllas mayormente que no son para su provecho; porque el espíritu de Dios es recogido y convertido á la misma alma, antes para sacarla de las cosas extrañas que para ponerla en ellas, y así se queda el alma en un no saber cosa en la manera que solía. Y no se ha de entender que aunque el alma queda en este no saber, pierde allí los hábitos de las ciencias adquiridos que tenía, § que antes se le perficionan con el más perfecto hábito, que es el de la ciencia sobrenatural que se le ha infundido, aunque ya estos hábitos no reinan en el alma de manera que tenga necesidad de saber por ellos, aunque no impide que algunas veces sea. Porque en esta unión de sabiduría Divina se juntan estos hábitos con la sabiduría superior de las otras ciencias, así como juntándose una luz pequeña con otra grande, la grande es la que priva y luce, y la pequeña no se pierde, antes se perficiona, aunque no es la que principalmente luce; así entiendo que será en el cielo, que no se corromperán los hábitos que los justos llevaren de ciencia adquirita, y que no les harán á los justos mucho al caso, sabiendo ellos más que eso en la sabiduría Divina. * Pero las noticias y formas particulares de las cosas y actos imaginarios, y cualquiera otra aprehensión que tenga forma y figura, todo lo pierde é ignora en aquel absorbiendo de amor; y esto por dos causas. La primera, porque como actualmente queda absorta y embebida el alma en aquella bebida de amor, no puede estar en otra cosa actualmente ni advertir á ella. La segunda y principal, porque aquella transformación en Dios, de tal manera la conforma con la sencillez y pureza de Dios (en la cual no cae forma ni figura imaginaria), que la deja limpia y pura, y vacia

de todas formas y figuras que antes tenía, purgada é ilustrada con sencilla contemplación, así como hace el Sol en la vidriera, que infundiéndose en ella, la hace clara y se pierden de vista todas las máculas y motas que antes en ella parecían; pero vuelto á quitar el Sol, luego vuelven á parecer en ella las nieblas y máculas de antes; mas el alma, como le queda y dura algún tanto el efecto de aquel acto de amor, dura también el no saber. De manera que no puede advertir en particular á cosa ninguna hasta que pase el efecto de aquel acto de amor, el cual como la inflamó y mudó en amor, aniquilóla y deshizola en todo lo que no era amor, según se entiende por aquello que dijimos arriba de David: *Quia inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt: et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi*. Es á saber, porque fué inflamado mi corazón, también mis renes se mudaron juntamente, y yo fui resuelto en nada, y no supe. (Ps. LXXII, 21, 22.) Porque mudarse las renes por causa de esta inflamación del corazón, es mudarse el alma según todos sus apetitos y operaciones en Dios en una nueva manera de vida, deshecha ya y aniquilada de todo lo viejo que antes usaba; por lo cual dice el profeta que fué resuelto en nada, y que no supo; que son los dos efectos que decíamos que causaba la bebida de esta bodega de Dios; porque no sólo se aniquila todo su saber primero, pareciéndole todo nada, mas también toda su vida vieja é imperfecciones se aniquilan, y se renueva en nuevo hombre, que es este segundo efecto que decimos contenido en este verso:

Y el ganado perdí, que antes seguía.

Es de saber, que hasta que el alma llegue á este estado de perfección de que vamos hablando, aunque más espiritual sea, siempre le queda algún ganadillo de apetitos y gustillos, y otras imperfecciones suyas, ora naturales y ora espirituales, tras de que se anda procurando apacentarlos, en seguirlos y cumplirlos. Porque acerca del entendimiento, suelen quedarle algunas imperfecciones de apetitos de saber. Acerca de la voluntad, se dejan llevar de algunos gustillos y apetitos propios, ora en lo temporal, como posar algunas cosillas y

asirse más á unas que á otras, y algunas presunciones, estimaciones y puntillos en que miran, y otras cosillas que todavía huelen y saben á mundo: ora cerca de lo natural como en la comida, bebida, gustar de ésto más que de aquéllo; escoger y querer lo mejor: ora también cerca de lo espiritual, como querer gustos de Dios, y otras impertinencias, que nunca se acabaría de decir, que suelen tener los espirituales aun no perfectos. Y acerca de la memoria muchas variedades y cuidados y advertencias impertinentes, que los llevan el alma tras de sí.

Tienen también acerca de las cuatro pasiones del alma muchas esperanzas, gozos, dolores y temores inútiles, tras de que se va el alma: y de este ganado ya dicho, unos tienen más y otros menos, tras de que se andan todavía siguiéndolo, hasta que entrándose á beber en esta interior bodega lo pierden todo, quedando, como habemos dicho, hechos todos en amor: en la cual más fácilmente se consumen estos ganados de imperfecciones del alma, que el orín y moho de los metales en el fuego. Y asi se siente ya libre el alma de todas niñerías de gustillos é impertinencias tras de que se andaba, de manera que pueda bien decir: *El ganado perdí que antes seguía.*

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Comunicase Dios en esta interior unión al alma con tantas veras de amor, que no hay afición de madre que con tanta ternura acaricie á su hijo, ni amor de hermano ni amistad de amigo que se le compare. Porque aun llega á tanto la ternura y verdad de amor con que el inmenso Padre regala y engrandece á esta humilde y amorosa alma ¡oh cosa maravillosa y digna de todo pavor y admiración!, que se sujeta á ella verdaderamente para la engrandecer, como si Él fuese su siervo y ella fuese su señor. Y está tan solícito en la regalar, como si Él fuese su esclavo y ella fuese su Dios. Tan profunda es la humildad y la dulzura de Dios. Porque en esta comunicación de amor en alguna manera ejercita aquel servicio que dice él en el Evangelio que hará á sus escogidos en el cielo. Es á saber, que

ciñéndose, pasándose de uno á otro, los servirá (Luc. XII, 37). Y así aquí está empleado en regalar y acariciar al alma como la madre en servir y regalar á su niño, criándole á sus mismos pechos: en lo cual conoce el alma la verdad del dicho de Isaías, que dice: A los pechos de Dios seréis llevados y sobre sus rodillas os halagará (LXVI, 12). ¿Qué sentirá, pues, el alma aquí entre tan soberanas mercedes? ¡Cómo se derretirá en amor! ¡Cómo agradecerá viendo estos pechos de Dios abiertos para si con tan soberano y largo amor! Sintiéndose puesta entre tantos deleites, entrégase toda á si misma á él, y dale también sus pechos de su voluntad y amor, y sintiéndolo y pasando en su alma al modo que la Esposa le sentía en los *Cantares* hablando con su Esposo, en esta manera: Yo para mi Amado, y la conversión de él para mí. Ven, Amado mío, y salgámonos al campo, moremos juntos en las granjas; levantémonos por la mañanica á las viñas, y veamos si ha florecido la viña y si las flores paren frutos, si florecieron las granadas. Allí te daré mis pechos (VII, 10), esto es, los deleites y fuerza de mi voluntad emplearé en servicio de tu amor: y por pasar así estas dos entregas del alma y Dios en esta unión, las refiere ella en la siguiente *Canción diciendo*: *

CANCIÓN XXVII

Allí me dió su pecho,
 Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
 Y yo le dí de hecho
 A mí, sin dejar cosa;
 Allí le prometí de ser su esposa.

DECLARACIÓN

En esta Canción cuenta la Esposa la entrega que hubo de ambas partes en este espiritual desposorio: conviene á saber, de ella y de Dios, diciendo que en aquella interior bodega de amor se juntaron en comunicación él á ella, dándole el pecho ya libremente de su amor, en que la enseñó sabiduría y secretos: y ella á él entregándo-

sele ya toda de hecho sin reservar nada para sí, ni para otro, afirmando ya ser suya para siempre. *Síguese el verso,*

Allí me dió su pecho.

Dar el pecho uno á otro, es darle su amor y amistad y descubrirle sus secretos como amigo. Y así, decir el alma que le dió allí su pecho, es decir que allí le comunicó su amor y sus secretos: lo cual hace Dios con el alma en este estado. Y más adelante lo que también dice en el verso siguiente:

Allí me enseñó ciencia muy sabrosa.

Esta ciencia sabrosa es la teología mística, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplación, la cual es muy sabrosa, porque es ciencia por amor; el cual es el maestro de ella y el que todo lo hace sabroso. Y por cuanto Dios le comunica esta ciencia é inteligencia en el amor con que se comunica al alma, es sabrosa para el entendimiento, pues es ciencia que pertenece á él; y esle también sabrosa á la voluntad, pues es en amor, el cual pertenece á la voluntad. Y dice luego:

Y yo le di de hecho

A mí, sin dejar cosa.

En aquella bebida de Dios suave en que, como habemos dicho, se embebe el alma en Dios, muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma toda á Dios, queriendo ser toda suya y no tener cosa en sí ajena de él para siempre; causando Dios en ella la dicha unión, la pureza y perfección que para esto es menester; y por cuanto él la transforma en sí, hácela toda suya y evacua en ella todo lo que tenía ajeno de Dios. De aquí es, que no solamente según la voluntad, sino también según la obra, queda ella de hecho sin dejar cosa, toda dada á Dios, así como Dios se ha dado todo libremente á ella; de manera que quedan pagadas aquellas dos voluntades, entregadas y satisfechas entre sí; de manera que en nada haya de

faltar ya la una á la otra, con fe y firmeza de desposorio, que por eso añade ella, diciendo:

Allí le prometí de ser su Esposa.

Porque así como la desposada no pone en otro su amor, ni su cuidado, ni su obra fuera de su Esposo, así el alma en este estado no tiene ya ni afectos de voluntad, ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado ni obra alguna que todo no sea inclinado á Dios, junto con sus apetitos; porque está como divina endiosada; de manera que hasta los primeros movimientos aún no tiene contra lo que es la voluntad de Dios en todo lo que ella puede entender. Porque así como un alma imperfecta tiene muy ordinariamente á lo menos primeros movimientos inclinados á mal según el entendimiento y según la voluntad y memoria, y apetitos é imperfecciones también, así el alma de este estado, según el entendimiento, memoria y voluntad y apetitos, en los primeros movimientos de ordinario se mueve é inclina á Dios por la grande ayuda y firmeza que tiene ya en Dios, y perfecta conversión al bien. Todo lo cual dió bien á entender David cuando dijo, hablando de su alma en este estado: ¿Por ventura, dice, no estará mi alma sujeta á Dios? Sí; porque de él tengo yo mi salud; y porque él es mi Dios y mi Salvador: recibidor mío, no tendré más movimiento. (Ps. LXI, 2.) En lo que dice, recibidor mío, da á entender que por estar su alma recibida en Dios y unida cual aquí decíamos, no había de tener ya más movimiento contra Dios.

§ De lo dicho queda entendido claro, que el alma que ha llegado á este estado de desposorio espiritual, no sabe otra cosa sino amar y andar siempre en deleites de amor con el Esposo; porque como en esto ha llegado á la perfección, cuya forma y ser (como dice San Pablo) es el amor (Coloss. III, 14), pues cuanto un alma más ama, tanto es más perfecta en aquello que ama; de aquí es que esta alma que ya está perfecta, todo es amor, si así se puede decir, y todas sus acciones son amor, y todas sus potencias y caudal emplea en amar, dando todas sus cosas como el sabio mercader (Matt. XIII, 46), por

este tesoro de amor que halló escondido en Dios, el cual es tan precioso delante de él, que como el alma ve que su Amado nada precia ni de nada se sirve fuera del Amor, de aquí es que deseando ella servirle perfectamente, todo lo emplea en amor puro de Dios. Y no sólo porque él lo quiere así, sino porque también el amor en que está unida, en todas las cosas y por todas ellas la mueve en amor de Dios. Porque así como la abeja saca de todas las yerbas la miel que allí hay, y no se sirve de ellas más que para esto, así también de todas las cosas que pasan por el alma, con grande facilidad saca ella la dulzura de amor, que hay que amar á Dios en ellas, ora sea sabroso, ora desabrido; que estando ella informada y amparada con el amor, como lo está, ni lo siente ni lo gusta, ni lo sabe; porque como habemos dicho, no sabe sino amar, y su gusto en todas las cosas y tratos siempre, como habemos dicho, es deleite de amor de Dios. Y para denotar esto, dice ella la siguiente Canción: *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pero, porque dijimos que Dios no se sirve de otra cosa, sino de amor, antes que la declaremos será bueno decir aquí la razón, y es: porque todas nuestras obras y todos nuestros trabajos, aunque sean los más que pueden ser, no son nada delante de Dios; porque en ellos no le podemos dar nada ni cumplir su deseo, el cual sólo es de engrandecer al alma; para si nada de esto desea, pues no lo ha menester, y así, si de algo se sirve, es de que el alma se engrandezca; y como no hay otra cosa en que más la pueda engrandecer, que igualándola consigo, por esto solamente se sirve de que le ame. Porque la propiedad del amor es igualar al que ama con la cosa amada. De donde, porque el alma tiene aquí perfecto amor, por eso se llama Esposa del Hijo de Dios, lo cual significa igualdad con él, en la cual igualdad de amistad todas las cosas son comunes á entrambos, como el mismo Esposo lo dijo á sus discipulos, diciendo: Ya os he dicho mis amigos; porque todo lo que oí á mi Padre os lo he manifestado. (Joan. XV, 15.) Dice pues la Canción: *

CANCIÓN XXVIII

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

DECLARACIÓN

Por cuanto en la Canción pasada ha dicho el alma, ó por mejor decir la Esposa, que se dió toda al Esposo sin dejar nada para sí, dice ahora en ésta al Amado la manera que tiene en cumplirlo, diciendo que ya está su alma y cuerpo, y potencias, y toda su habilidad empleada, ya no en las cosas, sino en las que son del servicio de su Esposo; y que por eso ya no anda buscando su propia ganancia, ni se anda tras sus gustos, ni tampoco se ocupa en otras cosas ni tratos extraños y ajenos de Dios, y que aun con el mismo Dios ya no tiene otro estilo ni manera de trato, sino ejercicio de amor. Porque ha ya trocado y mudado todo su primero trato en amor, según ahora se dirá.

Mi alma se ha empleado.

En decir que el alma suya se ha empleado, da á entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella unión de amor, donde quedó ya su alma con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada y mancipada al servicio de él; empleado el entendimiento en entender las cosas que son más de su servicio, para hacerlas; y su voluntad en amar todo lo que á Dios agrada, y en todas las cosas aficionar la voluntad á Dios y la memoria y cuidado de lo que es de su servicio y lo que más le ha de agradar. Y dice más:

Y todo mi caudal en su servicio.

Por todo su caudal entiende aquí todo lo que pertenece á la parte sensitiva del alma. En la cual parte sensitiva se incluye el cuerpo con

todas sus potencias interiores y exteriores y toda la habilidad natural: conviene á saber, las cuatro pasiones, los apetitos naturales y el demás caudal del alma; todo lo cual dice que está ya empleado en servicio de su Amado también, como la parte racional y espiritual del alma, que acabamos de decir en el verso pasado. Porque el cuerpo ya le trata según Dios en los sentidos interiores y exteriores enderezando á él las operaciones de ellos, y las cuatro pasiones del alma todas las tiene ceñidas también á Dios; porque no se goza sino de Dios, ni tiene esperanza en otra cosa sino en Dios, ni teme sino sólo á Dios, ni se duele sino según Dios, y también todos sus apetitos y cuidados van sólo á Dios. Y todo este caudal de esta manera está ya empleado y enderezado á Dios, que aun sin advertencia del alma, todas las partes que habemos dicho de este caudal, en los primeros movimientos se inclinan á obrar en Dios y por Dios. Porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego á Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos, los apetitos, la esperanza, el gozo y todo el caudal luego de primera instancia se inclina á Dios; aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios, y entiende en él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por él; porque el uso y hábito que en la tal manera de proceder tiene ya, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que á los principios del obrar solía tener. Y porque ya está todo este caudal empleado en Dios de la manera dicha, de necesidad ha de tener el alma también lo que dice en el verso siguiente, es á saber.

Ya no guardo ganado.

Que es tanto como decir: ya no me ando tras mis gustos y apetitos; porque habiéndolos puesto en Dios y dado á él, ya no los apacienta ni guarda para sí el alma. Y no sólo dice que ya no guarda este ganado, pero dice más,

Ni ya tengo otro oficio.

Muchos oficios suele tener el alma no provechosos antes que

llegue á hacer esta donación y entrega de sí y de su caudal al Amado, con los cuales procuraba servir á su propio apetito y al ajeno; porque todos cuantos hábitos de imperfecciones tenía, tantos oficios podemos decir que tenía. Los cuales hábitos pueden ser como propiedad y oficio que tiene de hablar cosas inútiles, y pensarlas y obrarlas. Y también no usando de esto conforme á la perfección del alma. Suele tener otros apetitos con que sirve al apetito ajeno: así como ostentaciones y cumplimientos, adulaciones, respetos, procurar parecer bien y dar gusto con sus cosas á las gentes, y otras cosas muchas inútiles con que procura agradar á la gente, empleando en ellas el cuidado del apetito y la obra, y finalmente el caudal del alma. Todos estos oficios dice que ya no los tiene, porque ya todas sus palabras, pensamientos y obras son de Dios y enderezadas á Dios, no llevando en ellas las imperfecciones que solía: y así es como si dijera: ya no ando á dar gusto á mi apetito ni al ajeno, ni me ocupo ni entretengo en otros pasatiempos inútiles ni cosas del mundo.

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Como si dijera: que ya todos estos oficios están puestos en ejercicio de amor de Dios: es á saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo, memoria, entendimiento y voluntad, sentidos interiores y exteriores, y apetitos de la parte sensitiva y espiritual, todo se mueve por amor y en amor, haciendo todo lo que hago con amor, y padeciendo todo lo que padezco con sabor de amor: que es lo que quiso dar á entender David, cuando dijo: *Fortitudinem meam ad te custodiam*. Mi fortaleza guardaré para ti. (Ps. LVIII, 10.)

Aquí es de notar, que cuando el alma llega á este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual y de la parte sensitiva, ahora sea en hacer, ahora en padecer, de cualquiera manera que sea, siempre le causa más amor y regalo en Dios, como habemos dicho: y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios, que antes solía tener en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor. De manera, que ahora sea su trato acerca de lo temporal, ahora sea su

ejercicio acerca de lo espiritual, siempre puede decir esta alma, *que ya sólo en amar es su ejercicio*. Dichosa vida y dichoso estado, y dichosa el alma que á él llega, donde todo le es ya sustancia de amor y regalo de deleite de desposorio, en que de veras puede la Esposa decir al Divino Esposo aquellas palabras que de puro amor le dice en los *Cantares*, diciendo: *Omnia poma nova et vetera, dilecte mi, servavi tibi*. Esto es, todas las manzanas viejas y nuevas guardé para tí (VII, 13); que es como si dijera: Amado mío; todo lo áspero y trabajoso quiero por tí; y todo lo suave y sabroso quiero para tí. Pero el acomodado sentido de este verso, es decir que el alma en este estado de desposorio espiritual ordinariamente anda en unión de amor de Dios, que es común y ordinaria asistencia de voluntad amorosa en Dios.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Verdaderamente esta alma está perdida en todas las cosas, y sólo está ganada en amor: no empleando ya el espíritu en otra cosa. Por lo cual aun á lo que es vida activa y otros ejercicios exteriores desfallece por cumplir de veras con la una cosa sola que dijo el Esposo era necesaria, y es la asistencia y continuo ejercicio de amor en Dios (Luc. X, 42). Lo cual él precia y estima en tanto, que así como reprendió á Marta porque quería apartar á María de sus pies por ocuparla en otras cosas activas en servicio del Señor, entendiendo que ella se lo hacía todo, y que María no hacía nada, pues se estaba holgando con el Señor, siendo ello muy al revés, pues no hay obra mejor ni más necesaria que el amor; así también en los *Cantares* defiende á la Esposa, conjurando á todas las criaturas del mundo, las cuales se entienden allí por las hijas de Jerusalén, que no impidan á la Esposa el sueño espiritual de amor ni la hagan velar, ni abrir los ojos á otra cosa hasta que ella quiera (III, 5.) Donde es de notar que en tanto que el alma no llega á este estado de unión de amor, le conviene ejercitar el amor así en la vida activa como en la contemplativa; pero cuando ya llegase á él, no le es conveniente ocuparse

en otras obras y ejercicios exteriores (1), que la pueden impedir un punto de aquella existencia de amor en Dios, aunque sean de gran servicio de Dios, porque es más precioso delante de él y del alma un poquito de este puro amor: y más provecho hace á la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas. Que por eso María Magdalena, aunque con su predicación hacía gran provecho y le hiciera muy grande después, por el gran deseo que tenía de agradar á su Esposo y aprovechar á la Iglesia, se escondió en el desierto treinta años para entregarse de veras á este amor, pareciéndole que en todas maneras ganaría mucho más de esta manera, por lo mucho que aprovecha é importa á la Iglesia un poquito de este amor.

De donde cuando alguna alma tuviese algo de este grado de solitario amor, grande agravio se le haría á ella y á la Iglesia si aunque fuese por poco espacio la quisiesen ocupar en cosas exteriores ó activas, aunque fuesen de mucho caudal; porque, pues, Dios conjura que no la recuerden de este amor (ibid.), ¿quién se atreverá y quedará sin reprehensión? Al fin, para este fin de amor fuimos criados. Adviertan, pues, aquí los que son muy activos, que piensan ceñir al mundo con sus predicaciones y obras exteriores, que mucho más provecho harían á la Iglesia y mucho más agradarían á Dios (dejando aparte el buen ejemplo que se daría), si gastasen siquiera la mitad de este tiempo en estarse con Dios en oración, aunque no hubiesen llegado á tan alta como ésta (2). Cierto entonces harían más y con menos tra-

(1) En las ediciones se añadían estas palabras: «*No siendo de obligación.*» Tal explicación es innecesaria, pues ya se entiende que en este sentido habla el Santo.

(2) Llamamos de un modo particular la atención sobre la doctrina que aquí enseña el Místico Doctor, ya que está en abierta oposición con las ideas que corren en nuestro siglo aun entre personas que se tienen por muy espirituales: para ellas todo ha de ser actividad, y nada ó muy poco de oración. ¡Oh cuánto mejor les fuera á esas personas trocar casi por completo los papeles, según les aconseja el Santo! Así en general obraron los siervos de Dios, y por eso consiguieron tantos frutos. Mas porque acerca de esto mismo hay un error bastante común, quiero deshacerle con la autoridad de un escritor muy celebrado, cuya doctrina viene á confirmar la de nuestro Santo. El autor aludido es el Padre Faber, el cual escribe lo que sigue: «Digo, pues, que los santos no son una especie de gente muy afanosa. Su vida no

bajo, y con una obra que con mil, mereciéndolo su oración, y habiendo cobrado fuerzas espirituales en ella; porque de otra manera todo es martillar y hacer poco más que nada, y á veces nada, y aun á veces daño: porque Dios os libre que se comience á envanecer *la sal* (1), que aunque más parezca que hace algo por de fuera, en sustancia no será nada; cuando está cierto que las buenas obras no se pueden hacer sino en virtud de Dios. ¡Oh cuánto se pudiera escribir aquí de esto! mas no es de este lugar. Esto he dicho para dar á entender esta otra Canción; porque en ella el alma responde por sí á los que impugnan este santo ocio de ella, y quieren que todo sea obrar, que luzca é hincha el ojo por de fuera; no entendiendo ellos la vena y raíz oculta de donde nace el agua y se hace todo fruto; y así dice la Canción: *

estuvo, en manera alguna, sobrecargada de obras, ni aun de las de misericordia. Se hicieron un deber de reservarse momentos considerables para sí mismos y para los negocios de sus almas. *Su actividad fué mucho más contemplativa de lo que nos hallaríamos dispuestos á pensar ahora.* No se hicieron, pues, esclavos del público; sus prácticas de piedad fueron en corto número y de una sencillez de método notable. En total, su vida parece desprovista de hechos hasta un punto que no esperábamos. Con mucho gusto me abstendría de desenvolver este punto por temor de que no tengáis tiempo de comprenderle como yo desearía. Se necesitarían años para conocer á fondo su importancia.

Acontece que la vida de los santos nos engaña inocentemente, en cuanto á ese particular, especialmente las que están escritas por el orden seguido en los procesos de canonización. Un capítulo sobre la caridad heroica de un santo nos abrumará, tal vez, por la acumulación de hechos que contiene: ocupaciones multiplicadas, movimiento incesante, oficios casi incompatibles, actividad sobrehumana y otras cosas semejantes. Olvidamos que representan cincuenta ó sesenta años, de doce meses cada uno. *Pero si de ese capítulo pasamos al de el don de oración, encontramos que el santo empleaba en ese ejercicio, cada día, cuatro, cinco y aun siete horas, como Suárez, y hasta diez, como San Francisco de Borja. Vemos además que, aun sin incluir en nuestra cuenta el tiempo necesario para comer y dormir, la oración no le dejaba al santo bastante espacio para lo que la vida moderna exige cada día de nuestra actividad. Contrabalancead el capítulo sobre la caridad con el capítulo sobre la oración, y no dejará de dar resultado para el conocimiento de los santos» (*)*.

(1) Mss. de Jaén, Alba y Burgos. Es alusión al texto evangélico; *Si sal evanuerit.* (Matth. V, 13.) En las ediciones se decía: «A envanecer *la tal alma.*»

(*) (*Conferencias espirituales*, pág. 294 de la edición de Madrid.)

CANCIÓN XXIX

Pues ya si en el ejido,
De hoy más no fuere vista, ni hallada,
Diréis que me he perdido,
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fui ganada.

DECLARACIÓN

Responde el alma en esta Canción á una tácita reprehensión de parte de los del mundo, los cuales han de costumbre notar á los que de veras se dan á Dios, teniéndolos por demasiados en su extrañeza y retraimiento, y en su manera de proceder, diciendo también que son inútiles para las cosas importantes, y perdidos en lo que el mundo precia y estima: á la cual reprehensión de muy buena manera satisface aquí el alma, haciendo rostro muy osada y atrevidamente á ésto y á todo lo demás que el mundo le puede imponer; porque habiendo ella llegado á lo vivo del amor de Dios, todo lo tiene en poco: y no sólo eso, mas antes ella misma lo confiesa en esta Canción, y se precia y gloria de haber dado en tales cosas, y perdiéndose al mundo y á sí misma por su Amado. Y así lo que quiere decir, hablando con los del mundo, es que si ya no la vieren en las cosas de sus primeros tratos y otros pasatiempos que solía tener en el mundo, que digan y crean que se ha perdido y ajonado de ellos, y que lo tiene á tanto bien, que ella misma se quiso perder, andando á buscar á su Amado enamorada mucho de él. Y porque vean la ganancia de su pérdida, y no la tengan por insipiencia ó engaño, dice que esta pérdida fué su ganancia, y que por eso de industria se hizo perdidiza.

*Pues ya si en el ejido
De hoy más no fuere vista, ni hallada.*

Ejido comunmente se llama un lugar común donde la gente se suele juntar á tomar solaz y recreación, y donde también los pasto-

res apacientan sus ganados; y así por el ejido entiende aquí el alma al mundo, donde los mundanos tienen sus pasatiempos y tratos, y apacientan los ganados de sus apetitos: en lo cual dice el alma á los del mundo, que si no fuere vista ni hallada, como solía antes que fuese toda de Dios, que la tengan por perdida en eso mismo, y que así lo digan, porque de eso se goza ella queriendo que lo digan, diciendo:

Diréis que me he perdido.

No se afrenta delante del mundo el que ama, de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar: porque el que tuviere vergüenza delante de los hombres de confesar al Hijo de Dios, dejando de hacer sus obras, el mismo Hijo de Dios, como él dice por San Mateo, tendrá vergüenza de confesarle delante de su Padre. (X, 33.) Y por tanto, el alma con ánimo de amor antes se precia de que se vea para gloria de su Amado, haber ella hecho una tal obra por él, que se haya perdido á todas las cosas del mundo, y por eso dice: *Diréis que me he perdido.*

Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras, pocos espirituales la alcanzan; porque aunque algunos tratan y usan este trato, y aunque se tienen algunos por los de inuy allá, nunca se acaban de perder en algunos puntos, ó de mundo ó de naturaleza, para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando á lo que dirán ó qué parecerá: y así no podrán éstos decir: *Diréis que me he perdido*, pues no están perdidos á sí mismos en el obrar: todavía tienen vergüenza de confesar á Cristo por la obra delante de los hombres teniendo respeto á cosas no viven en Cristo de veras.

Que andando enamorada.

Conviene á saber, que andando obrando las virtudes enamorada de Dios.

Me hice perdidiza, y fui ganada.

§ Sabiendo el alma el dicho del Esposo en el Evangelio, conviene á saber, que ninguno puede servir á dos señores, sino que por fuerza ha de faltar al uno (Matt. VI, 24); dice ella aquí que por no faltar á Dios faltó á todo lo que no es Dios, que es á todas las demás cosas y á sí misma, perdiéndose á todo esto por su amor. * El que anda de veras enamorado, luego se deja perder á todo lo demás, por ganarse más en aquello que ama; y por eso el alma dice aquí que se hizo perdidiza ella misma, que es dejarse perder de industria. Y es en dos maneras: conviene á saber, á sí misma, no haciendo caso de sí en ninguna cosa sino del Amado, entregándose á él de gracia sin ningún interese, haciéndose perdidiza, no queriendo ganarse en nada para sí. Lo segundo, haciéndose perdidiza á todas las cosas no haciendo caso de ningunas, sino de las que tocan al Amado; y eso es hacerse perdidiza, que es tener gana que la ganen. Tal es el que anda enamorado de Dios, que no pretende ganancia ni premio, sino sólo perderlo todo y á sí mismo en su voluntad por Dios, y esa tiene por su ganancia. Y así lo es, según dice San Pablo, diciendo: *Mori lucrum*. (Philip. I, 21.) Esto es, mi morir por Cristo es mi ganancia espiritualmente á todas las cosas y á sí mismo. Y por eso dice el alma fui ganada; porque el que á sí no se sabe perder, no se gana, antes se pierde, según dice Nuestro Señor en el Evangelio, diciendo: El que quisiere ganar para sí su alma, ese la perderá; y el que la perdiere para consigo por mí, ese la ganará. (Matt. XVI, 25.) Y si queremos entender el dicho verso más espiritualmente y más á propósito que aquí se trata, es de saber: que cuando un alma en el camino espiritual ha llegado á tanto que se ha perdido á todos los caminos y vías naturales de proceder en el trato con Dios, que ya no le busca por consideraciones ni formas ni sentimientos, ni otros modos algunos de criaturas ni sentidos, sino que solamente, pasando sobre todo eso y sobre todo modo suyo, y sobre toda manera, trata y goza á Dios en Fe y amor: entonces se dice haberse de veras ganado á Dios; por-

que de veras se ha perdido á todo lo que no es Dios y á lo que ella es en sí.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Estando, pues, el alma ganada de esta manera, todo lo que obra es ganancia; porque toda la fuerza de sus potencias está convertida en trato espiritual con el Amado de muy sabroso amor interior; en el cual las comunicaciones interiores que pasan entre Dios y el alma, son de tan delicado y subido deleite, que no hay lengua mortal que lo pueda decir, ni entendimiento humano que lo pueda entender. Porque así como la desposada en el día de su desposorio no entiende en otra cosa sino en lo que es fiesta y deleite de amor, y en sacar todas sus joyas y gracias á luz, para con ellas deleitar y agradar al Esposo, y el Esposo ni más ni menos todas sus riquezas y excelencias le muestra para hacerle á ella fiesta y solaz; así aquí en este espiritual desposorio, donde el alma siente de veras lo que la Esposa dice en los *Cantares*, es á saber: Yo para mi Amado, y mi Amado para mí (VII, 10); las virtudes y gracias de la Esposa alma, y las magnificencias y gracias del Esposo Hijo de Dios salen á luz y se ponen en plato para que se celebren las bodas de este desposorio, comunicándose los bienes y deleites del uno en el otro con vino de sabroso amor en el Espíritu Santo; para muestra de lo cual, hablando con el Esposo, dice el alma esta Canción: *

CANCIÓN XXX

De flores y esmeraldas
 En las frescas mañanas escogidas,
 Haremos las guirnaldas,
 En tu amor florecidas,
 Y en un cabello mío entretejidas.

DECLARACIÓN

En esta Canción vuelve la Esposa á hablar con el Esposo en comunicación y recreación de amor, y lo que en ella hace es tratar

del solaz y deleite que el alma Esposa y el Hijo de Dios tienen en la posesión de las riquezas de las virtudes y dones de entrambos, y el ejercicio de ellas, que hay del uno al otro, gozándolas entre sí en comunicación de amor; y por eso dice ella, hablando con él, que harán guirnaldas ricas de dones y virtudes adquiridas y ganadas en tiempo agradable y conveniente, hermoasadas y graciosas en el amor que tiene él á ella, y sustentadas y conservadas en el amor que ella tiene á él; por eso llama á este gozar las virtudes, hacer guirnaldas de ellas; porque todas juntas como flores en guirnaldas las gozan entrambos en el amor común que el uno tiene al otro.

De flores y esmeraldas.

Las flores son las virtudes del alma, y las esmeraldas son los dones que tiene en Dios. Pues de estas flores y esmeraldas

En las frescas mañanas escogidas.

Es á saber, ganadas y adquiridas en las juventudes, que son las frescas mañanas de las edades. Y dice escogidas, porque las virtudes que se adquieren en este tiempo de juventud, son escogidas y muy aceptas á Dios, por ser el tiempo de juventud cuando hay más contradicción de parte de los vicios para adquirirlas, y de parte del natural más inclinación y prontitud para perderlas. Y también, porque comenzándolas á coger desde este tiempo de juventud, se adquieren más perfectas. Y llama á estas juventudes, frescas mañanas; porque así como es agradable la frescura de la mañana en la Primavera, más que las otras partes del día, así lo es la virtud de la juventud delante de Dios. Y aun pueden entender estas frescas mañanas por los actos de amor en que se adquieren las virtudes, los cuales son á Dios más agradables que las frescas mañanas á los hijos de los hombres. También se entiende aquí por las frescas mañanas las obras hechas en sequedad y dificultad del espíritu, las cuales son denotadas por el fresco de las mañanas del invierno, y estas obras hechas por Dios en sequedad de espíritu y dificultad, son muy apreciadas de

Dios, porque en ellas grandemente se adquieren las virtudes y dones; y las que se adquieren de esta suerte y con trabajo, por la mayor parte son más escogidas y esmeradas y más firmes que si se adquiriesen sólo con el sabor y regalo del espíritu; porque la virtud en la sequedad y dificultad y trabajo echa raíces, según lo dijo Dios á San Pablo, diciendo: *Virtus in infirmitate perficitur*: esto es, la virtud en la flaqueza se hace perfecta (2 ad Cor. XII, 9.) Y por tanto, para encajarse la excelencia de las virtudes de que se han de hacer las guirnaldas para el Amado, bien está dicho: *En las frescas mañanas escogidas*. Porque de solas estas flores y esmeraldas de virtudes y dones escogidos y perfectos (1), y no de las imperfectas, goza bien el Amado, y por eso dice aquí el alma Esposa, que de ellas para él

Haremos las guirnaldas.

Para cuya inteligencia es de saber, que todas las virtudes y dones que el alma y Dios adquieren en ella, son en ella como una guirnalda de varias flores con que está admirablemente hermoseedada, así como de una vestidura de preciosa variedad. Y para mejor entenderlo, es de saber, que así como las flores materiales se van cogiendo las van en la guirnalda (que de ellas hacen) componiendo, de la misma manera, así como las flores espirituales de virtudes y dones se van adquiriendo, se van asentando en el alma; y acabadas de adquirir está ya la guirnalda de perfección en el alma, acabada de hacer, donde ella y el Esposo se deleitan, hermoseedados con esta guirnalda y adornados, bien así como en estado de perfección. Estas son las guirnaldas que dice han de hacer, que es ceñirse y cercarse de variedad de flores y esmeraldas de virtudes y dones perfectos, para parecer dignamente con este hermoso y precioso adorno delante de la cara del Rey, y merezca la iguale consigo, poniéndola como Reina á su lado; pues ella lo merece con la hermosura de su varie-

(1) Mss. de Barrameda y Jaén. El de Alba: «Escogidas y perfectos.» El de Burgos: «Escogidos y perfectas.»

dad. De donde, hablando David con Cristo en este caso, dice: *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato: circumdata varietate*. Que quiere decir: estuvo la Reina á tu diestra en vestidura de oro, cercada de variedad (Ps. XLIV, 10); que es tanto como decir, estuvo á tu diestra vestida de perfecto amor y cercada de variedad de dones y virtudes perfectas. Y no dice haré yo las guirnaldas solamente, ni harás-las tú tampoco á solas, sino harémoslas entrambos juntos; porque las virtudes no las puede obrar el alma ni alcanzarlas á solas sin ayuda de Dios, ni tampoco las obra Dios á solas en el alma sin ella; porque aunque es verdad que todo dado bueno y todo don perfecto sea de arriba descendido del Padre de las lumbres, como dice Santiago, (I, 17) todavía eso mismo no se recibe sin la habilidad y ayuda del alma que la recibe. De donde hablando la Esposa en los *Cantares* con el Esposo, dijo: *Trahe me, post te curremus*. Tráeme, después de tí correremos. (I, 3.) De manera que el movimiento para el bien, de Dios ha de venir (según aquí da á entender) solamente; mas el correr no dice que él solo ni ella sola, sino correremos entrambos, que es el obrar Dios y el alma juntamente.

Este versillo se entiende harto propiamente de la Iglesia y de Cristo, en el cual la Iglesia Esposa suya habla con él, diciendo: *Haremos las guirnaldas*. Entendiendo por guirnaldas todas las almas santas engendradas por Cristo en la Iglesia, que cada una de ellas es como una guirnalda arreada de flores, de virtudes y de dones, y todas ellas juntas son una guirnalda para la cabeza del Esposo Cristo. Y también se puede entender por las hermosas guirnaldas, que por otro nombre se llaman laureolas, hechas también en Cristo y la Iglesia, las cuales son en tres maneras. La primera de hermosura y blancas flores de todas las vírgenes, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola para poner en la cabeza del Esposo Cristo. La segunda laureola de las resplandecientes flores de los santos doctores, y todas juntas, serán una laureola para sobrepone-
 ner en las de las vírgenes en la cabeza de Cristo. La tercera, de los encarnados claveles de los mártires: cada uno también con su laureola de mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la

del Esposo Cristo. Con las cuales tres guirnaldas estará él tan hermoso y tan gracioso de ver, que se dirá en el cielo aquello que dice la Esposa en los *Cantares*: Salid, hijas de Sión, y mirad al Rey Salomón con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. (III, 11.) Haremos, pues, dice, estas guirnaldas,

En tu amor florecidas.

La flor que tienen las obras y virtudes, es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual no solamente no estarían florecidas, pero todas ellas serían secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas; pero porque él da su gracia y amor, son las obras florecidas en su amor.

Y en un cabello mio entretejidas.

Este cabello suyo es su voluntad de ella y el amor que tiene al Amado, el cual amor tiene y hace el oficio que el hilo en la guirnalda. Porque así como en ella enlaza y ase las flores en la guirnalda, así el amor del alma enlaza y ase las virtudes en el alma, y allí las sustenta. Porque, como dice San Pablo (Coloss. III, 14), es la caridad el vínculo y atadura de la perfección. De manera que en este amor del alma están las virtudes y dones sobrenaturales tan necesariamente asidos, que si quebrase faltando á Dios, luego se desatarían todas las virtudes y faltarían del alma: así como quebrando el hilo en la guirnalda se caerían las flores. De manera, que no basta que Dios nos tenga amor para darnos virtudes, sino que también nosotros se le tengamos á él para recibirlas y conservarlas. Dice un cabello solo, y no muchos, para dar á entender que ya su voluntad está sola en él, desasida de todos los demás cabellos, que son los extraños y ajenos amores. En lo cual encarece bien el valor y precio de estas guirnaldas de virtudes; porque cuando el amor está único y sólido en Dios, cual aquí ella dice, también las virtudes están perfectas y

acabadas, y florecidas mucho en el amor de Dios; porque entonces es el amor que él tiene al alma inestimable, según el alma también lo siente.

§ Pero si yo quisiese dar á entender la hermosura del entretrejimiento que tienen estas flores de virtudes y esmeraldas entre sí, ó decir algo de la fortaleza y majestad que el orden y compostura de ellas ponen en el alma, y el primor y gracia con que la atavía esta vestidura de variedad, no hallaría palabras y términos con que darlo á entender. Del demonio dice Dios en el libro de Job: Que su cuerpo es como escudos de metal colado, guarnecido con escamas tan apretadas entre sí, que de tal manera se junta una á otra, que no puede entrar el aire por ellas. (XLI, 6, 7.) Pues si el demonio tiene tanta fortaleza en sí, por estar vestido de malicias asidas y ordenadas unas con otras, las cuales son significadas por las escamas de su cuerpo, que se dice ser como escudos de metal colado, siendo todas las malicias en sí flaqueza; ¿cuánta será la fortaleza de esta alma, vestida toda de fuertes virtudes, tan asidas y entretrejidas entre sí, que no puede haber entre ellas fealdad ninguna ni imperfección, añadiendo cada una con su fortaleza, fortaleza al alma, y con su hermosura, hermosura al alma, y con su valor y precio haciéndola rica, y con su majestad añadiéndole señorío y grandeza? ¡Cuán maravillosa, pues, será á la vista espiritual esta alma esposa en la apostura de estos dones á la diestra del Rey su Esposo! Hermosos son tus pasos en los calzados, hija del Príncipe, dice el Esposo de ella en los *Cantares* (VII, 1): Y dilete hija del Príncipe, para denotar el principado que aquí tiene. Y cuando la llama hermosa en el calzado, ¡cuál será en el vestido! Y porque no sólo admira la hermosura que ella tiene con la vestidura de estas flores, sino que también espanta la fortaleza y poder que con la compostura y orden de ellas, junto con la interposición de las esmeraldas, que de innumerables dones divinos tiene, dice también de ella el Esposo en los dichos *Cantares*: Terrible eres, ordenada como las huestes de los reales. (VI. 3.) Porque estas virtudes y dones de Dios, así como con su olor espiritual recrean, así también cuando están unidas en el alma, con su sustancia dan

fuerza. Que por eso, cuando la Esposa estaba flaca y enferma de amor en los *Cantares*, por no haber llegado á unir y entretrejer estas flores y esmeraldas en el cabello de su amor, deseando ella fortalecerse con la dicha unión y junta de ellas, la pedía por estas palabras, diciendo: Fortalecedme con flores, y aprestadme con manzanas, porque estoy desfallecida de amor (II, 5.) Entendiendo por las flores las virtudes y por las manzanas los demás dones. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Creo queda dado á entender cómo por el entretrejimiento de estas guirnaldas y asiento de ellas en el alma quiere dar á entender esta alma Esposa la Divina unión de amor que hay entre ella y Dios en este estado. Pues que el Esposo es las flores: pues es la flor del campo y el lirio de los valles, como él dice (Ibid. II, 1): Y el cabello del amor del alma es, como habemos dicho, el que ase y une con ella esta flor de las flores. Pues como dice el Apóstol, el amor se ha de tener sobre todas las cosas, porque es la atadura de la perfección (Coloss. III, 14.) La cual es la unión con Dios, y el alma el hacecico donde se asientan estas guirnaldas: pues ella es el sujeto de esta gloria, no pareciendo el alma ya lo que antes era, sino la misma flor perfecta con perfección y hermosura de todas las flores; porque con tanta fuerza los ase á Dios y al alma este hilo del amor y los junta, que los transforma y hace uno por amor. De manera, que aunque en sustancia son diferentes, en gloria y parecer el alma parece Dios, y Dios el alma. Tal es la junta como ésta, es admirable, sobre todo lo que se puede decir: dáse algo á entender de ella por aquello que dice la Escritura de Jonatás y David en el primer libro de los Reyes, donde dice que era tan estrecho el amor que Jonatás tenía á David, que conglutinó el ánima de Jonatás con el ánima de David. (XVIII, 1.) De donde si el amor de un hombre para con otro hombre fué tan fuerte que pudo conglutinar un alma con otra, ¿qué será la conglutinación que hará del alma con el Esposo Dios el amor que el alma tiene al mismo Dios, mayormente siendo Dios aquí el principal

amante, que con la omnipotencia de su abisal amor absorbe al alma en sí con más eficacia y fuerza que un torrente de fuego á una gota del rocío de la mañana que suele volar resuelta en el aire? De donde el cabello que tal obra de juntura hace, sin duda conviene que sea muy fuerte y sutil, pues con tanta fuerza penetra las partes que ase, y por eso el alma declara en la siguiente canción las propiedades de este su hermoso cabello, diciendo: *

CANCIÓN XXXI

En solo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.

DECLARACIÓN

Tres cosas quiere decir el alma en esta Canción. La primera, es dar á entender que aquel amor en que están asidas las virtudes no es otro, sino sólo el amor fuerte: porque á la verdad, tal ha de ser para conservarlas. La segunda, dice, que Dios se prendó mucho de este su cabello de amor, viéndolo solo y fuerte. La tercera, dice, que estrechamente se enamoró Dios de ella, viendo la pureza y entereza de su fe; y dice así:

*En solo aquel cabello,
Que en mi cuello volar consideraste.*

El cuello significa la fortaleza, en la cual dice que volaba el cabello del amor en que están entretejidas las virtudes, que es amor en fortaleza; porque no basta que sea sólo para conservar las virtudes, sino que también sea fuerte, para que ningún vicio contrario la pueda por ningún lado de la guirnalda de la perfección quebrar; porque por tal orden están asidas en este cabello del amor del alma

las virtudes, que si en alguna quebrase, luego, como habemos dicho, faltarían en todas; porque las virtudes, así como donde está una están todas, así también donde una falta, faltan todas. Y dice que volaba en el cuello, porque en la fortaleza del alma vuela este amor de Dios con gran fortaleza y ligereza, sin detenerse en cosa alguna. Y así como en el cuello el aire menea y hace volar el cabello, así también el aire del Espíritu Santo mueve y altera el amor fuerte para que haga vuelos á Dios; porque sin este Divino viento, que mueve las potencias á ejercicio de amor Divino, no obran ni hacen sus efectos las virtudes, aunque las haya en el alma. Y en decir que el Amado consideró en el cuello volar este cabello, da á entender cuánto ama Dios al amor fuerte; porque considerar es mirar muy particularmente con atención y estimación de aquello que se mira, y el amor fuerte hace mucho á Dios volver los ojos á mirarle; y así se sigue:

Mirástele en mi cuello.

Lo cual dice para dar á entender el alma, que no sólo preció y estimó Dios este su amor viéndole solo, sino que también le amó viéndole fuerte; porque mirar Dios es amar Dios; así como el considerar Dios es, como habemos dicho, estimar lo que considera. Y vuelve á repetir en este verso el cuello, diciendo del cabello: *Mirástele en mi cuello*; porque, como está dicho, es esta la causa por qué le amó mucho, es á saber, verle en fortaleza; y así es como si dijera: amástele viéndole fuerte sin pusilanimidad ni temor, y sólo sin otro amor, y volar con ligereza y fervor. § Hasta aquí no había Dios mirado este cabello para prenderse de él, porque no le había visto solo y desasido de los demás cabellos, esto es, de otros amores y apetitos, aficiones y gustos, y así no volaba solo en el cuello de la fortaleza; mas después, que por las mortificaciones y trabajos, y tentaciones y penitencia se vino á desasir y á hacer fuerte, de manera que ni por cualquiera fuerza ni ocasión quiebra, entonces ya le mira Dios, y prende y ase en él las flores de estas guirnaldas; pues tiene fortaleza para tenerlas asidas en el alma. Mas cuáles y cómo sean

estas tentaciones y trabajos, y hasta dónde llegan al alma para poder venir á esta fortaleza de amor en que Dios se une con el alma, en la declaración de las cuatro Canciones, que comienzan: *Oh llama de amor viva*, está dicho algo de ello (1), por lo cual, habiendo pasado esta alma, ha llegado á tal grado de amor de Dios, que ha ya merecido la Divina unión, por lo cual dice luego: *

Y en él preso quedaste.

¡Oh cosa digna de toda acepción y gozo quedar Dios preso en un cabello! La causa de esta prisión tan preciosa es el haber Dios querido pararse á mirar el vuelo del cabello en el cuello, como dicen los versos precedentes; porque, como habemos dicho, el mirar de Dios es amar; porque si él por su gracia y misericordia no nos mirara y amara primero, como dice San Juan (1.^a, IV, 10), y se abajara, ninguna presa hiciera en él el vuelo del cabello de nuestro bajo amor, porque no tenía él tan alto vuelo que llegase á prender á esta Divina ave de las alturas, á mirarnos, y á provocar el vuelo y levantarle de nuestro amor, dándole valor y fuerza para ello; por eso él mismo se prendó en el vuelo del cabello, esto es, él mismo se pagó y se agradó, por lo cual se prendó, y eso quiere decir: *Mirástele en mi cuello, y en él preso quedaste* Porque cosa muy creíble es que el ave de bajo vuelo pueda prender al águila real muy subida, si ella se viene á lo bajo queriendo ser presa; y síguese:

Y en uno de mis ojos te llagaste.

Entiéndese aquí por el ojo la Fe; y dice uno sólo, y que en él se llagó, porque si la Fe y fidelidad del alma para con Dios no fuese sola, sino mezclada con otro algún respeto ó cumplimiento, no llegaría á efecto de llagar á Dios de amor. Y así sólo un ojo ha de

(1) Este pasaje se añadía y variaba de este modo en las ediciones: «*Se ha dicho en la Noche oscura, y en la declaración de las cuatro canciones que comienzan: Oh llama de amor viva se dice algo de ello.*»

ser en que se llaga, como también un sólo cabello en que se prenda el Amado. Y es tan estrecho el amor con que el Esposo se prenda de la Esposa en esta fidelidad única que ve en ella, que si en el cabello de su amor se prenda, en el ojo de su Fe aprieta con estrecho nudo la prisión, que le hace llaga de amor por la gran ternura del afecto con que está aficionado á ella, lo cual es entrarla más en su amor.

Esto mismo del ojo y del cabello dice el Esposo en los Cantares hablando con la Esposa: Llagaste mi corazón, Hermana mía; llagaste mi corazón en uno de tus ojos y en un cabello de tu cuello. (IV, 9.) En lo cual dos veces repite haberle llagado el corazón: es á saber, en el ojo y en el cabello. § Y por eso el alma hace relación en la Canción del ojo y del cabello, porque en ello denota la unión que tiene con Dios, según el entendimiento y según la voluntad; porque á la Fe significada por el ojo, se sujeta en el entendimiento por fe y en la voluntad por amor. De la cual unión se gloria aquí el alma y regradia esta merced á su Esposo, como recibida de su mano, estimando en mucho haberse querido pagar y prender de su amor. En lo cual se podría considerar el gozo, alegría y deleite que el alma tendrá con este tal prisionero; pues tanto tiempo había que lo era ella de él, andando de él enamorada. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Grande es el poder y la porfía del amor, pues al mismo Dios prenda y llaga. Dichosa el alma que ama, pues tiene á Dios por prisionero rendido á todo lo que ella quisiere, porque tiene tal condición, que si le llevan por amor y por bien, le harán hacer cuanto quisieren; y si de otra manera, no hay hablarle ni poder con él aunque hagan extremos; pero por amor en un cabello le ligarán. Lo cual conociendo el alma, y que muy fuera de sus méritos le ha hecho tan grandes mercedes de levantarla á tan alto amor con tan ricas prendas de dones y virtudes, se lo atribuye todo á él en la siguiente Canción diciendo:

CANCIÓN XXXII

Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en tí vían.

DECLARACIÓN

Es propiedad del amor perfecto no querer admitir ni tomar nada para sí, ni atribuirse á sí nada, sino todo al Amado; que esto aun en los amores bajos lo hay, cuanto más en el de Dios, donde tanto obliga la razón. Y por tanto, porque en las dos Canciones pasadas parece se atribuía á sí alguna cosa la Esposa, tal, como decir que ella juntamente con el Esposo haría las guirnaldas y que se tejerían con el cabello de ella, lo cual es obra no de poco momento y estima; y después decir y gloriarse que el Esposo se había prendado en su cabello y llagado en su ojo, en lo cual parece también atribuirse á sí misma gran merecimiento, quiere ahora en la presente Canción declarar su intención y deshacer el engaño que en esto se puede entender, con cuidado y temor no se le atribuya á ella algún valor y merecimiento, y por eso se le atribuya á Dios menos de lo que se le debe y ella desea; atribuyéndolo todo á él, y regraciándosele juntamente, le dice: que la causa de prenderse él del cabello de su amor, y llagarse del ojo de su Fe, fué por haberle él hecho la merced de mirarla con amor, en lo cual la hizo graciosa y agradable á sí mismo; y que por esa gracia y valor que de él recibió, mereció su amor, y tener valor ella en sí para adorar agradablemente á su Amado, y hacer obras dignas de su gracia y amor. Siguese el verso.

Cuando tú me mirabas.

Es á saber, con afecto de amor: porque ya dijimos que el mirar de Dios aquí es amar.

Su gracia en mí tus ojos imprimían.

Por los ojos del Esposo entiende aquí su Divinidad misericordiosa; la cual inclinándose al alma con misericordia, imprime é infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace consorte de la misma Divinidad, y dice el alma viendo la dignidad y alteza en que Dios la ha puesto,

Por eso me adamabas.

Adamar es amar mucho, es más que amar simplemente, es como amar duplicadamente; esto es, por dos títulos, ó causas. Y así en este verso da á entender el alma los dos motivos y causas del amor que él tiene á ella; por los cuales no sólo la amaba prendado en su cabello, mas que la adamaba llagado en su ojo. Y la causa por qué la adamó de esta manera tan estrecha, dice ella en este verso, que era porque él quiso, con mirarla, darle gracia para agradarse de ella, dándole el amor de su cabello, informándole con su caridad la Fe de su ojo. Y así dice *Por eso me adamabas*. Porque poner Dios en el alma su gracia es hacerla digna y capaz de su amor; y así es tanto como decir: porque habías puesto en mí tu gracia, que eran prendas dignas de tu amor, por eso me adamabas; esto es, por eso me dabas más gracia. Esto es lo que dice San Juan: *Dat gratiam pro gratia*. Que quiere decir, da gracia por la gracia que ha dado (I, 16), que es dar más gracia; porque sin gracia no se puede merecer su gracia.

Es de notar para inteligencia de esto, que Dios, así como no ama cosa fuera de sí, así ninguna cosa ama más altamente que á sí, porque todo lo ama por sí. Y así el amor tiene la razón del fin; de donde no ama las cosas por lo que ellas son en sí. Por tanto, amar Dios al alma es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo; y así ama al alma en sí consigo, con el mismo amor que él se ama; y por eso en cada obra, por cuanto la hace en Dios, merece el alma el amor de Dios; porque puesta en esta gracia y alteza, en cada obra merece al mismo Dios. Y por eso dice luego:

Y en eso merecían .

Es á saber, en este favor y gracia que los ojos de tu misericordia me hicieron, cuando tú me mirabas, haciéndome agradable á tus ojos y digna de ser vista de tí, merecieron

Los míos adorar lo que en tí vían.

Que es como decir, las potencias de mi alma, Esposo mío, que son los ojos con que de mí puedes ser visto, merecieron levantarse á mirarte; las cuales antes con la miseria de su baja operación y caudal natural estaban caídas y bajas; porque poder mirar el alma á Dios, es hacer obras en gracia de Dios, y así merecían las potencias del alma en el adorar, porque adoraban en gracia de su Dios, en la cual toda operación es meritoria. Adoraban, pues, alumbrados y levantados con su gracia y favor lo que en él ya veían, lo cual antes por su ceguera y bajeza no veían. ¿Qué era, pues, lo que ya veían? Veían grandeza de virtudes, abundancia de suavidad, bondad inmensa, amor y misericordia en Dios, beneficios innumerables que de él había recibido, ahora estando tan allegada á Dios, ahora cuando no lo estaba; todo esto merecían adorar ya con merecimiento los ojos del alma; porque estaban ya graciosos, y agradables al Esposo; lo cual antes, no sólo no merecían adorar, ni ver, pero ni aun considerar de Dios algo de ello; porque es grande la rudeza y ceguera del alma que está sin su gracia.

§ Mucho hay aquí que notar, y mucho de que se doler, ver cuán fuera está de hacer lo que es obligada el alma que no está ilustrada con el amor de Dios; porque estando ella obligada á conocer éstas y otras innumerables mercedes, así temporales como espirituales, que de él ha recibido y á cada paso recibe, y adorar y servir con todas sus potencias á Dios por ellas sin cesar; no sólo no lo hace, mas aun ni mirarlo y conocerlo merece, ni caer en la cuenta de ello; que hasta aquí llega la miseria de los que viven, ó por mejor decir, están muertos en pecado. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

Para más inteligencia de lo dicho y de lo que se sigue; es de saber que la mirada de Dios hace cuatro bienes en el alma, que son limpiarla, agraciarla, enriquecerla, y alumbrarla; así como el sol cuando envía sus rayos, que enjuga, y calienta, hermosea y resplandece. Y después que Dios pone en el alma estos tres bienes postremos, por cuanto por ellos le es el alma muy agradable, nunca más se acuerda de la fealdad y pecado que antes tenía, según lo dice por Ezequiel. (XVIII, 22.) Y así habiéndole quitado una vez ese pecado y fealdad, nunca más le da en cara con ello, ni por eso le deja de hacer más mercedes; porque él no juzga dos veces una cosa. (Nahum. I, 9, juxta 70.) Pero aunque Dios se olvida de la maldad y pecado, después de perdonado una vez, no por eso le conviene al alma echar en olvido sus pecados primeros diciendo el Sabio: Del pecado perdonado no quieras estar sin miedo (Eccli. V, 5); y esto por tres cosas: La primera, para tener siempre ocasión de no presumir. La segunda, para tener materia de siempre agradecer. La tercera, para que le sirva de más confiar, para más recibir; porque si estando en pecado recibió de Dios tanto bien, puesta en amor de Dios, y fuera de pecado, ¿cuánto mayores mercedes podrá esperar?

Acordándose, pues, el alma aquí de todas estas misericordias recibidas, y viéndose puesta junto á el Esposo con tanta dignidad, gózase grandemente con deleite de agradecimiento y amor, ayudándole mucho para esto la memoria de aquel estado suyo tan bajo y tan feo, que no sólo no merecía ni estaba para que la mirara Dios, mas ni aun para que tomara en la boca su nombre, según lo dice por su profeta David (Ps. XV, 4): De donde, viendo que de su parte ninguna razón hay ni la puede haber para que Dios la mirase y engrandeciese, sino sólo de parte de Dios, que es su bella gracia y mera voluntad (1); atribuyéndose á sí su miseria, y al Amado todos

(1) «*Misericordiosa* voluntad.» (Mss. 18.160 de la B. N.) El Ms. de Burgos dice: Su mera gracia y su mera voluntad.

los bienes que posee; viendo que por ellos ya merece lo que no merecía, toma ánimo y osadía para pedir la continuación de la Divina unión espiritual, en la cual le vaya multiplicando las mercedes, de todo lo que ella da á entender en la siguiente Canción.

CANCIÓN XXXIII

No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.

DECLARACIÓN

Animándose ya la Esposa, y preciándose á sí misma en las prendas y precio que de su Amado tiene, viendo que por ser cosas de él, aunque ella de suyo sea de bajo precio y no merezca alguna estima, merece ser estimada por ellas, atrévese á su Amado, y dícele que ya no la quiera tener en poco ni despreciarla; porque si antes merecía esto por la fealdad de su culpa y bajeza de su naturaleza, que ya después que él la miró la primera vez, en que la arreó con su gracia y vistió con su hermosura, que bien la puede ya mirar la segunda y más veces, aumentándole la gracia y hermosura, pues hay ya razón y causa bastante para ello, en haberla mirado cuando no lo merecía ni tenía partes para ello.

No quieras despreciarme.

§ No dice esto por querer la tal alma ser tenida en algo; porque antes los desprecios y vituperios son de grande estima y gozo para el alma que de veras ama á Dios; y porque ve que de su cosecha no merece otra cosa; sino por la gracia y dones que tiene de Dios, según ella va dando á entender diciendo: *

Que si color moreno en mi hallaste.

Es á saber; que si antes que me miraras graciosamente, hallaste en mí fealdad y negrura de culpas é imperfecciones, y bajeza de condición natural,

*Ya bien puedes mirarme
Después que me miraste.*

Después que me miraste, quitando de mi ese color moreno y desgraciado de culpa con que no estaba de ver, en que me diste la primera vez gracia, ya bien puedes mirarme; esto es, ya bien puedo yo y merezco ser vista, recibiendo más gracia de tus ojos; pues con ellos no sólo la primera vez me quitaste el color moreno, pero también me hiciste digna de ser vista; pues que con tu vista de amor

Gracia y hermosura en mí dejaste.

§ Lo que ha dicho el alma en los dos versos antecedentes, es para dar á entender lo que dice San Juan en el Evangelio, es á saber, que Dios da gracia por gracia (I, 16); porque cuando Dios ve al alma graciosa en sus ojos, mucho se mueve á hacerla más gracia, por cuanto mora en ella bien agradado. Lo cual conociendo Moisés, pidió á Dios más gracia, queriéndolo obligar por la gracia que ya de él tenía, diciendo á Dios: Tú dices que me conoces de nombre y que he hallado gracia delante de tí; pues luego si he hallado gracia en tu presencia, muéstrame tu cara, para que te conozca y halle gracia delante de tus ojos. (Éxod. XXXIII, 12, 13.) Y porque con esta gracia está el alma delante de Dios engrandecida, honrada y hermoçada, como habemos dicho, por eso es amada de él inefablemente. De manera que si antes que estuviese en su gracia por sí sólo la amaba, ahora que ya está en su gracia, no sólo la ama por sí, sino también por ella; y así enamorado él de su hermosura, mediante los afectos y obras de ella, ahora que no está sin ellos, siempre le va él

comunicando más amor y gracias, y como la va honrando y engrandeciendo más, siempre se va más prendando, y enamorando de ella. * Porque así lo da Dios á entender, hablando con su amigo Jacob por Isaías, diciendo: *Ex quo honorabilis factus es in oculis meis, et gloriosus, ego dilexi te*. Esto es, después que en mis ojos eres hecho honrado y glorioso, yo te he amado. (XLIII, 4.) Lo cual es tanto como decir: después que mis ojos te dieron gracia por su vista, por lo cual te hiciste glorioso y digno de honra en mi presencia, has merecido más gracia de mercedes mías; porque amar Dios más, es hacer más mercedes. Esto mismo da á entender la Esposa en los divinos *Cantares*, diciendo á las otras almas: *Nigra sum: sed formosa, filiae Jerusalem. Ideo dilexit me Rex, et introduxit me in cubiculum suum* (1). Morena soy, pero hermosa, hijas de Jerusalén: por tanto me ha amado el Rey, y entrádome en lo interior de su lecho. (I, 4.) § Lo cual es decir: almas, que no sabéis ni conocéis de estas mercedes, no os maravilléis porque el Rey celestial me las haya hecho á mí tan grandes, que haya llegado á meterme en lo interior de su amor; porque, aunque soy morena de mí, puso en mí él tanto sus ojos, después de haberme mirado la primera vez, que no se contentó hasta desposarme consigo, y llamarme hasta el interior lecho de su amor.

¿Quién podrá decir á dónde llega lo que Dios engrandece un alma cuando da en agradarse de ella? No hay poderlo decir ni aun imaginar; porque, en fin, lo hace como Dios, para mostrar que él es. Sólo se puede dar algo á entender por la condición que Dios tiene de ir dando más á quien más tiene, y lo que le va dando, es multiplicadamente según la proporción de lo que antes el alma tiene, según en el Evangelio lo da á entender, diciendo: A cualquiera que tuviere, se le dará más, hasta que llegue á abundar; y al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado (Matth. XIII, 12). Y así el dinero que tenía el siervo no en gracia de su señor, le fué quitado, y dado al que tenía más dineros que todos juntos en gracia de su señor

(1) La segunda parte de este texto está tomada del Breviario: por eso en las ediciones se decía: «Y añade la Iglesia en su nombre: *Ideo delexit*, etc.»

(Ibid. XXV, 28). De donde los mejores y principales bienes de su casa, esto es, de su Iglesia, así militante como triunfante, acumula Dios en el que es más amigo suyo, y lo ordena para más honrarle y glorificarle; así como una luz grande absorbe en sí muchas luces pequeñas. Como también lo dió Dios á entender en la sobredicha autoridad de Isaías, según el sentido espiritual, hablando con Jacob, diciendo: Yo soy tu Señor Dios Santo de Israel, tu Salvador; á Egipto he dado por tu propiciación, á Etiopía y Saba por tí; y daré hombres por tí, y pueblos por tu alma (XLIII 3). *

Bien puedes, pues, ya, Dios, mirar y preciar mucho al alma que miras, pues con tu vista pones en ella precio y prendas de que tú te precias y prendas; y por eso no ya una vez sola, sino muchas, merece que la mires después que la miraste; pues como se dice en el libro de Ester por el Espíritu Santo: Digno es de tal honra á quien quiere honrar el Rey: *Hoc honore condignus est, quemcumque Rex voluerit honorare* (VI, 11).

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Los amigables regalos que el Esposo hace al alma en este estado, son inestimables; y las alabanzas y requiebros de Divino amor que con gran frecuencia pasan entre los dos, son inefables. Ella se emplea en alabar y regradar á él, él en regradar y alabar y regradar á ella, según es de ver en los Cantares, donde hablando él con ella, dice: Cata que eres hermosa, amiga mía, cata que eres hermosa, y tus ojos son de paloma (I, 14, 15). Y ella responde, y dice: cata que tú eres hermoso, amado mío, y bello; y otras muchas gracias y alabanzas que el uno al otro á cada paso se dicen en los *Cantares*. Y así ella en la Canción pasada acaba de despreciarse á sí, llamándose morena y fea; y de alabarlo á él de hermoso y gracioso, pues con su mirada le dió gracia y hermosura. Y él, porque tiene de costumbre de ensalzar al que se humilla, poniendo en ella los ojos como ella se lo ha pedido, en la Canción que se sigue se emplea en alabarla, llamándola, no morena, como ella se llamó, sino blanca

paloma, alabándola de las buenas propiedades que tiene como paloma, y tórtola; y así dice: *

CANCIÓN XXXIV

La blanca palomica
 Al arca con el ramo se ha tornado,
 Y ya la tortolica
 Al socio deseado
 En las riberas verdes ha hallado.

DECLARACIÓN

El Esposo es el que habla en esta Canción, cantando la pureza que ella tiene ya en este estado, y las riquezas y premio que ha conseguido por haberse dispuesto y trabajado por venir á él. Y también canta la buena dicha que ha tenido en hallar á su Esposo en esta unión; y da á entender el cumplimiento de los deseos suyos, y deleite y refrigerio que en él posee, acabados ya los trabajos de esta vida y tiempo pasado. Y así dice:

La blanca palomica.

Llama al alma blanca palomica por la blancura y limpieza que ha recibido de la gracia que ha hallado en Dios. § Y llámala paloma, porque así la llama en los *Cantares*, para denotar la sencillez y mansedumbre de condición y amorosa contemplación que tiene. Porque la paloma, no sólo es sencilla y mansa sin hiel, mas también tiene los ojos claros y amorosos; que por eso, para denotar el Esposo en ella esta propiedad de contemplación amorosa con que mira á Dios, dijo allí también que tenía los ojos de paloma (IV, 1): la cual dice que

Al Arca con el ramo se ha tornado.

Aquí compara al alma el Esposo, á la paloma del Arca de Noé, tomando por figura aquel ir y venir de la paloma al Arca, de lo que

al alma en este caso le ha acaecido. Porque así como la paloma iba y venía al Arca, porque no hallaba dónde descansase su pie entre las aguas del Diluvio, hasta que después se volvió á ella con un ramo de oliva en el pico, en señal de la misericordia de Dios en la cesación de las aguas que tenían anegada la tierra; así esta tal alma que salió de la arca de la omnipotencia de Dios, cuando la crió, habiendo andado por las aguas del Diluvio de los pecados y de las imperfecciones, no hallando donde descansase su apetito, andaba yendo y viniendo por los aires de las ansias de amor al Arca del pecho de su Criador, sin que de hecho la acabase de recoger en él, hasta que ya habiendo Dios hecho cesar las dichas aguas todas de imperfecciones sobre la tierra de su alma, ha vuelto con el ramo de oliva, que es la victoria que por la clemencia y misericordia de Dios tiene de todas las cosas, á este dichoso y acabado recogimiento del pecho de su Amado, no solamente con victoria de todos sus contrarios, sino con premio de sus merecimientos; porque lo uno y lo otro es denotado por el ramo de oliva. Y así la palomica del alma no sólo vuelve ahora al Arca de su Dios blanca y limpia, como salió de ella cuando la crió, mas aun con aumento del ramo del premio y paz conseguida en la victoria de sí misma.

*Y ya la tortolica
Al socio deseado,
En las riberas verdes ha hallado.*

También llama aquí el Esposo al alma, tortolica. Porque en este caso de buscar al Esposo, ha sido como la tórtola cuando no halla al consorte que desea. Para cuya inteligencia es de saber lo que de la tortolica se dice: que cuando no halla á su consorte, ni se asienta en ramo verde, ni bebe el agua clara ni fria, ni se pone debajo de la sombra, ni se junta con otra compañía; pero en juntándose con él, ya goza de todo esto. Todas estas propiedades tiene el alma, y es necesario que las tenga, para haber de llegar á esta unión y junta del Esposo; porque con tanto amor y solicitud le conviene andar, que no asiente el pie del apetito en ramo verde de algún deleite, ni quiera beber el

agua clara de alguna honra y gloria del mundo, ni la quiera gustar fría de algún refrigerio ó consuelo temporal, ni se quiera poner debajo de la sombra de algún favor y amparo de criaturas; no queriendo reposar nada en nada, ni acompañarse de otras aficiones, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar á su Esposo con cumplida satisfacción.

Y porque esta tal alma, antes que llegase á este alto estado, anduvo con grande amor buscando á su Amado no se satisfaciendo de cosa sin él, canta aquí el mismo Esposo el fin de sus fatigas, y el cumplimiento de los deseos de ella, diciendo: que *«ya la tortolica al socio deseado en las riberas verdes ha hallado»*, que es tanto como decir: ya el alma Esposa se sienta en ramo verde, deleitándose en su Amado; y ya bebe el agua clara de muy alta contemplación y sabiduría de Dios, y fría de refrigerio y regalo que tiene en Dios, y también se pone debajo de la sombra de su amparo y favor que tanto ella había deseado; donde es consolada y apacentada, y refeccionada sabrosa y divinamente, según ella de ello se alegra en los *Cantares*, diciendo: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedí, et fructus ejus dulcis gutturi meo*. Esto es, debajo de la sombra de aquel que había deseado, me asenté, y su fruto es dulce á mi garganta. (II, 3.)

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Va prosiguiendo el Esposo, dando á entender el contento que tiene del bien que ha conseguido la Esposa por medio de la soledad en que antes quiso vivir, que es una estabilidad de paz y bien inmutable. Porque cuando el alma llega á confirmarse en la quietud del único y solitario amor del Esposo, como ha hecho esta de que hablamos aquí, hace tan sabrosos asientos de amor en Dios y Dios en ella, que no tiene necesidad de otros medios ni maestros que la encaminen á Dios; porque es ya Dios su gracia y su luz; porque cumple en ella lo que prometió por Oseas, diciendo: Yo la llevaré á la soledad, y allí hablaré á su corazón. (II, 14.) En lo cual da á entender que en la soledad se comunica y une él en el alma; porque

hablarle al corazón, es satisfacerle el corazón; el cual no se satisface con menos que Dios. Y así, dice el Esposo:

CANCIÓN XXXV

En soledad vivía,
 Y en soledad ha puesto ya su nido,
 Y en soledad la guía
 A solas su querido,
 También en soledad de amor herido.

DECLARACIÓN

Dos cosas hace en esta Canción el Esposo. La primera, alabar la soledad en que antes el alma quiso vivir, diciendo cómo fué medio para en ella hallar y gozar á su Amado á solas de todas las penas y fatigas que antes tenía; porque como ella se quiso sustentar en soledad de todo gusto y consuelo y arrimo de las criaturas, por llegar á la compañía y junta de su Amado, mereció hallar la posesión de la paz de la soledad en su Amado, en que reposa ajena y sola de todas las dichas molestias. La segunda, es decir que, por cuanto ella se ha querido quedar á solas de todas las cosas criadas por su querido, él mismo enamorado de ella por esta su soledad, se ha hecho cuidado de ella, recibéndola en sus brazos, apacentándola en sí de todos los bienes, guiando su espíritu á las cosas altas de Dios. Y no sólo dice que él es ya su guía, sino que á solas lo hace sin otros medios, ni de ángeles ni de hombres, ni de formas ni de figuras, por cuanto ella por medio de esta soledad tiene ya verdadera libertad de espíritu, que no se ata á alguno de estos medios, y dice el verso:

En soledad vivía.

La dicha tortolilla, que es el alma, vivía en soledad antes que hallase al Amado en este estado de unión; porque el alma que desea

á Dios, la compañía de ninguna cosa le hace consuelo; antes hasta hallarle, todo le hace y causa más soledad.

Y en soledad ha puesto ya su nido.

La soledad en que antes vivía, era querer carecer por su Esposo de todas las cosas y bienes del mundo, según habemos dicho de la tortolilla, procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que se viene á la unión del Verbo, y por consiguiente á todo refrigerio y descanso. Lo cual es aquí significado por el nido que aquí dice, el cual significa descanso y reposo. Y así es como si dijera: en esa soledad que antes vivía, ejercitándose en ella con trabajo y angustia, porque no estaba perfecta, en ella ha puesto su descanso ya y refrigerio, por haberla ya adquirido perfectamente en Dios. De donde hablando espiritualmente David, dice: *Etenim passer invenit sibi domum, et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos*. Esto es, de verdad que el pájaro halló para sí casa, y la tórtola nido donde criar sus pollicos: (Ps. LXXX, 4.) Esto es, asiento en Dios, donde satisfacer sus apetitos y potencias.

Y en soledad la guía.

Quiere decir: en esa soledad que el alma tiene de todas las cosas, en que está sola con Dios, él la guía, mueve y levanta á las cosas Divinas. Conviene á saber, su entendimiento en las Divinas inteligencias; porque ya está solo y desnudo de otras contrarias y peregrinas inteligencias. Y su voluntad se mueve libremente al amor de Dios; porque ya está sola y libre de otras aficiones. Y llena su memoria de Divinas noticias; porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías. Porque luego que el alma desembaraza estas potencias, y las vacía de todo lo inferior y de la propiedad de lo superior, dejándolas á solas sin ello, inmediatamente se las emplea Dios en lo invisible y Divino, y es Dios el que la guía en esta soledad: que es lo que dice San Pablo de los perfectos: *Qui Spiritu Dei*

aguntur, etc. Que son movidos del Espiritu de Dios (Rom. VIII, 14), que es lo mismo que decir: *En soledad la guía*.

A solas su querido.

Quiere decir, que no sólo la guía en la soledad de ella, mas que él mismo á solas es el que obra en ella, sin otro algún medio; porque ésta es la propiedad de esta unión del alma con Dios en matrimonio espiritual, hacer Dios en ella, y comunicársele por sí solo; no ya por medio de ángeles ni por medio de la habilidad natural; porque los sentidos exteriores é interiores, y todas las criaturas, y aun la misma alma muy poco hacen al caso para ser parte, para recibir estas grandes mercedes sobrenaturales que Dios hace en este estado: no caen en habilidad y obra natural y diligencia del alma: él á solas las hace en ella. Y la causa es porque la halla á solas, como está dicho ya. Y así no la quiere dar otra compañía, aprovechándola y fiándola de otro que de sí solo. Y también es cosa conveniente, que pues el alma ya lo ha dejado todo y pasado por todos los medios, subiéndose sobre todo á Dios, que el mismo Dios sea la guía y el medio para sí mismo; y habiéndose el alma ya subido en soledad de todo sobre todo, ya todo no le aprovecha ni sirve para más subir, otra cosa que el mismo Verbo Esposo; el cual, por estar tan enamorado de ella, él á solas es el que la quiere hacer las dichas mercedes; y así dice luego:

También en soledad de amor herido.

Es á saber, de la Esposa; porque demás de amar el Esposo mucho la soledad del alma, está mucho más herido del amor de ella, por haberse ella querido quedar á solas de todas las cosas, por cuanto estaba herida de amor de él, y así él no quiso dejarla sola, sino que herido de ella por la soledad que por él tiene, viendo que no se contenta con otra cosa, él sólo la guía á sí mismo, trayéndola y absorbiéndola en sí, lo cual no hiciera él en ella, si no la hubiera hallado en soledad espiritual.

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Es extraña esta propiedad que tienen los Amados en gustar mucho más de gozarse á solas de toda criatura, que con alguna compañía. Porque, aunque estén juntos, si tienen alguna extraña compañía que haga allí presencia, aunque no hayan de tratar ni de hablar más á excusas de ella que delante de ella, y la misma compañía extraña no hable ni trate nada, basta estar allí para que no se gocen á su sabor. La razón es, porque el amor, como es unidad de dos solos, á solas se quieren comunicar ellos. Puesta, pues, el alma en esta cumbre de perfección y libertad de espíritu en Dios, acabadas todas las repugnancias y contrariedades de la sensualidad, ya no tiene otra cosa en qué entender ni otro ejercicio en qué se emplear, sino en darse á deleite y gozos de íntimo amor con el Esposo: como se escribe del santo Tobías, en su libro, donde dice, que después que había pasado por los trabajos de su pobreza y tentaciones, le alumbró Dios, y que todo lo demás de sus días pasó en gozo (XIV, 4): como ya lo pasa esta alma de que vamos hablando, por ser los bienes que en sí ve, de tanto gozo y deleite, como lo da á entender Isaías, del alma que habiéndose ejercitado en las obras de perfección, ha llegado al punto de perfección que vamos hablando. Dice, pues allí, hablando con el alma de esta perfección: Entonces, dice, nacerá en la tiniebla tu luz, y tus tinieblas serán como el medio día. Y darte há tu Señor Dios descanso siempre, y llenará de resplandores tu alma, y librárá tus huesos, y serás como un huerto de regadío, y como una fuente de aguas, cuyas aguas no faltarán. Edificarse han en tí las soledades de los siglos y los principios y fundamentos de una generación y de otra generación; resucitarás, y serás llamado edificador de los setos, apartando tus sendas y veredas á la quietud. Si apartares el trabajo tuyo de la holganza, y de hacer tu voluntad en mi santo día, y te llamares holganza delicada y santa gloriosa del Señor, y le glorificares, no haciendo tus vías y no cumpliendo tu voluntad, entonces te deleitarás sobre el Señor, y ensalzarte he sobre las alturas

de la tierra, y apacentarte he en la heredad de Jacob (LVIII, 10). Hasta aquí son palabras de Isaías, donde la heredad de Jacob es el mismo Dios. Y por eso, como habemos dicho, esta alma ya no entiende sino en andar gozando de los deleites de este pasto: sólo le queda una cosa que desear, que es gozarle perfectamente en la vida eterna. Y así en la siguiente Canción, y en las demás que se siguen, se emplea en pedir al Amado este beatífico pasto en manifiesta visión de Dios. Y así dice: *

CANCIÓN XXXVI

Gocémonos, Amado,
 Y vámonos á ver en tu hermosura
 Al monte y al collado,
 Do mana el agua pura;
 Entremos más adentro en la espesura.

DECLARACIÓN

Ya que está hecha la perfecta unión de amor entre el alma y Dios, quiérese emplear el alma y ejercitar en las propiedades que tiene el amor; y así ella es la que habla en esta Canción con el Esposo, pidiendo tres cosas que son propias del amor. La primera, quiere recibir el gozo y sabor del amor, y esa le pide cuando dice: *Gocémonos, Amado*. La segunda es desear hacerse semejante al Amado, y esa le pide cuando dice: *Vámonos á ver en tu hermosura*. Y la tercera es escudriñar y saber las cosas y secretos del mismo Amado, y esta le pide cuando dice: *Entremos más adentro en la espesura*.

Gocémonos, Amado.

Es á saber, en la comunicación de dulzura de amor, no sólo en la que ya tenemos en la ordinaria junta y unión de los dos, mas en la que redunda en el ejercicio de amor afectiva y actualmente, ahora con la voluntad en acto de afición, ahora exteriormente haciendo obras pertenecientes al servicio del Amado; porque como habemos

dicho, esto tiene el amor donde hace asiento, que siempre se quiere andar saboreando en sus gozos y dulzuras, que son el ejercicio de amar interior y exteriormente, como habemos dicho; todo lo cual hace por hacerse más semejante al Amado; y así dice luego:

Y vámonos á ver en tu hermosura.

Que quiere decir: hagamos de manera que por medio de este ejercicio de amor ya dicho, lleguemos hasta vernos en tu hermosura en la vida eterna; esto es, que de tal manera esté yo transformada en tu hermosura, que siendo semejante en hermosura, nos veamos entrambos en tu hermosura, teniendo yo ya tu misma hermosura; de manera que mirando el uno al otro, vea cada uno en el otro su hermosura, siendo la del uno y la del otro tu hermosura sola, absorta yo en tu hermosura; y así te veré yo á tí en tu hermosura, y tú á mi en tu hermosura, y yo me veré en tí en tu hermosura, y tú te verás en mí en tu hermosura; y así parezca yo tú en tu hermosura, y parezcas tú yo en tu hermosura, y mi hermosura sea tu hermosura, y tu hermosura mi hermosura; y así seré yo tú en tu hermosura, y serás tú yo en tu hermosura; porque tu misma hermosura será mi hermosura, y así nos veremos el uno al otro en tu hermosura. Esta es la adopción de los hijos de Dios, que de veras dirán á Dios lo que su Hijo mismo dijo por San Juan á su Eterno Padre: Todas mis cosas son tuyas y tus cosas son mías (XVII, 10); él por esencia, por ser Hijo natural, y nosotros por participación por ser hijos adoptivos. Y así lo dijo él no sólo por sí, que es la cabeza, sino por todo su cuerpo místico, que es la Iglesia. § La cual participará la misma hermosura del Esposo en el día de su triunfo, que será cuando vea á Dios cara á cara, que por eso pide aquí el alma que se vayan á ver ella y el Esposo en su hermosura. *

Al monte, y al collado.

Esto es, á la noticia matutina y esencial de Dios, que es conocimiento en el Verbo Divino; el cual por su alteza es aquí significado por el monte, como dice Isaías, provocando á que conozcan al Hijo

de Dios, diciendo: Venid, subamos al monte del Señor (II, 3.) Y otra vez. Estará aparejado el monte de la casa del Señor. (II, 2.) *Y al collado*. Esto es, á la noticia vespertina de Dios, que es sabiduría de él en sus criaturas y obras, y ordenaciones admirables; la cual es aquí significada por el collado, por cuanto es más baja sabiduría que la matutina; pero así la vespertina como la matutina pide aquí el alma, cuando dice: *Al monte, y al collado*.

En decir, pues, el alma al Esposo, vámonos á ver en tu hermosura al monte, es decir: transfórmame y aseméjame en la hermosura de la sabiduría Divina, que, como decíamos, es el Verbo Hijo de Dios. Y en decir al collado, es decirle también que le informe en la hermosura de esta otra sabiduría menor, que es en sus criaturas y misteriosas obras; lo cual también es hermosura del Hijo de Dios, en que desea el alma ser ilustrada.

No puede verse en la hermosura de Dios el alma, si no es transformándose en la sabiduría de Dios, en que se ve y posee lo de arriba y lo de abajo. § A este monte y collado deseaba venir la Esposa cuando dijo: Iré al monte de la mirra y al collado del incienso (Cant. IV, 6); entendiendo por el monte de la mirra la visión clara de Dios, y por el collado del incienso la noticia en las criaturas; porque la mirra en el monte es de más alta especie que el incienso en el collado. *

Do mana el agua pura.

Quiere decir: donde se da la noticia y sabiduría de Dios, que aquí llama agua pura, porque limpia y desnuda el entendimiento de accidentes y fantasías, y lo aclara sin nieblas de ignorancia. Este apetito tiene siempre el alma de entender clara y puramente las verdades Divinas; y cuanto más ama, más adentro de ellas apetece entrar, y por eso pide lo tercero, diciendo:

Entremos más adentro en la espesura.

En la espesura de tus maravillosas obras y profundos juicios, cuya multitud es tanta y de tantas diferencias, que se puede llamar espe-

ura, porque en ellos hay sabiduría abundante y tan llena de misterios, que no sólo la podemos llamar espesura, mas aun cuajada, según lo dice David, diciendo: *Mons Dei, mons pinguis. Mons coagulatus, mons pinguis*. Que quiere decir: el monte de Dios es monte grueso y monte cuajado. (Ps. LXVII. 16.) Y esta espesura de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda é inmensa, que aunque más el alma sepa de ella, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa y sus riquezas incomprendibles, según exclama San Pablo, diciendo: ¡Oh alteza de riquezas de sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios é incomprendibles sus vías! (Rom. XI, 33.) Pero el alma en esta espesura é incomprendibilidad de juicios desea entrar, porque le mueve el deseo de entrar muy adentro en el conocimiento de ellos; porque el conocer en ellos es deleite inestimable que excede todo sentido. De donde hablando David del sabor de ellos, dijo: *Judicia Domini vera, justificata in semetipsa. Desiderabilia super aurum et lapidem pretiosum multum: et dulciora super mel et favum. Etenim servus tuus custodit ea*. Que quiere decir: los juicios del Señor son verdaderos y en sí mismos tienen justicia. Son más deseables y codiciados que el oro y que la preciosa piedra de grande estima, y son dulces sobre la miel y el panal; tanto, que tu siervo los amó y guardó. (Ps. XVIII, 10, 11.) Y por eso en gran manera desea el alma engolfarse en estos juicios, y conocer más adentro en ellos; y á trueque de esto le sería grande consuelo y alegría entrar por todos los aprietos y trabajos del mundo, y por todo aquello que le pudiese ser medio para esto, por dificultoso y penoso que fuese, y por las angustias y trances de la muerte, por verse más adentro en su Dios.

De donde también por esta espesura en que aquí el alma desea entrar, se entiende harto propiamente la espesura y multitud de los trabajos y tribulaciones en que desea esta alma entrar, por cuanto le es sabrosísimo y provechosísimo el padecer; porque el padecer le es medio para entrar más adentro en la espesura de la deleitable sabiduría de Dios; porque el más puro padecer trae más íntimo y puro entender, y por consiguiente más puro y subido gozar, porque es de

más adentro saber. Por tanto, no se contentando con cualquier manera de padecer, dice: *Entremos más adentro en la espesura*. Es á saber: hasta los aprietos de la muerte, por ver á Dios. De donde deseando el profeta Job este padecer por ver á Dios, dijo: *Quis det ut veniat petitio mea: et quod expecto, tribuat mihi Deus? et qui cœpit, ipse me conterat: solvat manum suam, et succidat me? et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore, non parcat*. Que quiere decir: ¿quién me dará que mi petición se cumpla, y que Dios me dé lo que espero, y que el que me comenzó ese me desmenuce, y desate su mano y me acabe, y tenga yo esta consolación, que afligiéndome con dolor no me perdone? (VI, 8.) ¡Oh si se acabase ya de entender, cómo no se puede llegar á la espesura y sabiduría de las riquezas de Dios, que son de muchas maneras, si no es entrando en la espesura del padecer de muchas maneras, poniendo en esto el alma su consolación y deseo! ¡Y cómo el alma que de veras desea sabiduría Divina, desea primero el padecer para entrar en ella, en la espesura de la cruz! § Que por eso San Pablo amonestaba á los de Éfeso, que no desfalleciesen en las tribulaciones, que estuviesen bien fuertes y arraigados en la caridad, para que pudiesen comprender con todos los Santos, qué cosa sea la anchura y la longura, y la altura y la profundidad, y para saber también la supereminente caridad de la ciencia de Cristo: para ser llenos de todo henchimiento de Dios (III, 17.) Porque para entrar en estas riquezas de su sabiduría, la puerta es la cruz, que es angosta. Y desear entrar por ella es de pocos; mas desear los deleites á que se viene por ella, es de muchos. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Una de las cosas más principales por qué desea el alma ser desatada y verse con Cristo, es por verle allá cara á cara, y entender allí de raíz las profundas vías y misterios eternos de su Encarnación; que no es la menor parte de su bienaventuranza; porque, como dice el mismo Cristo por San Juan, hablando con el Padre: Esta es la vida eterna, que te conozcan á ti, un solo Dios verdadero, y á tu Hijo

Jesucristo, que enviaste (XVII, 4). Por lo cual, así como cuando una persona ha llegado de lejos, lo primero que hace es tratar y ver á quien bien quiere; así el alma lo primero que desea hacer, en llegando á la vista de Dios, es conocer y gozar los profundos secretos y misterios de la Encarnación, y las vías antiguas de Dios que de ella dependen. Por tanto, acabando de decir el alma que desea verse en la hermosura de Dios, dice luego esta Canción:

CANCIÓN XXXVII

Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos.

DECLARACIÓN

Una de las causas que más mueven al alma á desear entrar en esta espesura de sabiduría de Dios, y conocer muy adentro la hermosura de su sabiduría Divina, es, como habemos dicho, por venir á unir su entendimiento en Dios, según la noticia de los misterios de la Encarnación, como más alta y sabrosa sabiduría de todas sus obras. Y así dice la Esposa en esta Canción, que después de haber entrado más adentro en la sabiduría Divina, esto es, *más adentro del matrimonio espiritual que ahora posee, que será en la gloria, viendo á Dios cara á cara*, unida el alma con esta sabiduría Divina, que es el Hijo de Dios, conocerá el alma los subidos misterios de Dios y Hombre, que están muy subidos en sabiduría, escondidos en Dios, y que en la noticia de ellos se entrarán, engolfándose é infundiéndose el alma en ellos, y gustarán ella y el Esposo el sabor y deleite que causa el conocimiento de ellos, y de las virtudes y atributos de Dios, que por los dichos misterios se conocen en Dios, como son, justicia, misericordia, sabiduría, potencia y caridad, etc.

*Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos.*

La piedra que aquí dice, según dice San Pablo, es Cristo: *Petra autem erat Christus*. (1. ad Cor. X, 4.) Las subidas cavernas de esta piedra son los subidos y altos y profundos misterios de la sabiduría de Dios, que hay en Cristo sobre la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo Divino, y en la correspondencia que hay á ésta de la unión de los hombres en Dios, y en las conveniencias de justicia y misericordia de Dios sobre la salud del género humano en manifestación de sus juicios, los cuales por ser tan altos y profundos, bien propiamente los llama *subidas cavernas*: subidas, por la alteza de los misterios subidos y altos; y cavernas, por la hondura y profundidad de la sabiduría de Dios en ellos. Porque así como las cavernas son profundas y de muchos senos, así cada misterio de los que hay en Cristo es profundísimo en sabiduría, y tiene muchos senos de juicios suyos ocultos de predestinación y presciencia en los hijos de los hombres; por lo cual dice luego:

Que están bien escondidas.

Tanto, que por más misterios y maravillas que han descubierto los santos doctores, y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir, y aun por entender; y así hay mucho que ahondar en Cristo, porque es una abundante mina con muchos senos de tesoros, que por más que ahonden, nunca les hallan fin ni término; antes van hallando en cada seno nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá; que por eso dijo San Pablo del mismo Cristo, diciendo: *In quo sunt omnes thesauri sapientiæ, et scientiæ absconditi*. Esto es: en Cristo moran todos los tesoros y sabidurías escondidas (Coloss. II, 3), en las cuales el alma no puede entrar ni puede llegar á ellos, si, como habemos dicho, no pasa primero por la estrechura del padecer interior y exterior á la divina sabiduría. Porque aun á lo que en esta vida se puede alcanzar de estos misterios de Cristo, no se puede llegar sin haber padecido mucho y recibido

muchas mercedes intelectuales y sensitivas de Dios, y habiendo precedido mucho ejercicio espiritual, porque todas estas mercedes son más bajas que la sabiduría de los misterios de Cristo, porque todas son como disposiciones para venir á ella. De donde, pidiendo Moisés á Dios que le mostrase su gloria, le respondió que no podía verla en esta vida; mas que él le mostraría todo el bien (Exod. XXXIII, 20), es á saber, que en esta vida se puede. Y fué, que metiéndole en la caverna de la piedra, que como habemos dicho es Cristo, le mostró sus espaldas, que fué darle conocimiento de los misterios de la Humanidad de Cristo.

En estas cavernas, pues, de Cristo, desea entrarse bien de hecho el alma, para absorberse y transformarse y embriagarse bien en el amor de la sabiduría de ellos, escondiéndose en el pecho de su Amado; porque á estos agujeros la convida él en los *Cantares*, diciendo: *Surge, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petræ, in caverna maceræ*. Que quiere decir: levántate y date prisa, amiga mía hermosa mía, y ven en los agujeros de la piedra, y en la caverna de la cerca (II, 13): los cuales agujeros son las cavernas que aquí vamos diciendo, á las cuales dice luego el alma:

Y allí nos entraremos.

Allí, conviene á saber, en aquellas noticias y misterios Divinos nos entraremos; y no dice entraré yo sola, que parecía más conveniente, pues el Esposo no ha menester entrar de nuevo, sino entraremos, es á saber, yo y el Amado, para dar á entender que esta obra no la hace ella, sino el Esposo con ella; y además de ésto, por cuanto ya están Dios y el alma unidos en este estado de matrimonio espiritual en que vamos hablando, no hace el alma obra ninguna á solas sin Dios. § Y decir allí nos entraremos, es decir allí nos transformaremos; es á saber, yo en tí por el amor de estos dichos juicios Divinos y sabrosos; porque en el conocimiento de la predestinación de los justos y presciencia de los malos, en que previno el Padre á los justos en las bendiciones de su dulzura en su Hijo Jesucristo, subidísima y estrechísimamente se transforma el alma en amor de Dios

según estas noticias, agradeciendo y amando al Padre de nuevo con grande sabor y deleite, por su Hijo Jesucristo; y esto hace ella unida con Cristo, juntamente con Cristo; y el sabor de esta alabanza es tan delicado, que totalmente es inefable; y dícelo el alma en el verso siguiente, diciendo: *

Y el mosto de granadas gustaremos.

Las granadas significan aquí los misterios de Cristo y los juicios de la sabiduría de Dios, y las virtudes y atributos de Dios, que del conocimiento de estos misterios y juicios se conocen en Dios, que son innumerables. Porque así como las granadas tienen muchos granicos, nacidos y sustentados en aquel seno circular, así cada uno de los atributos y misterios y juicios y virtudes de Dios contiene en sí gran multitud de ordenaciones maravillosas y admirables efectos de Dios, contenidos y sustentados en el seno esférico de virtud y misterio, etc., que pertenecen á aquellos tales efectos. Y notamos aquí la figura circular ó esférica de la granada; porque cada granada entendemos aquí por cualquiera virtud y atributo de Dios, el cual atributo ó virtud de Dios es el mismo Dios, el cual es significado por la figura circular ó esférica, porque no tiene principio ni fin. § Que por haber en la sabiduría de Dios tan innumerables juicios y misterios, dijo la Esposa al Esposo en los *Cantares: Venter ejus eburneus, distinctus sapphiris*. Que quiere decir: tu vientre es de marfil, distinto en zafiros (V, 14): por los cuales zafiros son significados los dichos misterios y juicios de la Divina Sabiduría, que allí es significada por el vientre; porque zafiro es una piedra preciosa de color de cielo cuando está claro y sereno. *

El mosto, que dice aquí la Esposa que gustarán ella y el Esposo de estas granadas, es la fruición y deleite de amor de Dios, que en la noticia y conocimiento de ellos redunda en el alma. Porque así como de muchos granos de las granadas sale un solo mosto cuando se comen, así de todas estas maravillas y grandezas de Dios en el alma infundidas, redunda en ella una fruición y deleite de amor, que es bebida del Espiritu Santo; la cual ella luego ofrece á su Dios el Verbo

Esposo suyo con grande ternura de amor; porque esta bebida Divina le tenía ella prometida en los *Cantares*, si él la entrara en estas altas noticias, diciendo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito, et mustum malorum granatorum meorum*. Que quiere decir: allí me enseñarás, y daréte yo á ti la bebida del vino adobado y el mosto de mis granadas (VIII, 2.): llamándolas tuyas, esto es, las Divinas noticias, aunque son de Dios, por habérselas él á ella dado. El gozo y fruición de las tales en el vino de amor da ella por bebida á su Dios; y eso quiere decir: *El mosto de granadas gustaremos*. Porque gustándolo él, lo da á gustar á ella; y gustándolo ella lo vuelve á dar á gustar á él, y así es gusto común de entrambos.

ANOTACIÓN PARA LA SIGUIENTE CANCIÓN

§ En estas dos Canciones pasadas ha ido cantando la Esposa los bienes que le ha de dar el Esposo en aquella felicidad eterna; conviene á saber, que la ha de transformar de hecho el Esposo en la hermosura de su sabiduría creada é increada. Y que allí la transformará también en la hermosura de la unión del Verbo con la humanidad, en que le conocerá, así por la faz como por las espaldas. Y ahora en la Canción siguiente dice dos cosas. La primera, dice la manera en que ella ha de gustar aquel Divino mosto de los zafiros ó granadas que ha dicho. En la segunda trae por delante al Esposo la gloria que le ha de dar de su predestinación. Y conviene aquí notar, que aunque estos bienes del alma los va diciendo por partes sucesivamente, todos ellos se contienen en una gloria esencial del alma. Dice, pues, así: *

CANCIÓN . XXXVIII

Allí me mostrarías
 Aquello que mi alma pretendía,
 Y luego me darías
 Allí tú, vida mía,
 Aquello que me diste el otro día.

DECLARACIÓN

El fin porque el alma deseaba entrar en aquellas cavernas, era por llegar á la consumación de amor de Dios que ella siempre había pretendido, que es venir á amar á Dios con la pureza y perfección que ella es amada de él, para pagarse en esto la vez. Y así le dice en esta Canción al Esposo: que allí le mostrará él esto que tanto há siempre pretendido en todos sus actos y ejercicios, que es mostrarla á amar al Esposo con la perfección que él se ama. Y lo segundo que dice que allí le dará, es la gloria esencial para que él la predestinó desde el día de su eternidad. Y así dice:

*Allí me mostrarías
Aquello, que mi alma pretendía.*

Esta pretensión del alma es la igualdad de amor con Dios, que siempre ella natural y sobrenaturalmente apetece; porque el amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado. Y como el alma ve que con la transformación que tiene en Dios en esta vida, aunque es inmenso el amor, no puede llegar á igualar con la perfección de amor con que de Dios es amada, desea la clara transformación de gloria, en que llegará á igualar con el dicho amor. Porque aunque en este alto estado que aquí tiene hay unión verdadera de voluntad, no puede llegar á los quilates y fuerza de amor que en aquella fuerte unión de gloria tendrá; porque así como, según dice San Pablo, conocerá el alma entonces como es conocida de Dios (1, ad Cor. XIII, 12), así entonces le amará también como es amada de Dios. Porque así como entonces su entendimiento será entendimiento de Dios, su voluntad será voluntad de Dios, y así su amor será amor de Dios. Porque aunque allí no está perdida la voluntad del alma, está tan fuertemente unida con la fortaleza de la voluntad de Dios con que de él es amada, que le ama tan fuerte y perfectamente como de él es amada, estando las dos voluntades unidas en una sola voluntad y un solo amor de Dios, y así ama el alma

á Dios con voluntad y fuerza del mismo Dios, unida con la fuerza misma de amor con que es amada de Dios; la cual fuerza es en el Espíritu Santo, en el cual está el alma allí transformada; que siendo él dado al alma para la fuerza de este amor, supone y suple en ella, por razón de la tal transformación de gloria, lo que falta en ella. Lo cual, aun en la transformación perfecta de este estado matrimonial á que en esta vida el alma llega, en que está toda revestida en gracia, en alguna manera ama tanto por el Espíritu Santo, que le es dado en la tal transformación.

Por tanto, es de notar que no dice aquí el alma que le dará allí su amor, aunque de verdad se lo da (porque en esto no daba á entender sino que Dios la amaría á ella), sino que allí le mostrará cómo le ha de amar ella con la perfección que pretende, por cuanto él allí le da su amor, y en el mismo le muestra á amarle como de él es amada; porque demás de enseñar Dios allí á amar al alma pura y libremente sin interese, como él nos ama, la hace amar con la fuerza que él la ama transformándola en su amor, como habemos dicho, en lo cual le da su misma fuerza con que puede amarle: que es como ponerle el instrumento en las manos y decirle cómo lo ha de hacer, haciéndolo juntamente con ella, lo cual es mostrarle á amar y darle la habilidad para ello. Hasta llegar á ésto no está el alma contenta, ni en la otra vida lo estaría, si (como dice Santo Tomás *in opusculo de Beatitudine*) no sintiese que ama á Dios tanto cuanto de él es amada (1). Y como queda dicho en este estado de matrimonio espiritual, de que vamos hablando, en esta sazón, aunque no haya aquella perfección de amor glorioso, hay empero un vivo viso é imagen de aquella perfección que totalmente es inefable.

*Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día.*

(1) «Eadem dilectio, dicit glosa, qua Pater diligit Filium, est in omnibus justis: per eandem enim anima glorificata diligit Deum et diligitur à Deo, alioquin anima, teste Augustino, quæ non quiescit nisi in Deum, ad quem facta est, *numquam vere et perfecte quiesceret, nisi Creatori suo vicem rependeret....*» (Cap. II.)

§ Lo que aquí dice el alma que le daría luego, es la gloria esencial, que consiste en ver el ser de Dios. De donde, antes que pasemos adelante, conviene desatar aquí una duda, y es: ¿por qué, pues, la gloria esencial consiste en ver á Dios, y no en amar, dice aquí el alma que su pretensión era este amor, y no lo dice de la gloria esencial, y lo pone al principio de la Canción, y después, como cosa de que menos caso hace, pone la petición de lo que es gloria esencial? Es por dos razones. La primera, porque así como el fin de todo es el amor, que se sujeta en la voluntad, cuya propiedad es dar y no recibir; y la propiedad del entendimiento, que es sujeto de la gloria esencial, es recibir y no dar; estando el alma aquí embriagada del amor, no se le pone delante la gloria que Dios le ha de dar, sino darse ella á él en entrega de verdadero amor sin algún respeto de su provecho. La segunda razón es, porque en la primera pretensión se incluye la segunda, y ya queda presupuesta en las precedentes Canciones; porque es imposible venir á perfecto amor de Dios sin perfecta visión de Dios. Y así la fuerza de esta duda se desata en la primera razón; porque con el amor paga el alma á Dios lo que le debe, y con el entendimiento antes recibe de Dios.

Pero viniendo á la declaración, veamos qué día sea aquel otro que aquí dice, y qué es aquel *aquello* que en él le dió Dios, y se lo pide para después en la gloria. Por aquel otro día entiende el día de la eternidad de Dios, que es otro que este día temporal: en el cual día de la eternidad predestinó Dios al alma para la gloria, y en ese determinó la gloria que la había de dar, y se la tuvo dada libremente sin principio, antes que la criara. Y de tal manera es ya aquello propio de tal alma, que ningún caso ni contraste alto ni bajo bastará á quitárselo para siempre, sino que aquello para que Dios la predestinó sin principio, vendrá ella á poseer sin fin. Y esto es aquello que dice le dió el otro día, lo cual desea ella poseer ya manifiestamente en gloria. ¿Y qué será aquéllo que allí le dió? Ni ojo lo vió, ni oído lo oyó, ni en corazón de hombre cayó, como dice el Apóstol (I, ad. Cor. II, 9), Y otra vez dice Isaias: Ojo no vió, Señor, fuera de ti, lo que aparejaste, etc. (LXIV, 4). Que por no tener ello nombre, dice

aquí el alma *aquello*. Ello, en fin, es ver á Dios; pero qué le sea al alma ver á Dios, no tiene nombre más que *aquello*.

Pero porque no se deje de decir algo de aquello, digamos lo que dijo de ello Cristo á San Juan en el Apocalipsi por muchos términos y vocablos y comparaciones, en siete veces; por no poder ser comprendido aquello en un vocablo, ni en una vez, porque aun en todas aquellas se quedó por decir. Dice, pues, allí Cristo: El que venciere darle he á comer del árbol de la vida, que está en el Paraiso de mi Dios (II, 7). Mas porque este término no declara bien aquello, dice luego otro, y es: Sé fiel hasta la muerte, y darte he la corona de la vida (Ibid. 10). Pero porque tampoco este término lo declara, dice luego otro más oscuro y que más lo da á entender: Al que venciere le daré maná escondido y darle he un cálculo blanco (1), y en el cálculo un nombre nuevo escrito, que ninguno lo sabe sino el que le recibe (Ibid. 17). Y porque tampoco este término basta para decir aquello, luego dice otro el Hijo de Dios de grande poder y alegría: El que venciere, dice, y guardare mis obras hasta el fin, darle he potestad sobre las gentes, y regirlas ha en vara de hierro, y como un vaso de hierro se desmenuzarán, así como yo recibí también de mi Padre, y darle he la estrella matutina (Ibid. 26). Y no se contentando con estos términos, para declarar aquello, dice luego: El que venciere, de esta manera será vestido con vestiduras blancas, y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre (Ibid. III, 5).

Mas, porque en todo lo dicho queda corto, luego dice muchos términos para declarar aquello, los cuales encierran en sí majestad inefable y grandeza: Al que venciere, dice, hacerle he columna en el templo de mi Dios, y no saldrá fuera jamás, y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad nueva de Jerusalén de mi Dios, que descende del cielo de mi Dios, y también mi nombre nuevo (Ibid. 21). Y dice luego lo séptimo, para declarar aquello: Al que venciere, yo le daré que se siente conmigo en mi Trono,

(1) Cálculo es una piedra preciosa encendida como el ascua.

como yo vencí y me senté con mi Padre en su Trono. El que tiene oídos para oír, oiga, etc. (Ibid. 21). Hasta aquí son palabras del Hijo de Dios, todas para dar á entender *aquello*: las cuales cuadran á aquello muy perfectamente, pero aún no lo declaran: porque las cosas inmensas esto tienen, que todos los términos excelentes y de calidad y grandeza y bien les cuadran, mas ninguno de ellos las declara, ni todos juntos.

Pues veamos ahora si dice David algo de aquel *aquello*. En un Salmo dice: Cuán grande es la multitud de tu dulzura, que escondiste á los que te temen (XXX, 20). Y por otra parte llama á aquello torrente de deleite, y dice: Del torrente de tu deleite les darás de beber (XXXV, 9). Y porque tampoco halla David igualdad en este nombre llámalo en otra parte prevención de las bendiciones de la dulzura de Dios (XV, 4). De manera, que nombre que al justo cuadre á aquello que aquí dice el alma, que es la felicidad para que Dios la predestinó, no se halla: pues quedémonos con el nombre que aquí le pone el alma de *aquello*, y declaremos el verso de esta manera: aquello que me diste, esto es, aquel peso de gloria en que me predestinaste ¡oh Esposo mío! en el día de tu eternidad, cuando tuviste por bien de determinar de criarme, me darás luego allí en el mi día de mi desposorio y mis bodas, y en el día mío de la alegría de mi corazón, cuando desatándome de la carne y entrándome en las subidas cavernas de tu tálamo, transformándome en ti gloriosamente, bebamos el mosto de las suaves granadas. *

ANOTACIÓN DE LA CANCIÓN SIGUIENTE

§ Pero por cuanto el alma en este estado de matrimonio espiritual que aquí tratamos, no deja de saber algo de *aquello*: pues por estar transformada en Dios pasa por ella algo de ello, no quiere dejar de decir algo de aquello cuyas prendas y rastro siente ya en sí: porque como se dice en el profeta Job: ¿Quién podrá contener la palabra que en sí tiene concebida, sin decilla? (IV: 2). Y así en la siguiente Canción se emplea en decir algo de aquella fruición que entonces

gozará en la beatífica vista, declarando ella, en cuanto le es posible, qué sea y cómo sea aquello que allí será. *

CANCIÓN XXXIX

El aspirar del aire,
 El canto de la dulce filomena,
 El soto y su donaire,
 En la noche serena
 Con llama que consume y no da pena.

DECLARACIÓN

§ En esta Canción dice el alma y declara aquello que dice le ha de dar el Esposo en aquella beatífica transformación, declarándolo con cinco términos. El primero dice que es la aspiración del Espíritu Santo de Dios á ella, y de ella á Dios. El segundo, la jubilación á Dios en la fruición de Dios. El tercero, el conocimiento de las criaturas y de la ordenación de ellas. El cuarto, pura y clara contemplación de la esencia Divina. El quinto, transformación total en el inmenso amor de Dios. Dice, pues, el verso: *

El aspirar del aire.

Este aspirar del aire es una habilidad que el alma dice que le dará Dios allí en la comunicación del Espíritu Santo: el cual, á manera de aspirar, con aquella su aspiración Divina muy subidamente levanta el alma, y la informa y habilita para que ella aspire en Dios la misma aspiración de amor que el Padre aspira con el Hijo, y el Hijo con el Padre, que es el mismo Espíritu Santo que á ella le aspira en el Padre y el Hijo en la dicha transformación, para unirla consigo: porque no sería verdadera y total transformación si no se transformase el alma en las tres Personas de la Santísima Trinidad en revelado y manifiesto grado. Y esta tal aspiración del Espíritu Santo en el alma, con que Dios la transforma en sí, le es á ella de tan subido, delicado y profundo deleite, que no hay decirlo por lengua mortal,

ni el entendimiento humano en cuanto tal puede alcanzar algo de ello: porque aun lo que en esta transformación temporal pasa acerca de esta comunicación en el alma, no se puede hablar; porque el alma unida y transformada en Dios, aspira en Dios á Dios la misma aspiración Divina que Dios, estando ella en él transformada, aspira en sí mismo á ella.

Y en la transformación que el alma tiene en esta vida, pasa esta misma aspiración de Dios al alma, y del alma á Dios con mucha frecuencia, con subidísimo deleite de amor en el alma, aunque no en revelado y manifiesto grado, como en la otra vida. Porque esto es lo que entiendo que quiso decir San Pablo, cuando dijo: *Quoniam autem estis filii, nisi Deus spiritum Filii sui in corda vestra clamantem: Abba, Pater.* Esto es: por cuanto sois hijos de Dios, envió Dios en vuestros corazones el espíritu de su Hijo, clamando al Padre (Gal. IV, 6). Lo cual en los beatíficos de la otra vida y en los perfectos de ésta es las dichas maneras. Y no hay que tener por imposible que el alma pueda una cosa tan alta: que el alma aspire en Dios como Dios aspira en ella por modo participado. Porque dado que Dios le haga merced de unirla en la Santísima Trinidad, en que el alma se hace Deiforme y Dios por participación, ¿qué increíble cosa es que obre ella también su obra de entendimiento, noticia y amor, ó por mejor decir, la tenga obrada en la Trinidad juntamente con ella, como la misma Trinidad? Pero por modo comunicado y participado, obrándolo Dios en la misma alma, porque esto es estar transformada en las tres Personas en potencia, y sabiduría y amor, y en esto es semejante el alma á Dios: y para que pudiese venir á esto, la crió á su imagen y semejanza. Y cómo esto sea, no hay más saber ni poder para decirlo, sino dar á entender cómo el Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado y nos mereció este subido puesto de poder ser hijos de Dios, como dice San Juan: y así lo pidió al Padre Él mismo diciendo: *Pater, quos dedisti mihi, volo, ut ibi sum ego, et illi sint mecum, ut videant claritatem meam quam dedisti mihi.* Que quiere decir: Padre, quiero que los que me has dado, que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean la claridad que me

diste (XVII, 24): es á saber, que hagan por participación en nosotros la misma obra que yo por naturaleza, que es aspirar el Espiritu Santo. Y dice más: No ruego, Padre, solamente por estos presentes, sino también por aquellos que han de creer por su doctrina en mí: que todos ellos sean una misma cosa, de la manera que tú, Padre, estás en mí y yo en tí, así ellos en nosotros sean una misma cosa. Y yo la claridad que me has dado, he dado á ellos para que sean una misma cosa, como nosotros somos una misma cosa. Yo en ellos y tú en mí: porque sean perfectos en uno; porque conozca el mundo que tú me enviaste, y los amaste como me amaste á mí (Ibid. 20), que es comunicándoles el mismo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo, sino como habemos dicho, por unidad y transformación de amor; como tampoco se entiende aquí, quiere decir el Hijo al Padre, que sean los santos una cosa esencial y naturalmente, como lo son el Padre y el Hijo, sino que lo sean por unión de amor, como el Padre y el Hijo están en unidad de amor. De donde las almas estos mismos bienes poseen por participación, que él por naturaleza: por lo cual verdaderamente son Dioses por participación, iguales y compañeros suyos de Dios. De donde San Pedro dijo: Gracia y paz sea cumplida y perfecta en vosotros en el conocimiento de Dios y de Jesucristo nuestro Señor, de la manera que nos son dadas todas las cosas de su Divina virtud para la vida y la piedad, por el conocimiento de aquel que nos llamó con su propia gloria y virtud, por el cual muy grandes y preciosas promesas nos dió, para que por estas cosas seamos hechos compañeros de la Divina naturaleza (2. Petr. I, 2). Hasta aquí son palabras de San Pedro, en las cuales da claramente á entender, que el alma participará al mismo Dios, que será obrando en él acompañadamente con él la obra de la Santísima Trinidad, de la manera que habemos dicho, por causa de la unión sustancial entre el alma y Dios: lo cual aunque se cumple perfectamente en la otra vida, todavía en ésta, cuando se llega al estado perfecto, como decimos ha llegado aquí el alma, se alcanza gran rastro y sabor de ello, al modo que vamos diciendo; aunque, como habemos dicho, no se pueda decir. ¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas

llamadas!, ¿qué hacéis? ¿en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas y vuestras posesiones miserias. ¡Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma; pues para tanta luz estáis ciegos, y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria, os quedáis miserables y bajos, de tantos bienes hechos ignorantes é indignos! Siguese lo segundo que el alma dice para dar á entender aquello, es á saber:

El canto de la dulce filomena.

Lo que nace en el alma de aspirar del aire, es la dulce voz de su Amado á ella, en la cual ella hace á él su sabrosa jubilación: y lo uno y lo otro llama aquí *canto de filomena*. Porque asi como el canto de filomena, que es el ruiseñor, se oye en la primavera, pasados ya los frios, lluvias y variedades del invierno, y hace melodía al oído y al espíritu recreación, así en esta actual comunicación y transformación de amor que tiene ya la Esposa en esta vida, amparada ya y libre de todas las turbaciones y variedades temporales, y desnuda y purgada de las imperfecciones, penalidades y nieblas, así del sentido como del espíritu, siente nueva primavera en libertad, y anchura y alegría de espíritu, en la cual siente la dulce voz del Esposo, que es su dulce filomena, con la cual voz renovando y refrigerando la sustancia de su alma, como á alma ya bien dispuesta para caminar á vida eterna, la llama dulce y sabrosamente, sintiendo ella la sabrosa voz que dice: Levántate, date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; porque ya ha pasado el invierno, la lluvia se ha ya ido muy lejos. Las flores han aparecido en nuestra tierra; el tiempo de podar es llegado, y la voz de la tórtola se oye en nuestra tierra (Cant. II, 10). En la cual voz del Esposo, que se le habla en lo interior del alma, siente la Esposa fin de males y principio de bienes, en cuyo refrigerio y amparo y sentimiento sabroso, ella también como dulce filomena da su voz con nuevo canto de jubilación á Dios, juntamente con Dios que la mueve á ello. Que por eso él da su voz á ella, para que ella en uno la dé junto con él á Dios: porque esa es la pretensión y deseo de él, que el alma entone su voz espiritual en jubilación á Dios, según

también el mismo Esposo se lo pide á ella en los *Cantares*, diciendo: Levántate, date priesa, amiga mía, paloma mía, en los agujeros de la piedra, en la caverna de la cerca, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos (II, 13). Los oídos de Dios significan aquí los deseos que tiene Dios de que el alma le dé esta voz de jubilación perfecta: la cual voz, para que sea perfecta, pide el Esposo que la dé y suene en las cavernas de la piedra: esto es, en la transformación que dijimos de los misterios de Cristo: que porque en esta unión el alma jubila y alaba á Dios con el mismo Dios (como decíamos), el amor es alabanza muy perfecta y agradable á Dios; porque estando el alma en esta perfección hace las obras muy perfectas: y así esta voz de jubilación es dulce para Dios y dulce para el alma. Que por eso dijo el Esposo: Tu voz es dulce (Cant. II, 14): es á saber, no sólo para ti, sino también para mí, porque estando conmigo en uno, das tu voz en uno de dulce filomena para mí conmigo. § En esta manera es el canto que pasa en el alma en la transformación que tiene en esta vida, el sabor de la cual es sobre todo encarecimiento. Pero por cuánto no es tan perfecto como el cantar nuevo de la vida gloriosa, saboreada el alma por este que aquí siente, rastreando por la alteza de este canto la excelencia que tendrá en la gloria, cuya ventaja es mayor sin comparación, hace memoria de él, y dice que aquello que le dará, será el canto de la dulce filomena; y dice luego: *

El Soto, y su donaire.

Esta es la tercera cosa que dice el alma le ha de dar el Esposo. Por el Soto, por cuánto cria en sí muchas plantas y animales, entiende aquí á Dios en cuanto cria y da ser á todas las criaturas, las cuales en él tienen su vida y raíz, lo cual es mostrarla Dios (1) y dársele á conocer en cuanto es Criador. Por el donaire de este Soto, que también pide al Esposo el alma aquí para entonces, pide la gracia y sabiduría, y la belleza que de Dios tiene, no sólo cada una de las criaturas, así

(1) Ms. de Jaén. El código de Alba dice: «Monstrarla á Dios.» El de Burgos: «Monstrársele á Dios.»

terrestres como celestes, sino también la que hacen entre sí en la correspondencia sabia, ordenada, grandiosa y amigable de unas á otras, así de las inferiores entre sí, como de las superiores también entre sí, y entre las superiores y las inferiores: que es cosa que hace al alma gran donaire y deleite conocerla. Siguese lo cuarto, y es:

En la noche serena.

Esta noche es la contemplación en que el alma desea ver estas cosas: llámala noche, porque la contemplación es oscura, que por eso se llama por otro nombre mística teología, que quiere decir, sabiduría de Dios secreta ó escondida, en la cual, sin ruido de palabras, y sin ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud, á oscuras de todo lo sensitivo y natural, enseña Dios ocultísima y secretísimamente al alma sin ella saber cómo; lo cual algunos espirituales llaman *entender no entendiendo*; porque esto no se hace en el entendimiento que llaman los filósofos activo, cuya obra es en las formas y fantasías, y aprehensiones de las potencias corporales; mas hácese en el entendimiento, en cuanto posible y pasivo: el cual sin recibir las tales formas, etc., sólo pasivamente recibe inteligencia sustancial desnuda de imagen, la cual le es dada sin ninguna obra ni oficio suyo activo; § y por eso llama á esta contemplación noche, con la cual en esta vida conoce el alma por medio de la transformación que ya tiene, altísimamente este Divino Soto, y su donaire. Pero por más alta que sea esta noticia, todavía es noche oscura en comparación de la beatífica que aquí pide; y por eso dice, pidiendo clara contemplación, que este gozar del Soto y su donaire, y las demás cosas que ha dicho, sea *en la noche ya serena*: esto es, en la contemplación clara y beatífica: de manera que deje ya de ser noche en la contemplación oscura acá, y se vuelva en contemplación de vista clara y serena de Dios allá. Y así, decir *en la noche serena*, es decir, en contemplación ya clara y serena de la vista de Dios. De donde David, de esta noche de contemplación, dice: La noche serena es mi iluminación en mis deleites (Ps. CXXXVIII, 11): que es como si dijera: cuando esté en mi deleite de vista esencial de

Dios, ya la noche de contemplación habrá amanecido en día y luz de mi entendimiento. * Siguese lo quinto:

Con llama que consume, y no da pena.

§ Por la llama entiende aquí el amor del Espíritu Santo. El consumir significa aquí acabar y perfeccionar. El decir, pues, el alma que todas las cosas que ha dicho en esta Canción, se las ha de dar el Amado, y las ha ella de poseer con consumado y perfecto amor, absortas todas, y ella con ellas en amor perfecto y que no dé pena, lo cual es para dar á entender la perfección entera de este amor: porque para que lo sea, estas dos propiedades ha de tener, conviene á saber: que consuma y transforme el alma en Dios, y que no dé pena la inflamación y transformación de esta llama en el alma. Lo cual no puede ser sino en el estado beatífico, donde ya esta llama es amor suave; porque en la transformación del alma en ella hay conformidad y satisfacción beatífica de ambas partes: y por tanto no da pena de variedad en más ó menos, como hacía antes que el alma llegase á la capacidad de este perfecto amor. Porque habiendo llegado á él, está el alma en tan conforme y suave amor con Dios, que con ser Dios (como dice Moisés), fuego consumidor (Deuter. IV, 24): ya no le sea sino consumidor y reficionador, que no es ya como la transformación que tenía en esta vida el alma, que aunque era muy perfecta y consumadora en amor, todavía le era algo consumidora y detractiva, á manera del fuego en el ascua, que aunque está transformada y conforme con ella, sin aquel humear (1) que hacía antes que en sí la transformarse, todavía, aunque la consumaba en fuego, la consumía y resolvía en ceniza. Lo cual acaece en el alma que en esta vida está transformada con perfección de amor, que aunque hay conformidad, todavía padece alguna manera de pena y detrimento: lo uno, por la transformación beatífica, que siempre echa menos en

(1) Los Mss. de Barrameda, Bujalance, Loeches, Valladolid y la edición de Bruselas, dicen: «Humear y *respendar*.» Este último verbo no existe en el Diccionario de la lengua española. Debe significar lo mismo que restallar, chisporrotear, etc.

el espíritu. Lo otro, por el detrimento que padece el sentido flaco y corruptible con la fortaleza y alteza de tanto amor; porque cualquiera cosa excelente es detrimento y pena á la flaqueza natural; porque según está escrito: *Corpus enim quod corrumpitur, aggravat animam* (Sap. IX, 15). Pero en aquella vida beatífica ningún detrimento ni pena sentirá, aunque su entender será profundísimo, y su amar muy inmenso: porque para lo uno le dará Dios habilidad, y para lo otro fortaleza, consumando Dios su entendimiento con su sabiduría, y su voluntad con su amor.

Y porque la Esposa ha pedido en las precedentes Canciones y en la que vamos declarando, inmensas comunicaciones y noticias de Dios, con que ha menester fortísimo y altísimo amor por amar según la grandeza y alteza de ellas, pide aquí que todas ellas sean en este amor consumado, perfectivo y fuerte. *

CANCIÓN XI

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecia,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía.

DECLARACIÓN Y ANOTACIÓN

§ Conociendo, pues, aquí la Esposa que ya el apetito de su voluntad está desasido de todas las cosas y arrimado á su Dios con estrechísimo amor, y que la parte sensitiva del alma con todas sus fuerzas, potencias y apetitos está conformada con el espíritu, acabadas ya y sujetadas sus rebeldías: y que el demonio por el vario y largo ejercicio y lucha espiritual está ya vencido y apartado muy lejos: y que su alma está unida y transformada en Dios con abundancias de riquezas y dones celestiales; y que según esto, está ya bien dispuesta, aparejada y fuerte, arrimada á su Esposo (Cant. VIII, 5), para subir por el desierto de la muerte, abundando en deleites, á los asientos y sillas gloriosas de su esposo; con deseo que el Esposo concluya

ya este negocio, pónese delante para más moverle á ello todas estas cosas en esta última Canción, en la cual dice cinco cosas. * La primera, que ya su alma está desasida y ajena de todas las cosas. La segunda, que ya está vencido y ahuyentado el demonio. La tercera, que ya están sujetas las pasiones y mortificados los apetitos naturales. La cuarta y la quinta, que ya está la parte sensitiva é inferior reformada y purificada, y que está conformada con la parte espiritual; de manera que no sólo no estorbará para recibir aquellos bienes espirituales, mas antes se acomodará á ellos: porque aun de los que ahora tiene, participa según su capacidad. Y dice así:

Que nadie lo miraba.

Lo cual es como si dijera: mi alma está ya tan desnuda, desasida, sola y ajenada de todas las cosas criadas de arriba y de abajo, y tan adentro entrada en el interior recogimiento contigo, que ninguna de ellas alcanza ya de vista el íntimo deleite que en tí poseo: es á saber, á mover mi alma á gusto con su suavidad, ni á disgusto y molestia con su miseria y bajeza; porque estando mi alma tan lejos de ella y en tan profundo deleite contigo, ninguna de ellas lo alcanza de vista; y no sólo eso, pero

Aminadab tampoco parecia.

El cual Aminadab en la Escritura Divina significa el demonio, hablando espiritualmente, adversario del alma: el cual la combatía y turbaba siempre con la innumerable munición de su artillería, porque ella no se entrase en esta fortaleza y escondrijo del interior recogimiento con el Esposo, donde ella estando ya puesta, está tan favorecida, tan fuerte y tan victoriosa con las virtudes que allí tiene, y con el favor del brazo de Dios, que el demonio no solamente no osa llegar, pero con grande pavor huye muy lejos, y no osa parecer: y porque también por el ejercicio de las virtudes, y por razón del estado perfecto que ya tiene, de tal manera le tiene ya ahuyentado y vencido el alma, que no parece más delante de ella. Y así Aminadab

tampoco parecía con algún derecho para impedirme este bien que pretendo.

El cerco sosegaba.

Por el cual cerco entiende aquí el alma sus pasiones y apetitos: los cuales, cuando no están vencidos y amortiguados, la cercan en rededor, combatiéndola de una parte y de otra, por lo cual los llama *cercos*: el cual dice que también está ya sosegado, esto es, las pasiones ordenadas en razón, y los apetitos mortificados. § Que, pues así es, no deje de comunicarle las mercedes que le ha pedido, pues el dicho cerco ya no es parte para impedirlo. Esto dice, porque hasta que el alma tiene ordenadas sus cuatro pasiones á Dios, y tiene mortificados y purgados los apetitos, no está capaz de ver á Dios. Y gívese *

Y la caballería

A vista de las aguas descendía.

Por las aguas entiende aquí los bienes y deleites espirituales que en este estado goza el alma en este interior con Dios. Por la caballería entiende aquí los sentidos corporales de la parte sensitiva, así interiores como exteriores; porque ellos traen en sí las fantasmas y figuras de sus objetos. Los cuales en este estado dice aquí la Esposa que descenden á vista de las aguas espirituales; porque de tal manera está ya en este estado de matrimonio espiritual purificada y en alguna manera espiritualizada la parte sensitiva é inferior del alma, que ella con sus potencias sensitivas y fuerzas naturales se recogen á participar y gozar en su manera de las grandezas espirituales que Dios está comunicando al alma en lo interior del espíritu, según lo dió á entender David cuando dijo: Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 3).

Y es de notar, que no dice aquí la Esposa que la caballería descendía á gustar las aguas, sino á vista de ellas; porque esta parte sensitiva con sus potencias no tiene capacidad para gustar esencial y propiamente los bienes espirituales, no sólo en esta vida, pero ni

aun en la otra, sino por cierta redundancia del espíritu reciben sensitivamente recreación y deleite de ellos, por el cual deleite estos sentidos y potencias corporales son atraídos al recogimiento interior, donde está bebiendo el alma las aguas de los bienes espirituales: lo cual más es descender á la vista de ellas, que á *beberlas* (1) y gustarlas como ellas son. Y dice aquí el alma que descendían, y no dice que iban ni otro vocablo, para dar á entender que en esta comunicación de la parte sensitiva á la espiritual, cuando se gusta la dicha bebida de las aguas espirituales, bajan de sus operaciones naturales, cesando de ellas, al recogimiento espiritual.

Todas estas perfecciones y disposiciones antepone la Esposa á su Amado, el Hijo de Dios, con deseo de ser por él trasladada: del matrimonio espiritual, á que Dios la ha querido llegar en esta Iglesia militante, al glorioso matrimonio de la triunfante, al cual sea servido llevar á todos los que invocan su nombre del dulcísimo Jesús, Esposo de las fieles almas, al cual es honra y gloria, juntamente con el Padre y Espíritu Santo *in sæcula sæculorum*. Amen.

FIN DEL CÁNTICO ESPIRITUAL

(1) Ms. de Burgos. Las ediciones antiguas y el manuscrito de Alba dicen: «A verlas.»

Llama de amor viva

por el

Místico Doctor San Juan de la Cruz.



¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!....



Introducción á la Llama de amor viva.

I

Resumen de este Tratado.

LA Llama de amor viva tiene por objeto cantar y declarar algunos de los admirables efectos que el alma enamorada experimenta en la íntima unión con Dios. El fuego del amor divino que prendió en su corazón en la Subida del Monte Carmelo, y la purificó hasta de sus más pequeñas imperfecciones en la Noche oscura, y vino á transformarla en Dios en el Cántico espiritual, se ha sustanciado aquí ya más en ella, y está por consiguiente, como dice el Místico Doctor, más *calificado y perfeccionado*. Esta amorosa llama ya no le es esquiva como antes, sino que, expelidos de ella todos los accidentes que á sus propiedades eran contrarios, se le comunica amigable y generosamente, y penetra hasta lo más íntimo de su ser, dejándola con esta comunicación toda inflamada en amor divino, *inundada de deleites, bañado en dulzura y alegría su paladar y revertiendo ríos de gloria hasta lo íntimo de su sustancia*. Hácela parecer esto que se halla ya tan cerca de su bienaventuranza, que no la separa de ella sino la tenue y delgada tela de su vida natural, la que piensa se va á romper cada vez que la llama la embiste con fuerza, causándola profunda y grave herida de amor. Y queda de esta herida con tan vivos deseos de contemplar cara á cara á su Amado, que dirigiéndose á la misma llama, la suplica con vehemencia que rompa en uno de sus embestimientos esa delgada tela que la impide tanto bien, y acabe así de darle lo que cada vez que la hiere parece le quiere dar.

No le cumple el Señor sus peticiones, mas satisface en parte las ansias que tiene de verle comunicándosele más íntimamente, y dispensándola altísimos favores. Hácela sobre todo tres muy señalados, que la conceden las tres Divinas Personas de la Santísima Trinidad, los que ella canta y engrandece en la segunda de sus Canciones. El Espíritu Santo la cauteriza y llaga toda con fuego de amor, dejándola tan abrasada, que se siente estar ardiendo sobre todos los ardores del mundo. El Hijo, con toque sumamente delicado, la toca en el profundo de su sustancia, *absorbiéndola toda en sí en divinos modos de deleites y suavidades, jamás oídas en tierra de Canaán ni vistas en Teman, que tienen para ella sabor de vida eterna.* El Padre, asentando en ella su blanda mano, la transforma admirablemente en sí, lo que es una preciosa y rica dádiva con que la remunera superabundantemente todos los trabajos que ha padecido por su amor y servicios que le ha hecho.

Esta viva llama de amor no sólo penetra en lo íntimo de su corazón, abrasándole en infinitos ardores, sino también en lo profundo de su entendimiento, bañándole en resplandores eternos. A tan altas mercedes corresponde el alma, dando luz y calor á su Amado con los mismos extraños primores con que de él una y otro recibe, bien así como el límpido cristal trasmite los rayos del sol con la misma claridad que éste se los envía. Las místicas comunicaciones de Dios al alma y del alma á Dios que aqui se encierran, son el objeto de la canción tercera y de su explanación. Diserta particularmente el Místico Doctor en el verso tercero sobre la *capacidad de las profundas cavernas de las potencias del alma*, las cuales no se satisfacen menos que con el infinito. En el mismo verso hace una digresión acerca de los Maestros espirituales, notabilísima por el calor y energía con que está escrita. Dirigese en primer lugar á las almas privilegiadas, y las amonesta miren en cuyas manos se ponen y los bienes inestimables que pierden si no escogen confesor experimentado que las sepa guiar á lo puro del espíritu. Se vuelve luego á los Directores, y con palabras vivas y eficaces razones, nacidas de un corazón que se abrasa en celo por la gloria de Dios, les exhorta á que no tomen á su cargo ó alcen la mano en la dirección de las personas de aventajada santidad, si no creen tener la virtud y experiencia que se requiere para encaminarlas á lo alto de la perfección, á que Dios pretende elevarlas. Pasa después á reprender á los malos confesores, que en vez de ayudar á las almas á allegarse á Dios, las apartan de él. Son objeto especial de sus enérgicas reprensiones, en primer lugar, los que, por

estar muy pagados de sus talentos, de tal manera las atan á su dirección que no las permiten salir de ella ni aun siquiera consultar á otros confesores; en segundo lugar, los que: ignorando las vías del espíritu, y no sabiendo sino martillar como herrero, mandan que mediten y hagan actos como los principiantes las personas á quienes el Señor ha puesto en el silencio y ocio santo de la contemplación; estorbando así la delicadísima unción con que las estaba ungiendo el Espíritu Santo; y, finalmente, los que por temor, humanos respetos ó interés dificultan, dilatan ó impiden la entrada en religión á personas á quien el Señor llama para sí.

Terminada esta larga digresión prosigue explicando las soberanas mercedes que recibe de Dios el alma que ha llegado á tan encumbrada santidad, mencionando especialmente dos muy singulares que se contienen en la última de las canciones: es la primera un recuerdo manso y amoroso que hace en su seno: y la segunda un aspirar sabroso de bien y gloria lleno. Explica el recuerdo diciendo que *es un movimiento que hace el Verbo Divino en la sustancia del alma, de tanta grandeza y señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece que todos los bálsamos y especies odoríferas y flores del mundo se trabucan y menean para darle suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo, y todas las potestades y virtudes, sustancias, perfecciones y gracias de todas las cosas criadas hacen á una y en uno el mismo movimiento*. En lo cual se le da altísima noticia de las criaturas, conociéndolas, no ya en sí mismas, sino en el mismo Dios. El *aspirar sabroso*, no quiere explicar qué cosa sea: toda lengua, toda expresión quedarían muy cortos para dar á entender algo de lo que es: conténtase con decir, que *es una aspiración, que Dios hace al alma, en que la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo, enamorándola con primor y delicadez Divina y llenándola de bien y gloria sobre toda lengua y sentido*.

Tal es, ligeramente esbozada, la Llama de amor viva, obra, sin disputa alguna, la más profunda y sublime del Cantor dulcísimo del Carmelo (1), y superior, con mucha ventaja, á cuantas producciones

(1) *El Cántico Espiritual* es más hermoso, y también de estilo más aliñado y correcto: en este sentido hemos dicho que es la obra más perfecta de San Juan de la Cruz bajo el punto de vista literario. Le excede, sin embargo, la *Llama* en la alteza de pensamientos y profundidad de la doctrina. Tiene también sobre él la excelencia de mostrarnos completamente la hermosa alma de su venerable Autor. En el *Cántico* vació sus grandes dotes intelectuales; en la *Llama* el entendimiento y corazón. En aquél habla la inteligencia y apenas si articula una que otra palabra el corazón. En ésta los dos hablan á la par: el entendimiento desdepe vivísimos fulgores, que le comunica la clarísima luz con que está unido, y con ellos ilumina los más profundos senos del alma, y el corazón prorrumpe en ardientes exclamaciones, que son llamaradas de fuego que se escipan de la encendida hoguera en que se abrasa.

místicas posee la humana literatura (1). Ha levantado aquí tan alto el vuelo su Venerable Autor, y ha penetrado tan hondamente en las secretísimas y amorosas comunicaciones que Dios tiene con las almas que forman las delicias de su corazón, y las ha descrito tan bellamente y con tanta viveza y claridad, que á través de sus admirables conceptos se transparenta el cielo; al leer sus incomparables páginas presentimos algo de lo que será aquel divino infierno en que se abrasan los bienaventurados (2); nos formamos una idea de los místicos y estrechos abrazos que se darán eternamente el alma y la Divinidad; y parece gustamos anticipadamente las dulzuras de la gloria. Ir más allá que lo hace San Juan de la Cruz, sería correr completamente el velo del *Sancta Sanctorum* de la bienaventuranza.

II

L a s d o s L l a m a s .

En los Preliminares de estas Obras he afirmado que San Juan de la Cruz redactó dos veces la *Llama de amor viva*, y ahora corresponde demostrarlo.

Examinando con atención los manuscritos de este Tratado, adviértese al punto que unos traen el texto uniformemente de una manera, y otros de otra; de lo cual se colige, que su autor hizo dos redacciones distintas de él. La distinción entre una y otra no es tan marcada como la que existe entre los dos Cánticos, pues no varía, como en éstos, la colocación de las estrofas, pero sí lo bastante para asegurar que las diferencias no pueden provenir de los amanuenses. Estas no son de simple cambio ó supresión de alguna que otra palabra ó cláusula, sino que atañen á trozos y párrafos importantes; no se refieren tampoco á sólo unos cuantos pasajes, sino que corren por toda la obra desde las primeras páginas hasta la última. En el principio las variantes no son muy notables; mas al llegar hacia la mitad de la explicación del verso 3.^o de la primera estrofa, empieza la segunda escritura

(2) La única obra que puede ponerse en parangón con la Llama es el libro de las Moradas de Nuestra Madre Santa Teresa de Jesús. Es, sin embargo, inferior en el sentido que venimos hablando. Al fin el Santo no sólo tenía gran talento y experiencia como la Mística Doctora, sino que además poseeía profundos conocimientos teológicos, escriturarios y filosóficos.

(2) Santa Teresa de Jesús, *Exclamación XVII*.

explicar con mayor amplitud y claridad y con más abundancia de conceptos el texto de la primera, redactándole para ello unas veces de un modo distinto, y añadiendo otras párrafos enteramente nuevos. De esta manera continúa hasta el fin, resultando de esto que la Llama segunda es más voluminosa y más correcta y profunda que la primera.

No cabe la menor duda de que este segundo texto procede, lo mismo que el primero, de la áurea pluma de San Juan de la Cruz, como lo evidencian el estilo y lo elevado y profundo de sus doctrinas; y lo confirman más y más los manuscritos que de él se han conocido y conocen. Uno de los que actualmente existen es de tanta autoridad, que basta por sí sólo para probar nuestra aserción, por haber certeza de que remonta su antigüedad á la época del Místico Doctor, según lo manifiesta el carácter de letra y lo asegura el Catálogo de la Biblioteca Nacional, el cual escribe á continuación de su título: «Letra de la época» (1). Los otros, si bien no acusan tanta antigüedad, no son de fecha muy posterior.

Y no se nos diga en contra de ésto que bien pudo ser que algún contemporáneo del Santo, venida á sus manos la *Llama*, sacara traslado, introduciendo en él las referidas mudanzas, y que de éste procedan los manuscritos que decimos pertenecer á la segunda escritura. Tales suposiciones, á más de ser gratuitas, rayan en la imposibilidad. Concíbese que alguien se tomara la libertad de corregir el estilo del Santo: mas no que hubiera persona de tanto atrevimiento que osara introducir en su obra mudanzas de tanta consideración. Se puede también admitir sin mucha dificultad que algún místico de entonces poseyera saber bastante para explicar con más claridad y profundidad que San Juan de la Cruz una, ó varias si se quiere, de las cuestiones místicas que resuelve en su primera Llama; pero que pudiera hacerlo en la mayor parte de ellas, ¿quién lo podrá creer? Quién sería ese sabio que había penetrado más en los profundos arcanos de la Teología Mística que el que por todo el mundo es reputado como Príncipe de esta ciencia?

No cabe tampoco, para explicar el hecho de que se viene tratando, suponer que la Llama considerada por nosotros como primera, es un compendio de la segunda, hecho por alguno de los primeros copistas. En este caso, ¿cómo se explicaría que se encuentren en todos los manuscritos de aquélla dos párrafos que no se hallan en los de ésta?

(1) Perteneció este manuscrito á las Carmelitas Descalzas de Sevilla, y según conjeturas de Fray Andrés de la Encarnación, estuvo en poder del mismo San Juan de la Cruz. (Códice 3.653 de la B. N.)

Habría que recurrir á una nueva y gratuita suposición, diciendo que son de cosecha del que hizo el traslado. Pruébese, por otra parte, no ser compendio por las muchas diferencias accidentales que tiene con la segunda Llama. Si el copiante intentaba hacer un resumen, no había para qué cambiar la redacción de esos pasajes, ni para qué mudar tantas palabras en lugares que ni abrevia, ni corrige, ni pone más en claro.

Debemos, pues, afirmar, sin temor de equivocarnos, que las dos *Llamas*, lo mismo que los dos *Cánticos*, son obra de San Juan de la Cruz (1).

III

Fecha de la composición de este Tratado.

Embrollada por demás se halla la cuestión de que ahora voy á ocuparme, relativa á la fecha de la composición de la Llama de amor viva. Pretender precisarla con exactitud, sería vano empeño, faltando como faltan los datos. Intento, por tanto, solamente llegar á una conclusión lo más próxima á la verdad, según mi parecer.

En otra parte afirmé que este libro se escribió en el mismo año que el Cántico espiritual (1584), y algún tiempo antes que él. No es esta una conclusión cierta; mas tampoco es opinión destituida de fundamento, como ahora se verá.

Que se escribiera primero que el Cántico de la segunda escritura es cosa indisputable, como lo evidencian unas palabras que en él se hallan, y dicen así á la letra: «Mas cuales y como sean estas tentaciones y trabajos y hasta donde llegan al alma para poder venir á esta fortaleza de amor en que Dios se une con el alma, en la Declaración de las cuatro canciones, que comienzan: «Oh Llama de amor viva», está dicho dicho algo de ello.» (Canc. 31, verso 3.^o) La prueba no puede ser más terminante.

Investiguemos ahora en qué año se compuso dicho Cántico. Que se compusiera antes de 1588 no cabe la menor duda, puesto que en él dice el Santo espera saldrán presto á luz las Obras de Nuestra Santa

(1) El historiador más diligente de su vida, asegura que *corrigió y añadió la Llama de amor viva* cuando se retiró á prepararse para morir al Convento de la Peñuela. (Fray Jerónimo de San José, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, libro VII, cap. 7, núm. 5). Lo cual confirma todo lo que en este párrafo hemos escrito.

Madre Teresa de Jesús (1), las cuales se imprimieron el referido año. Todavía podemos adelantar con bastante certidumbre la fecha de su composición. En Junio de 1586 salió de Granada para la fundación de Madrid Ana de Jesús; y siendo tradición muy fundada que el manuscrito de Jaén se lo entregó dicha Venerable á Isabel de la Encarnación, parece innegable que para esta fecha ya se había escrito (2).

Aún nos es dado pasar adelante y establecer como cosa muy probable que se escribió en 1584. En dos razones se apoya esta opinión: 1.^a En que todos los manuscritos llevan esta fecha (3). Y 2.^a Que afirma el Padre Salvador de la Cruz haberle entregado la Madre Ana de Jesús el manuscrito de Jaén á la referida Isabel de la Encarnación cuando era novicia en Granada, la cual profesó en el dicho año de 1584.

Resulta de todo esto que es probable haberse escrito el Cántico segundo en el mismo año que el primero; y por consiguiente, también lo es, que en la misma fecha se compuso la Llama de amor viva.

A idéntica conclusión llegamos con las razones que ahora vamos á exponer, y que indudablemente son de más peso.

Primera razón.—Es innegable que las Canciones de la Llama estaban ya compuestas en 1584. El manuscrito 17.950 de la Biblioteca Nacional, cuya autoridad arriba se ponderó, afirma que se compusieron en este mismo año (4); y el borrador del primer Cántico, escribió como se sabe en la referida fecha, las trae al fin, á continuación de las ocho estrofas de la Subida del Monte Carmelo (5). Estando, pues, escritas en dicha época, no puede retrasarse mucho la fecha de su Declaración; pues aunque el Santo dice que esperó á que se le diera, para declararlas, el mismo espíritu que le animaba cuando las compuso, no creemos que se dilatara mucho la visitación del Señor. Y sabiendo que en solos quince días las declaró, no es mucho coloquemos su fecha dentro del mismo año de 1584.

(1) Canc. 13, verso 2.^o

(2) En 1586 la Madre Isabel de la Encarnación se hallaba en Granada, y es de creer que allí mismo lo recibió de propias manos de la referida Religiosa. Esta es también la tradición.

(3) Esta razón no me persuade gran cosa: Habiéndose escrito en primer Cántico el 1584, es fácil que conservara el Santo esta fecha en el segundo, por razón de ser una misma obra. Lo mismo opina Muñoz y Garnica. (*Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 232.) No advirtió, sin embargo, este autor, la notable diferencia que existe entre ambos Cánticos.

(4) Podía referirse también la fecha que trae este manuscrito al año en que se declararon las Canciones, lo cual confirmaría más nuestra opinión.

(5) Hallábanse también en el manuscrito del primer Cántico que el Santo dió á la Venerable Ana de Jesús, como se prueba por la edición de Bruselas (1627) que por él se gobernó. Encuéntrase ocupando el mismo lugar al fin del manuscrito de Jaén, el cual, según repetidas veces se ha dicho, contiene el texto del segundo Cántico.

Segunda razón.—El Padre José de Jesús María (1), á quien sigue Muñoz y Garnica (2), dice que empezó á escribir esta obra en Granada, y dá á entender que fué por el mismo tiempo que el Cántico espiritual (3). Es verdad que en este punto Fray Jerónimo de San José es de distinto parecer; mas á pesar de su gran autoridad, no podemos seguirle por contener sus palabras, á nuestro juicio, dos inexactitudes. Su texto es como sigue: «Siendo, dice, Vicario Provincial y estando ya ella (D.^a Ana), muy aprovechada, y guiándola el Santo Padre á más pura y levantada unión con Dios, la comunicó unas Canciones que había hecho á este propósito, donde como en cifra y misteriosamente, encerró el estado más alto de la unión divina. Con esta ocasión, la piadosa señora le rogó muchas veces escribiese una declaración de aquel celestial Cántico» (4). Los dos yerros que en esto hallamos, son los siguientes: 1.^o Dice que D.^a Ana no conoció las Canciones de la Llama hasta el tiempo en que el Santo era Vicario Provincial, lo cual no se puede admitir; pues habiéndolas escrito éste á petición suya, como afirma en el Prólogo de la Declaración (5), no pudo menos de dárselas á conocer enseguida. Y 2.^o Da á entender que dichas Canciones no las compuso el Santo á ruegos de la referida señora.

Tercera razón.—Según opina Fr. Andrés de la Encarnación, las canciones que cita el Santo en el Prólogo de la Llama, son las de la Noche oscura. Y siendo así que en el Cántico trata también de la materia de que allí habla, al no citarle es un indicio de que quizá el primer Cántico todavía no estaba escrito.

Cuarta razón.—En la Llama, hablando de los trabajos porque pasan las almas antes de venir á la trasformación de amor, cita la Noche oscura y nada dice del Cántico, y aunque es verdad que en

(1) *Historia del Venerable Padre Fr. Juan de la Cruz*, págs. 708 y 709 de la edición de Bruselas, 1628.

(2) *Ensayo histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 224.

(3) No estamos conformes con lo que añade, es á saber, que ambos libros los continuó y terminó en otras partes. Por lo que toca á la Llama, no puede ser, pues sabemos que la compuso en solos quince días. (Véase la pág. XXIII del tomo I de estas obras). Por lo que respecta al Cántico, tampoco damos gran fe á la noticia: en primer lugar, porque, tanto Fray Jerónimo de San José como la M. Magdalena del Espíritu Santo, afirman simplemente que le escribió en Granada (*Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, libro V, cap. 16 y pág. XXIV del tomo I de estas Obras); y en segundo lugar, porque no creemos tardara tanto el Místico Doctor en escribirle. Alega en su favor el referido historiador unas cartas del Santo escritas á la Venerable Ana de Jesús y á D.^a Ana de Peñalosa. Como quiera que éstas no existan ni cite sus palabras, no podemos juzgar si las interpretó bien ó mal.

(4) *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, pág. 596.

(5) «Quizá como se hicieron para vuestra merced, querrá Su Majestad que para vuestra merced se declaren».

éste no se ocupa de intento de dicha materia, por lo menos la toca algunas veces.

Estas razones no las tenemos por concluyentes; mas no dejamos de creer que tengan bastante fuerza para dar probabilidad á nuestra opinión.

Hasta ahora hemos tratado de la fecha de la composición de la primera Llama. Acerca del año en que se escribió la segunda, no tenemos otras noticias que las que arriba mencionamos, donde dijimos, con la autoridad de Fray Jerónimo de San José, que hallándose el Santo en la Peñuela al fin de su vida, corrigió y añadió el tratado de que venimos hablando.





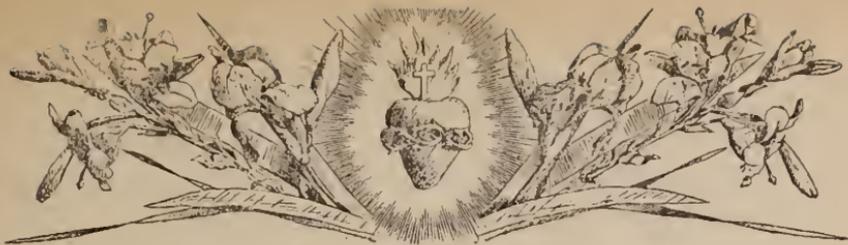
Advertencia.

La Llama que aquí reproducimos es la segunda que escribió el Místico Doctor. Jamás ha visto la luz pública, por lo cual se ve la grande importancia que tiene su publicación. Nos hemos valido para corregir su texto, de los tres manuscritos siguientes: 1.º Uno que poseen los Carmelitas Descalzos de Burgos, el cual es copia sacada por Fray Andrés de la Encarnación de un códice muy antiguo que tenían las Carmelitas de Palencia. 2.º El códice 17.950 de la Biblioteca Nacional, que en otro tiempo, según mis noticias, perteneció á las Carmelitas Descalzas de Sevilla. De su antigüedad ya hemos hablado más de una vez. Y 3.º El manuscrito 8.795 de la misma Biblioteca. Perteneció á las Carmelitas de Baeza, quienes le cedieron para nuestro archivo general (1).

También hemos consultado la Mística Teología del Padre Bretón, pues el trozo que plagió de la Llama de amor viva, lo copió de un manuscrito de la segunda escritura. (Véase la pág. XLVIII y 21 del tomo I). Algunas veces hemos juzgado necesario acudir á traslados de la primera Llama.

Los párrafos que el Santo añadió y corrigió en la segunda redacción que hizo de este Tratado, van entre comillas para que así el lector los conozca á primera vista. Advertimos que no se notan las diferencias de menor importancia. Lo mucho que se omitió y mudó en las ediciones, no lo anotamos aquí á fin de evitar confusiones: lo haremos en el texto de la primera Llama, que va como apéndice de este volumen.

(1) En el mismo archivo existía otra copia de la segunda Llama. (Nota del manuscrito de Burgos.) Ignoramos su actual paradero.



Declaración de las Canciones

que tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios, por el Padre Fray Juan de la Cruz, á petición de D.^a Ana de Peñalosa, compuestas en la oración por el mismo, año 1584 (1).

PRÓLOGO

ALGUNA repugnancia he tenido, muy noble y devota señora (2), en declarar estas cuatro canciones que vuestra merced me ha pedido, por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comunmente falta lenguaje; porque lo espiritual excede al sentido, y

(1) Tomamos este título del manuscrito de Sevilla. Los otros códices le traen algo distinto y no ponen además fecha alguna.

(2) D.^a Ana de Peñalosa era una noble señora, natural de la ciudad de Segovia. Estuvo casada con D. Juan de Guevara, de quien quedó viuda el año de 1579. Arrebatóla también la muerte la única hija que había tenido en su matrimonio. Libre con esto de todo lazo de carne, no pensó ya en otra cosa que en servir á Dios y ejercitarse en obras de caridad.

Hallándose el año de 1581 en la ciudad de Granada tuvo la dicha de conocer á San Juan de la Cruz y de ponerse bajo su dirección espiritual. El año siguiente contribuyó no poco á la fundación de Carmelitas Descalzas de la misma ciudad. Diólas en primer lugar su propia casa para que habitaran, retirándose ella á la de su hermano D. Luis de Mercado, Oidor entonces de aquella Cancillería, y después del Consejo de Castilla y del Supremo de la Inquisición. Las proveyó además, todo el tiempo que en ella vivieron, que fué por espacio de seis ó siete meses, de todo lo necesario para su sustento. (*Fundación del Convento de Granada*, por la Venerable Madre Ana de Jesús, y *Relación de la fundación del mismo Monasterio*, publicada por las Carmelitas de París en el tomo 4.^o, pág. 542 y sig. de las *Ævres complètes*

con dificultad se dice algo de la sustancia del espíritu si no es con entrañable espíritu. Y por el poco que hay en mí lo he diferido hasta ahora, que el Señor parece ha abierto un pocò la noticia, y dado algún calor (debe ser por el santo deseo que vuestra merced tiene, que quizá como se hicieron por su devoción (1) querrá su Majestad que para vuestra merced se declaren), me he animado, sabiendo cierto que de mi cosecha, nada que haga al caso diré en nada, cuanto más en cosas tan subidas y sustanciales. Por eso no será mío sino lo malo y errado que en ello hubiere; y por eso lo sujeto todo á mejor parecer y al juicio de nuestro Santa Madre Iglesia Católica Romana, con cuya regla nadie yerra. Y con este presupuesto, arrimándome á la Escritura Divina, y como se lleve entendido que todo lo que dijere es tanto menos de lo que allí hay, como lo es lo pintado de lo vivo, me atreveré á decir lo que supiere.

Y no hay que maravillar haga Dios tan altas y subidas y extrañas mercedes á las almas que él da en regalar; porque si consideramos que es Dios, y que se las hace como Dios, y con infinito amor y bondad, no nos parecerá fuera de razón; pues él dijo, que en el que

de Sainte Térèse de Jesús.) Unos años más tarde (1586), á petición del Santo, labró á sus expensas un Convento para Carmelitas Descalzos en su ciudad natal.

Fué tanta la devoción que tuvo con el Santo Padre, que no paró hasta conseguir que se trasladara su venerable cuerpo al Convento que ella había fundado en la ciudad de Segovia, teniendo la dicha de venerarle y de quedarse con un brazo de él al pasarle por Madrid, donde ella á la sazón residía en compañía de su hermano. (Garnica; *Ensayo Histórico sobre San Juan de la Cruz*, pág. 299, y Fray José de Jesús María, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de Cruz*, lib. 3.º, cap. 32.)

El alto grado de perfección á que esta señora llegó, se colige de la íntima comunión que tuvo con San Juan de la Cruz, el cual la guiaba á la suprema desnudez del espíritu. En conformidad de esto, refiere el hecho siguiente una de las primeras Religiosas del Convento de Granada: «Una vez, dice, me enviaron á hablar al Santo Padre Fray Juan de la Cruz, que por no estar puesta la clausura en el Convento, entraña como Prelado á decirnos Misa, y hallé á D.^a Ana de Peñalosa á sus pies como otra Magdalena, bañada en lágrimas, y el Santo el rostro al Cielo como elevado; y en un rato que estuve, no le oí otra cosa sino fué: *nada, nada, nada*, hasta dar un pellejo y otro por Cristo, etc.» (Jerónimo de San José, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, lib. 5.º, cap. 16, n.º 3.º) Buen indicio es también de su santidad el haber compuesto y declarado, á petición suya, el Místico Doctor las Canciones de su Obra más admirable.

(1) «Se hicieron para vuestra merced.» (Mss. de Burgos y Alba.)

le amase vendrían el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, y harían morada en él (Joan. XIV, 23): lo cual había de ser haciéndole á él vivir y morar en el Padre y en el Hijo y en el Espíritu Santo en vida de Dios, como da á entender el alma en estas Canciones. Porque aunque en las Canciones que arriba declaramos hablamos del más perfecto grado de perfección á que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas canciones tratan del amor ya más calificado y perficionado en este mismo estado de transformación; porque aunque es verdad que lo que aquéllas y éstas dicen es todo un estado de transformación, y no se puede pasar de allí en cuanto tal; pero puede con el tiempo y ejercicio, calificarse, como digo, y sustanciarse mucho más en el amor; bien así como aunque habiendo entrado el fuego en el madero le tenga trasformado en sí y esté ya unido con él, todavía afavorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente é inflamado, hasta centellear fuego de sí y llamear. Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí, ya tan trasformada, y tan calificada interiormente en fuego de amor, que no sólo está unida con este fuego, sino que hace ya viva llama en ella. Y ella así lo siente, y así lo dice en estas canciones, con íntima y delicada dulzura de amor, ardiendo en su llama; encareciendo en estas canciones algunos efectos, que hace en ella; los cuales iré declarando por el orden que en las demás: que las pondré primero juntas, y luego, poniendo cada canción, la declararé brevemente; y después, poniendo cada verso, le declararé de por sí (1).

FIN DEL PRÓLOGO

(1) El Ms. 17.950 de la B. N. añade aquí: «Fray Juan de la Cruz, Descalzo Carmelita.»

CANCIONES QUE HACE EL ALMA

EN LA ÍNTIMA UNIÓN DE DIOS

- 1.^a—¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.
- 2.^a— ¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.
- 3.^a— ¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba obscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido!
- 4.^a— ¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras:
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuán delicadamente me enamoras!

La compostura de estas liras son como aquellas, que en Boscán están, vueltas á lo divino, que dicen:

*-La soledad siguiendo,
Llorando mi fortuna,
Me voy por los caminos, que se ofrecen», etc.,*

en las cuales hay seis pies, y el cuarto suena con el primero, y el quinto con el segundo, y el sexto con el tercero (1).

(1) Esta especie de nota se halla en todos los manuscritos, lo cual es una poderosa razón para afirmar que es original de San Juan de la Cruz. Si se encontrara solamente en los traslados de una de las dos redacciones de esta obra, se podría quizá decir que el primer copista la introdujo en el texto, y que de su copia pasó á los otros manuscritos; mas encontrándose en los de ambas, no hay lugar para tal hipótesis; porque no es de creer que fuera el mismo sujeto quien sacó el primer traslado de la primera y segunda Llama, y más habiéndose escrito éstas en distintos años y lugares.

Se sabe, además, que por orden de D.^a Ana de Peñalosa trasladó esta Obra un criado suyo; y siendo éste regularmente el primer trasunto que se sacó, no es probable que tal sujeto se ocupara en poner esta advertencia. Que el Santo la pusiera nada tiene de extraño: la familiaridad con que trataba á D.^a Ana le permitía descender á las menudencias de advertirla, que las estrofas de este Libro eran de distinta construcción que las que antes había escrito en la *Subida del Monte Carmelo* y *Cántico espiritual*, que no otro es, á mi ver, el objeto de la nota. Que por otra parte conociera las obras del Boscán y de Garcilaso, no parece pueda ponerse en duda. El género de versificación que emplea en sus más bellas poesías, es el que medio siglo antes habían introducido estos celebrados poetas en el Parnaso español. La famosa lira de cinco versos que con tanto acierto usó en nuestra lengua el toledano Garcilaso, esa es la que sirve de *fermosa cobertura* á sus elevadas concepciones místicas de la *Subida del Monte Carmelo*, *Cántico espiritual* y de aquella incomparable poesía que lleva por título *Ansia el alma estar con Cristo*. Todo lo cual es no leve indicio de que las obras de dichos poetas no le eran desconocidas.

Se colige por otra parte que el Santo debía conocerlas, por razón de que había estudiado la Poética en su juventud, y no dejarían sus maestros de darle noticia de los dos genios que habían causado una verdadera revolución en la poesía de nuestra patria, y cuyos libros corrían entonces de mano en mano.

Ahora debemos notar que la poesía que cita no es del Boscán, sino de Garcilaso. (Véase la segunda de sus canciones). Este no es un error; en primer lugar, porque escribe simplemente que “están en Boscán,, sin decir que las liras sean suyas; y en segundo lugar, porque las obras del malogrado poeta toledano corrían impresas con las del Boscán. (Menéndez y Pelayo, *Antología de Poetas líricos castellanos*, tomo I, pág. XV, y tomo II, pág. 54).

Antes de terminar esta nota no podemos menos de parar la atención en aquellas palabras que dice: *que en Boscán están, vueltas á lo divino*. Podía aludir aquí al arreglo que Sebastián de Córdoba hizo de las obras del Boscán y Garcilaso, *volviéndolas á lo divino*. En la fecha en que escribía el Santo ya se habían publicado dos ediciones de este singular trabajo, una en Granada, 1575, y otra en Zaragoza, 1577. (Menéndez y Pelayo, *Antología de Poetas líricos castellanos*, tomo XIII, pág. 395.) Dos cosas, sin embargo, parece dificultan el que á tal libro se haga alusión; la primera es, que la canción que cita el Santo no la volvió á lo divino el referido escritor, como hemos tenido ocasión de ver por un ejemplar, existente en la Biblioteca Nacional, de la edición de 1575; y la segunda es, que aun dado caso la

CANCIÓN I

¡Oh llama de amor viva,
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.

DECLARACIÓN

Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la divina unión, y ya su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su sustancia está revertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites, sintiendo correr de su vientre los ríos de agua viva, que dijo el Hijo de Dios que saldrían en semejantes almas (Joan. VII, 38), parécete, que pues con tanta fuerza está trasformada en Dios, y tan altamente de él poseída, y con tan ricas riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve y delicada tela; y como ve que aquella llama delicada de amor, que en ella arde, cada vez que la está embistiendo, la está como glorificando con suave y fuerte gloria: tanto, que cada vez que la absorbe y embiste le parece que le va á dar la gloria y vida eterna, y que va á romper la tela de la vida mortal; y que falta muy poco, y que por esto poco no acaba de ser glorificada esencialmente, dice con gran deseo á la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro, en que de veras la acabe de comunicar lo que cada vez parece

volviera y la publicara en su segunda edición, San Juan de la Cruz, sin embargo, la cita como la escribió Garcilaso. Por esto creo que las palabras del Místico Doctor se deben puntuar de este modo: “Como aquellas que en Boscán están, vueltas á lo divino,.. Así se explicaría mejor lo que quieren decir. En este caso, las liras que están vueltas á lo divino, no son las de Garcilaso, sino las de nuestro autor. De modo que querría decir que las liras de la Llama están construídas á imitación de aquéllas; mas que su asunto no es el mismo, pues es enteramente divino.

que va á darla y á hacer cuando la encuentra, que es glorificarla entera y perfectamente; y así la dice:

Oh llama de amor viva.

Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro canciones, pone en todas ellas estos términos: *Oh*, y *Cuán*, que significan encarecimiento afectuoso: los cuales, cada vez que se dicen dan á entender del interior más de lo que se dice por la lengua. Y sirve el *Oh* para mucho desear, y para mucho rogar persuadiendo; y para entrambos efectos usa el alma de él en esta Canción; porque en ella encarece é intima el gran deseo, persuadiendo á el amor, que la desate de la carne mortal.

Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, á el cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumida y trasformada en suave amor, sino como fuego, que demás de eso, arde en ella, y echa llama, como dije; y aquella llama, cada vez que llamea, baña á el alma en gloria, y la refresca en temple de vida divina; y esta es la operación del Espíritu Santo en el alma trasformada en amor, que los actos que hace interiores, es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos (1), y merece más en uno, y vale más que cuanto había hecho toda la vida, sin esta transformación, por más que ello fuese. Y la diferencia que hay entre el hábito y el acto, hay entre la trasformación en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y la llama de él; que la llama es efecto del fuego que allí está. De donde el alma que está en este estado de trasformación de amor, podemos decir que es un ordinario hábito, y es como el madero, que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama, que nace del fuego del amor, que tan vehementemente sale, cuanto es más intenso el fuego de la unión, en la cual llama se unen y suben los actos de la

(1) «Son purísimos.» (Ms. de Burgos.)

voluntad arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el Ángel que subió á Dios en la llama del sacrificio de Manué (Judic. XIII, 20). Y así en este estado no puede el alma hacer actos, que el Espíritu Santo los hace todos, y la mueve á ellos: y por eso todos los actos de ella son divinos, pues es hecha y movida por Dios. De donde á el alma le parece, que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, le está dando vida eterna, pues la levanta á operación de Dios en Dios. Y este es el lenguaje y palabras que habla y trata Dios en las almas purgadas y limpias, que son todas ellas encendidas como dijo David: Tu palabra es encendida vehementemente (Ps. CXVIII, 140); y el profeta Jeremías: *Numquid non verba mea sunt quasi ignis?* ¿Por ventura mis palabras no son como fuego? (XXIII, 29). Las cuales palabras, como él mismo dice por San Juan (VI, 64), son espíritu y vida: las cuales sienten las almas que tienen oídos para oirlas, que como digo, son las limpias y enamoradas, que las que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida de ellas, antes les hacen sinsabor. Y por eso cuanto más altas palabras decía el Hijo de Dios, tanto más algunos se desabrían por su impureza, como fué cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina de la Sagrada Eucaristia, que muchos de ellos volvieron atrás (Ibid. 67). Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios, que habla dentro, han de pensar que no le gustarán otros, como aqui se dice, como lo gustó San Pedro en el alma cuando dijo á Cristo: *Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes.* ¿Dónde iremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna? (Ibid. 69). Y la Samaritana olvidó el agua, y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios (Id. IV, 28). Y así estando esta alma tan cerca de Dios, que está transformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, ¿qué increíble cosa se dice que guste un rastro de vida eterna, aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida? Mas es tan subido el deleite, que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber á qué sabe la vida eterna, que por eso la llama á la llama *viva*; no porque no sea siempre viva, sino

porque le hace tal efecto, que la hace vivir en Dios espiritualmente, y sentir vida de Dios (1), al modo que dice David: *Cor meum et caro mea exultaverunt in Deum vivum*. Mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 3): No porque sea menester decir que sea Dios *vivo*, pues siempre lo está, sino para dar á entender, que el espíritu y sentido vivamente gustaban á Dios, hechos vivos en Dios: lo cual es gustar á Dios vivo; y esto es vida en Dios, y vida eterna. Ni dijera David allí: *Dios vivo*, sino porque vivamente le gustaba, aunque no perfectamente, sino como un viso de vida eterna. Y así en esta llama siente el alma tan vivamente á Dios, y le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice: *Oh llama de amor viva*

Que tiernamente hieres.

Esto es, que con tu ardor tiernamente me tocas. Que por cuanto esta llama es llama de vida divina, hiere al alma con ternura de vida de Dios, y tanto y tan entrañablemente la hiere y la enternece, que la derrite en amor, porque se cumpla en ella lo que en la Esposa en los Cantares, que se enterneció tanto, que se derritió; y así dice ella allí: Luego que el Esposo habló, se derritió mi alma (V, 6). Porque el habla de Dios ese es el efecto que hace en el alma.

Mas ¿cómo se puede decir que la hiere, pues en el alma no hay cosa ya por herir, estando ya ella toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa, que como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está siempre echando llamaradas acá y allá; y el amor, cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estale arrojando sus heridas como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivalmente las artes y juegos del amor, como en el palacio del amor y de sus bodas (como Asuero con su esposa Ester) (II, 18), mostrando allí sus gracias, descubriéndola allí sus riquezas y la gloria de su grandeza, para que se cumpla en esta alma lo que dijo en los

(1) «Y vivir vida de Dios». (Ms. B.).

Proverbios, diciendo: Deleitábame yo por todos los días, jugando delante de él todo el tiempo, jugando en la redondez de las tierras, y mis deleites es estar con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 30 y 31); es á saber, dándoselos á ellos. Por lo cual estas heridas, que son sus juegos, son llamaradas de tiernos toques, que á el alma tocan por momentos de parte del fuego del amor, que no está ocioso, los cuales dice acaecen y hieren

De mi alma en el más profundo centro.

Porque en la sustancia del alma, donde ni entra el sentido, ni el demonio puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo; y por tanto, tanto más segura, sustancial y deleitable es, cuanto más interior ella es; porque cuanto más deleitable é interior es, es más pura; y cuanto hay más de pureza, tanto más abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios, y así es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu; porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada: que por cuanto el alma no puede de suyo obrar nada sino es por el sentido corporal, ayudada de él, del cual en este caso está ella muy libre y muy lejos, su negocio es ya sólo recibir de Dios, el cual sólo puede en el fondo del alma y en lo íntimo, sin ayuda de los sentidos, hacer obra, y mover el alma en ella. Y así todos los movimientos de la tal alma son divinos, y aunque son suyos de él, de ella lo son también, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento.

Y porque en decir que *hiere en el más profundo centro* de su alma da á entender que tiene el alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto.

Y cuanto á lo primero, es de saber, que el alma, en cuanto espíritu, no tiene alto, ni bajo, ni más profundo, ni menos profundo en su ser, como tienen los cuerpos cuantitativos: que pues en ella no hay partes, ni tiene más diferencia dentro, que fuera, que toda ella es de una manera, y no tiene centro de hondo y menos hondo cuantitativo; porque no puede estar en una parte más ilustrada que en otra, como los cuerpos físicos, sino toda de una manera en más ó en

menos, como el aire que todo está de una manera ilustrado ó no ilustrado en más ó en menos.

En las cosas, aquéllo llamamos centro más profundo, que es á lo que más puede llegar su ser y virtud, y la fuerza de su operación y movimiento, y no puede pasar de allí: así como el fuego y la piedra, que tienen virtud y movimiento natural, y fuerza para llegar al centro de su esfera, y no pueden pasar de allí, ni dejar de llegar ni de estar allí, si no es por algún impedimento contrario y violento. Según esto diremos, que la piedra, cuando en alguna manera está dentro de la tierra, aunque no sea en lo más profundo de ella, está en su centro en alguna manera; porque está dentro de la esfera de su centro y actividad, y movimiento; pero no diremos que está en el más profundo centro, que es el medio de la tierra; y así siempre le queda virtud y fuerza é inclinación para bajar y llegar hasta este más último y profundo centro, si se le quita el impedimento de delante: y cuando llegare, y no hubiere de suyo más virtud é inclinación para más movimiento, diremos que está en el más profundo centro suyo.

El centro del alma es Dios, á el cual cuando ella hubiere llegado según la capacidad de su ser, y según la fuerza de su operación é inclinación, habrá llegado á su último y más profundo centro suyo en Dios, que será cuando con todas sus fuerzas entienda y ame y goce á Dios; y cuando no ha llegado á tanto como esto, “cual acaece en esta vida mortal, en que no puede llegar el alma á Dios según todas sus fuerzas,, aunque esté en este su centro, que es Dios, por gracia, y por la comunicación suya, que con ella tiene, por cuanto todavía tiene movimiento y fuerza para más, y no está satisfecha; aunque esté en el centro, no empero en el más profundo, pues puede ir á más profundo de Dios (1). “Es pues de notar, que el amor es la inclinación del alma, y la fuerza y virtud que tiene para ir á Dios, porque mediante el amor se une el alma con Dios; y así cuantos más grados de amor tuviere, tanto más profundamente entra en Dios, y se concentra con él; de donde podemos decir, que cuantos grados de amor el alma

(1) Profundo en Dios. (Ms. de Sevilla).

puede tener, tantos centros puede tener en Dios, uno más adentro que otro; porque el amor más fuerte, es más unitivo. Y de esta manera podemos entender las muchas mansiones, que dijo el Hijo de Dios haber en la casa de su Padre (Joan. XIV, 2). De manera que para que el alma esté en su centro, que es Dios, según lo que habemos dicho, basta que tenga un grado de amor, porque por uno sólo se une con él por gracia,, (1); y si tuviese dos grados, habrá unídose y concentrándose con Dios otro centro más adentro; y si llegase á tres, concentrarse como tres; y si llegase hasta el último grado, llegará á herir el amor de Dios hasta el más profundo centro del alma, que será transformarla, y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud de ella, según es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios: bien así, como cuando el cristal limpio y puro es embestido de la luz, que cuantos más grados de luz va recibiendo, tanto más se va en él reconcentrando la luz, y tanto más se va esclareciendo; y puede llegar á tanto por la copiosidad de luz que recibe, que venga él á parecer todo luz, y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella todo lo que puede recibir de ella, que es venir á parecer como ella.

Y así en decir el alma aquí que la llama de amor hiere en su más profundo centro, es decir, que cuanto alcanza la sustancia, virtud y fuerza del alma, la hiere y embiste el Espíritu Santo, “lo cual dice, no porque quiera dar á entender aquí que sea ésta tan sustancial y enteramente como en la beatífica vista de Dios en la otra vida, porque aunque el alma llegue en esta vida mortal á tan alto estado de perfección como aquí va hablando, no llega, ni puede llegar, al estado perfecto de gloria; aunque por ventura por vía de paso acaezca hacerla Dios alguna merced semejante; pero dícelo para dar á entender la copiosidad y abundancia de deleite y gloria que en esta manera de comunicación en el Espíritu Santo siente: el cual deleite es mayor, y más tierno, cuanto más fuerte y más sustancialmente está trasformada, y reconcentrada en Dios el alma: que por ser tanto

(1) Variado.—A fin de que los lectores conozcan á primera vista cuáles son los párrafos que el Santo añadió y cuáles los que varió al escribir segunda vez la Llama, procuraremos indicarlo.

como lo más á que en esta vida se puede llegar (aunque como decimos, no tan perfecto como en la otra), lo llama el más profundo centro; aunque por ventura el hábito de la Caridad puede el alma tener en esta vida tan perfecto como en la otra; mas no la operación ni el fruto; aunque el fruto y la operación del amor crecen tanto de punto en este estado, que es muy semejante á la otra; tanto, que pareciéndole á el alma ser así, osa decir, lo que solamente se osa decir de la otra; es á saber, *en el más profundo centro de mi alma*. Y porque las cosas raras y de que hay poca experiencia, son más maravillosas, y menos creíbles, cual es la que vamos diciendo del alma en este estado, no dudo sino que algunas personas, no lo entendiendo por ciencia, ni sabiéndolo por experiencia, ó no lo creerán, ó lo tendrán por demasía; ó pensarán que no es tanto como ello es en sí; mas á todos estos yo respondo, que el padre de las lumbres, cuya mano no es abreviada, y con abundancia se difunde sin aceptación de personas, do quiera que halla lugar, como el rayo del sol, mostrándose también á ellos en los caminos y vías alegremente, no duda, ni tiene en poco tener sus deleites con los hijos de los hombres de mancomún en la redondez de la tierra. Y no es de tener por increíble, que á un alma ya examinada, y probada y purgada en el fuego de tribulaciones, y trabajos, y variedad de tentaciones, y hallada fiel en el amor, deje de cumplirse en esta fiel alma en esta vida lo que el Hijo de Dios prometió, conviene á saber: que si alguno le amase vendría la Santísima Trinidad en él, y morarían de asiento en él (Joan XIV, 23), lo cual es ilustrándole el entendimiento divinamente en la sabiduría del Hijo, y deleitándole la voluntad en el Espíritu Santo, y absorbiéndola el Padre poderosa y fuertemente en el abismo de su dulzura. Y si esto usa con algunas almas, como es verdad que lo usa de hacer, de creer es, que esta de que vamos hablando, no se quedará atrás en estas mercedes de Dios; pues lo que de ella vamos diciendo, según la operación del Espíritu Santo, que en ella hace, es mucho más que en la comunicación (1) y trasformación de amor que

(1) «Es mucho mayor que la que en la comunicación, etc.» (Ms. 8.795 de la B. N.)

decimos pasa; porque lo uno es como ascua encendida; lo otro, según habemos dicho, como ascua en que tanto se afervora el fuego, que no solamente está encendida, sino echando llama viva. Y así estas dos maneras, de unión solamente, y de amor y unión con inflamación de amor,, (1), son en cierta manera comparadas al fuego de Dios, que dice Isaias, que está en Sión, y al horno de Dios, que está en Jerusalén (XXXI, 9), que lo uno significa á la Iglesia militante, en que está el fuego de la caridad no en extremo encendido; y la otra significa visión de paz, que es la triunfante, donde este fuego está como en horno encendido en perfección de amor: que aunque, como habemos dicho, esta alma no ha llegado á tanta perfección como está en el cielo, todavía en comparación de la unión común, es como horno encendido, con visión tanto más pacífica y gloriosa y tierna, cuanto la llama es más clara y resplandeciente, que es el fuego en el carbón. Por tanto, sintiendo el alma que esta viva llama del amor vivamente le está comunicando todos los bienes, porque este divino amor todo lo trae consigo, dice: *¡Oh llama de amor viva, que tiernamente hieres!*, que es como si dijera: ¡Oh encendido amor, que con tus amorosos movimientos regaladamente estás glorificándome, según la mayor capacidad y fuerza de mi alma!, es á saber, dándome inteligencia divina, según toda la habilidad y capacidad de mi entendimiento; y comunicándome el amor, según la mayor fuerza de mi voluntad, y deleitándome en la sustancia del alma, con el torrente de tu deleite en tu divino contacto y junta sustancial, según la mayor pureza de mi sustancia y capacidad y anchura de mi memoria. Y esto acaece así, y más de lo que se puede y alcanza á decir, á el tiempo que se levanta en el alma esta llama de amor; que por cuanto el alma, según su sustancia y potencias, memoria, entendimiento y voluntad, está bien purgada y pura, la Sabiduría divina, que, como dice el Sabio, toca en todas las partes por su limpieza (Sap. VII, 24), profunda y sutil y subidamente con su divina llama la absorbe en si, y en aquel absorbimiento del alma en la sabiduría,

(1) Añadido.

el Espíritu Santo ejercita los vibramientos gloriosos de su llama; y por ser tan suave dice el alma luego:

Pues ya no eres esquiva.

Es á saber, pues ya no afliges, ni aprietas, ni fatigas como antes hacías; porque conviene saber, que esta llama de Dios, cuando el alma estaba en estado de purgación espiritual, que es cuando va entrando en contemplación, no le era tan amigable y suave, como ahora lo es en este estado de unión (1). Y en declarar como esto sea, nos habemos de detener algún tanto.

En lo cual es de saber, que antes que este divino fuego de amor se introduzca y se una en la sustancia del alma por acabada y perfecta purgación y pureza, esta llama, que es el Espíritu Santo, está hiriendo en el alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos; y ésta es la operación del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la debida unión y trasformación de amor en Dios. Porque es de saber, que el mismo fuego de amor, que después se une con el alma, glorificándola, es el que antes la embiste purgándola; bien, así como el mismo fuego que entra en el madero es el que primero le está embistiendo é hiriendo con su llama, enjugándole y desnudándole de sus feos accidentes, hasta disponerle con su calor, tanto, que pueda entrar en él, y trasformarle en sí: y esto llaman los espirituales vía purgativa. En el cual ejercicio el alma padece mucho detrimento, y siente graves penas en el espíritu, que de ordinario redundan en el sentido, siéndole esta llama muy esquiva;

(1) Casi toda la explicación de este verso se omitió en la primera edición de estas Obras, y ha continuado omitiéndose en todas las que hasta el presente se han publicado. La razón que hubo para dejar de imprimirla no fué otra, que repetir aquí el Santo lo que ya había escrito en la Noche oscura. Razón por cierto insuficiente: en primer lugar, porque no lo dice al mismo propósito; en segundo lugar, porque esta doctrina sirve para confirmar y aclarar la que enseñó en dicho Tratado; y en tercer lugar, porque cita precisamente el Santo este mismo pasaje en el *Cántico espiritual* (pág. 327). Publicamos este trozo en «El Monte Carmelo» (15 de Noviembre de 1910), revista que dirigen los Carmelitas Descalzos de Burgos. Advertimos después que estaba impreso, aunque sin decir que era del Santo, en la *Mística Teología del Padre Bretón*. (Véase la pág. XLIX del tomo I de estas Obras.)

porque en esta disposición de purgación no le es esta llama clara, sino oscura; “que si alguna luz le dá es para ver sólo y sentir sus miserias y defectos,; ni le es suave, sino penosa, porque aunque alguna vez le pega calor de amor es con tormento, y aprieto; y no le es deleitable, sino seca, “porque aunque algunas veces por su benignidad le da algún gusto para esforzarla y animarla, antes y después que acaee, lo lasta y paga con otro tanto trabajo,; ni le es reficionadora y pacífica, sino consumidora y argüidora, “haciéndola desfallecer y penar en el conocimiento propio,; y así no le es gloriosa, porque antes la pone miserable y amarga en la luz espiritual que le da de propio conocimiento, enviando Dios fuego (como dice Jeremías en los Trens) en sus huesos, y enseñándola (I, 13); y, como también dice David, examinándola en fuego (Ps. XVI, 3). Y así en esta sazón padece el alma acerca del entendimiento grandes tinieblas; acerca de la voluntad grandes sequedades y aprietos; y en la memoria grave noticia de sus miserias, por cuanto el ojo espiritual está muy claro en el conocimiento propio; y en la sustancia del alma padece desamparo y suma pobreza (1); seca y fría, y á veces caliente, no hallando en nada alivio, ni aun pensamiento que la consuele (2), ni aun poder levantar (3) el corazón á Dios, habiéndosele puesto esta llama tan esquiva, como dice Job, que en este ejercicio hizo Dios con él, diciendo: Mudado te me has en cruel. (XXX, 21.) “Porque cuando estas cosas juntas padece el alma, le parece verdaderamente que Dios se ha hecho cruel contra ella y desabrido,.

“No se puede encarecer lo que el alma padece en este tiempo, es á veces muy poco menos que el purgatorio. Y no sabria yo ahora dar á entender esta esquivez cuanta sea, ni hasta donde llega lo que en ella se pasa y siente, sino con lo que á este propósito dice Jeremías con estas palabras,,: Yo varón que veo mi pobreza en la vara

(1) *Profunda* pobreza. (Ms. de Burgos.)

(2) «Ni *un* pensamiento que la consuele.» (Ms. de Baeza.) Ni un solo pensamiento que la consuele. (Ms. de Alba y el P. Bretón.)

(3) Ni poder levantar. (Mss. de Alba, Benedictinos de Burgos y Carmelitas Descalzas de Toledo.) El P. Bretón: «Ni *un* poder levantar».

de su indignación. Hame amenazado, y trájome á las tinieblas, y no á la luz. Tanto ha vuelto y convertido su mano contra mi. Hizo envejecer mi piel y mi carne, y desmenuzó mis huesos; cercóme en derredor, y rodeóme de hiel y trabajo; en tenebrosidades me colocó como los muertos sempiternos; edificó en derredor de mí, porque no salga; agravóme las prisiones. Y demás de esto, cuando hubiere dado voces y rogado, ha excluido mi oración. Cerróme mis caminos con piedras cuadradas, y trastornó mis pisadas, y mis sendas. (Thren. III, 1-9.) Todo esto dice Jeremias, y va allí diciendo mucho más: que por cuanto en esta manera está Dios medicinando y curando al alma en sus muchas enfermedades para darle la salud, por fuerza ha de penar según su dolencia en la tal purga y cura; porque aquí le pone Tobías el corazón sobre las brasas, para que en él se extrique, y desenvuelva todo género de demonios (VI, 8); “y así aquí van saliendo á luz todas sus enfermedades, poniéndoselas en cura Dios, y delante de sus ojos á sentir. Y las flaquezas y miserias, que antes el alma tenía asentadas, y encubiertas en sí (las cuales antes no veía, ni sentía), ya con la luz, y calor del fuego divino las ve y las siente; así como la humedad, que habia en el madero, no se conocía hasta que dió en él el fuego, y le hizo sudar y humear y resplandecer; y así se há el alma imperfecta cerca de esta llama; porque, ¡oh cosa admirable!, levántanse en el alma á esta sazón, contrarios contra contrarios: los del alma contra los de Dios, que embisten en el alma; y, como dicen los filósofos, unos relucen cerca de los otros; y hacen la guerra en el sujeto del alma, padeciéndola ella, procurando los unos expeler á los otros, por reinar ellos en ella, conviene á saber, las virtudes y propiedades de Dios en extremo perfectas, contra los hábitos y propiedades del sujeto del alma en extremo imperfectas, padeciendo ella dos contrarios en sí. Porque como esta llama es de extremada luz, embistiendo ella en el alma, su luz luce en las tinieblas del alma, que también son extremadas; y el alma entonces siente sus tinieblas naturales y viciosas, que se oponen contra la sobrenatural luz. Y no siente la luz sobrenatural, porque no la tiene en sí como sus tinieblas, que las tiene en sí, y las tinieblas no comprenden la luz; y así estas

tinieblas suyas sentirá en tanto que la luz las embistiere (porque no pueden las almas ver sus tinieblas, sino embistiere en ellas la divina luz), y hasta que expeliéndolas la luz divina, quede ilustrada el alma y trasformada, y vea en sí á la luz, habiendo sido limpiado, y fortalecido el ojo espiritual por la luz divina.,,

“Porque inmensa luz en vista impura y flaca, totalmente le hará tinieblas, sujetando el eminente sensible la potencia: y así érale esta llama esquiva en la vista del entendimiento. Y porque esta llama, de suyo en extremo es amorosa y tierna, tierna y amorosamente embiste en la voluntad; y como la voluntad de suyo es seca y dura en extremo (y lo duro se siente cerca de lo tierno, y la sequedad cerca del amor), embistiendo esta llama amorosa y tiernamente en la voluntad, siente la voluntad su natural dureza y sequedad para con Dios; y no siente el amor y ternura de la llama, (estando ella prevenida con dureza y sequedad, en que no caben estos otros contrarios de ternura y amor), hasta que siendo expelidos por ellos, reine en la voluntad amor y ternura de Dios. Y de esta manera era esta llama esquiva á la voluntad, haciéndola sentir y padecer su dureza y sequedad. Y ni más, ni menos, porque esta llama es amplísima é inmensa, y la voluntad es estrecha y angosta, siente su estrechura y angostura la voluntad en tanto que la llama la embiste, hasta que dando en ella, la dilate y ensanche, y haga capaz de sí misma; y también, porque esta llama es sabrosa y dulce, y la voluntad tenía el paladar del espíritu destemplado, con humores de destempladas aficiones, érala desabrida y amarga, y no podía gustar el dulce manjar del amor de Dios. Y de esta manera siente también la voluntad su aprieto y sinsabor, cerca de esta amplísima y sabrosísima llama, y no siente el sabor de ella, porque no le tiene en sí, sino lo que tiene en sí, que es su miseria; y finalmente, porque esta llama es de infinitas riquezas, y bondad, y deleites, y el alma de suyo es pobrísima, y no tiene bien ninguno con que satisfaga, conoce y siente claramente sus miserias y pobreza y malicia cerca de estas riquezas y bondad y deleites; y no conoce las riquezas y bondad y deleites de la llama (porque la malicia no comprende á la bondad, ni

la pobreza á las riquezas, etc.), hasta tanto que esta llama acabe de purificar al alma, y con su trasformación la enriquezca, glorifique y deleite. De esta manera le era antes esquivada esta llama á el alma sobre lo que se puede decir, peleando en ella unos contrarios contra otros, Dios, que es todas las perfecciones, contra todos los hábitos imperfectos de ella, hasta que trasformándola en sí la suavice, y pacifique, y aclarezca, como el fuego hace al madero cuando ha entrado en él.,,

“Esta purgación en pocas almas acaece tan fuerte: sólo en aquéllas que el Señor quiere levantarlas á más alto grado de unión; porque á cada una dispone con purga más ó menos fuerte, según el grado á que la quiere levantar, y según también la impureza é imperfección de ella., (1), y así esta pena se parece á la del purgatorio; porque así como allí se purgan los espíritus para poder ver á Dios, por la clara visión en la otra vida, así en su manera se purgan aquí las almas, para poder transformarse en él por amor, en esta unión. La intensión de esta purgación, y cómo es en más, y cómo en menos; y cuándo es según el entendimiento, y cuándo según la voluntad; y cómo según la memoria; y cuándo y cómo también según la sustancia del alma; y también, cuándo según todo; y la purgación según la parte sensitiva; y cómo se conocerá cuándo lo es la una y la otra, y á qué tiempo, y punto y sazón del camino espiritual comienza, porque lo tratamos en la *Noche oscura* de la *Subida del Monte Carmelo*, y no hace ahora á nuestro propósito, no lo digo. Basta saber ahora, que el mismo Dios, que quiere entrar en el alma por unión y trasformación de amor, es el que antes está embistiendo en ella y purgándola con la luz y calor de su divina llama; así como el mismo fuego que entra en el madero, es el que le dispone antes que entre, como hemos dicho; y así la misma que ahora le es suave estando dentro embestida en ella, le era antes esquivada estando fuera embistiendo en ella. Y esto es lo que quiere dar á entender cuando le dice el alma

(1) Todo este pasaje está bastante diferente y más compendiado en la primera Llama. Tiene ésta aquí, sin embargo, un párrafo que no se halla en los manuscritos de la segunda escritura. (Véase).

el presente verso: *Pues ya no eres esquivia*, que en suma es como si dijera: pues ya no solamente no me eres obscura como antes, pero eres la divina lumbre de mi entendimiento, con que te puedo ya mirar; y no solamente no haces desfallecer mi flaqueza, mas antes eres la fortaleza de mi voluntad, con que te puedo amar y gozar, estando toda convertida en divino amor; y ya no eres pesadumbre y aprieto para la sustancia de mi alma, mas antes eres la gloria y deleite y anchura de ella: pues que de mí se puede decir lo que se canta en los divinos Cantares diciendo: ¿Quién es ésta, que sube del desierto abundante en deleites, estribando sobre su amado, acá y allá vertiendo amor? (VIII, 5). Pues esto es así,

Acaba ya si quieres.

Es á saber, acaba ya de consumir conmiño perfectamente el matrimonio espiritual con tu beatifica vista; “porque ésta es la que aquí pide el alma,, , que aunque es verdad que en este estado tan alto, está el alma tanto más conforme, y satisfecha, cuanto más trasformada en amor, y para si ninguna cosa sabe, ni acierta á pedir, sino todo para su Amado, pues la caridad, como dice San Pablo (1. ad Cor. XIII, 5), no pretende para si sus cosas, sino para el amado todavía, por cuanto vive en esperanza, en que no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la acabada posesión de la adopción de los hijos de Dios, donde consumándose su gloria, se quietará su apetito, el cual aunque acá más juntura tenga con Dios, nunca se hartará, ni quietará, hasta que parezca su gloria (Ps. XVI, 15), mayormente, teniendo ya el sabor y golosina de ella, como aquí se tiene, que es tal, que si Dios no tuviese aquí favorecida también la carne, amparando el natural con su diestra, como hizo con Moisés en la piedra (Exod. XXXIII, 22), para que sin morirse pudiese ver su gloria; á cada llamarada de éstas, se rompería el natural, y moriría, no teniendo la parte inferior vaso para sufrir tanto y tan subido fuego de gloria. Y por esto este apetito, y la petición de él, no es aquí con pena, que no está aquí el alma capaz de tenerla, sino con deseo suave, y deleitable, pidiendo la conformi-

dad de su espíritu y sentido, que por eso dice en el verso: *Si quieres*; porque está la voluntad y apetito tan hecho uno con Dios, que tiene por su gloria cumplirse lo que Dios quiere. Pero son tales las asomadas de gloria y amor que en estos toques se traslucen quedar por entrar á la puerta del alma, no cabiendo por la angostura de la casa terrestre, que antes sería poco amor no pedir entrada en aquella perfección y cumplimiento de amor. Porque además de esto ve allí el alma que en aquella fuerza deleitable, y comunicación del Esposo, la está el Espíritu Santo provocando y convidando “en aquella inmensa gloria, que le está proponiendo ante sus ojos,, con maravillosos modos y suaves afectos, diciéndole en su espíritu lo que en los Cantares á la Esposa, lo cual refiere ella diciendo: Mirad lo que me está diciendo mi Esposo: levántate y date prisa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven; pues que ya ha pasado el invierno y la lluvia se fué y alejó; y las flores han aparecido en nuestra tierra; y ya ha llegado el tiempo de podar, y la voz de la tortolilla se ha oído en nuestra tierra; la higuera ha producido sus frutos; las floridas viñas han dado su olor; levántate, amiga mía, graciosa mía, y ven paloma mía en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca: muéstrame tu rostro suave, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso (II, 10-14). Todas estas cosas siente el alma, y las entiende distintísimamente, en subido sentido de gloria, que la está mostrando el Espíritu Santo, en aquel tierno y suave llamear “con gana de entrarla en aquella gloria,,; y por eso ella aquí provocada responde diciendo: *acaba ya si quieres*; en lo cual le pide al Esposo aquellas dos peticiones, “que él nos enseñó en el Evangelio, conviene á saber: *Adveniat regnum tuum; fiat voluntas tua* (Matt. VI, 10); y es así, como si dijera: *acaba*, es á saber, de darme este reino; *si quieres*, esto es, según es tu voluntad., Y para que así sea

• *Rompe la tela de este dulce encuentro.*

“La cual tela es la que impide este tan grande negocio: porque es fácil cosa llegar á Dios, quitados los impedimentos, y rompidas las telas que dividen la junta entre el alma y Dios. Las telas que

pueden impedir esta junta, y que se han de romper para que se haga, y posea perfectamente el alma á Dios, podemos decir que son tres,, conviene á saber: temporal, en que se comprenden todas las criaturas; natural, en que se comprenden las operaciones é inclinaciones puramente naturales. La tercera sensitiva, en que se comprende la unión del alma con el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice San Pablo: Sabemos que si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitación de Dios en los cielos (2. ad Cor. V, 1). Las dos primeras telas de necesidad se han de haber rompido para llegar á esta posesión de unión de Dios, en que todas las cosas del mundo estén negadas y renunciadas, y todos los apetitos, y afectos naturales mortificados, y las operaciones del alma de naturales ya hechas divinas. Todo lo cual se rompió é hizo en el alma por los encuentros esquivos de esta llama, cuando era ella esquiva; porque con la purgación espiritual que arriba hemos dicho acaba el alma de romper con estas dos telas (1), y de ahí viene á unirse con Dios, como aquí está, y no queda de romper más que la tercera de la vida sensitiva, que por eso dice aquí *tela*, y no *telas*, porque no hay más que ésta que romper, la cual por ser tan sutil y delgada, y espiritualizada con esta unión de Dios, no la encuentra la llama rigurosa y esquivamente, como á las otras dos hacia, sino sabrosa y dulcemente: “que por eso dice aquí y llama *dulce encuentro*, el cual es tanto más dulce y sabroso, cuanto más le parece que le va á romper la tela de la vida: donde es de saber, que el morir natural de las almas que llegan á este estado, aunque la condición de su muerte, cuanto al natural es semejante á las demás, pero en la causa y en el modo de la muerte hay mucha diferencia, porque si las otras mueren muerte causada por enfermedad, ó por longura de días, éstas, aunque en enfermedad mueran, ó en cumplimiento de edad, no las arranca el alma sino algún ímpetu y encuentro de amor mucho más subido que los pasados, y más poderoso y valeroso, pues pudo romper la tela y llevarse la joya del alma,, (2). Y así la muerte de semejantes

(1) *Acábanse en* el alma de romper las dos telas. (Ms. B.)

(2) Añadido.

almas es muy suave, y muy dulce, más que les fué la vida espiritual toda su vida; pues que mueren con más subidos ímpetus, y encuentros sabrosos de amor, siendo ellas como el Cisne, que canta más dulcemente cuando se muere, que por eso dijo David: Que era preciosa la muerte de los santos en el acatamiento de Dios (Ps. CXV, 15), “porque por aquí vienen en uno á juntarse todas las riquezas del alma,; y van allí á entrar los ríos del amor del alma en la mar, los cuales están allí tan anchos, y represados, que parecen ya mares; juntándose allí lo primero y lo postrero de sus tesoros, para acompañar al justo, que va y parte para su reino, oyéndose las alabanzas desde los fines de la tierra, que, como dice Isaias, son glorias del justo (XXIV, 16). Sintiéndose, pues, el alma á la sazón de estos gloriosos encuentros tan al canto de salir (1) á poseer acabada y perfectamente su reino, en las abundancias de que se ve estar enriquecida (porque aquí se conoce pura y rica y llena de virtudes y dispuesta para ello); porque en este estado deja Dios al alma ver su hermosura, y fiale los dones y virtudes que le ha dado, porque todo se le vuelve en amor y alabanzas, sin toque de presunción ni vanidad, no habiendo ya levadura de imperfección que corrompa la masa, y como ve que no le falta más que romper esta flaca tela de vida natural en que se siente enredada, presa é impedida su libertad, con deseo de ser desatada y verse con Cristo, haciéndole lástima que una vida tan “baja y flaca la impida otra tan alta y fuerte, pide que se rompa diciendo: *Rompe la tela deste dulce encuentro*,,. Y llámala tela por tres cosas: la primera, por la travazón que hay entre el espíritu y la carne; la segunda, porque divide entre Dios y el alma; la tercera, porque, así como la tela no está tan opaca (2) y condensa que no se pueda traslucir lo claro por ella, así en este estado parece esta travazón tan delgada tela, por estar ya muy espiritualizada é ilustrada y adelgazada, que no se deja de traslucir la Divinidad en ella. Y como siente el alma la fortaleza de la otra vida, echa de ver la flaqueza de

(1) Mss. de Sevilla, Baeza, Alba y Toledo.—El de Burgos dice: «Tan al *cabó* de *subir*».

(2) «Tan *tupida*» (Ms. de Sevilla.)

estotra. Y parécele mucho delgada tela, y aun tela de araña, como la llama David, diciendo: *Anni nostri sicut aranea meditabuntur*. Nuestros años como la araña meditarán (Ps. LXXXIX, 9). Y aún es mucho menos delante del alma que así está engrandecida; porque como está puesta en el sentir de Dios, siente las cosas como Dios, delante del cual, como también dice David, mil años son como el día de ayer que pasó (Ps. LXXXIX, 4); y según Isaias, todas las gentes son como si no fuesen ante él (XL, 17). Y ese mismo tomo tienen delante del alma, que todas las cosas le son nada, y ella es para sus ojos nada: sólo su Dios para ella le es el todo.

Pero hay aquí que notar ¿por qué razón pide aquí más que rompa la tela, que la corte ó que la acabe, pues todo parece una cosa? Podemos decir que por cuatro cosas: la primera por hablar con más propiedad, porque más propio es del encuentro romper, que cortar y que acabar; la segunda, porque el amor es amigo de fuerza de amor y de toque fuerte é impetuoso: lo cual se ejercita más en el romper que en el cortar y acabar; la tercera, porque el amor apetece que el acto sea brevísimo, porque se cumpla más presto (1); y tiene tanta más fuerza y valor cuanto es más breve y más espiritual. Porque la virtud unida más fuerte es que la esparcida, é introdúcese el amor al modo que la forma en la materia, que se introduce en un instante, y hasta entonces no había acto, sino disposiciones para él. Y así los actos espirituales, como en un instante se hacen en el alma, “porque son infusos de Dios; pero los demás que el alma de suyo hace, más se pueden llamar disposiciones de deseos y afectos sucesivos, que nunca llegan (2) á ser actos perfectos de amor ó contemplación, sino algunas veces cuando (como digo) Dios los forma y perfecciona con gran brevedad en el espíritu; por lo cual dijo el sabio que el fin de la oración es mejor que el principio; y lo que comunmente se dice, que la oración breve penetra los cielos,, (3). De donde el alma

(1) «Se *acabe* más presto.» (Ms. de Sevilla).

(2) Los manuscritos de la primera Llama dicen: «Que muy pocos llegan.»

(3) Añadido y corregido.

que ya está dispuesta, muchos más y más intensos actos puede hacer en breve tiempo que la no dispuesta en mucho, “y aun por la gran disposición que tiene se suele quedar por mucho tiempo en el acto de amor ó contemplación,, (1), y á la que no está dispuesta todo se le va en disponer el espíritu, y aun después se suele quedar el fuego por entrar en el madero, “ahora por la mucha humedad de él, ahora por el poco calor que dispone, ahora por lo uno y por lo otro,,; mas en el alma dispuesta por momentos entra el acto de amor, porque la centella á cada toque prende en la enjuta yesca; y así el alma enamorada más quiere la brevedad del romper que el espacio del cortar y acabar. La cuarta es, porque se acabe más presto la tela de la vida, porque el cortar y acabar hácese con más acuerdo, porque se espera que la cosa esté sazónada ó acabada ó algún otro término; y el romper no espera al parecer madurez ni nada de eso. “Y esto quiere el alma enamorada, que no sufre dilaciones de que se espere á que naturalmente se acabe la vida ni á que en tal ó tal tiempo se corte,, (2), porque la fuerza del amor y la disposición que en sí ve la hacen querer y pedir se rompa luego la vida con algún encuentro ó ímpetu sobrenatural de amor. Sabe muy bien aquí el alma que es condición de Dios llevar antes de tiempo consigo las almas “que él mucho ama, perfeccionando en ellas en breve tiempo por medio de aquel amor,, (3), lo que en mucho tiempo por su ordinario paso pudieran ir ganando; porque esto es lo que dice el Sabio: El que agrada á Dios es hecho amado, y viviendo entre los pecadores fué trasladado y arrebatado, porque la malicia no mudara su entendimiento ó la ficción no engañara su alma. Consumido en breve, cumplió muchos tiempos. Porque era su alma agradable á Dios, por tanto se apresuró á sacarle de en medio, etc. (Sap. IV, 10-14.) “Hasta aquí son palabras del Sabio, en las cuales se verá con cuánta propiedad y razón usa el alma de aquel término *romper*. Pues en ellas usa el Espíritu Santo de estos dos términos, *arrebatar* y *apresurar*, que son ajenos de toda dilación en lo que hace. En apresurarse Dios da á entender la prisa

(1) Añadido.

(2) Añadido.

(3) Añadido.

con que hizo perfeccionar en breve el amor del justo; y en el arrebatarse da á entender llevarle antes de su tiempo natural,, (1).

Por eso es gran negocio para el alma ejercitar en esta vida los actos de amor, porque consumándose en breve, no se detenga mucho acá ó allá sin ver á Dios.

Pero veamos ahora por qué también á este embestimiento interior del Espíritu Santo le llama *encuentro* más que otro nombre alguno. Y es la razón, porque sintiendo el alma en Dios infinita gana, como habemos dicho, de que se acabe la vida, y que como no ha llegado el tiempo de su perfección, no se hace, echa de ver que para consumarla y llevarla de la carne, hace él en ella estos embestimientos divinos y gloriosos á manera de encuentros, “que como son á fin de purificarla y sacarla de la carne,, verdaderamente son encuentros con que siempre penetra, endiosando la sustancia del alma, haciéndola divina. En lo cual absorbe al alma “sobre todo ser,, el ser de Dios. Y la causa es, porque la encontró Dios y la traspasó en el Espíritu Santo vivamente, cuyas comunicaciones son impetuosas, cuando son afervoradas, como lo es este encuentro, al cual, porque el alma vivamente gusta de Dios, llama *dulce*; no porque otros muchos toques y encuentros que en este estado recibe, dejen de ser dulces, sino por la eminencia que tiene sobre todos los demás; porque lo hace Dios, como habemos dicho, á fin de desatarla y glorificarla presto: de donde á ella le nacen alas para decir: *Rompe la tela*, etc.

Resumiendo, pues, ahora toda la canción, es como si dijera: ¡Oh llama del Espíritu Santo que tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma y la cauterizas con tu glorioso ardor!, pues ya estás tan amigable que te muestras con gana de dárteme en vida eterna; si antes de ahora mis peticiones no llegaban á tus oídos, cuando con ansias y fatigas de amor, en que penaba mi sentido y espíritu por la mucha flaqueza é impureza mía y poca fortaleza de amor que tenía, te rogaba me desatases y llevases contigo, porque con deseo te deseaba mi alma, porque el amor impaciente no me

(1) Añadido.

dejaba conformar tanto con esta condición de vida que tú querías que aún viviese; y si los pasados ímpetus de amor no eran bastantes, “porque no eran de tanta calidad para alcanzarlo,, ahora que estoy tan fortalecida en el amor, que no sólo no desfallece mi sentido y espíritu en tí, mas antes fortalecidos de tí, mi corazón y mi carne se gozan en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 2) con grande conformidad de las partes: donde lo que tú quieres que pida, pido; y lo que tú no quieres, no quiero, ni aun puedo, ni me pasa por pensamiento querer; y pues son ya delante de tus ojos más validas y estimadas mis peticiones, pues salen de tí y “tú me mueves á ellas,, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido, saliendo ya mi juicio de tu rostro (Ps. XVI, 2), que es cuando los ruegos precias y oyes, rompe la tela delgada de esta vida y no la dejes llegar á que la edad y años naturalmente la corten, para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura que desea mi alma sin término ni fin.

CANCIÓN II

¡Oh cauterio suave!
 ¡Oh regalada llaga!
 ¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
 Que á vida eterna sabe,
 Y toda deuda paga!
 Matando, muerte en vida la has trocado!

DECLARACIÓN

En esta canción da á entender el alma cómo las tres personas de la Santísima Trinidad Padre é Hijo y Espíritu Santo son los que hacen en ella esta divina obra de unión. Y así la *mano* y el *cauterio* y el *toque*, en sustancia son una misma cosa, y pónelos estos nombres por cuanto por el efecto que hace cada una les conviene. El *cauterio* es el Espíritu Santo; la *mano* es el Padre; y el *toque* el Hijo. Y así engrandece aquí el alma al Padre é Hijo y Espíritu Santo, encareciendo tres grandes mercedes y bienes que en ella hacen, por haberla

trocado su muerte en vida, trasformándola en sí. La primera es *llaga regalada*, y ésta atribuye al Espíritu Santo; y por eso la llama *cauterio suave*. La segunda es *gusto de vida eterna*, y ésto atribuye al Hijo; y por eso la llama *toque delicado*. La tercera es haberla trasformado en sí, que es dádiva con que queda bien pagada el alma, y ésta atribúyese al Padre; y por eso la llama *mano blanda*. Y aunque aquí nombra las tres, por causa de las propiedades de los efectos, sólo con uno habla, diciendo: *En vida la has trocado*, porque todos ellos obran en uno, y así todo lo atribuye á uno, y todo á todos. Siguese el verso:

¡Oh cauterio suave!

“Este cauterio, como habemos dicho, es aquí el Espíritu Santo, porque como,, dice Moisés en el Deuteronomio: Nuestro Señor Dios es fuego consumidor (IV, 24); es á saber, fuego de amor, el cual como sea de infinita fuerza, inestimablemente puede consumir y transformar en sí á el alma que tocara. Pero á cada una abrasa “y absorbe,, como la halla dispuesta: á una más, y á otra menos; y esto cuanto él quiere, y cómo y cuando quiere. Y como él sea infinito fuego de amor, cuando él quiere tocar á el alma algo apretadamente, es el ardor del alma en tan sumo grado de amor, que le parece á ella que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo; que por eso “en esta junta llama ella al Espíritu Santo,, *cauterio*; porque “así como en el cauterio,, es donde está el fuego más intenso y vehemente y hace mayor efecto que en los demás ignitos, “así al acto de esta unión, por ser de inflamado fuego de amor más que todos los otros, por eso le llama *cauterio* respecto de ellos., Y por cuanto este divino fuego, en este caso, tiene trasformada el alma en sí, no solamente siente *cauterio*, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego. Y es cosa admirable y digna de contar, que con ser este fuego de Dios tan vehemente y consumidor, que con mayor facilidad consumiría mil mundos que el fuego de acá una raspa de lino, no consume y acaba “el alma en que arde de esta manera, ni menos le dé pesadumbre alguna, sino que antes á la medida de la fuerza del

amor la endiosa y deleita, abrasando y ardiendo en ella suavemente,, (1). Y esto es así, por la pureza y perfección del espíritu en que arde (2) en el Espíritu Santo, como acaeció en los *Actos de los Apóstoles*, donde viniendo este fuego con grande vehemencia abrasó á los discípulos (II, 3), los cuales, como dice San Gregorio (Hom. 30 in Evang.) interiormente ardieron en amor suavemente; y esto es lo que da á entender la Iglesia, cuando dice al mismo propósito: Vino fuego del cielo, no quemando, sino resplandeciendo; no consumiendo, sino alumbrando. (In officio feriæ 2.^a Pent.) Porque en estas comunicaciones, como el fin de Dios es engrandecer al alma, no la fatiga y aprieta, sino ensánchala y deléitala; “no la oscurece ni enceniza, como el fuego hace al carbón, sino,, clarificala y enriquécela, que por eso le dice ella *cauterio suave*.

Y así la dichosa alma que por grande ventura á este cauterio llega, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace, y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, ni le toca; porque esta alma es de quien dice el Apóstol: El espiritual todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado (1. ad Cor. II, 15). *Et iterum*: El espiritual todo lo rastrea, hasta lo profundo de Dios (Ibid. 10). Porque esta es la propiedad del amor, escudriñar todos los bienes del Amado. ¡Oh gran gloria de almas que merecéis llegar á este estado de sumo fuego, en el cual, pues, hay infinita fuerza para consumiros y aniquilaros, está claro que no consumiéndoos, inmensamente os consuma en gloria!

No os maravilléis que Dios llegue á algunas almas altamente hasta aquí, pues que el sol se particulariza (3) en hacer algunos efectos maravillosos, el cual, como dice el Espíritu Santo, de tres maneras abrasa los montes “esto es, de los santos,,.

Siendo, pues, este cauterio tan suave como aquí se ha dado á entender, ¿cuán regalada creeremos que estará el alma que de él fuere tocada?: queriéndolo ella decir no lo dice, sino quédase “con la

(1) Añadido.

(2) Ms. de Sevilla: «Con que arde.»

(3) «Singulariza.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

estimación en el corazón y con el encarecimiento en la boca,, por este término *Oh*, diciendo: *¡Oh cauterio suave!*

¡Oh regalada llaga!

“Habiendo el alma hablado con el cauterio, habla ahora con la llaga que hace el cauterio; y como el cauterio era *suave*, según se ha dicho, la llaga según razón ha de ser conforme al cauterio. Y así llaga de cauterio suave será *llaga regalada*, porque siendo el cauterio de amor *suave*, ella será *llaga de amor suave*, y así será regalada suavemente.,,

“Y para dar á entender cómo sea esta llaga con quien ella aquí habla, es de saber, que el cauterio del fuego material, en la parte do asienta siempre hace llaga, y tiene esta propiedad, que si se asienta sobre otra llaga que no era de fuego, la hace que sea de fuego: y eso tiene este cauterio de amor, que en el alma que toca, ahora esté llagada de otras llagas de miserias y pecados, ahora esté sana, luego la deja llagada de amor; y ya las que eran llagas de otra causa, quedan hechas llagas de amor. Pero en esto hay diferencia de este amoroso cauterio al del fuego material, que éste la llaga que hace no la puede volver á sanar, sino se aplican otros medicables. Pero la llaga del cauterio de amor no se puede curar con otra medicina, sino que el mismo cauterio que la hace, la cura, y el mismo que la cura, curando, la hace (1), porque cada vez que toca el cauterio de amor con la llaga de amor, hace mayor llaga de amor; y así cura y sana más, por cuanto llaga más; porque el amante, cuanto más llagado, está más sano, y la cura que hace el amor es llagar y herir sobre lo llagado, hasta tanto que la llaga sea tan grande que toda el alma venga á resolverse en llaga de amor. Y de esta manera ya toda cauterizada y hecha una llaga de amor, está toda sana en amor, porque está transformada en amor. Y en esta manera se entiende la llaga de que aquí habla el alma, toda llagada, y toda sana. Y porque, aunque está

(1) «Curando la cura, la hace.» (Ms. de Sevilla.)

toda llagada y toda sana, el cauterio de amor no deja de hacer su oficio, que es tocar y herir de amor, por cuanto ya está todo regalado y todo sano, el efecto que hace es regalar la llaga, como suele hacer el buen médico: por eso dice bien aquí el alma: *Oh llaga regalada.*

“¡Oh, pues, llaga tanto más regalada, cuanto es más alto y subido el fuego de amor que la causa, porque habiéndola hecho el Espíritu Santo solo á fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar á el alma sea grande, grande será esta llaga, porque grandemente será regalada! ¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar! ¡Oh venturosa, y mucho dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo, y la calidad de tu dolencia es regalo y deleite del alma llagada! Grande eres ¡oh deleitable llaga! porque es grande el que te hizo; y es grande tu regalo, pues el fuego de amor, que es infinito, según tu capacidad y grandeza te regala. ¡Oh, pues, regalada llaga, y tanto más subidamente regalada, cuanto más en el intimo centro de la sustancia del alma tocó el cauterio, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se puede regalar!., (1).

Este cauterio y esta llaga podemos entender que es el más alto grado que en este estado puede ser, porque hay otras muchas maneras de cauterizar Dios á el alma, que ni llegan aquí ni son como ésta, porque ésta es toque sólo de la divinidad en el alma, sin forma ni figura alguna intelectual ni imaginaria. “Pero otra manera de cauterizar al alma con forma intelectual suele haber muy subida y es en esta manera: Acaescerà que estando el alma inflamada en amor de Dios (aunque no esté tan calificada como aquí habemos dicho, pero harto conviene que lo esté para lo que aquí quiero decir), que sienta embestir en ella un Serafin con una flecha ó dardo encendidísimo en fuego de amor, traspasando á esta alma que ya está encendida como ascua, ó, por mejor decir, como llama, y cauterizarla subidamente; y entonces en este cauterizar traspasándola con aquella saeta, apresúrase la llama del alma y sube de punto con vehemencia, al modo que un encendido horno ó fragua, cuando le hornaguean ó

(1) Añadido.

trabucan el fuego, se afervora la llama; y entonces, al herir de este encendido dardo, siente la llaga el alma en deleite soberano (1); porque además de ser ella toda removida en gran suavidad al trabucamiento y moción impetuosa causada por aquel serafín, en que siente grande ardor y derretimiento de amor, siente la herida fina y la yerba, con que vivamente iba templado el hierro, como una viva punta en la sustancia del espíritu, como en el corazón del alma traspasado. Y en este íntimo punto de la herida, que parece que da en la mitad del corazón del espíritu, que es donde se siente lo fino del deleite, ¿quién podrá hablar como conviene? porque siente el alma allí como un grano de mostaza muy mínimo, vivísimo y encendidísimo, el cual de sí envía en circunferencia un vivo y encendido fuego de amor; el cual fuego, naciendo de la sustancia y virtud de aquel punto vivo, donde está la sustancia y virtud de la yerba, se siente difundir sutilmente por todas las espirituales y sustanciales venas del alma, según su potencia y fuerza, en lo cual siente ella convalescer y crecer tanto el ardor,, (2); y en ese ardor afinase tanto el amor que parecen en ella mares de fuego amoroso, que llega á lo alto y bajo de las máquinas, llenándolo todo el amor. “En lo cual parece al alma que todo el universo es un mar de amor en que ella está engolfada, no echando de ver término ni fin donde se acabe ese amor, sintiendo en sí, como hemos dicho, el vivo punto y centro de el amor,, (3). Y lo que aquí goza el alma, no hay más que decir, sino que allí siente cuán bien comparado está en el Evangelio el reino de los cielos al grano de mostaza, que por su gran calor, aunque tan pequeño, crece en árbol grande. (Matt. XIII, 31.) Pues que el alma se ve hecha como un inmenso fuego de amor, “que nace de aquel punto encendido del corazón del espíritu.,,

Pocas almas llegan á tanto como esto; más algunas han llegado, inayormente las de aquellos cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos, dando Dios la riqueza y valor á las

(1) «Sobre manera.» (Ms. de Sevilla.) «Sobre todo encarecimiento.» (Ms. de la primera Llama.)

(2) Variado.

(3) Añadido.

cabezas en las primicias del espíritu, según la mayor ó menor sucesión que habian de tener en su doctrina y espíritu.

Volvamos, pues, á la obra que hace aquel serafin, que verdaderamente es llagar y herir “interiormente en el espíritu., Y así, si alguna vez da Dios licencia para que salga algún efecto afuera en el sentido corporal, al modo que hirió dentro, sale la herida y llaga fuera, como acaeció cuando el Serafin hirió (1) al Santo Francisco, que llagándole el alma de amor “en las cinco llagas, también salió en aquella manera el efecto de ellas al cuerpo, imprimiéndolas también en el cuerpo, y llagándole también, como las habia impreso en su alma, llagándola de amor., (2). Porque Dios “ordinariamente., ninguna merced hace al cuerpo que primero y principalmente no la haga en el alma, y entonces cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor que causa la llaga dentro en el alma, tanto mayor es el dolor de fuera en la llaga del cuerpo; y creciendo lo uno crece lo otro; lo cual acaesce así, porque estando estas almas purificadas y fuertes en Dios, lo que á su corruptible carne es causa de dolor y tormento, en el espíritu fuerte y sano le es dulce y sabroso. Y así es cosa maravillosa sentir crecer el dolor con el sabor; la cual maravilla echó bien de ver Job en sus llagas, cuando dijo á Dios: *Reversusque, mirabiliter me crucias*. Volviéndote á mi, maravillosamente me atormentas (X, 16). Porque maravilla grande es, y cosa digna de la abundancia de la suavidad y dulzura que tiene Dios escondida para los que le temen (Ps. XXX, 20), hacer gozar tanto más sabor y dulzura, cuanto más dolor y tormento se siente (3). Pero cuando el llagar es “solamente., en el alma sin que se comunique fuera, puede ser el deleite más intenso y más subido, porque como la carne tenga enfrenado el espíritu, cuando los bienes espirituales de él se comunican también á ella, ella tira la rienda y enfrena la boca á este ligero caballo del espíritu y apágale su gran brío, “porque si él usá de su fuerza, la rienda se ha de romper; pero hasta que ella se rompa, no deja de

(1) «Llago» (Ms. de Burgos y los de la 1.^a Llama.) (2) Añadido.

(3) Los manuscritos de la 1.^a Llama añaden aquí un parrafillo. (Véase.)

tenerle oprimido de su libertad, porque como el Sabio dice,, (1): El cuerpo corruptible agrava el alma; y la terrena habitación oprime el sentido espiritual que de suyo comprehende muchas cosas. (Sap. IX, 15.) “Esto digo para que entiendan, que el que siempre se quisiere ir arrimando á la habilidad y discurso natural para ir á Dios, no será muy espiritual, porque hay algunos que piensan que á pura fuerza y operación del sentido, que de suyo es bajo y no más que natural, pueden venir á llegar á las fuerzas y alteza del espíritu sobrenatural, á que no se llega sin que el sentido corporal con su operación sea negado y dejado aparte. Pero otra cosa es cuando del espíritu se deriva efecto espiritual en el sentido, porque cuando asi es, antes puede acaecer (2) de mucho espíritu, como se ha dado á entender en lo que hemos dicho de las llagas, que de la fuerza interior salen afuera,, (3) y como en San Pablo, que del gran sentimiento que tenía de los dolores de Cristo “en el alma,, le redundaba en el cuerpo, según él dá á entender á los de Galacia, diciendo: Yo en mi cuerpo traigo las heridas de mi Señor Jesús. (VI, 17.)

“Del cauterio y de la llaga basta lo dicho, los cuales, siendo tales como aqui se han pintado, ¿cuál creemos que será la mano con que se da este cauterio y cuál el toque? El alma lo muestra en el verso siguiente, más encareciéndolo que declarando, diciendo asi:,,

¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!

“La cual mano, según hemos dicho, es el piadoso y omnipotente Padre. La cual hemos de entender,, (4) que pues es tan generosa y dadivosa cuanto poderosa y rica, ricas y poderosas dádivas dará al alma cuando se abre para hacerla mercedes, y así la llama *mano blanda*, que es como si dijera: ¡oh mano tanto más blanda para esta mi alma, que tocas asentándola blandamente, cuanto si la asentases algo pesada hundirías todo el mundo: pues de tu solo mirar la tierra se extremece (Ps. CIII, 32), las gentes se desatan y desfallecen y los

(1) Añadido.

(2) «Suele acaecer.» (Ms. de Burgos.)

(3) Añadido y variado.

(4) Añadido.

montes se desmenuzan (Habac. III, 6)! ¡Oh, pues, otra vez *blanda mano*, pues que así como fuiste dura y rigurosa para Job (XIX, 21), tocándole tántico asperamente, para mí eres tanto más amigable y suave, que para él fuiste dura, cuanto más amigable y graciosa y blandamente de asiento tocas en mi alma; porque tú haces morir y tú haces vivir, y no hay quien rehuya de tu mano! Mas tú, oh divina vida, nunca matas, sino para dar vida, así como nunca llagas sino es para sanar. “Cuando castigas, suavemente (1) tocas, y eso basta para consumir el mundo; pero cuando regalas, muy de propósito asientas; y así del regalo de tu dulzura no hay número., (2). Llagásteme para sanarme (Deuter. XXXII, 39) ¡oh divina mano! y mataste en mí lo que me tenia muerta sin la vida de Dios en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia de que usaste conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia (Hebr. I, 3), que es tu Unigénito Hijo, en el cual, siendo él tu sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin (Sap. VIII, 1); “y este Unigénito Hijo tuyo, ¡oh mano misericordiosa del Padre!, es el toque delicado con que me tocaste en la fuerza de tu cauterio y me llagaste., (3).

¡Oh, pues, tu toque delicado, Verbo Hijo de Dios, que por la delicadez de tu ser divino penetras sutilmente la sustancia de mi alma, y tocándola toda delicadamente, en ti la absorbes toda en divinos modos de deleites y suavidades nunca oídos en la tierra de Canaán ni vistas en Teman (Baruc. III, 22)! ¡Oh, pues, mucho, y en grande manera mucho delicado toque del Verbo, para mí tanto más, cuanto habiendo trastornado los montes y quebrantado las piedras en el monte Oreb con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante de tí, te diste “más suave y fuertemente., á sentir al profeta en el silvo de aire delicado (3. Reg. XIX, 11-12)! Oh aire delgado, como eres aire delgado y delicado, dí: ¿cómo tocas delgada y delicadamente, Verbo, Hijo de Dios, siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa, y

(1) «Levemente.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

(2) Añadido.

(3) Añadido.

muy mucho dichosa, el alma á quien tocares delgada y delicadamente, siendo tan terrible y poderoso! Di esto al mundo; “mas no se lo quieras decir al mundo,, porque no sabe él de aire delgado y no te sentirá (1), porque no te puede recibir ni te puede ver (Joan. XIV, 17), ¡oh Dios mio y vida mía!; sino aquéllos te verán, y sentirán tu toque delgado que enajenándose del mundo se pusieren en delgado, coniniendo delgado con delgado, “y así te podrán sentir y gozar: á los cuales,, tanto más delgadamente tocas, cuanto por estar ya adelgazada y pulida y purificada la sustancia de su alma, enajenada de toda criatura y de todo rastro “y de todo toque de ella,, estás tú escondido morando muy de asiento en ella: y en eso les abscondes á ellos en el escondrijo de tu rostro (que es el Verbo) de la conturbación de los hombres (Ps. XXX, 21). ¡Oh, pues, otra vez, y muchas veces delicado toque, tanto más fuerte y poderoso, cuanto más delicado; pues que con la fuerza de tu delicadez deshaces y apartas el alma de todos los demás toques “de las cosas criadas,, y la adjudicas y unes sólo para ti, y tan delicado efecto y deajo dejas en ella, que todo otro toque de todas las cosas altas y bajas le parece grosero y bastardo, si al alma toca, y le ofende aun mirarle, y le es pena y grave tormento tratarle y tocarle!

Y es de saber, que tanto más ancha y capaz es la cosa, cuanto más delgada es en si; y tanto más difusiva y comunicativa es, cuanto es más sutil y delicada. “El Verbo es inmensamente sutil y delicado, que es el toque que toca al alma. El alma es el vaso ancho y capaz, por la delgadez y purificación grande que tiene en este estado. ¡Oh, pues, toque delicado!, que tanto más copiosa y abundantemente te infundes en mi alma, cuanto tienes de más sutileza y mi alma de más pureza,,.

“Y también es de saber que cuanto más sutil y delicado es el toque, tanto más deleite y regalo comunica donde toca; cuanto menos, menos tomo y bulto tiene el toque. Este toque divino ningún bulto ni tomo tiene, porque el Verbo que le hace es ajeno de todo

(1) «No te *recibirá*.» (Ms. de Sevilla.)

modo y manera y libre de todo tomo, de forma, y figura, y accidentes, que es lo que suele ceñir y poner raya y término á la sustancia; y así este toque de que aquí se habla, por cuanto es sustancial (es á saber de la divina sustancia) es inefable,, (1): Oh, pues, finalmente, toque inefablemente delicado de el Verbo, pues no se hace en el alma menos que con tu simplicísima sustancia y con tu íntimo ser (2), el cual como es infinito, infinitamente es delicado, y por tanto tan sutil y amorosa y eminentemente y delicadamente toca.

Que á vida eterna sabe.

Que aunque no es en perfecto grado, es en efecto cierto sabor de vida eterna, como arriba queda dicho, que se gusta en este toque de Dios. Y no es increíble que sea así, creyendo, como se ha de creer, que este toque es toque de sustancia, es á saber, de sustancia de Dios en sustancia del alma, al cual en esta vida han llegado muchos santos. De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente, es imposible decirse, ni yo querría hablar en ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar y nombrar cosas tan subidas de Dios como en estas almas pasan, de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí, y sentirlo para sí, y callarlo y gozarlo el que lo tiene. Porque echa de ver el alma aquí en cierta manera ser estas cosas como el cálculo que dice San Juan que se daría al que venciese, y en el cálculo un nombre escrito que ninguno le sabe sino el que le recibe (Apoc. II, 17); y así sólo se puede decir y con verdad, *que á vida eterna sabe*, que aunque en esta vida no se goza perfectamente como en la gloria, con todo eso, este toque, por ser toque de Dios, á vida eterna sabe. Y así gusta el alma aquí de todas las cosas de Dios, comunicándosele la fortaleza, sabiduría y amor, hermosura, gracia y bondad, etc. Que como Dios sea todas estas cosas, gústalas el alma en un sólo toque

(1) Añadido y variado.

(2) «Con tu simplicísimo y sincerísimo ser.» (Ms. de Burgos.) «Con tu sencillísimo y simplicísimo ser.» (Ms. de Baeza.)

de Dios; y así el alma, según sus potencias y su sustancia goza. Y de este bien de que el alma goza, á veces redundá en el cuerpo “la unción del Espíritu Santo,, y goza toda la sustancia sensitiva, y todos los miembros y huesos y médulas, no tan remisamente como comunmente suele acaecer, sino con sentimiento de grande deleite y gloria, que se siente hasta en los últimos artejos de pies y manos. Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma, que en su manera engrandece á Dios sintiéndole en sus huesos, conforme aquello que David dice: *Omnia ossa mea dicent: Domine, quis similis tibi?* Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién habrá semejante á tí? (Ps. XXXIV, 10). Y porque todo lo que de esto se puede decir es menos, por eso basta decir así de lo corporal como de lo espiritual *que á vida eterna sabe.*

Y toda deuda paga.

“Esto dice el alma, porque en el sabor de vida eterna que aqui gusta, siente la retribución de los trabajos que ha pasado para venir á este estado, en el cual no solamente se siente pagada y satisfecha al justo, pero con grande exceso premiada. De manera que entiende bien la verdad de la promesa del Esposo en el Evangelio que daría ciento por uno (Matth. XIX, 23). De manera que no hubo tribulación, ni tentación, ni penitencia, ni otro cualquier trabajo que haya pasado, á que no corresponda ciento tanto de consuelo y deleite en esta vida. De manera que puede muy bien decir ya el alma: *Y toda deuda paga,,* (1).

“Y para saber cómo y cuáles sean estas deudas de que aqui el alma se siente pagada, es de notar, que de vía ordinaria ningún alma puede llegar á este alto estado y reino del desposorio,, (2), que no pase primero por muchas tribulaciones y trabajos; porque como se dice en los *Actos de los Apóstoles*, por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos (XIV, 21), las cuales ya en este estado son pasadas; porque de aqui adelante, porque el alma está purificada, no padece.

(1) Añadido.

(2) Variado.

“Los trabajos, pues, que padecen los que han de venir á este estado, son en tres maneras, conviene á saber: trabajos y desconsue- los, temores y tentaciones de parte del siglo, y esto de muchas maneras; tentaciones y sequedades y aflicciones de parte del sentido; tribulaciones, tinieblas, aprietos, desamparos, tentaciones y otros trabajos de parte del espíritu. Porque de esta manera se purifique según las partes, espiritual y sensitiva, de la manera que dijimos en la declaración del cuarto verso de la primera canción. Y la razón por qué son necesarios estos trabajos para llegar á este estado, es, porque así como un subido licor no se pone sino en un vaso fuerte, preparado y purificado, así esta altísima unión (1) no puede caer en el alma que no sea fortalecida con trabajos y tentaciones, y purificada con tribu- laciones, tinieblas y aprietos; porque por lo uno se purifica y fortalece el sentido, y por lo otro se adelgaza y purifica y dispone el espíritu; porque así como para unirse con Dios en gloria los espíritus impu- ros, pasan por las penas del fuego en la otra vida; así para la unión de perfección en ésta, han de pasar por el fuego de estas dichas penas, el cual en unos obra más y en otros menos fuertemente,, (2); en unos más largo tiempo, en otros menos, según el grado de unión á que Dios los quiere levantar, y conforme á lo que ellos tienen que purgar.

Por estos trabajos en que Dios pone al alma y sentido, va ella cobrando virtudes, fuerza y perfección con amargura: porque la virtud en la flaqueza se perfecciona (2. ad Cor. XII, 9), y en el ejerci- cio de pasiones se labra: porque no puede servir y acomodarse el hierro en la inteligencia del artífice sino es por fuego y martillo, según del fuego dice Jeremías que le puso en inteligencia, diciendo: Envió fuego en mis huesos y enseñóme (I, 13). Y del martillo dice también Jeremías: Castigástemme, Señor, y quedé enseñado (XXXI, 18). Por lo cual dice el Eclesiástico: El que no es tentado, ¿qué puede saber? y el que no es experimentado, pocas cosas conoce (XXXIV, 3).

Y aquí nos conviene notar la causa por qué hay tan pocos que lleguen á tan alto estado de perfección de unión de Dios: en lo cual

(1) Altísima *unción*. (Ms. de Burgos.)

(2) Añadido.

es de saber que no es, porque Dios quiera que haya pocos espíritus levantados (1), que antes querría que todos fuesen perfectos, sino que halla pocos vasos que sufran tan alta y subida obra, que como los prueba en lo menos, y los halla flojos, de suerte que luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo y mortificación, obrando con maciza paciencia, de aquí es que no hallándolos fuertes y fieles en aquello poco que les hacia merced de comenzarlos á desbastar y labrar, “echa de ver que lo serán mucho menos en lo mucho,, , y así no va adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra, por la labor de la mortificación, para la cual era menester mayor constancia y fortaleza que ellos muestran. “Y así hay muchos que desean pasar adelante y con gran continuación piden á Dios los traiga y pase á este estado de perfección; y cuando Dios los quiere comenzar á llevar por los primeros trabajos y mortificaciones, según es necesario, no quieren pasar por ellas, y hurtan el cuerpo, huyendo el camino angosto de la vida, buscando el ancho de su consuelo, que es el de la perdición; y así no dan lugar á Dios para recibir lo que le piden, cuando él se lo comienza á dar, y así se quedan como vasos inútiles; porque queriendo ellos llegar al estado de los perfectos, no quisieron ser llevados por el camino de los trabajos de ellos; pero ni aun casi comenzar á entrar en él, sujetándose á lo que era menos, que era lo que comunmente se suele padecer,, (2). Puédese responder á éstos aquello de Jeremías que dice: Si corriendo tú con los que iban á pie, trabajaste, ¿cómo podrás contender á atenerte con los caballos?; y como hayas tenido quietud en la tierra de paz ¿qué harás en la soberbia del Jordán? (XII, 5). Lo cual es como si dijera: Si con los trabajos que á pie llano ordinaria y humanamente acaecen á todos los vivientes, por tener tú tan corto paso tenias tú tanto trabajo, que te parecía que corrias, ¿cómo podrás igualar con el paso del caballo, que es ya trabajos más que ordinarios y comunes para que se requiere mayor fuerza y ligereza que de

(1) «No es porque no quiera que hubiese muchos de los espíritus levantados.» (Ms. B.)

(2) Añadido.

hombre? Y si tú no has querido dejar de conservar la paz y gusto de tu tierra, que es tu sensualidad, no queriendo armar guerra ni contradecirla en alguna cosa, no sé yo cómo querrás entrar en las impetuosas aguas de tribulaciones y trabajos del espíritu que son de más adentro.

¡Oh almas que queréis andar seguras y consoladas “en las cosas del espíritu! si supiéredes cuánto os conviene padecer sufriendo para venir á esa seguridad y consuelo, y cómo sin ésto no se puede venir á lo que el alma desea, sino antes volver atrás, en ninguna manera buscárades consuelo, ni de Dios, ni de las criaturas; mas antes llevaríades la cruz, y puestos en ella querriades beber allí la hiel y vinagre puro,, (1), y lo habriades á gran dicha, viendo como muriendo así al mundo y á vosotras mismas, viviríades á Dios en deleites de espíritu; y así sufriendo con paciencia y fidelidad lo poco exterior, mereceríades que pusiese Dios los ojos en vosotras para purgaros y limpiaros más adentro, por algunos trabajos espirituales más de adentro, para daros bienes más de adentro. Porque muchos servicios han de haber hecho á Dios, y mucha paciencia y constancia han de haber tenido, y muy aceptos han de haber sido delante de él en su vida y obras á los que él hace tan señalada merced de tentarlos más adentro, “para aventajarlos en dones y merecimientos,, como lo hizo con el Santo Tobías, á quien dijo San Rafael, que por haber sido acepto á Dios, le había hecho aquella merced de enviarle la tentación que le probase más, para engrandecerle más (XII, 13). Y así todo lo que le quedó de vida después de aquella tentación lo tuvo en gozo, como dice la Escritura Divina. Ni más ni menos vemos en el Santo Job, que en aceptando que aceptó Dios sus obras delante de los espíritus buenos y malos, luego le hizo merced de enviarle aquellos grandes trabajos para engrandecerle “después mucho más, como lo hizo multiplicándole los bienes en lo espiritual y temporal (I, II, et XLII, 12). De la misma manera lo hace Dios con los que quiere aventajar según la ventaja principal: que les hace y deja tentar, para

(1) Variado.

levantarlos todo lo que puede ser, que es llegar á la unión con la sabiduría divina, la cual, como dice David, es plata examinada con fuego, probada en la tierra (Ps. XI, 7), es á saber, de nuestra carne, y purgada siete veces, que es lo más que puede ser. Y no hay para qué detenernos más aquí en decir qué siete purgaciones sean éstas y cuál cada una de ellas, para venir á esta sabiduría, y cómo les responden siete grados de amor en esta sabiduría, la cual todavía en esta vida le es al alma como esta plata que dice David, aunque más unión en ella tenga; mas en la otra le será como oro,, (1).

Conviénele mucho, pues, al alma estar en gran paciencia y constancia en todas las tribulaciones y trabajos que la pusiere Dios de fuera y de dentro, espirituales y corporales, mayores y menores, tomándolo todo como de su mano para su bien y remedio, y no huyendo de ellos, pues son sanidad para ella: tomando en esto el consejo del Sabio que dice: *Si spiritus potestatem habentis ascenderit super te, locum tuum ne dimiseris: quia curatio faciet cessare peccata maxima*. Si el espíritu del que tiene la potestad descendiere sobre ti, no desampares tu lugar (Eccl. X, 4), esto es, el lugar y puesto de tu probación, que es aquel trabajo que te envía; porque la curación, dice, hará cesar muy grandes pecados, esto es, cortarte há las raíces de tus pecados é imperfecciones, que son los hábitos malos; “porque el combate de los trabajos, aprietos y tentaciones apagan los hábitos malos é imperfectos del alma y la purifican y fortalecen. Por lo cual el alma ha de tener en mucho cuando Dios le envía trabajos interiores y exteriores, entendiendo que son muy pocos los que merecen ser consumados por pasiones, padeciendo á fin de venir á tan alto estado,, (2).

Volviendo, pues, á nuestra declaración: conociendo aquí el alma que todo le ha salido bien y que ya *sicut tenebræ ejus ita et lumen ejus* (Ps. CXXXVIII, 12); y que como fué participante de las tribulaciones, lo es ahora de las consolaciones y del reino (2. ad Cor. I, 7), habiéndole muy bien respondido á los trabajos interiores y exte-

(1) Variado y añadido.

(2) Mudado.

riores con bienes divinos del alma y del cuerpo, sin haber trabajo que no tenga su correspondencia de grande galardón, confiésalo como ya bien satisfecha, diciendo: *Y toda deuda paga*. Dando á Dios gracias en este verso, como tambien hizo David en el suyo por haberle sacado de los trabajos, diciendo: ¡Cuántas tribulaciones me mostraste muchas y malas, y de todas ellas me libraste, y de los abismos de la tierra otra vez me sacaste; multiplicaste tu magnificencia, y volviéndote á mí, me consolaste! (LXX, 20-21). Así esta alma, que antes que llegase á este estado, estaba fuera (sentada como Mardoqueo á las puertas del palacio llorando en las plazas de Susan el peligro de su vida, vestido de silicio, no queriendo recibir la vestidura de la reina Ester (Ester. IV, 1), ni habiendo recibido algún galardón por los servicios hechos al rey, y la fe que había tenido en defender su honra y vida), en un día, como al mismo Mardoqueo, la pagan aquí todos sus trabajos y servicios, haciéndola no sólo entrar dentro del palacio y que esté delante del rey vestida con vestiduras reales, sino que también se le ponga la corona y el cetro y silla real, con posesión del anillo del rey, para que todo lo que quisiere haga, y lo que no quisiere no haga, en el reino de su Esposo; porque los de este estado todo lo que quieren alcanzan. “En lo cual no solamente queda pagada, más aún quedan muertos los judíos sus enemigos, que son los apetitos imperfectos, que le andaban quitando la vida espiritual, en que ya ella vive según sus potencias y apetitos,, (1); que por eso dice ella luego:

Matando, muerte en vida la has trocado.

Porque la muerte no es otra cosa sino privación de la vida, en viniendo la vida no queda rastro de muerte. Acerca de lo espiritual, dos maneras hay de vida: una es beatífica, que consiste en ver á Dios, y ésta se ha de alcanzar por muerte corporal y natural, como dice San Pablo, diciendo: Sabemos que si esta nuestra casa de barro se desatare, tenemos morada de Dios en los cielos (2. ad

(1) Variado.

Cor. V, 1). La otra es vida espiritual perfecta, que es posesión de Dios por unión de amor; y ésta se alcanza por la mortificación de todos los vicios y apetitos y de su misma naturaleza totalmente. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar á la perfección de esta vida espiritual de unión con Dios, según también lo dice el Apóstol por estas palabras diciendo: Si viviéredes según la carne, moriréis; pero si con el espíritu mortificáredes los hechos de la carne, viviréis (Rom. VIII, 13). De donde es de saber que lo que aquí el alma llama muerte es todo el hombre viejo, que es el uso de las potencias memoria, entendimiento y voluntad, ocupado y empleado en cosas del siglo, y los apetitos y gustos de criaturas. Todo lo cual es ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva, que es la espiritual, en la cual no podrá vivir el alma perfectamente sino muere también perfectamente al hombre viejo, como el Apóstol lo amonesta, diciendo: Que se desnuden el hombre viejo y se vistan del hombre nuevo, que según el omnipotente Dios es criado en justicia y santidad (Ephes. IV, 22). En la cual vida nueva, que es cuando ha llegado á esta perfección de unión con Dios, como aquí vamos tratando, todos los apetitos del alma y sus potencias según sus inclinaciones y operaciones (que de suyo eran operación de muerte y privación de vida espiritual) se truecan en divinas. Y como quiera que cada viviente viva por su operación, como dicen los filósofos, teniendo el alma sus operaciones en Dios por la unión que tiene con Dios, vive vida de Dios; y así se ha trocado su muerte en vida, que es vida animal (1) en vida espiritual. Porque el entendimiento, que antes de esta unión entendía naturalmente con la fuerza y vigor de su lumbre natural por la vida de los sentidos corporales, es ya movido é informado de otro más alto principio de lumbre sobrenatural de Dios, dejados aparte los sentidos; y así se ha trocado en divino, porque por la unión su entendimiento y el de Dios todo es uno. Y la voluntad, que antes amaba baja y muertamente sólo con su afecto natural, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino, porque ama altamente

(1) «Vida *natural*.» (Ms. de Burgos.)

con afecto divino, movida por la fuerza y virtud del Espíritu Santo, en que ya vive vida de amor (1); porque por medio de esta unión ya la voluntad de él y la de ella sola es una voluntad. Y la memoria, que de suyo percibía sólo las figuras y fantasmas de las criaturas, es trocada por medio de esta unión á tener en la mente los años eternos que dice David (Ps. LXXVI, 6). Y el apetito natural, que sólo tenía habilidad y fuerza para gustar el sabor de criatura, que obra muerte, ahora está trocado en gusto y sabor divino, movido y satisfecho ya por otro principio, donde está más á lo vivo, que es el deleite de Dios; porque está unido con él; y así ya sólo es apetito de Dios. Y finalmente, todos los movimientos y operaciones é inclinaciones que antes el alma tenía del principio y fuerza de su vida natural, ya en esta unión son trocados en movimientos divinos, “muertos á su operación é inclinación, y vivos en Dios,,. Porque el alma, como ya verdadera hija de Dios, en todo es movida por el Espíritu de Dios, como enseña San Pablo, diciendo: Que los que son movidos por el Espíritu de Dios, son hijos del mismo Dios (Rom. VIII, 14). De manera, que, según lo que está dicho, el entendimiento de esta alma es entendimiento de Dios, y la voluntad suya es voluntad de Dios, y su memoria memoria eterna de Dios, y su deleite deleite de Dios. Y la sustancia de esta alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede sustancialmente convertirse en él, pero estando unida como aquí está con él y absorba en él, es Dios (2) por participación de Dios; lo cual acaesce en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra. Y de esta manera está muerta el alma á todo lo que era en sí, que esto era muerte para ella, y viva á lo que es Dios en sí; y por eso hablando ella de sí dice bien en el verso (3): *Matando, muerte en vida la has trocado.*

De donde puede el alma muy bien decir aquí aquello de San Pablo: Vivo yo, ya no yo, mas vive en mí Cristo (Gal. II, 20). De esta manera está trocada la muerte de esta alma en vida de Dios, y le

(1) Vida de *Dios*. (Ms. de Burgos.)

(2) Y asimismo absorba, está hecha Dios. (Ms. de Sevilla.)

(3) Añadido.

cuadra también el dicho del Apóstol que dice: *Absorta est mors in victoria* (1, ad Cor. XV, 54), con el que dice también el Profeta Oseas en persona de Dios diciendo: *Ero mors tua, oh mors!* ¡Oh muerte!, yo seré tu muerte (XIII, 14); que es como si dijera: yo que soy la vida, siendo muerte de la muerte, la muerte quedará absorta en vida; de esta suerte está el alma absorta en vida divina, agenada de todo lo que es secular, temporal y apetito natural, introducida en la secreta morada del rey, donde se goza y alegra en su amado, acordándose de sus pechos sobre el vino, diciendo: Aunque soy morena, soy hermosa, hijas de Jerusalén, porque mi negrura natural se trocó en hermosura del rey celestial (1) (Cant. I, 3, 4). En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda interior y exteriormente como de fiesta y trae con gran frecuencia en el paladar de su espíritu un júbilo de Dios grande, como un cantar siempre nuevo, envuelto en alegría y en amor y en conocimiento de su feliz estado. A veces anda con gozo y fruición, diciendo en su espíritu aquellas palabras de Job, que dicen: Mi gloria se innovará siempre, y como palma multiplicaré yo los días (XXIX, 20); que es como decir: Dios, que permaneciendo en sí siempre de una manera, todas las cosas innova, como dice el sabio, estando ya siempre unido en mi gloria, siempre innovará mi gloria; esto es, no la dejará volver á vieja, como antes lo era; y multiplicaré los días como la palma; esto es, mis merecimientos hacia el cielo, como la palma hacia él envía sus enhiestas. “Porque los merecimientos del alma que está en este estado, son ordinariamente grandes en número y calidad, y también anda comunmente cantando á Dios en su espíritu,, (2) todo lo que dice David en el salmo que comienza *Exaltabo te, Domine, quoniam suscepisti me* (XXIX), particularmente en aquellos dos versos postreros que dicen: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi, etc., conscidisti saccum meum, et circumdedisti me letitia*. Para que te cante mi gloria y ya no sea compungido; Señor Dios mío, y para siempre te

(1) Aquí añade la primera Llama un párrafo bastante notable. (Véase atrás.)

(2) Añadido.

alabaré (Ps. XXIX, 12). “Y no es de maravillarse que el alma con tanta frecuencia ande en estos gozos, júbilo y fruición y alabanzas de Dios, porque además del conocimiento que tiene de las mercedes conocidas y recibidas,, (1), siente á Dios aquí tan solícito en regalarla con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras, y de engrandecerla con unas y otras mercedes, que le parece al alma que no tiene él otra en el mundo á quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que todo es para ella sola; y sintiéndolo así lo confiesa como la esposa en los Cantares diciendo: *dilectus meus mihi et ego illi* (II, 16).

CANCIÓN III

¡Oh lámparas de fuego,
 En cuyos resplandores
 Las profundas cavernas del sentido,
 Que estaba oscuro y ciego,
 Con extraños primores
 Calor y luz dan junto á su querido!

DECLARACIÓN

“Dios sea servido de dar aquí su favor, que cierto es menester mucho, para declarar la profundidad de esta canción; y el que la leyere habrá menester advertencia, porque si no tiene experiencia quizá le será algo oscura y prolija, como también si la tuviere por ventura, le sería clara y gustosa,,.

“En esta canción el alma encarece y agradece á su Esposo las grandes mercedes que de la unión que con él tiene recibe, por medio de la cual dice aquí que recibe muchas y grandes noticias de si mismo, todas amorosas, con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentido de su alma, que antes de esta unión estaba oscuro y ciego, puedan ya estar esclarecidas y con calor de amor, como lo están, para poder dar luz y amor al que las esclareció y enamoró; porque el verdadero amante entonces está contento cuando

(1) Añadido.

todo lo que él es en si y vale y tiene y recibe, lo emplea en el amado; y cuanto más ello es, tanto más gusto recibe en darle; y de eso se goza aquí el alma, porque de los resplandores y amor que recibe pueda ella resplandecer delante de su amado y amarle,, (1). Siguese el verso.

¡Oh lámparas de fuego.

Cuanto á lo primero es de saber que las lámparas tienen dos propiedades, que son lucir y dar calor. “Para entender qué lámparas sean éstas que aquí dice el alma y cómo lucen y arden en ella dándole calor,, es de saber, que Dios en su único y simple ser es todas las virtudes y grandezas de sus atributos; porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso, es justo, es fuerte y amoroso, etc., y otros infinitos atributos y virtudes que no conocemos. Y siendo él todas estas cosas en su simple ser, estando él unido con el alma, cuando él tiene por bien de abrirle la noticia, echa ella de ver distintamente en él todas estas virtudes y grandezas, conviene á saber, omnipotencia, sabiduría y bondad, misericordia, etc.; y como cada una de estas cosas sea el mismo ser de Dios en un solo supuesto suyo, que es el Padre ó el Hijo, ó el Espiritu Santo, siendo cada atributo de éstos el mismo Dios, y siendo Dios infinita luz é infinito fuego divino, como arriba queda dicho, de aquí es que en cada uno de estos atributos (que como dijimos son innumerables) y virtudes tuyas, luzca y dé calor como Dios: “y así cada uno de estos atributos es una lámpara que luce al alma y da calor de amor. Y por cuanto en un solo acto de esta unión recibe el alma las noticias de los atributos, juntamente le es al alma el mismo Dios muchas lámparas, que distintamente le lucen en sabiduría y dan calor; pues de cada una tiene distinta noticia, y de ella es inflamada de amor. Y así en todas estas lámparas particularmente el alma anda inflamada de cada una, y de todas ellas juntamente; porque todos estos atributos son un ser, como habemos dicho, y así todas estas lámparas son una lámpara que según sus vir-

(1) Variado y añadido al fin.

tudes y atributos luce y arde como muchas lámparas: por lo cual el alma en un solo acto de la noticia de estas lámparas ama por cada una, y en eso ama por todas juntas, llevando en aquel acto calidad de amor para cada una, y de cada una, y de todas juntas, y por todas juntas; porque el resplandor que le da esta lámpara del ser de Dios en cuanto es omnipotente, le da luz y calor de amor de Dios en cuanto es omnipotente. Y según esto ya Dios le es al alma lámpara de omnipotencia que le da luz, amor y toda noticia según este atributo; y el resplandor que le da esta lámpara según el ser de Dios, en cuanto es sabiduría, le hace luz y calor de amor de Dios en cuanto es sabio; y según esto ya le es Dios lámpara de sabiduría,,(1). Y el resplandor que le da esta lámpara de Dios en cuanto es bondad, le hace al alma luz y calor de amor de Dios en cuanto es bueno; y según esto ya le es Dios lámpara de bondad. Y ni más ni menos le es lámpara de justicia, y de fortaleza, y misericordia, y de todos los demás atributos que allí á el alma juntamente se le representan en Dios. Y la luz que juntamente de todos ellos recibe la comunica el calor de amor de Dios con que ama á Dios, porque es todas estas cosas; y de esta manera en esta comunicación y muestra que Dios hace de sí al alma, que á mi ver es la mayor que le puede hacer en esta vida, le es innumerables lámparas que de Dios le dan noticia y amor. Estas lámparas vió Moisés en el monte Sináí, donde pasando Dios apresuradamente delante de él, se postró en la tierra y comenzó á clamar y decir algunas de ellas, diciendo así: Emperador, Señor Dios misericordioso, clemente, paciente, de mucha misericación, verdadero y que guardas misericordia en millares, que quitas los pecados del mundo y maldades y delitos, que ninguno hay inocente de suyo delante de tí (Exod. XXXIV, 6-7). En lo cual se ve que Moisés, los más atributos y virtudes que allí conoció en Dios fueron los de la omnipotencia, señorío, deidad, misericordia, justicia, verdad y rectitud de Dios, que fué altísimo conocimiento de Dios; y porque según el conocimiento de Dios, fué también el amor que se le comunicó, fué subidísimo el

(1) Este párrafo está casi enteramente distinto en la 1.^a Llama.

deleite de amor y fruición que allí tuvo. De donde es de notar; que el deleite que el alma recibe en el arrobamiento de amor, comunicado por el fuego de la luz de estas lámparas, es admirable é inmenso, porque es tan copioso como de muchas lámparas, que cada una abrasa en amor, y ayudando también el calor de la una al calor de la otra, y la llama de la una á la llama de la otra, así como también la luz de la una á la luz de la otra, “porque por cualquier atributo se conoce el otro,, y así todas ellas están hechas una luz y un fuego, y cada una una luz y un fuego. Y aquí el alma inmensamente absorta en delicadas llamas, llagada sutilmente de amor en cada una de ellas, y en todas ellas juntas más llagada y viva en amor de vida de Dios; echando ella muy bien de ver, que aquel amor es de vida eterna, la cual es juntura de todos los bienes, como aquí en cierta manera lo siente el alma, conoce bien aquí el alma la verdad de aquel dicho del Esposo en los Cantares, cuando dijo que las lámparas del amor eran lámparas de fuego y de llamas (VIII, 6). ¡Hermosa eres en tus pisadas y calzado, hija del príncipe! (Cant. VII. 1). ¿Quién podrá contar la magnificencia y extrañez de tu deleite y majestad en el admirable resplandor y amor de tus lámparas?

“Cuenta la Escritura divina que una de estas lámparas pasó delante de Abrahám antiguamente, y le causó grandísimo horror tenebroso, porque la lámpara era de la justicia rigurosa que había de hacer adelante, de los *cananeos* (Gen. XV, 12-17). Pues todas estas lámparas de noticias de Dios que amigable y amorosamente lucen á tí, ¡oh alma enriquecida, cuanta más luz y deleite de amor te causarán, que causó aquélla de horror y tiniebla en Abrahám! ¡Y cuánto, y cuán aventajado, y de cuántas maneras será tu deleite, pues en todas y de todas recibes fruición y amor, comunicándose Dios á tus potencias según sus atributos y virtudes, porque cuando uno ama y hace bien á otro, hácele bien y ámale según su condición y sus propiedades; y así tu Esposo, estando en tí como quien él es, te hace las mercedes,, (1), porque siendo él omnipotente, hácete bien y ámate con

(1) Mudado.

omnipotencia; y siendo sabio, sientes que te hace bien y ama con sabiduría, y siendo infinitamente bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama y hace merced con santidad; y siendo justo, sientes que te ama y hace mercedes justamente; siendo misericordioso, piadoso y clemente, sientes su misericordia, piedad y clemencia; y siendo él fuerte y subido y delicado ser, sientes que te ama fuerte, subida y delicadamente; y como sea limpio y puro, sientes que con pureza y limpieza te ama; y como sea verdadero, sientes que te ama de veras, y como él sea liberal (Sap. VI, 17), conoces que te ama y hace mercedes con liberalidad sin algún interés, sólo por hacerte bien; y como él sea la virtud de la suma humildad, con suma humildad y con suma estimación te ama, é igualándote consigo, mostrándosete en estas vías de sus noticias él mismo alegremente, con este su rostro lleno de gracias y diciéndote en esta unión suya, no sin gran júbilo tuyo: yo soy tuyo y para tí, y gusto de ser tal cual soy para ser tuyo y para darme á tí. ¿Quién dirá, pues, lo que sientes, ¡oh dichosa alma!, conociéndote así amada y con tal estimación engrandecida? Tu vientre, que es tu voluntad, es como el de la esposa, semejante al montón de trigo que está cubierto y cercado de lirios (Cant. VII, 2). Porque en esos granos de pan de vida que tú juntamente estás gustando, los lirios de las virtudes que te cercan, te están deleitando; “porque estas son las hijas del rey que dice David, que te deleitaron con la mirra y el ámbar y las demás especies aromáticas, porque las noticias que te comunica el Amado de sus gracias y virtudes son sus hijas, en las cuales,, (1) estás tú tan engolfada é infundida que eres también el pozo de las aguas vivas que corren con ímpetu del monte Líbano, que es Dios (Cant. IV, 15). En lo cual eres maravillosamente letificada, según toda la armonía de tu alma, y aun la de tu cuerpo, “hecha toda un paraíso de regadio divino,, porque se cumpla también en tí el dicho del salmo que dice: *Fluminis impetus lætificat civitatem Dei*. El ímpetu del río letifica la ciudad de Dios (Ps. XLV, 5). ¡Oh admirable cosa, que á este tiempo está el alma

(1) Mudado.

rebotando aguas divinas (Joan. IV, 14); en ellas ella revertida como una abundosa fuente, que por todas partes rebosa aguas divinas; porque aunque es verdad que esta comunicación que vamos diciendo es luz y fuego de estas lámparas de Dios, pero es este fuego aquí, como habemos dicho, tan suave, que con ser fuego inmenso, es como aguas de vida que hartan la sed del espíritu con el ímpetu que él desea. De manera que estas lámparas de fuego son aguas vivas del Espíritu Santo, como las que vinieron sobre los Apóstoles (Act. II, 3), que aunque eran lámparas de fuego, también eran aguas puras y limpias, porque así las llama el profeta Ezequiel, cuando profetizó aquella venida del Espíritu Santo, diciendo: Infundiré, dice allí Dios, sobre vosotros agua limpia, y pondré mi espíritu en medio de vosotros (XXXVI, 25). Y así, aunque es fuego, también es agua, porque este fuego es figurado por el fuego del sacrificio, que escondió Jeremías en la cisterna, el cual en cuanto estuvo escondido era agua, y cuando le sacaban afuera para sacrificar era fuego (2. Machab. I, 20-22).

Y así este espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable hartando la sed al espíritu; y en cuanto se ejercita en sacrificio de amor á Dios, es llamas vivas de fuego (que son las lámparas del acto de la dilección) y de las llamas que arriba alegamos del Esposo en los Cantares (VIII, 6). “Y por eso aquí el alma las nombra llamas, porque no sólo las gusta en sí como aguas, sino también las ejercita en amor de Dios como llamas. Y por cuanto en la comunicación del espíritu de estas lámparas es el alma inflamada y puesta en ejercicio de amor, en acto de amor, antes las llama lámparas que aguas, diciendo,,: *Oh lámparas de fuego.*

Todo lo que se puede en este caso (1) decir es menos de lo que hay, porque la transformación del alma en Dios es indecible. Todo se dice en esta palabra, y es que el alma está hecha Dios de Dios por participación de él y de sus atributos, que son los que aquí llama lámparas de fuego,, (2).

(1) «En esta canción.» (Mss. de Sevilla y Baeza.)

(2) Variado.

En cuyos resplandores.

“Y para que se entienda qué resplandores son éstos de las lámparas que aquí dice el alma, y cómo el alma resplandece en ellos, es de saber, que estos resplandores son las noticias amorosas que las lámparas de los atributos de Dios dan de sí al alma, en los cuales ella unida según sus potencias, ella también resplandece como ellos, trasformada en resplandores amorosos. Y esta ilustración de resplandores en que el alma resplandece con calor de amor no es como la que hacen las lámparas materiales que con sus llamaradas alumbran las cosas que están alrededor, sino como las que están dentro de las llamas, porque el alma está dentro de estos resplandores, que por eso dice: *En cuyos resplandores*, que es decir dentro. Y no sólo eso, sino, como hemos dicho, trasformada y hecha resplandores; y así diremos, que es como el aire que está dentro de la llama, encendido y trasformado en la llama,, (1), porque la llama no es otra cosa que aire inflamado, y los movimientos y resplandores que aquella llama hace ni son sólo del aire, ni sólo del fuego de que está compuesta, sino junto del aire y fuego, y el fuego los hace hacer á el airé que en si tiene inflamado. A este talle entenderemos que el alma con sus potencias está esclarecida dentro de los resplandores de Dios; y los movimientos de esta llama divina (que son los vibramientos y llamaradas que hemos arriba dicho), no las hace sola el alma trasformada en las llamas del Espíritu Santo, ni las hace sólo él, sino él y el alma juntos, moviendo al alma, como hace el fuego al aire inflamado. Y así estos movimientos de Dios y el alma juntos, no sólo son resplandores, sino también glorificaciones en el alma, porque estos movimientos y llamaradas son los juegos y fiestas alegres que en el segundo verso de la primera canción decíamos que hacía el Espíritu Santo en el alma, en los cuales parece que siempre está queriendo acabar de darle la vida eterna y acabarla de trasladar á su perfecta gloria, entrándola ya de veras en sí; porque todos los bienes prime-

(1) Variado.

ros y postreros, mayores y menores que Dios hace al alma, siempre se los hace con motivo de llevarla á vida eterna; bien así como la llama todos los movimientos y llamaradas que hace con el aire inflamado son á fin de llevarle consigo al centro de su esfera; y todos aquellos movimientos que hace es un porfiar por llevarle más á sí; más así como porque el aire está en su propia esfera no le lleva, así, aunque estos movimientos del Espíritu Santo son eficacísimos en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire desta vida de carne, y pueda entrar en el centro del espíritu de la vida perfecta en Cristo.

Pero es de saber, que estos movimientos de la llama más son movimientos del alma que movimientos de Dios, “porque Dios no se mueve,,. Y así estos visos de gloria que se dan al alma son estables, perfectos y continuos, con firme serenidad en Dios; lo cual también será en el alma después sin alteración de más y menos, y sin interpolación de movimientos; y entonces verá el alma claro, cómo aunque le parecía que acá se movía Dios en ella, en sí mismo no se mueve, como el fuego tampoco se mueve en su esfera; “y cómo por no estar ella perfecta en gloria tenía aquellos movimientos y llamaradas en el sentimiento de gloria,,.

“Por lo que está dicho, y por lo que ahora diremos, se entenderá más claro cuánta sea la excelencia de los resplandores de estas lámparas que vamos diciendo, porque estos resplandores, por otro nombre se llaman obumbraciones,, (1). Para inteligencia de lo cual es de saber, que obumbración quiere decir tanto como hacimiento de sombra, y hacer sombra es tanto como amparar y favorecer y hacer mercedes, porque cubriendo la sombra, es señal que cada persona, cuya es, está cerca para favorecer y amparar. Y por eso aquella gran merced que hizo Dios á la Virgen María de la concepción del Hijo de Dios, la llamó el ángel San Gabriel *obumbración del Espíritu Santo*, diciendo: El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te hará sombra (Luc. I, 35). Para entender bien cómo sea este haci-

(1) Notablemente variado.

miento de sombra de Dios, ú obumbramiento ó resplandores (1), que todo es uno, es de saber, que cada cosa tiene y hace la sombra conforme al talle y propiedad de la misma cosa: si la cosa es opaca y oscura, hace sombra oscura, y si la cosa es clara y sutil, hace la sombra clara y sutil (2); “y así la sombra de una tiniebla hará otra tiniebla al talle de aquella tiniebla; y la sombra de una luz será otra luz al talle de aquella luz.,”

Pues como quiera que estas virtudes y atributos de Dios sean lámparas encendidas y resplandecientes, estando tan cerca del alma, como hemos dicho, no podrán dejar de tocarla con sus sombras, las cuales también han de ser encendidas y resplandecientes al talle de las lámparas que las hacen; y así estas sombras serán resplandores. De manera que según esto, la sombra que hace al alma la lámpara de la hermosura de Dios, será otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura de Dios; y la sombra que la hace la fortaleza, será otra fortaleza al talle de la de Dios; y la sombra que la hace la sabiduría de Dios, será otra sabiduría de Dios al talle de la de Dios, y así de las demás lámparas, ó por mejor decir, será la misma sabiduría y la misma hermosura y la misma fortaleza de Dios en sombra, porque el alma acá perfectamente no lo puede comprender. La cual sombra, por ser ella tan al talle y propiedad de Dios, que es el mismo Dios, en sombra conoce bien el alma la excelencia de Dios. Según esto, ¿cuáles serán las sombras que hará el Espíritu Santo á esta alma de las grandezas de sus virtudes y atributos, estando tan cerca de ella, que no sólo la toca en sombras, mas está unido con ella en sombras y resplandores, entendiendo y gustando en cada una de ellas á Dios, según la propiedad y talle de él en cada una de ellas? Porque entiende y gusta la omnipotencia divina en sombra de omnipotencia; y entiende y gusta la sabiduría divina en sombra de sabiduría divina; y entiende y gusta la bondad infinita en sombra que le cerca de bondad infinita, etc. Finalmente gusta la gloria de

(1) «Sombra de Dios ú obumbramiento de grandes resplandores.» (Ms. de Sevilla.)

(2) La primera Llama añade aquí un parrafillo.

Dios en sombra de gloria, que hace saber la propiedad y talle de la gloria de Dios, pasando todo esto en claras y encendidas sombras de aquellas claras y encendidas lámparas todas en una lámpara de un solo y sencillo ser de Dios que á tal alma le resplandece de todas estas maneras. ¡Oh, pues, qué sentirá aquí el alma, que experimentando aquí la noticia y comunicación de aquella figura que vió Ezequiel (*I per totum*) en aquel animal de cuatro caras, y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo cómo el aspecto suyo es como de carbones encendidos y como aspecto de lámparas, y viendo la rueda que es la sabiduría de Dios llena de ojos de dentro y fuera, que son las noticias divinas y resplandores de sus virtudes! Y sintiendo en su espíritu aquel sonido que hacian en su paso, que era como sonido de multitud y de ejércitos, que significan muchas grandezas de Dios, que aquí el alma, en un solo sonido de un paso que Dios da por ella distintamente conoce. Y finalmente, gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice el profeta era como el sonido de muchas aguas, y como sonido del altísimo Dios, las cuales significan el ímpetu que habemos dicho de las aguas divinas, que en el alzar del Espíritu Santo en la llama de amor, letificando á él el alma, la embisten, gozando aquí la gloria de Dios en su semejanza y favor de su sombra, como también este profeta dice, que la visión de aquel animal y rueda era semejanza de la gloria del Señor,,.

“Cuán elevada se sienta aquí esta dichosa alma; cuán engrandecida se conozca; cuán admirada se vea en hermosura santa, ¿quién lo podrá decir? Viéndose ella de esta manera embestida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores, echa de ver que el Padre Eterno la ha concedido con larga mano el regadío superior é inferior, como hizo á Axa su Padre, cuando ella suspiraba; pues estas aguas á el alma y cuerpo, que es la parte superior é inferior, regando penetran,,.

“¡Oh admirable excelencia de Dios!, que con ser estas lámparas de los atributos divinos un simple ser, y en él sólo se gusten, se vean y gusten distintamente tan encendida cada una como la otra, y siendo cada una sustancialmente la otra. ¡Oh abismo de deleites!,

que tanto más abundante eres cuanto están tus riquezas más recogidas en unidad y simplicidad infinita de tu único ser. Donde de tal manera se conoce y gusta lo uno, que no impide al conocimiento y gusto perfecto de lo otro, antes cada cual gracia y virtud que hay en tí, es luz que hay de cualquiera otra grandeza tuya, porque por tu limpieza, ¡oh sabiduría divina!, muchas cosas se ven en tí, viéndose una; porque tú eres el depósito de los tesoros del Padre (Sap. VII, 26). El resplandor de la luz eterna, espejo sin mancilla é imagen de su bondad,, (1). *En cuyos resplandores.*

VERSO III

Las profundas cavernas del sentido.

§ I

Estas cavernas son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, las cuales son tan profundas cuanto de grandes bienes son capaces, pues no se llenan con menos que infinito; las cuales por lo que padecen, cuando están vacías, echaremos en alguna manera de ver, lo que se gozan y deleitan cuando de su Dios están llenas: pues que por un contrario se da luz del otro. Cuanto á lo primero es de notar, que estas cavernas de las potencias, cuando no están vacías y purgadas y limpias de toda afición de criatura, no sienten el vacío grande de su profunda capacidad. Porque en esta vida cualquiera cosilla que á ellas se pegue basta para tenerlas tan embarazadas y embelesadas que no sientan su daño ni echen menos sus inmensos bienes, ni conozcan su capacidad. Y es cosa admirable, que con ser capaces de infinitos bienes, baste el menor de ellos á embarazarlas de manera que no los puedan recibir hasta de todo punto vaciarse, como luego diremos. Pero cuando están vacías y limpias es intolerable la sed y hambre y ansia del sentido espiritual; porque como son profundos los estómagos de estas cavernas, profun-

(1) Mudado.

damente penan, porque el manjar que echan menos también es profundo; que, como digo, es Dios. Y este tan grande sentimiento comunmente acaece hacia los fines de la iluminación y purificación del alma, antes que llegue á la unión donde ya se satisface aquel apetito espiritual; porque como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura y afección de ella, y perdido el temple natural, está templado á lo divino y tiene ya el vacío dispuesto, y como todavía no se le comunica lo divino en unión de Dios, llega el penar de este vacío y sed más que á morir, mayormente cuando por algunos visos ó resquicios se le trasluce algún rayo divino, y no se lo comunica Dios. Y estos son los que penan con amor impaciente, que no pueden estar mucho sin recibir ó morir.

§ II

Cuanto á la primera caverna que aqui ponemos, que es el entendimiento, su vacío es sed de Dios, y ésta es tan grande “cuando él está dispuesto,, que la compara David á la de el ciervo (no hallando otra mayor á qué compararla), que dicen es vehemētisima, diciendo: *Quemadmodum desiderat cervus ad fontes aquarum: ita desiderat anima mea ad te, Deus*. Como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí, Dios (Ps. XLI; 1); y esta sed es de las aguas de la sabiduría de Dios, que es el objeto del entendimiento.

La segunda caverna es la voluntad, y el vacío de ésta es hambre de Dios tan grande, que hace desfallecer al alma, según lo dice también David, diciendo: Codicia y desfallece mi alma á los tabernáculos del Señor (Ps. LXXXIII, 3). Y esta hambre es la perfección de amor que el alma pretende.

La tercera caverna es la memoria, y el vacío de ésta es deshacimiento y derretimiento del alma por la posesión de Dios, como lo nota Jeremías diciendo: *Memoria memor ero et tabescet in me anima mea; hæc recolens in corde meo, ideo sperabo*. Esto es, como con memoria me acordaré y de él mucho me acordaré, y derretirse ha mi

alma en mí, revolviendo estas cosas en mi corazón, viveré en esperanza de Dios (Thren. III, 20). Es, pues, profunda la capacidad de estas cavernas, porque lo que en ellas puede haber, que es Dios, es profundo é infinito, y así será en cierta manera su capacidad infinita; y así su sed es infinita; su hambre también es profunda é infinita; su deshacimiento y pena es muerte infinita, que aunque no se padece tan intensamente como en la otra vida, pero padécese una viva imagen de aquella privación infinita, por estar el alma en cierta disposición para recibir su lleno. Aunque este penar es de otro temple, porque es en los senos del amor de la voluntad, que no es el que alivia la pena, pues cuanto mayor es el amor, es tanto más impaciente por la posesión de su Dios, á quien espera por momentos de intensa codicia.

§ III

Pero válgame Dios, pues que es verdad que cuando el alma desea á Dios con entera verdad, tiene ya al que ama, como dice San Gregorio sobre San Juan: ¿cómo pena por lo que ya tiene? (Hom. 30 in Ev.), porque en el deseo, que dice San Pedro (1.^a, I, 12), que tienen los ángeles de ver al Hijo de Dios no hay alguna pena ni ansia, porque ya le poseen. Y así parece que si el alma, cuanto más desea á Dios, más le posee, y la posesión de Dios da deleite y hartura al alma (como en los ángeles que estando cumpliendo su deseo, en la posesión se deleitan, estando siempre hartando su alma con el apetito, sin fastidio de hartura; por lo cual, porque no hay fastidio, siempre desean, y porque hay posesión, no penan), tanto más de hartura y deleite había el alma de sentir aquí en este deseo, cuanto mayor es el deseo, pues tanto más tiene á Dios, y no de dolor y pena. En esta cuestión viene bien notar la diferencia que hay en tener á Dios por gracia en sí solamente, y en tenerle también por unión, que lo uno es bien quererle, y lo otro es también comunicarse, que es tanta la diferencia como la que hay entre el desposorio y el matrimonio, porque en el desposorio sólo hay un igualado sí, y una sola voluntad de ambas

partes, y joyas y ornato de desposada, que se las da graciosamente el desposado; mas en el matrimonio hay también comunicación de las personas y unión; y en el desposorio, aunque algunas veces hay visitas del Esposo á la esposa, y le da dádivas, como decimos; pero no hay unión de las personas, que es el fin del desposorio. Ni más ni menos cuando el alma ha llegado á tanta pureza en sí y en sus potencias, que la voluntad esté muy pura y purgada de otros gustos y apetitos extraños, según la parte inferior y superior, y enteramente dado el sí acerca de todo esto en Dios. Siendo ya la voluntad de Dios y del alma una en un consentimiento pronto y libre (1), ha llegado á tener á Dios por gracia de voluntad, “todo lo que puede por vía de voluntad y gracia,, y esto es haberle Dios dado en el *sí* de ella su verdadero *sí* y entero de su gracia. Y este es un alto estado de desposorio espiritual del alma con el Verbo Dios, en el cual el Esposo la hace grandes mercedes y la visita amorosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites; pero no tienen que ver con los del matrimonio, porque todos aquellos son disposiciones para la unión del matrimonio, que aunque es verdad que esto pasa en el alma que está purgadísima de toda afección de criatura, porque no se hace el desposorio espiritual (como decimos) hasta esto, todavía há menester el alma otras disposiciones positivas de Dios, de sus visitas y dones en que la va más purificando y hermozeando y adelgazando para estar decentemente dispuesta para tan alta unión. Y en esto pasa tiempo, en unas más y en otras menos, porque lo va Dios haciendo al modo del alma; y esto es figurado por aquellas doncellas que fueron escogidas para el rey Asuero (Esther. II, 12), que aunque las habían ya sacado de sus tierras y de las casas de sus padres, todavía antes que las llegasen al lecho del rey, las tenían un año (aunque en el palacio) encerradas; de manera que el medio año se estaban disponiendo con ciertos ungüentos de mirra y otras especies; y el otro medio año con otros ungüentos más subidos; y después de esto iban al lecho del rey.

En el tiempo, pues, de este desposorio y espera del matrimonio

(1) «*Propio* y libre.» (Mss. de Baeza y Sevilla.)

en las unciones del Espíritu Santo, cuando son ya más altos ungüentos de disposiciones para la unión de Dios, suelen ser las ansias de las cavernas del alma extremadas y delicadas; porque como aquellos ungüentos son ya más próximamente dispositivos para la unión de Dios, porque son más allegados á Dios, y por eso saborean al alma y la engolosinan más delicadamente de Dios, es el deseo más delicado y profundo; porque el deseo de Dios es disposición para unirse con Dios.

§ IV

¡Oh qué buen lugar era éste para avisar á las almas que Dios llega á estas delicadas unciones, que miren lo que hacen y en cuyas manos se ponen, porque no vuelvan atrás, sino que es fuera del propósito á que vamos hablando. Mas es tanta la mancilla y lástima que cae en mi corazón ver volver las almas atrás, no solamente no se dejando ungir, de manera que pase la unción adelante, sino aun perdiendo los afectos de la unción de Dios, que no tengo de dejar de avisarlas aquí acerca de esto lo que deben hacer para evitar tanto daño, aunque nos detengamos un poco en volver al propósito que yo volveré luego á él. Aunque todo hace á la inteligencia de la propiedad de estas cavernas, y por ser muy necesario, no sólo para estas almas que van tan prósperas, sino también para todas las demás que andan en busca de su amado, lo quiero decir.

Cuanto á lo primero, es de saber, que si el alma busca á Dios, mucho más la busca su amado Dios á ella; y si ella le envía á él sus amorosos deseos, que le son á él tan olorosos como la virgúlica del humo que sale de las especies aromáticas de la mirra y del incienso (Cant. III, 6), él á ella le envía el olor de sus ungüentos con que la atrae y hace correr hacia él, que son sus divinas inspiraciones y toques, los cuales siempre que son suyos van ceñidos y regulados con motivo de la perfección de la ley de Dios y de la fe, por cuya perfección ha de ir el alma siempre llegándose más á Dios. Y así ha de entender el alma, que el deseo de Dios, en todas las mercedes que

le hace en las unciones y olores de sus ungüentos, es disponerla para otros más subidos y delicados ungüentos, más hechos al temple de Dios; hasta que venga en tan delicada y pura disposición que merezca la unión de Dios y transformación sustancial en todas sus potencias.

Advirtiéndolo, pues, el alma que en este negocio es Dios el principal agente y el mozo de ciego que la ha de guiar por la mano á donde ella no sabría ir (que es á las cosas sobrenaturales, que no puede su entendimiento ni voluntad ni memoria saber como son), todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo “al que la guía según el camino que Dios le tiene ordenado en perfección de amor de Dios y de la ley de Dios y la fe,, como decimos. Y este impedimento le puede venir si se deja llevar y guiar de otro ciego; y los ciegos que la podrían sacar del camino son tres. Conviene á saber: el maestro espiritual, y el demonio, y ella misma. “Y porque entienda el alma cómo esto sea, trataremos un poco de cada uno de estos ciegos,, (1).

Cuanto á lo primero, grandemente le conviene al alma que quiere ir adelante en el recogimiento y perfección, mirar en cuyas manos se pone; porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo, y cual el padre tal el hijo. Y adviértase que para este camino, á lo menos para lo más subido de él y aun para lo mediano, apenas se hallará una guía cabal según todas las partes que ha menester; porque demás de ser sabio y discreto es menester que sea experimentado; porque para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo que es puro y verdadero espíritu, no atinará á examinar al alma en él, cuando Dios se lo da, ni aun lo entenderá.

Destá manera muchos maestros espirituales hacen mucho daño á muchas almas, porque no entendiéndolos las vías y propiedades del espíritu, de ordinario hacen perder á las almas la unción destes delicados ungüentos con que el Espíritu Santo les va ungiendo y disponiendo para sí, instruyéndolas ellos por otros modos rateros que

(1) Añadido.

ellos han usado ó leido por ahí, que no sirven más que para principiantes, que no sabiendo ellos más que para éstos, y aun eso plega á Dios, no quieren dejar las almas pasar (aunque Dios las quiera llevar), á más de aquellos principios y modos discursivos é imaginarios, para que nunca excedan y salgan de la capacidad natural, con que el alma puede hacer muy poca hacienda,, (1).

§ V

Y para que mejor entendamos esta condición de principiantes, es de saber, que el estado y ejercicio de los principiantes es de meditar y hacer actos y ejercicios discursivos con la imaginación. En este estado necesario le es al alma que se le dé materia para que medite y discurra, y le conviene que de suyo haga actos interiores y se aproveche del sabor y jugo sensitivo en las cosas espirituales, porque cebando el apetito con sabor de las cosas espirituales se desarraiga del sabor de las cosas sensuales y desfallece en las cosas del siglo. Mas cuando ya el apetito está algo cebado y habituado á las cosas del espíritu en alguna manera, con alguna fortaleza y constancia, luego comienza Dios, como dicen, á destetar el alma y ponerla en estado de contemplación, lo cual suele ser en algunas personas muy en breve, mayormente en gente religiosa, porque más en breve, dejadas las cosas del siglo, acomodan á Dios el sentido y el apetito, y pasan su ejercicio al espíritu, obrando Dios en ellos. Lo cual es cuando ya cesan los actos discursivos y meditaciones de la propia alma y los jugos y fervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes, ni hallar nada de arrimo para el sentido; este sentido, quedando en sequedad, por cuanto le mudan el caudal á el espíritu, que no cae en sentido. Y como quiera que naturalmente todas las operaciones que puede de suyo hacer el alma no sean sino por el sentido, de aqui es que ya Dios en este estado es el agente, y el alma es la

(1) Algo variado y añadido.

paciente; porque ella sólo se ha como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace, dándole los bienes espirituales en la contemplación, que es noticia y amor divino junto, esto es, noticia amorosa, sin que el alma use de sus actos y discursos naturales (porque no puede ya entrar en ellos como antes).

§ VI

De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar el alma, por modo contrario del primero; que si antes le daban materia para meditar y meditaba, que ahora antes se la quiten y que no medite (porque como digo), no podrá, aunque quiera, y en vez de recogerse se distraerá; y si antes buscaba jugo y amor y fervor, y le hallaba, ya no le quiera ni le busque, porque no sólo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad, porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente le están dando en el espíritu, por la obra que él quiere hacer por el sentido. Y así, perdiendo lo uno, no hace lo otro, pues ya no se le dan los bienes por el sentido como antes. Y por eso en este estado en ninguna manera la han de imponer en que medite y se ejercite en actos, ni procure sabor ni fervor, porque sería poner obstáculo al principal agente, que (como digo), es Dios, el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa, sin especificación de actos, aunque algunas veces los hace especificar en el alma con alguna duración. Y así entonces el alma también se ha de andar sólo con advertencia amorosa á Dios, sin especificar actos. Habiéndose, como habemos dicho, pasivamente sin hacer de suyo diligencias, con la determinación y advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor. Que, pues, Dios entonces en el modo de dar trata con ella con noticia sencilla y amorosa, también el alma trate con él en modo de recibirlo con noticia y advertencia sencilla y amorosa, para que así se junten noticia con noticia y amor con amor,

porque conviene que el que recibe se haya al modo de lo que recibe, y no de otra manera, para poderlo recibir y retener como se lo dan. Porque como dicen los filósofos, cualquiera cosa que se recibe está en el recipiente al modo que sea el recipiente. De donde está claro, que si el alma entonces no dejase su modo activo natural, no recibiría aquel bien sino á modo natural, y así no le recibiría sino quedarse hia solamente con acto natural; porque lo sobrenatural no cabe en el modo natural, ni tiene que ver en ello. Y así totalmente, si el alma quiere entonces obrar de suyo habiéndose de otra manera más que con la advertencia amorosa pasiva (que habemos dicho), muy pasiva y tranquilamente sin hacer acto natural (si no es como cuando Dios la uniere en algún acto), pondría impedimento á los bienes que sobrenaturalmente le está Dios comunicando en la noticia amorosa. Lo cual al principio acaesce en ejercicio de purgación interior en que padece, como habemos dicho arriba, y después, en suavidad de amor. La cual noticia amorosa, si como digo (y así es la verdad), se recibe pasivamente en el alma al modo de Dios sobrenatural, y no al modo del alma natural: síguese que para recibirla ha de estar esta alma “muy aniquilada en sus operaciones naturales,, y estar desembarazada, ociosa, quieta y pacífica y serena al modo de Dios; bien así como el aire que cuanto más limpio está de vapores y cuanto más sencillo y quieto, más le clarifica y calienta el sol. De donde el alma no ha de estar asida á nada, no á ejercicio de meditación, ni discurso; no á sabor alguno, ahora sea sensitivo ahora espiritual; no á otras cualesquier operaciones, porque se requiere el espíritu tan libre y aniquilado acerca de todo, que cualquiera cosa de pensamiento ó discurso ó gusto á que entonces el alma se quiera arrimar, la impediría é inquietaría y haría ruido en el profundo silencio que conviene que haya en el alma, según el sentido y el espíritu, para tan profunda y delicada audición, que habla Dios al corazón en esta soledad, que dijo por Oseas (II, 4), en suma paz y tranquilidad, escuchando y oyendo el alma lo que habla el Señor Dios en ella, como dice David (Ps. LXXXIV, 9), porque habla esta paz en esta soledad.

§ VII

Por tanto, cuando acaesciere que de esta manera se siente el alma poner en silencio y escucha aún el ejercicio de la advertencia amorosa, que dije, ha de olvidar, para que se quede libre para lo que entonces la quiere el Señor; porque de aquella advertencia amorosa sólo ha de usar cuando no se siente poner en soledad, ú ociosidad interior (1), ú olvido ó escucha espiritual: lo cual para que lo entienda siempre que acaesce es con algún sosiego pacífico y absorbimiento interior.

Por tanto, en toda sazón y tiempo, ya que el alma ha comenzado á entrar en este sencillo y oscuro estado de contemplación, que acaesce cuando ya no puede meditar ni acierta á hacerlo, no ha de querer traer delante de sí meditaciones ni arrimarse á jugos ni sabores espirituales, sino estar desarrimada, en pie, el espíritu desasido del todo sobre todo eso, como dijo Habacuc (II, 1), que había él de hacer para oír lo que le dijese el Señor: Estaré, dice, en pie sobre mi guarda, y afirmaré mi paso sobre mi munición, y contemplaré lo que se me dijere. “Es como si dijera, levantaré mi mente sobre todas las operaciones y noticias que pueden caer en mis sentidos y lo que ellos puedan guardar y retener en sí, dejándolo todo abajo; y afirmaré el paso de la munición de mis potencias, no dejándolas dar paso de operación propia, para que pueda recibir por contemplación lo que se me comunicare de parte de Dios, porque ya hemos dicho que la contemplación pura consiste en recibir.

No es posible que esta altísima sabiduría y lenguaje de Dios, cual es la contemplación, se pueda recibir menos que en espíritu callado y desarrimado de sabores y noticias discursivas, porque así lo dice Isaías por estas palabras, diciendo: ¿A quién enseñará ciencia y á quién hará oír Dios su audición? (XXVIII, 9.) Y él responde: A los destetados de la leche, esto es, de los jugos y gustos, y á los desarrimados

(1) «Con toda ociosidad interior.» (Ms. de Sevilla.)

de los pechos, esto es, de las noticias y aprehensiones particulares.

Quita, oh alma espiritual, las motas y pelos y las nieblas, y limpia el ojo, y luciráte el sol claro y verás *claro*. Pon el alma en paz, sacándola y libertándola del yugo y servidumbre de la flaca operación de su capacidad, que es el cautiverio de Egipto, donde todo es poco más que juntar pajas para cocer tierra, y guíala, oh maestro espiritual, á la tierra de promisión que mana leche y miel, y mira que para esa libertad y ociosidad santa de hijos de Dios llámala Dios al desierto, en el cual ande vestida de fiesta y con joyas de oro y plata ataviada, habiendo ya dejado á Egipto, dejándole vacío de sus riquezas, que es la parte sensitiva; y no sólo eso, sino ahogados los gigantes en la mar de la contemplación, donde el gitano del sentido, no hallando pie ni arrimo, se ahoga y deja libre al hijo de Dios, que es el espíritu, salido de los límites y servidumbre de la operación de los sentidos, que es su poco entender, su bajo sentir, su pobre amar y gustar, para que Dios le dé el suave maná (Sap. XVI, 20), cuyo sabor, aunque tiene todos esos sabores y gustos, en que tú quieres traer trabajando el alma, con todo eso, por ser tan delicado que se deshace en la boca, no se sentirá, si con otro gusto ó con otra cosa se juntare,, (1). Pues cuando el alma va llegando á este estado, procura desarrimarla de todas las codicias de jugos, sabores, gustos y meditaciones espirituales; y no la desquieten con cuidados y solicitud alguna de arriba, y menos de abajo, poniéndola en toda enajenación y soledad posible; porque cuanto más ésto alcanzare, y cuanto más presto llegare á esta ociosa tranquilidad, tanto más abundantemente se le va infundiendo el espíritu de la divina sabiduría, que es amoroso, tranquilo, solitario, pacífico, suave y embriagador del espíritu, en el cual se siente llagado y robado tiernamente y blandamente, sin saber de quién, ni de dónde, ni cómo. Y la causa es, porque se comunicó sin su operación propia.

Y un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio

(1) Algo variado.

y soledad es inestimable bien, á veces mucho más que el alma ni el que la trata pueden pensar. Y aunque entonces no se echa tanto de ver, ello lucirá á su tiempo. A lo menos lo que el alma podía alcanzar á sentir es una enajenación y extrañez, unas veces más que otras, acerca de todas las cosas, con inclinación á soledad y tedio de todas las criaturas del siglo, con respiro suave de amor y vida en el espíritu. En lo cual, todo lo que no es esta extrañez, se le hace desabrido, porque, como dicen, gustando el espíritu, desabrida está la carne.

§ VIII

Pero los bienes que esta callada comunicación y contemplación deja impresos en el alma, sin ella sentirlo entonces (como digo), son inestimables porque son unciones secretísimas, y por tanto delicadísimas, del Espíritu Santo, que secretamente llenan el alma de riquezas, dones y gracias espirituales, porque siendo Dios el que lo hace, hácelo no menos que como Dios.

Estas unciones, pues, y matices son delicados y subidos del Espíritu Santo, que por su delgadez y por su sutil pureza, ni el alma ni el que la trata las entiende (sino sólo el que las pone para agradarse más de ella), con grandísima facilidad, no más que con el menor acto que entonces el alma quiera hacer de suyo, de memoria, ó entendimiento, ó voluntad, ó aplicar el sentido, ó apetito, ó noticia, ó jugo, ó gusto, se deturban ó impiden en el alma. Lo cual es grave daño, y dolor y lástima grande. ¡Oh grave caso y mucho para admirar, que no pareciendo el daño, ni casi nada lo que se interpuso en aquellas santas unciones, es entonces mayor el daño y de mayor dolor y mancilla que haber de turbar y echar á perder muchas almas de estas otras comunes, que no están en puesto de tan subido esmalte y matiz, bien así como si en un rostro de extremada y delicada pintura tocase una tosca mano con bajos y toscos colores, sería el daño mayor y más notable y de más lástima que si borrasen muchos rostros de pintura común, porque aquella mano tan delicada,

que era del Espíritu Santo, que aquella tosca mano deturbó, ¿quién la acertará á asentar?

Y con ser este daño más grave y grande que se puede encarecer, es tan común y frecuente, que apenas se hallará un maestro espiritual que no le haga en las almas que comienza Dios á recoger en esta manera de contemplación. Porque cuantas veces está Dios ungiendo al alma contemplativa con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria, muy ajena del sentido y de lo que se puede pensar, con la cual no puede meditar, ni pensar en cosa alguna, ni gustar de cosa de arriba ni de abajo, por cuanto la trae Dios ocupada en aquella unción solitaria é inclinada á ocio y soledad, y vendrá un maestro espiritual que no sabe sino martillar y macear con las potencias como herrero, y por que él no enseña más que aquello y no sabe más que meditar, dirá: Andad, dejáos de esos reparos, que es ociosidad y perder tiempo, sino tomá y meditá y haced actos interiores, porque es menester que hagáis de vuestra parte lo que en vos es; que esotros son alumbramientos y cosas de bausanes.

“Y así, no entendiendo éstos los grados de oración ni vías del espíritu, no echan de ver que aquellos actos que ellos dicen que haga el alma, y que el quererla hacer caminar con discurso está ya hecho, pues ya aquella alma ha llegado á la negación y silencio del sentido y del discurso; y que ha llegado á la vida del espíritu, que es la contemplación, en la cual cesa la operación del sentido y del discurso propio del alma, y sólo Dios es el agente y el que habla entonces secretamente al alma solitaria, callando ella, y que si entonces el alma, habiendo llegado al espíritu desta manera que decimos, la quieren hacer caminar todavía con el sentido, que ha de volver atrás y distraerse. Porque el que ha llegado al término, si todavía se pone á caminar para llegar al término, demás de ser cosa ridícula, por fuerza se ha de alejar del término; y así habiendo llegado por la operación de las potencias al recogimiento quieto que todo espiritual pretende, en el cual cesa la operación de las mismas potencias, no sólo será cosa vana volver á hacer actos con las mismas potencias

para llegar al dicho recogimiento, sino le sería dañoso, por cuanto le serviría de distracción, dejando el recogimiento que ya tenía.

No entendiendo, pues, como digo, estos maestros espirituales qué cosa sea recogimiento y soledad espiritual del alma y sus propiedades, en la cual soledad asienta Dios en el alma estas subidas unciones, sobreponen ellos ó entreponen otros ungüentos de más bajo ejercicio espiritual, que es hacer obrar al alma como habemos dicho. De lo cual hay tanta diferencia á lo que el alma tenía, como de obra humana á obra divina, y de natural á sobrenatural; porque en la una manera obra Dios sobrenaturalmente en el alma, y en la otra sólo obra el alma naturalmente (1). Y lo peor es que por ejercitar su operación natural, pierde la soledad y recogimiento interior, y por el consiguiente la subida obra que en el alma Dios pintaba: y así todo es dar golpes en la herradura, dañando en lo uno, y no aprovechando en lo otro,, (2).

§ IX

Adviertan estos tales que guían estas almas, y consideren que el principal agente y guía y movedor de las almas en este negocio no son ellos sino el Espíritu Santo, que nunca pierde cuidado dellas; y que ellos sólo son instrumentos para enderezarlas en la perfección por la fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando á cada una. Y así todo su cuidado sea no acomodarlas á su modo y condición propia de ellos, sino mirando si saben el camino, por donde Dios las lleva, y si no lo saben, déjenlas y no las perturben. Y conforme al camino y espíritu por donde Dios las lleva, procuren enderezarlas en mayor soledad y tranquilidad y libertad de espíritu, dándolas anchura para que no aten el sentido corporal y espiritual á cosa particular interior ni exterior, cuando Dios las lleva por esta soledad. Y no se penen ni se soliciten pensando que no se hace

(1) «Solamente ella hace obra no más que natural.» (Ms. de Burgos.) «Ella hace obra no más que natural.» (Ms. de Baeza.)

(2) Variado y añadido.

nada; “porque aunque el alma entonces no lo hace, Dios lo hace en ella. Procuren ellos desembarazar el alma y ponerla en soledad y ociosidad, de manera que no esté atada á alguna noticia particular de arriba ó de abajo, ó con codicia de algún jugo ó gusto, ó de alguna aprehensión. De manera que esté vacía, en negación pura de toda criatura, puesta en pobreza espiritual. Y esto es lo que el alma ha de hacer de su parte, como lo aconseja el Hijo de Dios, diciendo: El que no renunciare á todas las cosas que posee, no puede ser mi discípulo. Lo cual se entiende no sólo de la renunciación de las cosas corporales y temporales según la voluntad, más también del desapropio de las espirituales, en que se incluye la pobreza espiritual, en que pone el Hijo de Dios la bienaventuranza (Math. V, 3). Y vacando desta manera el alma á todas las cosas, llegando á estar vacía y desapropiada acerca de ellas, que es (como habemos dicho), lo que puede hacer el alma, es imposible, cuando hace lo que es de su parte, que Dios deje de hacer lo que es de la suya en comunicársele, á lo menos en secreto silencioso,, (1). Más imposible es esto que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado; pues que así como el sol está madrugando para entrar-se en tu casa, si destapas la ventana para entrar; así Dios que no duerme en guardar á Israel (Ps. CXX, 4), ni dormita, entrará en el alma vacía y la llenará de bienes divinos.

Dios está como el sol sobre las almas para comunicarse á ellas. Conténtense los que las guían con disponerlas para esto, según la perfección evangélica, que es la desnudez y vacío del espíritu, y no quieran pasar adelante en edificar, que ese oficio es sólo del Padre de las lumbres, de donde descende toda dádiva buena y don perfecto (Jacob. I, 17), porque si el Señor, como dice David, no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica (Ps. CXXXVI, 11). “Y pues él es el artífice sobrenatural, él edificará naturalmente en cada alma el edificio que quisiere, si tú se la dispusieres, procurando aniquilarla acerca de sus operaciones y afecciones naturales, con las cuales ella

(1) Añadido.

no tiene habilidad ni fuerza para el edificio sobrenatural. Antes en esta sazón se estorba más que se ayuda, y esa preparación es de tu oficio ponerla en el alma, y de Dios (como dice el sabio) (Prov. XVI, 1-9), es enderezar su camino, conviene saber, á los bienes sobrenaturales, y por modos y maneras que ni el alma ni tú entiendes. Por tanto no digas: ¡Oh! que no va el alma adelante, porque no hace nada; porque si ello es verdad que no hace nada, por el mismo caso que no hace nada, te probaré yo aquí que hace mucho. Porque si el entendimiento se va vaciando de inteligencias particulares, ahora naturales, ahora espirituales, adelante va, y cuanto más vacare á la inteligencia particular y á los actos de entender, tanto más adelante va el entendimiento caminando al sumo bien sobrenatural,,.

“¡Oh!, dirás que no entiende nada distintamente, y así no podrá ir adelante. Antes, te digo, que si entendiese distintamente, no iría adelante. La razón es, porque Dios, á quien va el entendimiento, excede al mismo entendimiento. Y así es incomprehensible é inaccesible al entendimiento, y por tanto, cuando el entendimiento va entendiendo, no se va llegando á Dios, sino antes apartándose. Y así antes se ha de apartar el entendimiento de si mismo y de su inteligencia para llegarse á Dios, caminando en fe, creyendo y no entendiendo. Y de esa manera llega el entendimiento á la perfección, porque por fe y no por otro medio se junta con Dios. Y á Dios más se llega el alma no entendiendo que entendiendo. Y por tanto no tengas de eso pena, que si el entendimiento no vuelve atrás (que sería si se quisiese emplear en noticias distintas y otros discursos y entenderes, sino que se quiera estar ocioso), adelante va, pues que se va vaciando de todo lo que en él podía caer, porque nada de ello era Dios (pues como hemos dicho) Dios no puede caber en el corazón ocupado; y en este caso de perfección, el no volver atrás, es ir adelante, y el ir adelante el entendimiento, es irse más poniendo en fe, y así es irse más oscureciendo; porque la fe es tiniebla para el entendimiento. De donde, porque el entendimiento no puede saber cómo es Dios, de necesidad ha de caminar á él rendido; y así por

eso va no entendiendo; y así para bien ser le conviene eso que tú condenas, conviene saber, que no se emplee en inteligencias distintas, pues con ellas no puede llegar á Dios, sino antes embarazarse para ir á él,, (1).

§ X

¡Oh!, dirás que si el entendimiento no entiende distintamente, la voluntad estará ociosa y no amará, que es lo que siempre se ha de huir en el camino espiritual. La razón es, porque la voluntad no puede amar sino es lo que entiende el entendimiento. Verdad es esto, mayormente en las operaciones y actos naturales del alma en que la voluntad no ama sino lo que distintamente entiende el entendimiento. “Pero en la contemplación de que vamos hablando, por la cual Dios (como habemos dicho) infunde de sí en el alma, no es menester que haya noticia distinta, ni que el alma haga actos de inteligencia; porque en un acto la está Dios comunicando luz y amor juntamente, que es noticia sobrenatural amorosa, que podemos decir es como luz caliente, que calienta, porque aquella luz juntamente enamora; y esta es confusa y oscura para el entendimiento, porque es noticia de contemplación, la cual (como dice San Dionisio), es rayo de tiniebla al entendimiento: por lo cual, al modo que es la inteligencia en el entendimiento es también el amor en la voluntad. Que como en el entendimiento, esta noticia que le infunde Dios es general y oscura, sin distinción de inteligencia, también la voluntad ama generalmente (2), sin distinción alguna de cosa particular entendida. Que por cuanto Dios es divina luz y amor, en la comunicación que hace de sí al alma, igualmente informa en el alma estas dos potencias, entendimiento y voluntad, con inteligencia y amor; y como el mismo no sea inteligible en esta vida, la inteligencia es oscura (como digo) y á este talle es el amor en la voluntad,, (3); aunque

(1) Variado y añadido.

(2) «En general» (Ms. de Burgos.)

(3) Variado.

algunas veces, en esta delicada comunicación se comunica Dios más y hiera más en la una potencia que en la otra, porque algunas veces se siente más la inteligencia que el amor, y otras veces, más amor que inteligencia, y á veces también todo inteligencia, sin ningún amor, y á veces todo amor sin ninguna inteligencia. Por tanto digo, que en lo que es hacer el alma actos naturales con el entendimiento, no puede amar sin entender; mas en las que Dios hace é infunde en ella, como hace en la que vamos tratando, es diferente, porque se puede comunicar Dios en la una potencia sin la otra; y así puede inflamar la voluntad con el toque del calor de su amor, aunque no entienda el entendimiento; bien así como una persona podrá ser calentada del fuego aunque no vea el fuego (1).

De esta manera, muchas veces se sentirá la voluntad inflamada ó enternecida y enamorada sin saber ni entender cosa más particular que antes, ordenando Dios en ella el amor, como lo dice la Esposa en los Cantares, diciendo: Entróme el rey en la cela vinaria y ordenó en mí la caridad (II, 4). De donde no hay que temer la ociosidad de la voluntad en este caso, que si de suyo deja de hacer actos de amor sobre particulares noticias, hácelos Dios en ella, embriagándola secretamente en amor infuso, ó por medio de la noticia de contemplación, ó sin ella (como acabamos de decir), los cuales son tanto más sabrosos y meritorios que los que ella hiciera, cuanto es mejor el movedor é infusor de este amor, que es Dios.

“Este amor infunde Dios en la voluntad, estando ella vacía y desasida de otros gustos y aficiones particulares de arriba y de abajo.,, Por eso téngase cuidado que la voluntad esté vacía y desasida de sus aficiones, que si no vuelve atrás, queriendo gustar algún jugo ó gusto, aunque particularmente no le sienta en Dios, adelante va, subiendo sobre todas las cosas á Dios, pues de ninguna cosa gusta; y á Dios (aunque no le guste muy en particular y distintamente, ni le ame con tan distinto acto), gústale en aquella infusión general oscura y secretamente más que á todas las cosas distintas, pues

(1) Véanse las págs. 91 y 299 de este tomo.

entonces ve ella claro que ninguna le da tanto gusto como aquella quietud solitaria; y ámale sobre todas las cosas amables, pues que todos los otros jugos y gustos de todas ellas tiene desechados y le son desabridos. Y así no hay que tener pena, que si la voluntad no puede reparar en jugos y gustos de actos particulares, adelante va, pues el no volver atrás abrazando algo sensible, es ir adelante á lo inaccesible, que es Dios. Y así no es maravilla que no le sienta. Y así la voluntad para ir á Dios, más ha de ser desarrimándose de toda cosa deleitosa y sabrosa, que arrimándose; y así cumple bien el precepto de amor, que es amarle sobre todas las cosas, lo cual no puede ser sin desnudez y vacío espiritual en todas ellas.

Ni tampoco hay que temer en que la memoria vaya vacía de sus formas y figuras, que pues Dios no tiene forma ni figura, segura va vacía de formas y figuras, y más acercándose á Dios; porque cuanto más se arrimare á la imaginación, más se aleja de Dios y en más peligro va, pues que Dios, siendo como es incogitable, no cabe en la imaginación.

§ XI

No entendiendo, pues, estos maestros espirituales las almas que van ya en esta contemplación quieta y solitaria, por no haber ellos llegado á ella, ni sabido qué cosa es salir de discursos de meditaciones (como he dicho), piensan que están ociosas y así les estorban é impiden la paz de la contemplación sosegada y quieta, que de suyo les estaba Dios dando, haciéndoles ir por el camino de meditación y discurso imaginario, y que hagan actos interiores, en lo cual hallan entonces las dichas almas grande repugnancia, sequedad y distracción, porque se querrian ellas estar en su ocio santo y recogimiento quieto y pacífico: en el cual, como el sentido no halla de qué gustar, ni de qué asir, ni qué hacer, persuádenlas éstos también á que procuren jugos y fervores (como quiera que les habían de aconsejar lo contrario), lo cual, no pudiendo ellas hacer ni entrar en ello como antes (porque ya pasó ese tiempo y no es su camino), desasosiéganse

doblado, pensando que van perdidas, y aun ellos se lo ayudan á creer, y sécanlas el espíritu y quitanlas las unciones preciosas que en la soledad y tranquilidad Dios las ponía (que como dije es grande daño), y pónenlas del duelo y del lodo; pues en lo uno pierden, y en lo otro sin provecho penan. No saben éstos qué cosa es espíritu. Hacen á Dios grande injuria y desacato metiendo su tosca mano donde Dios obra, porque le ha costado mucho á Dios llegar á estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado á esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones, para poderles hablar al corazón, que es lo que él siempre desea, tomando ya él la mano, siendo él ya el que en el alma reina con abundancia de paz y sosiego, haciendo desfallecer los actos naturales de las potencias (con que trabajando toda la noche no hacían nada), apacentándolas ya el espíritu sin operación del sentido ni su obra; porque el sentido, ni su obra, no es capaz del espíritu. Y cuánto él precie esta tranquilidad y adormecimiento ó ajenación (1) del sentido, échase bien de ver en aquella conjuración tan notable y eficaz que hizo en los Cantares, diciendo: *Adjuro vos, filiæ Jerusalem, per capreas cervosque camporum, ne suscitatis, neque evigilare faciatis dilecta, donec ipsa velit.* Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos campesinos, que no recordéis ni hagáis velar á mi amada hasta que ella quiera (V, 3). En lo cual da á entender cuánto ama el adormecimiento y olvido solitario, pues interpone estos animales tan solitarios y retirados. Pero estos espirituales no quieren que el alma repose ni quiete, sino que siempre trabaje y obre de manera que no dé lugar á que Dios obre, y que lo que él va obrando se deshaga y borre con la operación del alma, hechos las raposillas que demuelen la florida viña del alma, y por eso se queja el Señor por Isaias, diciendo: *Vos enim depasti estis vineam.* Vosotros habéis despacido mi viña (III, 14).

Pero éstos por ventura yerran con buen celo, porque no llega á más su saber, pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan, sin entender primero el camino y espíritu que

(1) Aniquilación (Mss. de Burgos y Toledo).

lleva el alma, y no entendiéndola, entremeter su tosca mano en cosa que no entienden, no dejándola á quien la entienda; que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer á un alma perder inestimables bienes, y á veces dejarla muy bien extragada por su temerario consejo. Y así, el que temerariamente yerra, estando obligado á acertar, como cada uno lo está en su oficio, no pasará sin castigo, según fué el daño que hizo; porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy á ojos abiertos se han de tratar, mayormente cosas (1) de tanta importancia y en negocio tan subido como es el de estas almas, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinita pérdida en errar.

§ XII

Pero ya que quieras decir que todavía tienes alguna excusa (aunque yo no la veo), á lo menos no me podrás decir que la tiene el que tratando un alma, jamás la deja salir de su poder, allá por los respetos é intentos vanos que él se sabe, que no quedarán sin castigo: pues que está cierto que habiendo el alma, que ha venido aquí, aprovechando en el camino espiritual, á que siempre Dios la ayuda, ha de mudar del estilo y modo de oración y ha de tener necesidad de otra doctrina ya más alta que la suya y otro espíritu, porque no todos saben para todos los sucesos y términos que hay en el camino espiritual, ni tienen espíritu tan cabal que conozcan cómo en cualquier estado de la vida espiritual ha de ser el alma llevada y regida; á lo menos no ha de pensar que no le falta á él nada, ni que Dios querrá dejar de llevar aquel alma más adelante. No cualquiera que sabe desbistar el madero, sabe entallar la imagen, ni cualquiera que sabe entallarla, sabe perfilarla y pulirla; y no cualquiera que sabe pulirla, sabrá pintarla; ni cualquiera que sabe pintarla, sabrá poner la última mano y perfección. Porque cada uno destes no pueden hacer en la imagen más de lo que saben, y si quisieren pasar ade-

(1) «En caso.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

lante, sería echarla á perder. Pues veamos si tú, siendo no más que desbastador, que es poner el alma en el desprecio del mundo y mortificación de sus pasiones y apetitos; ó cuando mucho entallador, que será ponerla en santas meditaciones, y no sabes más, ¿cómo llegarás esa alma hasta la última perfección de delicada pintura, que ya no consiste en desbastar, ni entallar, ni aun en perfilar, sino en la obra que Dios en ella ha de ir haciendo? Y así cierto está que si en tu doctrina, que siempre es de una manera, la haces siempre estar atada, que ó ha de volver atrás, ó á lo menos no ir adelante, porque ¿en qué parará (ruégote) la imagen si siempre has de ejercitar en ella no más que el martillar y desbastar, que en el alma es el ejercicio de las potencias? ¿Cuándo se ha de acabar esta imagen? ¿Cuándo ó cómo se ha de dejar á que la pinte Dios? ¿Es posible que tú tienes todos estos oficios, y que te tienes por tan consumado que nunca esa alma habrá menester más que á tí?; y dado caso que tengas para alguna alma, porque quizá no tendrá talento para pasar más adelante, es como imposible que tú tengas para todas las que tú no dejas salir de tus manos, porque á cada una lleva Dios por diferentes caminos: que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva convenga con el modo del otro. ¿Porque quién habrá como San Pablo que tenga para hacerse todo á todos, para ganarlos á todos? Y tú de tal manera tiranizas las almas; y de suerte las quitas la libertad y adjudicas para tí la anchura de la doctrina evangélica, que no sólo procuras que no te dejen, mas, lo que peor es, que si acaso alguna vez sabes que alguna haya ido á tratar alguna cosa con otro (que por ventura no convendría tratarla contigo, ó la llevaría Dios para que la enseñase lo que tú no la enseñaste) te hayas con ella (que no lo digo sin vergüenza) con las contiendas de celos que tienen entre sí los casados; los cuales no son celos que tienes de la honra de Dios ó provecho de aquella alma (pues que no conviene que presumas que en faltarte de esa manera faltó á Dios) sino celos de tu soberbia y presunción, ó de otro imperfecto motivo tuyo (XXXIV, 3 y 10).

Grandemente se indigna Dios contra estos tales y promételes castigo por Ezequiel diciendo: Comiades la leche de mi ganado y

cubriades os con su lana, y mi ganado no apacentábades: yo pediré, dice, mi ganado de vuestra mano.

Deben, pues, los maestros espirituales dar libertad á las almas, y están obligados á mostrarlas buen rostro cuando ellas quisieren buscar mejoría, porque no saben ellos por dónde Dios querrá aprovechar á aquella alma, mayormente cuando ya no gusta de su doctrina, que es señal que no le aprovecha, porque ó la lleva Dios adelante, ó por otro camino que el maestro lleva, ó el maestro espiritual ha mudado estilo, y los mismos maestros se lo han de aconsejar, y lo demás nace de necia soberbia y presunción ó de alguna otra pretensión.

§ XIII

Pero dejemos ahora esta manera, y digamos otra más pestífera que éstos tienen, ú otros peores que ellos usan, porque acaecerá que anda Dios ungiendo algunas almas con ungüentos de santos deseos y motivos de dejar el mundo y mudar la vida y estado y servir á Dios, despreciando el siglo, lo cual lo tiene Dios en mucho de haber acabado con ellas de llegarlas hasta esto (porque las cosas del siglo no son de la voluntad de Dios); y ellos allá con unas razones humanas ó respetos harto contrarios á la doctrina de Cristo y de su humildad y desprecio de todas las cosas, estribando, ó en su propio interés ó gusto, ó por temer donde no hay que temer, ó se lo dificultan, ó se lo dilatan, ó, lo que peor es, por quitárselo del corazón trabajan, que teniendo ellos el espíritu poco devoto, muy vestido del mundo, y poco ablandado en Cristo, como ellos no entran por la puerta estrecha de la vida, tampoco dejan entrar á los otros; á los cuales amenaza Nuestro Salvador por San Lucas, diciendo: ¡Ay de vosotros! que tomasteis la llave de la ciencia, y no entráis vosotros, ni dejáis entrar á los demás (XI, 52), porque éstos, á la verdad, están puestos como por tranca y tropiezo de la puerta del cielo, impidiendo que no entren los que les piden consejo; sabiendo que les tiene Dios mandado, no sólo que los dejen y ayuden á entrar, sino que aun los

compelan á entrar, diciendo por San Lucas: Porfia, hazlos entrar para que se llene mi casa de convidados (XIV, 23). Ellos por el contrario están compeliendo que no entren.

De esta manera es él un ciego que puede estorbar la vía del alma, que es el Espiritu Santo, lo cual acaece en los maestros espirituales de muchas más maneras que aquí queda dicho, unos sabiendo, otros no sabiendo. Mas los unos y los otros no quedarán sin castigo, porque teniéndolo por oficio, están obligados á saber y mirar lo que hacen.

§ XIV

El segundo ciego que dijimos que podría empachar al alma en este género de recogimiento, es el demonio, que quiere que como él es ciego, que también el alma lo sea. El cual en estas altísimas soledades en que se infunden las delicadas unciones del Espiritu Santo, en lo cual él tiene grave pesar y envidia, porque ve que no solamente se enriquece el alma, sino que se le va de vuelo y no la puede coger en nada, “por cuanto está el alma sola desnuda, y ajena de toda criatura y rastro della,, , procúrale poner en este enajenamiento algunas cataratas de noticias y nieblas de jugos sensibles, á veces buenos, para cebar más el alma y hacerla volver así al trato “distinto y obra del sentido, y que mire en aquellos jugos y noticias buenas que la representa,, y las abraza, á fin de ir á Dios arrimada á ellas; y en esto facilísimamente la distrae y saca de aquella soledad y recogimiento, en que (como hemos dicho), el Espiritu Santo está obrando aquellas grandezas secretas; porque como el alma de suyo es inclinada á sentir y gustar, mayormente si lo anda pretendiendo y no entiende el camino que lleva, facilísimamente se pega á aquellas noticias y jugos que la pone el demonio, y se quita de la soledad en que Dios “la ponía; porque como ella en aquella soledad y quietud de las potencias del alma,, no hacía nada, parécele que estotro es mejor, pues ya en ello hace algo. Y aquí es grande lástima que no

entendiéndose el alma, por comer un bocadillo “de noticia particular ó jugo,, se quita que la coma Dios á ella toda, “porque así lo hace Dios en aquella soledad en que la pone,, (1), porque la absorbe en sí por medio de aquellas unciones espirituales solitarias.

De esta manera, por poco más que nada, causa el demonio gravísimos daños, haciendo al alma perder grandes riquezas, sacándola con un poquillo de cebo (como al pez) del golfo de las aguas sencillas del Espíritu Santo, á donde estaba engolfada y anegada en Dios sin hallar pie ni arrimo, y en esto la saca á la orilla dándola estribo y arrimo, y que halle pie, y se vaya por su pie, por tierra, con trabajo, y no nade por las aguas de Siloe que van con silencio, bañada en las unciones de Dios. Y hace el demonio tanto caso de esto, que es para admirar, que con ser mayor un poco de daño en esta parte que hacer muchos en otras almas muchas (como habemos dicho), apenas hay alma que vaya por este camino que no la haga grandes daños y haga caer en grandes pérdidas; porque este maligno se pone aquí con grande aviso en el paso que hay del sentido al espíritu, como siempre lo há de costumbre, porque no pase del sentido al espíritu engañando y cebando á las almas con el mismo sentido, atravesando (como habemos dicho) cosas sensibles, porque se detenga en ellas, y no se le escape; y el alma con grandísima facilidad, luego se detiene como no sabe más que aquello, y no piensa que hay en aquello pérdida, por lo cual deja de entrar en lo interior del Esposo, quedándose á la puerta á ver lo que pasa afuera en la parte sensitiva. Todo lo alto ve (dice Job) el demonio (XLI, 25), es á saber, la alteza espiritual de las almas para impugnarla. De donde si acaso algún alma se le entra en el alto recogimiento, “ya que de la manera que habemos dicho no pueda distraerla, á lo menos,, con horrores, temores ó dolores corporales, ó con sonidos y ruidos exteriores, trabaja por poderla hacer advertir al sentido, para sacarla fuera y divertirla del interior espíritu, hasta que no pudiendo más, la deja. Mas es con tanta facilidad las riquezas que estorba y extraga á estas

(1) Añadido.

preciosas almas, que con preciarlo él más que derribar muchas de otras, no lo tiene en mucho por la facilidad con que lo hace y lo poco que le cuesta.

§ XV

Porque á este propósito podemos entender lo que de él dijo Dios á Job: *Ecce absorbebit fluvium, et non mirabitur; et habet fiduciam quod influat Jordanis in os ejus! In oculis ejus quasi hamo capiet eum, et in sudibus perforabit nares ejus.* (XL, 18.) Es á saber: Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza que el Jordán caerá en su boca (que se entiende por lo más alto de la perfección). En sus mismos ojos le cazará como con anzuelo, y con leznas le horadará las narices, esto es, con las puntas de las noticias con que le está hiriendo, la divertirá el espíritu, porque el aire que sale por las narices recogido, estando horadadas, se divierte por muchas partes. Y adelante dice: Debajo de él estarán los rayos del sol, y derramará el oro debajo de sí como el lodo. (XLI, 21.) Porque admirables rayos de divinas noticias hace perder á las almas ilustradas, y precioso oro de matices divinos quita y derrama á las almas ricas. Oh, pues, almas, cuando Dios os va haciendo tan soberanas mercedes, que os lleva por estado de soledad y recogimiento, apartándoos de vuestro trabajoso sentir, no os volváis al sentido; dejad vuestras operaciones; que si antes os ayudaban para negar al mundo y á vosotras mismas, cuando érades principiantes, ahora que Dios os hace merced de ser el obrero, os serán obstáculo grande y embarazo; que como tengáis cuidado de no poner vuestras potencias en cosa ninguna, desasiéndolas de todo y no embarazándolas, que es lo que de vuestra parte habéis de hacer en este estado solamente, junto con la advertencia amorosa, sencilla, que dije arriba, de la manera que allí lo dije, que es cuando no os hiciere desgana tenerla, porque no habéis de hacer ninguna fuerza al alma si no fuere en desasirla de todo y libertarla, porque no la turbéis y alteréis la paz y tranquilidad, Dios os la cebará de refección celestial, pues que no se la embarazáis.

§ XVI

El tercer ciego es la misma alma, la cual, no entendiéndose (como hemos dicho), ella misma, se perturba y se hace el daño, porque como ella no sabe obrar sino por el sentido y discurso de pensamiento, cuando Dios la quiere poner en aquel vacío y soledad donde no puede usar de las potencias ni hacer actos, como ve que ella no hace nada, procura hacerlo, y así se distrae y se llena de sequedad y disgusto el alma, la cual estaba gustando de la ociosidad de la paz y silencio espiritual en que Dios la estaba de secreto poniendo á gusto. Y acaecerá que Dios esté porfiando por tenerla en aquella callada quietud, y ella porfiando también con la imaginación y con el entendimiento á querer obrar por sí misma, en lo cual es como el muchacho que, queriéndole llevar su madre en brazos, él va gritando y pateando por irse por su pie; y así, ni anda él, ni deja andar á la madre; ó como cuando queriendo el pintor pintar una imagen, y otro se la estuviese meneando, que no se haría nada, ó se borraría la pintura. Ha de advertir el alma en esta quietud que, aunque ella entonces no se sienta caminar ni hacer nada, camina mucho más que si fuese por su pie, porque la lleva Dios en sus brazos. Y así, aunque camina al paso de Dios, ella no siente el paso; y aunque ella misma no obra nada con las potencias de su alma, mucho más se hace que si ella lo hiciese, pues es Dios el obrero. Y que ella no lo eche de ver no es maravilla, porque lo que Dios obra en el alma á este tiempo no lo alcanza el sentido, porque es en silencio: que como dice el Sabio, las palabras de la sabiduría óyense en silencio. Déjese el alma en las manos de Dios y no se ponga en sus propias manos ni en las de estos dos ciegos, que como esto sea, y ella no ponga las potencias en algo, segura irá (1).

(1) La primera Llama añade aquí unas palabras.

§ XVII

Pues volvamos ahora al propósito de estas profundas cavernas de las potencias del alma, en que decíamos que el padecer del alma suele ser grande, cuando la anda Dios ungiendo y disponiendo con los más subidos ungüentos del Espíritu Santo para unirla consigo, los cuales son ya tan sutiles y de tan delicada unción, que penetrando ellos la íntima sustancia del fondo del alma, la disponen y la saborean, de manera que el padecer y desfallecer en deseo y con inmenso vacío de estas cavernas es inmenso. Donde habemos de notar, que si los ungüentos que disponían á estas cavernas del alma para la unión del matrimonio espiritual con Dios, son tan subidos como habemos dicho, ¿cuál pensamos que será la posesión “de inteligencia, de amor y gloria que tienen ya en la dicha unión con Dios el entendimiento, voluntad y memoria?,, (1). Ciertamente que conforme á la sed y hambre que tenían estas cavernas, será ahora la satisfacción y hartura y deleite de ellas; y conforme á la delicadez de las disposiciones, será el primor de la posesión del alma y fruición de su sentido. Por el sentido del alma entiende aquí la virtud y fuerza que tiene la sustancia del alma para sentir y gozar los objetos de las potencias espirituales, con “que gusta la sabiduría y amor y comunicación de Dios. Y por eso á estas tres potencias, memoria, entendimiento y voluntad, las llama el alma en este verso *cavernas del sentido profundas*; porque por medio de ellas y en ellas siente y gusta el alma profundamente las grandezas de la sabiduría y excelencias de Dios,, (2). Por lo cual hartamente las llama aquí el alma *cavernas profundas*, porque como siente que en ellas caben las profundas inteligencias y resplandores de las lámparas del fuego, conoce que tiene tanta capacidad y senos, cuantas cosas distintas recibe de inteligencias, de sabores, de gozos, de deleites, etc., de Dios. Todas las cuales cosas se reciben y asientan

(1) Añadido.

(2) Añadido.

“en este sentido del alma, que como digo, es la virtud y capacidad que tiene el alma para sentirlo, y poseerlo y gustarlo todo, administrándosele las cavernas de las potencias; así como al sentido común de la fantasía acuden con las formas de sus objetos los sentidos corporales, y él es el receptáculo y archivo de ellas: por lo cual este sentido común del alma, que está hecho receptáculo y archivo de las grandezas de Dios, está tan ilustrado y tan rico cuanto alcanza de esta alta y esclarecida posesión,, (1).

Que estaba oscuro y ciego.

“Conviene á saber, antes que Dios le esclareciese y alumbrase, como está dicho. Para inteligencia de lo cual es de saber, que,, (2) por dos cosas puede el sentido de la vista dejar de ver: ó porque está á oscuras, ó porque está ciego. Dios es la luz y el objeto del alma. Cuando ésta no le alumbrá, á oscuras está, aunque la vista tenga muy subida: cuando está en pecado ó emplea el apetito en otras cosas, entonces está ciega. Y aunque entonces la embista la luz de Dios, como está ciega, no la ve la oscuridad del alma, que es la ignorancia del alma, la cual, antes que Dios la alumbrase por esta transformación, estaba oscura é ignorante de tantos bienes de Dios, como dice el Sabio que lo estaba él antes que la sabiduría le alumbrase, diciendo: *Ignorantias meas illuminavit*. Mis ignorancias alumbró (L, 26) (3). Hablando espiritualmente, una cosa es estar á oscuras y otra estar en tinieblas; porque estar en tinieblas es estar ciego (como habemos dicho), en pecado; pero el estar á oscuras puédelo estar sin pecado, y esto de dos maneras, conviene á saber: acerca de lo natural, no teniendo luz de algunas cosas naturales; y acerca de lo sobrenatural, no teniendo luz de algunas cosas sobrenaturales. Y acerca de estas dos cosas dice aquí el alma que estaba oscuro su sentido antes de esta preciosa unión (4), porque hasta que el Señor dijo:

(1) Variado y añadido. (2) Añadido.

(3) Véase la pág. 88, nota segunda.

(4) El Ms. de Sevilla dice: «Preciosa unción».

Fiat lux, estaban las tinieblas sobre la haz del abismo de la caverna del sentido del alma, el cual cuanto es más abisal y de más profundas cavernas, tanto más abisales y profundas cavernas, y tanto más profundas tinieblas hay en él acerca de lo sobrenatural, cuando Dios, que es su lumbré, no le alumbrá; y así esle imposible alzar los ojos á la divina luz ni caer en su pensamiento, porque no sabe cómo es no habiéndola visto; y por eso ni la podrá apetecer; antes apetecerá tinieblas, porque sabe cómo son, é irá de una tiniebla en otra, guiado por aquella tiniebla; porque no puede guiar una tiniebla sino á otra tiniebla, pues, como dice David: El día rebosa en el día, y la noche enseña ciencia á la noche (Ps. XVIII, 3). Y así un abismo llama á otro abismo, conviene á saber: un abismo de luz llama á otro abismo de luz, y un abismo de tinieblas á otro abismo de tinieblas, llamando cada semejante á su semejante y comunicándose. Y así la luz de la gracia (que Dios antes había dado á esta alma con que le había alumbrado el ojo del abismo de su espíritu, abriéndosele á la divina luz y haciéndola en esto agradable á si), llamó otro abismo de gracia, que es esta transformación divina del alma en Dios, con que el ojo del sentido queda tan esclarecido y agradable á Dios, que podemos decir que la luz de Dios y del alma toda es una, unida la luz natural del alma con la sobrenatural de Dios, y luciendo ya la sobrenatural solamente; así como la luz que Dios crió se unió con la luz del sol, y luce ya la del sol solamente sin faltar la otra (1).

Y también estaba ciego en tanto que gustaba de otra cosa, porque la ceguedad del sentido racional y superior es el apetito, que, como catarata y nube, se atraviesa y pone sobre el ojo de la razón, para que no vea las cosas que están delante; y así en tanto que proponía en el sentido algún gusto, estaba ciego para ver las grandezas de riquezas y hermosura divina que estaban tras de la catarata.

(1) Habla aquí el Místico Doctor de la luz que fué creada en el primer día, y parece ser de la opinión de aquellos teólogos que dijeron que consistía ó dimanaba de una nube lúcida, la cual se unió después con el astro del día. (Véase Santo Tomás. *Summa Theologica* part. 1.^a, q. 68, art. 4.^o, y el P. Juan Mir, S. J. *La Creación*. Cap. XIII, art. 2.^o)

Porque así como poniendo sobre el ojo una cosa, por pequeña que sea, basta para tapan la vista que no vea otras cosas que están delante, por grandes que sean; así un leve apetito y ocioso acto que tenga el alma, basta para impedirle todas estas grandezas divinas, que están después de los gustos y apetitos que el alma quiere.

¡Oh, quién pudiera decir aquí cuán imposible le es al alma que tiene apetitos, juzgar de las cosas de Dios como ellas son; porque para acertar á juzgar de las cosas de Dios como ellas son, totalmente se ha de echar el apetito y gusto fuera, y no las ha de juzgar con él, porque infaliblemente vendrá á tener las cosas de Dios, por no de Dios, y las no de Dios, por de Dios; porque estando aquella catarata y nube del apetito sobre el ojo del juicio, no ve sino catarata, unas veces de un color, y otras de otro, como ellas se le ponen, y piensa que la catarata es Dios, porque, como digo, no ve más que catarata que está sobre el sentido, y Dios no cae en el sentido.

Y de esta manera el apetito y gustos sensitivos impiden el conocimiento de las cosas altas. Lo cual da bien á entender el Sabio por estas palabras, diciendo: El engaño de la vanidad oscurece los bienes; y la inconstancia de la concupiscencia trastorna el sentido sin malicia (Sap. IV, 12), es á saber, el buen juicio. Por lo cual, los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos, sino que todavía estén algo animales en ellos, crean que las cosas que son más viles y bajas del espíritu, que son las que más se llegan al sentido, según el cual todavía ellos viven, las tendrán por gran cosa, y las que son máspreciadas y más altas para el espíritu, que son las que más se apartan del sentido, las tendrán en poco y no las estimarán, y aun á veces las tendrán por locura, como lo da bien á entender San Pablo, diciendo: El hombre animal no percibe las cosas de Dios; son para él locura, y le son muy dificultosas de entender (1. ad Cor. II, 14) (1). Por hombre animal se entiende aquí aquel que todavía vive con apetitos y gustos naturales, porque aunque algunos gustos nacen del espíritu en el sentido, si el hombre se quiere asir á

(1) Varios manuscritos dicen: «Y no las puede entender.»

ellos con su natural apetito, ya son apetitos no más que naturales; que poco hace al caso que el objeto ó motivo sea sobrenatural, si el apetito sale de motivo natural, teniendo su raíz y fuerza en el natural, para que deje de ser apetito natural, pues que tiene la misma sustancia y naturaleza que si fuera cerca de motivo y materia natural.

Dirásme, pues: “¿luego síguese que cuando el alma apetece á Dios, no le apetece sobrenaturalmente, y así aquel apetito no será meritorio delante de Dios?,,

Respondo que verdad es que no es aquel apetito, cuando el alma apetece á Dios, siempre sobrenatural, sino cuando Dios le infunde, dando él la fuerza del tal apetito; “y este es muy diferente del natural. Y hasta que Dios le infunde, muy poco ó nada se merece. Y así cuando tú de tuyo quieres tener apetito de Dios, no es más que apetito natural, ni será más hasta que Dios la quiera informar sobrenaturalmente. De donde, cuando tú de tuyo quieres apegar el apetito á las cosas espirituales, y te quieres asir al sabor de ellas, ejercitas el apetito tuyo natural,, (1) y entonces cataratas pones en el ojo y no dejas de ser animal (2). Y así no podrás entender ni juzgar de lo espiritual, que es sobre todo sentido y apetido natural. Y si tienes más dudas, no sé qué te diga, sino que lo vuelvas á leer, que quizá lo entenderás, que dicha está la sustancia de la verdad y no se sufre aquí en esto alargarme más.

Este sentido, pues, del alma que antes estaba oscuro sin esta divina luz de Dios, y ciego con sus apetitos y afecciones, ya no solamente con sus profundas cavernas está ilustrado y claro por medio de esta altísima y divina unión con Dios; “pero aun hecho ya como una resplandeciente luz con las cavernas de sus potencias, tanto que,, (3)

*Con extraños primores
Calor y luz da junto á su querido.*

(1) Variado.

(2) «Y animal eres.» (Mss. de Baeza y Burgos).

(3) Añadido.

Porque estando estas cavernas de las potencias ya tan miríficas y maravillosamente infundidas en los admirables resplandores de aquellas lámparas (como habemos dicho) que en ella están ardiendo, están ellas enviando á Dios en Dios (de más de la entrega que de sí hacen á Dios) esos mismos resplandores que tienen recibidos, con amorosa gloria, inclinadas ellas á Dios en Dios, hechas también ellas más encendidas lámparas en los resplandores de las lámparas divinas, dando al amado la misma luz y calor de amor que reciben de él. Porque aquí de la misma manera que lo reciben, lo están dando al que lo recibe y lo ha dado con los mismos primores que él se los da, como el vidrio hace cuando le embiste el sol, que echa también resplandores; aunque estotro es en más subida manera, por entrevenir en ello el ejercicio de la voluntad. *Con extraños primores.* Es á saber, extraños y ajenos de todo común pensar y de todo encarecimiento y de todo modo y manera; porque conforme al primor con que el entendimiento recibe la sabiduría divina, hecho el entendimiento uno con el de Dios, es el primor con que lo da el alma, porque no lo puede dar sino al modo que se lo dan; y conforme al primor con que la voluntad está unida en la bondad, es el primor con que ella da á Dios en Dios la misma bondad, porque no lo recibe sino para darlo. Y ni más ni menos, según el primor con que en la grandeza de Dios conoce, estando unida en ella, luce y da calor de amor; y según los primores de los demás atributos divinos que comunica allí él al alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido gozando, está dando á su querido en su querido, es á saber, esa misma luz y calor que está recibiendo de su querido, porque estando ella aquí hecha una misma cosa con él, en cierta manera es ella Dios por participación, que aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es (como dijimos) como sombra de Dios. Y á este talle, siendo ella por medio de esta sustancial trasformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios, lo que él hace en ella por sí mismo, al modo que él lo hace; porque la voluntad de los dos es una. “Y así la operación de Dios y de ella es una.” De donde como Dios se le está dando con libre y graciosa voluntad, así también

ella, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa, cuanto más unida en Dios, está dando á Dios al mismo Dios en Dios. Y es verdadera y entera dádiva del alma á Dios, porque allí ve el alma que verdaderamente Dios es suyo, y que ella le posee con posesión hereditaria, con propiedad de derecho, como hijo de Dios adoptivo, por la gracia que Dios le hizo de dársele á sí mismo; y que, como cosa suya, le puede dar y comunicar á quien ella quisiere de voluntad. Y así ella da á su querido, que es el mismo Dios que se le dió á ella, en lo cual paga ella á Dios todo lo que le debe, por cuanto de voluntad le da otro tanto como de él recibe; y porque en esta dádiva que hace el alma á Dios; le da al Espíritu Santo como cosa suya con entrega voluntaria, para que en él se ame como él merece, tiene el alma como inestimable deleite y fruición, porque ve que da ella á Dios cosa suya propia que cuadra á Dios según su infinito ser. Que aunque es verdad que el alma no puede de nuevo dar al mismo Dios á sí mismo, pues él en sí siempre se es el mismo; pero el alma de suyo perfecta y verdaderamente lo hace, dando todo lo que él le había dado para pagar el amor, que es dar tanto como le dan. Y Dios se paga con aquella dádiva del alma (que con menos no se pagaría) y la toma Dios con agradecimiento, como cosa que de suyo le da el alma, y en esta entrega de Dios ama el alma también como de nuevo; y él de nuevo libremente se entrega al alma, y en eso ama el alma (1), y así entre Dios y el alma está actualmente formado un amor reciproco en conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la divina esencia, poseyéndolos cada uno libremente por razón de la entrega voluntaria del uno al otro, los poseen entrambos juntos, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por San Juan, es á saber: *Omnia mea tua sunt, et tua, mea sunt et clarificatus sum in eis*. Esto es, todos mis bienes son tuyos y tus bienes son míos, y clarificado soy en

(1) Como cosa que de suyo le da el alma; y *en esa misma dádiva ama él de nuevo al alma, y en esa reentrega de Dios al alma, ama el alma también como de nuevo*. (Mss. de Baeza y Sevilla.)

ellos (Luc. XV, 31). Lo cual en la otra vida es sin intermisión en la fruición perfecta; pero en este estado de unión acaece cuando Dios excita (1) en el alma el acto de esta transformación, aunque no con la perfección que en la otra. Y que pueda el alma hacer aquella dádiva tan grande aunque es de más entidad que su capacidad y ser, está claro, porque también lo está que el que tiene muchas gentes y reinos por suyos, que son de mucho más entidad que él, los puede dar á quien él quisiere.

Esta es la gran satisfacción y contento del alma, ver que da á Dios más que ella en sí es y vale, dando con tanta liberalidad á Dios á sí mismo como cosa suya, con aquella misma luz divina y calor divinó que se lo dan; lo cual en la otra vida es por medio de la lumbre de gloria, y en esta por medio de la fe ilustradísima. De esta manera, *las profundas cavernas del sentido, con extraños primores calor y luz dan junto á su querido*. Junto dice, porque junta es la comunicación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en el alma, que son luz y fuego de amor en ella.

Pero los primores con que el alma hace esta entrega hemos de notar brevemente aquí. Acerca de lo cual se ha de advertir que, como quiera que el alma goce cierta imagen de fruición causada de la unión del entendimiento y del afecto con Dios, deleitada ella en sí y obligada por esta tan gran merced, hace la dicha entrega de Dios y de sí á Dios con maravillosos modos. Porque acerca del amor se ha el alma con Dios *con extraños primores*. Y acerca de este rastro de fruición, ni más ni menos, y acerca de la alabanza también; y por el semejante acerca del agradecimiento.

1. Cuanto á lo primero tiene tres primores principales de amor; el primero es que aquí ama el alma á Dios no por sí, sino por él mismo; lo cual es admirable primor, porque ama por el Espíritu Santo, como el Padre y el Hijo se aman, como el mismo Hijo lo dice por San Juan, diciendo: La dilección con que me amaste esté en ellos y yo en ellos (Joan XVII, 27).

(1) Mss. de Baeza y Sevilla dicen: «Cuando Dios se ejercita.»

2. El segundo primor es amar á Dios en Dios, porque en esta unión vehemente, se absorbe el alma en amor de Dios, y Dios con gran vehemencia se entrega al alma.

3. El tercer primor de amor principal es amarle allí por quien él es, porque no le ama sólo porque para sí misma es largo, bueno y glorioso, etc., sino mucho más fuertemente, porque en sí es todo esto esencialmente. Y acerca de esta imagen de fruición tiene otros tres primores maravillosos, preciosos y principales.

1. El primero, que el alma goza allí á Dios por el mismo Dios; porque como el alma une aquí el entendimiento en la omnipotencia, sapiencia, bondad, etc., aunque no claramente como será en la otra vida, grandemente se deleita en todas estas cosas entendidas distintamente, como arriba dijimos.

2. El segundo primor principal de esta delectación es deleitarse ordenadamente sólo en Dios, sin ninguna otra mezcla de criatura.

3. El tercer deleite es gozarle sólo por quien él es, sin mezcla alguna de gusto propio.

Acerca de la alabanza que el alma tiene á Dios en esta unión, hay otros tres primores de alabanza.

1. El primero hacerlo de oficio, porque ve el alma que para su alabanza la crió Dios, como dice por Isaiás, diciendo: Este pueblo formé para mí, cantará mis alabanzas (Isai. XLIII, 21).

2. El segundo primor de alabanza es por los bienes que recibe y deleite que tiene en alabarle.

3. El tercero es por lo que Dios es en sí, porque aunque el alma ningún deleite recibiese, le alabaría por quien él es.

Acerca del agradecimiento tiene otros tres principales primores.

1. El primero agradecer los bienes naturales y espirituales que ha recibo y los beneficios.

2. El segundo es la deleitación grande que tiene en alabar á Dios, porque con gran vehemencia se absorbe en esta alabanza.

3. El tercero es alabanza sólo por lo que Dios es, la cual es mucho más fuerte y deleitable.

CANCIÓN IV

¡Cuán manso y amoroso
 Recuerdas en mi seno,
 Donde secretamente solo moras:
 Y en tu aspirar sabroso
 De bien y gloria lleno
 Cuán delicadamente me enamoras!

DECLARACIÓN

Conviértese el alma aquí á su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efectos admirables que á veces en ella hace por medio de esta unión, notando también el modo con que hace cada uno, y también el efecto que en ella redunde en este caso.

El primer efecto es recuerdo de Dios en el alma, y el modo con que éste se hace es de mansedumbre y amor.

El segundo es de aspiración de Dios en el alma, y el modo de éste es de bien y gloria que se le comunica en la aspiración, y lo que de aquí en el alma redunde es enamorarla delicada y tiernamente. Y así es como si dijera: El recuerdo que haces, oh Verbo esposo, en el centro y fondo de mi alma, que es la pura é íntima sustancia de ella, en que secreta y calladamente sólo como solo señor de ella moras, no sólo como en tu casa, ni sólo como en tu mismo lecho, sino también como en mi propio seno, íntima y estrechamente unido, ¡cuán mansa y amorosamente le haces!; esto es, grandemente manso y amoroso. Y en la sabrosa aspiración que con ese recuerdo tuyo haces, sabrosa para mí, que está llena de bien y gloria, ¡con cuánta delicadez me enamoras y aficionas á ti! En lo cual toma el alma la semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira. Porque á la verdad ella aquí así lo siente.

Síguese el verso:

*Cuán manso y amoroso
 Recuerdas en mi seno.*

Muchas maneras de recuerdos hace Dios al alma, tantos, que si hubiésemos de ponernos á contarlos nunca acabaríamos. Pero este recuerdo que aquí quiere dar á entender el alma que le hace el Hijo de Dios, es, á mi ver, de los más levantados y que mayor bien hacen al alma; porque este recuerdo es un movimiento que hace el Verbo en la sustancia del alma, de tanta grandeza y señorío y gloria, y de tan íntima suavidad, que le parece al alma que todos los bálsamos y especies odoríficas y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar su suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo y todas las potestades y virtudes de cielo se mueven. Y que no sólo eso, sino que también todas las criaturas, virtudes y sustancias y perfecciones y gracias de todas las cosas criadas relucen y hacen el mismo movimiento; todo á una y en uno; que por cuanto, como dice San Juan (I, 3 y 4), todas las cosas en él son vida, y en él viven y son y se mueven, como también dice el Apóstol (Actuum. XVII, 28). De aquí es, que moviéndose este tan gran Emperador en el alma, cuyo principado, como dice Isaías (IX, 6), trae sobre su hombro, que son las tres máquinas celeste, terrestre é infernal, y las cosas que hay en ellas, sustentándolas todas (como dice San Pablo) con el verbo de su virtud (Hebr. I, 3), todas á una parezcan moverse, **al modo que al movimiento de la tierra se mueven todas las cosas naturales que hay en ella, como si no fuesen nada** (1). Así es cuando se mueve este príncipe, que trae

(1) Este pasaje se varió en las ediciones, poniéndole de esta manera: «Al modo que si se moviese la tierra, se moverían todas las cosas naturales que hay en ella». Los manuscritos, tanto de la primera como de la segunda Llama, le traen uniformemente como aquí se publica. De su obvio y genuino sentido aparece claro, que San Juan de la Cruz admitía el movimiento de la tierra, lo cual es para él una gloria singular, que le hará brillar de aquí en adelante con nuevos fulgores ante el mundo científico. Y tanto más, cuanto que se adelantó al famoso Galileo, acérrimo defensor de este sistema. No quiero decir con esto, ni que San Juan de la Cruz descubriera esta verdad, ni que él fuera el único que en su tiempo la defendió, pues no ignoro que en la antigüedad fué defendida por los pitagóricos; y que en el primer tercio del siglo XVI la expuso el Canónigo Copérnico en su inmortal libro *De revolutionibus corporum caelestium*, siguiendo su opinión otros sabios de su tiempo.

Este precioso dato es importantísimo para la historia de la ciencia de nuestra Patria; pues se descubre por él que no faltaban en el siglo XVI, en España, parti-

sobre sí su corte y no la corte á él. Aunque esta comparación es harto impropia, porque acá no sólo parecen moverse, sino que también todos descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su duración y vida; porque echa allí de ver el alma cómo todas las criaturas de arriba y de abajo tienen su vida y fuerza y duración en él, y ve claro lo que él dice en el libro de los Proverbios, diciendo: Por mí reinan los reyes y por mí gobiernan los príncipes, y los poderosos ejercitan justicia, y la entienden (VIII, 15-16). Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios en cuanto tienen ser criado, y las ve en él con su fuerza, raíz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita eminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en su ser que en las mismas cosas; y este es el deleite grande de este recuerdo, conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas á Dios, que es conocer los efectos por su causa y no la causa por los efectos, que es conocimiento postrero y ese otro es esencial.

Y cómo sea este movimiento en el alma, como quiera que Dios sea inmóvil, es cosa maravillosa, porque aunque entonces Dios no se mueve realmente, al alma le parece que en verdad se mueve, porque como ella es la innovada y movida por Dios para que vea esta sobrenatural vista, y se le descubre con tanta novedad aquella divina vida y el ser y armonía de todas las cosas y criaturas en ella con sus movimientos en Dios, parecele es Dios el que se mueve, y que toma la causa el nombre del efecto que hace. Según el cual efecto pode-

darios del sistema Copernicano, porque de creer es que el Santo lo aprendió de labios de alguno de sus Maestros.

No podemos menos de notar sobre este mismo punto, el que Fr. Diego de Jesús, C. D., primer editor de estas obras, y que tantas cosas suprimió de ellas, no suprimiera por completo este pasaje, y que admitiera hipotéticamente el movimiento de la tierra; cosa tanto más de extrañar, cuanto que dos años antes que él publicara su edición, había sido condenada la doctrina de Galileo por la Inquisición Romana. Este proceder del P. Diego prueba, á nuestro juicio, que los sabios no tenían dicha condenación por absoluta, como ya han notado varios escritores, sino que se rechazaba la teoría, en tanto que no se demostrase con sólidos argumentos. (Véase el P. Cámara, *Contestación á la Historia del conflicto entre la Religión y la Ciencia*, de Juan Guillermo Draper, pág. 256, edic. de 1879; Almeida, *Recreación Filosófica*, pág. 236 y sig. del tom. 6.º, y otros escritores que han tratado esta materia.)

mos decir que Dios se mueve, según el Sabio dice: que la sabiduría es más movable que todas las cosas movibles (VII, 24); y es, no porque ella se mueva, sino porque es el principio y raíz de todo movimiento; y permaneciendo en sí estable (como dice luego), todas las cosas innova. Y así lo que allí quiere decir es, que la sabiduría es más activa que todas las cosas activas. Y así debemos aquí decir, que el alma en este movimiento es la movida y la recordada del sueño de vista natural á vista sobrenatural. Y por eso le pone bien propiamente nombre de *recuerdo*. Pero Dios siempre se está así, como el alma lo echa de ver, moviendo, rigiendo y dando ser y virtud y gracias y dones á todas las criaturas, teniéndolas todas en sí virtual, y presencial, y sustancialmente, viendo el alma lo que Dios es en sí y lo que es en sus criaturas en sola una vista; así como quien abriéndole un palacio ve en un acto la eminencia de la persona que está dentro, y ve juntamente lo que está haciendo. Y así lo que yo entiendo, cómo se haga este recuerdo y vista del alma, es que estando el alma en Dios sustancialmente (como lo está toda criatura) quitale de delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos, para poderle ver como él es. Y entonces traslúcese y viséase algo entre oscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracias, el cual como todas las cosas está moviendo con su virtud, parécese juntamente con él lo que está haciendo, y parece moverse él en ellas y ellas en él con movimiento continuo. Y por eso le parece al alma que él se movió y recordó, siendo ella la movida y la recordada; que esta es la bajeza de esta nuestra condición de vida, que como nosotros estamos, pensamos que están los otros, y como somos, juzgamos á los demás, saliendo el juicio y comenzando de nosotros mismos y no de fuera. Y así el ladrón piensa que los otros también hurtan; y el lujurioso piensa que de su condición son los demás (1); y el malicioso que también los otros son maliciosos, saliendo aquel juicio de su malicia; y el bueno piensa bien de los demás, saliendo aquel juicio de la bondad

(1) «Que los otros también lo son.» (Mss. de Baeza y Burgos.)

que él tiene en sí concebida. El que es descuidado y dormido, parecele que los otros lo son; y de aquí es, que cuando nosotros estamos descuidados y dormidos delante de Dios, nos parezca que Dios es el que está dormido y descuidado de nosotros, como se ve en el salmo cuarenta y tres, donde dice David á Dios: Levántate, Señor, ¿por qué duermes?, levántate. Poniendo en Dios lo que había en los hombres, que siendo ellos los dormidos y caídos, dicen á Dios que él sea el que se levante y el que despierte: como quiera que nunca duerme el que guarda á Israel. Pero á la verdad, como quiera que todo bien del hombre venga de Dios y el hombre de suyo ninguna cosa pueda que sea buena, con verdad se dice que nuestro recuerdo es recuerdo de Dios, y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios; y así es como si dijera David: Levántanos dos veces y recuérdanos, porque estamos dormidos y caídos de dos maneras. De donde porque el alma estaba dormida en sueño de quo ella jamás por sí misma no pudiera recordar, y sólo Dios es el que la pudo abrir los ojos y hacer este recuerdo, muy propiamente le llama *recuerdo de Dios* á éste, diciendo: *Recuerdas en mi seno*. Recuérdanos tú y alumbranos, Señor mío, para que reconozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste á hacernos mercedes, y que te acordaste de nosotros.

Totalmente es indecible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios, porque siendo comunicación de la excelencia de Dios en la sustancia del alma, que es el seno suyo, que aquí dice suena en el alma una potencia inmensa en voz de multitud de excelencias, de millares de millares de virtudes, nunca numerables, de Dios; en éstas el alma estancando, queda terrible y sólidamente en ellas ordenada como haces de ejércitos y suavizada y agraciada con todas las suavidades y gracias de las criaturas.

Pero será la duda, cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicación en la flaqueza de la carne, que en efecto no hay sujeto y fuerza en ella para sufrir tanto sin desfallecer, pues que solamente de ver la reina Ester al rey Asuero en su trono con sus vestiduras reales y resplandeciendo en oro y piedras preciosas, temió tanto de verle

tan terrible en su aspecto, que desfalleció, como ella lo confiesa allí diciendo, que por el temor que le hizo su grande gloria (porque le pareció como un ángel, y su rostro lleno de gracias) desfalleció (Esther. XV, 16). Porque la gloria oprime al que la mira cuando no le glorifica. ¿Pues, cuánto más había el alma de desfallecer aquí, pues no es ángel al que echa de ver sino á Dios, con su rostro lleno de gracias de todas las criaturas y de terrible poder y gloria y voz de multitud de excelencias, de la cual dice Job, que cuando oyéremos tan sólo una partecita de su voz, quién podrá sufrir la grandeza de su trueno? Y en otra parte dice: No quiero que entienda y trate conmigo con mucha fortaleza, porque por ventura no me oprima con el peso de su grandeza. Pero la causa por qué el alma no desfallece ni teme en aqueste recuerdo tan poderoso y glorioso es por dos cosas. La primera, porque estando ya el alma en estado de perfección (como aquí está), en el cual está la parte inferior muy purgada y conforme con el espíritu, no siente el detrimento y pena que en las comunicaciones espirituales suele sentir el espíritu y sentido no purgado y dispuesto para recibirlas; aunque no basta esto para dejar de recibir detrimento delante de tanta grandeza y gloria, por cuanto, aunque esté el natural muy puro, todavía, porque excede al natural, le corrompería como hace el excelente sensible á la potencia; que á este propósito se entiende lo que alegamos de Job, sino que la segunda causa es la que hace al caso, que es la que en el primer verso dice aquí el alma, que es mostrarse manso y amoroso. Porque así como Dios muestra al alma esta grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla, así la favorece para que no reciba detrimento, amparando el natural, mostrando al espíritu su grandeza con blandura y amor á excusa del natural, no sabiendo el alma si pasa en el cuerpo ó fuera de él. Lo cual puede muy bien hacer el que con su diestra amparó á Moisés para que viese su gloria. Y así tanta mansedumbre y amor siente el alma en él, cuanto poder y señorío y grandeza, porque en Dios todo es una misma cosa; y así es el deleite fuerte y el amparo fuerte en mansedumbre y amor, para sufrir fuerte deleite. Y así antes el alma queda poderosa y fuerte, que desfallecida; que si Ester se

desmayó fué porque el rey se le mostró al principio no favorable, sino (como allí dice) los ojos ardientes, le mostró el furor de su pecho; pero luego que le favoreció extendiendo su cetro y tocándola con él y abrazándola, volvió en si, habiéndola dicho que él era su hermano, que no temiese. Y así habiéndose aquí el rey del cielo desde luego con el alma amigablemente como su igual y su hermano, desde luego no teme el alma, porque mostrándole en mansedumbre, y no en furor, la fortaleza de su poder y el amor de su bondad, le comunica fortaleza y amor de su pecho, saliendo á ella de su trono del alma, como esposo de su tálamo, donde estaba escondido, inclinado á ella y tocándola con el cetro de su majestad, y abrazándola como hermano. Y allí las vestiduras reales y fragancia de ellas, que son las virtudes admirables de Dios; allí el resplandor del oro, que es la caridad; allí el lucir las piedras preciosas de las noticias de las sustancias superiores é inferiores; allí el rostro del Verbo lleno de gracias, que embisten y visten á la reina del alma, de manera que transformada ella en estas virtudes del rey del cielo, se vea hecha reina, y que se pueda con verdad decir de ella lo que dice David de ella en el salmo XLIV, 10, es á saber: La reina estuvo á tu diestra en vestidura de oro y cercada de variedad. Y porque todo esto pasa en la íntima sustancia del alma, dice luego ella.

Donde secretamente solo moras.

Dice que en su seno mora secretamente, porque (como habemos dicho) en el fondo de la sustancia del alma es hecho este dulce abrazo.

Es de saber, que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas, porque si esto no fuese no podrían ellas durar; pero hay diferencia en este morar y mucha; porque en unas mora solo, y en otras no mora solo; en unas mora agrado, y en otras mora desagradado; en unas mora como en su casa, mandándolo y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena; donde no le dejan mandar nada ni hacer nada. El alma donde

menos apetitos y gustos propios moran, es donde él más sólo y más agradao y más como en casa propria mora, rigiéndola y gobernándola; y tanto más secreto mora, cuanto más solo. Y así en esta alma en que ya ningún apetito, ni otras imágenes, ni formas, ni afecciones de alguna cosa criada moran, secretísimamente mora el Amado, con tanto más íntimo é interior y estrecho abrazo, cuanto ella, como decimos, está más pura y sola de otra cosa que Dios; y así está secreto, porque á este puesto y abrazo no puede llegar el demonio, ni el entendimiento del hombre á saber cómo es. “Pero á la misma alma en esta perfección no le está secreto, que siempre siente en sí este íntimo abrazo; pero según estos recuerdos, no siempre, porque cuando los hace el Amado, le parece al alma que recuerda él en su seno, donde antes estaba como dormido, porque aunque le sentía y gustaba, era como al amado dormido en su seno; que cuando uno de los dos está dormido, no se comunican las inteligencias y amores de entrambos, hasta que ambos están recordados.

¡Oh cuán dichosa es esta alma que siempre siente estar Dios descansando en ella y reposando en su seno! Oh cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios y vivir con inmensa tranquilidad, porque aun con la más mínima motica (1) ó bullicio no inquiete ni remueva el seno del Amado. Está él allí de ordinario como dormido en este abrazo con la esposa, en la sustancia de su alma, al cual ella muy bien siente y de ordinario goza. Porque si estuviese siempre en ella recordando, comunicándole las noticias y los amores, ya sería estar en la gloria; porque si una vez que recuerda tantico abriendo el ojo, pone tal al alma, como habemos dicho, ¿qué sería si de ordinario estuviese en ella, para ella bien despierto?

En otras almas que no han llegado á esta unión, aunque no está desagradado, porque en fin están en gracia; pero por cuanto aun no están bien dispuestas, aunque mora en ellas, mora secreto para ellas, porque no le sienten de ordinario, sino cuando él las hace algunos recuerdos sabrosos, aunque no son del género ni metal de éste, ni

(1) Mínima *noticia*. (Mss. de Baeza y Burgos.)

tienen que ver con él, ni al entendimiento ajeno, ni al demonio les es tan secreto como este otro, porque todavía podrían entender algo por los movimientos del sentido, por cuanto hasta la unión no está bien aniquilado, que todavía tiene algunas acciones y movimientos acerca de lo espiritual, por no ser ello totalmente todo espiritual. Mas en este recuerdo, que el Esposo hace en esta alma perfecta, todo lo que pasa y se hace es perfecto, porque lo hace él todo; y entonces aquel aspirar y recordar es al modo de como cuando uno recuerda y respira, y siente el alma un extraño deleite en la aspiración del Espíritu Santo en Dios, en quien soberanamente ella se glorifica y enamora, y por eso dice los versos siguientes (1):

*Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
¡Cuán delicadamente me enamoras!*

“En la cual aspiración, llena de bien y gloria y delicado amor de Dios para el alma, yo no querría hablar, ni aun quiero, porque veo claro que no lo tengo de saber decir, y no parecería tanto como ello es, si lo dijese; porque es una aspiración que hace al alma Dios, en que por aquel recuerdo del alto conocimiento de la Deidad la aspira el Espíritu Santo con la misma proporción que fué la inteligencia y noticia de Dios, en que la absorbe profundísimamente en el Espíritu Santo, enamorándola con primor y delicadez divina, según aquello que vió en Dios; porque siendo la aspiración llena de bien y gloria, en ella llenó el Espíritu Santo al alma de bien y gloria, en que la enamoró de sí sobre toda lengua y sentido en los profundos de Dios: al cual sea dada honra y gloria, *in sæcula sæculorum, amen.*, (2).

FIN DE LA LLAMA DE AMOR VIVA

(1) Algo variado y añadido.

(2) Variado y añadido.

El primer Cántico Espiritual

del

Místico Doctor San Juan de la Cruz.



Dos palabras sobre el primer Cántico espiritual.

QUEDA dicho en otra parte, dónde, cuándo (1) y con qué motivo escribió San Juan de la Cruz su primer Cántico Espiritual. Réstanos tratar aquí de su autógrafo, y dar algunas noticias interesantes acerca del Códice que me ha servido para la presente edición.

Por lo que al original se refiere, afirmo desde luego que no se conoce, y abrigo la convicción de que no se conserva, pues de existir, hubiera sin duda aparecido en las diligentes pesquisas que durante varios años se hicieron en el siglo XVIII. Existen, sin embargo, varios manuscritos, á los que se ha querido dar honores de autógrafos. Estos son: uno que poseen las Carmelitas Descalzas de Bujalance; otro que se halla en las de Loeches, y el códice 17.558 de la Biblioteca Nacional, antes perteneciente á D. Pascual Gayangos, á cuyas manos vino, á no dudarlo, de algún archivo carmelitano. El primero lo confrontó, á mediados del siglo XVIII, el Padre Juan de San Elías, Superior del Convento de Bujalance, con el autógrafo de los *Avisos*, y afirmó que estaba escrito por la misma mano. Su opinión, á pesar de haberla autenticado un notario, no debió convencer ni aun á las mismas religiosas poseedoras del manuscrito, puesto que toda-

(1) En la pág. 137 aduje un testimonio del Padre Manrique, en el que asegura que el Santo explanó en el Calvario desde la 17 hasta la 27 de sus canciones. Considerada después con reflexión dicha autoridad, háme parecido que no tiene fuerza de probación, por el motivo que ahora diré: Dicha noticia la tomó indudablemente el autor citado del Padre José de Jesús Maria, cuya Historia del Santo Padre él mismo imprimió en Bruselas. Ahora bien; diciendo éste una cosa muy distinta de lo que aquél escribe, síguese que la noticia carece de fundamento. Demuestren sus palabras mi aserción: «Parece, dice, que á este tiempo habemos de reducir lo que de este estado (del Desposorio espiritual) dice en el tratado que comienza: *A dónde te escondiste. Amado, y me dejaste*, desde la canción 17 hasta la 27.» (*Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, pág. 562 de la edición de Bruselas.) Como se ve, no dice otra cosa sino que el Místico Doctor entró por aquel tiempo en el grado de perfección llamado por los místicos *Desposorio espiritual*. (Véase todo el párrafo.) Mas nada indica de que entonces explicara las canciones que tratan de ese estado. Es por otra parte muy extraño que declarara dichas estrofas, no habiendo declarado las anteriores. Y aunque diga un testigo presencial como la Madre Magdalena del Espíritu Santo, que estando en el susodicho monasterio interpretó algunas canciones consultado por las religiosas de Veas, es de creer que no serían precisamente las referidas, sino que cada Monja le pediría explicación de aquella que le pareciera encerrar más misterios. Estas mismas interpretaciones entiendo que después las ampliaría en Granada, donde es cierto que comenzó á escribir ordenadamente toda la obra. (Véase el título y el Prólogo.)

via, en un papel que le sirve de envoltorio, se dice únicamente que se *presume* ser de letra del Santo, y que si se llegare á probar, se tendrá con más veneración. Nunca le han tributado ésta las monjas (como lo prueba el tenerle hoy desencuadrado) lo cual es señal inequívoca de que jamás han estado convencidas de que sea el original. No lo es, en efecto, como lo demuestra (aparte de otras razones que no es necesario exponer) el carácter de su escritura distinto del de los verdaderos originales. El segundo manuscrito lo examinó atentamente un crítico (que entiendo fué el Padre Fray Andrés de la Encarnación), y con sólidas razones probó ser un simple traslado antiguo. Del tercero se escribe lo que sigue en su correspondiente papeleta de la Biblioteca Nacional: «Letra del siglo XVI, y al parecer original de San Juan de la Cruz.» Sospechamos que quien esto escribió habla por solas conjeturas; si hubiera conocido autógrafos del Místico Doctor, opinara sin duda de distinto modo; pues la desemejanza entre éstos y el códice salta á la vista de cualquiera (1).

Otro importantísimo manuscrito conservan las Carmelitas Descalzas de Sanlúcar de Barrameda, que si bien no es el original, merece tanto crédito como si lo fuera. Está escrito con mucho esmero, todo por la misma mano, y es de hermosa letra. Contiene no solamente el *Cántico*, sino también diecisiete de las poesías del Místico Doctor. En su portada se ve una curiosa nota de puño del Santo que dice así: «Este es el borrador de que ya se sacó en limpio.—Fray Juan de la Cruz.» De la misma letra se encuentran en todo él, tanto entre renglones, como en las márgenes, varias correcciones, adiciones y notas (2). En las primeras, que son muy raras, corrige los descuidos del copista; en las segundas, añade algunas palabras y conceptos al texto; y en las terceras, ora le explica con más amplitud, ora apunta brevemente alguna nueva idea, ora pone

(1) En las Carmelitas Descalzas de Ocaña se venera como verdadero autógrafo la hoja de un manuscrito del primer Cántico, el cual se repartió entre varios Conventos. No sólo según mi juicio, sino también según el parecer del Padre Fray Andrés de la Encarnación, debe considerarse como una mera copia. Así lo persuade tanto la forma de letra como la ortografía, distintas una y otra de la auténtica del Místico Doctor. Quizás dicho manuscrito lo regalara el Santo á alguna religiosa, y de ahí nació el tenerle por original.

(2) No cabe la menor duda de que tanto la nota como las enmiendas y adiciones son autógrafas del Santo. La simple comparación de ellas con otros originales del Místico Doctor, bastará para convencer á los lectores. (Véase el grabado de los *Avisos*, pág. 152 y los que reproducimos en la estrofa 37 de este Cántico.) Por esto juzgamos innecesario transcribir aquí el dictamen del tantas veces citado crítico Fray Andrés de la Encarnación, y el de otros excelentes calígrafos de Madrid que él consultó, los cuales también aseguraron que la letra era original de San Juan de la Cruz.

en compendio al margen, el pensamiento capital que desarrolla. Dichas adiciones y notas no se hallan ni en la edición de Bruselas ni en otros varios manuscritos del primer Cántico. En los que contienen el texto del Cántico segundo sí suelen encontrarse, aunque, por lo general, está más ampliado el pensamiento. Esto es sin duda una demostración patente de lo que en otro lugar he afirmado, á saber, que en el referido manuscrito fué apuntando San Juan de la Cruz algunos de los conceptos que quería añadir en la segunda redacción que meditaba de su libro.

Ahora debemos decir en qué sentido le llama *borrador*. El Padre Fray Andrés de la Encarnación opina que le considera como tal respecto del Cántico segundo. No se puede admitir fácilmente esta hipótesis. Y es la razón, porque en el dicho Cántico segundo se encuentran muchos y largos párrafos que en el códice ni siquiera se apuntan; y se introducen otras variaciones, de las que tampoco en él se hallan vestigios. Decir que es el *borrador* del primer Cántico (en el sentido que ordinariamente se da á dicha palabra), ofrece también sus dificultades. En este caso tendríamos que admitir, que el Santo no escribió su obra de propio puño, sino que la dictó á algún amanuense, lo cual no parece muy probable (1). No es esto, por otra parte, muy creíble si se consideran los caracteres del manuscrito; en primer lugar, porque está escrito con mucha limpieza, siendo rarísima la vez que el copiante tacha la palabra escrita y la sustituye por otra; y en segundo lugar, porque al principiar la declaración de cada estrofa y también la de muchos versos, adorna el copiante la primera letra con un dibujo, en lo cual parece no se entretendría si fuera escribiendo lo que otro le dictara. Sea de esto lo que quiera, es lo cierto que el manuscrito merece la autoridad de original. El Santo lo ha leído todo él y ha enmendado hasta los más leves descuidos del copista, los cuales, á decir verdad, son menos que los que se hallan en cuantas copias hemos visto de estas Obras.

Dadas estas noticias, réstanos decir por qué razón publicamos el primer Cántico, siendo así que la doctrina de él se halla toda en el Cántico de la segunda escritura, atrás impreso. Publicámosle por varias razones: 1.^a Porque una edición de la índole de la nuestra necesariamente lo exigía; 2.^a Porque es en cierto modo, como arriba se probó, un tratado distinto del Cántico segundo, y contiene algu-

(1) Si pudiera probarse que el Santo dictó sus escritos, se resolvería la dificultad de que no se hayan encontrado los autógrafos.

nos párrafos que no se encuentran en él (1); 3.^a Porque es completamente desconocido tal como nosotros le editamos (2), y 4.^a Porque así se conocerá el génesis del segundo Cántico, y se patentizará cómo realmente su autor escribió dos veces este libro.

Por lo que respecta al código de que me sirvo para su publicación, digo que es únicamente el referido *borrador*. La suma corrección con que está escrito, y el haberle enmendado el Místico Doctor, le dan autoridad de verdadero original; á él, por tanto, hay que atenerse en todo. Conservo las palabras tal como el autor las empleaba; mas no la ortografía con que están escritas; en primer lugar, porque no es la del Santo, pues como se ha dicho, no le escribió él, y en segundo lugar, porque esto, por lo general, no se acostumbra hoy día, ni aun en aquellos escritos antiguos que se reproducen con el mismo lenguaje de sus autores. Las adiciones que hizo el Santo las distingo poniéndolas de letra cursiva, y á continuación noto la página del segundo Cántico en que se hallan, á fin de que el lector pueda cerciorarse de mis afirmaciones. Las notas marginales se imprimen en la margen inferior, indicando que son del Santo, para que no haya lugar á confusión.

(1) Estos párrafos frán entre los signos siguientes: § *. Advertimos que sólo notaremos aquellos que tengan alguna importancia. También hacemos notar que en el Cántico segundo no se ha indicado absolutamente todo lo que tiene más que el primero; y que tampoco, por el contrario, todos los párrafos que se han puesto como añadidos lo son enteramente. Estos son muy contados.

(2) Podíamos añadir que, aun quitados los aditamentos que ahora por primera vez se imprimen, no es conocido en España el genuino primer Cántico. La primera impresión que de él se publicó se hizo en el extranjero, como varias veces hemos repetido. Esta edición era bastante correcta, aunque no tanto como la que al presente se publica. Imprimióse tres años después en nuestra nación; mas salió con no pocas diferencias, y así continuó imprimiéndose luego hasta que vió la luz pública el Cántico segundo. Dichas diferencias provienen, parte del editor, y parte sin duda del manuscrito de que se valió para hacer la edición. Consisten las primeras en introducir algunas palabras que atenúen ó expliquen ciertas expresiones del Santo. El proceder sistemático por una parte, y el faltar por otra las referidas palabras en los manuscritos, es prueba evidente de que, como hemos afirmado, son de propia cosecha del editor. Las segundas (que son en mayor número), consisten en suprimir algunos párrafos y compendiar otros de los que salieron en la edición de Bruselas. Hay fundamento para asegurar que esto proviene del código: en primer lugar, porque dichos pasajes no ofrecen dificultad, y en segundo lugar, porque los manuscritos de Bujalance y Loeches suelen tener casi en todo las mismas supresiones y abreviaciones. No sabemos de dónde tiene esto origen: quizá el Santo añadió y amplió esos pasajes después de sacarse alguna copia de su primer Cántico, ó quizá el copista (lo que no me atrevo á creer), por descuido ó de intento dejó de transcribir lo que falta. Opínesese sobre esto lo que se quiera, es lo cierto que los aludidos párrafos son auténticos, pues no sólo se hallan en la edición de Bruselas, sino también en el *borrador* y en un excelente código antiguo que poseen las Carmelitas Descalzas de Valladolid.

DECLARACION

Delas uniones, que tratan de el exercicio de
Amor entre el alma, y el esposo Christo.

En la qual se declaran y declaran algu-
nos puntos, y efectos de esta

union: apeticion de la

maria Anna

De Je.

sus. priora de las rescalças en sant

Joseph. De Granada A

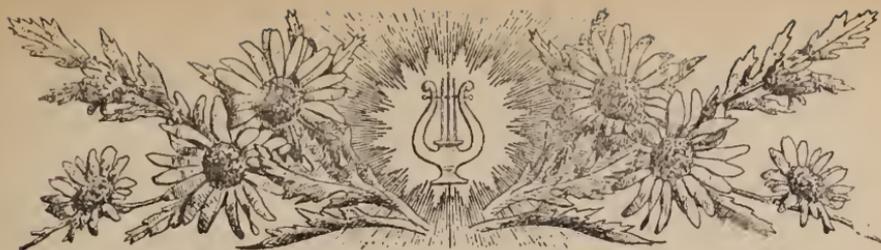
ño de 1524

Años.



Este libro es el borrador de q. yate
saco en limpio L. *J. J. de la C.*

(Esta nota que se ve en la parte inferior es autógrafa del Santo.)



PROLOGO ⁽¹⁾

POR cuanto estas Canciones, religiosa madre, parecen ser escritas con algún fervor de amor de Dios, cuya sabiduría y amor es tan inmenso, que (como se dice en el libro de la Sabiduría) toca desde un fin hasta otro fin, y el alma que de él es informada y movida, en alguna manera esa misma abundancia é ímpetu lleva en su decir. No pienso yo ahora declarar toda la anchura y copia que el espíritu fecundo del amor en ellas lleva, antes sería ignorancia pensar que los dichos de amor en inteligencia mística (cuales son los de las presentes Canciones) con alguna manera de palabras se puedan bien explicar. Porque el Espíritu del Señor que ayuda nuestra flaqueza (como dice San Pablo): Morando en nosotros, pide por nosotros con gemidos inefables lo que nosotros no podemos bien entender ni comprender para lo manifestar (Rom. VIII, 26). Porque quién podrá escribir lo que á las almas amorosas, donde él mora, hace entender? ¿y quién podrá manifestar con palabras lo que las hace sentir? ¿y quién, finalmente, lo que las hace desear? Ciertamente nadie lo puede; cierto ni ellas mismas, por quien pasa, lo pueden. Que esta es la causa por qué con figuras, comparaciones y semejanzas, antes rebosan algo de lo que sienten, y de la abundancia del espíritu vierten secretos misterios, que con razones lo declaran. Las cuales semejanzas, no leídas con la sencillez del espíritu de amor é inteligencia que ellas llevan, antes parecen dislates, que dichos puestos en razón; según es de ver en los divinos Cánticos de Salomón, y en otros libros de la Escritura divina; donde no pudiendo el Espíritu Santo dar á entender la abundancia de su sentido por términos vulgares y usados, habla misterios en extrañas figuras y semejanzas. De donde se sigue, que los santos Doctores, aunque mucho dicen y más digan, nunca pueden acabar de declararlo por palabras; así como tampoco por palabras se pudo ello decir, y así lo que dello se declara ordinariamente, es lo menos que contiene en sí. Por haberse, pues, estas Canciones compuesto en amor

(1) En la primera edición italiana (1627), aparece dedicado este libro á Santa Teresa de Jesús (Fray Jerónimo de San José, *Historia del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, lib. V, cap. 16); mas es ciertísimo que el Santo habla con la Madre Ana de Jesús.

de abundante inteligencia mística, no se podrán declarar al justo, ni mi intento será tal; sino sólo dar alguna luz en general (pues V. R. así lo ha querido), y esto tengo por mejor: porque los dichos de amor, es mejor dejarlos en su anchura, para que cada uno, de ellos se aproveche según su modo y caudal de espíritu, que abreviarlos á un sentido, á que no se acomode todo paladar. Y así aunque en alguna manera se declara, no hay para qué atarse á la declaración; porque la sabiduría Mística (la cual es por amor, de que las presentes Canciones tratan) no há menester distintamente entenderse, para hacer efecto de amor y afición en el alma, porque es á modo de la Fe, en la cual amamos á Dios sin entenderle. Por tanto seré bien breve; aunque no podrá ser menos de alargarme en algunas partes, donde lo pidiere la materia, y donde se ofreciere ocasión de tratar y declarar algunos puntos y efectos de oración; que por tocarse en las Canciones muchos, no podrá ser menos de tratar algunos. Pero dejando los más comunes, notaré brevemente los más extraordinarios, que pasan por los que han pasado, con el favor de Dios, de principiantes; y esto por dos cosas. La una, porque para los principiantes hay muchas cosas escritas: La otra, porque en ello hablo con V. R. por su mandado, á la cual Nuestro Señor ha hecho merced de haberla sacado de estos principios, y llevádola más adentro de el seno de su amor divino. Y así espero, que aunque se escriben aquí algunos puntos de Teología Escolástica, acerca del trato interior del alma con su Dios, no será en vano haber hablado algo á lo puro del espíritu, en tal manera; pues aunque á V. R. le falte el ejercicio de Teología Escolástica, con que se entienden las verdades divinas, no le falta el de la Mística, que se sabe por amor, en que no solamente se saben, mas juntamente se gustan.

Y porque todo lo que dijere (lo cual quiero sujetar al mejor juicio, y totalmente al de la Santa Madre Iglesia), haga más fe, no pienso afirmar cosa de mío, fiándome de experiencia, que por mí haya pasado, ni de lo que en otras personas espirituales haya conocido, ó de ellas oído (aunque de lo uno y de lo otro me pienso aprovechar) sin que con autoridades de la Escritura divina vaya confirmado y declarado, á lo menos en lo que pareciere más dificultoso de entender. En las cuales llevaré este estilo: que primero las pondré la sentencia de su latín, y luego las declararé al propósito de lo que se trayeren.

Y pondré primero juntas todas las Canciones, y luego por su orden iré puniendo cada una de por sí para habella de declarar; de las cuales declararé cada verso poniéndole al principio de su declaración.

FIN DEL PRÓLOGO

CANCIONES ENTRE EL ALMA Y EL ESPOSO

ESPOSA

- 1.—¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido;
Salí tras tí clamando, y eras ido.
- 2.—Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Decilde que adolezco, peno y muero.
- 3.—Buscando mis amores.
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.

PREGUNTA Á LAS CRIATURAS

- 4.—¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!

RESPUESTA DE LAS CRIATURAS

- 5.—Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.

ESPOSA

- 6.—¡Ay, quién podrá sanarme!
Acaba de entregarte ya de vero,
No quieras enviarme
De hoy más ya mensajero,
Que no saben decirme lo que quiero.
- 7.—Y todos cuantos vagan,
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.
- 8.—Mas, ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amado en tí concibes?
- 9.—¿Por qué pues, has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?
- 10.—Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos,
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbre dellos,
Y sólo para tí quiero tenellos.
- 11.—¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!
- 12.—Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

EL ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

LA ESPOSA

- 13.—Mi Amado las montañas,
Los valles solitarios nemorosos,
Las ínsulas extrañas,
Los ríos sonorosos,
El silbo de los aires amorosos;
- 14.—La noche sosegada
En par de los levantes de la aurora,
La música callada,
La soledad sonora,
La cena, que recrea y enamora.
- 15.—Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.
- 16.—A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.
- 17.—En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.
- 18.—Allí me dió su pecho,
Allí me enseñó ciencia muy sabrosa,
Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa,
Allí le prometí de ser su esposa.
- 19.—Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio;
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.
- 20.—Pues ya si en el egido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido;

- Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fuí ganada.
- 21.**—De flores y esmeraldas,
En las frescas mañanas escogidas,
Haremos las guirnaldas
En tu amor florecidas,
Y en un cabello mío entretejidas.
- 22.**—En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste,
Mirástele en mi cuello,
Y en él preso quedaste,
Y en uno de mis ojos te llagaste.
- 23.**—Cuando tú me mirabas,
Su gracia en mí tus ojos imprimían;
Por eso me adamabas,
Y en eso merecían
Los míos adorar lo que en tí vían.
- 24.**—No quieras despreciarme,
Que si color moreno en mí hallaste,
Ya bien puedes mirarme,
Después que me miraste,
Que gracia y hermosura en mí dejaste.
- 25.**—Cogednos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.
- 26.**—Detente, cierzo muerto,
Ven, Austro, que recuerdas los amores,
Aspira por mi huerto,
Y corran sus olores,
Y pacerá el Amado entre las flores.

ESPOSO

- 27.**—Entrado se ha la Esposa
En el ameno huerto deseado,
Y á su sabor reposa,
El cuello reclinado
Sobre los dulces brazos del Amado.

- 28 —Debajo del manzano,
Allí conmigo fuiste desposada,
Allí te dí la mano,
Y fuiste reparada
Donde tu madre fuera violada.
- 29.—A las aves ligeras,
Leones, ciervos, gamos saltadores,
Montes, valles, riberas,
Aguas, aires, ardores
Y miedos de las noches veladores.
- 30.—Por las amenas liras,
Y canto de Serenas os conjuro,
Que cesen vuestras iras,
Y no toquéis al muro,
Porque la Esposa duerma más seguro.

ESPOSA

- 31.—Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.
- 32.—Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las compañas
De la que va por ínsulas extrañas.

ESPOSO

- 33.—La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.
- 34.—En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

ESPOSA

- 35.—Gocémonos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte ó al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura .
36. —Y luego á las subidas
Cavernas de la piedra nos iremos,
Que están bien escondidas,
Y allí nos entraremos,
Y el mosto de granadas gustaremos .
- 37.—Allí me mostrarías
Aquello que mi alma pretendía,
Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día .
- 38.—El aspirar del aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.
- 39.—Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería
A vista de las aguas descendía .





Comienza la declaración

de las

Canciones entre la Esposa y el Esposo.

CANCIÓN I

¿A dónde te escondiste,
Amado, y me dejaste con gemido?
Como el ciervo huiste,
Habiéndome herido:
Salí tras tí clamando y eras ido.

DECLARACIÓN

En esta primera Canción, el alma enamorada del Verbo Hijo de Dios su Esposo, deseando unirse con él por clara y esencial visión, propone sus ansias de amor, querellándose á él de la ausencia: mayormente que estando ella herida de su amor, por el cual ha salido de todas las cosas y de sí mesma, todavía haya de padecer la ausencia de su Amado, no desatándola ya de la carne mortal, para poderle gozar en gloria de eternidad; y así dice:

¿A dónde te escondiste.

Y es como si dijera: Verbo, Esposo mío, muéstrame el lugar do estás escondido. En lo cual le pide la manifestación de su divina esencia; porque el lugar do está escondido el Hijo de Dios, es, como dice San Juan, el seno del Padre (I, 18), que es la esencia divina, la cual es ajena y escondida de todo ojo mortal, y de todo entendimiento. Lo cual quiso decir Esaías, cuando dijo: Verdaderamente tú eres Dios escondido (XLV, 15). Donde es de notar, que por grandes comunicaciones y presencias, y altas y subidas noticias de Dios que una alma en esta vida tenga, no es aquello esencialmente Dios, ni tiene que ver con él; porque todavía en la verdad le está al alma escondido; y siempre le conviene á el alma sobre todas esas grandezas, tenerle por escondido, y buscarle escondido, diciendo: *¿A dónde te escondiste?* Porque ni

la alta comunicación y presencia sensible es más testimonio de su presencia, ni la sequedad y carencia de todo eso en el alma es menos testimonio de su presencia en ella. Por lo cual dice el Profeta Job: *Si venerit ad me, non videbo eum; et si abierit, non intelligam* (IX, 11). Que quiere decir: si viniere á mí (es á saber Dios) no le veré, y si se fuere no lo entenderé. En lo cual se ha de entender, que si el alma sintiere grande comunicación ó noticia de Dios, ú otro algún sentimiento, no por eso se ha de persuadir, á que aquello sea tener más á Dios, ó estar más en Dios; ni tampoco que aquello que siente, ó entiende, sea esencialmente Dios, aunque más ello sea; y que si todas esas comunicaciones sensibles é inteligibles le faltaren, no ha de pensar que por eso le falta Dios, pues que realmente ni por lo uno puede saber de cierto estar en su gracia, ni por lo otro estar fuera de ella, diciendo el Sabio: *Nemo scit utrum amore an odio dignus sit* (Eccles. IX, 1). Que quiere decir: ningún hombre mortal puede saber si es digno de gracia ó aborrecimiento de Dios. De manera, que el intento de la alma en este presente verso, no es pedir sólo la devoción afectiva y sensible, en que no hay certeza ni claridad de la posesión graciosa del Esposo en esta vida, sino también la presencia y clara visión de su esencia, con que desea estar certificada y satisfecha en la gloria. Esto mismo quiso decir la Esposa en los Cantares divinos, cuando deseando la unión y junta de la divinidad del Verbo Esposo suyo, la pidió al Padre diciendo: *Indica mihi, ubi pascas, ubi cubes in meridie* (Cant. 1, 6). Que quiere decir: muéstrame dónde te apacientes, y dónde te recuestes al medio día. Porque en pedirle donde se apacentaba, era pedir le mostrase la esencia del Verbo divino; porque el Padre no se gloria ni apacienta en otra cosa que en el Verbo, su único Hijo; y en pedir le mostrase dónde se recostaba al medio día, era pedirle lo mesmo: porque el Padre no se recuesta, ni cabe en otro lugar que en su Hijo, en el cual se recuesta, comunicándole toda su esencia, al medio día, que es en la eternidad, donde siempre le engendra. Este pasto, pues, donde el Padre se apacienta, y este lecho florido del Verbo divino, donde se recuesta escondido de toda criatura mortal, pide aquí el alma Esposa, cuando dice: *¿A dónde te escondiste?*

Y es de notar, para saber hallar este Esposo (cual en esta vida se puede), que el Verbo, juntamente con el Padre y el Espíritu Santo, está esencialmente en el íntimo centro de la alma escondido. Por tanto, el alma, que por unión de amor le ha de hallar, conviéndole salir de todas las cosas criadas según la voluntad, y entrarse en sumo recogimiento dentro de sí misma, comunicándose allí con Dios en amoroso y afectuoso trato, estimando todo lo que hay en el mundo como si no fuese. Que por eso San Agustín, hablando en los Soliloquios con Dios, decía: no te hallaba yo, Señor, de fuera, porque mal te buscaba de fuera á tí, que estabas dentro. Está, pues, en el alma escondido, y allí le ha de buscar el buen contemplativo, diciendo: *¿A dónde te escondiste*

Amado, y me dejaste con gemido?

Llámale *Amado* para más moverle é inclinarle á su ruego; porque cuando Dios es amado de veras, con gran facilidad oye los ruegos de su amante. Y entonces se puede de verdad llamar *Amado*, cuando el alma está entera con él, no teniendo su corazón en otra cosa alguna fuera de él. De donde algunos llaman al Esposo *Amado*, y no es su *Amado* de veras, porque no tienen con él entero su corazón; y así su petición no es en la presencia del Esposo de tanto valor.

Y en lo que dice luego: y *me dejaste con gemido*, es de notar, que la ausencia de el Amado es un continuo *gemido* en el corazón del amante; porque como fuera de él nada ama, en nada descansa ni recibe alivio; de donde en esto se conocerá si alguno de veras á Dios ama: si con alguna cosa menos que Dios no se contenta.

Este gemido dió bien á entender San Pablo cuando dijo: *Nos intra nos gemimus, expectantes adoptionem filiorum Dei* (Rom. VIII, 23). Esto es: nosotros, dentro de nosotros tenemos el gemido, esperando la adopción y posesión de hijos de Dios. Que es como si dijera: dentro de nuestro corazón, donde tenemos la prenda, sentimos lo que nos aqueja, que es la ausencia. Este, pues, es el gemido que el alma tiene siempre en el sentimiento de la ausencia de su Amado; mayormente cuando habiendo gustado alguna dulce y sabrosa comunicación suya, la dejó seca y sola, lo cual sintiendo ella mucho, dice luego:

Como el ciervo huiste.

Donde es de notar, que en los Cantares compara la Esposa al Esposo, al ciervo y á la cabra montañesa, diciendo: *Similis est dilectus meus capræ hinnuloque cervorum* (Cap. II, 9). Esto es: semejante es mi Amado á la cabra, y al hijo de los ciervos. Y esto por la presteza del esconderse y mostrarse, cual suele hacer el Amado en las visitas que hace á las almas, y en los desvíos y ausencias que las hace sentir después de las tales visitas: por lo cual les hace sentir con mayor dolor la ausencia, según ahora da aquí á entender el alma cuando dice:

Habiéndome herido.

Y es como si dijera: no sólo me bastaba la pena y el dolor que ordinariamente padezco en tu ausencia, sino que hiriéndome más de amor con tu flecha, y aumentado la pasión y apetito de tu vista, huyas con ligereza de *Ciervo*, y no te dejes comprender algún tanto siquiera.

Para más declaración de este verso, es de saber, que allende de otras muchas diferencias de visitas que Dios hace al alma, con que la llaga y levanta en amor, suele hacer unos encendidos toques de amor, que á manera de saeta de fuego, hieren y traspasan al alma y la dejan toda cauterizada con fuego de amor. Y estas

propiamente se llaman heridas de amor, de las cuales habla aquí el alma. Inflaman éstas tanto la voluntad en afición, que se está el alma abrasando en fuego y llama de amor, tanto que parece consumirse en aquella llama, y la hace salir fuera de sí, y renovar toda, y pasar á nueva manera de ser; así como el ave Fénix, que se quema y renasce de nuevo. De lo cual hablando David, dice: *Inflammatum est cor meum, et renes mei commutati sunt, et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi:* (Ps. LXXII, 21.) Que es decir: fué inflamado mi corazón, y mis renes se mudaron, y yo fuí resuelto en nada, y no supe. Los apetitos y afectos que aquí entiende el Profeta por renes, todos se conmueven mudándose en divinos en aquella inflamación amorosa de el corazón y el alma por amor se resuelve en nada, nada sabiendo sino sólo amor. Y á este tiempo amoroso es la conmutación de estas renes de apetitos de voluntad hecha en grande manera de tormento en ansia de ver á Dios, tanto que le parece al alma intolerable el rigor de que con ella usa el amor; no porque la haya herido (porque antes tiene ella las tales heridas de amor por salud), sino porque la dejó así herida penando, y no la hirió más hasta acabarla de matar, para poder verse juntamente con él en revelada y clara vista de perfecto amor. Por tanto, encaresciendo, ó declarando, el dolor de la herida de amor, á causa de la ausencia, dijo: *Habiéndome herido.*

Y este sentimiento tan grande acaece así en el alma por cuanto en aquella herida de amor que hace Dios en ella, levántase la voluntad de la alma con súbita presteza á la posesión del Amado, que sintió estar cerca por el toque suyo que sintió de amor. Y con esa misma presteza siente el ausencia y el gemido juntamente, por cuanto en ese mismo momento se le desaparece y esconde y se queda ella en vacío y con tanto más dolor y gemido, cuanto era mayor el apetito de comprender. Porque estas visitas de heridas de amor no son como otras en que Dios suele recrear y satisfacer al alma, llenándola de pacífica suavidad y reposo; porque éstas sólo las hace él, más para llagar que para sanar; y más para lastimar, que para satisfacer; pues no sirven más de para avivar la noticia, y aumentar el apetito, y por el consiguiente el dolor. Estas se llaman heridas de amor que son al alma sabrosísimas, por lo cual querría ella estar siempre muriendo mil muertes á estas lanzadas, porque la hacen salir de sí y entrar en Dios, lo cual da ella á entender en el verso siguiente, diciendo:

Sali tras tí clamando y eras ido.

En las heridas de amor no puede haber medicina sino de parte del que hirió, y por eso dice que salió clamando, esto es, pidiendo medicina tras del que la había herido, clamando con la fuerza del fuego causado de la herida. Y es de saber, que este salir se entiende de dos maneras. La una saliendo de todas las cosas, lo cual se hace por desprecio y aborrecimiento de ellas. La otra saliendo de sí misma por

olvido y descuido de sí; lo cual se hace por aborrecimiento santo de sí misma en amor de Dios, el cual de tal manera levanta al alma, que la hace salir de sí y de sus quicios y modos naturales clamando por Dios; y esas dos maneras de salir entiende aquí el alma cuando dice, *salí*; porque esas dos son menester, y no menos, para ir tras Dios y entrar en él. Y así es como si dijera: Esposo mío, en aquel toque tuyo y herida de amor, sacásteme, no sólo de todas las cosas enajenándome de ellas, mas también me hiciste salir de mí (porque á la verdad y aun de las carnes parece que entonces saca Dios al alma), y levantásteme á tí, clamando por tí, desasida ya de todo para asirme á tí. *Y eras ido*: como si dijera: al tiempo que quise comprender tu presencia no te hallé, y quedéme vacía y desasida de todo por tí, y sin asirme á tí, penando en los aires de amor sin arrimo de tí y de mí. Esto que aquí llama el alma salir para ir á Dios, llama la Esposa en los Cantares levantar, diciendo: *Surgam et circuibo civitatem, per vicos et plateas quæram quem diligit anima mea, quæsiivi illum et non inveni*. Quiere decir: levantarme he y rodearé la ciudad, por los arrabales y las plazas buscaré al que ama mi ánima; busquéle y no le hallé. Este levantar, se entiende aquí, espiritualmente, de lo bajo á lo alto, que es lo mismo que salir de sí, esto es, de su modo y amor bajo al alto amor de Dios; pero da á entender, que quedó penada porque no le halló. Por eso el que está enamorado de Dios, vive siempre en esta vida penado, porque él está ya entregado á Dios, esperando la paga en la misma moneda, conviene á saber, de la entrega de la clara posesión y visión de Dios, clamando por ella, y en esta vida no se le da: y habiéndose ya perdido de amor por Dios, no ha hallado la ganancia de su pérdida, pues carece de la dicha posesión de el Amado, porque él se perdió. Por tanto, el que anda penado por Dios, señal es que se ha dado á Dios y que le ama. Esta pena y sentimiento de la ausencia de Dios, suele ser tan grande en los que van llegándose á perfección, al tiempo de estas divinas heridas, que si no proveyese el Señor morirían; porque como tienen el paladar de la voluntad y el espíritu limpio y sano, bien dispuesto para Dios, y en lo dicho se les da á gustar algo de la dulzura de el amor, que ellos sobre todo modo apetescen, padecen sobre todo modo; porque como resquicios se les muestra un inmenso bien, y no se les concede; así es inefable la pena y el tormento.

CANCIÓN II

Pastores, los que fuerdes
 Allá por las majadas al otero,
 Si por ventura vierdes
 Aquel que yo más quiero,
 Decilde que adolezco, peno y muero.

DECLARACIÓN

En esta Canción el alma se quiere aprovechar de terceros y medianeros para con su Amado, pidiéndoles le den parte de su dolor y pena; porque propiedad es del amante, ya que por la presencia no puede comunicarse, hacerlo por los mejores medios que puede; y así el ama de sus deseos, afectos y gemidos se quiere aquí aprovechar como de mensajeros, que también saben manifestar los secretos del corazón, y así dice:

Pastores, los que fuerdes.

Llamando pastores á los afectos y deseos, porque ellos apacientan al alma de bienes espirituales; porque pastor, quiere decir apacentador, y mediante ellos se comunica Dios á ella (porque sin ellos no se le comunica) y dice: *Los que fuerdes*. Es á saber, los que de puro amor saliéredes; porque no todos van, sino los que salen de fiel amor.

Allá por las majadas al otero.

Llama *majadas* á los coros de los Angeles, por los cuales de coro en coro van nuestros gemidos y oraciones á Dios, al cual llama otero, porque así como el otero es alto, así Dios es la suma alteza; y porque en Dios como en el otero, se otean y ven todas las cosas, al cual van nuestras oraciones ofreciéndoselos los ángeles, como habemos dicho; porque ellos son los que le ofrescen nuestras oraciones y deseos, según lo dijo el Angel al Santo Tobías diciendo: *Quando orabas cum lachrymis et sepe liebas etc., ego obtuli orationem tuam Domino* (XII, 12). Que quiere decir: cuando orabas con lágrimas y enterrabas los muertos, yo ofrecí al Señor tu oración. También se pueden entender por estos pastores que aquí dice el alma, por los mismos ángeles, porque no sólo llevan á Dios nuestros recaudos, sino también traen los de Dios á nuestras almas, apacentándolas como buenos pastores de dulces inspiraciones y comunicaciones de Dios, por cuyo medio también Dios las hace, y ellos nos amparan de los lobos que son los demonios, y nos defienden dellos como buenos pastores.

Si por ventura vierdes.

Y es tanto como decir, si por mi buena dicha y ventura llegáredes á su presencia, de suerte que os vea, y os oiga; donde es de notar, que aunque es verdad que Dios todo lo sabe y entiende, y hasta los mínimos pensamientos del alma ve y nota, entonces se dice ver nuestras necesidades, ú oirlas, cuando las remedia ó las cumple; porque no cualesquier necesidades ni cualesquier peticiones llegan á colmo, que las oiga Dios para cumplirlas, hasta que en sus ojos llegue bastante tiempo y sazón y

número para concederlas, ó remediarlas, y entonces se dice verlo y oírlo. Según es de ver en el Exodo, donde después de cuatrocientos años que los hijos de Israel habían estado afligidos en la servidumbre de Egipto, dijo Dios á Moisés: *Vidi afflictionem populi mei in Egipto et clamorem ejus audivi et descendi liberare eum*. Esto es, vi la aflicción de mi pueblo y he oído su clamor y he bajado para librarlos (Exord. III, 7). Como quiera que siempre la hubiese visto, pero entonces se dijo verla cuando por la obra quiso cumplirla, y también dijo San Gabriel á Zacarías: *Ne timeas, Zacharia, quoniam exaudita est deprecatio tua*. Que quiere decir: No temas, Zacarías, porque es oída tu oración (Luc. I, 13). Es á saber, concediéndole el hijo que muchos años le había andado pidiendo, como quiera que siempre le hubiese oído. Y así ha de entender cualquiera alma que, aunque Dios no acuda luego á su necesidad y ruego, no por eso si ella no lo desmerece dejará de acudir en el tiempo debido y oportuno, el cual es, como dice David: *Adjutor in oportunitatibus in tribulatione*. Esto es: ayudador en las oportunidades y en la tribulación (Ps. IX, 10). Quiere, pues, decir aquí el alma cuando dice: *Si por ventura vierdes*. Si por mi buena ventura ha llegado el tiempo y sazón en que mis deseos y peticiones hayan llegado á que los vea para cumplírmelos

Aquel que yo más quiero.

Es á saber, más que á todas las cosas, y entonces, hablando á lo perfecto, le quiere más que á todas las cosas el alma cuando no se le pone nada por delante, que la impida hacer y padecer por él cualquier cosa. A éste, pues, que ella más quiere envía por mensajeros á sus deseos con el recaudo de sus necesidades y penas, diciendo:

Decidle que adolezco, peno y muero.

Tres maneras de necesidades representa aquí el alma; conviene á saber: dolencia, pena y muerte; porque el alma que de veras ama, ordinariamente en el sentimiento de la ausencia de Dios padece de estas tres maneras dichas, según las tres potencias del alma, que son: entendimiento, voluntad y memoria. Acerca del entendimiento adolece, porque no ve á Dios, que es la salud del entendimiento. Acerca de la voluntad pena, porque carece de la posesión de Dios, que es el descanso, refrigerio y deleite de la voluntad. Acerca de la memoria muere, porque acordándose que carece de todos los bienes del entendimiento, que es ver á Dios, y de todos los deleites de la voluntad, que es poseerle, y que también es muy posible carecer de él para siempre, padece en esta memoria á manera de muerte.

Estas tres necesidades representó también Jeremías á Dios, diciendo: *Recordare paupertatis meæ, absynti et fellis*. Que quiere decir: Acuérdate de mi pobreza, y del ajeno y de la hiel (Thren. III, 19). La pobreza se refiere al entendi-

miento, porque á él pertenecen las riquezas de la sabiduría de Dios; en la cual, como dice San Pablo, están encerrados todos los tesoros de Dios (Colos. II, 3). El ajeno, que es hierba amarísima, se refiere á la voluntad, porque á esta potencia pertenece la dulzura de la posesión de Dios; de la cual careciendo se queda con la amargura, según el Angel dijo á San Juan en el Apocalipsi, diciendo: *Accipe librum, et devora illum, et faciet amaricari ventrem tuum*. Que quiere decir: Toma y come el libro y hacerte ha amargura en el vientre, tomando allí el vientre por la voluntad (Apoc. X, 9). La hiel se refiere á la memoria, que significa la muerte del alma, según da á entender Moisés en el Deuteronomio, hablando de los condenados, diciendo: *Fel draconum vinum eorum, et venenum aspidum insanabile*. Esto es: Hiel de dragones será el vino de ellos, y veneno de aspides insanable (Deut. XXXII, 33). Lo cual significa allí el carecer de Dios, que es muerte del alma, y estas tres necesidades y penas están fundadas en las tres virtudes teologales, que son: fe, caridad y esperanza, que se refieren á las tres dichas potencias: entendimiento, voluntad y memoria. Y es de notar que el alma en el dicho verso no hace más que representar su necesidad y pena al Amado; porque el que discretamente ama, no cura de pedir lo que le falta y desea, sino de representar su necesidad, para que el Amado haga lo que fuere servido. Como cuando la bendita Virgen dijo al Amado Hijo en las bodas de Caná de Galilea, no pidiéndole derechamente el vino, sino diciéndole: No tienen vino (Joan. II, 3), y las hermanas de Lázaro le enviaron, no á decir que sanase á su hermano, sino á decir que mirase, que al que amaba estaba enfermo (Joan. X, 13). Y la causa porque sea mejor al Amante representar al Amado su necesidad que pedirle el cumplimiento de ella, es por tres cosas: La primera, porque mejor sabe el Señor nuestras necesidades que nosotros mismos. La segunda, porque el Amado más se compadece viendo la necesidad de su amante, y se mueve viendo su resignación. La tercera, porque más seguridad lleva el alma acerca del amor propio y propiedad en representar su falta, que en pedir lo que á su parecer le falta, ni más ni menos hace el alma en este presente verso representando sus tres necesidades. Lo cual es tanto como pedirle el remedio de ellas; porque decir: *Decilde que adolezco, peno y muero*, es como decir: pues adolezco, y él sólo es mi salud, que me dé mi salud; y pues peno, y él sólo es mi descanso, que me dé mi descanso; y pues muero, y él sólo mi vida, que me dé mi vida.

CANCIÓN III

Buscando mis amores
 Iré por esos montes y riberas,
 Ni cogeré las flores,
 Ni temeré las fieras,
 Y pasaré los fuertes y fronteras.

DECLARACIÓN

No sólo basta al alma orar y desear, y ayudarse de terceros para hablar al Amado, como ha hecho en las precedentes Canciones, sino que junto con eso ella misma se ponga por la obra á le buscar; y eso dice que ha de hacer en esta Canción, diciendo que en busca de su Amado ha de ir ejercitándose en las virtudes y mortificaciones en la vida contemplativa y activa; y que para esto no ha de admitir bienes ni regalos algunos; ni bastarán á detenerla é impedirle este camino todas las fuerzas y asechanzas de los tres enemigos: mundo, demonio y carne, diciendo:

Buscando mis amores.

Es a saber, á mi Amado.

Iré por esos montes y riberas.

A las virtudes llama *Montes*, lo uno por la alteza de ellas, lo otro por la dificultad y trabajo que se pasa en subir á ellas, ejercitando la vida contemplativa. Y llama *Riberas* á las mortificaciones y sujeciones, y desprecio de sí, ejercitándose también acerca de esto en la vida activa; porque para adquirir las virtudes, la una y la otra es menester. Es, pues, tanto como decir, buscando á mi Amado, iré poniendo por obra las virtudes altas, y humillándome en las mortificaciones y cosas bajas; esto dice, porque el camino de buscar á Dios, es ir obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal de la manera que se sigue.

Ni cogeré las flores.

Por cuanto para buscar á Dios, se requiere un corazón desnudo y fuerte, libre de todos los males y bienes que puramente no son Dios, dice en el presente verso, y en los siguientes el alma la libertad y fortaleza que ha de tener para buscarle. Y en este dice, que no cogerá las *flores* que se encontrare en este camino, por las cuales entiende todos los gustos y contentamientos que se le pueden ofrecer en esta vida que la podrían impedir el camino si cogerlos ó admitirlos quisiese, los cuales son en tres maneras: temporales, sensuales y espirituales. Y porque los unos y los otros ocupan el corazón, y le son impedimento para la desnudez espiritual cual se requiere para el derecho camino de Cristo; si reparase ó hiciese asiento en ellos, dice que para buscarle no cogerá todas estas flores dichas; y así es como si dijera; ni pondré mi corazón en las riquezas y bienes que ofrece el mundo, ni admitiré los contentamientos y deleites de mi carne, ni repararé en los gustos y consuelos de mi espíritu, de suerte que me detenga en buscar á mis amores por los montes y riberas de

las virtudes y trabajos. Esto dice por tomar el consejo que da el Profeta David á los que van por este camino diciendo: *Divitiæ si affluent nolite cor apponere*. Esto es, si se ofrecieren abundantes riquezas, no queráis aplicar á ellas el corazón (Ps. LXI, 11). Lo cual entiende, así de los gustos sensuales, como de los bienes temporales, y consuelos espirituales; donde es de notar que no sólo los bienes temporales y deleites corporales impiden y contradicen el camino de Dios; mas también los consuelos y deleites espirituales, si se tienen con propiedad ó se buscan, impiden el camino de la cruz del Esposo Cristo. Por tanto, el que ha de ir adelante, conviénele que no se ande á coger esas flores. Y no sólo eso, sino que también tenga ánimo y fortaleza para decir:

*Ni temeré las fieras
Y pasaré los fuertes y fronteras.*

En los cuales versos pone los tres enemigos de la alma, que son, mundo, demonio y carne, que son los que hacen guerra y dificultan el camino. Por las fieras entiende el mundo, por los fuertes el demonio, y por las fronteras la carne. Llama fieras al mundo, porque al alma que comienza el camino de Dios, parécete que se le representa en la imaginación el mundo como á manera de fieras, haciéndole amenazas y fieros, y es principalmente en tres maneras. La primera, que le ha de faltar el favor del mundo, perder los amigos, el crédito, valor y aun la hacienda. La segunda es otra fiera no menor, que como ha de poder sufrir, no haber ya jamás de tener contentos y deleites del mundo, y carecer de todos los regalos de él. La tercera es aún mayor, conviene á saber, que se han de levantar contra ella las lenguas, y han de hacer burla y ha de haber muchos dichos y mofas y le han de tener en poco, las cuales cosas de tal manera se le suelen anteponer á algunas almas, que se les hace dificultosísimo: no sólo el perseverar contra estas *fieras*, más aún el poder comenzar el camino. Pero algunas almas generosas se les suelen poner otras fieras más interiores y espirituales de dificultades y tentaciones, tribulaciones y trabajos de muchas maneras (porque les conviene pasar) cuales las envía Dios á los que quiere levantar á alta perfección, probándolos y esmerándolos como al oro en el fuego, según aquello de David en que dice: *Multæ tribulationes justorum*. Esto es, las tribulaciones de los justos son muchas, mas de todas ellas los librará el Señor (Ps. XXXIII, 20). Pero el alma bien enamorada que estima á su Amado más que á todas las cosas, confiada en el amor y favor de él, no tiene en mucho decir: *Ni temeré las fieras*.

Y pasaré los fuertes y fronteras.

A los demonios que es el segundo enemigo llama *fuertes*; porque ellos con grande fuerza procuran tomar el paso de este camino. Y porque también sus tentaciones y astucias son más fuertes y duras de vencer, y más dificultosas de entender

que las del mundo y carne. Y porque también se fortalecen de estos otros dos enemigos mundo y carne, para hacer al alma fuerte guerra. Y por tanto hablando David dellos, los llama fuertes diciendo: *Fortes quæsierunt animam meam*. Es á saber, los *fuertes* pretendieron mi alma (Ps. LIII, 5). De cuya fortaleza también dice el Profeta Job (XLI, 24): Que no hay poder sobre la tierra que se compare á este de el demonio, que fué hecho de suerte, que á ninguno temiese, esto es, ningún poder humano se podrá comparar con el suyo; y así sólo el poder divino basta para poderle vencer, y sola la luz divina para poder entender sus ardidés. Por lo cual el alma que hubiere de vencer su fortaleza, no podrá sin oración, ni sus engaños podrá entender sin humildad y mortificación. Que por eso dice San Pablo, avisando á los fieles, estas palabras diciendo: *Induite vos armaturam Dei, ut possitis stare adversus insidias diaboli, quoniam non est nobis colluctatio adversus carnem et sanguinem*. Es á saber: Vestíos las armas de Dios, para que podáis resistir contra las astucias del enemigo; porque esta lucha no es como contra la carne y la sangre (Ephes. VI, 11); entendiendo por la sangre el mundo, y por las armas de Dios la oración y Cruz de Cristo, en que está la humildad y mortificación que habemos dicho.

Dice también el alma que pasará las *Fronteras*, por las cuales entiende, como habemos dicho, las repugnancias y rebeliones que naturalmente la carne tiene contra el espíritu. La cual, como dice San Pablo, *Caro enim concupiscit adversus spiritum*. Esto es: la carne codicia contra el espíritu (Gal. V, 17), y se pone como en frontera resistiendo al camino espiritual. Y estas *Fronteras* ha de pasar el alma rompiendo las dificultades y echando por tierra, con la fuerza y determinación del espíritu, todos los apetitos sensuales y afecciones naturales, porque en tanto que los hubiere en el alma, de tal manera está el espíritu impedido debajo de ellas, que no puede pasar á verdadera vida y deleite espiritual. Lo cual nos dió bien á entender San Pablo, diciendo: *Si spiritu facta carnis mortificaveritis, vivetis*. Esto es: si mortificáredes las inclinaciones y apetitos carnales con el espíritu, viviréis (Rom. VIII, 13). Este, pues, es el estilo que dice el alma en la dicha Canción, que le conviene tener para en este camino buscar á su Amado, el cual en suma es tal: constancia y valor para no bajarse á coger las *Flores*; y ánimo para no temer las *Fieras*; y fortaleza para pasar los *Fuertes y Fronteras*, sólo entendiendo en ir por los *Montes y Riberas* de virtudes (pág. 192) de la manera que está ya declarado.

CANCIÓN IV

¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del Amado!
¡Oh prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!

DECLARACIÓN

Después que el alma ha dado á entender la manera de disponerse para comenzar este camino, que es el ánimo para no se andar ya á deleites y gustos, y fortaleza para vencer las tentaciones y dificultades, en lo cual consiste el ejercicio del conocimiento de sí, que es lo primero que tiene de hacer el alma para ir al conocimiento de Dios; ahora en esta Canción comienza á caminar por la consideración y conocimiento de las criaturas, al conocimiento de su Amado, Criador de ellas: porque después de el ejercicio de el conocimiento propio, esta consideración de las criaturas es la primera por orden en este camino espiritual para ir conociendo á Dios, considerando su grandeza y excelencia por ellas, según aquello del Apóstol que dice: *Invisibilia enim ipsius a creatura mundi per ea quæ facta sunt intellecta conspiciuntur*. Que es como decir: Las cosas invisibles de Dios, de el alma son conocidas por las cosas visibles criadas é invisibles (Rom. 1, 20). Habla, pues el alma en esta Canción con las criaturas, preguntándoles por su Amado. Y es de notar, que como dice San Agustín, la pregunta que el alma hace á las criaturas, es la consideración que en ellas hace de el Criador dellas. Y así en esta Canción se contiene la consideración de los elementos, y de las demás criaturas inferiores; y la consideración de los cielos, y de las demás criaturas, y cosas materiales que Dios crió en ellos; y también la consideración de los espíritus celestiales, diciendo:

¡Oh bosques y espesuras.

Llama *bosques* á los elementos, que son tierra, agua, aire y fuego; porque así como amenísimos *bosques* están poblados de espesas criaturas, á las cuales aquí llama *espesuras* por el grande número, y muchas diferencias que hay de ellas en cada elemento. En la tierra innumerables variedades de animales y *plantas* (pág. 194): en el agua innumerables diferencias de peces: y en el aire mucha diversidad de aves. Y el elemento del fuego, que concurre con todos para la animación y conservación de ellos, y así cada suerte de animales vive en su elemento, y está colocada y plantada en él como en su bosque, y región donde nasce y se cría, y á la verdad así lo mandó Dios en la creación de ellos (Gen. I), mandando á la tierra que produjese las plantas y los animales; y á la mar y aguas los peces, y al aire hizo morada de las aves. Y por eso, viendo el alma que él así lo mandó y que así se hizo, dice el siguiente verso:

Plantadas por la mano del Amado!

En el cual está la consideración, es á saber: que estas diferencias y grandezas sola la mano del Amado Dios pudo hacerlas y criarlas, donde es de notar que

advertidamente dice, *por la mano del Amado*, porque aunque otras muchas cosas hace Dios por mano ajena, como de los ángeles ú de los hombres, esta que es criar nunca la hizo ni hace por otra que por la suya propia. Y así el alma mucho se mueve al amor de su Amado Dios por la consideración de las criaturas, viendo que son cosas que por su propia mano fueron hechas; y *dice adelante* (pág. 194):

¡Oh prado de verduras.

Esta es la consideración del cielo, al cual llama prado de verduras, porque las cosas que hay en él criadas siempre están con verdura inmarcescible que ni fenescen ni se marchitan con el tiempo, y en ellas, como en frescas verduras, se recrean y deleitan los justos; en la cual consideración también se comprende toda la diferencia de las hermosas estrellas y otros planetas celestiales.

Este nombre de verduras pone también la Iglesia á las cosas celestiales, cuando rogando á Dios por las ánimas de los difuntos, hablando con ellas dice: *Constituat vos Dominus inter amœna virentia*. Quiere decir: constituya os Dios entre las verduras deleitables. Y dice también que este prado de verduras también está

De flores esmaltado.

Por las cuales *flores* entiende los ángeles y almas santas, con las cuales está adornado aquel lugar y hermoseedo como un gracioso y subido esmalte en un vaso de oro excelente.

Decid si por vosotros ha pasado.

Esta pregunta es la consideración que arriba queda dicha, y es como si dijera: Decid, ¿qué excelencias en vosotros ha criado?

CANCIÓN V

Mil gracias derramando,
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura,

DECLARACIÓN

En esta Canción responden las criaturas al alma: la cual respuesta, como también dice San Agustín en aquel mismo lugar, es el testimonio que dan en sí de la grandeza y excelencia de Dios al alma, que por la consideración se lo pregunta. Y así en

esta Canción lo que se contiene en sustancia es, que Dios crió todas las cosas con gran facilidad y brevedad; y en ellas dejó algún rastro de quien él era, no sólo dándoles el ser de nada, más aún dotándolas de innumerables gracias y virtudes, hermośeándolas con admirable orden y dependencia indeficiente, que tienen unas de otras, y esto todo haciéndolo por la sabiduría suya por quien las crió, que es el Verbo su Unigénito Hijo. Dice, pues, así:

Mil gracias derramando.

Por estas *mil gracias* que dice iba derramando, se entiende la multitud de las criaturas innumerables, que por eso pone aquí el número mayor, que es mil, para dar á entender la multitud de ellas, á las cuales llama gracias, por las muchas gracias de que dotó á cada criatura, las cuales derramando, es á saber, todo el mundo de ellas poblando,

Pasó por estos sotos con presura.

Pasar por los *sotos* es criar los elementos, que aquí llama *sotos*; por los cuales dice, que derramando mil gracias pasaba: porque de todas las criaturas los adornaba, que son graciosas: y allende de eso, en ellas derramaba las mil gracias, dándoles virtud para poder concurrir con la generación y conservación de todas ellas. Y dice que *pasó*, porque las criaturas son como un rastro del paso de Dios, por el cual se rastrea su grandeza, potencia y sabiduría, y otras virtudes divinas. Y dice, que este paso fué con presura; porque las criaturas son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso; porque las mayores, en que más se mostró, y en que más él reparaba, eran las de la Encarnación del Verbo y misterios de la fe cristiana, en cuya comparación todas las demás eran hechas como de paso, con apresuramiento.

*Y yéndolos mirando,
Con sola su figura,
Vestidos los dejó de hermosura.*

Según dice San Pablo, el Hijo de Dios es resplandor de su gloria y figura de su sustancia (Hebr. I, 3). Es, pues, de saber, que con sola esta figura de su Hijo miró Dios todas las cosas, que fué darles el ser natural, comunicándoles muchas gracias y dones naturales, haciéndolas acabadas y perfectas, según se dice en el Génesis por estas palabras: Miró Dios todas las cosas que había hecho y eran mucho buenas (Gen. I, 31). El mirallas mucho buenas era hacellas mucho buenas en el Verbo su Hijo; y no solamente les comunicó el ser y gracias naturales, mirándolas, como

habemos dicho, mas también con sola esta figura de su Hijo las dejó vestidas de hermosura, comunicándoles el ser sobrenatural; lo cual fué cuando se hizo hombre ensalzándole en hermosura de Dios, y por consiguiente á todas las criaturas en él, por haberse unido con la naturaleza de todas ellas en el hombre. Por lo cual dijo el mismo Hijo de Dios: *Si ego exaltatus fuero à terra, omnia traham ad me ipsum*. Esto es: si yo fuere ensalzado de la tierra, levantaré á mí todas las cosas (Joan. XII, 32). Y así en este levantamiento de la Encarnación de su Hijo, y de la gloria de su Resurrección según la carne, no solamente hermoseó el Padre las criaturas en parte, mas podemos decir, que del todo las dejó vestidas de hermosura y dignidad.

Pero allende de todo eso, hablando ahora algo según el sentido y afecto de contemplación, en la viva contemplación y conoscimiento de las criaturas, echa de ver el alma con gran claridad, haber en ellas tanta abundancia de gracias y virtudes, y hermosura de que Dios las dotó, que le parece estar todas vestidas de admirable hermosura natural, derivada y comunicada de aquella infinita hermosura sobrenatural de la figura de Dios, cuyo mirar viste de hermosura y alegría el mundo y todos los cielos: así como también con abrir su mano, según dice David, diciendo: *Imples omne animal benedictione*. Es á saber: hinchas á todo animal de bendición (Ps. CXLIV, 16). Y por tanto llagada el alma en amor por este rastro que ha conocido en las criaturas de la hermosura de su *Amado*, con ansias de ver aquella hermosura invisible, la siguiente Canción dice:

CANCIÓN VI

¡ Ay, quién podrá sanarme!
 Acaba de entregarte ya de vero,
 No quieras enviarme
 De hoy más ya mensajero,
 Que no saben decirme lo que quiero.

DECLARACIÓN

Como las criaturas dieron al alma señas de su *Amado*, mostrándole en sí rastro de su hermosura y excelencia, aumentósele el amor; y por consiguiente crecióle el dolor de la ausencia; porque cuanto más el alma conoce de Dios, *tanto* (pág. 198) más le cresce el apetito de verle, y como ve no hay cosa que la pueda curar su dolencia sino la vista y la presencia de su Amado, desconfiada de otro cualquiera remedio, pídele en esta Canción la entrega y posesión de su presencia, diciendo, que no quiera de hoy más entretenerla con otras cualesquier noticias y comunicaciones suyas, porque no satisfacen á su deseo y voluntad. La cual no se contenta

con menos que su vista y presencia; por tanto que sea él servido de entregarse ya de veras en acabado y perfecto amor, y así dice:

¡ Ay, quién podrá sanarme!

Como si dijera: Entre todos los deleites del mundo, y contentamientos de los sentidos, y gustos y suavidad del espíritu, cierto nada podrá sanarme, nada podrá satisfacerme. Y pues así es:

Acaba de entregarte ya de vero.

Donde es de notar, que cualquiera alma que ama de veras, no puede querer satisfacerse, ni contentarse hasta poseer de veras á Dios. Porque todas las demás cosas no solamente no la satisfacen, mas antes, como habemos dicho, la hacen crecer la hambre y apetito de verle á él como es. Y así cada visita que de el Amado rescibe de conocimiento, ó sentimiento, ó otra cualquiera comunicación, los cuales son como mensajeros que dan al alma recaudos de noticia, de quien él es, aumentándole y despertándole más el apetito, así como hacen las meajas en grande hambre, haciéndosele pesado entretenerse con tan poco, dice: *Acaba de entregarte ya de vero.*

Porque todo lo que de Dios se puede en esta vida conocer, por mucho que sea, no es conocimiento de vero, porque es conocimiento en parte y muy remoto; mas conocerle esencialmente es conocimiento de veras, el cual aquí pide el alma, no se contentando con esotras comunicaciones. Y por tanto dice luego:

No quieras enviarme

De hoy más ya mensajero.

Como si dijera, no quieras que ya de aquí adelante te conozca tan á la tasa por estos mensajeros de las noticias y sentimientos que se me dan de tí, tan remotos y ajenos de lo que de tí desea mi alma; porque los mensajeros á quien pena por la presencia, bien sabes tú, Esposo mío, que aumentan el dolor; lo uno porque renuevan la llaga con la noticia que dan; lo otro, porque parecen dilaciones de la venida. Pues luego, de hoy más no quieras enviarme estas noticias remotas; porque si hasta aquí podía pasar con ellas, porque no te conocía ni amaba mucho, ya la grandeza del amor que te tengo no puede contentarse con estos recaudos; por tanto *acaba de entregarte*: como si más claro dijera: Esto Señor mío Esposo, que andas dando de tí á mi alma por partes, acaba de darlo del todo. Y esto, que andas mostrando, como por resquicios, acaba de mostrarlo á las claras. Y esto que andas comunicando por medios, que es como comunicarte de burlas, acaba de hacerlo de veras

comunicándote por tí mismo, que parece á veces en tus visitas, que vas á dar la joya de tu posesión, y cuando mi alma bien se cata, se halla sin ella, porque se la escondes, lo cual es como dar de burla; entrégate pues ya *de vero*, dándote todo al todo de mi alma, porque toda ella te tenga á tí todo, y no quieras enviarme ya más mensajero.

Que no saben decirme lo que quiero.

Como si dijera, yo á tí todo quiero, y ellos no me saben, ni pueden decir á tí todo; porque ninguna cosa de la tierra ni del cielo pueden dar á la alma la noticia que ella desea tener de tí, y así no saben decirme lo que quiero. En lugar, pues, de estos mensajes, tú mismo seas el mensajero, y los mensajes.

CANCIÓN VII

Y todos cuantos vagan
De tí me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué, que quedan balbuciendo.

DECLARACIÓN

En la Canción pasada ha mostrado el alma estar enferma, ó herida de amor de su Esposo, á causa de la noticia que de él le dieron las criaturas irracionales. Y en esta presente da á entender estar llagada de amor á causa de otra noticia más alta que del Amado rescibe por medio de las criaturas racionales, que son más nobles que las otras, las cuales son Angeles y hombres. Y también dice, que no sólo eso, sino que también está muriendo de amor, á causa de una inmensidad admirable, que por medio de estas criaturas se le descubre, sin acabársele de descubrir, que aquí llama *no sé qué*, porque no se sabe decir, pero ello es tal, que hace estar muriendo al alma de amor.

De donde podemos inferir, que en este negocio de amar, hay tres maneras de penar por el Amado, acerca de tres maneras de noticias que de él se pueden tener. La primera se llama *herida*, la cual es más remisa, y más brevemente pasa, bien así como herida, porque de la noticia que el alma recibe de las criaturas le nasce, que son las más bajas obras de Dios. Y de esta herida, que aquí llamamos también enfermedad, habla la Esposa en los Cantares, diciendo: *Adjuro vos, filiæ Hierusalem, si inveneritis dilectum meum, ut nuntietis ei, quia amore langueo*. Que quiere decir: conjúroos, hijas de Jerusalén, que si halláredes á mi Amado, le digáis, que estoy

enferma de amor (Can. V, 8), entendiendo por las hijas de Jerusalén las criaturas. La segunda se llama *llaga*, la cual hace más asiento en el alma que la herida, y por eso dura más, porque es como herida ya vuelta en llaga, con la cual se siente el alma verdaderamente andar llagada de amor. Y esta llaga se hace en el alma mediante la noticia de las obras de la Encarnación del Verbo y misterios de la Fe, las cuales por ser mayores obras de Dios, y que mayor amor en sí encierran que las de las criaturas, hacen en el alma mayor efecto de amor, de manera que si el primero es como herida, este segundo es ya como llaga hecha, que dura. De la cual hablando el Esposo en los Cantares con el alma, dice (Can. IV, 9): Llagaste mi corazón, hermana mía, llagaste mi corazón en el uno de tus ojos, y en un cabello de tu cuello; porque el ojo significa aquí la Fe de la Encarnación del Esposo, y el cabello significa el amor de la misma Encarnación. La tercera manera de penar en el amor es como morir, lo cual es ya como tener la llaga afistolada, hecha el alma ya toda afistolada, la cual vive muriendo, hasta que matándola el amor, la haga vivir vida de amor, transformándola en amor. Y este morir de amor se causa en el alma mediante un toque de noticia suma de la Divinidad, que es el *No sé qué* que dice en esta Canción, *que quedan balbuciendo*; el cual toque no es continuo, ni mucho, porque se desataría el alma del cuerpo, mas pasa en breve, y así queda muriendo de amor; y más muere viendo que no se acaba de morir de amor. Este se llama amor impaciente, del cual se trata en el Génesis, donde dice la Escritura, que era tanto el amor que Raquel tenía de concebir, que dijo á su esposo Jacob: *Da mihi liberos, alioquin moriar*. Esto es: dame hijos, si no yo moriré. (Gen. XXX, 1.) Y el Profeta Job decía: *Quis mihi det, ut qui capít ipse me conterat?* Que es decir: ¿Quién me dará á mí que el que me comenzó, ese me acabe? (Job. VI, 9.)

Estas dos maneras de penas de amor, es á saber, la *llaga* y el *morir*, dice en esta Canción, que le causan estas criaturas racionales. La llaga, en lo que dice que la van refiriendo mil gracias del Amado en los misterios y sabiduría de Dios que la enseñan de la Fe. El morir, en aquello que dice *que quedan balbuciendo*, que es el sentimiento y noticia de la Divinidad, que algunas veces en lo que el alma oye decir de Dios, se le descubre. Dice, pues, así:

Y todos cuantos vagan.

A las criaturas racionales, como habemos dicho, entiende aquí por los que vagan que son los Angeles y los hombres; porque solos éstos entre todas las criaturas vacan á Dios, entendiendo en él; porque eso quiere decir ese vocablo, *vagan*, el cual en latín se dice *vacant*. Y así es tanto como decir: todos cuantos vacan á Dios; lo cual hacen los unos contemplándole en el cielo y gozándole, como son los Angeles; los otros, amándole y deseándole en la tierra, como son los hombres. Y porque por estas criaturas racionales más al vivo conoce á Dios el alma, agora por

la consideración de la excelencia que tiene sobre todas las cosas criadas, ahora por lo que ellas nos enseñan de Dios; las unas interiormente por secretas inspiraciones, como lo hacen los Angeles, las otras exteriormente por las verdades de las Escrituras, dice:

De tí me van mil gracias refiriendo.

Esto es, dánme á entender admirables cosas de gracia y misericordia tuya en las obras de tu Encarnación y verdades de Fe que de tí me declaran; y siempre me van más refiriendo; porque cuanto más quisieren decir, más gracias podrán descubrir de tí.

Y todas más me llagan.

Porque en cuanto los ángeles me inspiran, y los hombres de tí me enseñan, de tí más me enamoran, y así todos de amor más me llagan.

Y déjame muriendo

Un no sé qué, que quedan balbuciendo.

Como si dijera; pero allende de lo que me llagan estas criaturas, en las mil gracias que me dan á entender de tí, es tal un *No sé qué*, que se siente quedar por decir, y una cosa que se conoce quedar por descubrir, y un subido rastro que se descubre al alma de Dios, quedándose por rastrear, y un altísimo entender de Dios, que no se sabe decir, que por eso lo llama *No sé qué*; que si lo otro que entiendo me llaga y hiere de amor, esto que no acabo de entender, de que altamente siento, me mata. Esto acaesce á veces á las almas que están ya aprovechadas; á las cuales hace Dios merced de dar en lo que oyen, ó ven, ó entienden, y á veces sin eso y sin esotro, una subida noticia en que se le da á entender ó sentir alteza de Dios y grandeza, y en aquel sentir, siente tan alto de Dios, que entiende claro se queda el todo por entender; y aquel entender y sentir ser tan inmensa la Divinidad, que no se puede entender acabadamente, es muy subido entender; y así una de las grandes mercedes que en esta vida hace Dios á una alma por vía de paso, es darla claramente á entender y sentir tan altamente de Dios, que entienda claro, que no se puede entender ni sentir del todo. Porque es en alguna manera al modo de los que le ven en el cielo, donde los que más le conocen, entienden más distintamente lo infinito que les queda por entender, porque aquellos que menos le ven, son á los cuales no les parece tan distintamente lo que les queda por ver, como á los que más ven. Esto creo no lo acabaré bien de entender el que no lo hubiere experimentado; pero el alma que lo experimenta, como ve que se le queda por entender aquello de que

altamente siente, llámalo un *No sé qué*, porque así como no se entiende, así tampoco se sabe decir, aunque, como he dicho, se sabe sentir; por eso dice que le quedan las criaturas balbuciendo, porque no lo acaban de dar á entender, que eso quiere decir balbucir, que es el hablar de los niños, que es no acertar á decir, y dar á entender qué hay que decir.

También acerca de las demás criaturas acaescen al alma algunas ilustraciones al modo que habemos dicho, aunque no siempre tan subidas; cuando Dios hace merced al alma de abrirle la noticia y el sentido del espíritu en ellas; las cuales parecen estar dando á entender de Dios grandezas que no acaban de dar á entender, y es como que van á dar á entender, y se queda por entender, y así es: *Un no sé qué, que quedan balbuciendo*. Y así el alma va adelante con su querella, y habla con la vida de su alma en la siguiente Canción, diciendo:

CANCIÓN VIII

Mas, ¿cómo perseveras,
Oh vida, no viviendo donde vives,
Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes,
De lo que del Amedo en tí concibes?

DECLARACIÓN

Como el alma se ve morir de amor, según acaba de decir, y que no se acaba de morir, para poder gozar del amor con libertad, quéjase de la duración de la vida corporal, á cuya causa se le dilata la vida espiritual. Y así en esta Canción habla con la vida de su alma, encareciendo el dolor que le causa; y el sentido de la Canción es el siguiente: Vida de mi alma, ¿cómo puedes perseverar en esta vida de cuerpo, pues te es muerte y privación de aquella vida verdadera de tu Dios, en que tú más verdaderamente que en el cuerpo vives, por esencia, amor y deseo? Y ya que esto no fuese causa para que salieses del cuerpo de esta muerte para gozar y vivir la vida de tu Dios, ¿cómo todavía puedes perseverar en el cuerpo, pues son bastantes sólo por sí para acabarte la vida, las heridas que recibes de amor de las grandezas que se te comunican de parte de el Amado, y del vehemente amor que te causa lo que del sientes y entiendes, que son toques y heridas que de amor matan?

Síguese el verso:

*Mas, ¿cómo perseveras
Oh vida, no viviendo donde vives?*

Para cuya inteligencia es de saber, que el alma más vive en lo que ama que en el cuerpo donde anima, porque en el cuerpo ella no tiene su vida, antes ella la da al cuerpo, y ella en lo que ama vive. Pero allende de esta vida de amor, por el cual vive el alma en cualquiera cosa que ama, natural y radicalmente tiene el alma su vida en Dios, como también todas las cosas criadas, según aquello que dice San Pablo; *In ipso vivimus, movemur et sumus*. Que es tanto como decir. En Dios tenemos nuestra vida y nuestro movimiento y nuestro ser (Act. XVII, 28). Y San Juan dice: *Quod factum est, in ipso vita erat*. Esto es: todo lo que fué hecho, era vida en Dios (I, 4). Y como el alma ve que tiene su vida natural en Dios por el ser que en él tiene, y también su vida espiritual por el amor con que le ama, quéjase porque persevera todavía en vida corporal, porque la impide de vivir de veras donde de veras tiene su vida por esencia y por amor (como habemos dicho). En lo cual es grande el encarecimiento que el alma aquí hace, porque da á entender que padesce en dos contrarios que son: vida natural en cuerpo, y vida espiritual en Dios, que son contrarias en sí, y viviendo ella en entrambas, por fuerza ha de tener gran tormento, pues la vida natural le es á ella como muerte, pues la priva de la espiritual en que ella tiene empleado todo su ser, vida y operaciones por el amor y el afecto; y *para dar más á entender el rigor de esta vida, dice luego* (pág. 206):

*Y haciendo porque mueras,
Las flechas que recibes.*

Como si dijera: Y demás de lo dicho, ¿cómo puedes perseverar en el cuerpo, pues por sí sólo bastan á quitarte la vida los toques de amor (que eso entiende por flechas) que en tu corazón hace el Amado? Los cuales toques de tal manera fecundan el alma y el corazón de inteligencia y amor de Dios, que se puede bien decir que concibe de Dios, según lo que dice en el verso siguiente, es á saber:

De lo que del Amado en tí concibes.

Es á saber, de la hermosura, grandeza, y sabiduría, y virtudes que de él entiendes.

CANCIÓN IX

¿Por qué, pues, has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?
Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste,
Y no tomas el robo que robaste?

DECLARACIÓN

Vuelve en esta Canción á hablar con el Amado, con la querella de su dolor; porque el amor impaciente, cual aquí muestra tener el alma, no sufre algún ocio, ni da descanso á su pena, proponiendo de todas maneras sus ansias hasta hallar el remedio: y como se ve llagada y sola, no teniendo otro, ni otra medicina sino á su Amado, que es el que la llagó, dícele, que pues él llagó su corazón con el amor de su noticia, que por qué no le ha sanado con la vista de su presencia; y que pues él se le ha también robado, por el amor con que la ha enamorado, sacándosele de su propio poder, que por qué le ha dejado así; es á saber, sacado de su poder (porque el que ama, ya no posee su corazón, pues lo ha dado al Amado) y no le ha puesto de veras en el suyo, tomándole para sí en entera y acabada transformación de amor en gloria. Dice, pues:

*¿Por qué, pues has llagado
Aqueste corazón, no le sanaste?*

No se querella porque la haya llagado (porque el enamorado cuanto está más herido, está más pagado), sino que habiendo llagado el corazón, no le sanó, acabándole de matar; porque son las heridas de amor tan dulces y tan sabrosas, que si no llegan á morir, no la pueden satisfacer; pero sónle tan sabrosas, que querría la llagasen hasta acabarla de matar. Y por eso dice: *¿Por qué, pues has llagado aqueste corazón, ne le sanaste?* Como si dijera: Por qué, pues le has herido hasta llagarle, no le sanas, acabándole de matar de amor? Pues eres tú la causa de la llaga en dolencia de amor, se tú la causa de la salud en muerte de amor; porque de esta manera el corazón que está llagado con el dolor de tu ausencia, sanará con el deleite y gloria de tu dulce presencia. Y añade, diciendo:

*Y pues me le has robado,
¿Por qué así le dejaste?*

Robar no es otra cosa que desposesionar del robo á su dueño, y aposeionarse dello el robador. Esta querella, pues, propone aquí el alma *al Amado* (pág. 208), diciendo, que pues él ha robado su corazón, y sacádole de su poder y posesión, que por qué le ha dejado así, sin ponerle de veras en la suya, tomándole para sí, como hace el robador al robo que robó, que de hecho se le lleva.

Por eso el que está enamorado, se dice tener el corazón robado, ó arrobado de aquél á quien ama, porque le tiene fuera de sí puesto en la cosa amada, y así no tiene corazón para sí, sino para aquello que ama. De donde podrá bien conocer el alma, si ama á Dios ó no; porque si le ama, no tendrá corazón para sí, sino para

Dios, porque cuanto más le tiene para sí menos le tiene para Dios, y verse ha, si el corazón está bien robado, en sí trae ansias por el Amado, ó no gusta de otra cosa sino de él, como aquí muestra el alma. La razón es, porque el corazón no puede estar en paz y sosiego sin posesión; y cuando está aficionado, ya no tiene posesión de sí ni de alguna otra cosa; y si tampoco posee de veras lo que ama, no le puede faltar fatiga, hasta que lo posea, porque hasta entonces está *el alma* (pág. 208) como el vaso vacío que espera el lleno; y como el hambriento que desea el manjar, y como el enfermo que gime por la salud, y como el que está colgado en el aire, que no tiene en qué estribar; de esta manera está el corazón enamorado, lo cual sintiendo aquí el alma por experiencia, dice: *Por qué así le dejaste*, es á saber, vacío, hambriento, solo, llagado, y enfermo de amor, suspenso en el aire.

Y no tomas el robo que robaste?

Conviene á saber, para henchirle y hartarle y acompañarle y sanarle, dándole asiento y reposo cumplido en tí. No puede dejar de desear el alma enamorada la paga y salario de su amor, por el cual salario sirve al Amado; porque de otra manera no sería verdadero amor, el cual salario y paga no es otra cosa, ni el alma puede querer otra, sino más amar hasta llegar á estar en perfección de amor, el cual no se paga sino de sí mismo, según lo dió á entender el Profeta Job por estas palabras, diciendo: *Sicut servus desiderat umbram, et sicut mercenarius præstolatur finem operis sui, sic et ego habui menses vacuos, et noctes laboriosas ennumeravi mihi. Si dormiero dicam quando consurgam, et rursum spectabo vesperam et replebo doloribus usque ad tenebras*. Que quiere decir: como el siervo desea la sombra y como el mercenario espera el fin de su obra, así yo también tuve los meses vacíos y contaba las noches trabajosas y prolijas para mí. Si me acostare á dormir diré: ¿cuándo llegará el día en que me levantara?, y luego volveré á esperar la tarde y seré lleno de dolores hasta las tinieblas de la noche (VII, 2). De esta manera el alma que estando encendida en amor de Dios desea el cumplimiento y perfección del amor para tener allí cumplido refrigerio, como siervo fatigado del estío desea el refrigerio de la sombra, y como el mercenario espera el fin de su obra, espera el alma el fin de la suya. Donde es de notar, que no dijo el Profeta Job que el mercenario esperaba el fin de su trabajo, sino el fin de su obra, para dar á entender lo que vamos diciendo, es á saber, que el alma que ama no espera el fin de su trabajo, sino el fin de su obra; porque su obra es amar, y de esta obra que es amar, espera ella el fin y remate que es la perfección y cumplimiento de amar á Dios, al cual hasta que llegue, siempre está el alma de la figura que en la dicha autoridad se pinta Job, teniendo los días y los meses por vacíos y las noches por trabajosas y prolijas. En lo dicho queda dado á entender cómo el alma que ama á Dios no ha de pretender ni esperar otra cosa de él, sino la perfección del amor.

CANCIÓN X

Apaga mis enojos
 Pues que ninguno basta á deshacellos,
 Y véante mis ojos,
 Pues eres lumbre de ellos,
 Y sólo para tí quiero tenellos.

DECLARACIÓN

Prosigue *pues* (pág. 211) en la presente Canción, pidiendo al Amado, quiera ya poner término á sus ansias y penas, pues no hay otro que baste para hacerlo, sino sólo él, y que sea de manera que le puedan ver los ojos de su alma; pues sólo él es la luz en que ellos miran, y ella no los quiere emplear en otra cosa sino sólo en él, diciendo:

Apaga mis enojos.

Tiene una propiedad la concupiscencia del amor, *como queda dicho* (pág. 211), que todo lo que no hace ó dice y conviene con aquello que ama la voluntad, la cansa, fatiga y enoja, y la pone desabrida, no viendo cumplirse lo que ella quiere; y á esto y á las fatigas que tiene por ver á Dios, llama aquí *enojos*, los cuales ninguna cosa basta para deshacerlos, sino la posesión del Amado. Por lo cual dice, que los apague él con su presencia, refrigerándolos todos, como hace el agua fresca al que está fatigado del calor, que por eso usa aquí de este vocablo, *Apaga*, para dar á entender que ella está padeciendo con fuego de amor.

Pues que ninguno basta á deshacellos.

Para mover y persuadir más el alma á que cumpla su petición el Amado, dice, que pues otro ninguno sino él basta á satisfacer su necesidad, que sea él el que apague sus enojos. Donde es de notar, que entonces está Dios bien presto para consolar al alma y satisfacer sus necesidades y penas, cuando ella no tiene ni pretende otra satisfacción y consuelos fuera de él; y así el alma que no tiene cosa que la entretenga fuera de Dios, no puede estar mucho sin visitación del Amado.

Y véante mis ojos.

Esto es, véate yo cara á cara con los ojos de mi alma.

Pues eres lumbre dellos.

Allende de que Dios es lumbré sobrenatural de los ojos de el alma, sin la cual está en tinieblas. Llámale aquí también el alma por afición, lumbré de sus ojos, al modo que el amante suele llamar al que ama para significar el amor que le tiene, lumbré de sus ojos. Y así es como si dijera en los dos versos sobredichos: Pues los ojos míos no tienen otra lumbré, ni por naturaleza, ni por amor, *Véante mis ojos*, pues de todas maneras eres lumbré de ellos. Esta lumbré echaba menos David cuando con lástima decía: *Lumen oculorum meorum et ipsum non est mecum*: que quiere decir: la lumbré de mis ojos aún esa no está conmigo (Ps. XXXVII, 11).

Y sólo para tí quiero tenellos.

En el verso pasado ha dado á entender el alma, cómo sus ojos estarán en tinieblas no viendo á su Amado, pues sólo él es lumbré de ellos, en que le obliga á darle esta lumbré de gloria. Y en el presente verso le quiere más obligar diciendo, que no los quiere tener para otra alguna cosa que para él; porque así como justamente es privada de esta divina lumbré el alma que quiere poner los ojos de su voluntad en otra su lumbré de propiedad de alguna cosa fuera de Dios, por cuanto pone impedimento para recibirla; así también congruamente meresce que se le dé al alma, que á todas las cosas cierra los dichos sus ojos, para abrirlos sólo á su Dios.

CANCIÓN XI

¡Oh cristalina fuente,
Si en esos tus semblantes plateados,
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!...

DECLARACIÓN

Como con tanto deseo desea el alma la unión del Esposo, y ve que no halla remedio ni medio alguno en todas las criaturas, vuélvese á hablar con la fe, como la que más al vivo le ha de dar luz de su Amado, tomándola por medio para esto, porque á la verdad no hay otro por donde se venga á la verdadera unión de Dios, según por Oseas lo da á entender el Esposo, diciendo: Yo te desposaré conmigo en Fe (Ose. II, 20), y dícele con gran deseo: ¡Oh Fe de mi Esposo Cristo!, si las verdades que has infundido de mi Amado en mi alma con oscuridad y tiniebla, las manifestases ya con claridad, de manera que lo que contienen en Fe, que son noticias informes, las mostrases y descubrieses, apartándote de ellas, formada y acabadamente de repente, volviendo en manifestación de gloria. Dice, pues, el verso:

¡Oh cristalina fuente!

Llámala cristalina á la Fe por dos cosas. La primera porque es de Cristo su Esposo. Y la segunda, porque tiene las propiedades del cristal en ser pura en las verdades y fuerte, y clara, limpia de errores y formas naturales. Y llámala fuente, porque de ella le manan al alma las aguas de todos los bienes espirituales. De donde Cristo Nuestro Señor, hablando con la Samaritana, llamó fuente á la Fe, diciendo, que en los que creyesen en él, se haría una fuente, cuya agua faltaría hasta la vida eterna (Joan. IV, 14), y esta agua era el espíritu que habían de recibir en su Fe los creyentes (VII, 39).

Si en esos tus semblantes plateados.

A las proposiciones y artículos que nos propone la Fe, llama semblantes plateados. Para inteligencia de lo cual, y de los demás versos, es de notar, que la Fe es comparada á la plata en las proposiciones que nos enseña, y las verdades y sustancia que en sí contienen, son comparadas al oro; porque esa misma sustancia que agora creemos, vestida y cubierta con plata de Fe, habemos de ver y gozar en la otra vida al descubierto y desnudo el oro de la Fe. De donde David hablando de ella, dice así: Si durmiéredes entre los dos coros, las plumas de la paloma serán plateadas, y las postrimerías de su espalda serán en el color del oro (Ps. LXVII, 14). Quiere decir: que si cerráremos los ojos del entendimiento á las cosas de arriba y á las de abajo (á lo cual llama dormir en medio), quedaremos sólo en Fe, á la cual llama Paloma, cuyas plumas, que son las verdades que nos dice, serán plateadas, porque en esta vida la Fe nos las propone oscuras y encubiertas, que por eso las llama aquí semblantes plateados; pero á la postre de esta Fe, que será cuando se acabe la Fe por la clara visión de Dios, quedará la sustancia de la Fe, desnuda del velo de esta plata, de color como el oro. De manera que la Fe nos da y comunica al mismo Dios, pero cubierto con plata de Fe, y no por eso nos le deja de dar en la verdad, así como el que da un vaso de oro plateado, no porque vaya cubierto con plata, deja de dar el vaso de oro. De donde cuando la Esposa en los Cantares deseaba esta posesión de Dios, prometiéndosela él, cual en esta vida se puede, le dijo, que le haría unos zarcillos de oro, pero esmaltados con plata (Can. I, 10). En lo cual la prometió de dársela en Fe encubierto. Dice, pues, agora el alma á la Fe: Oh si en esos tus semblantes plateados (que son los artículos ya dichos) con que tienes cubierto el oro de los divinos rayos, que son los ojos deseados que añade luego, diciendo:

*Formases de repente
Los ojos deseados.*

Por los ojos se entiende, como dijimos, los rayos y verdades divinas; las cuales, como también habemos dicho, la Fe nos las propone en sus artículos cubiertas é

informes. Y así es como si dijera: ¡Oh si esas verdades que informe y oscuramente me enseñan encubiertas en tus artículos de Fe, acabases ya de dármelas clara y formadamente descubiertas en ellos como lo pide mi deseo! Y llama aquí ojos á estas verdades por la grande presencia que del Amado siente, que le parecec la está ya siempre mirando. Por lo cual dice:

Que tengo en mis entrañas dibujadas.

Dice que las tiene en sus entrañas dibujadas, es á saber, en su alma, según el entendimiento y la voluntad; porque según el entendimiento tiene estas verdades infundidas por Fe en su alma. Y porque la noticia de ellas no es perfecta, dice que están dibujadas; porque así como el dibujo no es perfecta pintura, así la noticia de la Fe no es perfecto conocimiento. Por tanto las verdades que se infunden en el alma por Fe, están como en dibujo, y cuando estén en clara visión, estarán en el alma como perfecta y acabada pintura, según aquello que dice el Apóstol, diciendo: *Cum autem venerit, quod perfectum est, evacuabitur quod ex parte est.* Que quiere decir: Cuando viniere lo que es perfecto, que es la clara visión, acabarse há lo que es en parte, que es el conocimiento de la Fe (1. ad Cor. XIII, 10).

Pero sobre este dibujo de Fe hay otro dibujo de amor en el alma del amante, y es según la voluntad, en la cual de tal manera se dibuja la figura de el Amado, y tan conjunta y vivamente se retrata en él, cuando hay unión de amor, que es verdad decir, que el Amado vive en el amante y el amante en el Amado. Y tal manera de semejanza hace el amor en la transformación de los amados, que se puede decir, que cada uno es el otro, y que entrambos son uno. La razón es, porque en la unión y transformación de amor, el uno da posesión de sí al otro, y cada uno se deja y da y trueca por el otro: y así cada uno vive en el otro, y el uno es el otro, y entrambos son uno por transformación de amor. Esto es lo que quiso dar á entender San Pablo cuando dijo: *Vivo autem, jam non ego, vivit verò in me Kristus.* Que quiere decir: vivo yo, ya no yo, pero vive en mí Cristo (Gal. II, 20); porque en decir vivo yo, ya no yo, dió á entender, que aunque vivía él, no era vida suya; porque estaba tan transformado en Cristo, que su vida más era divina que humana, y por eso dice que no vivía él, sino Cristo en él. De manera, que según esta semejanza de transformación, podemos decir, que su vida y la vida de Cristo toda era una vida por unión de amor, lo cual se hará perfectamente en el cielo en divina vida en todos los que merecieren verse en Dios; porque transformados en Dios, vivirán vida de Dios, y no vida suya, aunque sí vida suya, porque la vida de Dios será vida suya: y entonces dirán de veras: vivimos nosotros, y no nosotros; porque vive Dios en nosotros; lo cual en esta vida, aunque puede ser como lo era en San Pablo, no empero perfecta y acabadamente, aunque llegue el alma á tal transformación de amor, que sea matrimonio espiritual, que es el más alto estado á que se puede llegar en esta vida; por-

que todo se puede llamar dibujo de amor en comparación de aquella perfecta figura de transformación de gloria. Pero cuando este dibujo de transformación en esta vida se alcanza, es grande buena dicha, porque con eso se contenta grandemente el Amado, que por eso deseando él que le pusiese la Esposa en su alma, como en dibujo, le dijo en los Cantares: Ponme como señal sobre tu corazón, como señal sobre tu brazo (Cant. VIII, 6). El corazón significa aquí el alma, en que en esta vida está Dios como señal de dibujo de Fe, según se dijo arriba; y el brazo significa la voluntad fuerte, en que está como señal de dibujo de amor, como agora acabamos de decir.

CANCIÓN XII

Apártalos, Amado,
Que voy de vuelo.

ESPOSO

Vuélvete, paloma,
Que el ciervo vulnerado
Por el otero asoma,
Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

DECLARACIÓN

En los grandes deseos y fervores de amor, cuales en las Canciones pasadas ha mostrado el alma, suele el Amado visitar á su Esposa, alta y delicada y amorosamente, y con grande fuerza de amor; porque ordinariamente según los grandes fervores y ansias de amor, que han precedido en el alma, suelen ser también las mercedes y visitas que Dios la hace grandes, y como agora el alma con tantas ansias había deseado estos divinos ojos, que en la Canción pasada acaba de decir, descubrióle el Amado algunos rayos de su grandeza y divinidad, según ella deseaba, los cuales fueron de tanta alteza, y con tanta fuerza comunicados, que la hizo salir de sí por arrobamiento y éxtasi, lo cual acaece al principio con gran detrimento y temor del natural; y así no pudiendo sufrir el exceso en sujeto tan flaco, dice en la presente Canción: *Apártalos, Amado*. Es á saber, esos tus ojos divinos, porque me hacen volar saliendo de mí á suma contemplación, sobre lo que sufre el natural, lo cual dice, porque le parecía volaba su alma de las carnes, que es lo que ella deseaba, que por eso le pidió que los apartase, conviene á saber, dejando de comunicárselos en la carne, en que no los puede sufrir y gozar como querría, comunicándoselos en el vuelo que ella hacía fuera de la carne; el cual deseo y vuelo le impidió luego el Esposo, diciendo: *Vuélvete, Paloma*, que la comunicación que agora de mí recibes, aún no es de ese estado de gloria que tú agora pretendes; pero vuélvete á mí,

que soy á quien tú, llagada de amor, buscas, que también yo como el ciervo herido de tu amor, comienzo á mostrarme á tí por tu alta contemplación, y tomo recreación y refrigerio en el amor de tu contemplación. Dice, pues, el alma al Esposo:

Apártalos, Amado.

Según habemos dicho, el alma conforme á los grandes deseos que tenía de estos divinos ojos, que significan la Divinidad, recibió del Amado interiormente tal comunicación y noticia de Dios, que la hizo decir: *Apártalos, Amado*. Porque tal es la miseria del natural en esta vida, que aquello que á la alma le es más vida, y ella con tanto deseo desea, que es la comunicación y conocimiento de su Amado, cuando se le vienen á dar, no lo puede recibir sin que casi le cueste la vida, de suerte que los ojos que con tanta solicitud y ansias, y por tantas vías buscaba, venga á decir cuando los recibe: *Apártalos, Amado*. Porque es á veces tan grande el tormento que se siente en las semejantes visitas de arrobamientos, que no hay tormento que así descoyunte los huesos, y ponga en estrecho al natural, tanto, que si no proveyese Dios se acabaría la vida; y á la verdad así le parece á la alma por quien pasa, porque siente como desasirse el alma de las carnes, y desamparar al cuerpo. Y la causa es, porque semejantes mercedes no se pueden recibir muy en carne, porque el espíritu es levantado á comunicarse con el espíritu divino, que viene al alma; y así por fuerza ha de desamparar en alguna manera la carne. Y de aquí es, que ha de padecer la carne, y por consiguiente el alma en la carne, por la unidad que tienen en un supuesto. Y por tanto el gran tormento que siente el alma al tiempo de este género de visita, y el gran pavor que la hace verse tratar por vía sobrenatural, la hacen decir: *Apártalos, Amado*. Pero no se ha de entender, que porque el alma diga que los aparte, querría que los apartase, porque aquel es un dicho del temor natural, como habemos dicho; antes (aunque mucho más la costase), no querría perder estas visitas y mercedes del Amado, porque aunque padecer el natural, el espíritu vuela al recogimiento sobrenatural á gozar del espíritu del Amado, que es lo que ella deseaba y pedía. Pero no quisiera ella recibirlo en carne, donde no se puede cumplidamente, sino poco y con pena; mas en el vuelo del espíritu fuera de la carne, donde libremente se goza. Por lo cual dijo: *Apártalos, Amado*, es á saber, de comunicármelos en carne.

Que voy de vuelo.

Como si dijera, que voy de vuelo de la carne, para que me los comunique fuera de ella, siendo ellos la causa de hacerme volar fuera de la carne. Y para que entendamos mejor qué vuelo sea éste, es de notar que, como habemos dicho, en aquella visitación de Espíritu Divino es arrebatado con gran fuerza el de la alma, á

comunicar con el espíritu, y destituye al cuerpo, y deja de sentir en él, y de tener en él sus acciones, porque las tiene en Dios. Que por eso dijo San Pablo, que en aquel raptó suyo no sabía si estaba su alma recibéndole en el cuerpo, ó fuera del cuerpo. Y no por eso se ha de entender que destituye y desampara el alma al cuerpo de la vida natural, sino que no tiene sus acciones en él. Y esta es la causa porque en estos raptos y vuelos se queda el cuerpo sin sentido, y aunque le hagan cosas de grandísimo dolor, no siente; porque no es como otros traspasos y desmayos naturales, que con el dolor vuelven en sí. Y estos sentimientos tienen en estas visitas los que no han aún llegado á estado de perfección, sino que van camino en estado de aprovechados: porque los que han llegado ya tienen toda la comunicación hecha en paz y suave amor, y cesan estos arrobamientos, que eran comunicaciones que disponían para la total comunicación. Lugar era este conveniente para tratar de las diferencias de raptos y éxtasis, y otros arrobamientos y sutiles vuelos de espíritu, que á los espirituales suelen acaecer. Mas porque mi intento no es sino declarar brevemente estas Canciones, como en el Prólogo prometí, quedarse há para quien mejor lo sepa tratar que yo. Y porque también la bienaventurada Teresa de Jesús, nuestra Madre, dejó escritas de estas cosas de espíritu admirablemente; las cuales espero en Dios saldrán presto impresas á luz. Lo que aquí, pues, el alma dice del vuelo, háse de entender por arrobamiento y éxtasi del espíritu á Dios. Y dícele luego el Amado:

Vuélvete, Paloma.

De muy buena gana se iba el alma del cuerpo en aquel vuelo espiritual, pensando que se le acababa ya la vida, y que pudiera gozarse con su Esposo para siempre, y quedarse al descubierto con él; mas atajóle el Esposo el paso, diciendo: *Vuélvete, Paloma*. Como si dijera: Paloma en el vuelo alto y ligero que llevas de contemplación, y en el amor con que ardes, y simplicidad con que vas (porque estas tres propiedades tiene la paloma) vuélvete de ese vuelo alto, en que pretendes llegar á poseerme de veras, que aún no es llegado ese tiempo de tan alto conocimiento, y acomódate á éste más bajo, que yo agora te comunico en éste tu exceso, y es:

Que el ciervo vulnerado.

Compárase el esposo al ciervo, porque aquí por el ciervo entiende á sí mismo. Y es de saber, que la propiedad del ciervo es subirse á los lugares altos, y cuando está herido vase con gran prisa á buscar refrigerio á las aguas frías; y si oye quejar á la consorte, y siente que está herida, luego se va con ella y la regala y acaricia. Y así hace agora el Esposo, porque viendo á la Esposa herida de su amor, él también al gemido de ella viene herido del amor de ella; porque en los enamorados la herida de uno es de entrambos, y un mismo sentimiento tienen los dos. Y así es como si

dijera: Vuélvete, Esposa mía, á mí, que si llagada vas de amor de mí, yo también como el ciervo vengo en esta tu llaga llagado á tí, que soy como el ciervo, y también en asomar por lo alto, que por eso dice:

Por el otero asoma.

Esto es, por la altura de tu contemplación que tienes en ese vuelo; porque la contemplación es un puesto alto, por donde Dios en esta vida se comienza á comunicar al alma y mostrársele; mas no acaba, que por eso no dice que acaba de parecer, sino que asoma. Porque por altas que sean las noticias que de Dios se le dan al alma en esta vida, todas son como unas muy desviadas asomadas. Y síguese la tercera propiedad que decíamos del ciervo, y es la que se contiene en el verso siguiente:

Al aire de tu vuelo, y fresco toma.

Por el vuelo entiende la contemplación de aquel éxtasi que habemos dicho, y por el aire entiende aquel espíritu de amor que causa en el alma este vuelo de contemplación. Y llama aquí á este amor, causado por el vuelo, aire, harto apropiadamente; porque el Espíritu Santo, que es amor, también se compara en la divina Escritura al aire, porque es aspirado de el Padre y de el Hijo. Y así como allí es aire de el vuelo, esto es, que de la contemplación y sabiduría de el Padre y de el Hijo procede y es aspirado; así aquí á este amor del alma llama el Esposo aire, porque de la contemplación y noticia, que á este tiempo tiene de Dios, le procede. Y es de notar, que no dice aquí el Esposo que viene al vuelo, sino al aire del vuelo; porque Dios no se comunica propriamente al alma por el vuelo del alma, que es, como habemos dicho, el conocimiento que tiene de Dios, sino por el amor del conocimiento; porque así como el amor es unión del Padre y del Hijo, así lo es del alma con Dios. Y de aquí es, que aunque un alma tenga altísimas noticias de Dios y contemplación, y conosciere todos los misterios, si no tiene amor, no le hace nada al caso, como dice San Pablo (1 ad Cor. XIII, 2), para unirse con Dios. Porque como también dice él mismo: *Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis*. Es á saber: tened esta caridad que es vínculo de perfección. (Colos. III, 14.) Esta caridad, pues, y amor del alma hace venir al Esposo corriendo á beber desta fuente de amor de su Esposa, como las aguas frescas hacen venir al ciervo sediento y llagado á tomar refrigerio. Y por eso se sigue: *Y fresco toma*.

Porque así como el aire hace fresco y refrigerio al que está fatigado del calor, así este aire de amor refrigera y recrea al que arde con fuego de amor; porque tiene tal propiedad este fuego de amor, que el aire, con que toma fresco y refrigerio es más fuego de amor, porque en el amante el amor es llama que arde con apetito de

arder más, según hace la llama del fuego natural: por tanto, al cumplimiento deste apetito suyo de arder más en el ardor del amor de su Esposa, que es el aire del vuelo de ella, llama aquí tomar fresco. Y así es como si dijera: al ardor de tu vuelo arde más, porque un amor enciende otro amor. Donde es de notar, que Dios no pone su gracia y amor en el alma, sino según la voluntad y amor del alma; por lo cual esto ha de procurar el buen enamorado, que no falte, pues por ese medio, como habemos dicho, moverá más, si así se puede decir, á que Dios le tenga más amor, y se recree más en su alma; y para seguir esta caridad ha de ejercitar lo que della dice el Apóstol, diciendo: La caridad es paciente, es benigna, no es envidiosa, no hace mal, no se ensoberbece, no es ambiciosa, no busca sus mismas cosas, no se alborota, no piensa mal, no se huelga sobre la maldad, gózase en la verdad; todas las cosas sufre que son de sufrir, cree todas las cosas, es á saber, las que se deben creer, todas las cosas espera, y todas las cosas sustenta, es á saber, que convienen á la caridad (1. ad Cor. XIII, 4).

CANCIONES XIII Y XIV

Mi Amado las montañas,
 Los valles solitarios nemorosos,
 Las ínsulas extrañas,
 Los ríos sonorosos,
 El silbo de los aires amorosos;
 La noche sosegada
 En par de los levantes de la aurora,
 La música callada,
 La soledad sonora,
 La cena, que recrea y enamora.

ANOTACIÓN

Antes que entremos en la declaración de estas Canciones, es necesario advertir, para más inteligencia de ellas, y de las que después de ellas se siguen, que en este vuelo espiritual, que acabamos de decir, se denota un alto estado y unión de amor, en que, después de mucho ejercicio espiritual, suele Dios poner al alma, al cual llaman desposorio espiritual con el Verbo Hijo de Dios; y al principio que se hace esto, que es la primera vez, comunica Dios al alma grandes cosas de sí, hermoseándola de grandeza y majestad, y arreándola de dones y virtudes, y vistiéndola de conocimiento y honra de Dios, bien así como á desposada en el día de su desposorio; y en este dichoso día, no solamente se le acaban al alma sus ansias vehementes y querellas de amor, que antes tenía, mas quedando adornada de los bienes que

digo, comiéndale un estado de paz y deleite, y de suavidad de amor, según se da á entender en las presentes Canciones, en las cuales no hace otra cosa, sino contar y cantar las grandezas de su Amado; las cuales conoce y goza en él por la dicha unión de el desposorio. Y así en las demás Canciones siguientes ya no dice cosas de penas ni ansias, como antes hacía, sino comunicación y ejercicio de dulce y pacífico amor con su Amado, porque ya en este estado todo aquello fenescer. Y es de notar, que en estas dos Canciones se contiene lo más que Dios suele comunicar á este tiempo á un alma. Pero no se ha de entender, que á todas las que llegan á este estado se les comunica todo lo que en estas dos Canciones se declara, ni en una misma manera y medida de conocimiento y sentimiento; porque á unas almas se les da más, y á otras menos, y á unas en una manera, y á otras en otra; aunque lo uno y lo otro puede ser en este estado del desposorio espiritual. Mas pónese aquí lo más que puede ser, porque en ello se comprehende todo. Y síguese la declaración.

DECLARACIÓN DE LAS DOS CANCIONES

§ Pues como esta Palomica del alma andaba volando por los aires de amor, sobre las aguas del diluvio de las fatigas y ansias suyas de amor que ha mostrado hasta aquí, no hallando donde descansase su pie, á este último vuelo que habemos dicho, extendió el piadoso padre Noé la mano de su misericordia, y recogióla, metiéndola en el arca de su caridad y amor, y esto fué al tiempo que en la Canción que acabamos de declarar, dijo: * *Vuélvete, Paloma.*

Y es de notar, que así como en el arca de Noé, según dice la divina Escritura, había muchas mansiones para muchas diferencias de animales, y todos los manjares que se podían comer, así el alma en este vuelo que hace á esta divina arca del pecho de Dios, no sólo echa de ver en ella las muchas mansiones que su Majestad dijo por San Juan, que había en la casa de su Padre, mas ve y conoce haber allí todos los manjares (Joan. XIV, 2); esto es, todas las grandezas que puede gustar el alma, que son todas las cosas que se contienen en las dos sobredichas Canciones, significadas por aquellos vocablos comunes, las cuales en sustancia son las que se siguen.

Ve el alma y gusta en esta divina unión abundancia y riquezas inestimables, y halla todo el descanso y recreación que ella desea, y entiende secretos é inteligencias de Dios extrañas, que es otro manjar de los que mejor le saben; y siente en Dios un terrible poder y fuerza, que todo otro poder y fuerza priva; y gusta allí admirable suavidad y deleite de espíritu, halla verdadero sosiego y luz divina, y gusta altamente de la sabiduría de Dios, que en la armonía de las criaturas y hechos de Dios reluce. Y siéntese llena de bienes, y vacía y ajena de males, y sobre todo entiende y goza de una inestimable refección de amor, que la confirma en amor, y

esta es la substancia de lo que se contiene en las dos Canciones sobredichas. En las cuales dice la Esposa, que todas estas cosas es su Amado en sí, y lo es para ella; porque en lo que Dios suele comunicar en semejantes excesos, siente el alma y conoce la verdad de aquel dicho que dijo el Santo Francisco, es á saber, *Dios mio, y todas las cosas*, de donde por ser Dios todas las cosas al alma y el bien de todas ellas, se declara la comunicaci3n de este exceso por la semejanza de la bondad de las cosas en las dichas Canciones, segun en cada verso de ellas se ir3 declarando. En lo cual se ha de entender, que todo lo que aqu3 se declara, est3 en Dios eminentemente en infinita manera, 3 por mejor decir, cada una de estas grandezas, que se dicen, es Dios, y todas ellas juntas son Dios; que por cuanto en este caso se une el alma con Dios, siente ser todas las cosas Dios en un simple ser, segun lo sintió San Juan, cuando dijo: *Quod factum est, in ipso vita erat*. Es á saber, lo que fué hecho, en él era vida. Y así no se ha de entender, que en lo que aqu3 se dice que siente el alma, es como ver las cosas en la luz, 3 las criaturas en Dios, sino que en aquella posesi3n siente serle todas las cosas Dios. Ni tampoco se ha de entender, que porque el alma siente tan subidamente de Dios, en lo que vamos diciendo, vea á Dios esencial y claramente, que no es sino una fuerte y copiosa comunicaci3n y vislumbre de lo que él es en sí, en que siente el alma este bien de las cosas que agora en los versos declararemos, conviene á saber.

Mi Amado las montañas.

Las montañas tienen alturas, son abundantes, anchas, hermosas, graciosas, floridas y olorosas. Estas montañas es mi Amado para mí.

Los valles solitarios, nemorosos.

Los valles solitarios son quietos, amenos, frescos, umbrosos, de dulces aguas llenos, y en la variedad de sus arboledas, y suave canto de aves, hacen gran recreaci3n y deleite al sentido, dan refrigerio y descanso en su soledad y silencio. Estos valles es mi Amado para mí.

Las ínsulas extrañas.

Las ínsulas extrañas est3n ceñidas con la mar, y allende de los mares muy apartadas y ajenas de la comunicaci3n de los hombres; y así en ellas se crían y nascen cosas muy diferentes de las de por acá, de muy extrañas maneras, y virtudes nunca vistas de los hombres, que hacen graude novedad y admiraci3n á quien las ve. Y así por las grandes y admirables novedades y noticias extrañas, alejadas del conocimiento comun que el alma ve en Dios, le llama *ínsulas ex-*

trañas; porque extraño llaman á uno por una de dos cosas, ó porque se anda retirado de la gente, ó porque es excelente y particular entre los demás hombres en sus hechos y obras.

Por estas dos cosas llama el alma aquí á Dios *extraño*; porque no solamente es toda la extrañez de las ínsulas nunca vistas, pero también sus vías, consejos y obras son muy extrañas y nuevas y admirables para los hombres. Y no es maravilla que sea Dios extraño á los hombres que no le han visto, pues también lo es á los Santos, Angeles y almas que le ven. Pues no le pueden acabar de ver ni acabarán, y hasta el último día del juicio van viendo en él tantas novedades, según sus profundos juicios, y acerca de las obras de su misericordia y justicia, que siempre les hace novedad, y siempre se maravillan más: de manera que no solamente los hombres, pero también los Angeles, le pueden llamar *ínsulas extrañas*. Sólo para sí no es extraño, ni tampoco para sí es nuevo.

Los ríos sonorosos.

Los ríos tienen tres propiedades. La primera, que todo lo que encuentran embisten y anegan. La segunda, que hinchen todos los bajos y vacíos que hallan delante. La tercera, que tienen tal sonido, que todo otro sonido privan y ocupan. Y porque en esta comunicación de Dios que vamos diciendo siente el alma en él muy sabrosamente estas tres propiedades, dice que su Amado es *los ríos sonorosos*. Cuanto á la primera propiedad que el alma siente, es de saber, que de tal manera se ve el alma embestir de el torrente del espíritu de Dios en este caso y con tanta fuerza apoderarse de ella, que la parece que vienen sobre ella todos los ríos del mundo que la embisten, y siente ser allí anegadas todas sus acciones y pasiones en que antes estaba. Y no porque es cosa de tanta fuerza, es cosa de tormento, porque estos ríos son ríos de paz, según por Isaías da Dios á entender de este embestir en el alma, *diciendo: Ecce ego declinabo super eam quasi fluvium pacis et quasi torrentem inundantem gloriam*. Quiere decir: Notad y advertid que yo declinaré y embestiré sobre ella (LXVI, 12), es á saber, sobre el alma, como un río de paz, y así como un torrente que va redundando gloria. Y así este embestir divino que hace Dios en el alma, *como ríos sonorosos*, toda la hinche de paz y gloria.

La segunda propiedad que el alma siente es que esta divina agua, á este tiempo hinche los bajos de su humildad y llena los vacíos de sus apetitos, según lo dice San Lucas: *Exaltavit humiles, exurientes implevit bonis*. Que quiere decir: Ensalzó á los humildes, y á los hambrientos llenó de bienes (I, 53).

La tercera propiedad que el alma siente en estos amorosos ríos de su Amado, es un sonido y voz espiritual que es sobre todo sonido y sobre toda voz. La cual voz priva toda otra voz, y su sonido excede todos los sonidos del mundo.

Y en daclarar cómo esto sea, nos habremos de detener algún tanto.

Esta voz ó este sonoro sonido de estos ríos que aquí dice el alma, es un henchimiento tan abundante que la hinche de bienes, y un poder tan poderoso que la posee, que no sólo le parece sonidos de ríos, sino aun poderosísimos truenos. Pero esta voz es voz espiritual y no trae esotros sonidos corporales, ni la pena y molestia de ellos, sino grandeza, fuerza, poder y deleite y gloria; y así es como una voz y sonido inmenso, interior, que viste al alma de poder y fortaleza. Esta espiritual voz y sonido se hizo en el espíritu de los Apóstoles al tiempo que el Espíritu Santo con vehemente torrente (como se dice en los Actos de los Apóstoles) descendió sobre ellos. Que para dar á entender la espiritual voz que interiormente les hacía, se oyó aquel sonido de fuera como de aire vehemente, de manera que fuese oído de todos los que estaban dentro en Jerusalén, por el cual, como decimos, se denotaba el que dentro en sí recibían los Apóstoles (II, 2), que era (como habemos dicho) enchiimiento de poder y fortaleza; y también cuando estaba el Señor Jesús rogando al Padre en el aprieto y angustia que recibía de sus enemigos (según lo dice San Juan), le vino una voz del cielo, interior, confortándole según la humanidad, cuyo sonido oyeron de fuera los judíos, tan grave y vehemente, que unos decían que se había hecho algún trueno, y otros decían que le había hablado un ángel del cielo (XII, 28); y era que por aquella voz que se oía de fuera, se denotaba y daba á entender la fortaleza y poder que según la humanidad á Cristo se le daba de dentro. Y no por eso se ha de entender que deja el alma de recibir el sonido de la voz espiritual en el espíritu. Donde es de notar, que la voz espiritual es el efecto que ella hace en el alma, así como la corporal imprime su sonido en el oído, y la inteligencia en el espíritu. Lo cual quiso dar á entender David cuando dijo: *Ecce dabit voci suæ vocem virtutis*. Que quiere decir: Mirad que Dios dará á su voz, voz de virtud (Ps. LXVII, 34). La cual virtud es la voz interior; porque decir David dará á su voz voz de virtud, es decir, á la voz exterior que se siente de fuera, dará voz de virtud que se sienta de dentro. De donde es de saber que Dios es voz infinita y comunicándose al alma en la manera dicha, hácele efecto de inmensa voz.

Esta voz oyó San Juan en el Apocalipsi, y dice, que la voz que oyó del cielo: *Erat tanquam vocem aquarum multarum, et tanquam vocem tonitruí magni*. Quiere decir, que era la voz que oyó como voz de muchas aguas, y como voz de un gran trueno (Apoc. XIV, 2). Y porque no se entienda que esta voz, por ser tan grande, era penosa y áspera, añade luego diciendo, que esta misma voz era tan suave, que *erat sicut citharedorum citharizantium in citharis suis*. Que quiere decir: era como de muchos tañedores que citarizaban en sus cítaras. Y Ezequiel dice, que este sonido como de muchas aguas era: *Quasi sonum sublimis Dei*, es á saber, como sonido del Altísimo Dios (Ezech. I, 24). Esto es, que altísima y suavísimamente en él se comunicaba. Esta voz es infinita, porque como decíamos, es el mismo Dios que se comunica, haciendo voz en el alma; mas ciñese á cada alma, dando voz de virtud, según le cuadra limitadamente, y hace gran deleite y grandeza

al alma. Que por eso dijo la Esposa en los Cantares: *Sonet vox tua in auribus meis vox enim tua dulcis*. Que quiere decir, siene tu voz en mis oídos, porque es dulce tu voz (Canc. II, 14). Síguese el verso:

El silbo de los aires amorosos.

Dos cosas dice el alma en el presente verso, es á saber, *aires* y *silbo*: por los aires amorosos se entienden aquí las virtudes y gracias del Amado, la cuales mediante la dicha unión del Esposo, embisten en el alma, y amorosísimamente se comunican, y tocan en la sustancia de ella. Y al *silbo* de estos *aires* llama una subidísima y sabrosísima inteligencia de Dios, y de sus virtudes, la cual redundá en el entendimiento del toque que hacen estas virtudes de Dios en la sustancia del alma; y este es el más subido deleite que hay en todo lo demás que gusta el alma aquí. Y para que mejor se entienda lo dicho, es de notar que así como en el aire se sienten dos cosas, que son toque y silbo ó sonido, así en esta comunicación del Esposo se sienten otras dos cosas, que son sentimiento de deleite é inteligencia. Y así como el toque del aire se gusta con el sentido del tacto, y el silbo del mesmo aire con el oído, así también el toque de las virtudes del Amado se sienten y gozan en el tacto desta alma, que es la sustancia de ella. Y la inteligencia de las tales virtudes de Dios se sienten en el oído del alma, que es en el entendimiento. Y es también de saber, que entonces se dice venir el aire amoroso, cuando sabrosamente hiere, satisfaciendo el apetito del que deseaba el tal refrigerio; porque entonces se regala y recrea el sentido del tacto; y con este regalo del tacto, siente el oído grande deleite en el sonido y silbo del aire, mucho más que el tacto en el toque del aire; porque el sentido del oído es más espiritual, ó por mejor decir, allégase más á lo espiritual que el tacto, y así el deleite que causa, es más espiritual que el que causa el tacto. Ni más ni menos: porque este toque de Dios satisface grandemente, y regala la sustancia del alma, cumpliendo suavemente su apetito, que era de verse en la tal unión, llama á la dicha unión, ó toque, aires amorosos, porque, como habemos dicho, amorosa y dulcemente se le comunican las virtudes del Amado en él, de lo cual se deriva en el entendimiento el silbo de la inteligencia; y llámale silbo, porque así como el silbo del aire causado se entra agudamente en el vasillo del oído, así esta sutilísima y delicada inteligencia se entra con admirable sabor y deleite en lo íntimo de la sustancia del alma, que es muy mayor deleite que todos los demás. La causa es porque se le da sustancia entendida, y desnuda de accidentes y fantásmas, porque se dá al entendimiento que llaman los Filósofos pasivo ó posible; porque pasivamente sin él hacer nada de su parte la recibe, lo cual es el principal deleite del alma, porque es en el entendimiento, en que consiste la fruición, como dicen los Teólogos, que es ver á Dios (3. Reg. XIX, 12). Que por significar este silbo la dicha inteligencia sustancial, piensan algunos teólogos que vió nuestro Padre Elías á

Dios en aquel silbo de aire delgado, que sintió en el monte á la boca de su cueva; allí le llama la Escritura silbo de aire delgado, porque de la sutil y delicada comunicación del espíritu le nació la inteligencia en el entendimiento. Y aquí le llama el alma silbo de aires amorosos, porque de la amorosa comunicación de las virtudes de su Amado le redunda en el entendimiento, y por eso le llama silbo de los aires amorosos.

Este divino silbo, que entra por el oído del alma, no solamente es sustancia, como he dicho, entendida, sino también descubrimiento de verdades de la divinidad y revelación de secretos suyos ocultos; porque ordinariamente todas las veces que en la Escritura divina se halla alguna comunicación de Dios, que se dice entrar por el oído, se halla ser manifestación destas verdades desnudas en el entendimiento, ó revelación de secretos de Dios, los cuales son revelaciones ó visiones puramente espirituales, que solamente se dan al alma, sin servicio y ayuda de los sentidos; y así es muy alto y cierto esto que se dice comunicar Dios por el oído. Que por eso para dar á entender San Pablo la alteza de su revelación, no dijo: *Vidit arcana verba*, ni menos, *gustavit arcana verba*, sino *audivit arcana verba, quæ non licet homini loqui*. Y es como si dijera: oí palabras secretas que al hombre no es lícito hablar (2. ad Cor. XII, 4). En lo cual se piensa, que vió á Dios también como nuestro Padre Elías en el silbo; porque así como la Fe, como también dice San Pablo, es por el oído corporal, así también lo que nos dice la Fe, que es la sustancia entendida, es por el oído espiritual. Lo cual dió bien á entender el Profeta Job, hablando con Dios, cuando se le reveló, diciendo: *Auditu auris audivi te, nunc autem oculus meus videt te*. Quiere decir: con el oído de la oreja te oí, y agora te ve mi ojo (Job. XLII, 5). En lo cual se da claro á entender que el oído con el oído del alma, es vello con el ojo del entendimiento pasivo, que dijimos, que por eso no dice, oíte con el oído de mis orejas, sino de mi oreja; ni te vi con mis ojos sino con mi ojo, que es el entendimiento; luego este oír del alma, es ver con el entendimiento. Y no se ha de entender, que esto que la alma entiende, porque sea sustancia desnuda, como habemos dicho, sea la perfecta y clara fruición como en el cielo: porque aunque es desnuda de accidentes, no es por eso clara sino oscura, porque es contemplación, la cual es en esta vida, como dice San Dionisio, rayo de tiniebla; y así podemos decir, que es un rayo é imagen de fruición, por cuanto es en el entendimiento, en que consiste la fruición.

Esta sustancia entendida, que aquí llama el alma silbo, es los ojos deseados, que descubriéndoselos el Amado, dijo (porque no los podía sufrir el sentido): *Apártalos, Amado*.

Y porque me parece, viene muy á propósito en este lugar una autoridad de Job, que confirma mucha parte de lo que he dicho en este arrobamiento y desposorio, referiréla aquí (aunque nos detengamos un poco más) y declararé las partes de ella que son á nuestro propósito, y primero la pondré toda en latín, y luego toda en

romance, y después declararé brevemente lo que de ella conviniere á nuestro propósito, y acabado esto proseguiré la declaración de los versos de la otra Canción. Dice, pues, Elifaz Temanites, en Job de esta manera: *Porrò ad me dictum est verbum absconditum, et quasi furtivè suscepit auris mea venas susurri eius. In horrore visionis nocturnæ, quando solet sopor occupare homines, pavor, tenuit me, et tremor, et omnia ossa mea perterrita sunt: et cum spiritus, me præsentè, transiret, inhorruerunt pili carnis meæ: stetit quidam, cujus non agnoscebam vultum, imago coram oculis meis, et vocem quasi auræ lenis audivi.* Y en Romance quiere decir: De verdad á mí se me dijo una palabra escondida, y como á hurtadillas recibió mi oreja las venas de su susurro. En el horror de la visión nocturna, cuando el sueño suele ocupar á los hombres, ocupóme el pavor y el temblor, y todos mis huesos se alborotaron; y como el espíritu pasase en mi presencia, encojiéronseme las pieles de mi carne; púsose delante uno cuyo rostro no conocía, era imagen delante de mis ojos, y oí una voz de aire delgado (Job. IV, 12). En la cual autoridad se contiene casi todo lo que habemos dicho aquí hasta este punto de este raptó desde la Canción doce, que dice: *Apártalos, Amado.* Porque en lo que aquí dice Elifaz Temanites, que se le dijo una palabra escondida, se significa aquello escondido que se le dió á la alma, cuya grandeza no pudiendo sufrir, dijo: *Apártalos, Amado.* Y en decir que recibió su oreja las venas de susurro como á hurtadillas, es decir la substancia desnuda que habemos dicho, que recibe el entendimiento; porque venas aquí denotan substancia interior, y el susurro significa aquella comunicación y toque de virtudes, de donde se comunica al entendimiento la dicha substancia entendida. Y llámale aquí susurro, porque es muy suave la tal comunicación; así como allí la llama aires amorosos el alma, porque amorosamente se comunica; y dice, que le recibió como á hurtadillas; porque así como lo que se hurta es ajeno, así aquel secreto era ajeno del hombre, hablando naturalmente, porque recibió lo que no era de su natural, y así no le era lícito recibirle, como tampoco á San Pablo le era lícito poder decir el suyo. Por lo cual dijo el otro Profeta dos veces: Mi secreto para mí (Isai. XXIV, 16). Y cuando dijo en el horror de la visión nocturna, cuando suele el sueño ocupar á los hombres, me ocupó el pavor y temblor, da á entender el temor y temblor que naturalmente hace al alma aquella comunicación de arrobamiento que decíamos, no podía sufrir el natural en la comunicación del espíritu de Dios. Porque da aquí á entender este Profeta, que así como al tiempo que se van á dormir los hombres, les suele oprimir y atemorizar una visión que llaman pesadilla, la cual les acaesce entre el sueño y la vigilia, que es en aquel punto que comienza el sueño, así al tiempo de este traspaso espiritual entre el sueño de la ignorancia natural y la vigilia del conocimiento sobrenatural, que es el principio del arrobamiento, ó éxtasi, les hace temor y temblor la visión espiritual que entonces se les comunica. Y añade más, diciendo: que todos sus huesos se asombraron, ó alborotaron, que quiere tanto decir como si dijera: se conmovieron y descasaron

de sus lugares; en lo cual se da á entender el gran desconyuntamiento de huesos, que habemos dicho padecerse á este tiempo. Lo cual da bien á entender Daniel, cuando vió al Angel, diciendo: *Domine, in visione tua dissolutæ sunt compages meæ*. Esto es: Señor, en tu visión las junturas de mis huesos se han abierto (Dan. X, 16). Y en lo que dice luego que es, y como el espíritu pasase en mi presencia, es á saber, haciendo pasar al mío de sus límites y vías naturales por el arrobamiento que habemos dicho, encogióronse las pieles de mi carne, da á entender lo que habemos dicho del cuerpo, que en este traspaso se queda helado y encogidas las carnes como muerto. Y luego se sigue: Estuvo uno, cuyo rostro no conocía, era imagen delante mis ojos. Este que dice, que estuvo, era Dios, que se comunicaba en la manera dicha. Y dice que no conocía su rostro, para dar á entender, que en la tal comunicación y visión, aunque es altísima, no se conoce, ni ve el rostro y esencia de Dios. Pero dice, que era imagen delante sus ojos; porque, como habemos dicho, aquella inteligencia de palabra escondida era altísima como imagen y rostro de Dios. Mas no se entiende qué es ver esencialmente á Dios. Y luego concluye diciendo: Y oí una voz de aire delicado, en que se entiende el silbo de los aires amorosos, que dice aquí el alma que es su Amado. Y no se ha de entender, que siempre acaescen estas visitas con estos temores y detrimentos naturales, que, como queda dicho, es á los que comienzan á entrar en estado de iluminación y perfección, y en este género de comunicación; porque en otros antes acaescen con gran suavidad. Síguese la declaración.

La noche sosegada.

En este sueño espiritual que el alma tiene en el pecho de su Amado, posee y gusta todo el sosiego y descanso, y quietud de la pacífica noche, y recibe juntamente en Dios una abisal y oscura inteligencia divina. Y por eso dice, que su Amado es para ella *La noche sosegada*.

En par de los levantes de la aurora.

Pero esta noche sosegada, dice que es, no de manera que sea como oscura noche, sino como la noche junto ya á los levantes de la mañana. Porque este sosiego y quietud en Dios no le es al alma del todo oscuro como oscura noche, sino sosiego y quietud en luz divina en conocimiento de Dios nuevo, en que el espíritu está suavísimamente quieto, levantado á luz divina. Y llama bien propiamente aquí á esta luz divina levantes de la Aurora, que quiere decir la mañana: porque así como los levantes de la mañana despiden la oscuridad de la noche, y descubren la luz del día, así este espíritu sosegado y quieto en Dios es levantado de la tiniebla del conocimiento natural á la luz matutinal del conocimiento sobrenatural de Dios, no

claro, sino, como dicho es, oscuro, como noche *en par de los levantes de la Aurora*; porque así como la noche en par de los levantes, ni del todo es noche ni del todo es día, sino como dicen, entre dos luces, así esta soledad y sosiego divino, ni con toda claridad es informado de la luz divina, ni deja de participar algo de ella.

En este sosiego se ve el entendimiento levantado con extraña novedad sobre todo natural entender á la divina luz: bien así como el que después de largo sueño abre los ojos á la luz que no esperaba. Este conocimiento, entiendo quiso dar á entender David, cuando dijo: *Vigilavi et factus sum sicut passer solitarius in tecto*. Que quiere decir: recordé y fuí hecho semejante al pájaro solitario en el tejado (Ps. CI, 8), como si dijera: abrí los ojos de mi entendimiento, y halleme sobre todas las inteligencias naturales solitario sin ellas en el tejado, que es sobre todas las cosas de abajo. Y dice aquí que fué hecho semejante al pájaro solitario, porque en esta manera de contemplación tiene el espíritu las propiedades de este pájaro, las cuales son cinco. La primera, que ordinariamente se pone en lo más alto, y así el espíritu en este paso se pone en altísima contemplación. La segunda, que siempre tiene vuelto el pico hacia donde viene el aire; y así el espíritu vuelve aquí el pico del afecto hacia donde le viene el espíritu de amor, que es Dios. La tercera es, que ordinariamente está solo, y no consiente otra ave alguna junto á sí, sino que en sentándose junto alguna, luego se va; y así el espíritu en esta contemplación está en soledad de todas las cosas, desnudo de todas ellas, ni consiente en sí otra cosa que soledad en Dios. La cuarta propiedad es, que canta muy suavemente; y lo mismo hace á Dios el espíritu á este tiempo; porque las alabanzas que hace á Dios son de suavísimo amor, sabrosísimas para sí y preciosísimas para Dios. La quinta es, que no es de algún determinado color; y así el espíritu perfecto que no sólo en este exceso no tiene algún color de afecto sensual y amor propio, mas ni aun particular consideración en lo superior ni inferior, ni podrá decir de ello modo ni manera, porque es abismo de noticia de Dios la que posee, según se ha dicho.

La música callada.

En aquel sosiego y silencio de la noche ya dicha, y en aquella noticia de la luz divina, echa de ver el alma una admirable conveniencia y disposición de la Sabiduría en las diferencias de todas sus criaturas y obras, todas ellas y cada una de ellas dotadas con cierta correspondencia á Dios, en que cada una en su manera da su voz de lo que en ella es Dios, de suerte que le parece una armonía de música subidísima, que sobrepuja todos los saraos y melodías del mundo. Y lláma á esta música callada, porque, como habemos dicho, es inteligencia sosegada y quieta, sin ruido de voces; y así se goza en ella la suavidad de la música y la quietud del silen-

cio. Y así dice que su Amado es esta música callada; porque en él se conoce y gusta esta armonía de música espiritual; y no sólo eso, sino que también es

La soledad sonora.

Lo cual es casi lo mismo que la música callada, porque aunque aquella música es callada, cuanto á los sentidos y potencias naturales, es soledad muy sonora para las potencias espirituales; porque estando ellas solas y vacías de todas las formas y aprehensiones naturales, pueden recibir bien el sonido espiritual sonorosísimamente en el espíritu de la excelencia de Dios en sí y en sus criaturas, según aquello que dijimos arriba, haber visto San Juan en espíritu en el Apocalipsi, conviene saber: voz de muchos citaredos que citarizaban en sus cítaras, lo cual fué en espíritu, y no de cítaras materiales, sino cierto conocimiento de las alabanzas de los bienaventurados, que cada uno, en su manera de gloria, hace á Dios continuamente, lo cual es como música; porque así como cada uno posee diferentemente sus dones, así cada uno canta su alabanza diferentemente, y todos en una concordancia de amor, bien así como música. A este mismo modo echa de ver el alma en aquella sabiduría sosegada en todas las criaturas, no sólo superiores, sino también inferiores, según lo que ellas tienen en sí cada una recibido de Dios, dar cada una su voz de testimonio de lo que es Dios, y ve que cada una en su manera engrandece á Dios, teniendo en sí á Dios según su capacidad; y así todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios, y sabiduría y ciencia admirable. Y esto es lo que quiso decir el Espíritu Santo en el libro de la Sabiduría, cuando dice: *Spiritus Domini replevit orbem terrarum, et hoc quod continet omnia, scientiam habet vocis*. Que quiere decir: el Espíritu del Señor llenó la redondez de las tierras, y este mundo, que contiene todas las cosas que él hizo, tiene ciencia de voz (Sap. I, 7); que es la soledad sonora que decimos conocer el alma aquí, que es el testimonio que de Dios todas ellas dan en sí. Y por cuanto el alma recibe esta sonora música, no sin soledad y ajenación de todas las cosas exteriores, la llama *La música callada* y *La soledad sonora*. La cual dice que es su Amado, y más

La cena que recrea y enamora.

La cena á los Amados hace recreación, hartura y amor. Y porque estas tres cosas causa el Amado al alma en esta suave comunicación, le llama ella aquí la cena que recrea y enamora. Es de saber, que en la Escritura divina este nombre, *Cena*, se entendié por la visión divina: porque así como la cena es remate del trabajo del día y principio del descanso de la noche, así esta noticia que habemos dicho sosegada, le hace sentir al alma cierto fin de males y posesión de bienes, en que se

enamora de Dios más de lo que antes estaba; y por eso le es él á ella la cena que recrea, en serle fin de los males, y la enamora, en serle á ella posesión de todos los bienes.

CANCIÓN XV

Nuestro lecho florido
De cuevas de leones enlazado,
En púrpura tendido,
De paz edificado,
De mil escudos de oro coronado.

DECLARACIÓN

En las dos Canciones pasadas ha cantado la Esposa las gracias y grandezas de su Amado; y en ésta canta el feliz y alto estado en que se ve puesta y la seguridad de él, y las riquezas de dones y virtudes con que se ve dotada y arreada en el tálamo de la unión de su Esposo; porque dice estar ya ella en uno con el Amado, y tener las virtudes fuertes, y la caridad en perfección y paz cumplida, y toda ella enriquecida y hermoseedada con dones y hermosura, según se puede en esta vida poseer y gozar. Y así dice:

Nuestro lecho florido.

Este lecho florido es el pecho y amor del Amado, en que el alma, hecha esposa, está ya unida; el cual está ya florido para ella, por razón de la unión y junta que está ya hecha entre los dos, mediante la cual se le comunican á ella las virtudes, gracias y dones del Amado. Con los cuales está ella tan hermoseedada y rica, y llena de deleites, que la parece estar en un lecho de variedad de suaves flores, que con su toque deleitan y con su olor recrean; por lo cual llama ella á esta unión de amor lecho florido. Así le llama la Esposa en los Cantares, diciendo al Esposo: *Lectulus noster floridus*. Esto es: nuestro lecho florido (Cant. I, 15); y llámale nuestro, porque unas mismas virtudes y un mismo amor, conviene saber, del Amado, son ya de entrambos, y un mismo deleite el de entrambos, según aquello que dice el Espíritu Santo en los Proverbios, es á saber, mis deleites son con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 31). Llámale también florido, porque en este estado están ya las virtudes en el alma perfectas y puestas en ejercicio de obras perfectas y heroicas, lo cual aún no había podido ser hasta que el lecho estuviese florido en perfecta unión con Dios. Y por eso dice:

De cuevas de leones enlazado.

§ Por la fortaleza y acrimonia del león compara aquí á las virtudes que ya posee el alma en este estado, á las cuevas de los leones, * las cuales están muy seguras y amparadas de todos los demás animales; porque temiendo ellos la fortaleza y osadía del león que está dentro, no sólo no se atreven á entrar, mas ni aun junto á ella osan parar; así cada una de las virtudes, cuando ya las posee el alma en perfección, es como una cueva de león, en la cual mora y asiste el Esposo fuerte como león, unido con el alma en aquella virtud, y en cada una de las demás virtudes; y la misma alma unida con él en esas mismas virtudes está como un fuerte león, porque allí recibe las propiedades del Amado. Y en este caso está el alma tan amparada y fuerte en cada virtud, y con todas ellas juntas en esta unión de Dios, que es el lecho florido, que no sólo el demonio no se atreve á acometer á la tal alma, mas ni aun osa parecer delante de ella por el gran temor que há de ella, viéndola tan engrandecida y osada con las virtudes perfectas en el lecho del Amado; porque estando ella unida con Dios en transformación de amor, tanto la teme como al mismo Dios, y no la osa ni aun mirar: teme mucho el demonio al alma que tiene perfección. Está este lecho del alma enlazado de estas virtudes, porque en este estado de tal manera están trabadas entre sí, y fortalecidas unas con otras, y unidas en una acabada perfección del alma, que no queda parte, no sólo para que el demonio pueda entrar, más también está amparada, para que ninguna cosa del mundo alta ni baja la pueda inquietar, ni molestar, ni mover: porque estando ya libre de toda molestia de las pasiones naturales, y ajena y desnuda de la tormenta y variedad de las cosas temporales, goza en seguro de la participación de Dios. Esto es lo que deseaba la Esposa en los Cantares, diciendo: *Quis det te mihi fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te solum foris, et deosculer te, et iam me nemo despiciat?* Quiere decir: Quien te me diese, hermano mío, que mamasen los pechos de mi Madre, de manera que te halle yo sólo á fuera, y te bese yo ó tí, y no me desprecie ya nadie? (Cant. VIII, 1). Este beso es la unión de que vamos hablando, en la cual se iguala el alma con Dios por amor. Que por eso desea ella, diciendo: Que quién le dará al Amado que sea su hermano, lo cual significa y hace igualdad; y que mame en los pechos de su madre, que es consumirle todas las imperfecciones y apetitos de su naturaleza que tiene de su madre Eva; y le halle solo á fuera, esto es, se una con él solo, á fuera de todas las cosas, desnuda según la voluntad y apetito de todas ellas; y así no la despreciará nadie, es á saber, no se le atreverá ni mundo, ni carne, ni el demonio; porque estando el alma libre y purgada de todas estas cosas, y unida con Dios, ninguna de ellas la puede enojar. De aquí es, que el alma goza ya en este estado de una ordinaria suavidad y tranquilidad que nunca se le pierde, ni le falta. Pero allende de esta ordinaria satisfacción y paz, de tal manera suelen abrirse en el alma, y darle olor de sí las flores de virtudes de este huerto, que decimos, que le parece á la alma, y así es, estar llena de deleites de Dios; y dije, que suelen abrirse las flores de virtudes que están en el alma: porque aunque el

alma esté llena de virtudes en perfección, no siempre las está en acto gozando el alma (aunque como he dicho de la paz y tranquilidad que le causan sí goza ordinariamente), porque podemos decir que están en el alma en esta vida como flores en cogollo cerradas en el huerto: las cuales algunas veces es cosa admirable, ver abrirse todas, causándolo el Espíritu Santo, y dar de sí admirable olor y fragancia en mucha variedad; porque acaecerá, que vea el alma en sí las flores de las montañas que arriba dijimos, que son, la abundancia y grandeza y hermosura de Dios; y en éstas entretejidos los lirios de los valles nemorosos, que son descanso, refrigerio y amparo; y luego allí entrepuestas las rosas olorosas de las ínsulas extrañas, que decíamos ser las extrañas noticias de Dios; y también embestirla el olor de las azucenas de los ríos sonorosos, que decíamos era la grandeza de Dios, que hinche toda el alma; y entretejido allí, y enlazado el delicado olor del jazmín del silbo de los aires amorosos, de que también dijimos gozaba el alma en este estado; y ni más ni menos todas las otras virtudes y dones que decíamos del conocimiento sosegado, y la callada música y soledad sonora, y la sabrosa y amorosa cena. Y es de tal manera el gozar y sentir estas flores juntas algunas veces el alma, que puede con harta verdad decir: *Nuestro lecho florido, De cuevas de leones enlazado*. Dichosa el alma que en esta vida mereciere gustar alguna vez el olor de estas flores divinas. Y dice, que este lecho está también

En púrpura tendido.

Por la púrpura es denotada la caridad en la Divina Escritura, y de ella se visten y sirven los Reyes. Dice el alma, que este lecho florido está tendido en púrpura; porque todas las virtudes, riquezas y bienes de él se sustentan y florecen, y se gozan sólo en la caridad y amor del Rey del cielo, sin el cual amor no podría el alma gozar de este lecho y de sus flores. Y así todas estas virtudes están en el alma como tendidas en amor de Dios, como en sujeto en que bien se conservan. Y están como bañadas en amor, porque todas y cada una de ellas están siempre enamorando al alma de Dios, y en todas las cosas y obras se mueven con amor á más amor: eso es estar en púrpura tendido. Y dice, que también está

De paz edificado.

Cada una de las virtudes de suyo es pacífica, mansa y fuerte, y por el consiguiente, en el alma que las posee, hacen estos tres efectos, conviene á saber: paz, mansedumbre y fortaleza. Y porque este lecho está florido, compuesto de flores de virtudes, como habemos dicho, y todas ellas son pacíficas, mansas y fuertes, de aquí es, que está de paz edificado, y el alma pacífica, mansa y fuerte, que son tres propiedades donde no puede combatir guerra alguna, ni de mundo, ni de demonio,

ni de carne. Y tienen las virtudes al alma tan pacífica y segura, que le parece estar toda ella edificada de paz. Y dice más, que está también este lecho

De mil escudos de oro coronado.

A las virtudes y dones de la alma llama escudos, de los cuales dice, que está coronado el lecho del deleite de la alma; porque no sólo las virtudes y dones sirven al que las ganó de corona y premio, mas también de defensa como fuertes escudos contra los vicios que con ellas venció, y por eso está el lecho florido coronado de ellas en premio, y defendido como con amparo de escudo. Y dice que son de oro, para denotar el valor grande de las virtudes. § Son las virtudes corona y defensa: * esto mismo dijo en los Cantares la Esposa por otras palabras, diciendo: *En lectulum Salomonis sexaginta fortes ambiunt ex fortissimis Israel, uniuscujusque ensis super femur suum propter timores nocturnos*. Que quiere decir: mirad que sesenta fuertes cercan el lecho de Salomón: la espada de cada uno sobre su muslo, por los temores de las noches (1) (Can. III, 7).

CANCIÓN XVI

A zaga de tu huella
Las jóvenes discurren al camino,
Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.

DECLARACIÓN

En esta Canción alaba la Esposa al Amado de tres mercedes que de él reciben las almas devotas, con las cuales se animan más y levantan á amor de Dios; las cuales por experimentarlas ella en este estado, hace aquí de ellas mención. La primera dice, que es la suavidad que de sí les da, la cual es tan eficaz, que las hace caminar muy apriesa al camino de la perfección. La segunda es una visita de amor con que súbitamente las inflama en amor. La tercera es abundancia de caridad que en ellas infunde, con que de tal manera las embriaga, que las hace levantar el espíritu, así con esta embriaguez, como con la visita de amor, á enviar alabanzas á Dios, y afectos sabrosos de amor, y así dice:

A zaga de tu huella.

(1) *Mille clypei pendent ex ea, omnis armatura fortium*. (Nota marginal del Santo.) Véase la página 290.

La huella es rastro de aquel cuya es la huella, por la cual se va rastreando y buscando el que la hizo. La suavidad y noticia que dá Dios de sí al alma que le busca, es rastro y huella por donde se va conociendo y buscando á Dios. Por eso dice aquí el alma al Verbo su Esposo: *A zaga de tu huella*. Esto es, tras el rastro de suavidad que de tí les imprime é infunde, y olor que de tí derramas.

Las jóvenes discurren al camino.

Es á saber, las almas devotas con fuerzas de juventud, recibidas de la suavidad de tu huella, discurren, esto es, corren por muchas partes, y de muchas maneras (que eso quiere decir discurrir) cada una por la parte y suerte que Dios la da de espíritu y estado, con muchas diferencias de ejercicios y obras espirituales, al camino de la vida eterna, que es la perfección Evangélica, por la cual encuentran con el Amado en unión de amor después de la desnudez de espíritu, y de todas las cosas. Esta suavidad y rastro, que Dios deja de sí en el alma, grandemente la aligera y hace correr tras de él; porque entonces el alma muy poco ó nada es lo que trabaja de su parte para andar este camino; antes es movida y atraída desta divina huella de Dios, no sólo á que salga, sino á que corra de muchas maneras, como habemos dicho, al camino. Que por eso dice la Esposa en los Cantares, pidió al Esposo esta divina atracción, diciendo: *Trahe me, post te curremus in odorem unguentorum tuorum*. Esto es: atraeme tras de tí, y correremos al olor de tus ungüentos (Can. I, 3). Y después que le dió este divino olor, dice: *In odorem unguentorum tuorum currimus: adolescentulæ dilexerunt te nimis*. Quiere decir: al olor de tus ungüentos corremos: las jóvenes te amaron mucho. Y David dice: El camino de tus mandamientos corrí, cuando dilataste mi corazón (Ps. CXVIII, 32).

*Al toque de centella,
Al adobado vino,
Emisiones de bálsamo divino.*

En los dos versillos primeros habemos declarado, que las almas á zaga de la huella discurren al camino con ejercicios y obras exteriores. Y ahora en estos tres versillos da á entender el alma el ejercicio que interiormente estas almas hacen con la voluntad, movidas por otras dos mercedes y visitas interiores que el Amado les hace, á las cuales llama aquí toque de centella y adobado vino; y al ejercicio interior de la voluntad (que resulta y se causa de estas dos visitas) llama emisiones de bálsamo divino. Cuanto á lo primero, es de saber, que este toque de centella, que aquí dice, es un toque sutilísimo que el Amado hace al alma á veces, aun cuando ella está más descuidada, de manera que la enciende el corazón en fuego de amor, que no parece sino una centella de fuego que saltó y la abrasó; y entonces con gran

presteza, como quien de súbito recuerda, enciéndese la voluntad en amar, y desear, y alabar, y agradecer, y reverenciar, y estimar, y rogar á Dios con sabor de amor; á las cuales cosas llama emisiones de bálsamo divino, que responden al toque de centella, salidas de el divino amor que pegó la centella, que es el bálsamo divino, que conforta y sana al alma con su olor y sustancia. De este divino toque dice la Esposa en los Cantares de esta manera: *Dilectus meus misit manum suam per foramem, et venter meus intremuit ad tactum ejus*. Quiere decir: mi Amado puso su mano por la manera, y mi vientre se estremeció á su tocamiento (Can. V, 4). El tocamiento del Amado es el toque de amor, que aquí decimos que hace al alma; la mano es la merced que en ello le hace; la manera por donde entró esta mano, es la manera y modo y grado de perfección que tiene el alma; porque al modo de eso suele ser el toque en más ó en menos, y en una manera, ó en otra de cualidad espiritual del alma. El vientre suyo, que dice se estremeció, es la voluntad en que se hace el dicho toque; y el estremecerse, es levantarse en ella los apetitos y afectos á Dios, de desear, amar y alabar, y los demás que habemos dicho, que son las emisiones de bálsamo que de ese toque redundan, según decíamos.

Al adobado vino.

Este adobado vino es otra merced muy mayor que Dios algunas veces hace á las almas aprovechadas, en que las embriaga en el Espíritu Santo con un vino de amor, suave, sabroso, y esforzoso, por lo cual le llama vino adobado; porque, así como el vino adobado está cocido con muchas y diversas especias olorosas y esforzadas, así este amor que es el que Dios da á los ya perfectos, está ya cocido y asentado en sus almas, y adobado con las virtudes que ya el alma tiene ganadas; el cual con estas preciosas especias adobado, tal esfuerzo y abundancia de suave embriaguez pone en el alma en las visitas que Dios la hace, que con grande eficacia y fuerza la hace enviar á Dios aquellas emisiones, ó enviamientos de alabar, amar, y reverenciar, etc., que aquí decimos, y esto con admirables deseos de hacer y padecer por él. Y es de saber, que esta merced de la suave embriaguez no pasa tan presto como la centella, porque es más de asiento; porque la centella toca y pasa, mas dura algo su efecto, y algunas veces harto; mas el vino adobado suele durar ello y su efecto harto tiempo, lo cual es, como digo, suave amor en el alma; y algunas veces un día, ó dos días, otras hartos días, aunque no siempre en un grado de intensión, porque afloja y crece, sin estar en mano del alma; porque algunas veces, sin hacer nada de su parte, siente el alma en la íntima sustancia irse suavemente embriagando su espíritu, é inflamando de este divino vino, según aquello que dice David, diciendo: *Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis*: Que quiere decir: mi corazón se calentó dentro de mí, y en mi meditación se encenderá fuego (Ps. XXXVIII, 4). Las emisiones de esta embriaguez de

amor duran todo el tiempo que ella dura algunas veces; porque otras, aunque la hay en el alma, es sin las dichas emisiones, y son más y menos intensas, cuando las hay, cuanto es más y menos intensa la embriaguez; mas las emisiones, ó efectos de la centella ordinariamente duran más que ella, antes ella los deja en el alma, y son más encendidos que los de la embriaguez; porque á veces esta divina centella deja al alma abrasándose y quemándose en amor.

Y porque habemos hablado de vino cocido, será bueno aquí notar brevemente la diferencia que hay de el vino cocido, que llaman añejo, y entre el vino nuevo, que será la misma que hay entre los viejos y nuevos amadores, y servirá para un poco de doctrina para los espirituales. El vino nuevo no tiene digerida la hez ni asentada, y así hierve por de fuera, y no se puede saber la bondad y valor de él, hasta que haya bien digerido la hez y furia de ella, porque hasta entonces está en mucha contingencia de malear; tiene el sabor grueso y áspero; y beber mucho de ello, estraga al sujeto; tiene la fuerza muy en la hez. El vino añejo tiene ya digerida la hez, y asentada, y así ya no tiene aquellos hervores de nuevo por de fuera, échase ya de ver la bondad del vino, y está ya muy seguro de malear; porque se le acabaron ya aquellos fervores y furias de la hez que le podían estragar, y así el vino bien cocido por maravilla malea y se pierde; tiene el sabor suave, y la fuerza en la sustancia de el vino, no ya en el gusto, y así la bebida de él hace buena disposición, y da fuerza al sujeto.

Los nuevos amadores son comparados al vino nuevo (éstos son los que comienzan á servir á Dios); porque traen los fervores del vino del amor muy por de fuera en el sentido, porque aún no han digerido la hez de el sentido flaco é imperfecto, y tienen la fuerza de el amor en el sabor de él; porque á éstos ordinariamente les da la fuerza para obrar el sabor sensitivo, y por él se mueven, así no hay que fiar de este amor hasta que se acaben aquellos fervores y gustos gruesos de sentido. Porque así como estos hervores y calor de sentido le pueden inclinar á bueno y perfecto amor, y servirle de buen medio para él digeriéndose bien la hez de su imperfección, así también es muy fácil en estos principios y novedad de gustos faltar el vino de el amor, y perderse, cuando falta el hervor y sabor de nuevo. Y estos nuevos amadores siempre traen ansias y fatigas de amor sensitivas, á los cuales, conviene templar la bebida, porque si obran mucho según la furia del vino, estragarse há el natural. Estas ansias y fatigas de amor es el sabor del vino nuevo, que decíamos ser áspero y grueso, y no aún suavizado en la acabada cocción, cuando se acaban esas ansias de amor, como luego diremos.

Esta misma comparación pone el Sabio en el Eclesiástico, diciendo: *Vinum novum amicus novus: veterascet, et cum suavitate bibes illud*. Quiere decir: el amigo nuevo es como el vino nuevo: añejarse há y beberálo con suavidad (Eccles. IX, 15). Por tanto, los viejos amadores (que son ya los ejercitados y probados en el servicio de el Esposo), son como el vino añejo ya cocida la hez, que no

tiene aquellos hervores sensitivos, ni aquellas furias y fuegos hervorosos de fuera, sino gustan la suavidad del vino en sustancia, ya cocido y asentado allá dentro en el alma; no ya en aquel sabor de sentido como los nuevos, sino con sustancia y sabor de espíritu y verdad de obra; y no caerán en esos sabores, ni hervores sensitivos, ni los quieren gustar: porque quien tiene el asiento de el gusto en el sentido, también muchas veces de necesidad ha de tener penas y disgustos en el sentido. Y porque estos amantes viejos no tienen la suavidad radicalmente en el sentido, no traen ya ansias y penas de amor en el sentido y alma; y así estos amigos viejos por maravilla faltan á Dios, porque están ya sobre lo que los había de hacer faltar, que es sobre el sentido inferior, y tienen el vino de amor, no sólo ya cocido y purgado de hez, mas aun adobado con las especias que decíamos de virtudes perfectas, que no le dejan malear como el nuevo. Por eso dice el Eclesiástico: *Amicum antiquum ne deseras, novus enim non erit similis illi*. Quiere decir: no dejes al amigo viejo, porque el nuevo no será semejante á él (Eccles. IX, 14). En este vino, pues, de amor, ya probado y adobado de el alma, hace el Amado la divina embriaguez, que habemos dicho; el cual hace enviar á Dios las dulces emisiones; y así el sentido de los tres versillos es el siguiente: *Al toque de centella*, con que recuerdas mi alma, *Y al adobado vino*, con que amorosamente la embriagas, ella te envía las *Emisiones*, que son los movimientos y actos de amor que en ella causas.

CANCIÓN XVII

En la interior bodega
De mi Amado bebí, y cuando salía
Por toda aquesta vega,
Ya cosa no sabía,
Y el ganado perdí que antes seguía.

DECLARACIÓN

Cuenta el alma en esta Canción la soberana merced que Dios le hizo en recogerla en lo íntimo de su amor, que es la unión, ó transformación de amor en Dios, y dice dos efectos que de allí sacó, que son olvido y enajenación de todas las cosas de el mundo, y mortificación de todos sus apetitos y gustos.

En la interior bodega.

Para decir algo de esta bodega, y declarar lo que aquí quiere dar á entender el alma, era menester, que el Espíritu Santo tomase la mano, y moviese la pluma. Esta bodega que aquí dice el alma, es el último, y más estrecho grado de amor en que

el alma puede situarse en esta vida, que por eso la llama interior bodega, es á saber, la más interior. De donde se sigue, que hay otras no tan interiores que son los grados de amor, por do se sube hasta este último. Y podemos decir, que estos grados, ó bodegas de amor son siete; los cuales se vienen á tener todos, cuando se tienen los siete dones de el Espíritu Santo en perfección, en la manera que es capaz de recibirlos el alma; y así cuando el alma llega á tener en perfección el espíritu de temor, tiene ya en perfección el espíritu de el amor, por cuanto aquel temor, que es el último de los siete dones, es filial; y el temor perfecto de hijo sale de amor perfecto de padre. Y así cuando la Escritura Divina quiere llamar á uno perfecto en caridad, le llama temeroso de Dios. De donde profetizando Esaías la perfección de Cristo, dijo: *Replevit eum spiritus timoris Domini*. Que quiere decir: henchirle há el espíritu de el temor de el Señor (Isai. XI, 3). Y también San Lucas al santo Simeón llama timorato, diciendo: *Erat vir justus, et timoratus*; y así de otros muchos (Luc. 2).

Es de saber, que muchas almas llegan y entran en las primeras bodegas, cada una según la perfección de amor que tiene; mas á esta última y más interior pocas llegan en esta vida, porque en ella es ya hecha la unión perfecta con Dios que llaman matrimonio espiritual, de el cual habla ya el alma en este lugar. Y lo que Dios comunica al alma, en esta estrecha junta, totalmente es indecible, y no se puede decir nada, así como de el mismo Dios no se puede decir algo que sea como él; porque el mismo Dios es el que se le comunica con admirable gloria de transformación de ella en él, estando ambos en uno, como si dijésemos ahora, la vidriera con el rayo del Sol, ó el carbón con el fuego, ó la luz de las estrellas con la de el Sol; no empero tan esencial y acabadamente como en la otra vida. Y así para dar á entender el alma lo que en aquella bodega de unión recibe de Dios, no dice otra cosa, ni entiendo la podía decir más propia, para decir algo de ello, que decir el verso siguiente:

De mi Amado bebí.

Porque así como la bebida se difunde y derrama por todos los miembros y venas del cuerpo, así se difunde esta comunicación de Dios sustancialmente en toda el alma, ó por mejor decir, el alma más se transforma en Dios, según la cual transformación bebe el alma de su Dios, según la sustancia de ella, y según sus potencias espirituales: porque según el entendimiento bebe sabiduría y ciencia: y según la voluntad bebe amor suavísimo: y según la memoria bebe recreación y deleite en recordación y sentimiento de gloria. Cuanto á lo primero, que el alma rescibe y bebe deleite sustancialmente, dícelo ella en los Cánticos en esta manera: *Anima mea liquefacta est, ut sponsus locutus est*. Esto es: mi alma se regaló luego que habló el Esposo (Can. V, 6). El hablar del Esposo es aquí comunicarse él al alma. Y que

el entendimiento beba sabiduría, en el mismo libro lo dice la Esposa, á donde deseando ella llegar á este beso de unión, y pidiéndolo al Esposo, dijo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito*. Esto es: allí me enseñarás, es á saber, sabiduría y ciencia en amor (Can. VIII, 2), y yo te daré á ti una bebida de vino adobado, conviene á saber, mi amor adobado con el tuyo, esto es, transformado en el tuyo.

Cuanto á lo tercero, que es que la voluntad beba allí amor, dícelo también la Esposa en el dicho libro de los Cantares, diciendo; *Introduxit me Rex in cellam vinariam, ordinavit in me charitatem*. Quiere decir: metióme dentro de la bodega secreta, y ordenó en mí caridad (II, 4), que es tanto como decir, dióme á beber amor metida dentro en su amor, ó más claramente hablando con propiedad, ordenó en mí su caridad, acomodando y apropiando á mí su misma caridad; lo cual es beber el alma de su Amado su mismo amor, infundiéndosele su Amado. Donde es de saber, acerca de lo que algunos dicen, que no puede amar la voluntad, sino lo que primero entiende el entendimiento, háse de entender naturalmente; porque por vía natural es imposible amar si no se entiende primero lo que se ama; mas por vía sobrenatural bien puede Dios infundir amor, y aumentarle sin infundir ni aumentar distinta inteligencia, como en la autoridad dicha se da á entender; y esto experimentado está de muchos espirituales, los cuales muchas veces se ven arder en amor de Dios, sin tener más distinta inteligencia que antes; porque pueden entender poco y amar mucho, y pueden entender mucho y amar poco; antes ordinariamente aquellos espirituales que no tienen muy aventajado entendimiento acerca de Dios, suelen aventajarse en la voluntad. Y bástales la fe infusa por ciencia de entendimiento, mediante la cual les infunde Dios caridad y se la aumenta, y el acto de ella, que es amar más, aunque no se le aumente la noticia, como habemos dicho. Y así puede la voluntad beber amor, sin que el entendimiento beba de nuevo inteligencia; aunque en el caso que vamos hablando, en que dice el alma que bebió de su Amado, por cuanto es unión en la interior bodega, la cual es según las tres potencias del alma, como habemos dicho, todas ellas beben juntamente. Y cuanto á lo cuarto, que según la memoria beba allí el alma de su Amado, está claro, pues está ilustrada con la luz del entendimiento en recordación de los bienes que está poseyendo y gozando en la unión de su Amado. Esta divina bebida tanto endiosa y levanta al alma, y la embebe en Dios, que

Cuando salía.

Es á saber, que acabada esta merced de pasar, porque aunque está el alma siempre en este alto estado de matrimonio después que Dios la ha puesto en él, no empero siempre en actual unión, según las dichas potencias, aunque según la sustancia de el alma, sí; pero en esta unión sustancial de el alma muy frecuentemente

se unen también las potencias, y beben en esta bodega; el entendimiento entendiendo, la voluntad amando, etc. Pues cuando ahora dice el alma *Cuando salta*, no se entiende que de la unión esencial ó sustancial, que tiene el alma ya, que es el estado dicho, sino de la unión de las potencias, la cual no es continua en esta vida, ni lo puede ser. Pues de ésta cuando salía

Por toda aquesta vega.

Esto es, por toda aquesta anchura del mundo,

Ya cosa no sabía.

Porque aquella bebida de sabiduría de Dios altísima, que allí bebió, le hace olvidar todas las cosas del mundo, y le parece á la alma que lo que antes sabía, y aun lo que sabe todo el mundo, en comparación de aquel sabor, era pura ignorancia, y aquel endiosamiento con que queda, y levantamiento de mente en Dios, en que queda como robada embebida de amor toda hecha en Dios, no la deja advertir cosa alguna del mundo; y así puede bien decir: *Ya cosa no sabía*. Porque no sólo de todo, mas aun de sí queda ajena y aniquilada como resuelta en amor, que consiste en pasar de sí al Amado. Este no saber da á entender en los Cantares la Esposa, donde después de haber dicho la unión y junta de ella y su Amado, dice esta palabra: *Nescivi*: No supe, ó ignoré (VI. 11). Esta tal alma poco se entremeterá en cosas ajenas, porque aun de las suyas no se acuerda; y esta propiedad tiene el espíritu de Dios en el alma donde mora, que luego la inclina á no saber, y hace ignorar todas las cosas ajenas, aquéllas mayormente, que no son para su aprovechamiento, porque el espíritu de Dios *en el alma* (pág. 302) es recogido, y no sale á cosas ajenas, y así se queda el alma en un no saber cosa. Y no se ha de entender, que pierde allí el alma los hábitos de ciencia (1), y totalmente las noticias de las cosas que antes sabía, aunque queda en aquel no saber, sino que pierde el acto y memoria de las cosas en aquel absorbimiento de amor, y esto por dos cosas. La una, porque como actualmente queda absorta y embebida en aquella bebida de amor, no puede estar actualmente en otra cosa. La segunda, porque aquella transformación en Dios de tal manera la conforma con su sencillez y pureza, que la deja limpia y pura, y vacía de todas formas y figuras que antes tenía (*porque el acto siempre tiene consigo estas formas*), así como hace el sol en la vidriera, que infundiéndose en ella, la hace clara, y se pierden de vista todas las máculas y

(1) Aunque ya estos no reinan, porque en esta unión se juntan ellos con la sabiduría superior, y ella es la que obra; así como juntándose una luz pequeña con otra grande, la grande es la que priva y luce. Y así ya cosa (de ?) aquellos hábitos no sabía. Y así entiendo que será en el cielo de la ciencia adquirida, que (no ?) les hará á los justos mucho al caso, sabiendo ellos más que eso en la sabiduría divina. (Nota marginal del Santo.) Véase la página 302.

pelillos que antes en ella parecían; pero vuelto á quitar el sol, y apartándose bien de ella, luego vuelven á parecer en ella las nieblas y máculas que antes; mas el alma, como le queda y dura el efecto de aquel acto de amor, dura también el no saber *ya por aquellos hábitos naturales, sino por los actos de sciencia*; (aun los?) *naturales de el hábito superior infuso proceden cuando los ejercita*, según habemos dicho, *quedando todo resuelto en aquella transformación*, la cual como la inflamó y mudó en amor, aniquilóla y deshízola en todo lo que no era amor, y dejóla no sabiendo otra cosa sino amor, según aquello que dijimos arriba de David, que dice: *Quia inflamatum est cor meum, et renes mei commutati sunt, et ego ad nihilum redactus sum, et nescivi*. Que quiere decir: porque fué inflamado mi corazón, también mis renes juntamente se mudaron, y yo fuí resuelto en nada, y no supe (Ps. LXXII, 21), porque mudarse las renes por causa de esta inflamación del corazón, es mudarse el alma con todos sus apetitos en Dios en una nueva manera de todo lo viejo, de que antes usaba, deshecha: por lo cual dice, que fué resuelto en nada, y que no supo; que son los dos efectos que decíamos que causaba la bebida de esta bodega de Dios; porque no sólo se aniquila todo su saber primero, pareciéndole nonada cerca de aquel sumo saber, mas también toda su vida vieja é imperfecciones se aniquilan, y renueva el hombre viejo; por lo cual se sigue este segundo efecto, que de ahí redunde, el cual se contiene en el verso siguiente.

Y el ganado perdí, que antes seguía.

Es de saber, que hasta que el alma llegue á este estado de perfección, de que vamos hablando, aunque más espiritual sea, siempre le queda algún ganadillo de apetitos y gustillos, y otras imperfecciones suyas, ahora naturales, ahora espirituales, tras de que se anda, procurando apacentarlos, en seguirlos y cumplirlos. Porque acerca del entendimiento suelen quedarles algunas imperfecciones de apetitos de saber cosas. Acerca de la voluntad, se dejan llevar de algunos gustillos y apetitos propios, ahora en lo temporal como en poseer algunas cosillas, y asirse más á unas que á otras, y algunas presunciones, estimaciones y puntillitos en que miran, y otras cosillas, que todavía huelen y saben á mundo: ahora acerca de lo natural, como en comida, bebida, gustar de ésto más que de aquéllo, y escoger y querer lo mejor; ahora también acerca de lo espiritual, como querer gustos de Dios y otras impertinencias, que nunca se acabarían de decir, que suelen tener los espirituales aún no perfectos. Y acerca de la memoria, muchas variedades y cuidados, y advertencias impertinentes, que los llevan el alma tras de sí.

Tienen también acerca de las cuatro pasiones del alma, á veces muchas esperanzas, gozos, dolores y temores inútiles, tras de que se les va el ánima; y de este ganado ya dicho, unos tienen más y otros menos, tras de que se andan todavía

siguiéndolo, hasta que entrándose á beber en esta interior bodega lo pierdan todo, quedando, como hemos dicho, hechos todos en amor, en la cual más fácilmente se consumen estos ganados de imperfecciones de el alma, que el orín y moho de los metales en el fuego, y así se siente ya libre el alma de todas aquellas niñerías de gustillos y disgustillos é impertinencias tras que se andaba, de manera que pueda bien decir:

El ganado perdí, que antes seguía.

CANCIÓN XVIII

Allí me dió su pecho,
 Allí me enseñó sciencia muy sabrosa,
 Y yo le dí de hecho
 A mí, sin dejar cosa;
 Allí le prometí de ser su esposa.

DECLARACIÓN

En esta Canción cuenta la Esposa la entrega que hubo de ambas partes en este espiritual desposorio, conviene saber, de ella y de Dios, diciendo, que en aquella interior bodega de amor se juntaron en comunicación él á ella, dándole el pecho ya libremente de su amor, en que la enseñó sabiduría y secretos, y ella á él, entregándosele ya toda de hecho, sin ya reservar nada para sí, ni para otro, afirmándose ya de ser suya para siempre. Síguese el verso.

Allí me dió su pecho.

Dar el pecho uno á otro es darle su amor y amistad, y descubrirle sus secretos como amigo. Y así, decir el alma que le dió allí su pecho, es decir, que allí le comunicó su amor y sus secretos, lo cual hace Dios con el alma en este estado. Y más adelante lo que también dice en este verso siguiente:

Allí me enseñó sciencia muy sabrosa.

La ciencia sabrosa, que dice aquí que la enseñó, es la Teología Mística, que es ciencia secreta de Dios, que llaman los espirituales contemplación, la cual es muy sabrosa, porque es ciencia por amor, el cual es el maestro de ella, y el que todo lo

hace sabroso; y por cuanto Dios le comunica esta ciencia é inteligencia en el amor, con que se comunica al alma, esle sabrosa para el entendimiento, pues es sciencia que pertenece á él, y esle también sabrosa á la voluntad, pues es en amor, el cual pertenesce á la voluntad. Y dice luego:

*Y yo le dí de hecho
A mí, sin dejar cosa.*

En aquella bebida de Dios suave, en que, como habemos dicho, se embebe el alma en Dios, muy voluntariamente y con grande suavidad se entrega el alma á Dios toda, queriendo ser toda suya, y no tener cosa en sí ajena de él para siempre, causando Dios en ella en la dicha unión la pureza y perfección que para esto es menester; que por cuanto él la transforma en sí, hácela toda suya, y evacua en ella todo lo que tenía ajeno de Dios. De aquí es, que no solamente según la voluntad, sino también según la obra quede ella de hecho, sin dejar cosa, toda dada á Dios, así como Dios se ha dado libremente á ella: de manera que quedan pagadas aquellas dos voluntades entregadas y satisfechas entre sí, de manera que en nada haya de faltar ya la una á la otra con Fe y firmeza de desposorio, que por eso añade ella, diciendo:

Alli le prometí de ser su Esposa .

Porque así como la desposada no pone en otro su amor, ni su cuidado, ni su obra, fuera de su Esposo, así el alma en este estado no tiene ya ni afectos de voluntad, ni inteligencias de entendimiento, ni cuidado, ni obra alguna, que todo no sea inclinado á Dios, junto con sus apetitos; porque está como divina endiosada, de manera, que aun hasta los primeros movimientos no tiene contra lo que es la voluntad de Dios, en todo lo que ella puede entender; porque así como una alma imperfecta tiene muy ordinariamente, á lo menos primeros movimientos, según el entendimiento, y según la voluntad y memoria, y apetitos inclinados á mal é imperfección, así el alma de este estado según el entendimiento y voluntad y memoria, y apetitos en los primeros movimientos, de ordinario se mueve é inclina á Dios, por la gránde ayuda y firmeza que tiene ya en Dios, y perfecta conversión al bien. Todo lo cual dió muy bien á entender David, cuando dijo, hablando de su alma en este estado: Por ventura, ¿no estará mi alma sujeta á Dios? Sí, porque de él tengo yo mi salud, y porque él es mi Dios, y mi Salvador; recibidor mío, no tendré más movimiento (Ps. LXI, 2). En lo que dice, recibidor mío, da á entender, que por estar su alma recibida en Dios, y unida, cual aquí decimos, no había ya de tener más movimiento contra Dios.

CANCIÓN XIX

Mi alma se ha empleado,
Y todo mi caudal en su servicio:
Ya no guardo ganado,
Ni ya tengo otro oficio,
Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

DECLARACIÓN

Por cuanto en la Canción pasada ha dicho el alma, ó por mejor decir, la Esposa, que se dió toda al Esposo sin dejar nada para sí, dice ahora en ésta el modo y manera que tiene en cumplirlo, diciendo, que ya está su alma y cuerpo y potencias, y toda su habilidad empleada, ya no en las cosas que á ella le tocan, sino en las que son del servicio de su Esposo: y que por eso ya no anda buscando su propia ganancia, ni se anda tras sus gustos, ni tampoco se ocupa en otras cosas y tratos extraños y ajenos de Dios; y que aun con el mismo Dios ya no tiene otro estilo ni manera de trato, sino ejercicio de amor, por cuanto há ya trocado y mudado todo su primero trato en amor, según ahora se dirá.

Mi alma se ha empleado.

En decir que el alma suya se ha empleado, da á entender la entrega que hizo al Amado de sí en aquella unión de amor, donde quedó ya su alma, con todas sus potencias, entendimiento, voluntad y memoria, dedicada y mancipada al servicio de él, empleando el entendimiento en entender las cosas que son más de su servicio para hacerlas; y su voluntad en amar todo lo que á Dios agrada, y en todas las cosas aficionar la voluntad á Dios; y la memoria en el cuidado de lo que es de su servicio, y lo que más le ha de agradar, y dice más:

Y todo mi caudal en su servicio.

Por todo su caudal entiende aquí todo lo que pertenesce á la parte sensitiva de el alma. La cual dice, que está empleada en su servicio también, como la parte racional, ó espiritual que acabamos de decir en el verso pasado. Y en esta parte sensitiva se incluye el cuerpo con todos sus sentidos y potencias, así interiores como exteriores. Entiéndese también en este verso toda la habilidad natural y racional, como habemos dicho, conviene á saber, las cuatro pasiones, los apetitos naturales y espirituales, y el demás caudal de el alma, todo lo cual dice que está ya empleado en su servicio; porque al cuerpo trata ya según Dios; los sentidos interiores y exteriores rige y gobierna según Dios, y á él endereza las acciones de ellos; y las cuatro pasiones todas las tiene ceñidas también á Dios, porque no se goza sino de Dios, ni

tiene esperanza sino en Dios, ni teme sino á Dios, ni se duele sino según Dios, y también sus apetitos todos van sólo á Dios, y todos sus cuidados. Todo este caudal de tal manera está ya empleado en Dios, que aun sin advertencia del alma todas las partes, que habemos dicho, de este caudal en los primeros movimientos se inclinan á obrar en Dios y por Dios; porque el entendimiento, la voluntad y la memoria se van luego á Dios, y los afectos, los sentidos, los deseos y apetitos, la esperanza, el gozo, y luego todo el caudal de prima instancia se inclinan á Dios, aunque, como digo, no advierta el alma que obra por Dios. De donde esta tal alma muy frecuentemente obra por Dios, y entiende en él y en sus cosas, sin pensar ni acordarse que lo hace por él; porque el uso y hábito que en la tal manera de proceder ya tiene, le hace carecer de la advertencia y cuidado, y aun de los actos fervorosos que á los principios de el obrar solía tener. Y porque ya está todo este caudal empleado en Dios de la manera dicha, de necesidad ha de tener el alma también lo que dice en el verso siguiente, es á saber:

Ya no guardo ganado.

Que es tanto como decir: Ya no me ando tras mis gustos y apetitos; porque habiéndolos puesto en Dios, y dado á él, ya no los apacienta ni guarda para sí el alma. Y no sólo dice, que ya no guarda ganado, pero dice más:

Ni ya tengo otro oficio.

Muchos oficios tiene el alma no provechosos antes que llegue á hacer esta donación y entrega de sí, y de su caudal al Amado, porque todos cuantos hábitos de imperfecciones tenía, tantos oficios podemos decir que tenía, los cuales pueden ser acerca de el hablar, y de el pensar, y de el obrar, teniendo en esto costumbre de no usar de esto como conviene ordenadamente á la perfección. § Acerca de lo cual siempre el alma tiene algún oficio vicioso, que nunca acabó de vencer, hasta que de veras emplea su caudal en el servicio de Dios, donde, como habemos dicho, todas las palabras y pensamientos y obras, son ya de Dios, no habiendo ya oficio de murmurar, ni de otra imperfección en las palabras, ni en las demás potencias; * y así es como si dijera: Ni me ocupo ya, ni entretengo en otros tratos, ni pasatiempos, ni cosas del mundo.

Que ya sólo en amar es mi ejercicio.

Como si dijera, que ya todas estas potencias y habilidad de el caudal de mi alma y mi cuerpo, § que antes algún tanto empleaba en otras cosas no útiles; * las he puesto en ejercicio de amor. Esto es lo que dice David: *Fortitudinem meam ad te custodiam* (pág. 311); es á saber, que toda la habilidad de mi alma y cuerpo se mueve por amor, haciendo todo lo que hago por amor, y padeciendo por amor,

todo lo que padesco. Aquí es de notar, que cuando el alma llega á este estado, todo el ejercicio de la parte espiritual, y el de la parte sensitiva, ahora sea en hacer, ahora en padecer, de cualquier manera que sea, siempre le causa más amor y regalo en Dios; y hasta el mismo ejercicio de oración y trato con Dios, que antes solía tener en otras consideraciones y modos, ya todo es ejercicio de amor. De manera, que ahora su trato sea acerca de lo temporal, ahora sea su ejercicio acerca de lo espiritual, siempre puede decir esta tal alma: *Que ya sólo en amar es mi ejercicio.*

Dichosa vida y dichoso estado, y dichosa el alma que á él llega, donde todo le es ya sustancia de amor y regalo y deleite de desposorio, en que de veras puede la Esposa decir al Divino Esposo aquellas palabras que de puro amor le dice en los Cantares, diciendo: *Omnia poma nova, et vetera, servavi tibi* (Can. VII, 13), que es como si dijera: Amado mío, todo lo áspero y trabajoso quiero por tí, y todo lo suave y sabroso quiero para tí. Pero el acomodado sentido de este verso, es decir, que el alma en este estado de desposorio espiritual ordinariamente anda en unión de amor de Dios, que es común y ordinaria asistencia de voluntad amorosa en Dios.

CANCIÓN XX

Pues ya si en el egido
De hoy más no fuere vista ni hallada,
Diréis que me he perdido;
Que andando enamorada,
Me hice perdidiza, y fuí ganada.

DECLARACIÓN

Responde el alma en esta Canción á una tácita reprehensión de parte de los del mundo, según ellos han de costumbre de notar á los que de veras se dan á Dios, teniéndolos por demasiados en su extrañeza y retiramiento y en su manera de proceder, diciendo también que son inútiles para las cosas más importantes y perdidos en lo que el mundo precia y estima: á la cual reprehensión de muy buena manera satisface aquí el alma, haciendo rostro muy osado y atrevidamente á esto, y á todo lo demás que el mundo la puede imponer, porque habiendo ella llegado á lo vivo del amor de Dios, todo lo tiene en poco; y no sólo eso, mas antes ella mesma lo confiesa en esta Canción, y se precia y gloria de haber dado en tales cosas, y perdiéndose al mundo y á sí mesma por su Amado; y así lo que quiere decir en esta Canción hablando con los del mundo, que si ya no la vieren en las cosas de sus primeros tratos y otros pasatiempos que solía tener en el mundo, que digan y crean que se ha perdido y ajonado de ellos, y que lo tiene tan por bien, que ella mesma se quiso perder andando buscando á su Amado enamorada mucho de él. Y porque vean la

ganancia de su pérdida, y no lo tengan por insipiencia ó engaño, dice que esta pérdida fué su ganancia, y por eso de industria se hizo perdidiza.

*Pues ya sí en el egido
Da hoy no fuere más vista ni hallada.*

Egido comunmente se llama un lugar común, donde la gente se suele juntar á tomar solaz y recreación, y donde también apacientan los pastores sus ganados; y así por el egido entiende aquí el alma el mundo, donde los mundanos tienen sus pasatiempos y tratos, y apacientan los ganados de sus apetitos. En lo cual dice el alma á los del mundo, que si no fuere vista ni hallada como solía, antes que fuese toda de Dios, que la tengan por perdida en eso mismo, y que así lo digan; porque de eso se goza ella, queriendo que lo digan, diciendo:

Diréis que me he perdido.

No se afrenta el que ama delante de el mundo de las obras que hace por Dios, ni las esconde con vergüenza, aunque todo el mundo se las haya de condenar: porque el que tuviere vergüenza delante de los hombres de confesar al Hijo de Dios, dejando de hacer sus obras el mismo Hijo de Dios, como él lo dice por San Lucas: tendrá vergüenza de confesarle delante de su Padre (Luc. IX, 26). Y por tanto el alma con ánimo de amor, antes se precia de que se vea para gloria de su Amado, haber ella hecho una tal obra por él: que se haya perdido á todas las cosas del mundo. Y por eso dice: *Diréis que me he perdido.*

Esta tan perfecta osadía y determinación en las obras, pocos espirituales la alcanzan; porque aunque algunos tratan y usan este trato, y aun se tienen algunos por los de muy allá, nunca se acaban de perder en algunos puntos, ó de mundo, ó de naturaleza para hacer las obras perfectas y desnudas por Cristo, no mirando á lo que dirán, ó qué parecerá; y así no podrán éstos decir: *Diréis que me he perdido*, pues no están perdidos á si mismos en el obrar; todavía tienen vergüenza de confesar á Cristo por la obra delante de los hombres; teniendo respeto á cosas, no viven en Cristo de veras.

Que andando enamorada.

Conviene saber, que andando obrando las virtudes enamorada de Dios,

Me hice perdidiza, y fui ganada (1).

El que anda de veras enamorado, luego se deja perder á todo lo demás, por ganarse más en aquello que ama: y por eso el alma dice aquí, que se hizo perdidiza

(1) «A dos señores.» (Nota marginal del Santo.)—Véase desarrollado este pensamiento en el Cántico segundo, pág. 317.

ella misma, que es dejarse perder de industria. Y es en dos maneras, conviene á saber, á sí misma, no haciendo caso de sí en ninguna cosa, sino de el Amado, entregándose á él de gracia sin ningún interese, haciéndose perdidiza á sí misma, no queriendo ganarse en nada para sí. Lo segundo, á todas las cosas, no haciendo caso de todas sus cosas, sino de las que tocan al Amado: y eso es hacerse perdidiza, que es tener gana que la ganen. Tal es el que anda enamorado de Dios, que no pretende ganancia ni premio, sino sólo perderlo todo y á sí mismo en su voluntad por Dios, y esa tiene por su ganancia. Y así lo es, según dice San Pablo, diciendo: *Mori lucrum*. Esto es: mi morir por Cristo es mi ganancia espiritualmente á todas las cosas y á sí mismo. Y por eso dice el alma: *fui ganada*: porque el que así no se sabe perder no se gana, antes se pierde, según dice Nuestro Señor en el Evangelio, diciendo: El que quisiere ganar para sí su alma, ese la perderá, y el que la perdiere para consigo por mí, ese la ganará (Mat. XVI, 25). Y si queremos entender el dicho verso más espiritualmente y más al propósito que aquí se trata, es de saber, que cuando un alma en el camino espiritual ha llegado á tanto, que se ha perdido á todos los modos y vías naturales de proceder en el trato con Dios, que ya no le busca por consideraciones ni formas, ni sentimientos, ni otros medios algunos de criatura y sentido, sino que pasó sobre todo eso, y sobre todo modo suyo y manera, tratando y gozando á Dios en Fe y amor, entonces se dice haberse de veras ganado á Dios, porque de veras se ha perdido á todo lo que no es Dios, y á lo que es en sí.

CANCIÓN XXI

De flores y esmeraldas,
 En las frescas mañanas escogidas,
 Haremos las guirnaldas
 En tu amor florecidas,
 Y en un cabello mío entretejidas.

DECLARACIÓN

En esta Canción vuelve la Esposa á hablar con el Esposo en comunicación y recreación de amor, y lo que en ella hace es tratar de el solaz y deleite que el alma Esposa y el Hijo de Dios tienen en la posesión de las riquezas de las virtudes y dones de entrambos, y el ejercicio de ellas que hay del uno al otro, gozándolas entre sí en comunicación de unión de amor: y por eso dice ella hablando con él, que harán guirnaldas ricas de dones y virtudes, adquiridas y ganadas en tiempo agradable y conveniente, hermoseedas y graciosas en el amor que él á ella tiene, y sustentadas y conservadas en el amor que ella tiene á él: por eso llama á este gozar

las virtudes, hacer guirnaldas de ellas; porque todas juntas, como flores en guirnalda, las gozan entrambos en el amor común, que el uno tiene al otro.

De flores y esmeraldas.

Las flores son las virtudes de el alma, y las esmeraldas son los dones que tiene de Dios: pues de estas flores y esmeraldas,

En las frescas mañanas escogidas,

Es á saber, ganadas y adquiridas en las juventudes, que son las frescas mañanas de las edades. Y dice *escogidas*, porque las virtudes que se adquieren en este tiempo de juventud son escogidas y muy aceptas á Dios, por ser en tiempo de juventud, cuando hay más contradicción de parte de los vicios para adquirirlas, y de parte del natural más inclinación y prontitud para perderlas; y también porque comenzándolas á coger desde este tiempo de juventud, se adquieren muy más perfectas, y son más escogidas. Y llama á estas juventudes *frescas mañanas*, porque así como es agradable la frescura de la mañana en la Primavera más que las otras partes de el día, así lo es la virtud de la juventud delante de Dios; y aun puédense entender estas frescas mañanas por los actos de amor en que se adquieren las virtudes, los cuales son á Dios más agradables que las frescas mañanas á los hijos de los hombres. También se entienden aquí por *las frescas mañanas* las obras hechas en sequedad y dificultad del espíritu, las cuales son denotadas por el fresco de las mañanas del invierno; y estas obras, hechas por Dios en sequedad de espíritu y dificultad, son muy preciadas de Dios, porque en ellas grandemente se adquieren las virtudes y dones; y las que se adquieren de esta suerte y con trabajo, por la mayor parte son más escogidas y esmeradas, y más firmes que si se adquiriesen sólo con el sabor y regalo del espíritu: porque la virtud en la sequedad y dificultad y tentación hecha raíces, según dijo Dios á San Pablo, diciendo: *Virtus in infirmitate perficitur*. Esto es: la virtud en la flaqueza se hace perfecta (2. ad Cor. XII, 9). Y por tanto, para encarecer la excelencia de las virtudes de que se han de hacer las guirnaldas para el Amado, bien está dicho: *En las frescas mañanas escogidas*, porque de solas estas flores y esmeraldas de virtudes y dones escogidos y perfectos, y no de las imperfectas, goza bien el Amado. Y por eso dice aquí el alma Esposa, que de ellas para él

Haremos las guirnaldas.

Para cuya inteligencia es de saber, que todas las virtudes y dones que el alma y Dios adquieren en ella, son en ella como una guirnalda de varias flores, con que está admirablemente hermoseedá, así como de una vestidura de preciosa variedad. Y para mejor entenderlo es de saber, que así como las flores materiales se van cogiendo, las van en la guirnalda, que de ellas hacen, compuniendo; de la misma

manera, así como las flores espirituales de virtudes y dones se van adquiriendo, se van en el alma asentando; y acabadas de adquirir, está ya la guirnalda de perfección en el alma acabada de hacer, en que el alma y el Esposo se deleitan hermo-seados con esta guirnalda y adornados, bien así como ya en estado de perfección. Estas son las guirnaldas que dice han de hacer, que es ceñirse y cercarse de variedad de flores y esmeraldas de virtudes y dones perfectos, para parescer dignamente con este hermoso y precioso adorno delante la cara de el Rey, y meresca la iguale consigo, poniéndola como Reina á su lado, pues ella lo meresce con la hermosura de su variedad. De donde hablando David con Cristo en este caso, dijo: *Astitit Regina à dextris tuis in vestitu deaurato, circumdata varietate*. Que quiere decir: estuvo la Reina á tu diestra en vestidura de oro, cercada de variedad (Ps. XLIV, 10); que es tanto como decir: Estuvo á tu diestra vestida de perfecto amor, y cercada de variedad de dones y virtudes perfectas (1). Y no dice: Haré yo las guirnaldas solamente, ni harás-las tú tampoco á solas, sino haremos entrambos juntos; porque las virtudes no las puede obrar el alma, ni alcanzarlas á solas sin ayuda de Dios; ni tampoco las obra Dios á solas en el alma sin ella, porque aunque es verdad que todo dado bueno, y todo don perfecto sea de arriba descendido del Padre de las lumbres, como dice Santiago (I, 17), todavía eso mismo no se recibe sin la habilidad y ayuda de el alma que lo recibe. De donde hablando la Esposa en los Cantares con el Esposo, dijo: *Trahe me post te, curremus in odorem*, etc. Que quiere decir: traeme después de tí, correremos (Can. I, 3): de manera, que el movimiento para el bien de Dios ha de venir, según aquí da á entender, solamente; mas el correr no dice que él solo, ni ella sola, sino correremos entrambos, que es el obrar Dios y el alma juntamente. Este versillo se entiende harto propiamente de la Iglesia y de Cristo, en el cual la Iglesia Esposa suya habla con él, diciendo: *Haremos las guirnaldas*. Entendiendo por guirnaldas todas las almas santas engendradas por Cristo en la Iglesia, que cada una de ellas es como una guirnalda arreada de flores de virtudes y dones, y todas ellas juntas son una guirnalda para la cabeza del Esposo Cristo. Y también se puede entender por las hermosas guirnaldas, que por otro nombre se llaman laureolas, hechas también en Cristo y la Iglesia, las cuales son de tres maneras. La primera, de hermosas y blancas flores de todas las Vírgenes, cada una con su laureola de virginidad, y todas ellas juntas serán una laureola, para poner en la cabeza del Esposo Cristo. La segunda laureola de las resplandecientes flores de los Santos Doctores, cada uno con su laureola de Doctor, y todos juntos serán una laureola para sobreponer en la de las Vírgenes en la cabeza de Cristo. La tercera, de los encarnados claveles de los Mártires, cada uno también con su laureola de Mártir, y todos ellos juntos serán una laureola para remate de la laureola del Esposo Cristo, con las cuales tres guirnaldas estará Cristo Esposo tan hermo-seado

(1) *Fulcite*. (Nota marginal del Santo.) Este pensamiento no le desarrolló después.

y gracioso de ver, que se dirá en el Cielo aquello que de él dice la Esposa en los Cantares, y es: Salid, hijas de Sión, y al Rey Salomón mirad con la corona con que le coronó su madre en el día de su desposorio, y en el día de la alegría de su corazón. Haremos, pues, dice estas guirnaldas

En tu amor florecidas.

La flor que tienen las obras y virtudes, es la gracia y virtud que del amor de Dios tienen, sin el cual no solamente no estarían florecidas, pero todas ellas serían secas y sin valor delante de Dios, aunque humanamente fuesen perfectas; pero porque él da su gracia y amor, son las obras florecidas en su amor.

Y en un cabello mío entretejidas.

Este cabello suyo es su voluntad de ella y amor que tiene al Amado, el cual amor tiene y hace el oficio que el hilo en la guirnalda; porque así como el hilo enlaza y ase las flores en la guirnalda, así el amor del alma enlaza y ase las virtudes en el alma, y las sustenta en ellas. Porque como dice San Pablo: es la caridad el vínculo y atadura de la perfección (Col. III, 14). De manera que en este amor de el alma están las virtudes y dones sobrenaturales tan necesariamente asidos, que si quebrase, faltando á Dios, luego se desasirían todas las virtudes, y faltarían de el alma; así como quebrado el hilo en la guirnalda, se caerían las flores. De manera que no basta que Dios nos tenga amor, para darnos virtudes, sino que también nosotros se le tengamos á él, para recibirlas y conservarlas. Dice un cabello sólo, y no muchos cabellos, para dar á entender, que ya su voluntad está sola en él, desasida de todos los demás cabellos, que son los extraños y ajenos amores. En lo cual encaresce bien el valor y precio de estas guirnaldas de virtudes; porque cuando el amor está único y sólido en Dios, cual aquí ella dice, también las virtudes están perfectas y acabadas y florecidas mucho en el amor de Dios; porque entonces es el amor que él tiene al alma inestimable, según el alma da á entender en la siguiente Canción.

CANCIÓN XXII

En sólo aquel cabello
 Que en mi cuello volar consideraste,
 Mirástele en mi cuello,
 Y en él preso quedaste,
 Y en uno de mis ojos te llagaste.

DECLARACIÓN

Tres cosas quiere decir el alma en esta Canción. La primera es, dar á entender que aquel amor, en que están asidas las virtudes, no es otro sino sólo el amor

fuerte; porque á la verdad tal ha de ser para conservarlas. La segunda dice, que Dios se prendó mucho de este su cabello de amor, viéndolo solo y fuerte. La tercera dice, que estrechamente se enamoró Dios de ella, viendo la pureza y entereza de su Fe. Y dice así:

*En sólo aquel cabello
Que en mi cuello volar consideraste.*

El cuello significa la fortaleza, en la cual dice que volaba el cabello del amor, en que están entretajadas las virtudes, que es amor en fortaleza; porque no basta que sea solo para conservar las virtudes, sino que también sea fuerte, para que ningún vicio contrario le pueda por ningún lado de la guirnalda de la perfección quebrar; porque por tal orden están asidas en este cabello del amor de el alma las virtudes, que si en alguna quebrase, luego, como habemos dicho, faltarían todas; porque las virtudes así como donde está una están todas, así también donde una falta faltan todas. Y dice que volaba en el cuello: porque en la fortaleza del alma, que es el cuello del alma, vuela este amor á Dios con gran fortaleza y ligereza, sin detenerse en cosa alguna; y así como en el cuello el aire menea y hace volar al cabello, así también el aire del Espíritu Santo mueve y altera al amor fuerte para que haga velos á Dios; porque sin este divino viento, que mueve las potencias á ejercicio de amor divino, no obran ni hacen sus efectos las virtudes, aunque las haya en el alma. Y en decir, que el Amado consideró en el cuello volar este cabello, da á entender, cuánto ama á Dios el amor fuerte; porque considerar, es mirar muy particularmente con atención y estimación de aquello que se mira; el amor fuerte hace mucho á Dios volver los ojos á mirarle. Y así se sigue (1):

Mirástele en mi cuello.

Lo cual dice para dar á entender el alma, que no sólo preció y estimó Dios este su amor, sino que también le amó, viéndole fuerte; porque mirar Dios, es amar Dios, así como el considerar Dios, es, como habemos dicho, estimar lo que considera. Y vuelve á repetir en este verso el *cuello*, diciendo del cabello: *Mirástele en mi cuello*. Porque, como está dicho, esa es la causa porque le amó mucho, es á saber, verle en fortaleza, y así es, como si dijera: Amástele viéndole fuerte sin pusilanimidad y temor, y sólo sin otro amor, y volar con ligereza y fervor: de donde se sigue, que

Y en él preso quedaste.

(1) «Cuando (está?) flaco (su?) amor no le mira á el cuello.» (Nota marginal del Santo).

¡Oh cosa digna de toda acepción y gozo, quedar Dios preso en un cabello! La causa de esta prisión tan preciosa es el pararse él á mirar, que es, como habemos dicho, amar el nuestro bajo ser; porque si él, por su gran misericordia, no nos mirara y amara primero, como dice San Juan, y se abajara, ninguna presa hiciera en él el vuelo del cabello de nuestro amor bajo; porque no tenía tan alto vuelo que llegase á prender á esta divina Ave de las alturas; mas porque ella se abajó á mirarnos y á provocar nuestro vuelo y levantarle, dando valor á nuestro amor, por eso él mismo se prendó de el cabello en el vuelo, esto es, él mismo se pagó y se agradó, y por eso se prendó; y eso quiere decir: *Mirástele en mi cuello, y en él preso quedaste.*

Y así cosa creíble es, que el ave de bajo vuelo prenda al águila real muy subida, si ella se viene á lo bajo, queriendo ser presa.

Y en uno de mis ojos te llagaste.

Entiéndese aquí por el ojo la Fe, y dice uno sólo y que en él se llagó, porque si la Fe y fidelidad del alma para con Dios no fuese sola, sino que estuviese mezclada con otro algún respecto, ó cumplimiento, no llegaría á efecto de llagar á Dios de amor, y así sólo un ojo ha de ser en que se llaga, como también un solo cabello en que se prenda el Amado. Y es tan estrecho el amor con que el Esposo se prenda de la Esposa en esta fidelidad única que ve en ella, que si en el cabello del amor de ella se prendaba, en el ojo de su Fe aprieta con tanto estrecho nudo la prisión, que le hace llaga de amor, por la gran ternura del afecto con que está aficionado á ella (1). Esto mismo del cabello y del ojo dice el Esposo en los Cantares hablando con la Esposa, diciendo: Llagaste mi corazón, hermana mía, llagaste mi corazón en uno de tus ojos, y en un cabello de tu cuello (Can. IV, 9). En lo cual dos veces repite averle llagado el corazón, es á saber, en el ojo y en el cabello. § Y por eso el alma en la dicha Canción hace relación de estas dos cosas, como agradeciendo al Amado y regradando tan gran merced, y también para gozarse ella y deleitarse en haber sido tan dichosa que haya caído en gracia á su Amado, y así lo atribuye ella todo á él en la Canción siguiente, diciendo: *

CANCIÓN XXIII

Cuando tú me mirabas,
 Su gracia en mí tus ojos imprimían:
 Por eso me adamabas,
 Y en eso merecían
 Los míos adorar lo que en tí vían.

(1) «Lo cual es entrarla más en su amor.» (Nota marginal del Santo). Véase la pág. 328.

DECLARACIÓN

Es propiedad del amor perfecto, no querer admitir ni tomar nada para sí, ni atribuirse á sí nada sino todo al Amado, que esto aun en los amores bajos lo hay, cuanto más en el de Dios, donde tanto obliga la razón. Y por tanto, porque en las dos Canciones pasadas parece se atribuía á sí alguna cosa la Esposa, tal como decir, que haría ella juntamente con el Esposo las guirnaldas, y que se tejerían con el cabello della, lo cual es obra no de poco momento y estima; y después decir y gloriarse, que el Esposo se había prendado en su cabello, y llagado en su ojo, en lo cual también parece atribuirse á sí mesma gran merecimiento, quiere ahora en la presente Canción declarar su intención y deshacer el engaño que en esto se puede entender, con cuidado y temor no se le atribuya á ella algún valor y merecimiento; y por eso se le atribuya á Dios menos de lo que se le debe y ella desea. Atribuyéndolo todo á él y regradándose juntamente, le dice, que la causa de prendarse él de el cabello de su amor, y llagarse del ojo de su Fe, fué por haber él hecho la merced de mirarla con amor, en lo cual la hizo graciosa y agradable á sí mismo; y que por esa gracia y valor que de él recibió, mereció su amor, y tener valor ella en sí, para adorar agradablemente á su Amado y hacer obras dignas de su gracia y amor. Síguese el verso

Cuando tú me mirabas.

Es á saber, con afecto de amor; porque ya dijimos, que el mirar de Dios aquí, es amar.

Su gracia en mi tus ojos imprimian.

Por los ojos de el Esposo entiende aquí su Divinidad misericordiosa, la cual inclinándose al alma con misericordia, imprime é infunde en ella su amor y gracia, con que la hermosea y levanta tanto, que la hace consorte de la mesma Divinidad. Y dice el alma viendo la dignidad y alteza en que Dios la ha puesto,

Por eso me adamabas.

Adamar es amar mucho, es más que amar simplemente, es como amar duplicadamente, esto es, por dos títulos ó causas. Y así en este verso da á entender el alma los dos motivos y causas del amor que él tiene á ella; por los cuales no sólo la amaba prendado en un su cabello, mas que la adamaba llagado en su ojo; y la causa porque él la adamó de esta manera tan estrecha, dice ella en este verso, que era, porque él quiso con mirarla, darla gracia para agradarse de ella, dándole el amor de su cabe-

llo, y formándole con su caridad la Fe de su ojo. Y así dice: *Por eso me amabas*. Porque poner Dios en el alma su gracia, es hacerla digna y capaz de su amor; y así es tanto como decir: porque habías puesto en mí tu gracia, que eran prendas dignas de tu amor, *Por eso me amabas*, esto es, por eso me dabas más gracia. Esto es lo que dice San Juan, que *dat gratiam pro gratia*. Que quiere decir: da gracia por la gracia (Ioan. I, 16), que ha dado, que es dar más gracia; porque sin su gracia no se puede merecer su gracia. Es de notar para inteligencia de esto, que Dios así como no ama cosa fuera de sí, sino es por sí, así á ninguna cosa ama más bajamente que á sí, porque todo lo ama por sí, y el amor tiene la razón del fin: y así no ama las cosas por lo que ellas son en sí: de donde amar Dios al alma, es meterla en cierta manera en sí mismo, igualándola consigo, y así ama al alma en sí consigo con el mismo amor que él se ama; y por eso en cada obra merece el alma amor de Dios, porque puesta en esta gracia y alteza, merece al mismo Dios en cada obra. Y por eso se sigue en estotro verso.

Y en eso merecían.

En ese favor y gracia, que los ojos de tu misericordia me hicieron de levantarme á tu amor, tuvieron valor y merecieron

Los míos adorar lo que en ti vían.

Es tanto como decir, las potencias de mi alma, Esposo mío, merecieron levantarse á mirarte, que antes con la miseria de su baja obra y caudal estaban caídas y bajas; porque poder mirar el alma á Dios, es hacer obras en gracia de Dios; y ya merecían los ojos del alma en el adorar, porque adoraban en gracia de su Dios. Adoraban lo que ya en él vían, alumbrados y levantados con su gracia y favor, lo cual antes no vían, por su ceguera y bajeza. ¿Qué era, pues, lo que ya vían? Vían grandeza de virtudes, abundancia de suavidad, bondad inmensa, amor y misericordia en él, beneficios innumerables que de él había recibido, ahora estando en gracia, ahora cuando no lo estaba, todo esto merecían ya adorar con merecimiento, los ojos del alma, porque ya estaban agradecidos; lo cual antes no sólo no merecían adorallo, ni vello, pero ni aun considerallo: porque es grande la rudeza y ceguera de el alma que está sin gracia.

CANCIÓN XXIV

No quieras despreciarme,
 Que si color moreno en mí hallaste,
 Ya bien puedes mirarme
 Después que me miraste,
 Que gracia y hermosura en mí dejaste.

DECLARACIÓN

Animándose ya la Esposa, y preciándose á sí misma en las prendas y precio que de su Amado tiene, viendo que por ser cosas de él, aunque ella de suyo sea de bajo precio, y no meresca alguna estima, meresce ser estimada por ellas, atrévese á su Amado y dícele: Que ya no la quiera tener en poco, ni despreciarla, porque si antes merescía esto por la fealdad de su culpa, y bajeza de su naturaleza, que ya después que él la miró la primera vez, en que la arreó con su gracia, y vistió de su hermosura, que bien la puede ya mirar la segunda y más veces, aumentándole la gracia y hermosura, pues hay ya razón y causa bastante para ello en haberla mirado cuando no lo merecía, ni tenía partes para ello.

No quieras despreciarme.

§ Como si dijera: pues así es lo dicho, no quieras tenerme ya en poco. *

Que si color moreno en mí hallaste.

Que si antes que me miraras, hallaste en mí fealdad de culpas é imperfecciones, y bajeza de condición natural,

*Ya bien puedes mirarme,
Después que me miraste.*

Después que me miraste, quitando de mí ese color moreno y desgraciado con que no estaba de ver, *Ya bien puedes mirarme* más veces, porque no sólo me quitaste el color moreno mirándome la primera vez, pero también me hiciste más digna de ver: pues que con tu vista de amor

Gracia y hermosura en mí dejaste.

§ Mucho se agrada Dios en el alma á quien ha dado su gracia, porque en ella mora bien agradao (lo cual no hacía antes que se lo diese), y ella está con él engrandecida y honrada, y por eso es amada de él inefablemente, y la va él comunicando siempre en todos los afectos y obras de ella más amor; porque el alma que está subida en amor y honrada acerca de Dios, siempre va alcanzando más amor y honra de Dios, según dice por San Juan (como habemos dicho): *Dat gratiam pro gratia* (I, 16). * Y así lo da á entender Dios hablando con su amigo Jacob por Esaiás, diciendo: *Ex quo honorabilis factus es in oculis meis, et gloriosus, ego dilexi te.* Que quiere decir: después que en mis ojos eres hecho honrado, y glorioso, yo te he amado (XLIII, 4); lo cual es tanto como decir: después que mis ojos te dieron gra-

cia mirándote la primera vez, por la cual te hiciste honrado y glorioso en mi presencia, has merecido más gracia de mercedes mías. Esto da á entender la Esposa á las hijas de Jerusalén en los divinos Cantares, diciendo: *Nigra sunt sed formosa filia Jerusalem, ideo dilexit me rex et introduxit me in cubiculum suum*. Que quiere decir: morena soy, hijas de Jerusalén, pero soy hermosa; por tanto me ha amado el Rey y metido en lo interior de su lecho (I, 4). Lo cual es tanto como si dijera: hijas de Jerusalén, no os maravilléis porque el Rey celestial me haya hecho tan grandes mercedes, en meterme en lo interior de su lecho, porque aunque soy morena de mí, § por lo cual no las merecía, ya soy hecha hermosa de él, por haberme él mirado, y por eso me ha amado * (1).

Bien puedes ya, Dios mío, mirar y preciar mucho al alma que ya una vez miraste, pues con tu vista primera la dejaste prendas con que ya no una sola vez, sino muchas, meresce ser vista de tus divinos ojos; porque como se dice en el libro de Ester: *Hoc honore condignus est quemcumque rex voluerit honorare* (VI, 11).

CANCIÓN XXV

Cogednos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña,
En tanto que de rosas
Hacemos una piña,
Y no parezca nadie en la montiña.

DECLARACIÓN

§ Viendo la Esposa las virtudes de su alma puestas ya en el punto de su perfección, en que está ya gozando el deleite y suavidad y fragancia de ellas (así como se goza la vista y olor de las plantas cuando están bien florecidas) deseando ella continuar esta suavidad y que no haya cosa que pueda impedírselo, pide en esta Canción á los Angeles y ministros de Dios que entiendan en apartar de ella todas aquellas cosas que pueden derribar y ajar la dicha flor y fragancia de sus virtudes, como son todas las turbaciones, tentaciones, desasosiegos, apetitos, *si algunos quedan*, imaginaciones y otros movimientos naturales y espirituales, que aquí pone nombre de raposas, que suelen impedir al alma la flor de la paz y quietud, y suavidad interior, al tiempo que más á su sabor la está gozando el alma en sus virtudes junto con su Amado; porque suele el alma á veces ver en su espíritu todas las virtudes que Dios la ha dado (obrando él en ella esta luz) *, y ella entonces con admirable deleite y sabor de amor las junta todas, y las ofresce al Amado como una

(1) «*Omni habenti dabitur*». (Nota marginal del Santo.) Véase la página 335.

piña de flores (1), en lo cual recibíendolas el Amado, entonces, como á la verdad las rescibe, rescibe en ello gran servicio; porque el alma se ofresce juntamente con las virtudes, que es el mayor servicio que ella le puede hacer; y así es uno de los mayores deleites, que en el trato con Dios suele recibir, éste que recibe en esta manera de don que al Amado hace. § Y así deseando ella que no le impida cosa este deleite interior que es la viña florida, desea le quiten no sólo las cosas dichas, mas que también haya gran soledad de todas las cosas, de manera, que en todas las potencias y apetitos interiores y exteriores no haya forma ni imagen ni otra cosa que parezca y se represente delante del alma y del Amado, que en soledad y unión de entrambos están haciendo y gozando esta piña. *

*Cogednos las raposas,
Que está ya florecida nuestra viña.*

La viña es el plantel que está en el alma de todas las virtudes que dan al alma vino de dulce sabor. Esta viña del alma está florida cuando según la voluntad está unida con el Esposo, y en el mismo Esposo está gozando y deleitándose en todas estas virtudes juntas; y á este tiempo suelen algunas veces acudir á la memoria, y fantasía muchas y varias formas é imaginaciones; y en la parte sensitiva muchos y varios movimientos y apetitos, § que (como habemos dicho) con su mucha sutileza y viveza molestan y desquietan á la alma de la suavidad y quietud interior de que goza. Y allende de esto, los demonios, que tienen mucha envidia de la paz y recogimiento interior, suelen ingerir en el espíritu horrores y turbaciones y temores, á todas las cuales cosas llama aquí raposas, porque así como las ligeras y astutas raposillas con sus sutiles saltos suelen derribar y extragar la flor de las viñas al tiempo que están floridas, así los astutos y maliciosos demonios, con estas turbaciones y movimientos ya dichos, saltando turban la devoción de las almas santas.

Esto mismo pide la Esposa en los Cantares, diciendo: *Capite nobis vulpes parvulas, quæ demoliuntur vineas: nam vinea nostra floruit.* Que quiere decir: cazadnos las raposas pequeñuelas, que extragan las viñas, porque nuestra viña está florecida (II, 15). Y no sólo por eso quiere aquí el alma que se las cacen, sino también porque haya lugar para lo que dice en los dos versos siguientes. Es á saber: * (2)

*En tanto que de rosas
Hacemos una piña.*

Porque á esta sazón que el alma está gozando la flor de esta viña y deleitándose en el pecho de su Amado, acaece así, que las virtudes del alma se ponen todas en

(1) «Estando más (crecido ?) el amor se hace más (grande ?) piña.» (N. del S.)

(2) «Por qué dice la flor de la viña y no el fruto.» (Nota marginal del Santo.) (Página 251.)

pronto y claro (como habemos dicho) y en su punto, mostrándose á la alma y dándole de sí gran suavidad y deleite. Las cuales siente el alma estar en sí mesma y en Dios, de manera que la parecen ser una viña muy florida y agradable de ella y de él, en que ambos se apacientan y deleitan. Y entonces el alma junta todas estas virtudes, haciendo actos muy sabrosos de amor en cada una de ellas y en todas juntas; y así juntas las ofrece ella al Amado con gran ternura de amor y suavidad. A lo cual la ayuda el mismo Amado, porque sin su favor y ayuda no podría ella hacer esta junta y oferta de virtudes á su Amado, que por eso dice hacemos una piña, es á saber, el Amado y yo.

Y llama piña á esta junta de virtudes, porque así como la piña es una pieza fuerte, y en sí contiene muchas piezas fuertes y fuertemente abrazadas, que son los piñones; así esta piña de virtudes que hace el alma para su Amado, es una sola pieza de perfección de el alma, la cual fuerte y ordenadamente abraza y contiene en sí muchas perfecciones y virtudes muy fuertes y dones muy ricos, porque todas las perfecciones y virtudes y dones se ordenan y convienen en una sólida perfección de el alma; la cual, en tanto que está haciéndose por el ejercicio de las virtudes, y ya hecha se está ofreciendo de parte de el alma al Amado en el espíritu de amor que vamos diciendo, conviene que se cacen las dichas raposas porque no impidan la tal comunicación interior de los dos. Y no sólo pide esto la Esposa en esta Canción para poder hacer bien la piña, mas también quiere lo que se sigue en el verso siguiente. Es á saber:

Y no parezca nadie en la montilla.

Porque para este divino ejercicio interior, es también necesaria soledad y ajenación de todas las cosas que se podrían ofrescer al alma, ahora de parte de la porción inferior que es la sensitiva del hombre, ahora de parte de la porción superior que es la racional: las cuales dos porciones son en que se encierra toda la armonía de potencias y sentidos de todo el hombre; á la cual armonía llama aquí *montiña*. Y dice que en esta no parezca nadie, es á saber, ningún objeto perteneciente á alguna de estas potencias ó sentidos que habemos dicho; y así es como si dijera: en todas las potencias espirituales, como son entendimiento, memoria y voluntad, no haya otras consideraciones ni otros afectos, ni otras digresiones; y en todos los sentidos y potencias corporales, como son imaginativa y fantasía, y los cinco sentidos exteriores no haya otras formas, imágenes ó figuras de algunos objetos y operaciones naturales. Esto dice aquí el alma, por cuanto en esta sazón de comunicación con Dios conviene que todos los sentidos, así interiores como exteriores, estén desocupados y vacíos, porque en tal caso cuanto ellos más se ponen en obra, tanto más estorban, porque en llegando el alma á la unión interior de Dios, ya no obran en esto las potencias espirituales, y menos las corporales, por cuanto está ya hecha la obra de unión de amor, y así acabaron de obrar: porque llegando

al término cesan todas las operaciones de los medios. Y así lo que el alma entonces hace en el Amado es estar en ejercicio sabroso de lo que ya está en ella hecho, que es amar en continuación de unión de amor. No parezca, pues, nadie en la montaña, sola la voluntad esté asistiendo, en entrega de sí, y de todas las virtudes al Amado en la dicha manera.

CANCIÓN XXVI

Detente, Cierzo muerto,
 Ven, Austro, que recuerdas los amores,
 Aspira por mi huerto,
 Y corran sus olores,
 Y pacerá el Amado entre las flores.

DECLARACIÓN

Allende de lo dicho, podría también la sequedad de espíritu ser causa de apagar en el alma Esposa el jugo y suavidad interior, de que arriba ha hablado; y temiendo ella esto, hace dos cosas en esta Canción. La primera es, cerrar la puerta á la sequedad espiritual, teniendo cuidado en no descuidarse en la devoción, para dejarla entrar. La segunda cosa que hace es, invocar al Espíritu Santo, sustentándose en oración, para que no sólo por ella se detenga afuera la sequedad, mas también sea causa, para que se aumente por ella la devoción, y ponga el alma las virtudes en ejercicio interior, todo á fin de que su Amado se goce y deleite más en ellas.

Detente, Cierzo muerto. (1)

El cierzo es un viento frío y seco, y marchita las flores; y porque la sequedad espiritual hace ese mismo efecto en el alma, donde mora, la llama *cierzo*, y *muerto*, porque apaga y mata la suavidad y jugo espiritual. Por el efecto que hace, la llama *cierzo muerto*; § y deseando la Esposa conservarse en la suavidad de su amor, dice á la sequedad que se detenga. Lo cual se ha de entender, que este dicho es cuidado de obras que la detengan, conservando y guardando el alma de las ocasiones. *

Ven, Austro, que recuerdas los amores.

El Austro es otro viento, que vulgarmente se llama Ábrego; éste es aire apacible, causa lluvias, y hace germinar las yerbas y plantas, y abrir las flores, y derramar su

(1) «La causa de esta sequedad, es no poder ya (obrar el?) alma con sus potencias, hasta que las mueve el Amado poniéndolas en ejercicio actual.» (Nota marginal del Santo.)

olor; tiene los efectos contrarios al cierzo. Y así por este aire entiende aquí el alma al Espíritu Santo, el cual dice que recuerda los amores; porque cuando este divino aire embiste en el alma, de tal manera la inflama toda, y regala y aviva y recuerda la voluntad, y levanta los apetitos, que antes estaban caídos y dormidos, al amor de Dios, que se puede bien decir, *que recuerdas los amores del y della* (pág. 255).

Aspira por mi huerto.

§ Ya hemos dicho, que el alma de la Esposa es la viña florecida en virtudes, y ahora la llama aquí también huerto, donde están plantadas las flores de perfecciones y virtudes que hemos dicho. * Y es aquí de notar, que no dice la Esposa aspira en mi huerto, sino por mi huerto; porque es mucha la diferencia que hay de aspirar Dios en el alma á aspirar Dios por el alma; porque aspirar en el alma, es infundir en ella gracia, dones, y virtudes; y aspirar por el alma, es hacer Dios toque en las virtudes y perfecciones que ya le son dadas al alma, renovándolas y moviéndolas de suerte, que den de sí admirable fragancia y suavidad; bien así como cuando menean las especias aromáticas que, al tiempo que se hace aquella moción, derraman el abundancia de su olor, el cual antes no era tal ni se sentía en tanto grado; porque las virtudes que el alma tiene en sí adquiridas no siempre las está ella sintiendo y gozando actualmente; porque, como hemos dicho, en esta vida están en el alma como flores cerradas en cogollo, ó como especias aromáticas cubiertas, cuyo olor no se siente hasta que las descubren y inueven, como hemos dicho. Pero algunas veces hace Dios talés mercedes al alma Esposa, que aspirando con su espíritu divino por este florido huerto de ella, abre todos estos cogollos de virtudes, y descubre estas especias aromáticas de dones y perfecciones y riquezas del alma, y abriendo el tesoro y caudal interior, descubre toda la hermosura de ella; y entonces es cosa admirable de ver y suave de sentir las riquezas de los dones que se descubren á la alma, y la hermosura de estas flores de virtudes, ya todas abiertas, y darle cada una de sí el olor de suavidad que le pertenesce: y esto llama correr sus olores, cuando dice en el verso siguiente:

Y corran sus olores.

Los cuales son en tanta abundancia algunas veces, que al alma le parece estar vestida de deleites, y bañada en gloria inestimable, tanto, que no sólo ella lo siente de dentro, pero aun suele redundar tanto de fuera, que lo conocen los que saben advertir, y les parece estar la tal alma como un deleitoso jardín, lleno de deleites y riquezas de Dios; y no sólo cuando estas flores están abiertas se echa de ver esto en estas santas almas, pero ordinariamente traen en sí un no sé qué de grandeza y dignidad, que causa detenimiento y respeto á los demás, por el efecto sobrenatural que se difunde en el sujeto de la próxima y familiar comunicación con Dios; cual se

escribe en el Exodo de Moisés, que no podían mirar en su rostro, por la gloria y honra que quedaba en su persona, por haber tratado cara á cara con Dios. (Exod. XXXIV, 30).

En este aspirar del Espíritu Santo, por el alma, que es visitación suya en amor á ella, se comunica en alta manera el Esposo Hijo de Dios á ella: que por eso envía su espíritu primero como á los Apóstoles, que es su aposentador, para que le prepare la posada de el alma Esposa, levantándola en deleite, poniéndole el huerto agesto, abriendo sus flores, descubriendo sus dones, arreándola de la tapicería de sus gracias, y riquezas; y así con grande deseo desea el alma Esposa todo esto, es á saber, que se vaya el cierzo, que venga el austro, que aspire por el huerto; porque en esto gana el alma muchas cosas juntas: porque gana el gozar las virtudes puestas en el punto de sabroso ejercicio, como habemos dicho; gana el gozar al Amado en ellas, pues mediante ellas, como acabamos de decir, más subidamente se comunica á ella y haciéndole más particular merced que antes; y gana que el Amado mucho más se deleita en ella por este ejercicio de virtudes, que es de lo que ella más gusta, es á saber, que guste su Amado; y gana también la continuación y duración de el tal sabor y suavidad de virtudes, la cual dura en el alma todo el tiempo que el Amado asiste allí en la tal manera, estándole dando la Esposa suavidad en sus virtudes, según en los Cánticos ella dice en esta manera: *Dum esset Rex in accubitu suo, nardus mea dedit odorem suavitotis*. Y es como si dijera: en tanto que estaba reclinado el Rey en su reclinatorio, que es mi alma, él mi arbolico oloroso dió olor de suavidad (Can. I, 11). § Entiendo aquí por arbolico oloroso, que consta de muchas flores, el plantel de muchas virtudes que arriba se dijo estar en el alma, que allí llamó viña florida, ó la piña de flores que después dijo: y así este arbolico da la suavidad de olor á Dios y al alma, en tanto que él mora por sustancial comunicación en ella; * y por tanto, mucho es de desear, que este aire de el Espíritu Santo pida cada alma aspire por su huerto, y que corran sus divinos olores. Y por ser esto tan necesario, y de tanto bien y gloria para el ánima, la Esposa lo deseó en los Cantares, y lo pidió, diciendo: *Surge Aquilo, et veni Auster, perfla hortum meum, et fluant aromata illius*; § y es todo lo que habemos dicho en esta Canción hasta aquí, y quiere decir: Levántate, Cierzo, y vete, y tú Ábrego, viento suave y provechoso, ven y corre y aspira por mi huerto; y correrán sus olorosas y preciosas especias * (Can. IV, 16). Y esto todo lo desea el alma, no por el deleite y gloria que de ello se le sigue, sino por lo que en esto sabe que se deleita su Esposo, y que esto es disposición y preñuncio en ella, para que su Esposo Amado el Hijo de Dios venga á deleitarse en ella que por eso dice luego:

Y pacerá el Amado entre las flores.

Significa el alma este deleite que el Hijo de Dios tiene en ella en esta sazón por nombre de pasto, que muy más al propio lo da á entender, por ser el pasto, ó comida

cosa que no sólo da gusto, pero aun sustenta, y así el Hijo de Dios se deleita en el alma, en estos deleites de ella, y se sustenta en ella, esto es, persevera en ella, como en lugar donde grandemente se deleita; porque el lugar se deleita de veras en él; y eso entiendo que es lo que él mismo quiso decir por la boca de Salomón en los Proverbios, diciendo: Mis deleites son con los hijos de los hombres (Prov. VIII, 31); es á saber, cuando sus deleites son estar conmigo, que soy el Hijo de Dios. Y es de notar, que no dice que pacerá las flores, sino entre las flores; porque la comunicación suya, y deleite del Esposo es en el alma, mediante el arreo de las virtudes ya dicho, y lo que pacer es la misma alma transformándola en sí, sazónada ya y guisada y salada con las flores de virtudes y dones y perfecciones, que son la salsa con qué y entre qué la pace, las cuales, por medio del Aposentador ya dicho, están dando á Dios con el alma sabor y suavidad, y esta es la condición de el Esposo, pascer al alma entre la fragancia de estas flores. Y así también la Esposa en los Cantares, como quien tan bien sabe la condición del Esposo, dice ella por estas palabras: *Dilectus meus descendit in hortum suum ad areolam aromatum, ut pascatur in hortis, et lilia colligat.* Que quiere decir: Mi Amado descendió á su huerto á la erica y aire de las especias aromáticas olorosas, para apacentarse en los huertos y coger lirios para sí (Can. VI, 1); y luego dice: Yo para mi Amado, y mi Amado para mí, que se apacienta entre los lirios, es á saber, que se deleita en mi alma que es el huerto, entre los lirios de mis virtudes y perfecciones y gracias.

CANCIÓN XXVII

Entrado se há la Esposa
 En el ameno huerto deseado,
 Y á su sabor reposa,
 El cuello reclinado
 Sobre los dulces brazos del Amado.

DECLARACIÓN

Habiendo ya el alma puesto diligencia en que las raposas se cazasen, y el Cierzo se fuese, que eran estorbos é inconvenientes que impedían el acabado deleite de el estado del matrimonio espiritual; y también habiendo invocado y alcanzado el aire del Espíritu Santo, como en las dos precedentes Canciones ha hecho, el cual es propia disposición é instrumento para la perfección de el tal estado, resta ahora tratar de él en esta Canción, en la cual habla el Esposo llamando ya Esposa la alma, y dice dos cosas. La una es decir, como ya después de haber salido victoriosa, ha llegado á este estado deleitoso del matrimonio espiritual que él y ella tanto habían deseado. Y la segunda, es contar las propiedades del dicho estado, de las cuales el alma goza

ya en él, como son, reposar á su sabor, y tener el cuello reclinado sobre los dulces brazos del Amado, según ahora iremos declarando.

Entrado se há la Esposa.

Para declarar el orden de estas Canciones más abiertamente, y dar á entender el que ordinariamente lleva el alma hasta venir á este estado de matrimonio espiritual, que es el más alto de que ahora, con ayuda de Dios, habemos de hablar, al cual ha venido ya el alma, es de notar, que primero se ejercitó en los trabajos y amarguras de la mortificación y *en la meditación* (pág. 278), que al principio dijo el alma desde la primera Canción hasta aquella que dice: *Mil gracias derramando*. Y después pasó por las penas y estrechos de amor, que en el suceso de las Canciones ha ido contando, hasta la que dice: *Apártalos Amado*. Y allende de esto, después cuenta haber recibido grandes comunicaciones y muchas visitas de su Amado, § en que se ha ido perfeccionando y enterando en el amor de él, tanto, que pasando de todas las cosas y de sí misma, se entregó á él por unión de amor en desposorio espiritual, en que, como ya desposada, ha recibido de el Esposo grandes dones y joyas, como ha cantado desde la Canción donde se hizo este divino desposorio, que dice: *Apártalos Amado* (1), hasta esta de ahora que comienza: *Entrado se há la Esposa*. Donde restaba ya hacer el *Esposo mención del dicho* matrimonio espiritual entre la dicha alma y el Hijo de Dios Esposo suyo, el cual es mucho más que el desposorio; porque es una transformación total en el Amado, en que se entregan ambas las partes por total posesión de la una á la otra con consumada unión de amor, cual se puede en esta vida, en que está el alma hecha divina y Dios por participación, en cuanto se puede en esta vida, y así es el más alto estado á que en esta vida se puede llegar (2); porque así como en la consumación del matrimonio carnal son dos en una carne, como dice la divina Escritura (Gen. II, 24), así también consumado este espiritual matrimonio entre Dios y el alma, son dos naturalezas en un espíritu y amor de Dios; bien así como cuando la luz de la estrella ó de la candela se junta y une con el Sol, y ya el que luce no es la estrella ni la candela, sino el Sol, teniendo en sí difundidas las otras luces. Y de este estado habla en el presente verso el Esposo, diciendo: *Entrado se há la Esposa*. Es á saber, de todo lo temporal y de todo lo natural y de todas las afecciones y modos y maneras espirituales dejadas aparte y olvidadas

(1) En este lugar tiene el manuscrito una adición en la margen superior; mas desgraciadamente el encuadernador cortó el primer renglón. Por eso no se ha podido enlazar con el texto. Dice así lo que ha quedado: «Desposorio espiritual, de cuyas propiedades ha ido cantando hasta aquí, donde el Esposo hace mención de él; y por eso se trata aquí de sus propiedades en esta».

(2) «Y así pienso que este estado nunca es sin la confirmación en gracia; porque se confirma la fe de ambas partes, confirmándose aquí la de (ella en ?) Dios». (Nota marginal del Santo). Véase la pág. 278. Las palabras que, tanto aquí como en otras partes, se ponen entre paréntesis y con signo interrogativo, se suplen conjeturalmente á causa de haberlas cortado al encuadernar el manuscrito.

todas las tentaciones, turbaciones, penas, solicitud y cuidados, trasformada en este alto abrazo: por lo cual se sigue el verso siguiente, es á saber:

En el ameno huerto deseado.

Y es como si dijera: trasformádose há en su Dios, que es el que aquí llama *huerto ameno*, por el deleitoso y suave asiento que halla el alma en él. A este *huerto* de llena trasformación (el cual es ya gozo y deleite, y gloria de matrimonio espiritual) no se viene sin pasar primero por el desposorio, y por el amor leal y común de desposados; porque después de haber sido el alma algún tiempo Esposa en entero y suave amor con el Hijo de Dios, después la llama Dios, y la mete en este *huerto* suyo florido á consumir este estado felicísimo del matrimonio consigo, en que se hace tal junta de las dos naturalezas, y tal comunicación de la divina á la humana, que no mudando alguna de ellas su ser, cada una parece Dios; aunque en esta vida no puede ser perfectamente; aunque es sobre todo lo que se puede decir y pensar. Esto da muy bien á entender el mismo Esposo en los Cantares, donde convida al alma, hecha ya Esposa, á este estado, diciendo: *Veni in hortum meum soror mea Sponsa, messui mirram meam cum unguibus meis*. Que quiere decir: ven y entra en mi huerto, hermana mía Esposa, que ya he segado mi mirra con mis olorosas especias (Can. V, 1). Llámala hermana y Esposa porque ya lo era en el amor y entrega que le había hecho de sí, antes que la llamase á este estado de espiritual matrimonio, donde dije que tiene ya segada su olorosa mirra y especias aromáticas, que son los frutos de las flores ya maduros y aparejados para el alma, los cuales son los deleites y grandezas que en este estado de sí la comunica, esto es, en sí mismo á ella, y por eso él es ameno y deseado huerto para ella, porque todo el deseo y fin de la alma y de Dios en todas las obras de ella, es la consumación y perfección de este estado, por lo cual nunca descansa el alma hasta llegar á él; porque halla en este estado mucha más abundancia y henchimiento de Dios, y más segura y estable paz, y más perfecta suavidad sin comparación que en el desposorio espiritual, bien así como ya colocada en los brazos de tal Esposo (1). Porque de esta tal alma se entiende lo que dice San Pablo á los de Galacia, diciendo: *Vivo autem, iam non ego, vivit verò in me Christus*. Vivo, ya no yo; pero vive en mí Cristo (Gal. II, 20). Por tanto, viviendo el alma vida tan feliz y dichosa, como es vida de Dios, considere cada uno, si puede, qué vida será esta del ánima, en la cual, así como Dios no puede sentir algún sinsabor, ella tampoco le siente, mas goza y siente deleite y gloria de Dios en la sustancia de la alma ya trasformada en él. Y por eso se sigue:

(1) «Ordinario abrazo en (Dios ?)». (Nota marginal del Santo.) Véase la página 280.

*Y á su sabor reposa
El cuello reclinado (1).*

El *cuello*, como arriba queda dicho, denota la fortaleza, que es con la que el alma trabaja y obra las virtudes y vence los vicios; y así es justo que el alma repose y descanse en aquello que trabajó, y recline su cuello

Sobre los dulces brazos del Amado.

Reclinar el cuello en los brazos de Dios, es tener ya unida su fortaleza, ó por mejor decir, su flaqueza, en la fortaleza de Dios; porque los brazos de Dios significan la fortaleza de Dios, en que reclinada y trasformada nuestra flaqueza, tiene ya fortaleza del mismo Dios: de donde muy cómodamente se denota este estado del matrimonio espiritual por esta reclinación del cuello en los dulces brazos del Amado; porque ya Dios es la fortaleza y dulzura de el alma, en que está guarecida y amparada de todos los males, y saboreada en todos los bienes. Por tanto la Esposa en los Cantares, deseando este estado dijo al Esposo: *Quis det te mihi fratrem meum sugentem ubera matris meæ, ut inveniam te solum foris, et deosculer te, et iam me nemo despiciat?* Como si dijera: quién te me diese, hermano mío, que mamases los pechos de mi madre, de manera que te hallase yo solo afuera y te besase, y ya no me despreciase nadie? (Can. VIII, 1.) En llamarle hermano, da á entender la igualdad que hay en el desposorio de amor entre los dos antes de llegar á este estado. En lo que dice que mamases los pechos de mi madre, quiere decir, que enjugases y apagases en mí los apetitos y pasiones, que son los pechos y leche de la madre Eva en nuestra carne, los cuales son impedimento para este estado; y así esto hecho, te hallase yo solo á fuera, esto es, fuera yo de todas las cosas, y de mí mesma en soledad y desnudez de espíritu, lo cual viene á ser enjugados los apetitos ya dichos, y allí te besase sola á tí solo, es á saber, se uniese mi naturaleza, ya sola y desnuda de toda impureza temporal, natural y espiritual contigo solo, con tu sola naturaleza, sin otro algún medio, lo cual sólo es en el matrimonio espiritual, que es el beso de el alma á Dios, donde no la desprecia, ni se le atreve ninguno; porque en este estado, ni demonio, ni carne, ni mundo, ni apetitos molestan. Porque aquí se cumple lo que también se dice en los Cánticos: *Iam enim hyems transiit, imber abiit et recessit, flores apparuerunt*, etc. Que quiere decir: ya pasó el invierno, y se fué la lluvia, y parecieron las flores en nuestra tierra (II, 11).

(1) «Porque mediante la fortaleza, que ya aquí el alma tiene, se hace esta unión que no se puede recibir (tan ?) estrecho abrazo sino el alma fuerte» (Nota marginal del Sauto.) Véase la página 280.

CANCIÓN XXVIII

Debajo del manzano,
 Allí conmigo fuiste desposada,
 Allí te dí la mano,
 Y fuiste reparada
 Donde tu madre fuera violada.

DECLARACIÓN

En este alto estado del matrimonio espiritual con gran facilidad y frecuencia descubre el Esposo al alma sus maravillosos secretos, y la da parte de sus obras; porque el verdadero y entero amor no sabe tener nada encubierto, y mayormente la comunica dulces misterios de su Encarnación, y modo y manera de la redención humana, que es una de las más altas obras de Dios, y así más sabrosa para el alma, § y así el Esposo hace esto en esta Canción, en que se denota cómo con grande sabor de amor descubre al alma interiormente los dichos misterios. Y así hablando con ella, la dice, cómo fué por medio del árbol de la † desposada con él dándola él en esto el favor de su misericordia, queriendo morir por ella, y haciéndola hermosa en esta manera; pues la reparó y redimió por el mismo medio que la naturaleza humana fué estragada, por medio del árbol del Paraíso, en la madre primera que es Eva, y así dice: *

Debajo del manzano.

Entendiendo por el *manzano* el árbol de la † donde el Hijo de Dios redimió, y por consiguiente se desposó con la naturaleza humana, y consiguientemente con cada alma, dándola él gracia y prendas para ello, por los merecimientos de su Pasión. Y así le dice:

*Alli conmigo fuiste desposada,
 Alli te di la mano.*

Conviene á saber, de mi favor y ayuda, levantándote de tu miserable y bajo estado en mi compañía y desposorio.

*Y fuiste reparada,
 Donde tu madre fuera violada.*

Porque tu madre la naturaleza humana fué violada en tus primeros Padres debajo del árbol, y tú allí también debajo del árbol de la † fuiste reparada (Can. VIII, 5); de manera que si tu madre debajo del árbol te causó la muerte, yo

debajo del árbol de la † te dí la vida, y á este modo la va Dios descubriendo las ordenaciones y dispusiciones de su Sabiduría, como sabe él tan sabia y hermosamente sacar de los males bienes, y aquello que fué causa de mal, ordenallo á mayor bien. Lo que en esta Canción se contiene á la letra, dice el mismo Esposo á la Esposa en los Cantares, diciendo: *Sub arbore malo suscitavi te, ibi corrupta est mater tua, ibi violata est genitrix tua.* Que quiere decir: debajo del manzano te levanté; allí fué tu madre estragada, y allí la que te engendró fué violada (VIII, 5).

CANCIONES XXIX Y XXX

A las aves ligeras,
 Leones, ciervos, gamos saltadores,
 Montes, valles, riberas,
 Aguas, aires, ardores
 Y miedos de las noches veladores.
 Por las amenas liras,
 Y canto de Serenas os conjuro,
 Que cesen vuestras iras,
 Y no toquéis al muro,
 Porque la Esposa duerma más seguro.

DECLARACIÓN

§ Prosigue el Esposo y da á entender en estas dos Canciones, cómo por medio de las amenas liras, que aquí significan la suavidad de que goza ordinariamente en este estado, y también por el canto de serenas, que significa el deleite que en el alma siempre tiene, acaba de poner fin y remate á todas las operaciones y pasiones del alma, que antes la eran algún impedimento y sinsabor para el pacífico gusto y suavidad, las cuales dice aquí que son las digresiones de la fantasía imaginativa; las cuales conjura que cesen y también pone en razón á las dos potencias naturales, que son irascible y concupiscible que antes algún tanto la afligían. Y también por medio de estas liras y canto da á entender, como en este estado se ponen en perfección y medio de obra, según se puede en esta vida, las tres potencias del alma, que son: entendimiento, voluntad y memoria, y también se contiene cómo las cuatro pasiones de la ánima, que son: dolor, esperanza, gozo y temor, se mitigan y ponen en razón por medio de la satisfacción que el alma tiene, significada por las amenas liras, y canto de serenas, como luego diremos. Todos los cuales inconvenientes quiere Dios que cesen; porque el alma más á gusto y sin ninguna interpolación goce de el deleite, paz y suavidad de esta unión. *

A las aves ligeras.

Llama *aves ligeras* á las digresiones de la imaginativa, que son ligeras y sutiles en volar á una parte y á otra, las cuales, cuando la voluntad está gozando en quietud de la comunicación sabrosa de el Amado, suelen hacerle sinsabor y apagalle el gusto con sus vuelos sutiles; á las cuales dice el Esposo, que las conjura por las amenas liras, etc., esto es, que pues ya la suavidad y deleite de el alma es tan abundante y frecuente y fuerte, que ellas no lo podían impedir, como antes solían, por no haber llegado á tanto, que cesen sus inquietos vuelos, ímpetus y excesos; lo cual se ha de entender así en las demás partes que tenemos de declarar aquí, como son:

Leones, ciervos, gamos saltadores.

Por los *leones* se entiende las acrimonías é ímpetus de la potencia irascible; porque esta potencia es osada y atrevida en sus actos, como los leones. Por los *ciervos* y los *gamos saltadores*, entiende la otra potencia de el ánima que es concupiscible, que es la potencia de apetecer, la cual tiene dos efectos: el uno es de cobardía y el otro de osadía. Los efectos de cobardía ejercita cuando las cosas no las halla para sí convenientes; porque entonces se retira, encoge y acobarda, y en estos efectos es comparada á los ciervos; porque así como tienen esta potencia concupiscible más intensa que otros muchos animales, así son muy cobardes y encogidos. Los efectos de osadía ejercita cuando halla las cosas convenientes para sí, porque entonces no se encoge y acobarda, sino atrevese á apetecerlas y admitirlas con los deseos y afectos. Y en estos efectos de osadía es comparada esta potencia á los gamos, los cuales tienen tanta concupiscencia en lo que apetescen, que no sólo á ello van corriendo, mas aun saltando, por lo cual aquí los llama saltadores. De manera, que en conjurar los leones, pone rienda á los ímpetus y excesos de la ira, y en conjurar los ciervos, fortalece la concupiscencia en las cobardías y pusilanimidades que antes la encogían; y en conjurar los gamos saltadores, la satisface y apacigua los deseos y apetitos que antes andaban inquietos, saltando como gamos de uno en otro, por satisfacer á la concupiscencia, la cual está ya satisfecha, por las amenas liras, de cuya suavidad goza, y por el canto de serenitas, en cuyo deleite se apacienta. Y es de notar, que no conjura el Esposo aquí á la ira y concupiscencia, porque estas potencias nunca en el alma faltan, sino á los molestos y desordenados actos de ellas, significados por los leones, ciervos y gamos saltadores; porque éstos en este estado es necesario que falten.

Montes, valles y riberas.

Por estos tres nombres se denotan los actos viciosos y desordenados de las tres potencias del alma, que son: memoria, entendimiento y voluntad; los cuales actos

son desordenados y viciosos cuando son en extremo altos y cuando son en extremo bajos y remisos, ó aunque no lo sean en extremo, cuando declinan hacia alguno de los dos extremos; y así por los *montes*, que son muy altos, son significados los actos extremados en demasía desordenada. Por los *valles*, que son muy bajos, se significan los actos de estas tres potencias, extremados en menos de lo que conviene. Y por las *riberas*, que ni son muy altas ni muy bajas, sino que por no ser llanas participan algo del un extremo, y del otro, son significados los actos de las potencias cuando exceden ó faltan en algo del medio y llano de lo justo; los cuales, aunque no son extremadamente desordenados, que sería llegando á pecado mortal, todavía lo son en parte; ahora en venial, ahora en imperfección, por mínima que sea en el entendimiento, memoria y voluntad. A todos estos actos excesivos de lo justo conjura también, que cesen por las amenas liras y canto dicho; las cuales tienen puestas á las tres potencias de el alma tan en su punto de efecto, que están tan empleadas en la justa operación que las pertenesce, que no sólo no en extremo, pero ni en parte de él participan alguna cosa. Síguense los demás versos.

*Aguas, aires, ardores,
Y miedos de las noches veladores.*

También por estas cuatro cosas entiende las afecciones de las cuatro pasiones, que, como dijimos, son dolor, esperanza, gozo y temor. Por las *aguas* se entienden las afecciones del dolor que afligen al ánima: porque así como agua se entran en el alma, de donde David dice á Dios, hablando de ellas; *Salvum me fac Deus, quoniam intraverunt aquæ usque ad animam meam*. Esto es: sálvame, Dios mío, porque han entrado las aguas hasta mi alma (Ps. LXVIII, 1). Por los *aires* se entienden las afecciones de la esperanza; porque así como aire vuelan á desear lo ausente que se espera. De donde también dice David: *Os meum aperui, et attraxi spiritum, quia mandata tua desiderabam*. Como si dijera: abrí la boca de mi esperanza, y atraje el aire de mi deseo (Ps. CXVIII, 131), porque esperaba y deseaba tus mandamientos. Por los *ardores* se entienden las afecciones de la pasión del gozo, las cuales inflaman el corazón á manera de fuego. Por lo cual el mismo David dice: *Concaluit cor meum intra me, et in meditatione mea exardescet ignis*. Que quiere decir: dentro de mí se callentó mi corazón, y en mi meditación se encenderá fuego (Ps. XXXVIII, 4); que es tanto como decir, en mi meditación se encenderá el gozo. Por los *miedos de las noches veladores* se entienden las afecciones de la otra pasión, que es el temor, las cuales en los espirituales que aún no han llegado á este estado de el matrimonio espiritual, de que vamos hablando, suelen ser muy grandes; á veces de parte de Dios, al tiempo que les quiere hacer algunas mercedes, como habemos dicho arriba, que les suele hacer temor al espíritu y pavor, y también encogimiento á la carne y sentidos, por no tener ellos fortalecido y perficionado el natural, y habituado á

aquellas mercedes de Dios; á veces también de parte del demonio, el cual al tiempo que Dios da al alma recogimiento y suavidad en sí, teniendo él grande envidia y pesar de aquel bien y paz de el alma, procura poner horror y temor en el espíritu por impedirla aquel bien; y á veces como amenazándola allá en el espíritu, y cuando ve que no puede llegar á lo interior de el alma, por estar ella muy recogida y unida con Dios, á lo menos por de fuera en la parte sensitiva pone distracción, ó variedad y aprietos y dolores, y horror al sentido, á ver si por este medio puede inquietar á la Esposa de su tálamo, á los cuales llama miedos de las noches por ser de los demonios, y porque con ellos el demonio procura difundir tinieblas en el alma, por oscurecer la divina luz de que goza. Y llama *veladores* á estos temores, porque de suyo hacen velar y recordar al alma de su suave sueño interior; y también porque los demonios que los causan, están siempre velando por ponerlos. Estos temores que pasivamente de parte de Dios, ó del demonio, como he dicho, se ingieren en el espíritu de los que son ya espirituales; y no trato aquí de otros temores temporales, ó naturales, porque tener los tales temores no es de gente espiritual, mas tener los espirituales temores ya dichos, es propiedad de espirituales.

Pues á todas estas cuatro maneras de afecciones de las cuatro pasiones del ánima conjura también el Amado, haciéndolas cesar y sosegar, por cuanto él da ya á la Esposa caudal en este estado y fuerza y satisfacción en las amenas liras de su suavidad y canto de serenas de su deleite, para que no sólo no reinen en ella, pero ni en algún tanto la puedan dar sinsabor; porque es la grandeza y estabilidad del alma tan grande en este estado, que si antes le llegaban al alma las aguas del dolor de cualquiera cosa, y aun de los pecados suyos, ó ajenos, que es lo que más suelen sentir los espirituales, ya, aunque los estima, no le hacen dolor ni sentimiento, y la compasión, esto es, el sentimiento de ella no le tiene, aunque tiene las obras y perfección de ella; porque aquí le falta al alma lo que tenía de flaco en las virtudes, y le queda lo fuerte constante y perfecto de ellas; porque á modo de los ángeles, que perfectamente estiman las cosas que son de dolor, sin sentir dolor, y ejercitan las obras de misericordia y compasión, sin sentir compasión, le acaesce al alma en esta transformación de amor; aunque algunas veces y en algunas cosas dispensa Dios con ella, dándole á sentir y dejándola padecer porque merezca más, como hizo con la Madre Virgen y *con San Pablo* (pág. 272); pero el estado de suyo no lo lleva.

En los deseos de la esperanza tampoco pena, porque estando ya satisfecha, en cuanto en esta vida puede, en la unión de Dios, ni acerca del mundo tiene que esperar, ni acerca de lo espiritual que desear, pues se ve y siente llena de las riquezas de Dios, y así en el vivir y en el morir está conforme, ajustada á la voluntad de Dios. *Y así el deseo que tiene de ver á Dios es sin pena* (pág. 272). También las afecciones del gozo, que en el alma solían hacer sentimiento de más ó menos, ni en ellas echa de ver mengua, ni le hace novedad abundancia; porque es tanta de la que ella ordinariamente goza, que á manera del mar, ni mengua por los ríos que de ella salen,

ni cresce por los que en ella entran; porque esta es el alma en que está hecha la fuente, cuya agua dice Cristo por San Juan, que salta hasta la vida eterna (Joan. IV, 14). Finalmente, ni los *miedos de las noches veladores* llegan á ella, estando ya tan clara y tan fuerte y tan de asiento en Dios reposando, que ni la pueden escurescer con sus tinieblas, ni atemorizar con sus terrores, ni recordar con sus ímpetus; y así ninguna cosa la puede ya llegar ni molestar, habiéndose ya ella entrado, como habemos dicho, de todas ellas en el ameno huerto deseado, donde toda paz goza, de toda suavidad gusta, y en todo deleite se deleita, según sufre la condición y estado de esta vida; porque de esta tal alma se entiende aquello que dice el Sabio, diciendo: *Secura mens quasi iuge convivium*. Esto es: el alma segura y pacífica es como un convite continuo (Prov. XV, 15); porque así como en un convite hay de todos manjares sabrosos al paladar, y de todas músicas suaves al oído, así el alma en este continuo convite que ya tiene en el pecho de su Amado, de todo deleite goza, y de toda suavidad gusta.

Y no le parezca al que esto leyere, que en lo dicho nos alargamos en palabras, porque de verdad si se hubiese de explicar lo que pasa por el alma, que á este dichoso estado llega, todas palabras y tiempo faltarían, y se quedaría lo más por declarar; porque si el alma atina á dar en la paz de Dios, que sobrepuja todo sentido, quedará todo sentido corto y mudo para haberla de declarar. Síguese el verso.

*Por las amenas Liras,
Y canto de Serenas os conjuro.*

Ya dijimos que las *amenas liras* significan la suavidad del alma en este estado; porque así como la música de las liras llena el ánimo de suavidad y recreación de manera, que tiene al ánimo tan embebecido y suspenso, que le tiene ajeno de penas y sinsabores, así esta suavidad tiene al alma tan en sí, que ninguna pena la llega. § Y por eso conjura á todas las molestias de las potencias y pasiones, que cesen por la suavidad (1). Y también el canto de serenas, como también queda dicho, significa el deleite ordinario que el alma posee, por el cual también está desnuda de todos los contrarios y operaciones molestas *dichas*, * las cuales son entendidas en el verso que luego dice, es á saber:

Que cesen vuestras iras.

Llamando iras á todas las operaciones y afecciones desordenadas que habemos dicho; porque así como la ira es cierto ímpetu, que sale del límite de la razón,

(1) «La propiedad del canto de serenas.» (Nota marginal del Santo).

cuando obra viciosamente, así todas las afecciones y operaciones ya dichas, exceden del límite de la paz, y tranquilidad de el alma, si reinan en ella, y por eso dice:

Y no toquéis al muro.

Por el *muro* se entiende el vallado de paz y virtudes y perfecciones que ya tiene el alma donde está ya amparada, que es el muro y defensa del huerto de su Amado. Por lo cual la llama él en los Cantares: *Hortus conclusus soror mea*. Que quiere decir: mi hermana es un huerto cerrado (IV, 12); por tanto no le toquéis á este muro.

Porque la Esposu duerme más seguro.

Es á saber, porque más á sabor se deleite de la quietud y suavidad de que goza en el huerto donde se ha entrado *El cuello reclinado, sobre los dulces brazos del Amado* (1).

CANCIÓN XXXI

Oh ninfas de Judea,
En tanto que en las flores y rosales
El ámbar perfumea,
Morá en los arrabales,
Y no queráis tocar nuestros umbrales.

DECLARACIÓN

En esta Canción la Esposa es la que habla, la cual viéndose puesta según la porción superior y espiritual en tan ricos y aventajados dones y deleites de parte de su Amado, deseando conservarse en la seguridad y continua posesión de ellos (en la cual el Esposo la ha puesto en las dos Canciones precedentes), viendo que de parte de la porción inferior, que es la sensualidad, se le podría impedir, y *que de hecho impide* (pág. 260), y perturbar tanto bien, pide á las operaciones y movimientos de esta porción inferior, que se sosieguen en las potencias y sentidos de ella, y no pasen los límites de su región, la sensual, á molestar y á inquietar la porción superior y espiritual del ánima; porque no la impida aun por algún mínimo movimiento el bien y suavidad de que goza; porque los movimientos de la parte

(1) «Y así no hay para el alma ya puerta» cerrada. (Nota marginal del Santo). Véase la pág. 276.

sensitiva y sus potencias, si obran cuando el espíritu goza, tanto más le molestan é inquietan, cuanto ellos tienen de más obra y viveza. Dice, pues, así:

Oh ninfas de Judea.

Judea llama á la parte inferior del ánima que es la sensitiva, y llámala Judea, porque es flaca y carnal y de suyo ciega como lo es la gente judaica. Y llama ninfas á todas las imaginaciones, fantasías y movimientos y afecciones de esta porción inferior; á todas estas llama ninfas, porque así como las ninfas con su afición y gracia atraen para sí á los amantes, así estas operaciones y movimientos de la sensualidad sabrosamente procuran atraer á sí la voluntad de la parte racional, sacándola de lo interior á que quiera lo exterior que ellas quieren y apetecen, moviendo también al entendimiento, y atrayéndole á que se case y junte con ellas en su bajo modo sensual, procurando conformar á la parte racional y aunarla con la sensual. Vosotras, pues, dice, operaciones y movimientos sensuales,

*En tanto que en las flores y rosales,
El ámbar perfumea.*

Las *flores* son las virtudes del alma, como arriba dijimos, los *rosales* son las tres potencias del alma entendimiento, memoria y voluntad, que llevan rosas y flores de conceptos divinos y actos de amor y de virtudes. El ámbar es el divino espíritu que mora en el alma, y perfumear este divino ámbar en las flores y rosales, es comunicarse y derramarse suavísimamente en las potencias y virtudes de el alma, dando en ellas al alma perfume de divina suavidad. En tanto, pues, que este divino espíritu está dando suavidad espiritual á mi alma,

Morá en los arrabales.

En los arrabales de Judea, que decimos ser la parte sensitiva del alma, y los arrabales de ella son los sentidos sensitivos interiores, como son la fantasía, la imaginativa y memoria, en las cuales se collocan y recogen las fantasías é imaginaciones y formas de las cosas; y estas son las que aquí llama ninfas, las cuales entran á estos arrabales de los sentidos interiores por las puertas de los sentidos exteriores, que son oír, ver, oler, gustar y tocar; de manera, que todas las potencias y sentidos de esta parte sensitiva los podemos llamar arrabales, que son los barrios que están fuera de la ciudad; porque lo que se llama ciudad en el alma, es allá lo de más adentro que es la parte racional, que es la que tiene capacidad para comunicar con Dios, cuyas operaciones son contrarias á las de la sensualidad. Pero porque hay natural comunicación de la gente que mora en estos arrabales de la parte sensitiva,

la cual gente es las ninfas que decimos, de tal manera, que lo que se obra en esta parte ordinariamente se siente en la otra más inferior que es la racional; y por consiguiente la hace advertir y desquietar de la obra espiritual que tiene en Dios, díceles que moren en sus arrabales, esto es, que se quieten en sus sentidos sensitivos, interiores y exteriores.

Y no queráis tocar nuestros umbrales.

Esto es, ni por primeros movimientos toquéis á la parte superior; porque los primeros movimientos del alma son las entradas y umbrales para entrar en el alma, y cuando pasan de primeros movimientos en la razón, ya van pasando los umbrales; pero cuando sólo son primeros movimientos, sólo se dice tocar á los umbrales, ó llamar á la puerta, lo cual se hace cuando hay acometimientos á la razón de parte de la sensualidad para algún acto desordenado; pues no solamente el alma dice aquí que éstos no toquen á la alma; pero aun las advertencias que no hacen á la quietud y bien de que goza. § Y así esta parte sensitiva con todas sus potencias, fuerzas y flaquezas en este estado está ya rendida al espíritu, de donde esta es ya una bienaventurada vida semejante y la del estado de la inocencia, donde toda la armonía y habilidad de la parte sensitiva del hombre, servía al hombre para más recreación y ayuda de conocimiento y amor de Dios en paz y concordia con la parte superior. Dichosa el alma que á este estado llegare; ¿mas quién es éste, y alabarle hemos, porque hizo maravillas en su vida? Esta Canción se ha puesto aquí para dar á entender, la quieta paz y segura que tiene el alma que llega á este alto estado, no para que se piense, que este deseo que muestra aquí el alma de que se sosieguen estas ninfas, sea porque en este estado molesten, porque ya están sosegadas, como arriba queda dado á entender, que este deseo más es de los que van aprovechando y de los aprovechados, que de los ya perfectos; en los cuales, poco ú nada reinan las pasiones y movimientos. *

CANCIÓN XXXII

Escóndete, Carillo,
Y mira con tu haz á las montañas,
Y no quieras decillo;
Mas mira las compañías
De la que va por ínsulas extrañas.

DECLARACIÓN

§ Después que el Esposo y la Esposa en las Canciones pasadas han puesto rienda y silencio á las pasiones y potencias del ánimo, así sensitivas como espirituales que la podían perturbar, conviértese en esta Canción la Esposa á gozar de su

Amado al interior recogimiento de su alma, donde él con ella está en amor unido, donde escondidamente en grande manera le goza, y tan altas y tan sabrosas son las cosas que por ella pasan en este recogimiento del matrimonio con su Amado, que ella no lo sabe decir, ni aun querría decirlo; porque son de aquellas de que dijo Esaías: *Secretum meum mihi, secretum meum mihi* (XXIV, 16). Y así ella á solas se lo posee, y á solas se lo entiende, y á solas se lo goza, y gusta de que sea á solas; y así su deseo es, que sea muy escondido y muy levantado y alejado de toda comunicación exterior. En lo cual es semejante al mercader de la margarita, ó por mejor decir, al hombre que, hallando el tesoro escondido en el campo, fué y escondióle con gozo y poseyóle. * Y eso pide ahora la misma alma en esta Canción al Esposo, en la cual con este deseo le pide cuatro cosas. La primera, que sea él servido de comunicarse muy adentro en lo escondido de su alma. La segunda, que embista sus potencias con la gloria y grandeza de su divinidad. La tercera, que sea tan altamente que no se quiera ni sepa decir, ni sea de ello capaz el exterior y parte sensitiva. Y la cuarta le pide, que se enamore de las muchas virtudes que él ha puesto en ella, la cual va á él, y sube por altas y levantadas noticias de la divinidad, y por excesos de amor muy extraños y extraordinarios, de los que ordinariamente por ella suelen pasar.

Escóndete, Carillo.

Como si dijera: querido Esposo mío, recógete en lo más interior de mi alma, comunicándote á ella escondidamente, manifestándole tus escondidas maravillas ajenas de todos los ojos mortales.

Y mira con tu haz á las montañas.

La *haz* de Dios es la divinidad, y las *montañas* son las potencias de el alma, memoria, entendimiento y voluntad, y así es como si dijera: embiste con tu divinidad en mi entendimiento, dándole inteligencias divinas, y en mi voluntad, dándole y comunicándole el divino amor, y en mi memoria con divina posesión de gloria. En esto pide el alma todo lo que le puede pedir, porque no anda ya contentándose en conocimiento y comunicación de Dios por las espaldas, como hizo Dios con Moisés, que es conocerle por sus efectos y obras, sino con la haz de Dios, que es comunicación esencial de la divinidad, sin otro algún medio en el alma, por cierto contacto de ella en la divinidad; lo cual es cosa ajena de todo sentido y accidentes, por cuanto es toque de substancias desnudas, es á saber, del alma y divinidad. Y por eso dice luego:

Y no quieras decillo.

Es á saber, *Y no quieras decillo* como antes, cuando las comunicaciones que en mí hacías eran de manera, que las decías á los sentidos exteriores, por ser cosas de

que ellos eran capaces; porque no eran tan altas y profundas, que no pudiesen ellos alcanzarlas; mas ahora sean tan subidas y tan substanciales y tan de adentro, que no quieras decírselo á ellos, de manera que sean capaces de ellas; porque la substancia no se puede comunicar en los sentidos, y así lo que puede caer en sentido no es Dios esencialmente. Deseando, pues, el ánimo aquí esta comunicación de Dios esencial, que no cae en sentido, le pide que sea de manera, que no se les diga á ellos, esto es, no quieras comunicarte en ese término tan bajo y tan de afuera, que pueda en él comunicar el sentido y el dicho.

Mas mira las compañas.

Ya hemos dicho, que el mirar de Dios es amar; las que aquí llama *Compañas* son la multitud de virtudes y dones, y perfecciones y riquezas espirituales del alma; y así es, como si dijera: mas antes conviértete adentro, Carillo, enamorándote de las compañas de las virtudes y perfecciones que has puesto en mi alma; para que enamorado de ella, en ellas te escondas y te detengas; pues que es verdad, que aunque son tuyas, ya por habérselas tú dado, también son *suyas*.

De la que va por insulas extrañas.

De mi alma que va á tí por extrañas noticias de tí, y por modos y vías extrañas, y ajenas de todos los sentidos, y del común conocimiento natural; y así es, como si dijera: pues va mi alma á tí por noticias extrañas y ajenas de los sentidos, comunícate tú á ella también tan interior y subidamente que sea ajeno de todos ellos.

CANCIÓN XXXIII

ESPOSO

La blanca palomica
Al arca con el ramo se ha tornado,
Y ya la tortolica
Al socio deseado
En las riberas verdes ha hallado.

DECLARACIÓN

El Esposo es el que habla en esta Canción, cantando la pureza que ella tiene ya en este estado, y las riquezas y premio que ha conseguido, por haberse dispuesto y trabajado por venir á él; y también canta la buena dicha que ha tenido en hallar á su Esposo en esta unión, y da á entender el cumplimiento de los deseos suyos, y

deleite y refrigerio que en él posee, acabados ya los trabajos y angustias de la vida y tiempo pasado, y así dice:

La blanca palomica.

Llama al alma blanca palomica, por la blancura y limpieza que ha recibido de la gracia que ha hallado en Dios; la cual dice, que

Al arca con el ramo se ha tornado.

Aquí hace comparación del alma á la paloma del arca de Noé, tomando por figura aquel ir y venir de la paloma al arca, de lo que al alma en este caso le ha acaecido; porque así como la paloma que salió de la arca de Noé, se volvió á ella con un ramo de oliva en el pico, en señal de la misericordia de Dios, en la cesación de las aguas sobre la tierra, que por el diluvio estaba anegada (Gen. VIII, 11); así esta tal alma, que salió de la arca de la omnipotencia de Dios, que fué cuando la crió, habiendo andado por las aguas del diluvio de los pecados, imperfecciones y penas, y trabajos de esta vida, vuelve al arca del pecho de su Criador con el ramo de oliva, que es la clemencia y misericordia que Dios ha usado con ella en haberla traído á tan alto estado de perfección, y haber hecho cesar en la tierra de su alma las aguas de los pecados y dádola victoria contra toda la guerra y batería de los enemigos, que esto la habían siempre procurado impedir, y así el ramo significa victoria de los enemigos, y aun premio de los merecimientos. Y así la palomica no sólo vuelve ahora á la arca de su Dios blanca y limpia, como salió de ella en la creación, mas aún con aumento de ramo de premio y paz conseguida en la victoria.

Y ya la tortolica

Al socio deseado

En las riberas verdes ha hollado.

También llama aquí al alma tortolica, porque en este caso ha sido como la tortolilla, cuando ha hallado al socio que deseaba. Y para que mejor se entienda, es de saber, que de la tortolica se escribe, que cuando no halla al consorte, ni se sienta en ramo verde, ni bebe el agua clara, ni fría, ni se pone debajo de la sombra, *ni se junta con otras aves* (pág. 338); pero en juntándose con el Esposo ya goza de todo esto. Todas las cuales propiedades le acacen al alma, porque antes que llegue á esta junta espiritual con su amado, ha de querer carecer de todo deleite, que es no sentarse en ramo verde, y de toda honra y gloria del mundo y gusto, que es no beber el agua clara y fría, y de todo refrigerio y favor del mundo, que es no ampararse en la sombra, no queriendo reposar en nada, gimiendo por la soledad de todas las cosas hasta hallar á su Esposo. Y porque esta tal alma, antes que llegase

á este estado, anduvo de esta suerte buscando á su Amado como la tortolilla, no hallando, ni queriendo hallar consuelo ni refrigerio, sino sólo en él, canta aquí el mismo Esposo el fin de sus fatigas y cumplimiento de los deseos de ella, diciendo: que *Ya la tortolica al socio deseado En las riberas verdes ha hallado*. Que es decir: que ya se sienta en ramo verde, deleitándose en su Amado; y que ya bebe el agua clara de subida contemplación y sabiduría de Dios; y fría, que es el refrigerio que tiene en él; y también se pone debajo de la sombra de su amparo y favor, que tanto ella había deseado, donde es consolada y reficionada sabrosa y divinamente, según ella de ello se alegra en los Cantares, diciendo: *Sub umbra illius, quem desideraveram, sedi, et fructus ejus dulcis gutturi meo*. Que quiere decir: debajo de la sombra de aquel que había deseado me asenté y su fruto es dulce á mi garganta (Can. II, 3).

CANCIÓN XXXIV

En soledad vivía,
Y en soledad ha puesto ya su nido,
Y en soledad la guía
A solas su querido,
También en soledad de amor herido.

DECLARACIÓN

§ Va el Esposo prosiguiendo y dando á entender el contento que tiene de la soledad, que antes que llegase el alma á esta unión sentía, y el que le da la soledad, que de todas las fatigas y trabajos é impedimentos ahora tiene, habiendo hecho quieto y sabroso asiento en su Amado, ajena y libre de todas las cosas y molestia dellas: y también muestra holgarse de que esa soledad que ya tiene el alma, haya sido disposición para que el alma sea ya de veras guiada y movida por el Esposo, la cual antes no podía ser, por no haber ella puesto su nido en soledad, esto es, alcanzado hábito perfecto y quietud de soledad, en la cual es ya movida y guiada á las cosas divinas del Espíritu de Dios; y no sólo dice que él ya la guía en esa soledad, sino que á solas lo hace él mismo, comunicándose á ella sin otros medios de Angeles, ni de hombres, ni figuras, ni formas, estando él también como ella está enamorada de él, herido de amor de ella en esta soledad y libertad de espíritu, que por medio de la dicha soledad tiene, porque ama él mucho la soledad, y así dice: *

En soledad vivía.

La dicha tortolilla, que es el alma, vivía en soledad antes que hallase al Amado en este estado de unión; porque al alma que desea á Dios, de ninguna cosa la

compañía le hace consuelo, ni compañía, antes hasta hallarle todo la hace y causa más soledad.

Y en soledad ha puesto ya su nido.

La soledad, en que antes vivía, era querer carecer por su Esposo de todos los bienes del mundo, según habemos dicho de la tortolilla, procurando hacerse perfecta, adquiriendo perfecta soledad, en que se viene á la unión del Verbo, y por consiguiente á todo refrigerio y descanso; lo cual es aquí significado por el nido que aquí dice, el cual significa descanso y reposo; y así es como si dijera: en esa soledad en que antes vivía, ejercitándose en ella con trabajo y angustia, porque no estaba perfecta, en ella ha puesto su descanso ya y refrigerio, por haberla ya adquirido perfectamente en Dios. De donde hablando espiritualmente David, dice: *Etenim paser invenit sibi domum, et turtur nidum sibi, ubi ponat pullos suos.* Que quiere decir: de verdad, que el pájaro halló para sí casa, y la tórtola nido donde criar sus pollicos (Ps. LXXXIII, 4). Esto es, asiento en Dios, donde satisfacer sus apetitos y potencias.

Y en soledad la guía.

Quiere decir: en esa soledad que el alma tiene de todas las cosas en que está sola con Dios, él la guía y mueve, y levanta á las cosas divinas, conviene á saber, su entendimiento á las inteligencias divinas, porque ya está solo y desnudo de otras contrarias y peregrinas inteligencias, y su voluntad mueve libremente al amor de Dios; porque ya está sola y libre de otras afecciones, y llena su memoria de divinas noticias; porque también está ya sola y vacía de otras imaginaciones y fantasías; porque luego que el alma desembaraza estas potencias y las vacía de todo lo inferior, y de la propiedad de lo superior, dejándolas á solas sin ello, inmediatamente se las emplea Dios en lo invisible y divino, y es Dios el que la guía en esta soledad, que es lo que dice San Pablo de los perfectos. *Qui spiritu Dei aguntur, etc.* Esto es: son movidos de espíritu de Dios (Rom. VIII, 14), que es lo mesmo que decir: *En soledad la guía.*

A solas su querido.

Quiere decir: que no sólo la guía en la soledad della, mas que él mesmo á solas es el que obra en ella sin otro algún medio; porque esta es la propiedad de

esta unión del alma con Dios en matrimonio espiritual, hacer Dios en ella y comunicarse por sí solo, no ya por medio de Angeles como antes, ni por medio de la habilidad natural; porque los sentidos exteriores é interiores, y todas las criaturas, y aun la misma alma muy poco hacen al caso para ser parte en recibir estas grandes mercedes sobrenaturales que Dios hace en este estado: no caen en habilidad y obra natural y diligencia del alma, él á solas lo hace en ella; y la causa es, porque la halla á solas, como está dicho, y así no la quiere dar otra compañía, aprovechándola, y fiándola de otro que de sí solo. Y también es cosa conveniente, que pues el alma ya lo ha dejado todo, y pasado por todos los medios, subiéndose sobre todo á Dios, que el mismo Dios sea la guía y el medio para sí mismo; y habiéndose el alma ya subido en soledad de todo sobre todo, ya todo no le aprovecha ni sirve para más subir sino el mismo Verbo Esposo; y él está tan enamorado de ella, que él á solas es el que se las quiere hacer: y así dice luego:

También en soledad de amor herido. (1)

§ Porque en haberse el alma quedado á solas de todas las cosas por amor de él, grandemente se enamora él de ella en esa soledad, también como ella se enamoró de él en la soledad, quedándose en ella herida de amor de él, y así él no quiere dejarla sola, sino que él también herido de amor de ella, en la soledad que por él tiene, solo la guía á solas, entregándosele á sí mismo, cumpliéndole sus deseos, lo cual él no hiciera en ella sino la hubiera hallado en soledad. Por lo cual el mismo Esposo dice del alma por el Profeta Oseas: *Ducam illam in solitudinem, et loquar ad cor eius*. Que quiere decir: yo la guiaré á la soledad, y allí hablaré al corazón de ella (Ose. II, 14); y por esto que dice, que hablará á su corazón, se da á entender el darse á sí mismo á ella; porque hablar al corazón es satisfacer al corazón, el cual no se satisface con menos que Dios. *

CANCIÓN XXXV

ESPOSA.—Gocémosos, Amado,
Y vámonos á ver en tu hermosura
Al monte ó al collado,
Do mana el agua pura;
Entremos más adentro en la espesura.

(1) «Como aunque el alma goza en compañía, apetece soledad.» (Nota marginal del Santo) Véase la página 343.

DECLARACIÓN

Ya que está hecha la perfecta unión de amor entre el alma y Dios, quíerese emplear el alma y ejercitar en las propiedades que tiene el amor, y así ella es la que habla en esta Canción con el Esposo, pidiéndole tres cosas, que son propias del amor. La primera, querer recibir el gozo y sabor del amor, y esa le pide cuando dice: *Gocémonos, Amado*. La segunda es, desear hacerse semejante al Amado, y esta le pide cuando dice: *Y vámonos á ver en tu hermosura*. Y la tercera es, escudriñar y saber las cosas y secretos del mismo Amado, y esta le pide cuando dice: *Entre-mos más adentro en la espesura*. Síguese el verso:

Gocémonos, Amado.

Es á saber, en la comunicación de dulzura de amor, no sólo en la que ya tenemos en la ordinaria junta y unión de los dos, mas en la que redundá en el ejercicio de amar afectiva y actualmente, ahora interiormente con la voluntad en actos de afición, ahora exteriormente haciendo obras pertenecientes al servicio del Amado; porque, como habemos dicho, esto tiene el amor donde hizo asiento, que siempre se quiere andar saboreando en sus gozos y dulzuras, que son el ejercicio de amar interior y exteriormente, como habemos dicho; todo lo cual hace por hacerse más semejante al Amado: y así dice luego:

Y vámonos á ver en tu hermosura.

Qu e quiere decir: hagamos de manera, que por medio de este ejercicio de amor ya dicho, lleguemos á vernos en tu hermosura; esto es, que seamos semejantes en hermosura, y sea tu hermosura de manera, que mirando el uno al otro se parezca á tí en tu hermosura, y se vea en tu hermosura; lo cual será transformándome á mí en tu hermosura; y así te vere yo á tí en tu hermosura, y tú á mí en tu hermosura, y tú te verás en mí en tu hermosura, y yo me veré en tí en tu hermosura; y así parezca yo tú en tu hermosura, y parezcas tú yo en tu hermosura, y mi hermosura sea tu hermosura, y tu hermosura mi hermosura, y seré yo tú en tu hermosura, y serás tú yo en tu hermosura, porque tu hermosura mesma será mi hermosura. Esta es la adopción de los hijos de Dios, que de veras dirán á Dios lo que el mesmo Hijo dijo por San Juan al Eterno Padre, diciendo: *Omnia mea tua sunt, et tua mea sunt*. Que quiere decir: Padre, todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías (Joan. XVII, 10);

él por esencia por ser hijo natural, nosotros por participación por ser hijos adoptivos, y así lo dijo él, no sólo por sí que era la cabeza, sino por todo su cuerpo místico que es la Iglesia.

Al monte ó al collado.

Esto es, á la noticia Matutinal, que llaman los teólogos, que es conocimiento en el Verbo divino, que aquí entiende por el monte; porque el Verbo es altísima sabiduría esencial de Dios; ó vámonos á la noticia Vespertina, que es sabiduría de Dios en sus criaturas, y obras y admirables ordenaciones, la cual es aquí significada por el *collado*, el cual es más bajo que el *monte*. En decir, pues, el alma: *Vámonos á ver en tu hermosura* al monte, es decir: aseméjame é infórmame en la hermosura de la sabiduría divina, que como decimos, es el Hijo de Dios, y en decir: *ó vámonos al collado*, es pedir la informe también de su sabiduría y misterios en sus criaturas y obras, que también es hermosura en que se desea el alma ver ilustrada; no puede verse en la hermosura de Dios el alma y parecerse á él en ella sino es transformándose en la sabiduría de Dios en que lo de arriba se ve y se posee; por eso desea ir al *monte ó al collado*. (1)

Do mana el agua pura.

Quiere decir: donde se da la noticia y sabiduría de Dios, que aquí llama agua pura al entendimiento, limpia y desnuda de accidentes y fantasías, y clara sin tinieblas de ignorancias. Este apetito tiene siempre el alma de entender clara y puramente las verdades divinas; y cuanto más ama, más adentro de ellas apetece entrar, y por eso pide lo tercero, diciendo:

Entremos más adentro en la espesura

En la espesura de tus maravillosas obras y profundos juicios, cuya multitud es tanta y de tantas diferencias, que se puede llamar *espesura*; porque en ellos hay sabiduría abundante y tan llena de misterios, que no sólo la podemos llamar espesa, más aún, cuajada, según lo dice David, diciendo: *Mons Dei, mons pinguis, mons coagulatus, mons pinguis*. Que quiere decir: el monte de Dios es monte grueso y

(1) «*Vadam ad montem myrrhæ, et ad collem thuris.*» (Nota marginal del Santo.) Véase la página 346.

monte cuajado (Ps. LXVII, 16). Y esta *espesura* de sabiduría y ciencia de Dios es tan profunda é inmensa, que aunque más el alma sepa della, siempre puede entrar más adentro, por cuanto es inmensa y sus riquezas incomprendibles, según exclama San Pablo, diciendo: ¡Oh alteza de riquezas, de sabiduría y ciencia de Dios, cuán incomprendibles son sus juicios, é incomprendibles sus vías! (Rom. XI, 33); pero el alma en esta *espesura*, é incomprendibilidad de juicios y vías, desea entrar, porque muere en deseo de entrar en el conocimiento de ellos muy adentro; porque el conocer en ellos es deleite inestimable que excede todo sentido. De donde hablando David del sabor de ellos, dijo así: *Judicia Domini vera justificata in semetipsa, desiderabilia super aurum, et lapidem pretiosum multum, et dulciora super mel, et favum; nam et servus tuus dilexit ea*. Que quiere decir: los juicios de Dios son verdaderos y en sí mismos tienen justicia, son más deseables y cudi-ciados que el oro, y que la preciosa piedra de grande estima, y son dulces sobre la miel y el panal, tanto que tu siervo los amó y guardó (Ps. XVIII, 11); y por eso en gran manera desea el alma engolfarse en estos juicios, y conocer más adentro en ellos (1); y á trueque desto le sería grande consuelo y alegría, entrar por todos los aprietos y trabajos del mundo, y por todo aquello que le pudiese ser medio para esto, por dificultoso y penoso que fuese. Y así se entiende también en este verso la *espesura* de los trabajos y tribulaciones, en la cual desea el alma también entrar, cuando dice: *Entremos más adentro en la espesura*. Es á saber, de trabajos y aprietos, por cuanto son medio para entrar en la *espesura* de la deleitable sabiduría de Dios: porque el más puro padecer trae y acarrea más puro entender, y por consiguiendo más puro y subido gozar por ser de más adentro. Por tanto no se contentando con cualquiera manera de padecer, dice: *Entremos más adentro en la espesura*. De donde Job, deseando este padecer, dijo: *Quis det, ut veniat petitio mea, et quod expecto tribuat mihi Deus, et qui cœpit ipse me conterat, solvat manum suam, et succidat me, et hæc mihi sit consolatio, ut affligens me dolore non parcat?* Que quiere decir: quién dará que mi petición se cumpla, y que Dios me dé lo que espero, y el que me comenzó ese me desmenuce, y desate su mano y me acabe, y tenga yo esta consolación, que afligiéndome con dolor no me perdone, ni dé alivio (Job. VI, 8). ¡Oh si se acabase ya de entender, cómo no se puede llegar á la *espesura* de sabiduría y riquezas de Dios, sino es entrando en la *espesura* de la padecer de muchas maneras, puniendo en eso el alma su consolación y deseo (2). Y cómo el alma que de veras desea sabiduría, desea primero de veras entrar más adentro en la *espesura* de la Cruz, § que es el camino de la vida, porque pocos

(1) «*Fulcite me floribus.*» (Nota marginal del Santo.)—En el Cántico segundo no explanó este pensamiento.

(2) «*Ut possitis comprehendere cum omnibus Sanctis, quæ sit longitudo et latitudo, «altum»* (así creo que dice) *et profundum.*» (Nota marginal del Santo.) Véase la página 348.

entran; porque desear entrar en espesura de sabiduría y riquezas y regalos de Dios, es de todos; mas desear entrar en la espesura de trabajos y dolores por el Hijo de Dios, es de pocos, así como muchos se querrían ver en el término, sin pasar por el camino y medio á él. *

CANCIÓN XXXVI

Y luego á las subidas
 Cavernas de la piedra nos iremos,
 Que están bien escondidas,
 Y allí nos entraremos,
 Y el mosto de granadas gustaremos.

DECLARACIÓN

Una de las causas que más mueven al alma á desear entrar en esta espesura de sabiduría de Dios y de padecer muy adentro en sus juicios, como habemos dicho, es por poder de allí venir á unir su entendimiento, y conocer en los altos misterios de la Encarnación del Verbo, como á más alta y sabrosa sabiduría para ella, § á cuya noticia clara no se viene sino habiendo primero entrado en la espesura, que habemos dicho, de sabiduría y experiencia de trabajos. Y así dice la Esposa en esta Canción, que después de haber entrado más adentro en esta sabiduría y trabajos *, irán á conocer los subidos misterios de Dios y hombre, que están más subidos en sabiduría escondidos en Dios, y que allí se entrarán, engolfándose el alma, é infundiéndose en ellos, y gozarán y gustarán ella y el Esposo el sabor que causa el conocimiento dellos, y de las virtudes y atributos de Dios, que por ellos se descubren en Dios, como son, justicia, misericordia, sabiduría, etc.

*Y luego á las subidas
 Cavernas de la piedra nos iremos.*

La *piedra* que aquí dice, es Cristo, según San Pablo lo dice á los Corinthios: *Petra autem erat Christus* (1. ad Cor. X, 41). Las *subidas cavernas*, son los subidos y altos misterios y profundos en sabiduría de Dios que hay en Cristo, sobre la unión hipostática de la naturaleza humana con el Verbo divino, y la correspondencia que hay de la unión de los hombres en Dios á ésta, y en las conveniencias que hay de justicia y misericordia de Dios sobre la salud del género humano en mani-

festación de sus juicios, los cuales, por ser tan altos y tan profundos, bien propiamente se llaman *Subidas cavernas*: subidas por la alteza de misterios; cavernas por la hondura y profundidad de la sabiduría de ellos: porque así como las cavernas son profundas y de muchos senos, así cada misterio de los que hay en Cristo es profundísimo en sabiduría, y tiene muchos senos de juicios suyos ocultos de predestinación y presciencia en los hijos de los hombres, por lo cual dice luego:

Que están bien escondidas.

Tanto, que por más misterios y maravillas que han descubierto los santos Doctores, y entendido las santas almas en este estado de vida, les quedó todo lo más por decir, y aun por entender, y así mucho que ahondar en Cristo; porque es como una abundante mina con muchos senos de tesoros, que por más que ahonden nunca les hallan fin ni término, antes van en cada seno hallando nuevas venas de nuevas riquezas acá y allá, que por eso dijo San Pablo del mismo Cristo, diciendo: *In quo sunt omnes thesauri sapientiae, et scientiae Dei, absconditi*. Que quiere decir: en Cristo moran todos los tesoros y sabiduría de Dios escondidos (Colos. II, 3); en los cuales el alma no puede entrar ni llegar á ellos, si, como habemos dicho, no pasa primero y entra en la espesura del padecer exterior é interiormente; y después de haberla Dios hecho muchas otras mercedes intelectuales y sensitivas, y habiendo precedido en ella mucho ejercicio espiritual; porque todas estas cosas son más bajas, y disposiciones para venir á las subidas cavernas del conocimiento de los misterios de Cristo, que es la más alta sabiduría que en esta vida se puede alcanzar. De donde pidiendo Moisés á Dios que le mostrase su gloria, le respondió: Que no podría verla en esta vida, mas que él le mostraría todo el bien (Exod. XXXIII, 19); es á saber, que en esta vida se puede. Y fué, que metiéndole en el agujero de la piedra, que es Cristo, como habemos dicho, le mostró sus espaldas, que fué darle conocimiento de los misterios de las obras suyas, mayormente los de la Encarnación de su Hijo.

En estos agujeros, pues, desea entrar bien el alma, para absorberse y embriagarse, y transformarse bien en el amor de la noticia de ellos, escondiéndose en el seno de su Amado. Y á estos agujeros la convida él en los Cantares, diciendo: *Surge, propera, amica mea, speciosa mea, et veni: columba mea in foraminibus petrae, in caverna maceriae*. Que quiere decir: levántate y date prisa, amiga mía, hermosa mía, y ven en los agujeros de la piedra, y en la caverna de la cerca (II, 13); los cuales agujeros son las cavernas que vamos diciendo, de las cuales dice aquí la Esposa.

Y allí nos entraremos.

Allí, conviene saber, en aquellas noticias de misterios divinos, nos entraremos, y no dice, entraré yo sola, sino entraremos, es á saber, ella y el Amado, para dar á entender, que esta obra no la hace ella, sino el Esposo con ella; y allende desto, por cuanto ya están Dios y el alma unidos en uno en este estado de matrimonio espiritual, de que vamos hablando, no hace el alma obra ninguna á solas sin Dios; y esto que dice: *Alli nos entraremos*, § es tanto como decir: Allí nos trasformaremos en trasformación de nuevas noticias y nuevos actos y comunicaciones de amor; porque aunque es verdad que el alma, cuando dice esto, está ya transformada por causa del estado ya dicho, *aunque, como habemos dicho, en esta (sabiduría ?) no se le añade nada*, no quita por esto que no pueda en este estado tener nuevas ilustraciones y transformaciones de nuevas noticias y luces divinas; antes son muy frecuentes las iluminaciones de nuevos misterios, que al alma comunica Dios en la comunicación que siempre está hecha entre él y el alma, y en sí mismo se lo comunica, y ella como de nuevo se entra en él, según la noticia de aquellos misterios que en él conoce, y en aquel conocimiento de nuevo le ama estrechísima y subidamente, transformándose en él, según aquellas noticias nuevas, y el sabor y deleite, que también entonces recibe de nuevo, totalmente es inefable, del cual dice en el verso siguiente. *

Y el mosto de granadas gustaremos.

Las *granadas* significan los divinos misterios de Cristo, y altos juicios de Dios, y las virtudes y atributos que del conocimiento de estos se conocen en Dios; porque así como las granadas tienen muchos granicos, todos nacidos y sustentados en aquel seno circular, así cada virtud y atributo y misterio y juicio de Dios contiene en sí gran multitud de granos de efectos y ordinações maravillosas de Dios, contenidos y sustentados en el seno esférico, ó circular de virtud y misterio, que pertenesce á aquellos tales efectos. Y notamos aquí la figura circular ó esférica de la granada, porque cada granada entendemos aquí por una virtud y atributo de Dios; el cual atributo, ó virtud de Dios, es el mismo Dios, el cual es significado por la figura circular, ó esférica, porque no tiene principio ni fin (1). El mosto, que dice que gustarán de estas granadas, es la fruición, que según se puede en este estado, recibe el alma en la noticia y conocimiento de ellas, y el deleite de amor de Dios, que gusta en ellas. Y así como de muchos granos de las granadas un solo mosto sale, así de todas estas maravillas y grandezas de Dios conocidas, sale y redunda una sola fruición y deleite de amor, para el alma, el cual ella luego ofresce á Dios con gran ternura de voluntad: lo cual ella en los Cánticos divinos prometió

(1) «*Venter ejus eburneus, distinctus saphiris.*» (Nota marginal del Santo.) Véase la página 352.

al Esposo, si él la metía en estas altas noticias, diciendo: *Ibi me docebis, et dabo tibi poculum ex vino condito, et mustum malorum granatorum meorum*. Que quiere decir: allí me enseñarás, y darete yo á tí la bebida de el vino adobado, y el mosto de mis granadas (Can. VIII, 2); llamándolas tuyas aunque son de Dios, por habérselas él á ella dado, y ella como propias las vuelve al mismo Dios: y esto quiere decir cuando dice: *El mosto de granadas gustaremos*. Porque gustándolo él, lo da á gustar á ella, y gustándolo ella, lo da á gustar á él, y así es el gusto común de entrambos.

CANCIÓN XXXVII

Allí me mostrarías
 Aquello que mi alma pretendía,
 Y luego me darías
 Allí tú, vida mía,
 Aquello que me diste el otro día.

DECLARACIÓN

§ El fin porque el alma deseaba entrar en aquellas cavernas ya dichas, era por llegar consumadamente, á lo menos en cuanto sufre este estado de vida, á lo que siempre había pretendido, que es el entero y perfecto amor, que en esta tal comunicación se comunica (1); y también por alcanzar perfectamente, según lo espiritual, el derecho y limpieza de el estado de la justicia original: y así en esta Canción dice dos cosas: La primera es decir, que allí la mostraría, es á saber, en aquella transformación de noticias, lo que su alma pretendía en todos sus actos é intentos, que es mostrarla perfectamente á amar á su Esposo como él se ama, junto con las demás cosas que declara en la siguiente Canción. Y la segunda es decir, que allí también la daría la limpieza y pureza que en el estado original la dió, ó en el día del bautismo, acabándola de limpiar de todas sus imperfecciones y tinieblas como entonces lo estaba * (2).

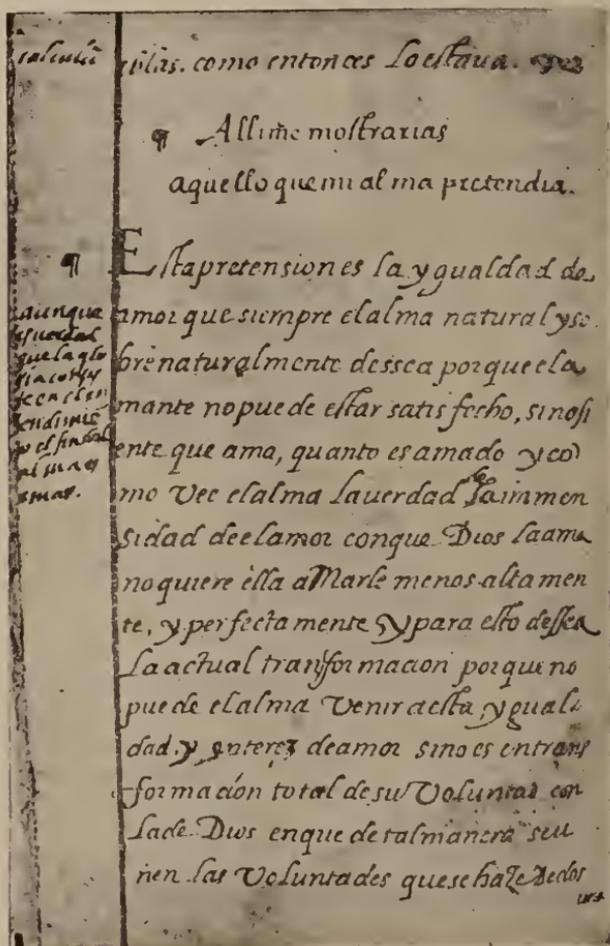
*Allí me mostrarías
 Aquello que mi alma pretendía. (3)*

(1) «Por qué el fin de todo es el amor.» (Nota marginal del Santo.)

(2) «*Calculum*.» (Nota marginal del Santo.) Véase la página 357.

(3) Al margen del párrafo siguiente pone el Santo esta nota: «Aunque es verdad que la gloria consiste en el entendimiento, el fin del alma es amar.» (Véase la página 356.)

§ Esta pretensión es la igualdad de amor que siempre el alma natural y sobrenaturalmente desea; porque el amante no puede estar satisfecho, sino siente que ama cuanto es amado: y como ve el alma la verdad de la inmensidad de el amor con que



Este fotograbado y los tres siguientes se han tomado del borrador del primer Cántico. Las adiciones que en ellos se ven son de puño del Santo.

Dios la ama, no quiere ella amarle menos altamente y perfectamente, y para esto desea la actual transformación, porque no puede el alma venir á esta igualdad y entereza de amor, sino es en transformación total de su voluntad con la de Dios, en que de tal manera se unen las voluntades, que se hace de dos una; y así hay igual-

dad de amor: porque la voluntad de la alma convertida en voluntad de Dios, toda es ya voluntad de Dios, y no está perdida la voluntad de el alma, sino hecha voluntad de Dios; y así el alma ama á Dios con voluntad de Dios, que también es voluntad suya; y así le amará tanto como es amada de Dios, pues le ama con voluntad de el

Una y assí ay igualdad de amor porque la
 Voluntad de la alma conuertida en Vo
 luntad de Dios toda es ya voluntad de
 Dios, y no está perdida la Voluntad de el
 alma sino hecha Voluntad de Dios, y
 así el alma ama a Dios con voluntad de
 Dios que también es voluntad suya ya
 se le amara tanto como es amada de Dios
 pues se ama con Voluntad de el mismo
 Dios, e nel mismo amor con que el a ella
 La ama que es el Espíritu Santo que es da
 do ala Alma. segun lo dize el apóstol di
 ciendo: Gratia Dei diffusa est in cordibus
 nostris per spiritum sanctum, qui datus
 est nobis: que quiere decir la gracia de
 Dios esta infusa en nuestros corazones por
 el espíritu Santo que nos es dado. *Y así ama en el
 Espíritu Santo a Dios junto con el Espíritu
 Santo, no como con instrumento, sino juntamente con él, por razón de la trans-*
 me daria, sino allí me mostrarias porq
 lo que salta en ella por aucte hincarse no de en
 el que el poble que no auer que la data, y no ay

mesmo Dios, en el mismo amor con que él á ella la ama, que es el Espíritu Santo, que es dado á la alma según lo dice el Apóstol diciendo: *Gratia Dei diffusa est in cordibus nostris per Spiritum Sanctum qui datus est nobis*. Que quiere decir: la gracia de Dios está infusa en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos es dado (Rom. V, 5). *Y así ama en el Espíritu Santo á Dios junto con el Espíritu Santo, no como con instrumento, sino juntamente con él, por razón de la trans-*

formación (como luego se declarará) supliendo lo que falta en ella por haberse transformado en amor ella con él. Por lo cual no dice que la dará, sino que la (1). Y es de notar, que no dice aquí el alma allí me darías, sino allí me mostrarías: porque aunque es verdad que la da su amor, pero muy propriamente se dice que le

aunque es verdad que la da su amor.
 pero muy propriamente se dice, que se
 muestra el amor, como muestra la muestra a
 amar, como se ama, porque Dios
 amándonos, primero, nos muestra á
 amar pura y enteramente como él nos
 ama, y por que en esta transformación,
 muestra Dios á la alma, comunicán-
 dosele un total amor generoso, y pu-
 ro con que amorosísimamente se comu-
 nica el todo á ella, transformando la
 en sí, en lo qual la da su mismo amor
 (como de amor) con que ella se ama, es
 propriamente mostrarla á amar, que
 es como ponerla el instrumento en
 las manos, y de él el como se debe
 usar, ^{con ella.} y así aquí ama el alma á Dios,
 quanto dice es amada ^{por} un amor
 es el de entrambos: de donde nos lo
 muestra, que se dice que ama, y así quanto es
 una que esto no puede ser sino quanto es un amor, pero
 el amor de entrambos, como se dice en el mismo capítulo

muestra el amor, esto es, la muestra á amarle como él se ama: porque Dios amándonos primero, nos muestra á amar pura y enteramente, como él nos ama. Y porque en esta transformación muestra Dios á la alma, comunicándosele, un total amor generoso y puro, con que amorosísimamente se comunica él todo á ella, transformándola en sí; en lo cual la da su mismo amor, como decíamos, con que ella le ame, es

(1) Lo que seguía del manuscrito cortó la cuchilla del encuadernador.

propriamente mostrarla á amar, que es como ponerla el instrumento en las manos, y decille él cómo lo ha de hacer, y irlo haciendo con ella, y así aquí ama el alma á Dios cuanto de él es amada (1), pues un amor es el de entrambos: de donde no sólo queda el alma enseñada á amar, mas aun hecha maestra de amar con el mismo

Da el alma, enseñada á amar mas con un he-
 ma echa de amar con el mismo maestro un-
 da. y por el consiguiente satisfecha. porque
 hasta venir á este amor no lo es lo qual es
 amar á Dios cumplidamente con el mismo
 amor que el se ama. Pero esto no se puede se-
 rfectamente en esta vida, aunque en estado
 de perfeccion que es el de el matrimonio es
 puntual, de que uamos hablando, en algu-
 na manera se puede.

Y de esta manera de amor perfecto se sigue ^{en la} _{práctica}
 ego en el alma ultima, y substancial sub-
 lacion á Dios, porque parece, y asser que
 toda la substancia de el alma bañada en
 gloria engrandese á Dios, y su nte ama-
 nera de fruicion intima suauidad, que
 haze reuerter en alaban, reuerenciar, el li-
 mar, y engrandecer á Dios con gozo gra-
 todo en buelto en amor. y esta es accion

maestro unida, y por el consiguiente satisfecha; porque hasta venir á este amor, no lo está, lo cual es amar á Dios cumplidamente con el mismo amor que él se ama;

(1) En la margen pone el Santo una nota que debe corresponder aquí: «Y no quiero decir, escribe, que amará á Dios cuanto él se ama, que eso no puede ser, sino cuanto del es amada; porque así como ha de conocer á Dios como del es conocida, como dice.... (Lo que seguía cortó el encuadernador.) Véase completado el pensamiento en la página 354.

pero esto no se puede perfectamente en esta vida, aunque en este estado de perfección, que es el de el matrimonio espiritual, de que vamos hablando, en alguna manera se puede (1). Y desta manera de amor perfecto se sigue luego en el alma íntima y substancial jubilación á Dios, porque parece, y así es, que toda la substancia de el alma bañada en gloria engrandesce á Dios; y siente á manera de fruición íntima suavidad, que la hace reverter en alabar, reverenciar, estimar y engrandescer á Dios con gozo grande todo envuelto en amor; y esto no acaece así sin haber Dios dado á la alma en el dicho estado de transformación gran pureza, tal cual fué la de el estado de la inocencia, ó limpieza baptismal, la cual aquí también dice el alma, que la había de dar luego el Esposo en la misma transformación de amor, diciendo: *

*Y luego me darías
Allí tú, vida mía,
Aquello que me diste el otro día. (2)*

§ Llamando á el otro día al estado de la justicia original, en que Dios le dió en Adán gracia y inocencia; ó al día del bautismo, en que el alma rescibió pureza y limpieza total, la cual dice aquí el alma en estos versos, que luego se la daría en la misma unión de amor; y eso es lo que entiende por lo que dice en el verso postrero, es á saber: *Aquello que me diste el otro día*; porque, como habemos dicho, hasta esta pureza y limpieza llega el alma en este estado de perfección. *

CANCIÓN XXXVIII

El aspirar de el aire,
El canto de la dulce filomena,
El soto y su donaire,
En la noche serena
Con llama que consume y no da pena.

DECLARACIÓN

§ Dos cosas declaramos que pedía la Esposa en la pasada Canción. La primera era lo que su alma pretendía. La segunda era pedir lo que le había dado el otro día. De la cual, por cuanto agora la acabamos de declarar, no hay más que tratar; pero la primera petición, que es lo que dice que su alma pretendía declara ahora en

(1) «En la fruición.» (Nota marginal del Santo.)

(2) «La predestinación.» (Nota marginal del Santo.) Véase la página 356 donde explanó el Autor este pensamiento.

esta Canción qué cosa sea; porque no sólo es el amor perfecto que allí dijimos, sino también como allí notamos, todo lo que se contiene en esta Canción, que es el mismo amor y lo que por ese medio se le comunica al alma, y así pone aquí cinco cosas, que son todo lo que ella quiso dar á entender allí que pretendía. La primera es, el aspirar de el aire, que es el amor que habemos dicho, que es lo que principalmente pretende. La segunda es el canto de la filomona, que es la jubilación en alabanza de Dios. La tercera es el soto y su donaire, que es el conocimiento de las criaturas y el orden de ellas. La cuarta es, pura y subida contemplación. Y la quinta, que es llama, que consume y no da pena, casi se encierra en la primera, porque es llama de suave transformación de amor en la posesión de todas estas cosas. *

El aspirar de el aire.

§ Este aspirar de el aire es una habilidad de el Espíritu Santo que pide aquí el alma para amar perfectamente á Dios. Llámale aspirar de el aire, porque es un delicadísimo toque y sentimiento de amor que ordinariamente en este estado se causa en el alma en la comunicación de el Espíritu Santo: el cual, á manera de aspirar con aquella su aspiración divina muy subidamente levanta al alma, y la informa; para que ella aspire en Dios, la misma aspiración de amor que el Padre aspira en el Hijo, y el Hijo en el Padre, que es el mismo Espíritu Santo, que á ella la aspira en la dicha transformación. Porque no sería verdadera transformación si el alma no se uniese y transformase también en el Espíritu Santo, como en las otras dos personas divinas, aunque no en revelado y manifiesto grado por la bajeza y condición de esta vida. Y esto es para el alma tan alta gloria y tan profundo y subido deleite, que no hay decirlo por lengua mortal ni el entendimiento humano, en cuanto tal, puede alcanzar algo de ello. Pero el alma unida y transformada en Dios aspira en Dios á Dios la misma aspiración divina que Dios, estando en ella, aspira en sí mismo á ella, que es lo que entiendo quiso decir San Pablo cuando dijo: *Quoniam autem estis filii Dei, misit Deus Spiritum Filii sui in corda vestra, clamantem; Abba, Pater.* Que quiere decir: por cuanto sois hijos de Dios, envió Dios en vuestros corazones el espíritu de su Hijo, clamando en oración al Padre (Gal. IV, 6). Lo cual en los perfectos es en la manera dicha. Y no hay que maravillar, que el alma pueda una cosa tan alta. Porque dado que Dios la haga merced que llegue á estar deiforme, y unida en la Santísima Trinidad, en que ella se hace Dios por participación, ¿qué cosa tan increíble es, que obre ella su obra de entendimiento, noticia y amor en la Trinidad juntamente con ella, como la misma Trinidad, por modo participado, obrándolo Dios en la misma alma? Y cómo ésto sea, no háy más saber, ni poder, para decir, sino dar á entender cómo el Hijo de Dios nos alcanzó este alto estado, y nos mereció este alto puesto, como dice San Juan, de poder ser hijos de Dios (I, 12), y así lo pidió al Padre por el mismo San Juan, diciendo: *Pater, volo ut quos dedisti*

mihí, ut ubi sum ego, et illi sint mecum, ut videant claritatem meam quam dedisti mihí. Que quiere decir: Padre, quiero que los que me has dado, que donde yo estoy también ellos estén conmigo, para que vean la claridad que me diste (XVII, 24), es á saber, que hagan por participación en nosotros la misma obra que yo por naturaleza, que es aspirar el Espíritu Santo. Y dice más; no ruego, Padre, solamente por estos presentes, sino también por aquellos que han de creer por su doctrina en mí, que todos ellos sean una misma cosa de la manera que tú, Padre, estás en mí y yo en tí, así ellos en nosotros sean una misma cosa; y yo la claridad que me has dado he dado á ellos, para que sean una misma cosa, como nosotros somos una misma cosa, yo en ellos y tú en mí, porque sean perfectos en uno, porque conozca el mundo que tú me enviaste y los amaste como me amaste á mí (Ibid. 23); que es comunicándoles el mismo amor que al Hijo, aunque no naturalmente como al Hijo sino (como habemos dicho) por unidad y transformación de amor, como tampoco se entiende aquí quiere decir el Hijo al Padre que sean los Santos una cosa esencial y naturalmente, como lo son el Padre y el Hijo, sino que lo sean por unión de amor, como el Padre y el Hijo están en unidad de amor. De donde las almas esos mismos bienes poseen por participación que él por naturaleza: por lo cual verdaderamente son dioses por participación, iguales y compañeros suyos de Dios; de donde San Pedro dijo: gracia y paz sea cumplida y perfecta en vosotros en el conocimiento de Dios y de Jesucristo Nuestro Señor, de la manera que nos son dadas todas las cosas de su divina virtud para la vida y la piedad, por el conocimiento de aquel que nos llamó con su propia gloria y virtud, por el cual muy grandes y preciosas promesas nos dió, para que por estas cosas seamos hechos compañeros de la divina naturaleza (2. Petr. I, 2) * (1), lo cual es participar el alma á Dios obrando en él acompañadamente con él, la obra de la Santísima Trinidad, de la manera que habemos dicho, por causa de la unión sustancial entre el alma y Dios. Lo cual aunque se cumple perfectamente en la otra vida, todavía en ésta (cuando se llega al estado perfecto) se alcanza gran rastro y sabor de ello, al modo que vamos diciendo, aunque (como habemos dicho), no se puede decir.

¡Oh almas criadas para estas grandezas y para ellas llamadas!, ¿qué hacéis? ¿en qué os entretenéis? Vuestras pretensiones son bajezas, y vuestras posesiones miserias. Oh miserable ceguera de los ojos de vuestra alma, pues para tanta luz estáis ciegos, y para tan grandes voces sordos, no viendo que en tanto que buscáis grandezas y gloria os quedáis miserables y bajos de tantos bienes, hechos ignorantes é indignos. Síguese lo segundo que el alma pide, es á saber.

El canto de la dulce filomena.

(1) Toda esta interpretación se encuentra algo variada en el segundo Cántico.

Lo que nasce en el alma de aquel aspirar de el aire, es *El canto de la dulce filomena*; porque así como el canto de la filomena, que es el ruiscñor, se oye en la primavera, pasados ya los fríos y lluvias de el invierno, y hace melodía al oído, y al espíritu recreación, así en esta actual comunicación y transformación de amor, amparada ya la Esposa, y libre de todas las turbaciones y variedades temporales, y desnuda y purgada de las imperfecciones y penalidades y nieblas naturales, siente nueva primavera en su espíritu, en el cual siente la dulce voz de el Esposo, que es su dulce filomena; la cual refrigera y renueva la sustancia de su alma, diciendo: Levántate, date prisa, amiga mía, Paloma mía, hermosa mía, y ven, porque ya ha pasado el invierno, las lluvias se han ya ido y apartado lejos, las flores han parecido ya en nuestra tierra, y llegado el tiempo del podar, y la voz de la tortolica se ha oído en nuestra tierra (Can. II, 10): en la cual voz de el Esposo que la habla en lo interior de el alma siente la Esposa fin de males y principio de bienes, en cuyo refrigerio y amparo y sentimiento sabroso ella también da su voz de dulce filomena con nuevo canto á Dios juntamente con él que la causa, porque él da la voz á ella, para que ella en uno la dé junto con él á Dios, porque esa es la pretensión y deseo de él: según también el mismo Esposo lo desca en los Cantares, que hablando con ella dice: Levántate, date prisa, amiga mía, y ven Paloma mía en los agujeros de la piedra y caverna de la cerca; muéstrame tu rostro; suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce y tu rostro hermoso (II, 13). Los oídos de Dios significan aquí los deseos de Dios, que tiene de que le alabemos perfectamente: porque la voz que aquí pide á la Esposa es alabanza perfecta y jubilación á Dios, la cual voz, para que sea perfecta, dice el Esposo que la dé y suene en las cavernas de la piedra, que son las inteligencias amorosas de los misterios de Cristo, en que dijimos arriba, estaba el alma unida con él, que porque en esta unión el alma jubila y alaba á Dios con el mismo Dios, como decíamos de el amor, es alabanza perfecta; porque estando el alma en perfección, hace las obras perfectas: y así esta voz es muy dulce para Dios y para el alma, y así se sigue: Porque tu voz es dulce, es á saber, no sólo para tí, sino también para mí, porque estando en uno conmigo, das tu voz en uno de dulce filomena para mí conmigo.

El soto y su donaire.

La tercera cosa que dice el alma la han de mostrar allí por medio de el amor, es *El soto y su donaire*. Por *soto* entiende aquí á Dios con todas las criaturas que en él están; porque así como todos los árboles y plantas tienen su vida y raíz en el soto, así las criaturas celestes y terrestres tienen en Dios su raíz y su vida. Esto, pues, dice el alma, que allí se mostrará á Dios en cuanto es vida y ser á todas las criaturas, conociendo en él el principio y duración de ellas y á ellas; porque sin él no se le dá á la alma nada, ni estima conocellas por vía espiritual. El donaire del

soto desea también mucho el alma ver, el cual es la gracia y sabiduría y donaire que de Dios tiene, no sólo cada una de las criaturas, sino la que hacen entre sí en la correspondencia sabia y ordenada de unas á otras, así superiores como inferiores: lo cual es conocer en las criaturas por vía contemplativa, que es cosa de gran deleite, porque es conocer acerca de Dios. Y así se sigue lo cuarto.

En la noche serena.

Esta noche en que el alma desea ver estas cosas, es la contemplación, porque la contemplación es oscura, que por eso la llaman por otro nombre Mística teología, que quiere decir, sabiduría escondida y secreta de Dios, en la cual sin ruido de palabras y sin servicio y ayuda de algún sentido corporal ni espiritual, como en silencio y quietud de la noche, á oscuras de todo lo sensitivo y natural enseña Dios, ocultísima y secretísimamente al alma, sin ella saber cómo; lo cual algunos espirituales llaman entender no entendiendo: porque esto no lo hace el entendimiento activo, que llaman los filósofos, el cual obra en formas y fantasías y aprehensiones de las cosas; mas hácese en el entendimiento en cuanto posible y pasivo, el cual no recibe las tales formas, etc., sino pasivamente recibe inteligencia substancial, la cual le es dada sin algún oficio suyo activo, ni obra.

Y por eso no sólo llama á esta contemplación noche, pero también la llama serena; porque así como la noche se llama serena porque está limpia de nubes y vapores en el aire, que son los que ocupan la serenidad de la noche, así esta noche de contemplación está para la vista de el entendimiento rasa y ajena de todas nubes de formas y fantasías y noticias particulares que pueden entrar por los sentidos, y está limpia también de cualesquier vapores de afectos y apetitos, por lo cual la contemplación es noche serena para el sentido y entendimiento natural, según lo enseña el filósofo, diciendo: Que así como el rayo del sol es oscuro y tenebroso para el ojo del murciélago, así las cosas altas y más claras de Dios son oscuras para nuestro entendimiento.

Con llama que consume y no da pena.

Todas las cosas pasadas, dice el alma aquí en este verso que se las dé el Esposo *con llama que consume, y no da pena*, la cual llama se entiende aquí por el amor de Dios ya perfecto en el alma; porque para ser perfecto estas dos propiedades ha de tener, conviene saber: que consuma y transforme el alma en Dios y que no dé pena la inflamación y transformación de esta llama en el alma. Y así esta llama es ya amor suave, porque en la transformación de el alma en ella hay conformidad y satisfacción de ambas partes, y por tanto no da pena de variedad de más ó menos, como hacía antes que el alma llegase á la capacidad de este perfecto amor, porque

habiendo llegado, está ya el alma tan transformada y conforme con Dios, como el carbón encendido lo está con el fuego, sin aquel humear y respendar que hacía antes que lo estuviese; y sin la escuridad y accidentes propios que tenía antes que del todo entrase el fuego en él. Las cuales propiedades de escuridad, humear y respendar ordinariamente tiene el alma con alguna pena y fatiga acerca del amor de Dios, hasta que llegue á tal grado de perfección de amor, que la posea el fuego de amor, llena y cumplida y suavemente, sin pena de humo y de pasiones y accidentes naturales, pero transformada en llama suave, que la consumió acerca de todo eso y la mudó en Dios, en que sus movimientos y acciones son ya divinas.

En esta llama quiere la esposa que la dé el Esposo (como habemos dicho), todas las cosas que ella pretende, porque no las quiere poseer, ni estimar, ni gozar, sin perfecto y suave amor de Dios.

CANCIÓN XXXIX

Que nadie lo miraba,
Aminadab tampoco parecía,
Y el cerco sosegaba,
Y la caballería,
A vista de las aguas descendía.

DECLARACIÓN

En esta última Canción quiere dar á entender el alma, la disposición que tiene ya para recibir las mercedes que en este estado se gozan, y ella ha pedido al Esposo, las cuales sin la tal disposición no se pueden recibir ni conservar en ella, y así pone al Amado delante cuatro disposiciones ó conveniencias, que son bastantes para lo dicho, para más obligarle á que se las haga, como es dicho. La primera, estar ya su alma desasida y ajendada de todas las cosas. La segunda, estar ya vencido y ahuyentado el demonio. La tercera, tener ya sujetadas las pasiones del alma, y apetitos naturales y espirituales. La cuarta, estar ya reformada y purificada la parte sensitiva conforme á la espiritual, de manera, que no sólo no estorbe, mas antes se aune con el espíritu participando de sus bienes: todo lo cual dice ella en la dicha Canción, diciendo:

Que nadie lo miraba.

Lo cual es, como si dijera: mi alma está ya tan sola y ajendada y desasida de todas las cosas criadas de arriba y de abajo, y tan adentro entrada en el recogimiento contigo, que ninguna dellas la alcanza ya de vista, es á saber, á movella á

gusto con su suavidad, ni á desgusto y molestia con su miseria y bajeza: porque estando mi alma tan lejos de ellas, quedan muy atrás de vista perdidas; y no sólo eso, pero

Aminadab tampoco parecía.

El cual Aminadab en la Escritura divina, significa el demonio adversario del alma esposa el cual la combatía siempre y turbaba con su innumerable munición de tentaciones y asechanzas; porque no se entrase en esta fortaleza y escondrijo del recogimiento interior con el Amado, en el cual puesto está el alma tan favorecida y fuerte en virtudes y victoriosa, que el demonio no osa parecer delante della: de donde por estar ella en el favor de tal abrazo, y porque también en el ejercicio de las virtudes ha vencido al demonio perfectamente, de manera que le tiene ya ahuyentado con la fortaleza de sus virtudes, no parece más delante de ella, y por eso dice bien, que *Aminadab tampoco parecía.*

Y el cerco sosegaba

Por el cual cerco entiende aquí las pasiones y apetitos del alma que cuando no están vencidos y amortiguados la cercan y combaten en derredor, por lo cual los llama *el cerco*, el cual dice que también está sosegado, que pues así es, no deje de comunicarle y hacerle las mercedes que le ha pedido, pues el dicho cerco no puede ya impedir la paz interior que se requiere para recibir las, poseerlas y conservarlas. Esto dice, porque en este estado es necesario que las pasiones del ánima estén compuestas y los apetitos y afecciones mortificadas, de manera, que ninguna molestia ni guerra hagan, antes todo este cerco ya dicho con sus operaciones se conformen con el espíritu interior y en su manera se recojan á gozar de los deleites que él goza, por lo cual dice luego. *

Y la caballería,

A vista de las aguas descendía.

Por las cuales aguas entiende aquí los bienes y deleites espirituales de Dios de que en este estado goza el alma. Por la caballería entiende las potencias de la parte sensitiva, así interiores como exteriores, las cuales dice la Esposa que en este estado descienden á vista de estas aguas espirituales, porque de tal manera está ya en este estado purificada y espiritualizada en alguna manera la parte sensitiva de el alma, que ella con sus potencias sensitivas y fuerzas naturales se recogen á participar y gozar en su manera de las grandezas espirituales que Dios está comunicando al espíritu, según lo quiso entender David, cuando dijo: *Cor meum et caro mea exul-*

taverunt in Deum vivum. Que quiere decir: mi espíritu y mi carne se gozaron y deleitaron en Dios vivo (Ps. LXXXIII, 3); y es de notar que no dice aquí la Esposa que la caballería descendía á gustar las aguas, sino á vista dellas, porque esta parte sensitiva con sus potencias no pueden esencial y propiamente gustar los bienes espirituales, porque no tienen proporcionada capacidad para eso, no sólo en esta vida pero ni en la otra, sino por cierta redundancia del espíritu reciben la recreación y deleite de ellos, por el cual son atraídas estas potencias y sentidos corporales al recogimiento interior en que está bebiendo el alma los bienes espirituales, lo cual más es descender á la vista de ellos, pero gustan, como habemos dicho, la redundancia que de el alma se comunica en ellos. Y dice aquí el alma que descendían, y no otro vocablo alguno, para dar á entender que todas estas potencias descienden y bajan de sus operaciones naturales, cesando de ellas al recogimiento interior: en el cual sea servido el Señor Jesús, Esposo dulcísimo, poner á todos los que invocan su Santísimo nombre, al cual es honra y gloria juntamente con el Padre y el Espíritu Santo in sæcula sæculorum. Amén.

FIN DEL PRIMER CÁNTICO

Primerá Llama de amor víva

del

Místico Doctor San Juan de la Cruz.



Observaciones sobre la primera Llama de amor viva.

LA *Llama* que aqui va como apéndice, es la que desde un principio ha venido imprimiéndose en todas las ediciones que se han hecho de las Obras de San Juan de la Cruz. Mas ha salido hasta la fecha tan poco ajustada á sus originales, que se atrevió á decir un critico, que si resucitara su Venerable Autor, no la reconoceria por suya (1); palabras con que quiso dar á entender, aunque algo exageradamente, que eran muchas las mutilaciones que en el texto se habian hecho, y grande el número de pasajes alterados.

Este ha sido el primer motivo que me ha inducido á dar cabida á la primera *Llama* en la presente edición, para que así, expurgadas sus alteraciones, el público la conozca tal como la escribió el Místico Doctor. Me ha movido también á publicarla la gran diferencia que tiene con la *Llama* de la segunda redacción: conocida ésta solamente, quedaba mucho al lector por conocer de los escritos de Nuestro Santo; pues aunque por lo general contenga más ampliado el texto primitivo, se hallan en éste sin embargo algunos párrafos interesantes que faltan en ella por completo. Y si bien es verdad que este inconveniente se hubiera podido obviar, poniendo por vía de nota dichos párrafos en la segunda *Llama*, ¿cómo se allanaría la dificultad de dar á conocer al lector tantos otros párrafos que se hallan bastante diferentes en la primera? Y ¿cómo hacerle notar tantas frases y aun sentencias que ésta contiene y en la otra se desean? Hubiera sido necesario para esto llenar de notas la *Llama* que atrás va impresa, con lo cual se haría sumamente embarazosa y pesada su lectura. Teniendo en cuenta estos inconvenientes, he optado por imprimir los dos textos.

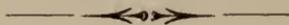
Los documentos que se han consultado para corregir el que aqui se imprime, son los siguientes: 1.º Manuscrito de las Carmelitas

(1) Fray Andrés de la Encarnación. Ms. 3.653 de la B. N.—*Representación á los Superiores de la Orden.*

Descalzas de Toledo, el cual, aparte de varias erratas sin importancia, es muy correcto.—2.º y 3.º Los códices 6.624 y 18.160 de la Biblioteca Nacional.—4.º y 5.º Los manuscritos de los Carmelitas de Alba de Tormes (1) y Carmelitas Descalzas de Pamplona (2).—6.º *El tratado de la oración y contemplación sacado de la doctrina de la bienaventurada Madre Teresa de Jesús y del Venerable Padre Fray Juan de la Cruz*, escrito por el Padre José de Jesús María (*Ms. de los Carmelitas de Consuegra*).—7.º *La Recreación Espiritual* de la Venerable Madre Feliciana Eufrosina de San José, Carmelita Descalza. (*Véase la nota que va al principio de este tomo*) (3).

Fuera de estos manuscritos y tratados, hemos tenido presentes para corregir algunos lugares, varios códices de la segunda Llama.

Los pasajes de alguna importancia que se han añadido y enmendado, van con letra cursiva; para distinguir los unos de los otros, se pone entre paréntesis á la terminación de los primeros una *a*, y á la de los segundos una *c*; á veces van los dos signos juntos, lo cual significa que se ha hecho adición y corrección al texto. En algunos lugares se pone una *s* entre paréntesis, con lo que se da á entender que allí se han suprimido palabras que se habían interpolado en el texto genuino.



(1) Debemos advertir que en el traslado de este Libro omitió muchos párrafos el copista de este manuscrito; lo hizo señaladamente en la estrofa tercera, verso tercero, cuya explicación omite casi por completo, aunque ya lo indica. Los demás traslados trae este códice completos y con bastante corrección, en especial el Cántico.

(2) Ya dijimos en el primer volumen, que este manuscrito era solamente un compendio de los escritos del Santo. Todos los párrafos que transcribe de la *Llama de amor viva*, están tomados de la explicación del verso tercero de la Canción tercera. Otro tanto acaece con los que trae la obra siguiente.

(3) Además de los manuscritos mencionados de la primera Llama, sabemos que existe otro en el Sacro-Monte de Granada, según noticia que nos comunicó el arriba mencionado Sr. Canónigo don Manuel Medina Olmos.



Declaración de las Canciones

que tratan de la muy íntima y calificada unión y transformación del alma en Dios, por el Padre Fray Juan de la Cruz, á petición de D.^a Ana de Peñalosa, compuestas en la oración por el mismo, año 1584.

PRÓLOGO

ALGUNA repugnancia he tenido, *muy noble y devota señora (a)*, en declarar estas cuatro Canciones que *vuestra merced me ha pedido (c)*, por ser de cosas tan interiores y espirituales, para las cuales comunmente falta lenguaje, porque lo espiritual excede al sentido, y *con dificultad se dice algo de la sustancia; porque también se habla mal en las entrañas (a y c)* del espíritu sino es con entrañable espíritu. Y por el poco que hay en mí, lo he diferido hasta ahora. Pero ahora que el Señor parece que ha abierto un poco la noticia, y dado algún calor, *(debe ser por el santo deseo que vuestra merced tiene, que quizá como se hicieron para vuestra merced, querrá su Majestad que para vuestra merced se declaren) (a)*, me he animado, sabiendo cierto que de mi cosecha nada que haga al caso diré en nada, cuanto más en cosas tan subidas y sustanciales. Por eso no será mío sino lo malo y errado que en ello hubiere; y por eso lo sujeto todo á mejor parecer, y al juicio de nuestra Santa Madre la Iglesia Católica, Romana, en cuya regla nadie yerra. Y con este presupuesto, arrimándome á la Escritura Divina, *(y como se lleve entendido que todo lo que se dijere es tanto (c) menos de lo que allí hay, como es lo pintado con lo vivo) (c)*, me atreveré á decir lo que supiere.

Y no hay que maravillarse que haga Dios tan altas y extrañas mercedes á las almas que él dá en regalar. Porque si consideramos que es Dios, y que se las hace como Dios y con infinito amor y bondad, no nos parecerá fuera de razón; pues él dijo que en el que le amase vendrían el Padre, y el Hijo, y el Espíritu Santo, y harían

morada en él (1), lo cual había de ser, haciéndole á él vivir y morar en el Padre, Hijo, y Espíritu Santo en vida de Dios, como da á entender el alma en estas Canciones. Porque aunque en las Canciones que arriba declaramos, hablamos del más perfecto grado de perfección á que en esta vida se puede llegar, que es la transformación en Dios, todavía estas Canciones tratan del amor ya más calificado y perfeccionado en ese mismo estado de transformación; porque aunque es verdad que lo que éstas y aquéllas dicen todo es un estado de transformación, y no se puede pasar de allí en cuanto tal; pero puede con el tiempo y ejercicio calificarse, como digo, y sustanciarse mucho más en el amor; bien así como, aunque habiendo entrado el fuego en el madero le tenga transformado en sí, y esté ya unido con él, todavía afervorándose más el fuego y dando más tiempo en él, se pone mucho más candente é inflamado, hasta centellear fuego de sí y llamear. Y en este encendido grado se ha de entender que habla el alma aquí ya transformada y calificada interiormente en fuego de amor, que no sólo está unida en este Divino fuego, sino que hace ya viva llama en ella. Y ella así lo siente, y así lo dice en estas Canciones con íntima y delicada dulzura de amor, ardiendo en su llama, encareciendo en estas Canciones algunos efectos que hace en ella; los cuales iré declarando por el orden que las demás, que las pondré primero juntas, y luego poniendo cada Canción, la declararé brevemente, y después poniendo cada verso, le declararé de por sí.

FIN DEL PRÓLOGO

(1) Joan. XIV, 23

CANCIONES QUE HACE EL ALMA

EN LA ÍNTIMA UNIÓN DE DIOS

- 1.^a—¡Oh llama de amor viva
Que tiernamente hieres
De mi alma en el más profundo centro!
Pues ya no eres esquiva,
Acaba ya, si quieres,
Rompe la tela de este dulce encuentro.
- 2.^a—¡Oh cauterio suave!
¡Oh regalada llaga!
¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
Que á vida eterna sabe,
Y toda deuda paga!
Matando, muerte en vida la has trocado.
- 3.^a—¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Que estaba obscuro y ciego,
Con extraños primores
Calor y luz dan junto á su querido!
- 4.^a—¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno,
Donde secretamente solo moras:
Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
Cuán delicadamente me enamoras!

La compostura de estas liras son como aquéllas, que en Boscán están, vueltas á lo divino, que dicen:

*«La soledad siguiendo,
Llorando mi fortuna,
Me voy por los caminos, que se ofrecen», etc.,*

en las cuales hay seis pies, y el cuarto suena con el primero, y el quinto con el segundo, y el sexto con el tercero.

CANCIÓN I

¡Oh llama de amor viva
 Que tiernamente hieres
 De mi alma en el más profundo centro!
 Pues ya no eres esquiva,
 Acaba ya, si quieres,
 Rompe la tela de este dulce encuentro.

DECLARACIÓN

Sintiéndose ya el alma toda inflamada en la Divina unión, y *à su paladar todo bañado en gloria y amor, y que hasta lo íntimo de su sustancia está revertiendo no menos que ríos de gloria, abundando en deleites (a)*, sintiendo correr de su vientre los ríos de agua viva que dijo el Hijo de Dios que saldrían en semejantes almas (Joan. VII, 38), parecele, que pues con tanta fuerza está transformada en Dios y tan altamente de él poseída, y con tan ricas riquezas de dones y virtudes arreada, que está tan cerca de la bienaventuranza, que no la divide sino una leve y delicada tela. Y como ve que aquella llama delicada de amor que en ella arde, cada vez que la está embistiendo la está como glorificando con suave y fuerte gloria, tanto, que cada vez que la absorbe y embiste, le parece que le va á dar la vida eterna, y que va á romper la tela de la vida mortal, *y que falta muy poco; y que por esto poco no acaba de ser glorificada esencialmente (a)*, dice con gran deseo á la llama, que es el Espíritu Santo, que rompa ya la vida mortal por aquel dulce encuentro, en que de veras le acabe de comunicar lo que cada vez parece que le va á dar y á hacer, *cuando la encuentra (a)*, que es glorificarla entera y perfectamente, y así dice:

¡Oh llama de amor viva!

Para encarecer el alma el sentimiento y aprecio con que habla en estas cuatro Canciones, pone en todas ellas estos términos: *oh* y *cuán*, que significan encarecimiento afectuoso: los cuales cada vez que se dicen, dan á entender del interior más de lo que se dice por la lengua. Y sirve el *oh* para mucho desear y para mucho rogar persuadiendo; y para entrambos efectos usa el alma de él en esta Canción; porque en ella encarece é íntima el gran deseo, persuadiendo al amor que la desate del nudo de esta vida. Esta llama de amor es el espíritu de su Esposo, que es el Espíritu Santo, el cual siente ya el alma en sí, no sólo como fuego que la tiene consumada y trasformada en suave amor, sino como fuego que, demás de eso, arde en

ella y echa llama (como dije); y aquella llama baña al alma en gloria y la refresca en temple de vida divina. Y esta es la operación del Espíritu Santo en el alma transformada en amor, que los actos que hace interiores es llamear, que son inflamaciones de amor, en que unida la voluntad del alma, ama subidísimamente, hecha un amor con aquella llama. Y así estos actos de amor del alma son preciosísimos, y merece más en uno, y *vale más, que cuanto habrá hecho toda su vida* sin esta transformación *por más que ello fuese (c)* etc. Y la diferencia que hay en hábito y el acto, hay entre la transformación en amor y la llama de amor, que es la que hay entre el madero inflamado y la llama de él, que la llama es efecto del fuego que allí está.

De donde el alma que está en estado de transformación de amor, podemos decir que su ordinario hábito es como el madero que siempre está embestido en fuego; y los actos de esta alma son la llama que nace del fuego de amor, que tan vehemente sale cuanto es más intenso el fuego de la unión; *en la cual llama se unen y suben los actos de la voluntad (c)*, arrebatada y absorta en la llama del Espíritu Santo, que es como el Angel que subió á Dios en la llama de sacrificio de Manué. Y así en este estado *no puede el alma haçer actos, que el Espíritu Santo la mueve á ellos (c)*; y por eso todos los actos de ella son divinos; *pues es hecha y movida (c)* (1) por Dios: de donde al alma le parece que cada vez que llamea esta llama, haciéndola amar con sabor y temple divino, la está dando vida eterna, pues la levanta á operación de Dios en Dios. Y este es el lenguaje y palabras que habla y trata Dios en las almas purgadas y limpias, que son palabras todas encendidas, como dijo David: tu palabra es encendida vehementemente; y el Profeta: *Nunquid non verba mea sunt quasi ignis?* ¿Por ventura mis palabras no son como fuego? (Hier. XXIII, 29.) Las cuales palabras, como él mismo dice por San Juan, son espíritu y vida, la cual sienten las almas que tienen oídos para oirla, que, como digo, son las almas limpias y enamoradas. Que los que no tienen el paladar sano, sino que gustan otras cosas, no pueden gustar el espíritu y vida de ellas; y por eso cuanto más altas palabras decía Dios, tanto más algunos se desabrían por su impureza, como fué cuando predicó aquella tan sabrosa y amorosa doctrina (Joan. VI, 67) de la Sagrada Eucaristía, que muchos de ellos volvieron atrás.

Y no porque los tales no gusten este lenguaje de Dios, que habla de dentro, han de pensar que no le gustarán otros, como aquí se dice, como las gustó San Pedro en el alma cuando dijo á Cristo: *Domine, ad quem ibimus? verba vitæ æternæ habes?* Dónde iremos, Señor, que tienes palabras de vida eterna (Joan. VI, 69). Y la Samaritana olvidó el agua y el cántaro por la dulzura de las palabras de Dios; y así estando esta alma tan cerca de Dios, que está trasformada en llama de amor, en que se le comunica el Padre, Hijo y Espíritu Santo. ¿Qué increíble cosa se dice que

(1) «Pues son hechos y movidos por Dios.» (Ms. 18.160.)

guste un rastro de vida eterna; aunque no perfectamente, porque no lo lleva la condición de esta vida? *Mas es tan subido el deleite que aquel llamear del Espíritu Santo hace en ella, que la hace saber á qué sabe la vida eterna; que por eso llama á la llama viva (c)*; no porque no sea siempre viva, sino porque le hace tal efecto, que le hace vivir en Dios espiritualmente, y sentir vida de Dios, al modo que dice David (Ps. LXXXIII, 3): mi corazón y mi carne se gozaron en Dios vivo. No porque sea menester decir que sea *vivo*, pues siempre lo está, sino para dar á entender que el espíritu y sentido vivamente gustaban á Dios, *hechos en Dios, lo cual es gustar á Dios vivo, esto es, vida de Dios y vida eterna. Ni dijera David allí Dios vivo, sino porque vivamente le gustaba, aunque no perfectamente, sino como un viso de vida eterna (a)*, y así en esta llama siente el alma tan vivamente á Dios y le gusta con tanto sabor y suavidad, que dice: *¡Oh llama de amor viva!*

Que tiernamente hieres.

Esto es, que con tu amor tiernamente me tocas. Que por cuanto esta llama es llama de vida divina, hiera al alma con ternura de vida de Dios, y tanto y tan entrañablemente la hiera y enternece, que la derrite en amor; porque se cumpla en ella lo que en la Esposa en los Cantares, que se enterneció tanto, que se derritió, y así dice ella allí: Luego que el Esposo habló se derritió mi alma (Cant. V, 6). Porque la habla de Dios, ese es el efecto que hace en el alma. Mas ¿cómo se puede decir que la hiera, pues en el alma no hay cosa ya por herir, estando ya el alma toda cauterizada con fuego de amor? Es cosa maravillosa, que como el amor nunca está ocioso, sino en continuo movimiento, como la llama está echando siempre llamaradas acá y allá, y el amor cuyo oficio es herir para enamorar y deleitar, como en la tal alma está en viva llama, estale arrojando sus heridas como llamaradas ternísimas de delicado amor, ejercitando jocunda y festivalmente las artes y juegos del amor, como en el palacio de sus bodas, como Asuero con la esposa Ester, mostrando allí sus gracias, descubriéndola allí sus riquezas y la gloria de su grandeza; porque se cumpla en esta alma lo que él dijo en los Proverbios diciendo: deleitábame yo por todos los días jugando *delante de él todo tiempo*, jugando en la redondez de la tierra, y mis deleites es estar con los hijos de los hombres, es á saber, dándoselos á ellos. Por lo cual estas heridas que son sus juegos, son llamaradas de tiernos toques, que al alma tocan por momentos de parte del fuego de amor, que no está ocioso: los cuales dice, acaecen y hieren

De mi alma en el más profundo centro.

Porque en la sustancia del alma, *donde ni el centro del sentido (c)* ni el demonio puede llegar, pasa esta fiesta del Espíritu Santo; y por tanto, tanto más segura, sus-

tancial y deleitable es, cuanto más interior ella es; porque cuanto más interior es, es más pura, y cuanto hay más de pureza, tanto más abundante y frecuente y generalmente se comunica Dios: y así es tanto más el deleite y el gozar del alma y del espíritu, porque es Dios el obrero de todo, sin que el alma haga de suyo nada: por cuanto el alma no puede obrar (s) de suyo nada, si no es por el sentido corporal ayudada de él, del cual en este caso está ella muy libre y muy lejos: su negocio es ya sólo recibir de Dios, el cual sólo puede en el fondo del alma sin ayuda de los sentidos hacer obra y mover el alma en ella en la obra: y así todos los movimientos de la tal alma son divinos, y aunque son suyos de él, de ella lo son también, porque los hace Dios en ella con ella, que da su voluntad y consentimiento. Y porque decir que hiere en el más profundo centro de su alma, da á entender que tiene el alma otros centros no tan profundos, conviene advertir cómo sea esto. Y cuanto á lo primero es de saber, que el alma en cuanto espíritu no tiene alto y bajo y más profundo y menos profundo en su ser, como tienen los cuerpos cuantitativos: que pues en ella no hay partes, no tiene más diferencia dentro que fuera, que toda es de una manera, y no tiene centro de hondo y menos hondo cuantitativo; porque no puede estar en una parte más ilustrada que en otra como los cuerpos físicos, sino toda de una manera en más ó en menos, como el aire que todo está de una manera ilustrado y no ilustrado en más ó en menos. En las cosas á aquello llamamos centro muy profundo, que es á lo que más puede llegar su ser y virtud y la fuerza de su operación y movimiento y no puede pasar de allí: Así como el fuego ó la piedra que tienen virtud y movimiento natural y fuerza para llegar al centro de su esfera y no pueden pasar de allí ni dejar de estar allí, si no es por algún impedimento contrario. Según esto diremos, que la piedra cuando está dentro de la tierra está en su centro, porque está dentro en la esfera de su actividad y movimiento, que es el elemento de la tierra; pero no está en lo más profundo de ella, que es el medio de la tierra, porque todavía la queda virtud y fuerza para bajar y llegar hasta allí si se le quita el impedimento de delante: y cuando llegare y no tuviere de suyo más virtud para más movimiento, diremos que está en el más profundo centro. El centro del alma Dios es, al cual habiendo ella llegado según toda la capacidad de su ser y según la fuerza de su operación, habrá llegado al último y profundo centro del alma, que será cuando con todas sus fuerzas ame y entienda y goce á Dios; y cuando no llegue á tanto como esto aunque esté en Dios, que es su centro por gracia y por la comunicación suya si todavía tiene movimiento para más, y fuerza para más, y no está satisfecha. Aunque está en el centro no en el más profundo, pues puede ir á más. El amor, une al alma con Dios, y cuantos más grados de amor tuviere, más profundamente entra en Dios y se concentra con él, y así podemos decir que cuantos grados hay de Amor de Dios, tantos centros, uno más que otro, hay de el alma en Dios, que son las muchas mansiones que dijo él que había en la casa de su Padre. Y así si tiene un grado de amor, ya está en su

centro de Dios; porque un grado de amor basta para estar en Dios por gracia. Si tuviere dos grados, habrá concentrádose con Dios otro centro más adentro, y si llegare á tres, concentrarse há como tres. Si llegare hasta el último grado, llegará á herir el amor de Dios hasta el más profundo centro del alma; que será trasformarla y esclarecerla según todo el ser y potencia y virtud del alma, como es capaz de recibir, hasta ponerla que parezca Dios. Bien así como en el cristal que está limpio y puro, que cuantos más grados de luz va recibiendo, tanto más se va en él reconcentrando la luz, y tanto más se va él esclareciendo, hasta llegar á tanto, que se concentre en él tan copiosamente la luz, que venga él á parecer todo luz, y no se divise entre la luz, estando él esclarecido en ella todo lo que puede, que es parecer como ella. Y así en decir el alma que la llama hiere en el más profundo centro, es decir, que cuanto alcanza la substancia y virtud y fuerza del alma, la hiere; lo cual dice para dar á entender la copiosidad y abundancia de su gloria y deleite, que es tanto mayor y más tierno, cuanto más fuerte y substancialmente está transformada y reconcentrada en Dios. Lo cual es mucho más que en la común unión de amor pasa, según el mayor afervoramiento del fuego, que aquí, como decimos, hecha llama viva; porque esta alma, estando ya tan en gloria suave, y la alma que goza de la sola y común unión de amor, son en cierta manera comparadas al fuego de Dios, que dice Isaías, que está en Sión, que significa la Iglesia militante; y al horno de Dios que estaba en Jerusalem (Isai III), que significa visión de paz. Porque aquí está esta alma como un horno encendido con visión tanto más pacífica y gloriosa y tierna, como decimos, cuanto más encendida es la llama de este horno que el común fuego; y así sintiendo el alma que esta viva llama, vivamente la está comunicando todos los bienes, porque este divino amor todo lo trae consigo, dice. *¡Oh llama de amar viva, que tiernamente hieres!*, lo cual es como si dijera: oh encendido amor que tiernamente estás glorificándome con tus amorosos movimientos en la mayor capacidad y fuerza de mi alma, es á saber, dándome inteligencia divina según toda la habilidad de mi entendimiento, y comunicándome el amor según la mayor fuerza de mi voluntad, y *deleitándome en la sustancia del alma con la afluencia y copiosidad de la suavidad de tu divino contacta y junta substancial, según la mayor pureza de ella y la capacidad de mi memoria* (a). Y esto acaece así más de lo que se puede y alcanza á decir al tiempo que se levanta esta llama en el alma.

Que por cuanto el alma según sus potencias y su sustancia está purgada y purísima, profunda y sutil y subidamente la absorbe en sí la Sabiduría con su llama, la cual Sabiduría, toca desde un fin hasta otro fin por su limpieza; y en aquel absorbimiento de sabiduría el Espíritu Santo ejercita los vibramientos gloriosos de su llama, que habemos dicho, la cual, por ser tan suave, dice el alma luego:

Pues ya no eres esquivá.

Es á saber, pues ya no afliges, ni aprietas, ni fatigas como antes hacías; porque conviene saber, que esta llama, cuando el alma estaba en estado de purgación espiritual, que es cuando va entrando en contemplación, no le era tan arrojable y suave como ahora lo es en este estado de unión. Y en declarar cómo esto sea nos habemos de detener un poquito.

En lo cual es de saber, que antes que este divino fuego de amor se introduzca y una en la sustancia del alma por acabada y perfecta purgación y pureza, esta llama está hiriendo en el alma, gastándole y consumiéndole las imperfecciones de sus malos hábitos; y ésta es la operación del Espíritu Santo, en la cual la dispone para la divina unión y transformación substancial en Dios por amor. Porque el mismo fuego de amor, que después se une con ella glorificándola, es el que antes la embiste purgándola; bien así como el mismo fuego que entra en el madero es el que primero le está embistiendo é hiriendo con su llama, enjugándole y desnudándole de sus feos accidentes, hasta disponerle con su calor, tanto, que pueda entrar en él y transformarle en sí. En el cual ejercicio el alma padece mucho detrimento, y siente graves penas en el espíritu (y á veces redundan en el sentido), siéndole esta llama muy esquiva; porque en esta disposición de purgación no le es esta llama clara, sino obscura, ni le es suave, sino penosa, que aunque algunas veces pega calor de amor, es con tormento y aprieto; y no le es deleitable, sino seca; ni le es reficionadora y pacífica, sino consumidora y argüidora; ni le es gloriosa, sino antes la pone miserable y amarga en luz espiritual que la dá de propio conocimiento, enviando Dios fuego, como dice Jeremías, en sus huesos, y examinándola en fuego, como dice David. Y así en esta sazón padece el alma en el entendimiento grandes tinieblas; en la voluntad muchas sequedades y aprietos, y en la memoria grave noticia de sus miserias; porque está el ojo del conocimiento espiritual propio muy claro; y en la substancia del alma padece profunda pobreza y desamparo; seca y fría y á veces caliente, no hallando en nada alivio, ni aun pensamiento que la consuele, ni poder levantar el corazón á Dios, habiéndosele puesto esta llama tan esquivamente, como dice Job, que en este ejercicio hizo Dios con él, diciendo: Mudádotte me has en cruel; porque cuando estas cosas juntas padece el alma, es de manera el purgatorio, que todo encarecimiento se queda corto; porque es á veces muy poco menos que el purgatorio, y no sabría yo ahora cómo dar á entender esta esquivez y lo que en ella pasa y siente el alma, sino con lo que á este propósito dice Jeremías por estas palabras (Tren. III): Yo varón que veo mi pobreza en la vara de su indignación: hame amenazado y trájome á las tinieblas y no á la luz; tanto ha vuelto y convertido su mano contra mí; hizo envejecer mi piel y mi carne y desmenuzó mis huesos, hizo cerco de muro en derredor de mí y rodeóme de hiel y trabajo; en tenebrosidades me colocó como á muertos sempiternos; edificó en mi derredor; porque no salga agravóme las prisiones, y demás de esto, cuando hubiere dado voces y rogado ha excluído mi oración, cercóme mis caminos con piedras cuadradas

y trastornó mis pisadas y sendas. Todo esto dice Jeremías, y va allí diciendo mucho más, que porque esta cura y medicina que Dios hace al alma de sus muchas enfermedades para darle salud, por fuerza ha de penar según su dolencia en la purga y cura; porque aquí la ponen el corazón sobre las brasas, para que en él se extrique todo género de demonio; y aquí van saliendo á luz sus enfermedades, y se las ponen delante los ojos á sentir y las ponen en cura; y lo que antes el alma tenía asentado y encubierto, ya lo ve y lo siente en la luz y calor del fuego, lo cual antes no veía; así como en el agua y humo, que hace salir del madero el fuego, se ve la humedad y frialdad que tenía, la cual antes no se conocía; mas ahora cerca de esta llama ve y siente el alma claramente sus miserias, porque (¡oh cosa admirable!) levántanse en el alma contrarios contra contrarios, y unos relucen cerca de los otros, como dicen los filósofos, y hacen la guerra en el sujeto del alma, procurando los unos repeler á los otros, para reinar ellos en ella, porque como esta llama es de extremada luz, y embiste en el alma, su luz luce en las tinieblas del alma, que también son extremadas, y el alma entonces siente sus tinieblas naturales, que se oponen contra la sobrenatural luz y no siente la luz sobrenatural, porque las tinieblas no lo comprenden, y así estas tinieblas naturales suyas sentirá, en tanto que la luz los embiestiere, porque no pueden las almas ver sus tinieblas sino cerca de la divina luz, hasta que expeliéndolas quede ilustrada y vea la luz, habiéndola ya limpiado y fortalecido el ojo, porque inmensa luz en vista flaca y no limpia, totalmente es tinieblas, privando el excelente sensible la potencia, y así érale esta llama esquiva en la vista de el entendimiento, la cual como también es amorosa y tierna, tierna y amorosamente embiste en la voluntad, y lo duro se siente cerca de lo tierno, y la sequedad cerca del amor: siente la voluntad su natural dureza y sequedad para con Dios, y no siente el amor y ternura, porque dureza y sequedad no pueden comprender estotros contrarios hasta que siendo expelidos por ellos reine en la voluntad amor y ternura de Dios, pues no pueden haber dos contrarios en un sujeto, y por el semejante, porque esta llama es amplísima, cerca de ella siente la voluntad su estrechura, y así padece grandes aprietos, hasta que dando en ella, la dilate y haga capaz, y de esta manera le era esquiva según la voluntad, siéndole desabrido el dulce manjar de amor por no tener el paladar curado de otras aficiones; y finalmente, porque esta llama es de inmensas riquezas y bondad y deleites, y el alma que de suyo es pobrísima, y no tiene bien ninguno, ni de qué satisfacer, siente claramente su pobreza y miseria y malicia cerca de esta riqueza y bondad y deleites de la llama; porque la malicia no comprende la bondad, etc., hasta tanto que esta llama acabe de purificar el alma, y con su transformación la enriquezca, y glorifique y deleite. De esta manera le era antes esquiva, y de esta manera suele ser el sumo padecer en la substancia y potencias del alma, en aprietos y angustia grande peleando allí unos contrarios con otros, en un sujeto paciente, Dios que es todas las perfecciones contra todos los hábitos imperfectos del alma, y curtiendo en ardores al alma, para que desarraigándolos de

ella, y disponiéndola, entre él en ella, y se una con ella por amor suave, pacífico y glorioso, así como el fuego cuando ha entrado en el madero.

Esta purgación tan fuerte en pocas almas acaece; sólo en aquellas que él quiere levantar por contemplación á algún grado de unión, y á las que, al más subido grado, más fuertemente las purga, lo cual acaece de esta manera, y es que queriendo Dios sacar el alma del estado común de vía y operación natural á vida espiritual, y de meditación á contemplación, que es más estado celestial que terreno, en que él mismo se comunica por unión de amor, comenzándose él desde luego á comunicar al espíritu, el cual está todavía impuro é imperfecto, con malos hábitos, padece cada uno al modo de su imperfección, y á veces le es tan grave en cierta manera esta purgación al que dispone para que le reciba acá, por perfecta unión, como es la del purgatorio, en que se purgan para verle allá, y la intensión de esta purgación, y cómo es en más, y cómo es en menos, y cuándo según la voluntad, y cuándo según el entendimiento, y cómo según la memoria, y cuándo y cómo también según la substancia de el alma, y también cuándo según todo, y la de la parte sensitiva, y cómo se conocerá cuándo es, por lo que tratamos en la *Noche oscura* de la *Subida del Monte Carmelo*, y no hace ahora á nuestro propósito, no digo más. Basta saber ahora que el mismo Dios, que quiere entrar en el alma por unión y transformación de amor, es el que antes estaba embistiendo en ella, y purgándola con la luz y calor de su divina llama, así como el mismo fuego que entra en el madero es el que le dispone antes que entre, y así la misma que ahora le es suave, le era antes esquiva, y por tanto es como si dijera: Pues ya no solamente no me eres oscura como antes, pero eres mi divina lumbre de mi entendimiento, con que te puedo mirar, y no solamente no haces ya desfallecer mi flaqueza, mas antes eres la fortaleza de mi voluntad, con que te puedo amar y gozar, estando toda convertida en divino amor, y ya no eres pesadumbre y aprieto para la substancia de mi alma, mas antes la gloria y deleites y anchura de ella, pues que de mí se puede decir lo que se canta en los divinos Cantares, diciendo: ¿Quién es esta que sube del desierto, abundante en deleites, estrivando sobre su Amado, acá y allá vertiendo amor?

Acaba ya, si quieres.

Es á saber: acaba ya de consumir conmigo perfectamente el matrimonio espiritual con tu vista beatífica, que aunque es verdad que en este estado tan alto está el alma tanto más conforme cuanto más trasformada, porque *para sí* (c) ninguna cosa sabe, «ni acierta á pedir, sino todo para su amado; porque la caridad no pretende sus cosas sino las del amado» (1 ad Cor. XIII, 5); todavía porque aún vive en esperanza en que no se puede dejar de sentir vacío, tiene tanto de gemido, aunque suave y regalado, cuanto le falta para la acabada posesión de la adopción de hijo de

Dios, donde consumándose su gloria, se quietará su apetito: el cual aunque acá más juntura tenga (c) con Dios (1), nunca se hartará hasta que parezca esta gloria (Ps. XVI, 15), mayormente teniendo ya el sabor y la golosina de ella, como aquí se tiene: que es tal, que si Dios no tuviese aquí también favorecida la carne, amparando el natural con su diestra (como lo hizo con Moisés en la piedra, para que sin morir se pudiese ver su gloria, con la cual diestra antes el natural recibe refección y deleite que detrimento), á cada llamarada de éstas *moriría y se corromperla el natural (c)*, no teniendo la parte inferior vaso para sufrir tanto fuego y tan subido.

Y por eso este apetito y la petición de él no es aquí con pena, pues no está aquí el alma capaz de ella, sino con gran suavidad y deleite y conformidad *racional y sensitiva lo pide (a)*. (Que por eso dice *si quieres*), porque la voluntad y apetito está tan hecho uno con Dios, que tiene por gloria que se cumpla lo que Dios quiere. Pero son tales las asomadas de gloria y el amor, que se trasluce *quedar por entrar á la puerta, no cabiendo por la angostura de la casa terrestre (a)*, que antes sería poco amor no pedir entrada en aquella perfección y cumplimiento de amor. Porque demás de ésto, ve allí el alma que en aquella fuerza de deleitable comunicación la está el Espíritu Santo provocando y convidando con maravillosos modos y afectos suaves á aquella inmensa gloria que la está proponiendo delante de sus ojos, diciendo lo que en los Cantares á la esposa, conviene saber: *Mirad (dice ella) lo que me está diciendo mi esposo (a)*: levántate y date priesa, amiga mía, paloma mía, hermosa mía, y ven, pues que ha pasado ya el invierno y la lluvia pasó y se desvió y las flores han parecido en nuestra tierra. Y ha llegado el tiempo de podar y la voz de la tortolilla se ha oído en nuestra tierra, y la higuera ha echado sus higos, y las floridas viñas han dado su olor. Levántate, amiga mía, graciosa mía, y ven: paloma mía, en los horados de la piedra, en la caverna de la cerca, muéstrame tu rostro, suene tu voz en mis oídos, porque tu voz es dulce, y tu cara hermosa (Cant. II, 10). Todas estas cosas siente el alma *distintísimamente (a)* que la está diciendo el Espíritu Santo en aquel suave y tierno llamear. Y por eso ella aquí responde: *Acaba ya, si quieres*: en lo cual le pide aquellas dos peticiones que él mandó pedir por San Mateo: *Adveniat regnum tuum. Fiat voluntas tua* (Cap. VI, 10); como si dijera: acábame de dar ese reino como tú lo quieres; y para que así sea

Rompe la tela de este dulce encuentro.

Que es la que impide este tan grande negocio; porque es fácil cosa llegar á Dios quitados los impedimentos y telas que dividen. Las cuales se reducen á tres telas que se han de romper para poseer á Dios perfectamente; conviene á saber:

(1) «Más unido está con Dios.» (Ms. 18.160.)

temporal, en que se comprehende toda criatura; natural, en que se comprenden las operaciones é inclinaciones puramente naturales; y sensitiva, en que sólo se comprehende la unión del alma en el cuerpo, que es vida sensitiva y animal, de que dice San Pablo. Sabemos que si esta nuestra casa terrestre se desata, tenemos habitación de Dios en los cielos (II ad Cor. V, 1). Las dos primeras telas de necesidad se han de haber rompido para llegar á esta posesión de unión de Dios por amor, en que todas las cosas del mundo están negadas y denunciadas, y todos los apetitos y afectos naturales mortificados, y las operaciones del alma hechas divinas; todo lo cual, se rompió por los encuentros de esa llama cuando era esquivia; porque en la purgación espiritual, como habemos dicho arriba, acaba el alma de romper con estas dos telas y unirse como aquí está, y no queda por romper más que la tercera de la vida sensitiva. Que por eso dice aquí *tela*, y no *telas*, porque no hay más de ésta, *la cual por estar ya tan sutil y delgada y espiritualizada con esta unión de Dios (a)*, no la encuentra la llama rigurosa y esquivamente, como á las otras hacía, sino sabrosa y dulcemente, y así la muerte de las semenjantes almas siempre es más suave y dulce, más que les fué toda la vida, porque mueren con ímpetus y encuentros sabrosos de amor, como el cisne, que canta más dulcemente cuando se quiere morir y se muere. Que por eso dijo David: Que la muerte de los justos es preciosa (Ps. CXV, 15), porque allí van á entrar los ríos del amor del alma en la mar, y están allí tan anchos y represados, que parecen ya mares, juntándose allí lo primero y lo postrero, para acompañar al justo que va y parte á su reino, oyéndose las alabanzas de los fines de la tierra (Isai. XXIV, 16), que son gloria del justo. Y sintiéndose el alma en esta sazón, en estos gloriosos encuentros, tan al canto de salir (1) en abundancias á poseer el reino acabadamente, porque se ve pura y rica y dispuesta (s) para ello, porque en este estado déjales Dios ver su hermosura, y fíales los dones y virtudes que les ha dado; porque todo se les vuelve en amor y alabanzas (s), no habiendo ya levadura que corrompa la masa, y como ve que no le falta más que romper la tela flaca de esta humana condición de vida natural, en que se siente enredada y presa é impedida su libertad con deseo de ser desatada y verse con Cristo (ad Philip. I, 23), deshaciéndose ya esta urdimbre de espíritu y carne, que son de muy diferente ser, recibiendo cada una de por sí su suerte, que la carne se quede en su tierra y el espíritu vuelva á Dios que le dió (Eccles. XII, 7); pues la carne no aprovecha nada, como dice San Juan (VI, 64), antes estorbaba este bien de espíritu, haciéndole lástima que una vida tan baja la impida otra tan alta, pide que se rompa. Y llámala tela por tres cosas. La primera, por la trabazón que hay entre el espíritu y la carne. La segunda, porque divide entre Dios y el alma. La tercera, porque así como la tela no es tan opaca y condensa, que no se pueda traslucir lo claro por ella, así en este estado parece esta trabazón tan delgada tela, por estar ya

(1) «Tan al punto de salir.» (Ms. 18.160.)

muy espiritualizada, é ilustrada y adelgazada, que no se deja de traslucir la divinidad en ella; y como siente el alma la fortaleza de la otra vida, echa de ver la flaqueza de esta otra, y parece muy delgada tela, y aun tela de araña, como la llama David, diciendo: Nuestros años como la araña meditarán (Ps. LXXXIX, 9), y aun es mucho menos delante del alma que así está engrandecida; porque, como está puesta en el sentir de Dios, siente las cosas como Dios, delante del cual, como también dice David: Mil años son como el día de ayer que pasó (Ps. LXXXIX, 4). Y según Isaías: todas la gentes son como si no fuesen (XL, 17). Y ese mismo tomo tienen delante del alma, que todas las cosas le son nada, y ella es para sus ojos nada: sólo su Dios para ella es el todo.

Pero hay aquí que notar: ¿por qué razón pide más que rompa la tela, que la corte ó que la acabe, pues todo parece una cosa? Podemos decir que por cuatro cosas. La primera, por hablar con más propiedad, porque más propio es del encuentro romper que cortar y que acabar. La segunda porque el amor es amigo de fuerza de amor y de toque fuerte é impetuoso, lo cual se ejercita más en el romper que en el cortar y acabar. La tercera, porque (s) el amor apetece que el acto sea brevísimo, porque se cumple más presto; y tiene tanta más fuerza y valor, cuanto es más breve y más espiritual, porque la virtud unida, más fuerte es que esparcida, é introdúcese el amor, al modo que la forma en la materia, que se introduce en un instante, y hasta entonces no había acto sino disposiciones para él; y *asi los actos espirituales, como en un instante se hacen, lo demás son disposiciones para él, cuales son los actos de deseos y afectos sucesivos, que muy pocos llegan á ser actos. Por lo cual dijo el Sabio: que es mejor el fin de la oración que el principio. Mas los que llegan, en un punto se forman en Dios. Por lo cual se dice: que la oración breve penetra los cielos (a)*. De donde el alma dispuesta, muchos más actos y más intensos puede hacer en breve tiempo, que la no dispuesta en mucho; porque á ésta todo se le va en disponer el espíritu, y aun después se suele quedar el fuego por entrar en el madero; mas en la dispuesta, por momentos entra el amor, que la centella prende al primer toque en la seca yesca; y así el alma enamorada, más quiere la brevedad del romper que el espacio del cortar y del esperar y acabar. La cuarta es, porque se acabe más presto la tela de la vida, porque el cortar y acabar hácese de más acuerdo, cuando la cosa está ya más sazónada, y parece que pide más espacio y madurez; y el romper no espera madurez ni nada de eso. Y esta alma eso quiere, que no se espere á que se acabe la vida naturalmente *ni acuerdo de que se corte (a)*; porque la fuerza del amor y la disposición que en sí ve, la hace querer y pedir que se rompa con algún encuentro é ímpetu sobrenatural de amor; porque sabe allí muy bien el alma, que es condición de Dios llevar á las tales almas antes de tiempo por darles los bienes y sacarlas de los males, consumiéndolas él en breve tiempo por medio de aquel amor y dándoles lo que en mucho tiempo pudieran ir ganando, como dice el Sabio por estas palabras: El que agrada á Dios es hecho amado, y

viviendo entre los pecadores, fué trasladado y arrebatado, porque la malicia no mudara su entendimiento, ó la ficción no engañara su alma. Consumado en breve, cumplió muchos tiempos: porque su alma era agradable á Dios, por eso se apresuró á sacarle de en medio (Sap. IV, 10).

Por eso es grande negocio ejercitar mucho el amor, porque consumándose aquí el alma, no se detenga mucho acá ó allá sin verle cara á cara.

Pero veamos ahora, ¿por qué á este embestimiento interior del Espíritu Santo llama el alma *encuentro más que otro nombre alguno?* (a). *Y es porque siente el alma en Dios, como habemos dicho, infinita gana de que se le acabe la vida para consumarla en gloria, sino que como no ha llegado el tiempo, no se hace; y así para la más consumir y elevar de la carne* (c), hace él en ella unos embestimientos divinos y gloriosos á manera de encuentros, que verdaderamente son encuentros, con que siempre penetra endiosando la sustancia del alma y *haciéndola divina* (c). En lo cual absorbe al alma *sobre todo ser al ser de Dios* (c); porque la encontró Dios y las traspasó vivamente en el Espíritu Santo, cuyas comunicaciones son impetuosas cuando son afavoradas como esta lo es. En el cual, porque el alma vivamente gusta de Dios, le llama *dulce*; no porque otros muchos toques y encuentros que en este estado recibe dejen de ser dulces y sabrosos, sino por la eminencia que tiene sobre todos los demás; porque lo hace Dios, como habemos dicho, á fin de desatarla y glorificarla. De donde á ella le nacen alas para decir: *Rompe la tela*, etc.

Y así toda la Canción es como si dijera: ¡Oh llama del Espíritu Santo, que tan íntima y tiernamente traspasas la sustancia de mi alma y la cauterizas con tu ardor; pues ya estás tan amigable que te muestras con gana de dárteme en vida eterna cumplida; si antes mis peticiones no llegaban á tus oídos, cuando con ansias y fatigas de amor, en que penaba la flaqueza de mi sentido y espíritu, por la mucha flaqueza é impureza y poca fuerza de amor que tenían, te rogaba me desatases, porque con deseo te deseaba mi alma, cuando el amor impaciente no me dejaba conformar tanto con esta condición de vida, que tú querías que viviese, y los pasados ímpetus de amor no eran bastantes delante de tí, porque no eran de tanta sustancia: ahora que estoy tan fortalecida en amor, que no sólo no desfallece mi sentido y espíritu á tí, mas antes fortalecidos de tí mi corazón y mi carne, se gozan en Dios vivo con grande conformidad de las partes: donde lo que tú quieres que pida, pido, y lo que no quieres, no lo quiero, *ni puedo* (c) ni aun me pasa por pensamiento pedir; y pues son ya delante de tus ojos más válidas y razonables mis peticiones, pues salen de tí y tú las quieres, y con sabor y gozo en el Espíritu Santo te lo pido, saliendo ya mi juicio de tu rostro, que es cuando los ruegos precias y oyes: rompe la tela delgada de esta vida y *no la dejes llegar á que la edad y años naturalmente la corten* (a), para que te pueda amar desde luego con la plenitud y hartura que desea mi alma, sin término y fin.

CANCIÓN II

¡Oh cauterio suave!
 ¡Oh regalada llaga!
 ¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado,
 Que á vida eterna sabe,
 Y toda deuda paga!
 Matando, muerte en vida la has trocado.

DECLARACIÓN

En esta Canción da á entender el alma cómo las tres personas de la Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, son los que hacen en ella esta divina obra de unión. Y *así la mano* y el *cauterio* y el *toque*, en substancia son una mesma cosa; y pónelos estos nombres, por cuanto por el efecto que hace cada una les convienen. El *cauterio* es el Espíritu Santo. La *mano* es el Padre y el *toque* es el Hijo. Y así engrandece aquí el alma al Padre, Hijo y espíritu Santo, encareciendo tres grandes mercedes y bienes que en ella hacen, por haberla trocado su muerte en vida, transformándola en sí. La primera es *llaga regalada*, y ésta atribuye al Espíritu Santo; y por eso la llama *cauterio*. La segunda es *gusto de vida eterna*, y ésta atribuye al Hijo; y por eso le llama *toque delicado*. La tercera es dádiva con que queda muy bien pagada el alma, y ésta atribuye al Padre; y por eso le llama *mano blanda*. Y aunque aquí nombra los tres, por causa de las propiedades de los efectos, sólo con una habla, diciendo: *En vida la has trocado*, porque todos ellos obran en uno, y todo lo atribuye á uno, y todo á todos. Síguese el verso:

¡Oh cauterio suave!

En el libro del Deuteronomio dice Moisés que Nuestro Señor Dios es fuego consumidor (IV, 24); es á saber, fuego de amor; el cual como sea de infinita fuerza, inestimablemente puede consumir, y con grande fuerza abrasando trasformar en sí lo que tocara. Pero á cada uno abrasa como le halla dispuesto, á unos más, á otros menos: y también cuanto él quiere y cómo y cuando quiere. Y como él sea infinito fuego de amor, cuando él quiere tocar al alma algo apretadamente, es el ardor del alma en tan sumo grado, que le parece al alma que está ardiendo sobre todos los ardores del mundo. Que por eso á este toque llama *cauterio*; porque es donde el fuego está más intenso y reconcentrado, y hace mayor efecto de ardor que los demás ignitos.

Y como quiera que este fuego divino tenga trasformada en sí *la substancia* del alma (c), no solamente siente cauterio, mas toda ella está hecha un cauterio de vehemente fuego. Y es cosa admirable y *digna de contar* (a) que con ser este fuego de Dios tan vehemente y consumidor, que con mayor facilidad consumiría mil mundos que el fuego una *raspa* de lino, no consume y acabe los espíritus en que arde, sino que á la medida de su fuerza y ardor los deleite y endiose, ardiendo en ellos suavemente *por la pureza de sus espíritus* (c); como acaeció en los Actos de los Apóstoles, donde viniendo este fuego con grande vehemencia, abrasó á los discípulos, y ellos, como dice San Gregorio, interiormente ardieron con suavidad (Hom. XXX, in Evang.); y eso es lo que dice la Iglesia, diciendo: Vino fuego del cielo, no quemando, sino resplandeciendo; no consumiendo, sino alumbrando (In officio feriæ 2.^a Pent.). Porque en estas comunicaciones, como su fin es engrandecer al alma, no la aprieta, sino ensánchala; no la fatiga, sino deléitala y clasíficala y enriquécela; que por eso le llama *suave*. Y así la dichosa alma que por grande ventura á este cauterio llega, todo lo sabe, todo lo gusta, todo lo que quiere hace y se prospera, y ninguno prevalece delante de ella, ni le toca; porque esta es de quien dice el Apóstol: El espiritual todo lo juzga, y él de ninguno es juzgado (1.^a ad Cor. II, 15). Et iterum: El espiritual todo lo rastrea hasta los profundos de Dios (Ibid, 10). ¡Oh gran gloria de las almas que merecéis llegar á este sumo fuego, en el cual, pues, hay infinita fuerza para os consumir y aniquilar, no os consumiendo, inmensamente os consume en gloria! No os maravilléis que algunas almas las llegue Dios hasta aquí: pues que el sol en algunas cosas se singulariza en hacer más (c) maravillosos efectos, *el cual, como dice el Espíritu Santo: De tres maneras abrasa á los montes de los justos* (a); siendo pues este cauterio tan suave como aquí se ha dado á entender, ¿cuán regalada creemos que será la que de tal fuego fuere tocada? que queriéndolo decir el alma no lo dice sino quédase con el encarecimiento y estimación por este término. *Oh*, diciendo:

¡Oh regalada llaga!

La cual llaga, el *mismo cauterio que la cura la hace* (c), y haciéndola la sana; que es en alguna manera semejante al cauterio del fuego natural; que cuando le ponen sobre la llaga hace mayor llaga y hace que la que antes era llaga causada por hierro ó por otra alguna manera, ya venga á ser llaga de fuego; y si más veces asentase sobre ella el cauterio, mayor llaga de fuego haría hasta venir á resolver el sujeto. Así este cauterio divino de amor, la llaga que él hizo de amor en el alma, él mismo la cura, y cada vez que asienta la hace mayor. Que la cura del amor es llagar y herir sobre lo llagado y herido, hasta tanto que venga el alma á resolverse todo en llaga de amor. Y de esta manera ya hecha toda una llaga de amor, está toda sana transformada en amor y llagada en amor. Porque en este caso, el que está más

llagado está más sano; y el que está todo llagado está todo sano. Y no porque esté esta alma ya toda llagada y toda sana deja el cauterio de hacer su oficio, que es herir de amor. Pero entonces ya es regalar la llaga sana, de la manera que está dicho: y por esto dice: *¡Oh regalada llaga!*; y tanto más regalada, cuanto ella es hecha por más alto y subido fuego de amor. Porque habiéndola hecho el Espíritu Santo á fin de regalar, y como su deseo y voluntad de regalar sea grande, grande es la llaga, porque grandemente sea regalada el alma que la recibe. *¡Oh dichosa llaga, hecha por quien no sabe sino sanar! ¡Oh venturosa y muy dichosa llaga, pues no fuiste hecha sino para regalo y deleite del alma!* Grande es la llaga, porque grande es el que la hizo, y grande es su regalo, pues el fuego de amor es infinito, y se mide según su capacidad. *¡Oh, pues, regalada llaga!*, y tanto más subidamente regalada, cuanto más en el centro y íntimo de la substancia toca el cauterio de amor, abrasando todo lo que se pudo abrasar, para regalar todo lo que se pudo regalar. Este cauterio y esta llaga es á mi ver el más alto grado que en este estado puede ser. Mas hay otras muchas maneras, que ni llegan aquí ni son como éstas; porque esto es de toque de Divinidad en el alma, sin forma ni figura alguna natural, formal, ni imaginaria.

Mas otra manera de cauterizar al alma suele haber también muy subida, y es en esta manera. Acaecerá que estando el alma inflamada en este amor, aunque no está tan cauterizada como aquí hemos dicho (aunque harto conviene lo esté para lo que aquí quiero decir), y es, que acaecerá que sienta embestir en ella un Serafín con un dardo enarbolado de amor encendidísimo, traspasando esta ascua encendida del alma, ó por mejor decir, aquella llama, y cauterizarla subidamente, y entonces en este cauterizar traspasándola, apresúrase la llama y sube de punto con vehemencia, al modo que en un encendidísimo horno ó fragua cuando *le hornaguean y trabucan (c)* el fuego, se afervora la llama y se aviva el fuego, y entonces es cuando siente esta llaga el alma en deleite sobre todo encarecimiento; porque demás de ser toda removida *al trabucamiento y moción impetuosa de su fuego, en que es grande* el ardor y derretimiento de amor, la herida fina y la yerba con que vivamente iba templado el hierro, siente el alma *en la sustancia del espíritu como en el corazón del alma traspasado. Y en este grano de mostaza que parece entonces quedar en mitad del corazón del espíritu, que es el punto de la herida* y lo fino del deleite ¿quién podrá hablar como conviene? Siente *el alma allí como un grano de mostaza que se quedó muy mínimo, vivísimo y encendidísimo; vivo también y encendido fuego en circunferencia enviado de la sustancia y virtud de aquel punto de la herida, donde está la sustancia y virtud de la yerba*, y difundirse sutilmente por todas las espirituales y sustanciales venas del alma, según su potencia y fuerza del ardor. Y siente crecer tanto y convalecer y afinarse el amor, que parecen en ella mares de fuego *que llegan á lo alto y bajo de las máquinas (a)*, llenándolo todo el amor. Y lo que aquí goza el alma no hay más decir, sino que

allí siente cuán bien comparado está el reino de los cielos al grano de mostaza en el Evangelio, que por su gran calor, siendo tan pequeño, crece en árbol grande (Matth. XIII, 31). Así el alma se ve aquí hecha como un inmenso fuego de amor, y *el punto de la virtud de ello en el corazón del espíritu* (a). Pocas almas llegan á esto, mas algunas han llegado, mayormente las de aquellos cuya virtud y espíritu se había de difundir en la sucesión de sus hijos; dando Dios la riqueza y valor á la cabeza, según había de ser la sucesión de la casa en las primicias del espíritu.

Volvamos, pues, á la obra que hace aquel Serafín, que verdaderamente es llagar y herir; y así si alguna vez se da licencia para que salga algún efecto á fuera al sentido corporal, al modo que hirió dentro, sale fuera la herida y llaga: como acaeció cuando el Serafín llagó al Santo Francisco, que llagándole en el alma de amor, en aquella manera salió el efecto de las llagas afuera. Porque Dios ninguna merced hace al cuerpo, que principalmente no la haga primero en el alma. Y entonces, cuanto mayor es el deleite y fuerza de amor que causa la llaga de dentro, tanto mayor es el dolor de la llaga de fuera; y creciendo lo uno, crece lo otro. Lo cual acaece así, que por estar estas almas purgadas y fuertes en Dios esles deleite en el espíritu fuerte y sano, lo fuerte y dulce de Dios, que á su flaca y corruptible carne causa dolor y tormento. Y así es cosa maravillosa sentir crecer el dolor con el sabor. La cual maravilla echó bien de ver Job en sus llagas, cuando dijo á Dios: *Reversus-que mirabiliter me crucias* (Job. X, 16). Volviéndote á mí maravillosamente me atormentas. Porque maravilla grande es, y cosa digna de la suavidad y dulzura que tiene Dios escondida para los que le temen (Ps. XXX, 20), hacer tanto más sabor y deleite, cuanto más dolor y tormento se siente.

¡Oh grandeza inmensa que en todo te muestras omnipotente! ¡Quién pudiera, Señor, hacer dulzura en medio de lo amargo y en el tormento sabor! ¡Oh, pues, regalada llaga!, pues tanto más te regalan, cuanto más crece tu herida. Pero cuando el llagar es en el alma, sin que se comunique afuera, puede ser muy más intenso, y más subido. Porque como quiera que la carne sea freno del espíritu, cuando los bienes de él se comunican á ella, tira la rienda ella, y enfrena la boca á este ligero caballo, y apágale su gran brío; porque el cuerpo como entonces se corrompe, agrava al alma, y el uso de la vida en él oprime el sentido espiritual cuando comprende muchas cosas (Sap. IX, 15). Por tanto, el que se quiere arrimar mucho al sentido corporal, no será muy espiritual: Esto digo para los que piensan que á pura fuerza y operación del sentido, que es bajo, pueden venir á llegar á las fuerzas y á la alteza del espíritu, á que no se llega sino el sentido corporal quedándose fuera. Porque otra cosa es cuando del espíritu se deriva afecto de sentimiento en el sentido; porque en esto puede haber mucho espíritu, como dice San Pablo, que del gran sentimiento que tenía de los dolores de Cristo, le redundaba en el cuerpo, como él da á entender á los de Galacia diciendo: Yo en mi cuerpo traigo las heridas de mi Señor Jesús (Galat. VI, 17). Luego, pues, que tal es la llaga y el cauterio, ¿cuál

será la mano que entienda en esta obra? ¿y cuál el toque que la causa? El alma lo muestra, exagerándolo y no declarándolo, en el verso siguiente, diciendo:

¡Oh mano blanda! ¡Oh toque delicado!

¡Oh mano, que siendo tú tan generosa cuanto poderosa y rica, rica y poderosamente me das las dádivas! ¡Oh mano blanda!, tanto más blanda para esta alma, asentándola blandamente, cuanto si la asentases algo pesadamente, hundiría todo el mundo: pues de solo tu mirar la tierra se extremece (Ps. CIII, 32), y las gentes se desatan y los montes se desmenuzan (Habac. III, 6). ¡Oh, pues, otra vez blanda mano! pues así como fuiste dura y rigurosa para Job. (XIX, 21); porque le tocaste tan sólo una vez asperamente; asentándola tú sobre mi alma muy de asiento, muy amigable y graciosamente, me eres tanto más blanda y suave que fuiste para él dura, cuanto más de asiento me tocas con amor dulce, que á él le tocaste con rigor. Porque tú matas y tú das vida, y no hay quien huya de tu mano. Mas tú, oh Divina vida, nunca matas sino es para dar vida: así como nunca llagas si no es para sanar. Llagásteme para sanarme (Deuter. XXXII, 39), oh Divina mano. Y mataste en mí lo que me tenía muerta sin la vida de Dios, en que ahora me veo vivir. Y esto hiciste tú con la liberalidad de tu generosa gracia para conmigo en el toque con que me tocaste del resplandor de tu gloria y figura de tu sustancia (Hebr. I, 3), que es tu Unigénito Hijo: en el cual, siendo él tu sabiduría, tocas fuertemente desde un fin hasta otro fin por su limpieza (Sap. VIII, 1). ¡Oh, pues, toque delicado, Verbo Hijo de Dios, que por la delicadez de tu ser Divino penetras sutilmente la sustancia de mi alma, y tocándola toda delicadamente, la absorbes toda á tí en Divinos modos de deleites y suavidades nunca oídas en la tierra de Canaan, ni vistas en Teman! (Baruch. III, 22.) ¡Oh pues mucho y en grande manera mucho delicado toque del Verbo!, para mí tanto más, cuanto habiendo transtornado los montes (3. Reg. XIX, 11-12) y quebrantado las piedras en el monte Horeb, con la sombra de tu poder y fuerza que iba delante, te diste á sentir al Profeta en silbo de aire delgado y delicado! ¡Oh aire delgado! como eres aire delgado y delicado, dí ¿cómo tocas delgada y delicadamente siendo tan terrible y poderoso? ¡Oh dichosa, y muy dichosa el alma á quien tocares delgadamente, siendo tan terrible y poderoso! Dilo al mundo. Mas no lo digas, porque no sabe de aire delgado el mundo, y no te sentirá, porque no te puede recibir ni te puede ver.

¡Oh Dios mío y vida mía!, aquellos te sentirán y verán en tu toque que se pusieren en delgado, conviniendo delgado con delgado, á quien tanto más delgadamente tocas, cuanto estando tú escondido en la adelgazada y pulida sustancia de su alma, enajenados de toda criatura y de todo rastro y toque de ella morando muy de asiento en ella, y en eso los escondes á ellos en el escondrijo de tu rostro, que es el Verbo, de la conturbación de los hombres. ¡Oh, pues, otra vez y muchas veces delicado

toque, que con la fuerza de tu delicadeza deshaces al alma y apartas de todos los demás toques y adjudicas sólo para tí, y tan delicado efecto y de goce en el alma, que todo toque de todas las demás cosas altas y bajas le parezca grosero y bastardo si al alma toca, y la ofenda aun en mirarle, y le sea pena y grave tormento tratarle y tocarle! Y es de saber, que tanto más ancha y capaz es la cosa, cuanto más delgada; y tanto más difusa y comunicativa es, cuanto es más delicada. ¡Oh, pues, toque delicado! que tanto más te infundes, cuanto tú eres más delicado, y el vaso de mi alma ya por tu toque tiene más de sencillo, puro, delgado y capaz. ¡Oh, pues, toque delicado, y tan delicado que no sintiéndose en el toque bulto alguno, tocas tanto más al alma, y tanto más adentro tocándola, la endivinas, cuanto tu ser Divino con que tocas está ajeno de modo y manera y libre de toda corteza de forma y figura! ¡Oh, pues, finalmente, toque delicado y muy delicado, pues no le haces en el alma sino con tu simplicísimo y sencillísimo ser, que como es infinito, infinitamente es delicado; y por eso dice:

Que á vida eterna sabe.

Que aunque no en perfecto grado, es en efecto cierto sabor de vida eterna, como arriba queda dicho, que se gusta en este toque de Dios. Y no es increíble que ello así sea creyendo, como se ha de creer, que este toque es toque de sustancias, es á saber, de sustancia de Dios en sustancia del alma; al cual en esta vida han llegado muchos Santos. De donde la delicadez del deleite que en este toque se siente, es imposible decirse; ni yo querría hablar en ello, porque no se entienda que aquello no es más de lo que se dice, que no hay vocablos para declarar y nombrar cosas tan subidas de Dios, como en estas almas pasan; de las cuales el propio lenguaje es entenderlo para sí, y sentirlo y gozarlo y callarlo el que lo tiene. Porque echa de ver el alma aquí en cierta manera, ser éstas como el cálculo que dice San Juan que se daría al que venciese, y en el cálculo un nombre escrito, que ninguno le sabe sino el que le recibe (Apocal. II, 17): Y así sólo se puede decir y con verdad: *Que á vida eterna sabe*. Que aunque en esta vida no se goza perfectamente, como en la gloria, con todo eso este toque, por ser toque de Dios, á vida eterna sabe. Y así gusta el alma aquí de todas las cosas de Dios, comunicándosele fortaleza, sabiduría, amor, hermosura, gracia y bondad, etc. Que como Dios sea todas estas cosas, gústalas el alma en un solo toque de Dios, y así el alma según sus potencias y sustancia goza. Y de este bien del alma á veces redundaba en el cuerpo por la unión del Espíritu Santo, y goza toda la sustancia sensitiva y todos los miembros y huesos y médulas, no tan remisamente como comunmente suele acaecer, sino con sentimiento de grande deleite y gloria, que se siente hasta en los últimos artejos de pies y manos. Y siente el cuerpo tanta gloria en la del alma que en su manera engrandece á Dios, sintiéndole en sus huesos, conforme á aquello de David que dice (Psalm. XXXIV, 10):

Todos mis huesos dirán: Dios, ¿quién habrá semejante á tí? Y porque todo lo que de esto se puede decir, es menos, por esto basta decir así de lo corporal como de lo espiritual *Que á vida eterna sabe.*

Y toda deuda paga.

En lo cual nos convicne aquí declarar ¿qué deudas son estas de que el alma aquí se siente pagada? Y es de saber, que las almas que á este alto reino llegan, comunemente han pasado por muchos trabajos y tribulaciones; porque por muchas tribulaciones conviene entrar en el reino de los cielos (Act. XIV, 21): las cuales ya son pasadas en este estado, porque de aquí adelante ya no padecen. Lo que padecen, los que han de llegar á la unión de Dios son trabajos y tentaciones de muchas maneras en el sentido; y trabajos y tribulaciones, y tentaciones y tinieblas y aprietos en el espíritu, para que se haga la purgación de entrambas estas dos partes, según lo dijimos en la declaración del cuarto verso de la primera Canción. Y la razón de estos trabajos es porque los deleites y noticia de Dios no pueden asentar bien en el alma, si no es el sentido y el espíritu bien purgado y macizado y adelgazado. Y así, porque los trabajos y penitencias purifican y adelgazan el sentido, y las tribulaciones, y tentaciones, y tinieblas, y aprietos, adelgazan y disponen el espíritu, por ellos conviene pasar para transformarse en Dios, como los que allá lo han de ver, por el purgatorio: unos más intensamente, otros menos; unos más tiempo, otros menos, según los grados de unión á que Dios los quiere levantar, y lo que ellos tuvieren que purgar. Por estos trabajos en que Dios al alma y sentido pone, va ella cobrando virtudes y fuerzas y perfección con amargura (2 ad Cor. XII, 9), porque la virtud en la flaqueza se perficiona, y en el ejercicio de pasiones se labra, porque no puede servir el hierro en la inteligencia del artífice si no es por fuego y martillo, en lo cual el hierro padece detrimento acerca de lo que antes era que de esa manera dice Jeremías que le enseñó Dios, diciendo: Envió fuego en mis huesos y enseñóme (Thren. I, 13). Y también dice del martillo: (Jerem. XXXI, 18): Castigásteme, Señor, y quedé enseñado y docto. Por lo cual dice el Eclesiástico (XXXIV, 9). El que no es tentado, ¿qué sabe y qué cosa puede conocer?

Y aquí nos conviene notar, ¿por qué son tan pocos los que llegan a este alto estado? En lo cual es de saber (1) que no es porque Dios quiere que haya pocos de estos espíritus levantados; *que antes querría que todos lo fuesen, sino porque halla pocos vasos en quien hacer tan alta y subida obra: que como los prueba en lo menos, y los halla flacos, de suerte que (a) luego huyen de la labor, no queriendo sujetarse al menor desconsuelo ni mortificación, obrando con maciza paciencia, de*

(1) «Y si alguno preguntare qué sea la causa por qué son tan pocos los que llegan á tan alto estado, respondo:» (Ms. 18.160.)

aquí es que no hallándolos fuertes en la merced que les hacía en comenzar á desbistarlos, no vaya adelante en purificarlos y levantarlos del polvo de la tierra, para lo cual era menester mayor fortaleza y constancia. Y así á estos que querrían pasar más adelante, no pudiendo sufrir lo que es menos ni sujetarse á ello, se les puede responder lo que dice Jeremias diciendo: *Si cum peditibus currens laborasti: quomodo contendere poteris cum equis? cum autem in terra pacis securus fueris, quid facies in superbia Jordanis?* (Jerem. XII, 5). Si corriendo tú con los que iban á pie, trabajaste, ¿cómo podrás atener con los caballos? y como hayas tenido quietud en la tierra de paz, ¿qué harás en la soberbia del Jordán? Lo cual es como si dijera: Si con los trabajos que á pie llano, ordinaria y humanamente acaecen á todos los vivientes, tenías tú tan corto paso, que aunque corrías lo tuviste por trabajo, ¿cómo podrás igualar con el paso del caballo? que es ya salir de ordinarios trabajos y comunes, á otros de mayor fuerza y ligereza. Y si tú no has querido armar guerra contra la paz y gusto de tu tierra, que es tu sensualidad, sino que te quieres estar quieto y consolado en ella, qué harás en la soberbia del Jordán? Esto es, ¿cómo llevarías las impetuosas aguas de tribulaciones y trabajos del espíritu, que son de más adentro?

¡Oh almas que os queréis andar seguras y consoladas! si supiédeses cuánto os conviene padecer sufriendo para venir á eso, y de cuánto provecho es el padecer y la mortificación para venir á tan altos bienes, en ninguna manera buscaríades consuelo ni de Dios, ni de las criaturas; mas antes llevaríades la cruz en hiel y vinagre pura, y lo habríades á gran dicha, viendo que muriendo así al mundo y á vosotras mismas, viviríades á Dios en deleites de espíritu; y sufriendo con paciencia lo exterior, mereceríades que pusiese Dios los ojos en vosotras para limpiaros y purgaros más adentro por algunos trabajos espirituales más interiores. Porque muchos servicios han de haber hecho á Dios, y tenido mucha paciencia y constancia, y muy aceptos han de ser delante de él en su vida á los que él ha de hacer tan señalada merced de tentarlos más adentro, como leemos del Santo Tobías, á quien dijo Rafael: *Et quia acceptus eras Deo, necesse fuit, ut tentatio probaret te.* Que porque había sido acepto á Dios, le había hecho aquella merced de enviarle la tentación que le probase más, para darle más (Tob. XII, 13). Y así todo lo que le quedó de vida después, dice la Escritura que lo tuvo de gozo. Y ni más ni menos vemos en Job (I, 2), que en aceptándole, que le aceptó delante de los espíritus buenos y malos por siervo suyo, luego le hizo merced de enviarle aquellos duros trabajos para engrandecerle después, como lo hizo mucho más que antes en lo espiritual y temporal. Así hace Dios á los que quiere aventajar según la ventaja más principal, que los hace tentar, afligir, atormentar y apurar interior y exteriormente hasta donde se puede llegar, para endiosarlos todo lo que se pueden endiosar, dándoles la unión en su sabiduría, que es el más alto estado, y purgándolos primero en esta sabiduría todo lo que se pueden purgar, según lo nota David, diciendo: *Eloquia Domini*

eloquia casta: argentum igne examinatum: probatum terræ, purgatum septuplum.

Que la sabiduría del Señor es plata examinada con fuego, probada en la tierra de nuestra carne, y purgada siete veces, que es lo más que puede ser (Ps. XI, 7). Y no hay aquí para qué detenernos más diciendo cómo es cada purgación de estas siete para venir á esta unión con Dios, que todavía acá es como plata, que aunque más alta sea, no será como el oro.

Pero conviénele al alma mucho estar con grande constancia y paciencia en estas tribulaciones y trabajos de afuera y de adentro, espirituales y corporales, mayores y menores, tomándolo todo como de mano de Dios para su bien y remedio no huyendo de ellos, pues son sanidad para el alma, como se lo aconseja el Sabio, diciendo: Si el espíritu del que es poderoso descendiere sobre tí, no dejes tu lugar (esto es, el lugar y puesto de tu curación, que es aquel trabajo) porque la curación, dice, hará cesar grandes pecados (Ecles. X, 4); esto es, cortarte há el hilo de tus pecados é imperfecciones, que es el mal hábito, para que no vayan adelante. Y así los aprietos interiores y trabajos apagan y purifican los hábitos imperfectos y malos del alma. Por lo cual lo ha de tener en mucho cuando el Señor enviare trabajos interiores y exteriores, entendiendo que son pocos los que merecen padecer para este fin de tan alto estado, de venir á ser (1) consumados por pasiones.

Pues como el alma aquí se acuerda que se le pagan aquí muy bien todos sus trabajos pasados, porque ya *sicut tenebræ ejus, ita et lumen ejus* (Ps. CXXXVIII, 12); y que como fué participante de las tribulaciones, lo es ahora de las consolaciones; y que á todos los trabajos interiores y exteriores la han muy bien respondido con bienes divinos *del alma y del cuerpo (a)*, sin haber trabajo que no tenga su correspondencia de grande galardón; confiésalo como ya bien satisfecha en este su verso diciendo: *Y toda deuda paga*. Como hizo también David en el suyo diciendo: Cuántas tribulaciones me mostraste muchas y malas, y de todas ellas me libraste, y de los abismos de la tierra otra vez me sacaste: multiplicaste tu magnificencia, y volviéndote á mi me consolaste (Ps. LXX, 20). Y así esta alma, que antes estaba tuera, á las puertas del palacio (como Mardoqueo llorando en las plazas de Susán el peligro de su vida, vestida de cilicio, no queriendo recibir la vestidura de la Reina Ester, ni habiendo recibido ninguna merced ni galardón por los servicios que había hecho al Rey, y la fe que había tenido en mirar por la honra y vida del Rey), en un día la pagan todos sus trabajos y servicios, haciéndola, no solamente entrar en el palacio y que esté delante del Rey vestida de vestiduras reales, sino que también se le ponga la corona y el cetro y silla real con posesión del anillo del Rey, para que todo lo que quisiere haga, y *lo que no quisiere no lo haga (a)* en el reino de su Esposo; porque los de este estado todo lo que quieren alcanzan. De toda deuda

(1) «Que es venir á ser.» (Ms. 13.160.)

queda muy bien pagada, muertos ya sus enemigos de los apetitos, que la andaban queriendo quitar la vida, y ya viviendo en Dios; que por eso dice ella luego:

Matando, muerte en vida la has trocado.

La muerte no es otra cosa sino privación de la vida; porque en viniendo la vida, no queda rastro de muerte. Acerca de lo espiritual, dos maneras hay de vida: una es beatífica, que consiste en ver á Dios cara á cara, y ésta se ha de alcanzar por muerte corporal y natural, como dice San Pablo, diciendo: *Scimus enim, quoniam si terrestri domus nostra hujus habitationis dissolvatur, quod ædificationem ex Deo habemus, domum non manufactam, æternam in cælis*. Sabemos que si esta nuestra casa de barro se desatare, tenemos morada de Dios en los cielos (2 ad Cor. V, 1). La otra es vida espiritual perfecta, que es posesión de Dios por unión de amor, y ésta se alcanza por la mortificación de todos los vicios y apetitos *y de su misma naturateza totalmente (a)*. Y hasta tanto que esto se haga, no se puede llegar á la perfección de esta vida espiritual de unión con Dios: según también lo dice el Apóstol por estas palabras diciendo: Si viviéredes según la carne, moriréis: pero si con el espíritu mortificáredes los hechos de la carne, viviréis (Rom. VIII, 13).

De donde es de saber que lo que aquí el alma llama muerte, es todo el hombre viejo, que es el uso de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, ocupado y empleado en cosas del siglo, y los apetitos en gustos de criaturas. Todo lo cual es ejercicio de vida vieja, la cual es muerte de la nueva, que es la espiritual. En la cual no podrá vivir el alma perfectamente, si no muriere también perfectamente al hombre viejo, como el Apóstol amonesta diciendo: que se desnuden al hombre viejo y se vistan del hombre nuevo, que según Dios es criado en justicia y santidad (Ephes. IV, 22). En la cual vida nueva, cuando ha llegado á perfección de unión con Dios, como aquí vamos tratando, todos *los apetitos del alma y sus potencias, y las operaciones de etlas, que eran de suyo operaciones de muerte y privación de la vida espiritual, se truecan en divinas (c)*; y como quiera que cada viviente viva por su operación (como dicen los filósofos), teniendo sus operaciones en Dios, por la unión que tienen con Dios, el alma vive vida de Dios, y se ha trocado su muerte en vida. Porque el entendimiento, que antes de esta unión *naturalmente (c)* entendía con la fuerza y vigor de su lumbre natural, ya es movido é informado de otro principio de lumbre *sobrenaturat* de Dios *y se ha trocado en divino; porque su entendimiento y el de Dios todo es uno (a)*. Y la voluntad, que antes amaba *muertamente, sólo con su afecto natural (a)* bajamente, ahora ya se ha trocado en vida de amor divino; porque ama altamente con afecto divino movida del Espíritu Santo, en que ya vive; *porque la de él y la de ella solamente es una voluntad (a)*. Y la memoria, que de suyo percibía sólo las formas y figuras de criaturas, es trocada en tener en la mente los años eternos que David

dice (Ps. LXXVI, 6). Y el apetito que *sólo gustaba* el manjar de criatura *que obraba muerte*, ahora es *trocado* en gusto y sabor de manjar divino, movido ya de otro principio donde está más á lo vivo, que es el deleite de Dios; y *ya sólo es apetito de Dios (a)*. Y finalmente, todos los movimientos y operaciones que antes tenía el alma del principio de su vida natural, ya en esta unión son trocados en movimientos de Dios. Porque el alma en todo, como ya verdadera hija de Dios, es movida del espíritu de Dios, como dice San Pablo: que los que son movidos por el espíritu de Dios, son hijos de Dios (Rom. VIII, 14). *De manera, que ya el entendimiento del alma es entendimiento de Dios; y la voluntad, es voluntad de Dios; y la memoria, memoria de Dios; y el deleite, es deleite de Dios (a)*; y la sustancia de su alma, aunque no es sustancia de Dios, porque no puede convertirse en él, pero estando unida con él, y absorba en él, es Dios por participación de Dios, lo cual acaece en este estado perfecto de vida espiritual, aunque no tan perfectamente como en la otra. Y de esta manera, dice bien: *matando, muerte en vida la has trocado*. Y por eso puede aquí decir el alma con mucha razón con San Pablo: Vivo, ya no yo; mas vive en mí Cristo (Gal. II, 20). Y así se trueca la muerte de esta alma en vida de Dios, absorbida el alma en la vida, porque en ella se cumple también el dicho del Apóstol: *Absorpta est mors in victoria* (1 ad Cor. XV, 54). Absorta está la muerte en victoria. Y también el de Oseas profeta, que dice: *Ero mors tua, oh mors. ¡Oh muerte! yo seré tu muerte*, dice Dios (XIII, 14).

De esta manera está absorba el alma en vida, enajenada de todo lo que es secular y temporal, y libre de lo natural desordenado, es introducida en las celdas del Rey, donde se goza y alegra en su Amado, acordándose de sus pechos sobre el vino, y diciendo: *Nigra sum, sed formosa, filiæ Jerusalem*. Morena soy, mas hermosa, hijas de Jerusalén; porque mi negregura natural se trocó en hermosura del Rey celestial (Cant. I, 3). ¡Oh pues, *cauterio de fuego* que abrasas infinitamente sobre todos los fuegos; y cuanto más me abrasas más suave me eres! Y *joh regalada llaga!* más regalada salud para mí que todas las saludes y deleites del mundo; y *joh mano blanda* infinitamente sobre todas las blanduras blanda! (1), tanto para mí más blanda, cuanto más asientas y aprietas; y *joh toque delicado!* cuya delicadez es más sutil y más curiosa que todas las sutilezas y hermosuras de las criaturas con infinito exceso, y más dulce y más sabroso que la miel y que el panal, pues que sabes á vida eterna, que tanto me la das á gustar, cuanto más íntimamente me tocas; y más precioso infinitamente que el oro y las piedras preciosas, pues pagas deudas que con todo el resto no se pagan, porque tú vuelves la muerte en vida admirablemente.

En este estado de vida tan perfecta siempre el alma anda como de fiesta, y trae en su paladar un júbilo grande de Dios, y como un cantar siempre nuevo envuelto en alegría y amor, y en conocimiento de su alto estado. A veces anda con gozo.

(1) «Sobre todas las manos blandas, banda!» (Ms. 18.160).

diciendo en su espíritu aquellas palabras de Job, que dicen: Mi gloria siempre se innovará y como palma multiplicaré los días: que es como decir: Dios, que permaneciendo en sí siempre de una manera todas las cosas innova, como dice el Sabio, estando ya siempre unido en mi gloria, siempre innovará mi gloria, esto es, no la dejará volver á vieja, como antes lo era: y multiplicaré los días (esto es, mis merecimientos hacia el cielo), como la palma sus inhiestas. Y todo lo que David dice en el salmo XXIX, anda cantando á Dios entre sí, particularmente aquellos dos versos postreros que dicen: *Convertisti planctum meum in gaudium mihi: conscidisti saccum meum, et circumdedisti me lætitia. Ut cantet tibi gloria mea, et non compungar. Domine Deus meus, in æternum confitebor tibi.* Convertiste mi llanto en gozo para mí, rompiste mi saco, y cercásteme de alegría para que te cante mi gloria, y ya no sea compungida (Ps. XXIX, 12); porque aquí ninguna pena le llega. Señor Dios mío, para siempre te alabaré. Porque el alma siente á Dios aquí tan solícito en regalarla, y con tan preciosas y delicadas y encarecidas palabras engrandeciéndola y haciéndola una y otras mercedes, que le parece que no tiene otra en el mundo á quien regalar, ni otra cosa en que se emplear, sino que él todo es para ella sola. Y sintiéndolo así, lo confiesa en los *Cantares*, diciendo: *Dilectus meus mihi, et ego illi.* Mi amado para mí, y yo para él (Cant. II, 16).

CANCIÓN III

¡Oh lámparas de fuego,
 En cuyos resplandores
 Las profundas cavernas del sentido,
 Que estaba oscuro y ciego,
 Con extraños primores
 Calor y luz dan junto á su querido!

DECLARACIÓN

Dios sea servido de dar aquí su favor, que cierto es menester mucho (c) para declarar la profundidad de esta Canción, y aun harta advertencia del que la fuere leyendo, que si no tiene experiencia, quizás le será algo oscura; como si por ventura la tuviese, le sería clara y gustosa. En esta Canción intima el alma y agradece á su Esposo las grandes mercedes que de la unión con él recibe, dándole por medio de ella grandes y muchas noticias de sí mismo, con las cuales alumbradas y enamoradas las potencias y sentido de su alma, que antes de esta unión estaba oscuro y ciego *con otros amores*, puedan (a) ya estar esclarecidas, como lo están, y *con calor de amor para poder dar luz (c)* y amor al que las encendió y enamoró, infundiendo en ellas dones tan divinos. Porque el amante verdadero entonces está contento,

cuando todo lo que él es y vale y puede valer, y lo que tiene y puede tener, lo emplea en el amado; y cuanto ello más es, más gusto recibe en darlo: Y de eso se goza aquí el alma; porque de los resplandores y amor que recibe, pueda ella resplandecer delante de su Amado y amarle. Síguese el verso:

Oh lámparas de fuego.

Cuanto á lo primero es de saber, que las lámparas tienen dos propiedades, que son lucir y arder. Para entender este verso es de saber, que Dios, en su único y simple ser, contiene todas las virtudes y grandezas de sus atributos; porque es omnipotente, es sabio, es bueno, es misericordioso, es justo, es fuerte, es amoroso y otros *infinitos* (a) atributos y virtudes que dél no conocemos acá; y siendo él todas estas cosas, estando él unido con el alma, cuando él tiene por bien de abrirle la noticia, echa ella de ver en él todas estas virtudes y grandezas *clara y distintamente, conviene saber, omnipotencia, bondad, sabiduría, justicia, misericordia, etc.,* (a), todas en único y simple ser. Y como cada una de estas cosas, sea el mismo ser de Dios *en un solo supuesto suyo* (a) que es el Padre ó el Hijo ó el Espíritu Santo, siendo cada atributo de estos el mismo Dios, y siendo Dios infinita luz é infinito fuego divino, como arriba queda dicho; de aquí es que en cada uno de estos atributos, *que como decimos son innumerables y virtudes suyas* (a), luzca y arda como Dios. Y así según estas noticias que el alma tiene allí de Dios *distintas en un solo acto actualmente* (c) le es al alma el mismo Dios muchas lámparas (1), que distintamente le lucen al alma. Pues de cada una tiene noticia y le dan calor de amor, cada una en su manera y todas ellas en un simple ser, como decimos, y todas ellas son una lámpara *que es el Verbo, el cual como dice San Pablo, es resplandor de la gloria del Padre* (a), la cual lámpara es todas estas lámparas; porque luce y arde de todas estas maneras: lo cual echa de ver el alma que le es muchas lámparas, esta sola lámpara. Porque como ella sea una, todas las cosas puede, y todas las virtudes tiene, y todos los espíritus coje, y así *en un acto luce y arde según todas sus grandezas y virtudes* (c), esto es, de muchas maneras en una manera; porque luce y arde como Omnipotente, y luce y arde como sabio, y luce y arde como bueno, y *luce y arde como fuerte, como justo, como verdadero y como las demás virtudes y condiciones divinas que hay en él* (a), dando á el alma inteligencia y amor *de sí, según todas ellas distintamente y según cada una. Porque comunicándose él, siendo él todas ellas, y cada una de ellas da á el alma luz y amor divino según todas ellas, y según cada una de ellas; porque el fuego donde quiera que se aplique y en cualquiera efecto que haga, da su calor y resplandor; pues siempre así es de una ma-*

(1) «Distintas de Dios, conociendo todas estas perfecciones con un sólo acto, vienen á ser el mismo Dios para el alma muchas lámparas» (Ms. 18.160).

nera (a). Porque el resplandor que le da esta lámpara en cuanto es Omnipotencia, le hace al alma luz, y calor de amor de Dios en cuanto es Omnipotente, y según esto ya Dios le es lámpara de Omnipotencia que le luce y arde según este atributo; y el resplandor que le da esta lámpara en cuanto es sabiduría le hace calor de amor de Dios en cuanto es sabio, y según esto ya Dios le es lámpara de sabiduría y el resplandor que le da esta lámpara de Dios en cuanto es bondad, le hace calor de amor de Dios en cuanto es bueno; y según esto ya le es Dios lámpara de bondad; y ni más ni menos le es lámpara de justicia y de fortaleza y de misericordia (a); porque la luz que le da de cada uno de estos atributos, y de todos los demás, hace al alma juntamente calor de amor de Dios en cuanto es tal.

Y así Dios le es al alma en esta alta comunicación y muestra que *Dios hace de st al alma*, que á mi ver es la mayor que se le puede hacer en esta vida (1) le es al alma innumerables lámparas que la encienden y alumbran en amor del mismo Dios, conociéndole y amándole ardentísimamente, según todos sus atributos. Estas lámparas le lucieron bien á Moisés en el Monte Sináí, donde pasando Dios delante de él, apresuradamente se postró en la tierra y dijo algunas grandezas de las que en él vió, y amándole según aquellas cosas que había visto, las dijo distintamente, diciendo: Emperador, Señor, Dios misericordioso, clemente, paciente, de mucha miseria, verdadero, que guardas misericordia en millares, que quitas los pecados y maldades y delitos, que eres tan justo que ninguno hay inocente de suyo delante de tí (Exod. XXXIV, 6-7). En lo cual se ve que Moisés los más atributos y virtudes que allí conoció y amó fueron los de la omnipotencia, señorío, deidad y misericordia, y justicia y verdad, y rectitud de Dios, que fué altísimo conocimiento y subidísimo deleite de amor. De donde es de notar, que el deleite y arrobamiento de amor que el alma recibe en el fuego de la luz de estas lámparas es admirable, es inmenso, es tan copioso como de muchas lámparas, que cada una quema de amor, ayudando el ardor de la una al ardor de la otra, y la llama de la una á la llama de la otra; así como la luz de la una da luz á la otra, y todas hechas una luz y fuego, y cada una de por sí un fuego, y el alma inmensamente absorta en delicadas llamas, llagada sutilmente en cada una de ellas, y en todas ellas más llagada, y más sutilmente llagada en amor de vida, echando ella muy bien de ver que aquel amor es de vida eterna, la cual es juntura de todos los bienes, conociendo bien allí el alma la verdad del dicho del Esposo en los Cantares, que dijo que las lámparas del amor eran lámparas de fuego y de llamas. *Hernosa eres en tus pisadas y calzado, oh hija del príncipe, ¿quién podrá contar la magnificencia y extrañez de tu deleite en el amor de tus lámparas y admirable esplendor (a)* (VII, 1). Porque si una sola lámpara de estas que pasó delante de Abraham le causó grande horror tenebroso (Gen. XV, 12-17), pasando Dios por una noticia de justicia rigurosa que había de hacer de los cananeos,

(1) «Que á mi parecer es la mayor que en esta se puede alcanzar.» (Ms. 18.160.)

todas estas lámparas de noticias de Dios que amigable y amorosamente relucen á tí, oh alma, ¿cuánta más luz y deleite de amor te causarán, que causó aquella sola de horror y tiniebla en Abraham? ¿y cuánto y cuán aventajado, y de cuántas maneras será tu luz y el deleite; pues en todas y de todas éstas sientes que te da su fruición y amor, amándote según sus virtudes y atributos y condiciones? Porque el que ama y hace bien á otro, según su condición y sus propiedades le ama y le hace bien, y así tu esposo estando en tí, siendo omnipotente dáte y ámate con omnipotencia; y siendo sabio sientes que te ama con sabiduría; siendo él bueno, sientes que te ama con bondad; siendo santo, sientes que te ama con santidad; *siendo él justo, sientes que te ama justamente; siendo él misericordioso, sientes que te ama con misericordia; siendo él piadoso y clemente, sientes que te ama con mansedumbre y clemencia; siendo él fuerte y subido y delicado ser, sientes que te ama fuerte y subida y delicadamente; y como él sea limpio y puro, sientes que con pureza y limpieza te ama; y como él sea verdadero, sientes que te ama de veras (a);* y como él sea liberal, sientes también que te ama con liberalidad, sin algún interés, no más de por hacerte bien; y *como él sea la virtud de la suma humildad, con suma humildad te ama y con suma estimación, igualándose contigo, é igualándote consigo (a)*, mostrándote en estas vías alegremente con esto su rostro lleno de gracias, y diciéndote: yo soy tuyo y para tí, y gusto de ser tal cual soy para darme á tí, y por ser tuyo.

¿Quién dirá, pues, lo que tú sientes, oh dichosa alma, viéndote así amada y con tal estimación engrandecida? Tu vientre, que es tu voluntad, diremos que es como el montón de trigo que está cubierto y cereado de lirios (Cant. VII, 2).

Porque en estos granos de pan de vida que tú juntamente estás gustando, los lirios de las virtudes que te cercan, te están deleitando; porque estas hijas del Rey, que son estas virtudes, de la fragancia de sus especies aromáticas, que son las noticias que te da, te están deleitando admirablemente, y en ellas estás tú tan engolfada é infundida, que eres también el pozo de las aguas vivas que corren con ímpetu del monte Libano, que es Dios (Cant. IV, 15), en lo cual eres maravillosamente letificada según toda la armonía de tu alma y *aun de tu cuerpo (a)*. Porque se cumpla también en tí el dicho del salmo, que dice: El ímpetu del río letifica la ciudad de Dios (Ps. XLV, 5). ¡Oh admirable cosa, que á este tiempo está el alma rebosando aguas divinas, que en ella *él las revertía como una abundosa fuente que por todas partes rebosa aguas (c)*. Porque aunque es verdad que esta comunicación es luz y fuego de estas lámparas de Dios, es este fuego aquí, como hemos dicho, tan suave, que con ser fuego inmenso, es como aguas de vida que hartan la sed del espíritu con el ímpetu que él desea. Y así aunque son lámparas de fuego, son aguas vivas del espíritu, como también las que vinieron sobre los Apóstoles, que aunque eran lámparas de fuego, también eran aguas puras y limpias, porque así las llamó el Profeta Ezequiel cuando profetizó aquella venida de el Espíritu Santo, diciendo: Infundiré, dice

allí Dios, sobre vosotros agua limpia, y pondré mi espíritu en medio de vosotros (Ezech. XXXVI, 25-26). Y así aunque el fuego también es agua, porque es figurado por el fuego que escondió Jeremías, que era del sacrificio, el cual en cuanto estuvo escondido era agua, y cuando de fuera servía de sacrificar, era fuego (II Mach. I, 20-22). Y así este espíritu de Dios, en cuanto está escondido en las venas del alma, está como agua suave y deleitable, hartando la sed del espíritu *en la sustancia del alma (a)*; y en cuanto se ejercita en sacrificio de amar, es llamas vivas de fuego, que son las lámparas del acto de la dilección que decíamos que dice el Esposo en los Cantares, diciendo: Sus lámparas son lámparas de fuego y de llamas; las cuales el alma aquí así las llama. Porque no sólo las gusta como aguas de sabiduría en sí, sino también como fuego de amor, en acto de amor, diciendo: *Oh lámparas de fuego*. Y todo lo que se puede en este caso decir es menos de lo que hay; si se advierte que el alma está transformada en Dios, se entenderá en alguna manera cómo es verdad que está hecha fuente de aguas vivas ardientes y fervientes en fuego de amor, que es Dios.

En cuyos resplandores.

Ya queda dado á entender que estos resplandores son las comunicaciones de estas divinas lámparas, en las cuales el alma unida resplandece con sus potencias, memoria, entendimiento y voluntad, ya esclarecidas y unidas en estas noticias amorosas: lo cual se ha de entender, que esta ilustración de resplandores no es como hace la llama material, cuando con sus llamaradas alumbra y calienta las cosas que están fuera de ella, sino como las que están dentro de ella, como lo está aquí el alma; que por eso dice: *En cuyos resplandores*, que es decir, dentro, no cerca, sino dentro de sus resplandores, en las llamas de las lámparas, transformada el alma en llama; y así diremos que es como el aire que está dentro de la llama encendido y transformado en fuego; porque la llama no es otra cosa sino aire inflamado; y los movimientos que hace aquella llama, ni son sólo de aire, ni son sólo de fuego, sino junto de aire y de fuego; y el fuego hace arder al aire que en sí tiene inflamado; y á este talle entenderemos que el alma con sus potencias está esclarecida dentro de los resplandores de Dios. Y los movimientos de esta llama, que son los vibramientos y el llamear que hemos arriba dicho, no los hace sólo el alma que está transformada en la llama del Espíritu Santo, ni los hace sólo él, sino él y el alma juntos, moviendo él al alma, como hace el fuego al aire inflamado; y así estos movimientos de Dios y del alma juntos, *no sólo son resplandores*, sino *(a)* glorificaciones de Dios que hace al alma. Porque estos movimientos ó vibramientos son los fuegos y fiestas alegres que en el segundo verso de la primera Canción decíamos que hacía el Espíritu Santo en el alma, en los cuales parece que siempre la está queriendo acabar de dar la vida eterna; y así aquellos movimientos y llamaradas son como

provocamientos que está haciendo al alma para acabarla de trasladar á su perfecta gloria, entrándola ya de veras en sí. *Porque todos los bienes primeros y postreros, mayores y menores, que Dios hace al alma, siempre se los hace con este motivo suyo y de ella, de llevarla á vida eterna (a)*; bien así como el fuego, que todos los movimientos y meneos que hace en el aire que en sí tiene inflamado, son á fin de llevarle al centro de su esfera; y todos aquellos vibramientos es un porfiar por llevarlo; mas porque el aire está en su esfera no se hace, y así aunque estos movimientos del Espíritu Santo son aquí encendidísimos y eficacísimos en absorber al alma en mucha gloria, todavía no acaba hasta que llegue el tiempo en que salga de la esfera del aire de esta vida de carne, y pueda entrar en el centro de su espíritu de la vida perfecta en Cristo. *Pero es de saber que estos movimientos más son movimientos del alma que movimientos de Dios (a)*. Porque estos visos, que al alma se dan de gloria en Dios, *no son estables, perfectos y continuos*, lo cual *serán en el alma después sin alteración de más y menos (c)*, y sin interpolación de movimientos. Y entonces verá el alma claro, cómo aunque acá parecía que se movía Dios en ella, en sí no se mueve, como el fuego no se mueve en su esfera. Pero estos resplandores son inestimables mercedes y favores que Dios hace al alma; porque estas se llaman por otro nombre obumbraciones, y estas aquí, á mi ver, son de las más altas que acá pueden ser en vía de transformación.

Para inteligencia de lo cual, es de advertir, que obumbramiento quiere decir *hacimiento de sombra*; y hacer sombra, es tanto como amparar y hacer favores. Porque llegando á tocar la sombra, es señal que la persona cuya es, está cerca para favorecer y amparar; y por eso se le dijo á la Virgen, que la virtud del Altísimo la haría sombra (Luc. I, 35). Porque había de llegar tan cerca de ella el Espíritu Santo que había de venir sobre ella. En lo cual es de notar que cada cosa tiene y hace la sombra como tiene la propiedad y el talle; si la cosa es condensa y opaca, hará sombra oscura y condensa; y si es más rara y clara, hará sombra más clara; como es de ver en el madero y en el cristal, que porque el uno es opaco la hace oscura, y porque el otro es claro la hace clara. También en las cosas espirituales, la muerte es privación de todas las cosas; será, pues, la sombra de la muerte tinieblas que también privan en alguna manera de todas las cosas: así la llama el Salmista diciendo: *Sedentes in tenebris et in umbra mortis* (Ps. CVI, 10). Ahora sean espirituales de muerte espiritual, ahora corporales de muerte corporal. La sombra de la vida será luz: si divina, luz divina; si humana, luz natural. ¿Según esto la sombra de la hermosura cuál será? Será otra hermosura al talle y propiedad de aquella hermosura; y la sombra de la fortaleza será otra fortaleza al talle y condición de aquella fortaleza; y la sombra de la sabiduría, será otra sabiduría, ó por mejor decir, será la misma hermosura y la misma fortaleza y la misma sabiduría en sombra, en la cual se conoce el talle y propiedad cuya es la sombra. Según ésto, ¿cuáles serán las sombras que hará el Espíritu Santo al alma de todas las grandezas de sus virtudes y

atributos?; estando tan cerca de ella que no sólo la tocan en sombra, mas está unida con ella en sombra, entendiendo y gustando el talle y las propiedades de Dios en sombra de Dios, es á saber, entendiendo y gustando la propiedad de la potencia divina en sombra de omnipotencia, y entendiendo y gustando la sabiduría divina en sombra de sabiduría divina; *entendiendo y gustando la bondad infinita en sombra que le cerca de bondad infinita; entendiendo y gustando el deleite de Dios infundido en sombra de deleite de Dios (a)*; y finalmente, gustando la gloria de Dios en sombra de gloria, que hace saber y gustar la propiedad y talle de la gloria de Dios, pasando todo esto en claras y encendidas sombras; pues los atributos de Dios y sus virtudes son lámparas, que como quiera que sean resplandecientes y encendidas, á su talle y propiedad han de hacer sombras resplandecientes y encendidas y multitud de ellas en un solo ser.

¡Oh! qué será de ver aquí el alma experimentando la virtud de aquella figura que vió Ezequiel en aquel animal de cuatro formas y en aquella rueda de cuatro ruedas, viendo cómo el aspecto suyo era como el aspecto de carbones encendidos, y como aspecto de lámparas, viendo la rueda, que es la sabiduría, llena de ojos de dentro y de fuera, que son admirables noticias de sabiduría, y sintiendo aquel sonido que hacían en su paso, que era como sonido de multitud y de ejércitos, que significan muchas cosas en un número distintas de Dios, que aquí el alma en un solo sonido de un paso de Dios por ella comprende; y finalmente, gustando aquel sonido del batir de sus alas, que dice era como sonido de muchas aguas, como sonido del Altísimo Dios, que significan el ímpetu de las aguas divinas, que al alzar del Espíritu Santo *en la llama del amor al alma letificando embiste (c)*, gozando aquí la gloria de Dios en su amparo y favor de su sombra, como también allí dice este Profeta, diciendo, que aquella visión era semejanza de la gloria del Señor, y *cuán elevada se sienta aquí esta dichosa alma, cuán engrandecida se conozca, cuán admirada se vea en hermosura santa, ¿quién lo podrá decir? (c)*. Viéndose ya infundida con tanta copiosidad en las aguas de estos divinos resplandores que echa de ver que el Padre Eterno da con larga mano el regadío superior é inferior, como á Axa dió su padre cuando suspiraba, pues estas aguas alma y cuerpo regando penetran.

Oh admirable cosa que con ser todas estas lámparas de los atributos divinos un simple ser y en él sólo se gusten, se vea y guste la distinción de ellas tan encendida la una como la otra, siendo la una sustancialmente la otra. ¡Oh! abismo de deleites, tanto más abundantes cuanto están tus riquezas más recogidas en unidad y simplicidad infinitas, donde de tal manera se conozca y guste lo uno, que no se impida el conocimiento y gusto perfecto de lo otro; antes cada cosa en tí es luz de la otra, que por tu limpieza, ¡Oh sabiduría!, muchas cosas se ven en tí viéndose una. Porque tú eres el depósito de los tesoros del Eterno Padre. «Porque *en tus resplandores*».

§ I

Que son las potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad: las cuales son tan profundas cuanto de grandes bienes son capaces; pues no se llenan con menos que infinito. Las cuales por lo que padecen cuando están vacías, echaremos en alguna manera de ver lo que se gozan y deleitan cuando de su Dios están llenas; pues que por un contrario se da luz del otro. Cuanto á lo primero es de notar, que estas cavernas de las postrimerías cuando no están vacías y purgadas y limpias de toda afección de criatura no sienten el vacío grande de su profunda capacidad; porque en esta vida y cualquiera cosilla que á ellas se pegue basta para tenerlas tan embarazadas y embelesadas, que no sientan su daño, ni echen menos sus inmensos bienes, ni conozcan su capacidad. Y es cosa admirable, que con ser capaces de infinitos bienes, baste el menor de ellos á embarazarlas de manera, que no los puedan recibir hasta de todo punto vaciarse, como luego diremos. Pero cuando están vacías y limpias, es intolerable la sed y hambre y ansia del sentido espiritual; porque como son profundos los estómagos de esas cavernas, profundamente penan; porque el manjar que echan de menos también es profundo, que como digo, es Dios; y ese tan grande sentimiento comunmente acaece hacia los fines de la iluminación y purificación del alma, antes que llegue á unión (c), donde ya se satisfacen. Porque como el apetito espiritual está vacío y purgado de toda criatura y afección de ella, y perdido el temple natural, está templado á lo divino, y tiene ya el vacío dispuesto, y como todavía no se le comunica lo divino en unión de Dios, llega el penar de este vacío y sed más que á morir, mayormente cuando por algunos visos ó resquicios se les trasluce algún rayo divino y no se le comunican; y estos son los que penan con amor impaciente que no pueden estar mucho sin recibir ó morir.

§ II

Cuanto á la primera caverna que aquí ponemos, que es el entendimiento, su vacío es sed de Dios, y ésta es tan grande que la compara David á la del ciervo, no hallando otra mayor á qué compararla, que dicen es veheméntísima, diciendo: Así como desea el ciervo las fuentes de las aguas, así mi alma desea á tí Dios (Ps. XLI, 1); y esta sed es de las aguas de la sabiduría de Dios, que es el objeto del entendimiento.

La segunda caverna es la voluntad, y el vacío de ésta es hambre de Dios, tan grande, que hace desfallecer al alma, según lo dice también David diciendo: Codicia y desfallece mi alma en los tabernáculos del Señor (Ps. LXXXIII, 3). Y esta hambre es de la perfección de amor que el alma pretende.

La tercera caverna es la memoria, y el vacío de ésta es deshacimiento y derretimiento del alma por la presión de Dios, como lo nota Jeremías diciendo: *Memoria*

memor ero et tabescet in me anima mea (Thren. III, 20-21). Esto es: con memoria me acordaré, *id est*, mucho me acordaré y derretirse há mi alma en mí; revolviendo estas cosas en mi corazón, viviré en esperanza de Dios. Es, pues, profunda la capacidad de estas cavernas; porque lo que en ellas puede haber, que es Dios, es profundo é infinito, y así será en cierta manera su capacidad infinita, y así su sed infinita, su hambre también infinita y profunda, su deshacimiento y pena es *muerte infinita*, que aunque no se padece tan intensamente como en la otra vida, pero padécese una viva imagen de aquella privación infinita, por estar el alma en cierta disposición para recibir su lleno; *aunque este penar es de otro temple (c)*; porque es en los senos del amor de la voluntad, que no es el que alivia la pena; pues cuanto mayor es, es tanto más impaciente por la posesión de su Dios, á quien espera por momentos de intensa codicia.

§ III

Pero válame Dios, pues que es verdad que cuando el alma desea á Dios con entera verdad tiene ya al que ama, como dice San Gregorio sobre San Juan, ¿cómo pena por lo que ya tiene?; porque en el deseo que dice San Pedro que tienen los Angeles de ver al Hijo de Dios no hay alguna pena ni ansia, porque ya le poseen, y así le parece que si el alma cuanto más desea á Dios más le posee, y la posesión de Dios da deleite y hartura *al alma, como en los Angeles, que estando cumpliendo su uteseo en la posesión se deleitan, estando siempre hartando su espíritu con el apetito, sin fastidio de hartura. Por lo cual porque ni hay fastidio siempre desean, y porque hay posesión no penan (a)*; y así el alma tanto mayor deleite y hartura había de sentir aquí en este deseo cuanto mayor es el deseo, pues tanto más tiene á Dios cuanto más le desea, y no de dolor y pena.

En esta cuestión viene bien notar la diferencia que hay en tener á Dios por gracia en sí solamente y en tenerle también por unión; que lo uno es bien quererse, y lo otro es también comunicarse, que es tanta la diferencia como hay entre el desposorio y el matrimonio; porque en el desposorio sólo hay un igualado, *sí*, y una sola voluntad de ambas partes, y joyas y ornato de desposada, que se las da graciosamente el desposado; mas en el matrimonio hay también comunicación de las personas y unión; en el desposorio, aunque algunas veces hay vistas del Esposo á la Esposa y la da dádivas como decimos, pero *no* hay unión de las personas, que es el fin del desposorio. Ni más ni menos cuando el alma ha llegado á tanta pureza en sí y en sus potencias, que la voluntad esté muy purgada de otros gustos y apetitos extraños, según la parte inferior y superior, y enteramente dado el *sí*, acerca de todo esto en Dios, siendo ya la voluntad de Dios y del alma una en un consentimiento, pronto y libre, ha llegado á tener á Dios por gracia de voluntad, de todo lo que puede por vía de voluntad y gracia, *y esto es haberle Dios dado en el sí de ella su*

verdadero si y entero de su gracia, y este es un alto estado de desposorio espiritual de el alma con el Verbo, en el cual el Esposo la hace grandes mercedes y la visita amorosísimamente muchas veces, en que ella recibe grandes favores y deleites. Pero no tienen que ver con los del matrimonio; *porque todos son disposiciones para la unión del matrimonio (a)*, que aunque es verdad que todo pasa en el alma que está purgadísima de toda afección de criatura (porque no se hace el desposorio espiritual, como decimos, hasta esto), todavía há menester el alma otras disposiciones positivas de Dios, de sus visitas y dones en que la va más purificando y hermostrandó, y adelgazando para estar decentemente dispuesta para tan alta unión. Y en esto pasa tiempo en unas más y en otras menos, *porque lo va Dios haciendo al modo del alma (a) (1)*. Y esto es figurado por aquellas doncellas que fueron escogidas para el Rey Asuero, que aunque las habían sacado de sus tierras y de la casa de sus padres, todavía antes que llegasen al lecho del rey las tenían un año (aunque en el palacio encerradas), de manera que el medio año se estaban disponiendo con ciertos ungüentos de mirra y otras especias, y el otro medio año con otros ungüentos más subidos, y después de esto iban al lecho del rey.

En el tiempo, pues, de este desposorio y espera del matrimonio en las unciones del Espíritu Santo, cuando son ya más altos los ungüentos de disposiciones para la unión de Dios, suelen ser las ansias de las cavernas del alma extremadas y delicadas. Porque como aquellos ungüentos son ya más próximamente dispositivos para la unión de Dios, porque son más allegados á Dios, y por esto saborean al alma y la engolosinan más delicadamente de Dios, es el deseo más delicado y profundo; porque el deseo de Dios es disposición para unirse con Dios.

§ IV

¡Oh qué buen lugar era este para avisar á las almas que Dios llega á estas delicadas unciones, que miren lo que hacen y en cuyas manos se ponen. Porque no vuelvan atrás, sino que es fuera del propósito á que vamos hablando, mas es tanta la mancilla y lástima que cae en mi corazón ver volver las almas atrás, no solamente no se dejando ungir, de manera que pase la unción adelante, sino aun perdiendo los efectos de la unción, que no tengo de dejar de avisarles aquí acerca de esto lo que deben hacer para evitar tanto daño, aunque nos detengamos un poco en volver al propósito, que yo volveré luego á él, aunque todo hace á la inteligencia de la propiedad de estas cavernas, y por ser muy necesario no sólo para estas almas que van tan prósperas, sino también para todas las demás que buscan á su amado, lo quiero decir. Cuanto á lo primero es de saber que si el alma busca á Dios, mucho más la busca su Amado á ella, y si ella le envía á él sus amorosos deseos que le son á él

(1) «Porque va Dios obrando estas misericordias según la capacidad del alma.» (Ms. 18.160.)

tan olorosos como la virgulica del humo que sale de las especias aromáticas de la mirra y del incienso (Cant. 1, 3), él á ella le envía el olor de sus unguentos con que la trae y hace correr hacia él, que son sus divinas inspiraciones y toques; los cuales siempre que son suyos, van ceñidos y regulados con motivo de la perfección de la ley de Dios y de la fe. Por cuya perfección ha de ir el alma siempre llegándose más á Dios: y así ha de entender el alma que el deseo de Dios en todas las mercedes que le hace en las unciones y olores de sus unguentos, es disponerla para otros más subidos y delicados unguentos, más al temple de Dios, hasta que venga en tan delicada y pura disposición que merezca la unión de Dios y transformación sustancial en todas sus potencias.

Advirtiendo, pues, el alma que en este negocio es Dios el principal agente y *el mozo de ciego* que la ha de guiar por la mano á donde ella no sabría ir, que es á las cosas sobrenaturales, que no puede su entendimiento, ni voluntad, ni memoria saber como son; todo su principal cuidado ha de ser mirar que no ponga obstáculo á la guía, que es el Espíritu Santo, según el camino por donde la lleva Dios, ordenado en ley de Dios y fe, como decimos; y este impedimento le puede venir si se deja llevar de otro ciego; y los ciegos que la podrían sacar del camino, son tres, conviene á saber: el maestro espiritual, y el demonio y ella misma.

Cuanto á lo primero, conviénele grandemente al alma, que quiere aprovechar y no volver atrás, mirar en cuyas manos se pone; porque cual fuere el maestro, tal será el discípulo, y cual el padre tal el hijo, y para este camino, á lo menos para el más subido de él, y aun para lo mediano, apenas hallará una guía cabal según todas las partes que ha menester; porque ha menester ser sabio y discreto y experimentado; porque para guiar el espíritu, aunque el fundamento es el saber y la discreción, si no hay experiencia de lo más subido, no atinarán á encaminar al alma en ello, cuando Dios se lo da; y podríanla hacer harto daño; porque no entendiendo ellos la vía del espíritu, muchas veces hacen perder á las almas la unción de estos delicados unguentos con que el Espíritu Santo las va disponiendo para sí, gobernándolas por otros modos rateros que ellos han leído por ahí, que no sirven sino para principiantes; que no sabiendo ellos más que para principiantes (y aun en eso plega á Dios), y no quieren dejar á las almas pasar aunque Dios las quiera llevar á más de aquellos principios y modos discursivos é imaginarios, *para que nunca excedan y salgan de la capacidad natural*, con que ellos pueden hacer muy poca hacienda.

§ V

Y para que mejor entendamos esto, es de saber, que el estado de principiantes es meditar y hacer actos discursivos. En este estado, necesario le es al alma que se le dé materia para que discurra y que de suyo haga actos interiores; y se aproveche del fuego y hervor espiritual sensitivo; porque así le conviene para habitar los senti-

dos y apetitos á cosas buenas, y cebándolos con este sabor, se desarraiguen del siglo. Mas cuando esto ya en alguna manera está hecho, luego los comienza Dios á poner en estado de contemplación, lo cual suele ser muy en breve, mayormente en gente religiosa; porque más en breve negadas las cosas del siglo, acomodan á Dios el sentido y el apetito; y luego no hay que hacer sino pasar de meditación á contemplación; lo cual es ya cuando cesan los actos discursivos y meditación de la propia alma, y los jugos y hervores primeros sensitivos, no pudiendo ya discurrir como antes, ni hallar nada de arrimo por el sentido; este sentido quedando en sequedad, por cuanto la mandan el caudal al espíritu que no cae en sentido. Y como quiera que naturalmente todas las operaciones que de suyo puede hacer el alma no sean sino por el sentido, de aquí es que ya Dios en este estado es el agente, y el alma es la paciente; porque ella sólo se ha como el que recibe y como en quien se hace, y Dios como el que da y como el que en ella hace, dándole los bienes espirituales en la contemplación, que es noticia y amor divino junto; esto es, noticia amorosa, sin que el alma use de sus actos y discursos naturales, porque aún no puede ya entrar en ellos como antes.

§ VI

De donde en este tiempo totalmente se ha de llevar el alma por modo contrario del primero. Que si antes la daba materia para meditar y meditaba; que ahora antes se la quite, y que no medite; porque, como digo, no podrá aunque quiera y distraerse ha. Y si antes buscaba jugo y hervor, y le hallaba, ya no le quiera ni le busque; porque no sólo no le hallará por su diligencia, mas antes sacará sequedad, porque se divierte del bien pacífico y quieto que secretamente le están dando en el espíritu, por la obra que él quiere hacer por el sentido; y así perdiendo lo uno no hace lo otro; pues ya los bienes no se los dan por el sentido como antes. Y por eso en este estado en ninguna manera la han de imponer en que medite y se ejercite en actos, ni procure sabor ni hervor; porque sería poner obstáculo al principal agente, que, como digo, es Dios, el cual oculta y quietamente anda poniendo en el alma sabiduría y noticia amorosa, sin especificación de actos, aunque algunas veces los hace especificar en el alma con alguna duración; y así entonces el alma se ha de andar sólo con advertencia amorosa á Dios, sin especificar actos, habiéndose, como habemos dicho, *pasivamente* (c), sin hacer de suyo diligencias con la advertencia amorosa, simple y sencilla, como quien abre los ojos con advertencia de amor. Que pues Dios entonces en modo de dar trata con ella con noticia sencilla y amorosa, también el alma trate con él en modo de recibir con noticia ó advertencia sencilla y amorosa, para que así se junte noticia con noticia, y amor con amor; porque conviene que el que recibe se haya al modo de lo que recibe y no de otro, para poderle recibir y retener como se lo dan; *porque como dicen los filósofos, cualquiera cosa*

que se recibe está en el recipiente: al modo que se há el recipiente. De donde está claro que si el alma entonces no dejase *su modo activo natural (c)*, no recibiera aquel bien sino á modo natural, y así no lo recibirá *sino quedarse ia solamente con acto natural; porque lo sobrenatural no cae en el nodo natural ni tiene que ver con ello (a)*. Y así totalmente el alma quiere entonces obrar de suyo, habiéndose de otra manera más que con la advertencia amorosa pasiva, que hemos dicho, muy pasiva y tranquilamente, *sin hacer acto natural sino es cuando Dios la uniese en algún acto (a)*, pondría impedimento á los bienes que la está Dios comunicando sobrenaturalmente en la noticia amorosa. Lo cual es en el principio en ejercicio de purgación, como hemos dicho arriba; y después en más suavidad de amor, lo cual, como digo, y es así la verdad, se anda recibiendo en el alma pasivamente y al modo de Dios sobrenatural, y no al modo del alma natural. Síguese que para recibirla ha de estar esta alma muy desembarazada, ociosa, pacífica y serena, al modo de Dios: como el aire, que cuanto más limpio está y sencillo y quieto, más le ilustra y calienta el sol. Y así no ha de estar asida á nada, ni á cosa de meditación ni sabor, ahora sensitivo, ahora espiritual: porque requiere el espíritu tan libre y aniquilado, que cualquiera cosa que el alma entonces quisiese hacer de pensamiento ó *discurso (s)* ó gusto á que se quiera arrimar, la impediría é inquietaría y haría ruido en el profundo silencio que conviene que haya en el alma, según el sentido y el espíritu, para tan profunda y delicada audición de Dios, que habla al corazón en esta soledad que dijo por Oseas (Osee. II, 14); en suma paz y tranquilidad, escuchando y oyendo el alma, como David, lo que habla Dios, porque habla esta paz en su alma. Lo cual cuando así acaeciére, que se sienta el alma poner en silencio y escucha, aun la advertencia amorosa, que dije, *ha de olvidar (c)*, *porque el alma se queda libre para lo que entonces la quieren (c)*, *porque aquella advertencia sólo ha de usar de ella cuando no se siente poner en soledad ú ociosidad ú olvido ó escucha espiritual*; lo cual siempre viene con algún absorbimiento interior.

§ VII

Por tanto, en ninguna sazón y tiempo, ya que el alma ha comenzado á entrar en este sencillo y ocioso estado de contemplación, no há el alma de querer traer delante de sí meditaciones, ni querer arrimarse á jugos ni sabores espirituales, sino estar desarrimada en pie, sobre todo eso, el espíritu desasido, como dijo el Profeta Habacub que había él de hacer, diciendo: Estaré en pie sobre la guarda de mis sentidos, esto es, dejándolos abajo, y afirmaré el paso sobre la munición de mis potencias, esto es, no dejándolas dar paso de pensamiento, y contemplaré lo que se me dijere; esto es, recibiré lo que se me comunicare. Porque ya que hemos dicho que la contemplación es recibir, y no es posible que esta altísima sabiduría y linaje de

contemplación se pueda recibir sino en espíritu callado, y desarrimado de jugos y noticias, porque así lo dice Isaías, diciendo: ¿A quién enseñará la ciencia y á quién hará oír lo oído?; á los destetados de leche, esto es, de los jugos y gustos, y á los desarraigados de los pechos, esto es, de los arrimos y noticias y actos particulares. Quita la niebla y la mota y los pelos, y limpia el ojo, y lucírate el sol claro, y verás. Pon el alma en libertad de paz, y sácala del yugo y servidumbre de su operación, que es el cautiverio del Egipto, que todo es poco más que juntar pajas para cocer tierra, y llévala á la tierra de promisión que mana leche y miel (Isai. XXVIII, 9). ¡Oh maestro espiritual!, mira que á esa libertad y ociosidad dicha de hijos la llama Dios al desierto, en que ande vestida de fiesta, y con joyas de oro y plata, habiendo ya despojado á Egipto y tomádoles sus riquezas; y no sólo eso, sino ahogádolos en la mar de la contemplación, donde el gitano del sentido no halla pie ni arrimo, y deja libre al Hijo de Dios, que es el espíritu salido de los límites y quicios angostos de la operación natural, que es su bajo entender, su tosco sentir, su pobre gustar; para que Dios le dé el suave maná, cuyo sabor aunque tiene todos esos sabores y gustos en que tú quieres traer trabajando el alma, con todo eso por ser tan delicado que se deshace en la boca, no se sentirá si otro gusto ú otra cosa quisiere sentir, porque no le recibirá. Procura desarrimar al alma de todas las codicias de jugos, gustos y meditaciones, y no la desquieten con cuidado y solicitud alguna de arriba y menos de abajo, poniéndola en toda enajenación y soledad posible; porque cuanto más esto alcanzare y más presto llegare á esta ociosa tranquilidad, con tanta más abundancia se le va infundiendo el espíritu de la divina sabiduría amoroso, tranquilo, solitario, pacífico, suave, robador del espíritu; sintiéndose á veces robado y llagado serena y blandamente, sin saber de quién, ni de dónde, ni cómo, porque se comunicó sin operación propia (s). Y un poquito de esto que Dios obra en el alma en este santo ocio y soledad es inestimable bien, más que el alma puede pensar ni el que la trata, y no se echa de ver, lo cual lucirá en su tiempo. A lo menos lo que de presente el alma podrá alcanzar á sentir, es un enajenamiento y extrañez, unas veces más que otras, acerca de todas las cosas, con respiro suave del amor y vida del espíritu y con inclinación á soledad y tedio en las criaturas y el siglo. Porque como le gusta el espíritu, desabrido es todo lo que es de carne.

§ VIII

Pero los bienes interiores que esta callada contemplación deja impresos en el alma sin ella sentirlo, como digo, son inestimables; porque en fin son unciones secretísimas y delicadísimas del Espíritu Santo, en que secretamente llena al alma de riquezas y dones y gracias; porque en fin, siendo Dios, hace como Dios. Estos bienes, pues, y estas grandes riquezas; estas subidas y delicadas unciones y matices

del Espíritu Santo, que por su delgadez y sutil pureza, ni el alma ni el que las trata las entiende, sino sólo el que las pone para agradarse más del alma con gratisima facilidad, no más de con tantica obra que el alma quiera hacer de aplicar sentido ó apetito de querer asir alguna noticia ó jugo ó gusto, se deturban é impiden: lo cual es grave daño y gran dolor y lástima. ¡Oh grave caso y mucho para admirar, que no pareciendo el daño ni casi nada lo que se interpuso, es entonces mayor el daño y de mayor dolor y mancilla que de turbar y echar á perder muchas almas de estotras comunes que no están en aquel puesto de tan subido esmalte y matiz. Como si en un rostro de extremada pintura tocase una mano muy tosca con extraños y bajos colores, sería el daño mayor y más notable que si borrarse muchas más comunes, y *de más lástima y dolor; porque aquella mano tan delicada que aquel deturbó ¿quién la acertará á poner?* (a). Con ser este daño tan grande, más que se puede encarecer, es tan común que apenas se hallará un maestro espiritual que no le haga en las almas que de esta manera comienza Dios á recoger en contemplación; porque cuantas veces está Dios ungiendo al alma con alguna unción muy delgada de noticia amorosa, serena, pacífica, solitaria y muy ajena del sentido y de lo que puede pensar, no pudiendo meditar ni gustar de cosa de arriba ni de abajo, ni de noticias; porque la trae Dios ocupada en aquella unción solitaria inclinada á soledad y ocio, y vendrá uno que no sabe sino martillar y macear como herrero; y porque él no enseña más que aquello, dirá: anda, dejáos de eso que es perder tiempo, y ociosidad; sino tomá y meditá y hacé actos, que es menester que hagáis de vuestra parte actos y diligencias, que son esotros alumbramientos y cosas de bausanes. Y así no entendiendo éstos los grados de oración ni vías del espíritu, no echan de ver que aquellos actos que ellos dicen que haga el alma, y aquel caminar con discurso está ya hecho; pues ya aquella alma ha llegado á la negación sensitiva; y que cuando ya sea llegado el término y está andado el camino, ya no hay caminar, porque sería volver á alejarse del término. Y así no entendiendo que aquella alma está ya en la vida del Espíritu, en el cual no hay discurso, y que ya el discurso cesa, y es Dios el agente y el que habla secretamente al alma solitaria, callando ella, sobrepone otros unguentos en el alma de groseras noticias y jugos en que las impone, y deshácenle la soledad y recogimiento; y por el consiguiente, la subida obra que en ella Dios pintaba. Y así el alma ni hace lo uno, ni aprovecha en lo otro, y *así todo es dar golpes en la herradura* (a).

§ IX

Adviertan estos tales y consideren que el Espíritu Santo es el principal agente y movedor de las almas; que nunca pierde cuidado de ellas, y que ellos no son los agentes, sino instrumentos solos para enderezar las almas para la regla de la fe y ley de Dios, según el espíritu que Dios va dando á cada una. Y así todo su cuidado sea

no acomodar al alma á su modo y condición propia de ellos; sino mirando si saben por donde Dios las lleva; y sino lo saben, déjenlas y no las perturben; y conforme á esto procuren enderezar al alma en mayor soledad y libertad y tranquilidad; dán-doles anchura para que no aten el sentido espiritual y corporal á nada, cuando Dios las lleva por aquí, y no se penen ni soliciten pensando que no se hace nada, que como el alma esté desasida de toda noticia propia y de todo apetito y afecciones de la parte sensitiva, y en negación pura de pobreza de espíritu, en vacío de toda niebla de jugo, despegada de todo pecho y leche, que es lo que el alma ha de tener cuidado de ir haciendo de su parte, y ellos en ello ayudándola á anegarse según todo esto, es imposible que no haga Dios lo que es de la suya; más imposible que dejar de dar el rayo del sol en lugar sereno y descombrado; pues que así como el sol está madrugando y da en tu casa para entrar si le destapas el agujero, así Dios que aguardando á Israel no dormita (Ps. CXX, 4), ni menos duerme, entrará al alma vacía y la llenará de bienes. Dios está como el sol sobre las almas para entrar; conténtese con disponerla según la perfección Evangélica, que consiste en la desnudez y vacío del sentido y espíritu; y no quieran pasar adelante en el edificar, que ese oficio sólo es del Señor, de donde descende todo dado excelente (Jacb. I, 17). Porque si el Señor no edifica la casa, en vano trabaja el que la edifica (Ps. CXXVI, 1). Edificará en cada alma, como él quiere, edificio sobrenatural. Dispón tú ese natural aniquilando sus operaciones; *pues que antes estorban que ayudan (a)*; eso es tu oficio, y el de Dios, como dice el Sabio, es enderezarle á los bienes sobrenaturales, por modos y maneras que tú ni el alma no lo sabéis; y así no digas: ¡Oh!, que no va adelante, que no hace nada; porque si el entendimiento del alma entonces no gusta de otras inteligencias más que antes, adelante va el entendimiento caminando á lo sobrenatural. ¡Oh!, que no entiende nada distintamente. Antes si entendiése distintamente no iría adelante; porque Dios es incomprendible y excede al entendimiento, y así cuanto más va, más se ha de ir alejando de sí mismo, caminando en fe, creyendo y no entendiendo; y así á Dios más se llega no entendiendo que entendiendo. Y por tanto no tengas de eso pena, que si el entendimiento no vuelve atrás, queriendo emplearse en noticias distintas y otros entenderes de por acá, adelante va; porque en este caso el no volver atrás es ir adelante, es ir más en fe, que el entendimiento como no sabe, ni puede saber cómo es Dios, camina á él no entendiendo, y así antes, para bien ser, le conviene eso que tú le condenas que no se embarace con inteligencias distintas.

§ X

¡Oh, dirás, que la voluntad, si el entendimiento no entiende distintamente, la voluntad á lo menos estará ociosa y no amará, porque no se puede amar sino lo que se entiende. Verdad es esto, mayormente en las operaciones y actos naturales del

alma, que la voluntad no ama sino lo que distintamente conoce el entendimiento. Pero en la contemplación de que vamos hablando, en que Dios, como habemos dicho, infunde en el alma, no es menester que haya noticia distinta, ni que el alma haga actos, porque en un acto le está Dios comunicando noticia amorosa, que es juntamente como luz caliente sin distinción alguna, y entonces al modo que es la inteligencia, es también el amor de la voluntad: que como la noticia es general y oscura, no acabando el entendimiento de entender distintamente lo que entiende, también la voluntad ama en general sin distinción alguna. Que como quiera que Dios sea luz y amor en esta comunicación delicada, igualmente informa estas dos potencias: aunque algunas veces hiere más en la una que en la otra. Y así algunas veces se siente más inteligencia que amor, y otras más amor que inteligencia; y á veces también todo inteligencia casi sin ningún amor; y á veces todo amor sin inteligencia alguna. Y así en lo que es actos que el alma de suyo hace, no puede amar ni entender; mas en los que Dios hace en ella es diferente, porque se puede comunicar en una potencia sin la otra; y así puede inflamar la voluntad con el toque del calor de su amor; aunque no entienda el entendimiento cómo puede uno recibir calor del fuego aunque no le ve claro si está cerca el fuego. Y de esta manera muchas veces se sentirá la voluntad inflamada ó enternecida y enamorada sin saber ni entender cosa más particular que antes, ordenando Dios en ella el amor, como dice la Esposa en los Cantares, diciendo: *Introdujome el Rey en la celda vinaria y ordenó en mí la caridad* (Cant. II, 4). (a) Donde no hay que temer de la ociosidad de la voluntad en este puesto, que si cesa de hacer actos sobre particulares noticias, cuanto era de su parte, hácelos Dios en ella embriagándola en amor infuso, por medio de la noticia de contemplación ó sin ella (como acabamos de decir); y son tanto mejores que los que ella hiciera, y tanto más meritorios y sabrosos, cuanto es mejor el movedor é infusor de este amor, que es Dios, el cual le pega é infunde en el alma; porque la voluntad está cerca de Dios y desasida de otros gustos. Por eso téngase cuidado que la voluntad esté vacía y desasida de sus afecciones; que si no vuelve atrás queriendo quitar algún jugo ó gusto, aunque particularmente no le sienta en Dios, adelante va, subiendo sobre todas las cosas á Dios; pues de ninguna cosa gusta; y á Dios, aunque no le guste muy particular y distintamente, ni le ame con tan distinto acto, gústale en aquella infusión general oscura y secretamente, más que á todas las cosas distintas, pues entonces ve ella claro que ninguno le da tanto gusto como aquella quietud solitaria; y ámale sobre todas las cosas amables, pues que todos los otros jugos y gustos de todas ellas tiene desechados y le son desabridos. Y así no hay que tener pena, que si lo voluntad no puede reparar en jugos y gustos de actos particulares, adelante va; pues el no volver atrás abrazando algo sensible, es ir adelante á lo inaccesible, que es Dios. Y así no es maravilla que no le sienta (a). Y así la voluntad para ir á Dios más ha de ser desarrimándose de toda cosa deleitosa y sabrosa, que arrimándose; que así cumple bien el precepto de amor,

que es amarle sobre todas las cosas. Lo cual no puede ser sin desnudez y vacío especial en todas ellas.

§ XI

Tampoco hay que temer en que la memoria vaya vacía de sus formas y figuras; que pues Dios no tiene forma ni figura, segura va vacía de forma y figura, y más acercándose á Dios; porque cuanto más se arrimare á la imaginación, más se aleja de Dios y en más peligro va; pues que Dios, siendo como es incogitable, no cae en la imaginación. No entendiendo, pues, éstos á las almas que van ya en esta contemplación quieta y solitaria, por no haber ellos pasado, ni aun quizá llegado de un modo ordinario de discursos y actos, pensando, como he dicho, que están ociosas, porque el hombre animal, esto es, que no pasa del sentido animal de la parte sensitiva, no percibe las cosas que son de Dios, dice San Pablo (I. ad Cor. II, 14), les turban la paz de la contemplación sosegada y quieta que de suyo les daba Dios, y los hacen meditar y discurrir y hacer actos no sin grande desgana y repugnancia y sequedad y distracción de las mismas almas, que se querrían estar en su quietud y pacífico recogimiento; y persuádenlas á que procuren jugos y fervores, como quiera que los habían de aconsejar lo contrario. Lo cual no pudiendo ellas hacer, ni entrar en ello como antes, porque ya pasó ese tiempo, no es ese su camino, desasosíéganse doblado, pensando que van perdidas; y aun ellos se lo ayudan á creer, y sécanlas el espíritu y quítanles las unciones preciosas, que en la soledad y tranquilidad Dios las ponía, que, como dije, es grande daño, y ponen las del duelo y del lodo; pues lo uno pierden y en lo otro sin provecho penan. No saben éstos qué cosa es espíritu, y hacen á Dios grande injuria y desacato, metiendo su tosca mano donde Dios obra; porque le ha costado mucho á Dios llegar estas almas hasta aquí, y precia mucho haberlas llegado á esta soledad y vacío de sus potencias y operaciones, para poderlas hablar al corazón, que es lo que él siempre desea; tomando él ya la mano, siendo ya él el que en el alma reina con abundancia de paz y sosiego, haciendo desfallecer los actos naturales de las potencias con que trabajando toda la noche no hacía nada; apacentándolas ya el espíritu sin operación del sentido; porque sentido ni su obra, no es capaz del espíritu. Y cuánto él precia esta tranquilidad y adormecimiento ó aniquilación de sentido, échase de ver en aquella conjuración tan notable y eficaz que hizo en los Cantares, diciendo: Conjúroos, hijas de Jerusalén, por las cabras y ciervos campesinos, que no recordéis ni hagáis velar á la amada hasta que ella quiera (Cant. III, 5). En lo cual da á entender cuánto ama el adormecimiento y olvido solitario, pues interpone estos animales solitarios y retirados. Pero estos espirituales no quieren que el alma repose ni quiete, sino que siempre trabaje y obre de manera que no dé lugar á que Dios obre, y que lo que él va obrando se deshaga y borre con la operación del alma, hechos las raposillas que demuelen la

florida viña del alma (Cant. II, 15) (1), y por eso se queja por Isaías, diciendo: Vosotros habéis depacido mi viña (Isai. III, 14). Pero estos por ventura yerran con buen celo, porque no llega á más su saber. Pero no por eso quedan excusados en los consejos que temerariamente dan sin entender primero el camino y espíritu que lleva el alma; y si no la entiende, entrometer su tosca mano en cosa que no entiende, no dejándola para quien mejor la entienda. Que no es cosa de pequeño peso y culpa hacer á un alma perder inestimables bienes por consejo fuera de camino, y dejarla bien por el suelo. Y así el que temerariamente yerra, estando obligado á acertar (como cada uno lo está en su oficio) no pasará sin castigo, según el daño que hizo. Porque los negocios de Dios con mucho tiento y muy á ojos abiertos se han de tratar, mayormente en cosa tan delicada y subida, como en estas almas, donde se aventura casi infinita ganancia en acertar, y casi infinita pérdida en errar.

§ XII

Pero ya que quieras decir que todavía tiene alguna excusa, aunque yo no la veo, á lo menos no me podrás decir, que la tiene el que tratando un alma jamás, la deja salir de su poder, allá por los respetos é intentos vanos que él se sabe, que no quedarán sin castigo; pues que está cierto que habiendo de ir aquella alma adelante aprovechando en el camino espiritual, á que siempre Dios la ayuda, ha de mudar estilo y modo de oración, y ha de tener necesidad de otra doctrina ya más alta que la suya y otro espíritu; porque no todos saben para todos los sucesos y términos que hay en camino espiritual, ni tienen espíritu tan cabal que conozcan cómo en cualquier estado de la vida espiritual ha de ser el alma llevada y regida; á lo menos no ha de pensar que lo tiene él todo, ni que Dios querrá dejar de llevar aquella alma más adelante. No cualquiera que sabe desbastar el madero, sabe entallar la imagen; ni cualquiera que sabe entallarla, sabe perfilarla y pulirla, ni el que sabe pulir sabrá pintarla; ni cualquiera que sabe pintarla, sabrá poner la última mano y perfección; porque cada uno de estos no puede en la imagen hacer más de lo que sabe, y si quisiese pasar adelante, sería echarla á perder. Pues veamos si tú siendo solamente desbastador, quieres poner el alma en el desprecio del mundo y mortificación de sus apetitos, ó cuando mucho entallador, que será en ponerla en santas meditaciones, y no sabes más; ¿cómo llegará esa alma hasta la última perfección de delicada pintura, que ya ni consiste en desbastar, ni entallar, ni aun en perfilar, sino en la obra que Dios ha de ir en ella haciendo? Y así cierto está, que si en tu doctrina que siempre es de una manera, la haces siempre estar atada, que ó ha de volver atrás, ó á lo menos no irá adelante. Porque ¿en qué parará, te ruego, la

(1) «Que atalan la florida viña del alma.» (Ms. 18.160.)

imagen, si siempre has de ejercitar en ella no más que el martillar y desbastar, que en el alma es el ejercicio de las potencias? ¿Cuándo se ha de acabar esta imagen? ¿Cuándo ó cómo se ha de dejar á que la pinte Dios? ¿Es posible que tú tienes todos estos oficios y que te tienes por tan consumado que nunca esa alma habrá menester más que á tí? Y dado caso que tengas para alguna alma, porque quizá no tendrá talento para pasar más adelante, es como imposible que tú tengas para todas las que no dejas salir de tus manos; porque á cada una lleva Dios por diferentes caminos, que apenas se hallará un espíritu que en la mitad del modo que lleva, convenga con el modo del otro. Porque ¿quién habrá, como San Pablo, que tenga para hacerse todo á todos, para ganarlos á todos? Y tú de tal manera tiranizas las almas, y de suerte las quitas la libertad y adjudicas para tí la anchura y libertad de la doctrina Evangélica, que no sólo procuras que no te dejen; mas lo que peor es, que si acaso alguna vez que alguna fué á pedir algún consejo á otro, ó á tratar alguna cosa que no convendría tratar contigo, ó la llevaría Dios para que la enseñase lo que tú no enseñas, te hallas con ella (que no lo digo sin vergüenza), con las contiendas de celos que tienes de honra de Dios, sino celos de tu soberbia y presunción; porque, ¿cómo puedes tú saber que aquella alma no tuvo necesidad de ir á otro? Indígnase Dios de éstos grandemente, y promételes castigo por el profeta Ezequiel, diciendo: No apacentáades mi ganado, sino cubriades os con la lana y comiades os su leche: yo pediré mi ganado de vuestra mano (Ezech. XXXIV, 2, 10). Deben, pues, estos tales dar libertad á estas almas, y están obligados á dejarlas ir á otros, y mostrarles buen rostro, que no saben ellos por dónde aquella alma la quiera Dios aprovechar, mayormente cuando ya no gusta de su doctrina, que es señal que la lleva Dios adelante por otro camino, y que ha menester otro maestro, y ellos mismos se lo han de aconsejar, y lo demás nace de necia soberbia y presunción.

§ XIII

Pero dejemos ahora esta manera y digamos otra pestífera que estos ú otros peores que ellos usan. Porque acaecerá que anda Dios ungiendo algunas almas con santos deseos y motivos de dejar el mundo y mudar la vida y estado y servir á Dios, despreciando el siglo (lo cual tiene Dios en mucho haberlos llegado hasta allí, porque las cosas del siglo no son del corazón de Dios), y ellos allá con unas razones humanas ó respetos harto contrarios á la doctrina de Cristo y su mortificación y desprecio de todas las cosas, estribando en su interés ó en su gusto, ó por temer donde no había que temer, se lo dilatan ó se lo dificultan, ó lo que peor es, por quitárselo del corazón trabajan; que teniendo ellos mal espíritu y poco devoto y muy vestido de mundo y poco ablandado en Cristo; como ellos no entran, no dejan entrar á otros, como dice nuestro Salvador: ¡Ay de vosotros que tomasteis la llave

de la ciencia y no entráis ni dejáis entrar á otros! (Luc. XI, 52). Porque éstos, á la verdad, están puestos como tropiezo y tranca á la puerta del Cielo; no advirtiendo que los tiene Dios allí para que compelan á entrar á los que Dios llama, como se lo tiene mandado; y ellos por el contrario, están compeliendo que no entren por la puerta angosta que guía á la vida; de esta manera es ser un ciego, que puede estorbar la guía del Espíritu Santo con el alma. Lo cual acaece de muchas maneras, que aquí queda dicho, unos sabiendo y otros no sabiendo; mas los unos y los otros no quedarán sin castigo; pues teniéndolo por oficio, están obligados á saber y mirar lo que hacen.

§ XIV

El otro ciego que dijimos que podía empachar al alma en este género de reconocimiento es el demonio, que quiere que como él es ciego, también el alma lo sea. El cual en estas altísimas soledades en que se infunden las delicadas unciones del Espíritu Santo (en lo cual él tiene grande pesar y envidia, porque se le va el alma de vuelo y no la puede coger en nada, y ve que se enriquece mucho) procúrale poner en esta desnudez y enajenamiento algunas cataratas de noticias y nieblas de jugos sensibles, á veces buenos para cebar más al alma (1), y hacerla volver *así al trato del sentido, y que mire en aquello y lo abraza, á fin de ir á Dios arrimada en aquellas noticias buenas y jugos (a)*. Y en esto las distrae y saca facilísimamente de aquella soledad y recogimiento en que, como habemos dicho, el Espíritu Santo está obrando aquellas grandezas secretamente. Y entonces el alma, como es inclinada á sentir y gustar (mayormente si lo anda pretendiendo), facilísimamente se pega á aquellas noticias y jugos, y se quita de la soledad en que Dios obra. Porque como ella *no hacía nada (s)*, parécetele estotro mejor; pues ahí es algo. Y aquí es grande lástima que no entendiéndose, por comer ella un bocadillo, se quita que la coma Dios á ella toda, absorbiéndola en unciones de su paladar espirituales y solitarias; y de esta manera hace el demonio, por poco más que nada, grandísimos daños, haciendo al alma perder grandes riquezas, sacándola con un poquito de cebo, como al pez del golfo de las aguas sencillas del espíritu, donde estaba engolfada y anegada en Dios sin hallar pie ni arrimo. Y en esto la saca á la orilla, dándola estribo y arrimo, y que halle pie, y que se vaya por su pie y por tierra y con trabajo y no nade por las aguas de Siloé, que van con silencio bañando en las unciones de Dios. Y hace el demonio tanto caso de esto, que es para admirar; que con ser mayor un poco de daño en esta parte, que hacer mucho en otras almas muchas, como habemos dicho, apenas hay alma que vaya por este camino, que no la haga

(1) Ms. de Burgos, Baeza, 6.624 y el 18.160. El de las Carmelitas de Toledo dice: «Para *cegar* más al alma.»

grandes daños, y haga caer en grandes pérdidas; porque este maligno se pone aquí con grande aviso en el paso que hay del sentido al espíritu, engañando y cebando al alma con el mismo sentido, atravesando, como habemos dicho, cosas sensibles, porque se detenga en ellas y no se le escape; y el alma en grandísima facilidad luego se detiene, como no sabe más que aquello, y no piensa que hay en aquello pérdida, antes lo tiene á buena dicha y de buena gana, pensando que la viene Dios á ver; así deja de entrar en lo interior del Esposo, quedándose á la puerta á ver lo que pasa. Todo lo alto ve el demonio, dice Job, es á saber: de las almas para impugnarlo; y si acaso alguna se le entra en el recogimiento, con horrores, temores ó dolores corporales ó con sonidos y ruidos exteriores, trabaja por perderla, haciéndola divertir al sentido para sacarla afuera y divertirla del interior espíritu, hasta que no pudiendo más, la deja. Y con tanta facilidad estorba tantas riquezas, y estraga estas preciosas almas, que con preciarlo él más que derribar muchas de otras, no lo tiene en mucho por la facilidad con que lo hace y lo poco que le cuesta.

§ XV

A este propósito podemos entender lo que de él dijo Dios al mismo Job, es á saber: Absorberá un río y no se maravillará, y tiene confianza que el Jordán caerá en su boca (que se entiende por lo más alto de la perfección): en sus mismos ojos le cazará como con anzuelo, y con aleznas le horadará las narices (Job. XL, 18). Esto es, con las puntas de las noticias con que le está hiriendo, le divierte el espíritu; porque el aire que por las narices sale recogido, estando horadadas se divierte por muchas partes. Y adelante dice: Debajo de él estarán los rayos del sol y derramarán el oro debajo de sí como el lodo (Job. XLI, 21). Porque admirables rayos de divinas noticias hace perder á las almas ilustradas, y precioso oro de matices divinos quita y derrama á las almas ricas. ¡Oh, pues, almas! Cuando Dios os va haciendo tan soberanas mercedes, que os lleva por estado de soledad y recogimiento, apartándoos de vuestro trabajoso sentido, no os volváis al sentido. Dejad vuestras operaciones, que si antes os ayudaban para negar el mundo y á vosotros mismos cuando érais principiantes, ahora que os hace Dios merced de ser el obrero, os serán obstáculo grande y embarazo; que como tengáis cuidado de no poner vuestras potencias en cosa ninguna, desasiéndolas de todo, y no embarazándolas, que es lo que de vuestra parte habéis de hacer en este estado, solamente junto con la advertencia amorosa, sencilla *que dije arriba, de la monera que allí lo dije que es cuando no os hiciéredes gana el tenella; porque no habéis de hacer (a) ninguna fuerza al alma, si no fuere en desasirla de todo y libertarla, porque no la turbeis y altereis la paz ó tranquilidad: Dios os la cebará de refección celestial, pues que no se la embarazais.*

§ XVI

El tercer ciego es la misma alma, la cual no entendiéndose, como habemos dicho, ella misma se perturba y se hace el daño. Porque como ella no sabe sino obrar por el sentido, cuando Dios la quiere poner en aquel vacío y soledad, donde no puede usar de las potencias ni hacer actos; como *ve* que ella no hace nada, procura (s) hacerlo, y así se distrae y llena de sequedad y disgusto el alma; la cual estaba gozando la ociosidad de la paz y silencio espiritual en que Dios estaba de secreto poniendo gusto. Y acaecerá que esté Dios porfiando por tenella en aquella quietud callada, y ella porfiando por vocear con aquella imaginación, y por caminar con el entendimiento; como á los muchachos, que llevándolos sus madres en brazos, sin que ellos den pasos, ellos van pateando y gritando por irse por sus pies; y así ni andan ellos ni dejan andar á las madres. O como cuando el pintor está pintando una imagen que si ella se está meneando, no le dejará hacer nada.

Ha de advertir el alma, que entonces aunque ella no se siente caminar, mucho más camina que por su pie; porque la lleva Dios en sus brazos; y así ella no siente el paso. Y aunque ella no hace nada, mucho más se hace que si ella lo hiciera, porque es Dios el obrero. Y si ella no lo echa de ver, no es maravilla, porque lo que Dios obra en el alma, no lo alcanza el sentido. Déjese en las manos de Dios y fiése de él, y no se ponga en otras manos ni en obras suyas. Que como esto sea, segura irá, que no hay peligro sino cuando ella quiera *poner las potencias* en algo.

§ XVII

Volvamos, pues, al propósito de estas cavernas profundas de las potencias en que decimos que el padecer del alma suele ser grande cuando le anda Dios ungiendo y disponiendo para unirla consigo, con estos sutiles ungüentos; los cuales á veces son tan sutiles y subidos, que penetrando ellos la íntima sustancia del profundo del alma, la disponen y saborean de manera, que el padecer y desfallecer en deseo con inmenso vacío de estas cavernas es inmenso. A donde habemos de notar, que si los ungüentos que disponían estas cavernas para la unión del matrimonio espiritual, son tan subidos, como habemos dicho, ¿cuál será la posesión que ahora tienen? Cierto que conforme á la sed y hambre y pasión de las cavernas, será ahora la satisfacción y hartura y deleite de ellas; y conforme á la delicadez de las disposiciones, será el primor de la posesión y fruición del sentido, el cual es el vigor y virtud que tiene la sustancia del alma para sentir y gozar los objetos de las potencias. A estas potencias llama aquí el alma cavernas harto propiamente; porque como sienten que caben en ellas las profundas inteligencias y resplandores de estas lám-

paras, echa de ver claramente que tienen tanta profundidad, cuanto es profunda la inteligencia y el amor; y que tienen tanta capacidad y senos cuantas cosas distintas reciben de inteligencias, de sabores y de gozos; todas las cuales cosas se asientan y reciben en esta caverna del sentido del alma, que es la virtud capaz que tiene para poseerlo todo, sentirlo y gustallo, como digo. Así como el sentido común de la fantasía es receptáculo de todos los objetos de los sentidos exteriores, así este sentido común del alma está ilustrado y rico con tan alta y esclarecida posesión.

Que estaba oscuro y ciego.

Por dos cosas puede el ojo dejar de ver; ó porque está á oscuras, ó porque está ciego. Dios es la luz y el objeto del alma; cuando ésta no le alumbrá, á oscuras está, aunque la vista tenga muy subida. Cuando está en pecado ó emplea el apetito en otra cosa, entonces está ciega; y aunque entonces la embiste la luz de Dios, como está ciega, no la ve.

La oscuridad del alma es la ignorancia del alma; la cual antes que Dios la alumbrase por esta trasformación, estaba oscura é ignorante de tantos bienes de Dios, como dice el Sabio que lo estaba él antes que Dios le alumbrase, diciendo: Mis ignorancias alumbró (Eccli. LI, 26). Hablando espiritualmente, una cosa es estar á oscuras, otra es estar en tinieblas; porque estar en tinieblas es estar ciego, como habemos dicho, en pecado. Pero estar á oscuras puédelo estar sin pecado, y esto de dos maneras, conviene á saber: acerca de lo natural no teniendo luz de algunas cosas naturales; y acerca de lo sobrenatural no teniendo luz de las cosas sobrenaturales. Y acerca de estas dos cosas dice aquí el alma que estaba oscuro su entendimiento autes de esta preciosa unión. Porque hasta que el Señor dijo: *Fiat lux* (Gen. I, 3); estaban las tinieblas sobre la faz del abismo de la caverna del sentido. El cual cuanto es más abisal y de más profundas cavernas, cuando Dios, que es lumbre, no le alumbrá, tanto más abisales y profundas tinieblas hay en él.

Y así esle imposible alzar los ojos á la divina luz, ni caer en su pensamiento; porque no sabe cómo es, nunca habiéndole visto; por eso ni lo podrá apetecer, antes apetecerá tinieblas, *porque no sabe cómo es*, (a) é irá de una tiniebla en otra, guiado por aquella tiniebla; porque no puede guiar una tiniebla sino á otra tiniebla. Pues, como dice David: El día rebosa en el día, y la noche enseña su noche á la noche (Ps. XVIII, 2). Y así un abismo llama á otro abismo: un abismo de tinieblas á otro abismo de tinieblas, y un abismo de luz á otro abismo de luz; llamando cada semejante á su semejante é *infundiendo en él*; (a) y así la luz de la gracia que Dios había dado á esta alma antes, con que la había abierto el ojo de su abismo á la divina luz, y héchola en esto agradable, llamó otro abismo de gracia, que es esta trasformación divina del alma en Dios, con que el ojo del sentido queda tan esclarecido y agra-

dable *que la luz y la voluntad toda es una, unida la luz natural con la sobrenatural y luciendo ya la sobrenatural solamente; así como la luz que Dios crió se unió con la del sol y luce ya la del sol solamente sin faltar la otra (a)*. Y también estaba ciega en tanto que gustaba de otra cosa: porque la ceguedad del sentido racional y superior es el apetito que, como catarata y nube, se atraviesa y pone sobre el ojo de la razón, para que no vea las cosas que están delante. Y así en tanto que proponía en el sentido algún gusto, estaba ciego para ver las grandezas de riquezas y hermosuras divinas que estaban detrás. Porque así como poniendo sobre el ojo una cosa, por pequeña que sea, basta para tapan la vista que no vea otras cosas que estén delante por grandes que sean; así un leve apetito y ocioso acto que tenga el alma, basta para impedirle todas estas grandezas divinas, que están después de los gustos y apetitos que el alma quiere. ¡Oh quién pudiera decir aquí cuán imposible le es al alma que tiene apetitos, juzgar de las cosas de Dios como ellas son, porque para acertar á juzgar las cosas de Dios, totalmente se ha de echar el apetito y el gusto fuera y no las ha de juzgar con él; porque *infalliblemente* vendrá á tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios. Porque estando aquella catarata y nube sobre el ojo del juicio, no ve sino catarata, unas veces de un color, otras de otro, como ellas se ponen; y piensan que la catarata es Dios, porque no ven, como habemos dicho, más que catarata, que está sobre el sentido, y Dios no cae en sentido. Y así el apetito y gustos impiden el conocimiento de las cosas altas, como lo da á entender el Sabio diciendo: El hechizo de la vanidad oscurece los bienes, y la inconstancia del apetito trastrueca el sentido que aún no sabe de malicia (Sap. IV. 12). Por lo cual los que no son tan espirituales que estén purgados de los apetitos y gustos, aunque todavía están algo animales en ellos, crean que las cosas viles y bajas del espíritu, que son las que más se llegan al sentido en que ellos todavía viven, las tendrán por gran cosa; y las que fueren actos del espíritu, que son las que más se apartan del sentido, las tendrán en poco, y no las estimarán, y aun las tendrán por locura, como dice San Pablo, diciendo: El hombre animal no percibe las cosas de Dios; sonle á él como locura y no las puede entender (I. ad Cor. II, 14). Y hombre animal es aquel que todavía vive con apetitos y gustos de su naturaleza; que aunque algunos vengán y nazcan de espíritu, si se quiere asir á ellos con su natural apetito, ya son apetitos naturales; que poco hace al caso que el objeto sea sobrenatural; si el apetito sale de sí mismo y tiene raíz y fuerza en el natural; *pues tiene la misma sustancia y naturaleza que si fuera acerca de materia y objeto natural (a)*. Dirásme: pues cuando se apetece Dios, ¿no es sobrenatural? Digo que no siempre, sino cuando Dios le infunde, dando él la fuerza del apetito; y esto es muy diferente; mas cuando tú de tuyo te le quieres tener, no es más que natural; y *lo será siempre si Dios no lo informare (a)*. Y así cuando tú de tuyo te quieres pegar á los gustos espirituales y ejercitas el apetito tuyo natural, catarata pones, y eres animal, y no podrás entender ni juzgar lo espiritual, que es sobre todo sentido y apetito

natural. Y si tienes más duda, no sé que te diga, sino que lo vuelvas á leer y quizás no la tendrás; que dicha está la sustancia de la verdad, y no se sufre aquí en esto alargarme más. Este sentido, pues, que antes estaba oscuro sin esta divina luz *de Dios (a)*, y ciegos con sus apetitos, ya está de manera que sus profundas cavernas, por medio de esta Divina unión:

Con extraños primores

Calor y luz dan junto á su querido.

Porque estando estas cavernas de las potencias tan mirífica y maravillosamente infundidas en los admirables resplandores de aquellas lámparas, como hemos dicho, que en ellas están ardiendo, están ellas enviando á Dios en Dios, de más de la entrega que hacen á Dios, estando clarificadas y encendidas en Dios, esos mismos resplandores que tiene recibidos con amorosa gloria, inclinadas ellas á Dios en Dios, hechas también ellas lámparas encendidas en los resplandores de las lámparas divinas, dando al Amado de la misma luz y calor de amor que recibe; porque aquí de la misma manera que lo reciben lo están dando al que lo da, con los mismos primores que él se lo da, como el vidrio hace cuando le embiste el sol; aunque estotro es en más subida manera, por intervenir en ello el ejercicio de la voluntad *con extraños primores*, es á saber: extraños y ajenos de todo común pensar y de todo encarecimiento y *de todo modo y manera (a)*; porque conforme al primor con que el entendimiento recibe á la sabiduría divina, hecho un entendimiento con el de Dios, es el primor con que lo da él al alma; *porque no lo puede dar sino al modo que se lo da (a)*. Y conforme al primor con que la voluntad está unida con la bondad, es el primor con que ella da á Dios en Dios la misma bondad; porque no lo recibe sino para darlo: ni más ni menos, según el primor con que en la grandeza de Dios conoce, estando unida en ella luce y da calor de amor. Según los primores de los demás atributos divinos que comunica allí al alma de fortaleza, hermosura, justicia, etc., son los primores con que el sentido gozando, está dando á su querido en su querido esa misma luz y calor que está recibiendo de su querido; porque estando ella aquí hecha una misma cosa con él, en cierta manera es ella Dios por participación; que aunque no tan perfectamente como en la otra vida, es, como dijimos, como sombra de Dios. Y á este talle, siendo ella por medio de esta *sustancial (a)* transformación sombra de Dios, hace ella en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo, *al modo que él lo hace (a)*; porque la voluntad de los dos es una; y así como Dios se la está dando con libre y graciosa voluntad, así ella también, teniendo la voluntad tanto más libre y generosa, cuanto más unida en Dios, en Dios está dando á Dios al mismo Dios, y es verdadera y entera la dádiva del alma á Dios; porque allí verdaderamente el alma ve que Dios es suyo, y que ella le posee *con*

posesión hereditaria (a) como hijo adoptivo de Dios con propiedad de derecho, por la gracia que Dios de sí mismo le hizo; y *que como cosa suya le puede dar y comunicar á quien ella quiere (a)*; y así dale á su querido que es el mismo Dios que se le dió á ella. Y en esto paga todo lo que debe; porque de voluntad le da otro tanto con deleite y gozo inestimable, dando al Espíritu Santo como cosa suya con entrega voluntaria, porque se ame como él merece. Y en esto está el inestimable deleite del alma, de ver que ella da á Dios cosa suya que le cuadre á Dios según su infinito ser. Que aunque es verdad que el alma no puede dar de nuevo al mismo Dios á sí mismo, pues él en sí siempre es el mismo, pero el alma de suyo perfecta y verdaderamente lo hace, dando todo lo que le había dado, para pagar el amor; que es dar tanto como le dan, y Dios se paga con aquella dádiva del alma que con menos no se pagara, y lo toma con agradecimiento, como cosa suya del alma, que de nuevo se le da y en eso mismo la ama y de nuevo libremente se entrega al alma, y en esto ama al alma, y así están actualmente Dios y el alma en un amor recíproco en la conformidad de la unión y entrega matrimonial, en que los bienes de entrambos, que son la Divina Esencia *poseyéndolos cada uno libremente (a)*, los poseen entre ambos juntos en la entrega voluntaria del uno al otro, diciendo el uno al otro lo que el Hijo de Dios dijo al Padre por San Juan, es á saber: *Omnia mea tua sunt, et tua mea sunt et clarificatus sum in eis* (Joann. XVII, 10). Esto es: todas mis cosas son tuyas, y tus cosas son mías, y clarificado soy en ellas. Lo cual en la otra vida es sin intermisión, en la fruición perfecta. Pero en este estado de unión acaece cuando Dios ejercita en el alma el acto de esta transformación, aunque no con la perfección que en la otra vida (1). Y que pueda hacer al alma aquella dádiva, aunque es de más entidad que su capacidad y su ser, está claro; porque claro está que el que tiene muchos reinos y gentes por suyas, aunque son de mucha más entidad que él, las puede dar muy bien á quien quisiere. Esta es la gran satisfacción y contento del alma; ver que da á Dios más que ella en sí vale, dando con tanta liberalidad á Dios á sí mismo, como cosa suya, con aquella luz divina y calor de amor que se lo dan; en la otra vida es por medio de la lumbre de gloria, y en ésta por medio de la fe ilustradísima.

Y de esta manera, *las profuudas cavernas del sentido con extraños primores, calor y luz dan junto á su querido*. Junto, porque junta es la comunicación del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo en el alma, que son luz y fuego de amor. Pero los primores con que el alma hace esta entrega habemos aquí de notar brevemente. Acerca de lo cual es de advertir que en el acto de esta unión, como quiera que el alma goce cierta imagen de fruición, que se causa de la unión del entendimiento y del afecto en Dios; deleitada ella en sí y obligada, hace á Dios la entrega

(1) «Y en este estado de unión cuando se pone en acto y ejercicio de amor la comunicación del alma y Dios.» (Ediciones antiguas y manuscrito de Alba.)

de Dios y de sí misma en Dios con maravillosos modos. Porque acerca del amor se há el alma con Dios con *extraños primores*; y acerca de este rastro de fruición ni más ni menos, y acerca de la alabanza también; por el semejante acerca del agradecimiento. Cuanto á lo primero, que es el amor, tiene tres primores principales de amor. El primero es, que aquí ama el alma á Dios, no por sí, sino por el mismo Dios: lo cual es admirable primor; porque ama por el Espíritu Santo, como el Padre ama al Hijo, según se dice por San Juan: La dilección con que amaste, dice el Hijo al Padre, esté en ellos y yo en ellos (Joann. XVII. 26). El segundo primor es amar á Dios en Dios, porque en esta vehemente unión se absorbe el alma en amor de Dios; y Dios con grande vehemencia se entrega al alma. El tercer primor de amor principal, es amarle allí por quien él es. Porque no le ama sólo porque para sí misma es largo bien y gloria, etc., sino mucho más fuertemente, porque en sí es todo esto esencialmente. Y acerca de esta imagen de fruición tiene otros tres primores principales maravillosos. El primero, que el alma goza allí á Dios por el mismo Dios. Porque como el alma aquí une el entendimiento en la sabiduría y bondad, etc., (que tan ilustradamente conoce, aunque no claramente como será en la otra vida), grandemente se deleita en todas estas cosas entendidas distintamente, como arriba dijimos. El segundo primor principal de esta dilección, es deleitarse ordenadamente sólo en Dios, sin otra ninguna mezcla de criatura. El tercer deleite, es gozarle sólo por quien él es, sin otra mezcla de gusto propio; y acerca de la alabanza que el alma hace á Dios *en* esta unión, hay otros tres primores de alabanza. El primero, hacerlo de oficio, porque ve el alma que para su alabanza la crió Dios, como dice por Isaías: Este pueblo formé para mí, cantará mis alabanzas (Isaí. XLIII, 21). El segundo primor de alabanza es por los bienes que recibe y deleite que tiene en alabar. El tercero es por lo que Dios es en sí. Porque aunque el alma no recibiese ningún deleite, le alabaría por quien él es. Acerca del agradecimiento tiene otros tres primores principales. El primero, agradecer los bienes naturales y espirituales que ha recibido y los beneficios. El segundo, es la deleitación grande que tiene en alabar á Dios; porque con gran vehemencia se absorbe en esta alabanza. El tercero, es alabanza sólo por lo que Dios es, lo cual es mucho más fuerte y deleitable.

CANCIÓN IV

¡Cuán manso y amoroso
 Recuerdas en mi seno
 Donde secretamente solo moras,
 Y en tu aspirar sabroso
 De bien y gloria lleno
 Cuán delicadamente me enamoras!

DECLARACIÓN

Conviértese el alma aquí á su Esposo con mucho amor, estimándole y agradeciéndole dos efectos admirables, que á veces en ella hace por medio de esta unión, notando también el modo con que hace cada uno, y también el efecto que en ella redunda en este caso. El primer efecto es recuerdo de Dios en el alma; y el modo con que éste se hace es de mansedumbre y de amor. El segundo es aspiración de Dios en el alma; y el modo de éste es de bien y gloria que se le comunica en la aspiración. Y lo que de aquí en el alma redunda es enamorarla delicada y tiernamente; y así es como si dijera: El recuerdo que haces, oh Verbo Esposo, en el centro y fondo de mi alma, *que es la pura é íntima substancia de ella (a)*, en que secreta y calladamente sólo como Señor de ella moras, no sólo como en tu casa, ni sólo como en tu mismo lecho, sino también como en mi propio seno íntima y estrechamente unido; ¡cuán mansa y amorosamente le haces!, esto es, grandemente manso y amoroso; y en la sabrosa aspiración, que en ese recuerdo tuyo haces sabrosa para mí, que está llena de bien y gloria; ¡con cuánta delicadez me enamoras y aficionas á tí!

En el cual toma el alma la semejanza del que cuando recuerda de su sueño respira; porque á la verdad ella así lo siente. Síguese el verso:

*¡Cuán manso y amoroso
Recuerdas en mi seno!*

Muchas maneras de recuerdos hace Dios al alma; tantas, que si las hubiésemos de contar, nunca acabaríamos. Pero este recuerdo que aquí quiere dar á entender el alma que hace el Hijo de Dios, es á mi ver, de los más levantados y que más bien hace al alma. Porque este recuerdo es un movimiento que hace el Verbo en la sustancia del alma, de tanta grandeza y señorío y gloria y de tan íntima suavidad, que le parece al alma que todos los bálsamos y especies odoríferas y flores del mundo se trabucan y menean, revolviéndose para dar suavidad; y que todos los reinos y señoríos del mundo, y todas las potestades y virtudes del cielo se mueven; y no sólo eso, sino que también todas las virtudes y sustancias y perfecciones y gracias de todas las cosas criadas relucen y hacen el mismo movimiento, todo á una y en uno: que por cuanto como dice San Juan: todas las cosas en él son vida (Joan. I, 3); y en él viven y son y se mueven, como también dice el Apóstol (Act. XVII, 28). De aquí es que moviéndose este gran Emperador en el alma, cuyo principado, como dice Isaías, trae sobre sus hombros (Isai. IX, 6), que son las tres máquinas: celeste, terrestre é infernal, y las cosas que hay en ellas, sustentándolas todas, como dice San Pablo, en

el Verbo de su virtud (Hebræos. I, 3), todas á una parezcan moverse; al modo que al movimiento de la tierra se mueven todas las cosas naturales que hay en ella, *como si no fuesen nada (a)*; así es cuando se mueve este Príncipe que trae sobre sí su corte, y no la corte á él. Aunque esta comparación harto impropia es; porque acá no sólo parecen moverse, sino que también descubren las bellezas de su ser, virtud y hermosura y gracias, y la raíz de su duración y vida. Porque echa allí de ver el alma, cómo todas las criaturas de arriba y abajo tienen su vida y duración en él, y ve claro lo que dice en el libro de la Sabiduría, diciendo: Por mí reinan los Reyes, por mí gobiernan los Príncipes y los poderosos ejercitan justicia y la entienden (Prov. VIII, 15). Y aunque es verdad que echa allí de ver el alma que estas cosas son distintas de Dios, en cuanto tienen ser criado, y las ve allí en él con su fuerza, raíz y vigor, es tanto lo que conoce ser Dios en su ser con infinita eminencia todas estas cosas, que las conoce mejor en su ser que en ellas mismas. Y este es el deleite grande de este recuerdo, conocer por Dios las criaturas, y no por las criaturas á Dios: que es conocer los efectos por su causa, y no la causa por los efectos, *que es conocimiento postrero, y ese otro es esencial (a)*. Y cómo sea este conocimiento en el alma, como quiera que Dios sea inmóvil, es cosa maravillosa; *porque aunque entonces Dios no se mueve realmente, al alma le parece que en verdad se mueve*; porque como ella es innovada y movida por Dios, *para que vea esta sobrenatural vista (a)*, y se le descubre con tanta novedad aquella divina vida y el ser y armonía de toda criatura en ella con sus movimientos en Dios, parécete que Dios es el que se mueve, y que toma la causa el nombre del efecto que hace, según el cual efecto se puede decir que Dios se mueve, según el Sabio dice: Que la sabiduría es más móvil que todas las cosas móviles (Sap. VII, 24); y es, no porque ella se mueva, sino porque es el principio y raíz de todo movimiento, permaneciendo en sí estable, como dice luego, todas las cosas innova; y así lo que allí quiere decir, es que la sabiduría es más activa que todas las cosas activas. Y así debemos decir aquí, que el alma en este movimiento es la movida y la recordada *del sueño de vista natural á vista sobrenatural (a)*, y por eso la pone bien propiamente nombre de recuerdo. Pero Dios siempre se está así como el alma lo echó de ver, moviendo, rigiendo y dando ser y virtud y gracia y dones á todas las criaturas, teniéndolas todas en sí virtual, presencial y sustancialmente, viendo el alma lo que Dios es en sí, y lo que es en las criaturas *en una sola vista*; así como quien abriéndole un palacio, ve en un acto la eminencia de la persona que está adentro, y ve juntamente lo que está haciendo. Y así lo que yo entiendo, cómo se haga este recuerdo y vista del alma es, *que estando el alma en Dios substancialmente, como lo está toda criatura*, quítale delante algunos de los muchos velos y cortinas que ella tiene antepuestos, para poder ver cómo él es; y entonces traslúcese y vese algo oscuramente (porque no se quitan todos los velos) aquel rostro suyo lleno de gracias; el cual, como todas las cosas está moviendo con su virtud, parécese juntamente con él lo que está

haciendo. *Y parece él moverse en ellas y ellas en él con movimiento continuo; y por eso le parece al alma que él se movió y recordó, siendo ella la movida y recordada; que esta es la bojeza de esta nuestra condición de vida, que como nosotros estamos, pensamos que están los otros, y como somos, juzgamos á los demás, comenzando de nosotros mismos el juicio y no de fuera. Y así el ladrón, piensa que los otros también hurtan; y el lujurioso, que los otros lo son; y el malicioso que los otros son maliciosos, saliendo ya aquel juicio de su malicia; y el bueno piensa bien de los demás, saliendo aquel juicio de bondad que tiene en sí concebida; el que es descuidado y dormido, parecele que los otros lo son: Y de aquí es que cuando nosotros estamos descuidados y dormidos delante de Dios, nos parezca que Dios es el que está dormido y descuidado de nosotros, como se ve en el Salmo cuarenta y tres donde (a) David dice á Dios: ¡Levántate, Señor!, ¿por qué duermes? (Ps. XLIII, 23). Poniendo en Dios lo que había en los hombres, que siendo ellos los caídos y dormidos, dice á Dios: que él sea el que se levante y despierte, como quiera que nunca duerme el que guarda á Israel. Pero á la verdad, como quiera que todo el bien del hombre venga de Dios, y el hombre de suyo ninguna cosa pueda que sea buena, con verdad se dice que nuestro recuerdo es recuerdo de Dios, y nuestro levantamiento es levantamiento de Dios, y así es como si dijera David: levántanos dos veces y recuérdanos, porque estamos dormidos y caídos de dos maneras. De donde porque el alma estaba dormida en sueño, de que ella jamás no pudiera por sí misma recordar, y sólo Dios es el que la pudo abrir los ojos y hacer este recuerdo, muy propiamente le llama recuerdo de Dios, diciendo: *Recuerdas en mi seno*. Recuérdanos tú y alúmbranos, Señor mío, para que conozcamos y amemos los bienes que siempre nos tienes propuestos, y conoceremos que te moviste á hacernos mercedes y que te acordastes de nosotros.*

Totalmente es indecible lo que el alma conoce y siente en este recuerdo de la excelencia de Dios, porque siendo comunicación de la excelencia de Dios en la *substancia* del alma, que es el seno suyo que aquí dice, suena en el alma una potencia inmensa de voz de multitud de excelencias de millares de millares de virtudes. En éstas el alma estancada, queda terrible y sólidamente entre ellas ordenada, como haces de ejércitos, y suavizada y agraciada en todas las suavidades y gracias de las criaturas.

Pero será la duda; ¿cómo puede sufrir el alma tan fuerte comunicación en la carne, que en efecto no hay sujeto y fuerza en ella para sufrir tanto para no desfallecer? Pues que solamente de ver la Reina Ester al Rey Asuero en su trono con vestiduras reales, y resplandeciendo el oro y perlas preciosas, temió tanto de verle tan terrible en su aspecto, que desfalleció; como ella lo confiesa allí diciendo: Que por el temor que le hizo su gran gloria, porque le pareció como un ángel, y su rostro lleno de gracias, desfalleció (Esther. XV, 16); porque la gloria oprime al que la mira, cuando no glorifica. Pues ¿cuánto más había el alma de desfallecer aquí,

pues no es ángel el que echa de ver, sino Dios con su rostro lleno de gracias de todas las criaturas, y de terrible poder y gloria, y voz de multitud de excelencias? De la cual dice Job: que cuando oyéremos tan sólo una partecita, ¿quién podrá sufrir la grandeza de su trueno? (Job. XXVI, 14) y en otra parte dice: No quiero que entienda y trate conmigo con mucha fortaleza, porque por ventura no me oprima con el peso de su grandeza (Job. XXIII, 6). Pero la causa porque el alma no desfallece y teme en aqueste recuerdo tan poderoso y glorioso, es por dos cosas. La primera, porque estando ya el alma en estado de perfección, como aquí está, en el cual está la parte inferior muy purgada y conforme con el espíritu, no tiene el detrimento y pena que en las comunicaciones espirituales suele tener el espíritu y sentido no purgado y dispuesto para recibirlas; *aunque no basta ésta para dejar de recibir detrimento delante de tanta grandeza y gloria; por cuanto aunque esté el natural muy puro, todavía, porque excede al natural, le corromperá, como hace el excelente sensible á la potencia; que á este propósito se entiende lo que alegamos de Job (a)*. La segunda causa es lo que hace al caso, que es la que el primer verso le dice aquí el alma, que es mostrarse manso y amoroso. Porque así como Dios muestra al alma esta grandeza y gloria para regalarla y engrandecerla, así la favorece *para que no reciba detrimento (a)*, amparando al natural, mostrando al espíritu su grandeza con blandura y amor, *á excusa del natural, no sabiendo el alma si para con el cuerpo ó fuera de él (a)*. Lo cual puede muy bien hacer el que con su diestra amparó á Moisés para que viese su gloria (Exodo. XXXIII, 22). Y así tanta mansedumbre y amor sienta el alma en él, cuánto poder y señorío y grandeza; porque en Dios todo es una misma cosa. Y así es el deleite fuerte, y el amparo fuerte en mansedumbre y amor, para sufrir fuerte deleite. Y así antes el alma queda poderosa y fuerte que desfallecida. Que si Ester se desmayó fué porque el Rey se le mostró al principio no favorable, sino como allí dice, los ojos ardientes, le mostró el furor de su pecho. Pero luego que la favoreció, extendiendo su cetro y tocándola con él y abrazándola, volvió sobre sí; habiéndola dicho que él era su hermano, que no temiese. Y así habiéndose aquí el Rey del Cielo desde luego con el alma amigablemente, como su igual y hermano, desde luego no teme el alma; porque mostrándole en mansedumbre y no en furor la fortaleza de poder y el amor de su bondad, la comunica la fortaleza y amor de su pecho, saliendo á ella de su trono *del alma (a)* como esposo de su tálamo, donde estaba escondido, inclinado á ella, tocándola con el cetro de su majestad y abrazándola como hermano; y allí las vestiduras reales y fragancia de ellas, que son las virtudes admirables de Dios; allí el resplandor de oro que es la caridad; allí lucir las piedras preciosas de las noticias de las *substancias superiores é inferiores (a)*; allí el rostro del Verbo lleno de gracias que embisten y visten á la Reina del alma, de manera que transformada ella en estas virtudes del Rey del Cielo, se ve hecha Reina, y que se puede en verdad decir de ella lo que dice David en el Salmo cuarenta y cuatro, es á saber: La Reina estuvo á tu diestra en

vestiduras de oro y cercada de variedad (Ps. XLIV, 10); y porque todo esto pasa en *la íntima substancia* del alma (c), dice luego ella:

Donde secretamente sólo moras.

Dice que en su seno mora secretamente; porque, como habemos dicho, en el fondo de la sustancia del alma es hecho este dulce abrazo. Es de saber, que Dios en todas las almas mora secreto y encubierto en la sustancia de ellas; porque si esto no fuese, no podrían ellas durar. Pero hay diferencia en este morar, y *mucha (a)*; porque en unas mora solo, y en otras no mora solo: en unas mora agradao, y en otras mora desagradado: en unas mora como en su casa, mandando y rigiéndolo todo, y en otras mora como extraño en casa ajena, donde no le dejan mandar nada ni hacer nada. El alma donde menos apetitos y gustos propios moran, es donde él más solo y más agradao y más como en casa propia rigiéndola y gobernándola mora. Y mora tanto más secreto, cuanto más solo; y así en esta alma en que ya ningún apetito mora, ni otras imágenes ni formas de alguna cosa criada, secretísimamente mora, con tanto más íntimo interior y estrecho abrazo, cuanto ella, como decimos, está más pura y sola de otra cosa que Dios; y así está secreto, porque á este puesto y abrazo no puede llegar el demonio, ni entendimiento alguno á saber cómo es. Pero á la misma alma en esta perfección no le está secreto, que siempre le siente en sí; sino según estos recuerdos, que cuando los hace, le parece al alma que recuerda el que estaba dormido antes en su seno, que aunque le sentía y gustaba, era como el amado dormido en el seno, *que no se comunican las inteligencias y amores de entrambos, hasta que entrambos están recordados (a)* (1). ¡Oh cuán dichosa es esta alma que siempre siente estar á Dios reposando y descansando en su seno! ¡Oh cuánto le conviene apartarse de cosas, huir de negocios, vivir con inmensa tranquilidad!; porque con una motica no inquiete ni remueva el seno del amado. Está allí de ordinario como dormido en este abrazo con la *sustancia (a)* del alma; al cual ella muy bien siente, y de ordinario muy bien goza (aunque no siempre), sus recuerdos, porque si estuviere en ella siempre recordado, ¿qué sería? Comunicándose las noticias y los amores, sería estar en gloria. Porque si una vez que recuerda, ¡oh mala vez!, abriendo el ojo, pone tal al alma, como habemos dicho, ¿qué sería si de ordinario estuviere en ella bien despierto? En otras almas que no han llegado á esta unión, aunque no está desagradado, por cuanto aún no están bien dispuestas para ella, mora secreto *en su alma (a)*; porque no le sienten de ordinario, sino es cuando él las hace algunos recuerdos sabrosos; aunque no son del género de éste, ni tienen que ver con él. Pero al demonio y al entendimiento no le

(1) «Que cuando uno de los dos está dormido, no se comunican las inteligencias de entrambos hasta que ambos están recordados» (Mss. de las Carmelitas de Córdoba.)

está tan secreto como estoto; porque todavía podía entender algo por los movimientos del sentido; por cuanto hasta la unión no está bien aniquilado, que todavía tiene algunas acciones *acerca de lo espiritual (a)*, por no ser ello totalmente espiritual. Mas en este recuerdo que el esposo hace en esta alma perfecta, todo es perfecto; porque él lo hace todo, y entonces en aquel excitar y recordar, que es al modo de como cuando uno recuerda y respira, siente el alma la aspiración de Dios, y por eso dice:

*Y en tu aspirar sabroso
De bien y gloria lleno
¡Cuán delicadamente me enamoras!*

En aquel aspirar de Dios, yo no querría hablar, ni aun quiero; porque veo claro que no lo tengo de saber decir, y parecería menos si lo dijese; porque es una aspiración que Dios hace, en que en aquel recuerdo del alto conocimiento de la Deidad la aspira el Espíritu Santo con la misma proporción, que fué la inteligencia y noticia de Dios, en que la absorbe profundísimamente *en el Espíritu Santo (a)*, enamorándola delicadísimoamente según aquello que vió; porque siendo llena de bien y gloria, la llenó de bondad y gloria el Espíritu Santo, en que la enamoró de sí sobre toda lengua y sentido *en los profundos de Dios (a)*; y por eso aquí lo deajo.

FIN DE LA PRIMERA LLAMA DE AMOR VIVA



T A B L A

de los Lugares de la Sagrada Escritura declarados en sentido
místico en este segundo tomo.

GENESIS

- CAP. 1. 3. Fiat lux, 468.
24. Dixit quoque Deus: producat terra animam viventem, 194.
31. Veditque Deus cuncta quæ fecerat, 197.
CAP. 2. 24. Erunt duo in carne una, 278.
CAP. 15. 17. Apparuit clibanus fumans, et lampas ignis, 432.
CAP. 21. 8. Fecitque Abraham grande convivium, 38.
CAP. 28. 12. Angelos quoque Dei ascendentes, 111.
CAP. 29. 20. Servivit ergo Jacob pro Rachel, 114.
CAP. 30. 1. Da mihi liberos, alioquin moriar, 94, 116, 202.

EXODUS

- CAP. 3. 5. Ne appropies, inquit, hùc, 40.
6. Non enim audebat aspicere contra Deum, 40.
7. Vidi afflictionem populi mei, 184.
CAP. 4. 10. Ex quo locutus es ad servum tuum, 107.
CAP. 8. 7. Vocabit autem Pharao sapientes, 128.
CAP. 16. 3. Utinam mortui essemus, 76.
CAP. 32. 31. Aut dimitte eis hanc noxam, 117.
CAP. 33. 5. Jam nunc depone ornatum tuum, 39.
12. Cùm dixeris: novi te ex nomine, 216, 334.
19. Ego ostendam omne bonum tibi, 351.
20. Non poteris videre faciem meam, 216, 351.
22. Ponam te in foramine petrae..., 176, 402.
23. Videbis posteriora mea, 264.
CAP. 34. 6. Dominator Domine Deus, 431.
30. Timuerunt propè accedere, 257.

NUMERI

- CAP. 11. 5. Recordamur piscium, 30.

DEUTERONONIUM

- CAP. 4. 24. Dominus Deus tuus ignis consumens est, 365, 410.
 CAP. 6. 5. Diliges Dominum Deum tuum, 86.
 CAP. 30. 20. Ipse est enim vita tua, 186.
 CAP. 31. 21. Scio enim cogitationes ejus, 184.
 CAP. 32. 33. Fel Draconum vinum eorum, 186.
 39. Percutiam, et ego sanabo, 417.

JUDICES

- CAP. 13. 20. Cùmque ascenderet flamma, 390.
 22. Morte moriemur, quia vidimus Deum, 217.
 CAP. 16. 15. Quomodo dicis quòd amas me, 178.

LIBER PRIMUS REGUM

- CAP. 18. 1. Anima Jonatæ conglutinata est animæ David, 324.

LIBER SECUNDUS REGUM

- CAP. 14. 14. Omnes morimur, et quasi aquæ dilabimur, 171.

LIBER TERTIUS REGUM

- CAP. 19. 12. Post ignem sibilus auræ tenuis, 417.

LIBER PRIMUS PARALIPOMENON

- CAP. 11. 18. Per media castra Philisthinorum perrexerunt, 225.

TOBIAS

- CAP. 5. 12. Quale gaudium mihi erit, 213.
 CAP. 6. 8. Cordis ejus..... super carbones ponas, etc., 399.
 CAP. 12. 12. Quando orabas cum lacrymis, 184.
 13. Et quia acceptus eras Deo, 423.
 CAP. 14. 4. Reliquum verò vitæ suæ in gaudio fuit, 343.

ESTHER

- CAP. 2. 12. Sex mensibus oleo ungerentur myrrhino, 442.
 18. Et jussit convivium præparari, 391.
 CAP. 4. 1. Mardocheus..... indutus est sacco, 425.
 CAP. 6. 11. Hoc honore condignus est, 336.

- CAP. 8. 4. Sceptrum aureum protendit manu, 117.
 CAP. 15. 16. Vidi te, domine, 480.

JOB

- CAP. 2. 8. Qui testa soniem radebat, 40.
 CAP. 3. 24. Antequam comedam suspiro, 225.
 24. Tamquam inundantes aquæ, 79.
 CAP. 4. 2. Conceptum sermonem tenere quis poterit? 358.
 12. Porrò ad me dictum est, 242.
 CAP. 6. 8. Quis det ut veniat petitio mea, 348.
 9. Et qui cœpit, ipse me conterat, 202.
 CAP. 7. 2. Sicut servus desiderat umbram, 87, 209.
 20. Quare posuisti me contrarium tibi, 60.
 CAP. 9. 11. Si venerit ad me, non videbo eum, 173.
 CAP. 10. 16. Reversusque mirabiliter me crucias, 415.
 CAP. 12. 22. Qui revelat profunda de tenebris, 68.
 CAP. 14. 5. Breves dies hominis sunt, 171.
 CAP. 16. 13. Ego ille quondam opulentus, 66.
 CAP. 19. 21. Miseremini mei, 61.
 21. Manus Domini tetigit me, 417.
 CAP. 23. 6. Nolo multa fortitudine, 61.
 CAP. 29. 18. Sicut palma multiplicabo dies, 40.
 20. Gloria mea semper innovabitur, 428.
 21. Mutatus est mihi in crudelem, 398.
 CAP. 30. 16. Nunc autem in memetipso, 79.
 17. Nocte os meum perforatur doloribus, 79.
 CAP. 37. 16. Numquid nosti semitas, 109.
 CAP. 40. 18. Ecce, absorbebit fluvium, 464.
 CAP. 41. 6. Corpus illius quasi scuta fusilia, 323.
 21. Sub ipso erunt radii solis, 464.
 24. Non est super terram potestas, 192.
 25. Omne sublime videt, 128, 463.
 CAP. 42. 5. Auditu auris audivi te, 241.
 12. Dominus autem benedixit novissimis, etc., 423.

PSALMI

- Ps. 9. 10. Adjutor in opportunitatibus, 185.
 Ps. 11. 7. Eloquia Domini, eloquia casta, 88, 424.
 Ps. 15. 4. Nec memor ero nominum eorum, 332.
 Ps. 10. 2. De vultu tuo iudicium meum prodeat, 409.
 3. Igne me examinasti, 398.
 4. Propter verba labiorum tuorum, 120.
 15. Satiabor cùm apparuerit gloria tua, 179, 402.
 Ps. 17. 5. Circumdede runt me dolores mortis, 62.

- Ps. 17. 12. Et posuit tenebras latibulum suum, 103, 178.
 13. Præ fulgore in conspectu ejus, 59, 103, 226.
- Ps. 18. 3. Dies diei eructat Verbum, 468.
 10. Judicia Domini vera, justificata in semetipsa, 347.
- Ps. 20. 4. Quoniam prævenisti eum, 358.
- Ps. 24. 15. Oculi mei semper ad Dominum, 121.
- Ps. 29. 7. Ego autem dixi in abundantia mea, 69.
 12. Convertisti planctum meum, 428.
- Ps. 30. 20. Quam magna multitudo dulcedinis tuæ, 358, 415.
 21. Abscondes eos in abscondito, 104, 418.
- Ps. 33. 8. Immittet Angelus Domini, 249.
 20. Multæ tribulationes justorum, 191.
 22. Mors peccatorum pessima, 219.
- Ps. 34. 3. Salus tua ego sum, 185.
 10. Omnia ossa mea dicent, 420.
- Ps. 35. 9. Inebriabuntur ab ubertate, 296.
 9. Torrente voluptatis tuæ potabis eos, 185, 358.
- Ps. 36. 4. Delectare in Domino: et dabit tibi, 117.
- Ps. 37. 9. Afflictus sum, et humiliatus sum, 79.
 11. Et lumen oculorum meorum, 212.
- Ps. 38. 3. Obmutui, et humiliatus sum, 42.
 4. Concaluit cor meum intra me, 90, 271, 294.
 12. Propter iniquitatem corripuisti hominem, 61.
- Ps. 41. 1. Quemadmodum desiderat cervus, 116, 225, 440.
 3. Sitivit anima mea ad Deum, 36.
- Ps. 44. 10. Astitit Regina à dextris tuis, 321, 481.
- Ps. 45. 5. Fluminis impetus lætificat, 433.
- Ps. 49. 11. Pulchritudo agri mecum est, 284.
- Ps. 50. 12. Cor mundum crea in me, Deus, 88.
 19. Sacrificium Deo spiritus contribulatus, 47.
- Ps. 53. 5. Fortes quæsierunt animam meam, 191.
- Ps. 58. 5. Sine iniquitate cucurri, 117.
 10. Fortitudinem meam ad te custodiam, 85, 311.
- Ps. 61. 2. Nonne Deo subjecta erit, 307.
 11. Divitiæ si affluent nolite cor apponere, 190.
- Ps. 62. 2. Sitivit in te anima mea, 86, 250.
 3. In terra deserta, et invia, 42.
- Ps. 67. 10. Pluviam voluntariam, 113.
 14. Si dormiatis inter medios cleros, 222.
 16. Mons Dei, mons pinguis, 347.
 34. Ecce dabit voci suæ, 238.
- Ps. 68. 1. Salvum me fac, Deus, 65, 270.
- Ps. 70. 20. Quantas ostendisti mihi, 425.
- Ps. 72. 21-22. Quia inflammatum est cor meum, 35, 180, 303.
 22. Ad nihilum redactus sum, 72.
- Ps. 76. 4. Renuit consolari anima mea, 45.
 6. Annos æternos in mente habui, 427.
 7. Et meditatus sum nocte, 45.

- Ps. 76. 19. Illuxerunt coruscationes tuæ, 109.
 Ps. 83. 3. Concupiscit, et deficit anima mea, 116, 215, 440.
 3. Cor meum, et caro mea exultaverunt, 368, 391, 409.
 4. Etenim passer iuvenit sibi domum, 341.
 6. Ascensiones in corde suo disposuit, 110.
 Ps. 84. 9. Quoniam loquetur pacem, 31, 447.
 Ps. 87. 6. Sicut vulnerati dormientes, 62.
 9. Longè fecisti notos meos à me, 63.
 Ps. 89. 4. Mille anni ante oculos tuos, 406.
 9. Anni nostri sicut aranea, 406.
 Ps. 96. 2. Nubes, et caligo in circuitu ejus, 59, 226.
 Ps. 101. 8. Vigilavi, et factus sum sicut passer, 244.
 Ps. 103. 32. Qui respicit terram, 416.
 Ps. 104. 4. Quærite Dominum quærite faciem ejus, 113.
 Ps. 111. 1. Beatus vir, qui timet Dominum, 114.
 Ps. 115. 15. Pretiosa in conspectu Domini, 219, 405.
 Ps. 118. 32. Viam mandatorum cucurri, 117, 292.
 81. Defecit in salutare tuum, 112.
 131. Os meum aperui, et atraxi spiritum, 270.
 140. Ignitum eloquium tuum, 390.
 Ps. 120. 4. Ecce non dormitabit, 453.
 Ps. 122. 2. Sicut oculi ancillæ in manibus, 121.
 Ps. 126. 1. Nisi Dominus ædificaverit domum, 453.
 Ps. 138. 11. Et nox illuminatio mea, 364.
 12. Sicut tenebræ ejus, 68, 226, 424.
 Ps. 142. 3. Collocavit me in obscuris 68.
 7. Defecit spiritus meus, 112.
 Ps. 144. 16. Aperis tu manum tuam, 197.
 Ps. 147. 17. Mittit crystallum suam, 52.

PROVERBIA

- CAP. 2. 4. Si quæsieris eam quasi pecuniam, 213.
 CAP. 4. 23. Omni custodiâ serva cor tuum, 176.
 CAP. 8. 15. Per me Reges regnant, 477.
 30. Delectabar per singulos dies, 392.
 31. Deliciæ meæ esse cum filiis hominum, 258, 286.
 CAP. 15. 15. Secura mens quasi jüge convivium, 271.
 CAP. 16. 1. Hominis est animam præparare, 454.
 CAP. 18. 12. Antequam conteratur, 110.
 CAP. 30. 1. Visio, quam locutus est vir, 301.

ECCLESIASTES

- CAP. 9. 1. Nescit homo, utrùm amore, 173.
 CAP. 10. 4. Si Spiritus potestatem habentis, 424.

CANTICUM

- CAP. 1. 1. Osculetur me osculo oris sui, 117, 130.
 3. Trahe me: post te curremus, 292, 321, 443.
 4. Nigra sum, sed formosa, 122, 335, 428.
 6. Indica mihi..... ubi pascas, 173.
 10. Murenulas aureas, 222.
 11. Dum esset rex in accubitu suo, 257.
 14. Ecce tu pulcha es, 336.
 15. Ecce tu pulcher es, 336.
 15. Lectulus noster floridus, 236.
- CAP. 2. 1. Ego flos campi, 284, 324.
 3. Sub umbra illius, 339.
 4. Introduxit me in cellam vinariam, 299, 456.
 5. Fulcite me floribus, 324.
 6. Læva ejus sub capite meo, 296.
 7. Adjuro vos filiæ Jerusalem, per capreas etc., 458.
 9. Similis est Dilectus meus capreæ, 199.
 10. Surge, propera, amica mea, 351, 362, 403.
 11. Jam enim hiems transiit, 281.
 13. Surge, amica mea, 362.
 14. Sonet vox tua in auribus meis, 238, 363.
 14. Vox enim tua dulcis, 363.
 15. Capite nobis vulpes parvulas, 251.
 16. Dilectus meus mihi, 429.
- CAP. 3. 1. In lectulo meo per noctes, 188.
 2. Surgam, et circuibo civitatem, 113, 182.
 2. Quæram quem diligit anima mea, 113.
 4. Paululum cùm pertransissem eos, 132.
 4. Inveni quem diligit anima mea, 117.
 5. Adjuro vos. Filiæ Jerusalem, per capreas, 276, 312, 458.
 6. Quæ est ista quæ ascendit per desertum, sicut virgula fumi, 443.
 7. En lectulum Salomonis, 126, 290.
 9. Ferculum fecit sibi Rex Salomon, 289.
 10. Reclinatorium aureum, 122.
 11. Egredimini, et videte, Filiæ Sion, 277, 322.
- CAP. 4. 1. Oculi tui columbarum, 337.
 4. Sicut turris David, 290.
 6. Vadam ad montem myrrhæ, 346.
 9. Vulnerasti cor meum, 122, 201, 328.
 12. Hortus conclusus soror mea Sponsa, 276.
 15. Puteus, aquarum viventium, 433.
 16. Surge, aquilo, 258.
- CAP. 5. 1. Veni in hortum meum, soror mea, 279.
 4. Dilectus meus misit manum suam, 293.
 6. Anima mea liquefacta est, 298, 391.
 6. Quæsivi, et non inveni illum, 211.

- CAP. 5. 8. Adjuro vos, Filiæ Jerusalem, si inveneritis, 112, 201.
 14. Venter ejus eburneus, 352.
- CAP. 6. 1. Dilectus meus descendit in hortum suum, 258.
 2. Ego dilecto meo, et dilectus meus mihi, 259, 318.
 3. Terribilis ut castrorum acies, 323.
 4. Averte oculos tuos à me, 31.
 9. Quæ est ista, quæ progreditur, 274.
 10. Descendi in hortum nucum, 126.
 11. Nescivi, 301.
 11. Anima mea conturbavit me, 251.
- CAP. 7. 1. Quàm pulchri sunt gressus tui, 323, 432.
 2. Venter tuus sicut acervus tritici, 433.
 10. Ego dilecto meo, et ad me conversio ejus, 305.
 13. Omnia poma: nova et vetera, 312.
- CAP. 8. 1. Quis mihi det te fratrem meum, 97, 130, 281, 287.
 2. Ibi me docebis, et dabo tibi, 299, 353. .
 5. Quæ est ista, quæ ascendit de deserto, 366, 402.
 5. Sub arbore malo suscitavi te, 283.
 6. Pone me ut signaculum, 115, 224.
 6. Fortis est ut mors dilectio, 225.
 6. Lampades ejus, lampades ignis, 432, 434.
 8. Soror nostra parva, 266.
 10. Ego murus: et ubera mea sicut turris, 266.

SAPIENTIA

- CAP. 1. 7. Spiritus Domini replevit, 246.
- CAP. 3. 6. Tamquam aurum in fornace, 65.
- CAP. 4. 10. Placens Deo factus est dilectus, 407.
 12. Fascinatio enim nugacitatis, 469.
- CAP. 6 13-14 Clara est et quæ nunquam marcescit sapientia, etc., 189.
 17. Ostendit se illis hilariter, 433.
- CAP. 7. 11. Venerunt autem mihi omnia, 82.
 24. Omnibus enim mobilibus, 478.
 24. Attingit autem ubique, 75, 396.
 26. Candor est enim lucis æternæ, 439.
- CAP. 8. 1. Attingit ergo à fine, 159, 417.
- CAP. 9. 15. Corpus enim, quod corrumpitur, 52, 263, 366, 416.
- CAP. 16. 21. Ad quod quisque volebat, convertebatur, 76, 449.
 25. Omnium nutrici gratiæ tuæ, 7.
- CAP. 18. 14. Cùm enim quietum silemtium, 132.

ECCLESIASTICUS

- CAP. 5. 5. De propitiato peccato, 332.
- CAP. 9. 14. Ne derelinquas amicum antiquum, 296.
 15. Vinum novum, amicus novus, 295.
- CAP. 34. 9. Qui non est tentatus quid scit? 49, 421.

- CAP. 41. 1. O mors, quàm amara est memoria tua, 299.
 3. O mors, bonum est iudicium tuum, 218.
 CAP. 51. 26. Ignorantias meas illuminavit. (*Ut in aliquibus Bibliis habetur*), 88, 467.
 29. Venter meus conturbatus est, 82.

ISAIAS

- CAP. 2. 2. Erit in novissimis diebus præparatus mons, 346.
 3. Venite, et ascendamus ad montem Domini, 346.
 CAP. 3. 14. Vos enim depasti estis vineam, 458.
 CAP. 5. 30. Obtenebrata est in caligine ejus, 103.
 CAP. 9. 6. Factus est principatus, 476.
 CAP. 11. 3. Replebit eum Spiritus timoris Domini, 297.
 CAP. 24. 16. A finibus terræ laudes audivimus, 405.
 19. Secretum meum mihi, 242.
 CAP. 26. 9. Anima mea desideravit te in nocte, 87.
 17. A facie tua, Domine, 78.
 20. Intra in cubicula tua, 176.
 CAP. 28. 9. Quem docebit scientiam? 41, 448.
 19. Vexatio intellectum dabit, 41.
 CAP. 31. 9. Cujus ignis est in Sion, 396.
 CAP. 40. 17. Omnes gentes, quasi non sint, 406.
 31. Qui autem sperant in Domino, 116.
 CAP. 43. 3. Ego Dominus Deus tuus, 336.
 4. Ex quo honorabilis factus es, 335.
 21. Populum istum formavi mihi, 474.
 CAP. 45. 3. Dabo tibi thesauros absconditos, 176.
 15. Verè tu es Deus absconditus, 172.
 CAP. 58. 10. Orietur in tenebris lux tua, 40, 344.
 CAP. 64. 4. Oculus non vidit, Deus, etc., 356.
 CAP. 65. 24. Antequam clament ego exaudiam, 213.
 CAP. 66. 12. Ego declinabo super eam, 237, 305.
 12. Ad ubera portabimini, 305.

JEREMIAS

- CAP. 1. 6. Et dixi a, a, a, Domine Deus, 107.
 CAP. 2. 2. Recordatus sum tui, 115.
 14. Numquid servus est Israel, 259.
 CAP. 12. 5. Si cum peditibus currens laborasti, 422
 CAP. 23. 29. Numquid non verba mea sunt quasi ignis, 390.
 CAP. 31. 18. Castigasti me. et eruditus sum, 49, 421.

THRENI JEREMIAE

- CAP. 1. 13. De excelso misit ignem, 88, 398, 421.
 CAP. 3. 1. Ego vir videns, 67.

- CAP. 3. 8. Sed et cùm clamavero, 72.
 9. Conclusit vias meas, 71, 399.
 17. Repulsa est à pace anima mea, 79.
 17. Oblitus sum bonorum, 80.
 19. Recordare paupertatis, 186.
 20. Memoriâ memor ero, 441.
 29. Ponet in pulvere os suum, 71, 122.
 44. Opposuisti nubem tibi, 71.

BARUCH

- CAP. 3. 10. Quid est, Israel, quod in terra, 259.
 22. Non est audita in terra Chanaam, 417.
 31. Non est qui possit scire vias ejus, 108.

EZECHIEL

- CAP. 1. 5. Similitudo quatuor animalium, 438.
 24. Quasi sonum sublimis Dei, 238.
 CAP. 2. 1. Hæc visio similitudinis, 438.
 CAP. 16. 5. Projecta es super faciem terræ, 283.
 CAP. 18. 22. Omnium iniquitatum ejus, quas operatus est, 332.
 CAP. 24. 10. Congere ossa, 64.
 11. Pone quoque eam super prunas, 64.
 CAP. 34. 2. Væ pastoribus Israel, 460.
 CAP. 36. 25. Effundam super vos aquam mundam, 434.

DANIEL

- CAP. 10. 11. Daniel vir desideriorum, 118.
 16. Domine mi, in visione tua, 243.

OSEAS

- CAP. 2. 14. Ducam eam in solitudinem, 339, 447.
 20. Sponsabo te mihi in fide, 55, 120, 221.
 CAP. 13. 9. Perditio tua, Israel, 100.
 14. Ero mors tua, ò mors, 428.

JONAS

- CAP. 2. 1. Erat Jonas in ventre piscis, 62.
 4. Projecisti me in profundum, 63.

NAHUM

- CAP. 1. *Juxta* 70. Non vindicavit bis in idipsum in tribulatione, 332.

HABACUC

- CAP. 2. 1. Super custodiam meam stabo, 41, 448.
 CAP. 3. 6. Aspexit, et dissolvit gentes, 417.

SOPHONIAS

- CAP. 1. 12. Scrutabor Jerusalem in lucernis, 171.

ZACHARIAS

- CAP. 2. 8. Qui enim tetigerit vos, 213.

SECUNDUS MACHABEORUM

- CAP. 1. 21. Jussit Sacerdos Nehemias aspergi, 434.

MATTHÆUS

- CAP. 5. 8. Beati mundo corde, 118.
 26. Non exies inde, 171.
 CAP. 6. 3. Nesciat sinistra tua, 125.
 6. Tu autem cum oraveris intra in cubiculum tuum, 175.
 10. Adveniat regnum tuum, 403.
 24. Nemo potest duobus dominis, 317.
 CAP. 7. 3. Quid autem vides festucam, 8.
 14. Quam angusta porta, 25, 37, 171.
 CAP. 10. 33. Qui autem negaverit me, 316.
 36. Et inimici hominis domestici ejus, 97.
 CAP. 13. 12. Qui enim habet, dabitur ei, 335.
 31. Simile est Regnum Cœlorum grano sinapis, 414.
 44. Simile est Regnum Cœlorum thesauro, 175.
 46. Inventa autem una pretiosa margarita, 307.
 CAP. 16. 25. Qui enim voluerit animam suam, 317.
 25. Qui autem perdiderit animam suam, 24.
 CAP. 20. 6. Circa undecimam verò exiit, 171.
 CAP. 25. 8. Date nobis de oleo vestro, 9.
 28. Tollite itaque ab eo, 336.

LUCAS

- CAP. 1. 13. Ne timeas, Zacharia, 184.
 35. Virtus Altissimi obumbrabit tibi, 436.
 52. Exaltavit humiles, 237.
 CAP. 2. 25. Homo iste justus, 298.
 CAP. 7. 37. Ecce mulier, quæ erat, 93.
 CAP. 10. 42. Porro unum est necessarium, 312.

- CAP. 11. 9. Quærite, et invenietis, 188.
 52. Væ vobis Legisperitis, 461.
 CAP. 12. 37. Amen dico vobis, quod præcinget se, 305.
 CAP. 14. 11. Qui se exaltat, humiliabitur, 110.
 23. Exi in vias, et sepes, 462.
 CAP. 15. 5. Et cùm invenerit eam, 276.
 8. Quæ mulier habens drachmas, 276.
 CAP. 17. 21. Ecce enim Regnum Dei intra vos est, 175.
 CAP. 18. 11. Deus, gratias ago tibi, 8.

JOANNES

- CAP. 1. 4. Quod factum est, in ipso vita erat, 205, 235, 476.
 5. Et lux in tenebris lucet, 91.
 16. Et gratiam pro gratia, 330, 334.
 18. Unigenitus Filius, qui est in sinu Patris, 172.
 CAP. 2. 3. Vinum non habent, 187.
 CAP. 3. 6. Quod natum est ex carne, 18.
 CAP. 4. 14. Fiet in eo fons, 222, 273, 434.
 28. Reliquit ergo hydriam, 390.
 CAP. 6. 64. Verba, quæ ego locutus sum vobis, 390.
 67. Multi discipulorum ejus, 390.
 69. Domine, ad quem ibimus, 390.
 CAP. 7. 38. Flumina de ventre ejus, 388.
 39. Hoc autem dixit de Spiritu, 222.
 CAP. 11. 3. Domine, ecce quem amas, 187.
 CAP. 12. 28. Venit ergo vos de Cælo, 237.
 32. Et ego si exaltatus fuero, 197.
 CAP. 14. 2. In domo Patris mei mansiones multæ sunt, 234, 394.
 23. Et Pater meus diliget eum, 385, 395.
 CAP. 15. 7. Si manseritis in me, 178.
 15. Vos autem dixi amicos, 308.
 CAP. 16. 23. In illo die me non rogabitis, 119.
 CAP. 17. 3. Hæc est autem vita æterna, 349.
 10. Mea omnia tua sunt, 345, 473.
 20. Non pro eis autem rogo tantum, 361.
 24. Pater, quos dedisti mihi, 361.
 26. Ut dilectio, qua dilexisti me, 473.
 CAP. 20. 1. Una autem Sabati Maria Magdalene, 94.
 15. Si tu sustulisti eum, 94, 113.

ACTUS APOSTOLORUM

- CAP. 2. 2. Factus est repente de cælo sonus, 237.
 3. Apparuerunt illis dispertitæ linguæ, 411, 434.
 CAP. 7. 32. Tremefactus autem Moyses, 107.
 CAP. 14. 21. Per multas tribulationes, 420.
 CAP. 17. 28. In ipso enim vivimus, 205, 476.

EPISTOLA AD ROMANOS

- CAP. 1. 20. Invisibilia enim ipsius, 193.
 CAP. 8. 13. Si enim secundum carnem vixeritis, 426.
 13. Si autem spiritu facta carnis, 192.
 14. Sui Spiritu Dei aguntur etc., 342, 427.
 23. Nos ipsi primitias Spiritus habentes, 179.
 24. Spei autem que videtur non est spes, 123.
 26. Spiritus adjuvat infirmitatem nostram, 160, 493.
 CAP. 11. 33. O altitudo divitiarum, 347.

I. AD CORINTHIOS

- CAP. 2. 9. Oculus non vidit, 356.
 10. Spiritus enim omnia scrutatur, 74, 411.
 14. Animalis autem homo, 469.
 14. Stultitia enim est illi, 301.
 15. Spiritualis iudicat omnia, 411.
 CAP. 3. 19. Sapientia enim hujus mundi, 301.
 CAP. 6. 17. Qui autem adhæret Domino, 279.
 CAP. 10. 4. Petra autem erat Christus, 350.
 CAP. 13. 4. Caritas patiens est, 232.
 5. Non quærit quæ sua sunt, 402.
 6. Congaudet autem veritati, 24.
 7. Omnia credit, omnia sperat, 117.
 10. Cum autem venerit quod perfectum est, 176, 223.
 11. Cum essem parvulus loquebar ut parvulus, 56.
 12. Tunc autem cognoscam, sicut et cognitus sum, 354.
 CAP. 15. 54. Absorpta est mors in victoriam, 428.

II. AD CORINTHIOS

- CAP. 1. 7. Sicut socii passionum estis, 424.
 CAP. 5. 1. Scimus enim quoniam si terrestris domus nostra, 404, 426.
 4. Nolumus expoliari, 217.
 CAP. 6. 10. Nihil habentes et omnia posidentes, 75.
 16. Vos enim estis templum Dei, 175.
 CAP. 12. 2. Sive in corpore nescio, 229, 263.
 4. Audivi arcana verba, 240, 265.
 9. Virtus in infirmitate perficitur, 320, 421.

AD GALATAS

- CAP. 2. 20. Vivo autem, jam non ego, 224, 280, 487.
 CAP. 4. 6. Quoniam autem estis filii, 360.
 CAP. 5. 17. Caro enim concupiscit adversus spiritum, 192, 250.
 CAP. 6. 17. Ego enim stigmata Domini Jesu, 416.

AD EPHESIOS

- CAP. 3. 17. In charitate radicati, 348.
 CAP. 4. 22. Deponere vos secundum pristinam conversationem, 56, 426.
 24. Induite novum hominem, 56, 96.
 CAP. 6. 11. Induite vos armaturam Dei, 192.

AD PHILIPPENSES

- CAP. 1. 21. Mori lucrum, 317.
 23. Desiderium habens dissolvi, 217.

AD COLOSSENSES

- CAP. 2. 3. In quo sunt omnes thesauri, 186, 350.
 CAP. 3. 14. Charitatem habete, quod est vinculum perfectionis, 231, 307, 322, 324.

I. AD THESSALONICENSES

- CAP. 5. 8. Induti... galeam spem salutis, 121.

AD HEBRÆOS

- CAP. 1. 3. Qui cum sit splendor gloriæ, 197, 220, 417.
 3. Portansque omnia, 476.
 CAP. 11. 6. Sine fide autem impossibile est placere Deo, 120.

EPISTOLA JACOBI

- CAP. 1. 17. Omne datum optimum, 321, 453.

I. PETRI

- CAP. 1. 12. In quem desiderant Angeli prospicere, 441.
 CAP. 4. 18. Justus vix salvabitur, 171.
 CAP. 5. 9. Cui resistite fortes in fide, 120.

II. PETRI

- CAP. 1. 2. Gratia vobis, et pax adimpleatur, 361.

I. JOHANNIS

- CAP. 3. 2. Scimus quoniam cum apparuerit, 118.
 CAP. 4. 10. Quoniam ipse prior dilexit nos, 327.
 18. Perfecta charitas foras mittit timorem, 218, 289.

APOCALIPSIS

- CAP. 2. 7. Vicenti dabo edere de ligno vitæ, 357.
10. Esto fidelis usque ad mortem, 357.
17. Dabo illi calculum candidum, 357.
26. Qui vicerit, et custodierit, 357, 419.
- CAP. 3. 5. Qui vicerit, sic vestietur, 357.
8. Ecce dedi coram te ostium apertum, 27.
12. Qui vicerit, faciam illum columnam, 357.
20. Ecce sto ad ostium, et pulso, 247.
21. Qui vicerit, dabo ei sedere mecum, 358.
- CAP. 10. 9. Accipe librum, et devora illum, 186.
- CAP. 14. 2. Tamquam vocem aquarum, 238.
2. Sicut citharædorum citharizantium, 238.
- CAP. 21. 23. Civitas non eget sole, 213.
- CAP. 22. 1. Ostendit mihi fluvium aquæ vitæ, 296.
-



ÍNDICE

de las cosas notables de este tomo II.

...

A

Accidia. —Tienen los principiantes muchas imperfecciones, acerca de este vicio.....	25
Háceles gran repugnancia y tristeza entrar por el camino estrecho de la vida.....	25
Actos. —Para que los interiores sean movidos divinamente de Dios se han de oscurecer acerca de su operación y habilidad natural.....	101
Por los actos, como sustanciales, adquiere el alma el habitual sosiego y quietud.....	132
El alma que está dispuesta muchos más actos y mas intensos puede hacer en breve tiempo que la no dispuesta en mucho.....	407
Necesitan los principiantes de los interiores para desarraigar el apetito del sabor de las cosas sensuales.....	445
Adversidad. —Con más abundancia y suavidad se comunica Dios en las adversidades.....	40
Afición. —Cuando es espiritual, creciendo ella crece la de Dios.....	18
Nunca yerra el alma sino por sus aficiones.....	99
Quien á ellas se sujeta no puede pasar á la vida verdadera y deleite espiritual.....	192
Es imposible no haga Dios mercedes al que se desnuda de toda afición... Véase <i>Apetitos</i> .	453
Alma —Háse de desnudar de todo lo que no es Dios para renovarse y vestirse de Dios.....	96
La que está renovada por el amor según sus potencias, es ya del Cielo toda celestial y Divina.....	96
Dichosa ventura es para ella librarse de la casa de su sensualidad.....	98
Nunca yerra sino por sus discursos y apetitos.....	99
En ellos siempre excede ó falta, inclinándose á lo que no conviene.....	99
Permite Dios cierta paridad entre el Angel bueno y malo acerca del alma..	127
Cuando el Angel bueno le comunica la espiritual contemplación, suele ser notada del demonio.....	128
Permite Dios sea atormentada para purificarla y hacerla alguna particular merced.....	129
Cuando Dios por sí mismo la hace mercedes, va en celada y cubierta del enemigo.....	129

Más vive en lo que ama, que en el cuerpo donde anima	205
Cuando no pretende otros consuelos fuera de Dios, presto recibirá su consolación y visitación	212
La que no tiene amor está muerta	219
A la que Dios mucho ama, mete en lo interior de su lecho	335
El mayor servicio que puede hacer á Dios, es ofrecerse á sí misma con las virtudes que le ha dado	248
Es para ella gran deleite esta manera de don que á Dios hace	248
El plantel de todas las virtudes es la viña de donde recibe el alma vino de dulce sabor	249
Llábase huerto donde están plantadas las flores de virtudes y perfecciones. En abriéndose estas flores, le parece estar visitada de deleites y bañada en gloria	257
La pacífica y sosegada, es como un continuo convite	274
Camina á la perfección apriesa con las visitas suaves de Dios	291
Aquella en quien mora el espíritu de Dios, se inclina á no saber é ignorar todas las cosas	302
Gánase para Dios cuando se pierde á todo lo que no es Dios	317
Cada una de las almas santas, es una guirnalda arreada de flores y virtudes	321
Poner su gracia Dios en ella, es hacerla digna de su amor	330
En esta alteza puesta, en cada obra merece al mismo Dios	330
Vive en soledad hasta hallar á Dios	340
En las purgadas habla Dios palabras encendidas	390
Conseguirále cuando con todas sus fuerzas le ame, entienda y goce	393
Ninguna merced hace Dios al cuerpo, que no la haga principalmente al alma	415
Algunas que quieren ser muy consoladas, pierden grandes bienes	422
Este grande pena carecer de su lleno, que es Dios	440
Si ella busca á Dios, mucho más busca Dios á ella	443
No ponga obstáculo al Espíritu Santo, que es quien la guía en el camino de Dios	444
Pequeño asimiento ó apetito hace mayor daño en las perfectas, que otros mayores en las comunes	450
Por medio de sus tres potencias le comunica Dios sus grandezas	466
Cuanto más unida con Dios, está más libre	471
Amigo. —El nuevo es como el vino nuevo, y el viejo se compara al vino añejo	295
No hay que fiar mucho del nuevo por sus imperfecciones	295
El viejo es fiel y por maravilla falta á la fidelidad	295
Amor de Dios —Lo mismo es decir enamorados que bienaventurados	88
Todo lo hace posible	94
Es fuerte como la muerte	115
Donde entra el verdadero de Dios no le hay de sí y de sus cosas	122
Encubre y ampara al alma de la carne	122
Es ignorancia pensar se pueden explicar con palabras los dichos del amor de Dios	160
Hanse de dajar en su anchura y no abreviarlos á un solo sentido	161
Todas las virtudes y dones sobrenaturales están asidos en él	322

Amor estimativo de Dios. —Hace tanto estimar á Dios, que el mayor trabajo del alma es pensar si le tiene perdido ó está dejada de él.....	93
Es tan grande el que el alma purgada tiene á Dios (aunque á oscuras) que holgaría mucho el morir muchas veces por satisfacerle.....	93
El enamorado no puede dejar de querer la paga del amor, por la cual sirve.	209
La obra del que ama es amar hasta llegar á la perfección del amor.....	209
Estima Dios mucho el amor fuerte y ligero en obrar.....	326
Amor inflamado de Dios. —Su inflamación al principio no se suele sentir, pero cuanto más va se siente más.....	35
Como crecen sus inflamaciones crecen las ansias de Dios.....	35
La inflamación espiritual hace pasión de amor fuerte.....	85
Con ella todas las fuerzas del alma tienen más hambre de Dios cuanto más se experimentan de él.....	86
El alma en amor inflamada, en todas ocasiones ama con ansias.....	86
El encendido con unión del entendimiento y voluntad es de gran deleite y riqueza para el alma.....	90
La inflamación de amor no hiere en la voluntad sino en la sustancia del alma.....	92
En la llama del amor se renueva el alma á nuevo ser.....	180
En la inflamación del amor todos los afectos se mudan en Divinos.....	180
El que ama no tiene otra lumbre ni natural ni por amor que á Dios.....	212
Cuando tiene la vehemencia del amor, tiene la Fe tan ilustrada que la hace visear Divinos semblantes de la alteza de Dios.....	220
Pide por el dolor del natural, que el Esposo aparte sus ojos ó rayos de sus verdades.....	227
Hácelo porque quiere se los comunique fuera de la carne.....	227
En el amante el amor es llama que arde con apetito de arder más.....	232
El que inflama al alma la aniquila y deshace en todo lo que no es amor.	303
Amor de Dios, llagado de Dios. —En los aprietos de la purgación se siente el alma herida y llagada con amor fuerte.....	85
Su herida y llaga maravillosamente atiza al alma en el amor.....	87
El herido y llagado, da osadía para buscar al que ama.....	93
En el amor impaciente, no puede durar mucho el sujeto sin recibir ó morir.....	94
Aunque según el entendimiento se sienta el alma á oscuras, según la pasión amorosa de la voluntad desea la Divina unión.....	95
Hace el amor enfermar al alma provechosamente.....	112
Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios.....	112
Hace que busque á su Amado en todas las cosas que piensa, habla y obra	113
Oblígala á obrar, y pónela calor para no faltar.....	113
Al verdadero amor lo hecho por Dios parece poco, aunque en sí sea mucho.....	114
Hace al alma sufrir mucho por el Amado sin fatigarse.....	114
No busca sus consuelos ni ama por mercedes, sólo pretende dar gusto á Dios.....	115
Siempre el amante anda tras Dios con el espíritu de padecer.....	115
No puede sufrir Dios ver penar sus amantes y no consolarlos.....	115
Hace el amor apeteer y codiciar impacientemente á Dios.....	115

Satisface al alma, aunque no de continuo.....	117
Herida de este amor, se queja de la ausencia de Dios.....	172
Visita Dios al alma con unos toques de Divino amor.....	142
En las heridas del amor levántase la voluntad con presteza á la posesión del Amado, cuyo toque sintió.....	181
Aprovéchase el amante en la ausencia del Amado de los deseos del amor.....	183
Solos aquellos deseos van á Dios que salen del amor.....	184
El que ama, en ausencia del Amado padece según las potencias del alma.....	185
El alto conocimiento de Dios en las criaturas, llaga al alma en amor.....	197
Aumentándose el amor crece el dolor por la ausencia.....	198
Las noticias de Dios sin su presencia, renuevan las llagas y el dolor.....	199
Lo que el alma entiende de Dios la hiere, y lo que no alcanza la mata de amor.....	203
Los toques amorosos que el alma recibe bastan á matarla.....	205
Son sus heridas tan sabrosas que querría el alma la llegasen á matar.....	207
El corazón llagado, sanará con el deleite y gloria de la dulce presencia de Dios.....	208
El enamorado se siente colgado del aire sin tener en qué respirar.....	208
A la concupiscencia del amor todo cuanto no conviene con lo que ama, la enoja, cansa y desabre.....	211
El alma que tiene un barrunto de hermosura de Dios, desea mil muertes por gozarle.....	217
La enfermedad de amor no se cura sino con la presencia de Dios.....	219
Porque la salud del alma es Dios, y faltándole fáltale la salud.....	219
La que siente dolencia ó falta de amor, señal es que alguno tiene.....	220
La que con vehemencia la posee tiene la Fe tan ilustrada, que la hace visear Divinos semblantes muy claros de la alteza de su Dios.....	220
Según los fervores de amor que el alma padece son las visitas y mercedes de Dios.....	227
El que está más llagado en amor está más sano, y el que está todo llagado está todo sano.....	412
Crece y afinase tanto el amor en el alma, que parece crecen en ella mares de fuego llenándola de amor.....	414
Suele salir esta llaga interior fuera al sentido, como le sucedió á San Francisco.....	415
Cuanto es mayor el deleite y fuerza de amor interior, tanto es mayor el dolor exterior.....	415
Esta llaga es más regalada, que todas las saludes y deleites del mundo...	417
Tiene el alma á Dios cuando le desea y pena por el mismo Dios.....	441
Son suaves estas ansias por estar cerca de Dios, y penosas por no llegar á la perfecta unión.....	443
Amor unitivo de Dios. —Para recibir la fuerza de él, toda la fuerza de las potencias se ha de recoger en Dios.....	86
Es propiedad suya unir, juntar é igualar á la cosa amada para perfeccionarla en el amor.....	95
El amor perfectamente unido con Dios participa de sus propiedades.....	96
Para no impedir los bienes de su unión, han de estar dormidas las operaciones de los movimientos del alma.....	97

De la purgación del espíritu, sale el alma de sí y de todo lo criado á la dulce y deleitosa unión del amor.....	105
A sus perfecciones se ha de caminar no sabiendo y divinamente ignorando.	108
Sólo él une y junta al alma con Dios.....	111
No se consigue sin gran pureza y con desnudez de toda cosa criada y viva mortificación.....	132
Quien anda en sus fervores se alienta á pedir á Dios su presencia al descubierta.....	214
En la unión del amor el amante vive en el Amado y el Amado en el amante.....	223
Cada uno es el otro y entrambos uno.....	223
En esta unión el uno da posesión de sí y se trueca por el otro.....	224
El alma unida con Dios siente ser todas las cosas Dios en un simple ser..	235
En llegando á ella no obran las potencias espirituales.....	253
Amor perfecto de Dios. —No puede hallarse sin conocimiento de Dios y de sí mismo.....	111
Hace arder al alma con suavidad en Dios.....	118
Lo último y subido de él la asimila á Dios por la clara visión que luego posee.....	118
En él tiene conversación en los Cielos.....	124
Entonces el alma oye de veras á Dios cuando no tiene su corazón fuera de él.....	178
No es de tanto valor ante Dios la petición del que no ama, como la del que ama.....	178
Aquél ama á Dios con perfección que no se contenta con otra cosa alguna fuera de Dios.....	179
Tanta es la pena de éste en ausencia de Dios, que si él no lo proveyese moriría.....	182
El discreto amar conténtase con representar su necesidad.....	186
Aquél ama á Dios sobre todas las cosas que nada le impide hacer y padecer por él cualquiera cosa.....	187
El verdadero todo lo próspero ó adverso recibe con igualdad y de una manera le hace deleite y gozo.....	218
No se compadece con temor.....	218
Es perfecto cuando son tan unos los amados que se transfigura el uno en el otro.....	220
Es el Amado para el alma que le ama, música callada y soledad sonora...	245
El entero y verdadero no sabe tener nada encubierto al Amado.....	282
El amor que Dios da á los perfectos está adobado con virtudes y abundancia de suave embriaguez.....	293
Puédese aumentar por vía sobrenatural el amor sin que se aumente la inteligencia.....	299
El que ama á Dios tiene por ganancia y premio perder todas las cosas y á sí mismo por Dios.....	317
No se afrenta delante del mundo de las obras que por Dios hace, ni las esconde con vergüenza.....	317
El perfecto enlaza y ase las virtudes en el alma.....	322
Hace mucho reparar á Dios.....	326

Propiedad suya es no atribuirse nada á sí, sino todo al Amado.....	329
Siempre se quiere andar saboreando en sus gozos y dulzuras.....	345
El amante no puede estar satisfecho si no siente que ama cuanto es amado.	354
Nunca está ocioso, mas siempre está echando llamaradas de amor.....	391
Es amigo de fuerza y de toque fuerte.....	406
Grande negocio es ejercitar mucho el amor.....	408
Es fuego abrasador y consumidor.....	410
Arde en el alma suavemente endiosándola á la medida de la fuerza.....	411
El alma que llega á este estado anda ordinariamente cantando en su espíritu á Dios.....	428
Está contento el amante cuando todo lo que es y puede valer, lo emplea en el Amado.....	432
Tanto más gusto tiene en darlo cuanto es más lo que da.....	432
El que ama y hace bien á otro, le honra según sus condiciones y propiedades.....	433
No alivia la pena el amor, pues cuanto mayor tanto es más impaciente por la posesión de Dios.....	441
Angel. —Ilumina Dios á los Angeles esclareciéndolos y encendiéndolos en amor.....	89
Con verdad y propiedad se dice en la Escritura que las obras que hacen los Angeles hace Dios, y al contrario.....	89
Llámanse pastores del alma.....	184
Llevan nuestras oraciones y gemidos á Dios.....	184
Ampáranos de los demonios y nos traen santas inspiraciones.....	184
Llámanse flores del cielo.....	195
Con sus inspiraciones enamoran y llagan el alma.....	203
Apetitos. —Causa el apetito ceguedad en el sentido superior y racional....	468
Es imposible al alma que tiene apetitos juzgar de las cosas de Dios como ellas son.....	469
Viene á tener las cosas de Dios por no de Dios, y las no de Dios por de Dios.....	469
Donde menos moran es donde Dios está más agradado y más como en casa propia.....	482
Aprovechados. —En el estado de aprovechados, nunca faltan sequedades y apetitos por algunos ratos.....	51
Hallan con facilidad contemplación muy serena y sabor espiritual, sin trabajo del discurso.....	51
Aún tienen algunas habituales imperfecciones.....	53
Arrobamiento. —Saca de sí al alma con gran detrimento del natural al principio.....	227
Tanto es el tormento y descoyuntamiento de huesos en él, que si Dios no proveyese, se acabaría la vida.....	228
En él desampara el espíritu á la carne, y así no puede recibirlo muy en carne.....	228
Déjala sin sentido, porque aunque no la desampara de la vida natural, no tiene sus acciones en ella.....	229
Avaricia espiritual. —Tienen muchas imperfecciones en ella los principiantes.....	11

Nunca están contentos con el espíritu que Dios les da	11
Gastan más el tiempo en leer libros, que en la mortificación y pobreza de espíritu que deben	12
Aficiónanse á Cruces é Imágenes, más por la curiosidad y precio	12
Otros andan arreados de Agnus-Dei, reliquias y nóminas, como los niños con dijes	12
Condénase en esto la propiedad del corazón y asimiento á la multitud y curiosidad de estas cosas	12
Es necesario que se acabe este apetito para pasar á la perfección	12
Los bien encaminados en estos principios no se asen de estos instrumentos visibles	12
Su gusto es saberse quedar sin ello por Dios y por la caridad del prójimo	12
No se purifican de estas imperfecciones cumplidamente, hasta entrar en la Noche oscura	13

B

Bienes. —Así los temporales como los espirituales impiden el camino espiritual y ocupan el corazón, si se tienen con asiento	190
Bodega espiritual. —El último y más estrecho grado de amor en que el alma puede estar en vida, se llama interior bodega	297
En ella se hace la unión perfecta con Dios, que es el matrimonio espiritual	298
No es decible lo que Dios aquí comunica al alma como ni del mismo Dios	298
Comunicáscle Dios con admirable gloria, con transformación de ella en él	298
Bebe de Dios según sus potencias espirituales	298
Endiosa esta bebida tanto al alma, que ya no advierte á cosa del mundo	300
Pierde con ella todas sus imperfecciones	302
Dale Dios allí su pecho	306
Descubre sus secretos, y dale su amor como amigo	306

C

Cabello. —El de la Esposa, es su voluntad y amor que al amado tiene	322
En él se enlazan las virtudes y dones sobrenaturales	322
Ha de ser fuerte para conservarlas	325
Préndese Dios mucho de este cabello de amor, viéndole solo y fuerte	325
Camino. —Pocos perseveran en el camino estrecho que guía á la vida	37
Aquel por donde Dios lleva las almas tras sí, es secreto y oculto al sentido	109
En el de Dios, el subir es bajar y el bajar es subir	110
Para buscar á Dios, es el camino obrar en Dios el bien y mortificar en sí el mal	189
Caridad. —Da vigor y fuerza á las virtudes, y gracia y donaire para agradar á Dios con ellas	122
Sin caridad, ninguna virtud es graciosa delante de Dios	122
Puede el alma tener en esta vida el acto de caridad tan perfecto como en la otra	395

Carne. —Es freno del espíritu.....	415
Desabrido es todo lo que es de carne, gustando lo que es del espíritu....	450
Cauterio. —En él está el fuego más intenso.....	410
En la transformación de amor, toda el alma está hecha un cauterio.....	410
La llaga que hace este cauterio Divino, él la cura haciéndola mayor.....	412
Es toque de Divinidad en el alma sin figuras.....	413
Parécele que un Serafín le pasa el corazón con un dardo enarbolado de amor.....	413
Celo —El celo desasosegado es contra la mansedumbre espiritual.....	19
Centro de amor. —En el del alma está sustancialmente escondido el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo.....	174
El centro del alma es Dios.....	393
Entonces se conseguirá cuando con todas sus fuerzas ame, entienda y goce á Dios.....	393
Cuantos grados hay de amor de Dios, tantos más centros hay del alma en Dios.....	394
Cielo. —Sus bienes y tesoros se escalan con la contemplación.....	110
Llámasse prado de verduras porque nunca se marchitan con el tiempo las cosas que en él hay..	194
Los ángeles y almas santas son las flores que le adornan.....	195
Los que más conocen á Dios en el cielo, conocen con distinción mayor lo infinito que les queda por entender.....	203
Es comparado el reino de los cielos al grano de mostaza, y con gran razón.	414
Comunicación divina. —Por grandes que el alma las reciba de Dios en esta vida, no es aquello esencialmente Dios.....	173
Las de Dios sensibles, no son mayor testimonio de su presencia que la sequedad y carencia de ellas.....	173
Comuníquese Dios al alma, mediante los deseos y afectos del amor.....	183
Suele ser tan altamente que no lo puede sufrir sin que le cueste la vida..	227
Comunión. —Es gran temeridad y atrevimiento el buscar muchas comuniones no llevando limpieza grande.....	21
El menor provecho que se saca de las comuniones, es el que se recibe en el sentido.....	22
El mayor es el de la gracia.....	22
Tienen los principiantes gula espiritual acerca de la comunión.....	22
Quítales Dios en ella el gusto sensible, porque pongan en él los ojos de la Fe.....	22
En ella se ha de procurar más alabar y reverenciar á Dios, que los gustos sensibles.....	22
Juzga bajamente de Dios quien piensa no aprovecha en ella si no tiene gustos sensibles.....	22
Concupiscencia. —Siempre la carne, codicia contra el espíritu.....	192
A la del amor, todo lo que no conviene con lo que ama, cansa, enoja y desabre.....	211
Significase por los ciervos y gamos.....	268
Es osada, cuando las cosas son convenientes para ella.....	269
Consideración. —La de las criaturas es la primera para conocer las excelencias de Dios.....	193

Contemplación, contemplativos —La contemplación purificada hace	
adormecer todas las pasiones y apetitos.....	6
Sólo Dios obra en este estado en el alma, y lo demás estorba.....	31
No puede el alma en ella discurrir por sus potencias.....	32
Esta secreta y oscura contemplación trae consigo y pega al alma incendio	
en el espíritu de amor.....	35
La perfecta es infusión secreta, pacífica y amorosa de Dios que inflama en	
amor.....	35
En la oscura y seca instruye Dios al alma en su Divina Sabiduría.....	41
Hace Dios en ella particulares efectos iluminándola para la unión de amor	
de Dios.....	58
Tanto más oscuro es el alma el rayo de la Divina contemplación, cuanto	
es más claro y puro en sí.....	73
Por la noche contemplativa se dispone el alma para la paz interior, que	
excede todo sentido.....	78
Por la flaqueza é imperfección suya causa esta suave contemplación tan	
penosos efectos.....	80
La luz de ella se ha con el alma como el fuego con el madero.....	81
Infunde en el alma amor y sabiduría, alumbrándola y purgándola según	
la necesidad.....	88
Pónela tan cerca de Dios, que la ampara de todo lo que no es Dios.....	102
Llámase secreta, porque el Espíritu Santo la infunde sin entender el alma	
cómo sea.....	106
Es también secreta, porque no sabe ella decir nada de esta contemplación.	106
No se ha de caminar á esta Divina contemplación sabiendo, sino divina-	
mente ignorando.....	108
El favor y regalo de ella es prevenir y fortalecer al alma para nuevo penar	110
Dícese ciencia de amor y noticia de Dios amorosa.....	111
En este estado, con las turbaciones del demonio recibe nueva paz, nuevo	
provecho y amor seguro.....	126
En la unitiva se quitan al alma las pasiones y apetitos espirituales.....	131
Es un puesto alto, donde Dios en esta vida se le empieza á comunicar....	199
Es un rayo de tiniebla.....	241
En la más levantada tiene el espíritu las cinco propiedades del pájaro	
solitario.....	244
En este paso se pone el espíritu en altísima contemplación.....	244
Vuélvese su afecto hacia donde viene el espíritu de amor que es Dios....	245
Está desnudo de todas las cosas sin consentir otra cosa que soledad en	
Dios.....	245
Las alabanzas que en este tiempo hace á Dios son de suavísimo amor....	245
Esta libre de todo afecto sensual y amor propio.....	245
Llámase Teología mística, que es secreta y muy sabrosa ciencia de Dios..	306
En la oscura, como en silencio enseña Dios al alma sin saber ella cómo...	364
Dále en ella bienes muy espirituales que son noticia y amor Divino.....	446
Háse de guiar el alma en este estado por modo contrario al de la medita-	
ción.....	446
Procurar con asimiento sabor y fervor, es poner obstáculo á Dios que es el	
agente principal.....	446

Anda con advertencia amorosa en Dios, sin especificar actos.....	446
Si no deja su modo activo natural, no recibirá con perfección el bien que le dan.....	447
Hállase con advertencia pasiva y amorosa para recibir los bienes que Dios le comunica.....	447
Ha de estar desembarazada, ociosa, pacífica y serena al modo de Dios....	447
No se arrime á sabores espirituales, mas tenga el espíritu desasido de todo.....	448
Contemplación es recibir pasivamente.....	448
Nò se recibe esta Divina sabiduría sino en espíritu callado, desarrimado de noticias y jugos....	448
Pone al alma en libertad y libre de la servidumbre de la propia operación.....	449
Cuando más presto llegare á la ociosa tranquilidad, tanto más se le infunde el espíritu de la Divina sabiduría.....	449
No abrazar algo sensible, es ir adelante en lo inaccesible, que es Dios. ..	456
Precia Dios haber llegado las almas aquí por costarle mucho.....	458
Ama Dios el adormecimiento y olvido solitario del alma.....	458
Hácele Dios gran merced de llevarla por soledad y recogimiento.....	464
Hácese daño á sí misma, si quiere obrar por los sentidos.....	465
Déjese en las manos de Dios, y caminará segura y sin peligro.....	465
Criaturas. —Su consideración es propia en orden para el conocimiento de Dios.....	193
Mueve mucho al amor de Dios considerándolas hechas por sólo su mano.	194
Dejó Dios en ellas rastro de quién era, adornándolas con mil gracias....	196
Son como un rastro del paso de Dios.....	196
Rastréase por ellas la grandeza de Dios, la sabiduría y otras virtudes....	196
Son las obras menores de Dios, que las hizo como de paso.....	196
Mirándolas Dios en el Verbo su Hijo, las hizo muy buenas.....	197
Cada una en su manera da su voz de lo que en ella es Dios.....	245
Todas estas voces hacen una voz de música de grandeza de Dios y sabiduría y ciencia admirable.....	246
Cada una engrandece á Dios, teniéndole en si según su capacidad.....	246
Todas las celestes y terrestres tienen en Dios su raíz y vida.....	363
Cristo. —Corónase Cristo de las almas santas, como con una guirnalda hermosa y arreada de virtudes.....	321
Corónase también con las tres laureolas de Vírgenes, Doctores y Mártires.	321
Los profundos misterios que contiene, se llaman profundas cavernas por su alteza y hondura.....	350
Es cristo como una mina abundante de tesoros que no tiene fin.....	350
Las alabanzas hechas según las inteligencias de sus misterios, son perfectas.....	363
Son muchos más sus misterios que los que han descubierto los Doctores.	350
Cruz. —Son muy flojos en el camino de la Cruz los que buscan gustos sensibles.....	23
Las armas de Dios son la Cruz....	192
En ella se desposó el Hijo de Dios con el género humano y con cada una de las almas.....	282

Reparónos y diónos vida Cristo en la Cruz.....	283
Cuello. —Significa la fortaleza en la cual vuela el amor.....	325
Porque Dios nos ama primero, se prende en el vuelo del cabello de nuestro amor.....	327

D

Deleite. —Los del espíritu están en la Cruz.....	25
No pueden caer en el alma si no están el sentido y el espíritu purgados y adelgazados.....	421
Demonio —No puede hacer guerra al alma apagadas ya sus aficiones y operaciones.....	99
La blancura de la Fe le disgrega la vista, con que se ciega.....	120
No puede conocer lo que pasa en el alma, sino por medio de las potencias sensitivas.....	125
Es intolerable el horror que causa en el espíritu cuando le turba y alborota.	126
Permite Dios que conozca los favores que el alma recibe por el Angel bueno, para que le haga contradicción.....	127
Procuran los demonios con fuertes astucias impedir el camino de la virtud.	191
Fortalécense del mundo y carne para hacer al alma guerra.....	191
Sola la luz Divina basta para entender sus ardides.....	192
No se atreve á llegar al alma que está unida con Dios perfectamente.....	286
Procura maliciar y derribar la flor del alma.....	250
Como es ciego, quiere también que ella lo sea.....	462
Tiene pesar grande que se le escape el alma por la desnuda contemplación.	462
Procura estorbarle con jugos sensibles la soledad y recogimiento en que el Espíritu Santo obra sus grandezas.....	462
Con temores, horrores ó sonidos exteriores, procura sacarla de lo interior del espíritu.....	463
Hácelo con facilidad, y précialo más que derribar otras muchas.....	464
Desnudez —Por la espiritual de todas las criaturas, llega el alma á la noticia amorosa en la sustancia de Dios.....	130
Sin la de la propia voluntad y mortificación, no se halla Dios.....	132
Después de ella se halla á Dios en unión de amor.....	291
Con la de todas las criaturas se adelgaza el alma para recibir los toques Divinos.....	418
A la que se desnuda de todo lo secular y natural, entra Dios en las celdas amorosas del Rey.....	426
Con ella se cumple con perfección el precepto del amor de Dios.....	457
Desposorio espiritual. —La unión del amor es el desposorio entre el alma y el Hijo de Dios.....	233
Comúncale Dios grandes cosas de sí, heroseándola de grandezas y majestad.....	233
Arréala de dones y virtudes, vistiéndola de conocimiento y honra de Dios....	233
Acábansele aquí las querellas vehementes de amor.....	233
Entiende secretas inteligencias de Dios extrañas, que es el manjar que mejor le sabe.....	234

Es el Divino Esposo para su esposa varias cosas de mucha suavidad y recreación.....	235
Es para ella un río de paz, y llena los bajos de su humildad.....	236
Es el Esposo Divino para su esposa música callada y soledad sonora.....	245
Es también cena que la recrea y enamora.....	246
Es para ella fin de los males y posesión de todos los bienes.....	247
Cuando Dios está reclinado en su reclinatorio, que es su Esposa, dan las virtudes de sí gran suavidad y olor.....	257
Pide la Esposa al aspirar del Espíritu Santo, para que den sus flores olor y suavidad.....	257
Dícese que paze el Esposo entre las flores del alma, en cuanto la transforma en sí.....	258
Goza como en seguro de la participación de Dios.....	287
Goza ordinariamente suavidad y tranquilidad, que casi nunca se le pierde ni le falta.....	287
Comunícale su pecho, sus secretos, como amigo, y ciencia muy sabrosa de amor.....	306
Está tan endiosada, que aún los primeros movimientos no tiene contra la voluntad de Dios.....	307
Toda la habilidad y ejercicio suyo es en amor.....	311
Para juntarse con su Esposo ha de carecer de todo deleite y gloria del mundo.....	338
Hácele Dios aquí grandes mercedes.....	442
No se las hace hasta estar purgada de toda afición de criaturas.....	442
Devoción. --La verdadera ha de salir del corazón.....	12
Sólo mira en la sustancia de lo que representan las cosas espirituales.....	12
Es contraria á ella la curiosidad y multiplicidad de cosas.....	12
La verdadera de espíritu consiste en preservar en la oración con humildad, esperando en solo Dios.....	22
El que se descuida en ella, apaga la suavidad y jugo interior.....	254
Dios. --En las tribulaciones y humillaciones se comunica Dios con más abundancia y suavidad.....	40
No se halla Dios sino en la soledad.....	97
La luz espiritual de Dios ciega y oscurece el entendimiento cuando se le llega más cerca.....	103
Llámase los tesoros de la fortaleza de Sión.....	110
Para hallar el alma á Dios, ha de entrar dentro de sí y salir de todas las cosas.....	175
Cuando es amado, con facilidad oye los ruegos de su amante.....	178
Algunos llaman á Dios su amado y no lo es.....	178
Visita al alma con sactas y cauterios de fuego de amor.....	180
Llámase Otero, porque en él como en el Otero, se otean y ven todas las cosas.....	184
Entonces ve Dios nuestras necesidades cuando las remedia.....	184
Es salud del entendimiento, refrigerio y deleite de la voluntad.....	185
Carecer de Dios es muerte del alma.....	186
Búscase por el ejercicio de las virtudes y mortificaciones en la vida activa y contemplativa.....	188

Búscase también obrando en Dios el bien y mortificando en sí el mal. . . .	189
Requíerese también un corazón desnudo, fuerte, y libre de todos los males, bienes y gustos	189
Para el conocimiento de Dios, se ha de procurar primero el conocimiento de sí	193
El crear, sólo Dios lo hace por su propia mano	194
Su mirar viste de hermosura el mundo y los cielos	197
Cuanto más el alma conoce de Dios, tanto más crece el apetito de verle. .	193
No es perfecto y de veras el conocimiento que de Dios tenemos en esta vida.	199
Es gran merced suya entender que no se puede entender ni sentir del todo en esta vida	203
Quien le ama, no tiene corazón para sí, sino todo para él.	208
Está presto al remedio de las necesidades del alma que no pretende otros consuelos fuera de él	212
Su vista mata con inmensa salud y bien de gloria.	217
Cada una de las grandezas de Dios es Dios: y todas juntas son Dios. . . .	235
Es grande la diferencia de aspirar Dios en el alma ó aspirar por el alma. .	255
Lo que puede caer en el sentido, no es Dios sustancialmente.	263
La suavidad y noticia que da de sí al alma, es la huella por donde se busca y conoce.	291
Propio es del espíritu de Dios inclinar al alma donde mora, á ignorar todas las cosas.	300
Su mirar es amar, y su considerar es estimar el valor de la cosa	326
Préndese del amor único y fiel.	326
Por los ojos de Dios se entiende su Divinidad misericordiosa.	330
Sus obras se llaman espesura por la multitud y diferencia de ellas	346
Para conseguirle es fuerza quitar los impedimentos del alma.	403
Tres son las telas que impiden la posesión perfecta de Dios al alma.	404
Es fuego consumidor y fuego de amor.	410
En su único y simple ser, es todas las virtudes y grandezas de sus atributos.	430
Según cada uno de estos atributos, luce y arde como verdadero Dios. . . .	430
Hace mercedes al alma, para con ellas disponerla para otras mayores. . . .	443
El deseo de Dios es disposición para unirse con el mismo Dios.	443
Es imposible no hacerlas á la que se desnuda de toda afición.	453
Es la luz y verdadero objeto del alma.	463

E

Elías (San). —Dicen algunos Doctores que en aquel silbo vió la esencia Divina.	240
Diósele Dios á sentir en silbo de aire delgado y delicado	417
Entendimiento. —Unido con Dios, ya no entiende sino por la Divina sabiduría con que se unió.	58
Tanto más oscuras le son las cosas sobrenaturales, cuanto son en sí más claras.	73

Para ser divino, mediante la unión, ha de estar purgado y aniquilado en su natural luz.....	76
Antes que esté purgado siente el alma menos veces el toque de inteligencia que el de la pasión de amor.....	92
El entendimiento humano, unido con el Divino, se hace Divino.....	96
Tanto excede la luz espiritual de Dios al entendimiento, que cuanto más se le acerca, le ciega y oscurece.....	73 103
Por vía natural no se puede amar sino lo que se entiende.....	299
Puede Dios por vía sobrenatural infundir y aumentar el amor sin infundir ni aumentar nueva inteligencia.....	299
El vacío del entendimiento es sed de Dios; así como la tiene el ciervo de las aguas.....	440
Su objeto es la sabiduría Divina.....	440
Mas llega á Dios no entendiendo algo con distinción, que entendiendo...	454
La luz de noticia sobrenatural es confusa y oscura al entendimiento.....	455
Envidia. —Tienen muchas imperfecciones acerca de este vicio los principiantes.....	23
Tienen pena y pesar sensible del bien espiritual de los otros.....	23
Entristécese de ver alabar las virtudes ajenas.....	23
Sienten no ser preferidos en todo.....	24
A la envidia santa le pesa no tener las virtudes ajenas, con gozo que otros las tengan.....	24
Escala. —Es la contemplación escala, con que el alma escala los bienes y tesoros del cielo.....	110
Ella es por donde se sube al conocimiento de Dios.....	110
Es también escala con la que el alma baja á su propio conocimiento.....	110
Lámase escala la contemplación, porque es ciencia de amor.....	111
La escala de amor es tan secreta, que sólo Dios es quien la mide y pondera	112
Diez son los grados de la escala mística de amor.....	112
Esencia divina —Es el lugar donde está escondido el Hijo de Dios.....	172
Significase por el silbo del aire delgado.....	240
Espirituales, espíritu. —La vida del espíritu es verdadera libertad y riqueza, que trae consigo inestimables bienes.....	98
No será muy espiritual quien se arrima al sentido corporal.....	416
Los pocos espirituales tienen en mucho las cosas bajas de espíritu, y en poco las altas.....	469
Lo espiritual es sobre todo sentido y apetito natural.....	470
No podrá juzgar de lo espiritual quien pone su gusto natural en él.....	470
<i>Véase Purgación.</i>	
Espíritu Santo. —Es comparado al aire en la Divina Escritura.....	231
Hace que las virtudes del alma se abran y den de sí admirable olor y fragancia en mucha variedad.....	256
Quien tiene los siete dones del Espíritu Santo, tiene los siete grados de amor.....	297
El aire del Espíritu Santo mueve y altera el amor fuerte, para hacer vuelos á Dios.....	326
Inflama, regala, recuerda la voluntad, y levanta los apetitos al amor de Dios.	255
Es el cauterio del alma.....	409

Esperanza. —Con ella se libra el alma del mundo.....	121
Dale animosidad para las cosas de la vida eterna, en cuya comparación le parece todo lo del mundo seco y lacio.....	121
Cubre todos los sentidos del alma para que no se engolfen en las cosas del mundo.....	121
Tanto se agrada Dios del que en él espera, que es verdad que cuanto espera en él tanto alcanza.....	121
Esposo. —Hále de buscar la esposa en el centro de su alma, donde está escondido.....	174
Es comparado al ciervo y á la cabra montañesa.....	179
Dáse una razón misteriosa, por qué se compara al ciervo.....	179
La herida de un Esposo, es del otro.....	230
El amor le hace venir corriendo á beber de la fuente de amor de su esposa....	230
En su comunicación gusta el alma sentimiento de deleite é inteligencia amorosa.....	239

F

Fe viva. —Encubre en sí la figura y hermosura de Dios.....	220
No hay medio por donde se venga á la unión de Dios sino la fe.....	221
Llámase cristalina fuente, por ser fe de Cristo.....	221
También, por ser clara, fuerte, limpia de errores y pura en las verdades, que son propiedades del cristal.....	221
Sus artículos y proposiciones se dicen semblantes plateados....	222
Las verdades que en sí contiene, se comparan al oro.....	222
Danos en la verdad á Dios, aunque encubierto con la plata de fe.....	222
Su noticia no es perfecto conocimiento.....	222
Enamórase Dios de la pureza de la fe.....	327
Llégase á Dios más el alma por la perfección de la fe.....	443
El ir más en fe, es ir más adelante en la contemplación.....	454
Filomena. —El Esposo Divino es filomena dulce para la Esposa.....	362
Con su canto refrigera y renueva la sustancia del alma.....	362
Da también la esposa su voz de dulce filomena á Dios....	362
Es esta voz muy dulce para Dios y para el alma.....	363
Fortaleza. —Con ella trabaja el alma, obra las virtudes, y vence los vicios..	280
Los brazos de Dios significan su fortaleza.....	281
Reclinada nuestra fortaleza en la de Dios, tiene ya la fortaleza del mismo Dios.....	281
En la fortaleza vuela el amor.....	325

G

Gloria. —La gloria oprime al que la mira, cuando no le glorifica.....	480
Gracia. —No la pone Dios en el alma, sino es según el amor de ella....	232
La flor de las virtudes, es la gracia y amor de Dios.....	322
Sin ella no se puede merecer más gracia.....	330
Un abismo de gracia llama otro, que es la transformación Divina.....	468

Granada. —Las granadas significan los misterios de Cristo.....	352
Representan los juicios de Dios, virtudes y atributos que de estos misterios se conocen.....	352
Guirnalda. —Compónese de flores de virtudes y dones.....	320
En adquiriendo todas las virtudes, se acaba de hacer en el alma la guirnalda de perfección.....	320
Gula espiritual. —Tienen los principiantes muchas imperfecciones acerca de este vicio.....	20
Procuran engolosinados más el sabor del espíritu, que la pureza y discreción de él.....	20
Engañalos el demonio para que tengan tedio en las cosas de obediencia..	21
Entristécese si no les concede el maestro espiritual lo que quieren.....	21
Engañanse, juzgando que el gustar y estar ellos satisfechos es servir á Dios.	21
Conocen poco su miseria y echan aparte el amoroso temor que deben á la grandeza de Dios.....	21
Atrévase á comulgar sin licencia de los confesores, de lo cual pueden temer el castigo.....	21
Son semejantes á los niños, que no se mueven por razón, sino por gusto.	22
Gustos espirituales. —No está el negocio de la oración en el gusto sensible.....	22

H

Hábitos. —Cada uno obra conforme al hábito de perfección que tiene....	7
Alcanza el alma el sosiego y virtud habitual, mediante los actos de la Divina unión.....	132
Para habituar los sentidos á cosas buenas y desarraigadas del siglo, aprovecha el fervor espiritual sensible.....	445
Heridas. —Hiere Dios las almas con saetas y cauterios de fuego de amor Divino.....	180
Las del amor inflaman tanto la voluntad, que se abrasa en fuego y llama de amor.....	180
Son penosas, porque no hieren hasta matar.....	180
Sirven más para llagar, que para sanar; más para lastimar, que para satisfacer.....	181
Aumentan la noticia del Amado, y por consiguiente el dolor.....	181
Para las heridas del amor no hay cura sino de quien hirió.....	181
Las de amor son tan sabrosas, que querría el alma la matasen.....	207
Hermosura. —Haciéndose hombre el Hijo de Dios, llenó todas las criaturas de hermosura.....	197
Párecle al alma, en la viva contemplación, estar todas las criaturas vestidas de admirable hermosura.....	197
El mirar de Dios hermosea y alegra el mundo y los cielos.....	197
Es tanta la de Dios, que su vista no se puede sufrir en esta vida.....	216
Hijo de Dios. —Cuando se hizo hombre, comunicó Dios á las criaturas el ser sobrenatural y hermosura de Dios.....	197
Las noticias de la Encarnación del Hijo de Dios llagan al alma de amor..	201
Comunicase grandemente al alma mediante el aspirar del Espíritu Santo.	257

Deléitase en los deleites de ella, en quien se sustenta.....	258
Es el toque delicado con que Dios toca y llaga al alma.....	417
Honra. —Los que buscan grandezas y gloria, se quedan miserables, bajos é indignos de los bienes de Dios.....	362
Humildad. —En ella se comunica Dios cual nunca lo había hecho en el tiempo de la prosperidad.....	40
Humilla Dios para ensalzar mucho después.....	65
En el amor se halla la verdadera humildad.....	114
Sin ella no se podrán entender los engaños del demonio.....	192
<i>La de San Juan de la Cruz.</i> —Humíllase el Beato Padre, reconociendo su poco saber en materias tan altas y oscuras de la contemplación que trata.....	384
Sujétase á la regla y corrección de la Iglesia Romana.....	384
Guíase por la Sagrada Escritura en toda su doctrina.....	384

I

Iluminación divina. —Algunas almas la recibieron más perfecta que los Angeles.....	89
<i>Véanse Amor, Contemplación, Lámpara, Llama, Noticias, Unión.</i>	
Imperfecciones. —Es imperfección natural querer morir.....	217
Muchos apetitos apacienta el alma hasta llegar al estado de la perfección.....	303
<i>Véase Apetitos.</i>	
Inspiración divina. —Las inspiraciones que son de Dios, van reguladas por la Ley de Dios y perfección de la fe.....	443
Ira. —Tienen en ella algunas imperfecciones los principiantes.....	19
Aíranse contra los vicios ajenos.....	19
Los ímpetus de la irascible se significan por los leones.....	268
Es osada y atrevida esta potencia.....	268

L

Lámpara de fuego divino. —La lámpara tiene dos propiedades, que son lucir y arder.....	430
Es Dios para el alma muchas lámparas, según las noticias de sus atributos.....	430
Todas estas lámparas son una lámpara en un simple ser de Dios.....	430
La luz que le da cada uno de estos atributos, le hace calor de amor de Dios en cuanto es tal.....	431
Esta comunicación es la mayor que Dios hace al alma.....	431
Es aventajada la luz y deleite que aquí siente.....	432
Esta alma es como el montón de trigo cercado de lirios, que la deleitan..	433
Es el pozo de aguas vivas que corren con ímpetu del Monte Líbano, que es Dios.....	433
Este espíritu de Dios escondido en las venas del alma, harta como suave agua la sed del espíritu.....	434
Sus movimientos, que son vibramientos y llamear, los hace ella con el Espíritu Santo.....	435

Estos vibramientos son los juegos del Espíritu Santo en el alma.....	435
Únese con Dios el alma, entendiendo y gustando sus propiedades y talle en forma de Dios.....	437
Tiene el alma ya infundidas sus potencias en los resplandores de las lámparas Divinas.....	471
Laureolas. —Son en tres diferencias.....	321
Lecho —El pecho y amor del Amado es para el alma lecho florido.....	284
Está la Esposa tan hermoseedada y llena de deleites, que le parece estar en lecho de varias flores.....	285
Está enlazado de virtudes fortalecidas unas con otras en acabada perfección.....	287
Está tendido en púrpura.....	298
Está de paz edificado, y el alma pacífica, mansa y fuerte.....	289
Está coronado de las virtudes, como de fuertes escudos que le defienden.	294
Mete Dios en lo interior de su lecho al alma que mucho ama.....	335
Ley vieja y evangélica. —En la antigua temían ver á Dios, por no morir.	217
En la de Gracia, no teme su vista el que ama.....	218
La evangélica es la desnudez y vacío del espíritu.....	453
Libertad —Tanto más libre está el alma, cuanto más unida con Dios.....	472
Lujuria espiritual. —Tienen algunas imperfecciones que purgar los principiantes, en este vicio.....	13
Sienten, contra su voluntad, movimientos no limpios, cuando está el espíritu en mucha oración ó ejercitando los Sacramentos.....	13
Suélese causar del gusto que tiene el natural en las cosas espirituales...	14
Proceden á veces estas rebeliones del demonio, por inquietar y turbar al alma.....	16
Pretende el demonio con esto quitarles los ejercicios espirituales.....	16
Suelen proceder también estos movimientos del temor que les han cobrado Naturales hay tan deleznable, que con cualquier alteración se le remueven los humores y les suceden cosas torpes.....	17
Tienen éstos algunas aficiones por vía espiritual, que nacen de lujuria, y no de espíritu..	18
Conócese ser así, cuando con la memoria de aquella afición no crece la de Dios.....	18

LI

Llaga de amor.—Véase *Amor llagado*.

Llama de amor. —Esta llama de amor es el Espíritu Santo.....	389
Son muy preciosos y de mucho mérito los actos que se originan de ella..	389
Levanta al alma á operación Divina en Dios, dándole vida eterna.....	390
Es viva, porque hace que el alma viva en Dios espiritualmente y sentir vida de Dios.....	391
El amor nunca está ocioso, sino siempre echa llamaradas de amor.....	392
Esta llama era consumidora de las imperfecciones en el estado de la purgación.....	397
En el de la unión es suave, deleitable y gloriosa.....	402
Es dispensación de Dios que no mate al alma.....	402

M

Maestro espiritual —Há menester ser sabio, discreto y experimentado.	444
Con dificultad gobernará las almas si no tiene experiencia.	444
Distintamente las ha de guiar en el estado de contemplación, que en el de meditación.	446
Atienda á la libertad santa de hijos de Dios, á que llama á los que pone en contemplación.	449
Es raro el que no hace grande daño á las que Dios levanta á contemplación.	451
Advierta que el Espíritu Santo es el principal movedor de estas almas.	452
Es el maestro solamente instrumento para enderezarlas según la Fe y ley de Dios.	452
Su cuidado sea no acomodar el alma á su modo y condición, sino por donde Dios la lleva	452
Procure enderezarla á mayor soledad, libertad y tranquilidad.	452
Sécanlas el espíritu, haciéndoles hacer actos, aunque sea con desgana y repugnancia del alma.	457
Suelen éstos errar con buen celo, por su poco saber	458
No les excusa la ignorancia en los consejos que temerariamente dan sin entender el espíritu del alma.	458
Los negocios de Dios con mucho tiento, y muy á ojos abiertos, se han de tratar.	459
Aventúrase casi infinita ganancia en acertar, y casi infinito en errar el gobierno del alma.	459
No quedará sin castigo, no querer trate una alma con otras personas.	459
No ha de pensar sabe él todos los caminos por donde Dios lleva al alma.	459
Mano de Dios. —La mano blanda es el Padre.	416
Es blanda, suave, generosa y rica, para quien le ama.	416
Si la asentara Dios algo pesada, hundiera todo el mundo.	416
Es tanto más blanda para el alma, cuanto Dios más la sienta y aprieta.	417
María Madre de Dios. —Déjola Dios padecer, para que mereciese más.	372
Hízola sombra la virtud del Altísimo en cuanto había de venir á ella el Espíritu Santo.	436
Matrimonio espiritual. —Pídele aquí el alma á Dios la comunicación esencial de la Divinidad.	264
Pónense en perfección, según es posible en esta vida, las tres potencias del alma.	272
En las operaciones de sus afectos se han al modo de los ángeles.	272
Es el más alto estado á que se puede llegar en esta vida.	277
En él es confirmada el alma en gracia.	278
Son aquí dos naturalezas en un espíritu y amor de Dios.	278
Nunca descansa el alma hasta llegar á este estado.	280
En este estado, ni demonio, ni mundo, ni carne, ni apetitos molestan.	281
Gózanse en este estado Dios y el alma en el amor común de las virtudes, como de flores en guirnalda.	313
Está tan enamorado el Verbo de su Esposa, que por sí solo le hace las mercedes en este estado.	342

Pídele á su Esposo que sean semejantes y unos en la hermosura.....	346
No hace ya el alma obra sola sin Dios.....	351
Aspira en Dios una subidísima aspiración, que es la misma con que el Padre aspira con el Hijo y el Hijo con el Padre, que es el Espíritu Santo.....	359
Da Dios á su Esposa su voz, para que ella, junta con él, la dé á Dios.....	362
En este estado tiene el alma vencido al demonio perfectamente.....	367
Los actos de este estado son todos Divinos.....	390
Es movida en ellos con particularidad del Espíritu Santo.....	390
Aunque los movimientos de estas almas son de Dios, son también de ellas.	392
Pide aquí el alma con pena suave la gloria á Dios.....	402
Tiene ya el sabor y golosina de ella.....	402
Llámalas y provócala el Espíritu Santo con afectos suaves á la inmensidad de su gloria.....	403
La muerte le es más suave y dulce que le fué toda la vida.....	405
Descúbrela Dios su hermosura.....	405
Está tan ilustrada y espiritualizada, que en ella se trasluce la Divinidad..	405
Pide que se rompa la tela de la vida, y no que se acabe ó corte; y dase la causa.....	406
Suele Dios llevar á tales almas antes de tiempo, para darles los bienes y quitarles de los males.....	407
Todo lo que quieren alcanzan.....	425
Anda Dios tan solícito en regalarles, que no parece tiene otra cosa en el mundo á quien regalar.....	429
Es el alma, por medio de esta transformación, sombra de Dios.....	471
Hace en Dios por Dios lo que él hace en ella por sí mismo.....	471
Hace á Dios la entrega de Dios y de sí misma en Dios, con modos maravillosos.....	473
Tiene el amor con extraños primores.....	473
Acerca de la fruición tiene otros tres primores..	474
La alabanza que á Dios da tiene otros tres primores.....	474
De agradecimiento tiene otros tres primores.....	474
<i>Véase Lámparas y Amor, etc.</i>	
Meditación. —Han de negar las cosas del siglo para poder dejarla y pasar á la contemplación.....	445
Hácese esto cuando cesan los discursos, jugos y fervores primeros sensitivos.....	445
Más en breve pasa Dios á Religiosos de meditación á contemplación que á otros.....	445
En este estado se dé materia al alma para que discurra de suyo.....	445
Para el hábito de meditación, procure hacer actos interiores..	445
Aprovéchese del sabor y jugo sensitivo.....	445
De distinto modo se ha de gobernar una alma en este estado, que en el de la contemplación.....	446
Memoria. —Su vacío es deshacimiento del alma por la posesión de Dios..	440
Vacía de todas figuras, se acerca más á Dios.....	457
Misterios. —Los de la Fe cristiana son los mayores y en que Dios más reparaba.....	196
Llámanse subidas cavernas, por ser altos y profundos en sabiduría.....	350

Tienen muchos senos de juicios ocultos de Dios, de predestinación y presciencia en los hombres.....	350
Las alabanzas hechas según las inteligencias de los misterios de Cristo son perfectas.....	363
Mortificación. —La de la carne, hecha con espíritu, da vida espiritual....	192
Por no abrazarla de veras llegan pocos á la perfección.....	422
Con la mortificación de los vicios y apetitos se consigue la unión de Dios por amor.....	426
Muerte. —El que muere á sí y á todas las cosas, vive en Dios una vida dulce y sabrosa.....	5
Desea el alma perfecta mil muertes á heridas y lanzadas del amor.....	181
No puede ser amarga la muerte al que ama á Dios.....	218
Deséala más que los Reyes sus reinos y principados.....	218
La de los Santos es preciosa ante Dios, por participar en ella de sus grandezas.....	219
La de los malos es pésima, y así la temen mucho.....	219
Esles la muerte á los justos más dulce y suave que les fué la vida.....	404
Las almas que han llegado al matrimonio espiritual no salen de esta vida por causa de enfermedad ó longura de días, sino por un ímpetu de amor.	404
Quien muere á sí y al mundo, vive para Dios.....	423
Mundo. —Todo lo del mundo le parece seco en comparación de lo de la vida eterna.....	121
No se engolfa en las cosas de él quien tiene firme esperanza en Dios.....	121
Llámase el mundo fieras.....	190
En tres maneras acometen á los que empiezan el camino de Dios.....	190
Notan los del mundo á los que de veras se dan á Dios, de demasiados y de extrañez en su proceder.....	315
Tiénenlos por inútiles y perdidos en lo que el mundo estima.....	315
El empleo en sus cosas, es muerte de la espiritual vida.....	426
Tiene Dios en mucho despreciar una alma el mundo.....	461

N

Noche oscura. —Entran en ella los principiantes, cuando Dios los saca al estado de aprovechantes.....	6
En ella se fortalece el alma en las virtudes, para los inestimables deleites del amor de Dios.....	6
Noticias. —No es necesario en la alta contemplación noticia distinta de Dios.	455
Comunícale Dios entonces noticia amorosa, que es como luz caliente sin distinción.....	455

O

Obediencia. —Es penitencia de la razón y discreción.....	20
Mejor es no hacer lo que no se hace por obediencia.....	21
Los que no van en obediencia adquieren gula espiritual y soberbia.....	21
Obras. —Las del amor son fuertes como la muerte, dura la emulación como el infierno.....	115

Las mayores en que Dios más se mostró son la Encarnación y misterios de la Fe cristiana.....	196
Las hechas en sequedad de espíritu y dificultad son muypreciadas de Dios.....	319
En éstas se adquieren grandemente las virtudes más esmeradas y firmes..	320
Ojos —El ojo significa la Fe.....	327
Sólo ha de ser uno el ojo de Fe en que se llaga Dios.....	328
Mirando Dios al alma le da gracia para agradarse de ella.....	329
Los de Dios levantan el alma al amor con valor y merecimientos.....	330
Los del alma que está en gracia merecen adorar á Dios.....	331
Después que están graciosos, adoran con merecimiento.....	331
Operaciones. —Las de los movimientos del alma han de estar dormidas, para no impedir la unión del amor de Dios.....	97
Cuanto el alma va más vacía de las suyas naturales, va más segura.....	98
Oración. —Poca oración tiene, quien con propiedad tiene asimiento á las imágenes.....	12
Debemos perseverar con paciencia, desconfiando de nosotros, por agradar á Dios.....	22
Aunque Dios no oiga luego nuestras oraciones, no dejará de acudir en el tiempo oportuno.....	185
Sin ella no se podrá vencer la fortaleza del demonio.....	192
Por ella se aumenta la devoción y pone el alma las virtudes en ejercicio interior.....	254

P

Padecer. —Más seguro y provechoso es que el gozar y hacer.....	102
En el padecer se añaden fuerzas de Dios, ejercítanse las virtudes, y se hace el alma sabia y cauta.....	102
El más puro padecer trae consigo más puro gozar.....	347
Ayuda para alcanzar grandes bienes de Dios.....	421
Padece mucho el alma cuando Dios la quiere unir consigo.....	466
Pasiones. —Adormécense en la contemplación purificada.....	6
Miserable es la servidumbre del que á ellas se sujeta.....	98
Procuran atraer á sí la razón y la voluntad.....	261
El alma que las ha vencido es comparada á la paloma que con ramo verde volvió al Arca.....	337
Pastor. —Los afectos y deseos del alma se llaman pastores.....	183
Paz —En el desposorio espiritual empieza el alma á tener un estado de deleite y paz.....	233
En el sueño espiritual que tiene en el pecho de su Amado, goza el descanso de la pacífica noche.....	243
Penitencia. —La desordenada y sin obediencia es viciosa.....	21
Incita el demonio á muchos la hagan indiscreta.....	20
Perfección —Perfección es negación de la voluntad y gusto por Dios....	24
Consiste en el perfecto amor de Dios y desprecio de sí mismo.....	111
Tiene la comunicación de Dios en suave paz y amor de Dios, y cesan los arrobamientos.....	229

Hasta que el alma llegue á ella, siempre tiene unos apetitos ó gustillos que sigue.....	303
Alcázanla pocos, porque huyen de la mortificación.....	422
Petición. —Son cuatro las que el alma pide en el matrimonio espiritual....	263
La propia del amor es querer recibir el gozo y sabor del amor.....	344
Asemejarse al Amado y escudriñar sus secretos.....	344
Pobreza —Es contrario á ella el asimiento á la curiosidad de imágenes y relicarios.....	12
Potencias. —Las tres del alma se dicen rosales, que llevan rosas y flores de conceptos divinos, actos de amor y de virtudes.....	261
Llámanse montañas.....	264
Llámanse cavernas.....	439
Son tan capaces de bienes grandes, que no se llenan menos que con lo infinito.....	439
Cualquier cosilla que á ellas se pegue, las embaraza para que no sientan sus inmensos bienes y capacidad.....	439
Estando limpias es intolerable la sed, hambre y ansia del sentido espiritual.	439
Conforme á la hambre y sed de ellas será su satisfacción, hartura y deleite.	466
Presencia de Dios. —Ni la presencia sensible de Dios es más testimonio de presencia, ni la carencia de eso es menos testimonio de ella.....	173
De tres maneras está Dios presente en las almas, por esencia, gracia y presencia espiritual de algún consuelo.....	214
Principiantes. —Pórtase Dios con ellos como la madre con su pequeñito..	7
Muchas son las imperfecciones acerca de la soberbia.....	8
Huyen de tratar con los Maestros, que no aprueban su espíritu.....	9
Huyen de confesar claramente sus faltas, porque no les tengan en poco...	9
Tienen también muchas imperfecciones acerca de la avaricia espiritual. . .	11
Tienen algunos movimientos sensuales en las cosas de devoción, causados del demonio ó temor que han cobrado.....	13
Los que aprovechan, tienen las condiciones contrarias á las dichas.....	15
Suelen tener algunas aficiones, que nacen de lujuria y no de espíritu.....	18
Cuando es la afición espiritual, creciendo ella, crece la de Dios.....	18
Aíranse contra otros, y contra sí mismos si no se ven perfectos muy presto.	19
En las cosas de devoción y penitencia, más se guían por el gusto que por la razón y obediencia.....	20
Huyen del camino de la Cruz.....	23
Purifícalos Dios con tentaciones.....	23
Al mejor tiempo se les esconde Dios, para sacarlos de sus imperfecciones.	27
Su estado es meditar y hacer actos discursivos.....	445
Para desarraigar los sentidos del siglo, aprovéchense del sabor y jugo sensitivo.....	445
Purgación activa del sentido. —Háse de purgar bien el sentido, para recibir los deleites y noticias de Dios.....	421
Purgación pasiva del sentido. —Cuando Dios purga las almas según el sentido, no hallan el gusto que solían en las cosas de Dios.....	27
A la gente recogida comunmente y con más brevedad pone Dios en esta purgación.....	27
Pónense señales para conocer si el espiritual va por esta purgación.....	28

En esta purgación, aunque la parte sensitiva esta flaca para obrar, el espíritu está pronto y fuerte.	29
En este estado, querer obrar por habilidad propia, estorba la obra que Dios hace en el alma.	31
Entonces entra en esta Noche, cuando no se puede holgar con el sentido de la imaginación.	31
Padecen aquí los espirituales grandes penas, por temor de que Dios los deja.	33
Han menester quien los guíe en este tiempo y atienda, para que no dejen el camino ó aflojen en él.	33
Conténtense con sola una advertencia amorosa y sosegada en Dios.	34
Padece aquí el alma, y se cura de muchas imperfecciones, y ejercita las virtudes.	36
Aquí conoce su miseria y bajeza, que en la prosperidad no conocía.	38
Enseñanse en esta purgación las almas á tratar con Dios con más comedimiento y cortesía.	39
Libranse de las imperfecciones de los siete vicios.	43
Aprovecha en la continua memoria de Dios, limpieza de conciencia y ejercicio en las virtudes.	45
Granjea libertad de espíritu, con los doce frutos del Espíritu Santo y pureza en el amor de Dios, con ansias de servirle.	46
A los que han de pasar de esta purgación á la del espíritu, ejercita Dios con muchos trabajos.	48
Compadécense con esta purgación algunas imperfecciones.	53
Para válida purgación del sentido es necesaria la del espíritu.	56
Véase la palabra <i>Contemplación</i> .	
Purgación del espíritu. —No se entra luego en la purgación del espíritu en saliendo de la del sentido.	51
Es necesaria, para purificar las habituales imperfecciones, que impiden la Divina unión.	55
Hácese esta purgación en la contemplación infusa, con particulares efectos en el alma.	58
Es grande pena para el alma, conocer aquí que no es digna de Dios ni de criatura alguna, y temer que nunca lo será.	60
Padece tanto en el sentido y espíritu, como si estuviera debajo de alguna inmensa carga, y tomaría por partido el morir.	61
Tanta es aquí la flaqueza del alma, que la mano blanda y suave de Dios, se le hace grave.	61
Deshace y desmenuza Dios al alma de modo, que se siente estar deshaciendo á vista de sus miserias con muerte de espíritu cruel.	62
Cuando esta purgación aprieta, siente el alma sombra de muerte y dolores del infierno muy al vivo.	63
Añádesele mayor pena, pareciéndole es para siempre.	63
Esta purgación sirve de purgatorio, porque le parece al alma que ve abierto el infierno.	65
Purifica Dios al espíritu hasta que esté tan sutil y sencillo que pueda hacerse uno con el espíritu de Dios.	69
Aniquila esta purgación todo lo que á ella es contrario.	70

Lo que ella más le aflige, es no poder levantar las potencias y mente á Dios.	71
Tanto más oscura es al alma la luz sobrenatural, cuanto ella en sí es más clara y pura.....	73
En esta oscuridad conoce lo que es más perfecto ó no, con más claridad que antes.....	74
Oscece Dios al espíritu por darle más luz.	75
Una sola afición habitual ó actual impide el íntimo sabor de espíritu que se comunica en esta purgación.....	75
Con ella se dispone para recibir la tranquilidad y paz interior.....	78
Para gozar de los bienes, dones y virtudes que se dan por esta purgación, le ha de parecer que nunca llegará á ellos.....	80
La misma luz y sabiduría amorosa que ha de trasformar al alma, la purga.	81
De aquí se colige la manera de purgar los del purgatorio.....	82
Cuanto más por el amor se purga, en él se enciende más.....	83
Padece sin consuelo ni esperanza cierta de alguna luz y bien espiritual..	87
Esta alma no ve con esta luz purgativa sino sus pecados y miserias.....	95
En los horrores, recelos y angustias de esta noche está el alma muy segura.	98
Háse de purgar, y adelgazar el espíritu para venir á la unión con Dios... 421	
Véase la palabra <i>Contemplación</i> .	
Purgación pasiva de la memoria. —Pena de sus miserias.....	68
De qué proceden sus enajenamientos.....	72
Cuanto menos tiene el alma de otras noticias, más oscura le parece la iluminación Divina.....	72
Causa vivo conocimiento de las cosas.....	78
Purgación pasiva de la voluntad. —Son grandes los aprietos que aquí tiene, considerando los regalos que perdió y la incertidumbre del remedio.....	66
Menos es lo que se puede decir, que lo que padece la voluntad.....	66
Purgatorio. —Padecen las almas cierta duda de la duración de sus penas..	70
Su fuego no tiene poder en los que no tienen imperfecciones en qué padecer.....	82
En él se purgan las almas con fuego tenebroso y material; en esta vida con amoroso, espiritual y tenebroso.....	88

R

Raptos —El espíritu del alma es arrebatado en el cuerpo.....	229
No desampara el cuerpo de la vida natural, mas no ejercita sus operaciones en él, déjale sin sentido.....	229
Recelos. —Véase <i>Purgatorio</i> y <i>Purgación del sentido</i> .	
Recuerdos divinos. —Es un movimiento del Verbo en el alma, de señorío, gloria y de íntima suavidad.....	476
Conoce el alma que todas las criaturas tienen su duración y vida en Dios, como en su causa.....	477
Por este recuerdo se trasluce y divisa el rostro Divino, lleno de gracias, con lo que está haciendo.....	478
Totalmente es indecible lo que en él siente el alma de la excelencia de Dios.....	479

Queda suavizada y agraciada en el que encierra todas las suavidades y gracias.....	479
Puede sufrir estos Divinos recuerdos, por mostrársele Dios manso y amoroso.....	480
En el recuerdo del alto conocimiento de la Divinidad, la aspira el Espíritu Santo, llenándola de bondad y gloria.....	483
Revelación —Por vía de paso puede Dios manifestar su esencia al alma en esta vida.....	394
Religiosos —Más en breve que á otros los pasa Dios del estado de meditación al de contemplación.....	445
Niegan más presto las cosas del siglo, para acomodar á Dios el sentido y el apetito.....	445

S

Sabiduría —La Divina sabiduría es para el alma noche oscura, pena y tormento.....	59
Nunca da Dios sabiduría mística sin amor, pues el mismo amor la infunde.....	88
La más alta unión es con esta Divina sabiduría.....	424
Es comparada á la rueda de Ezequiel llena de ojos.....	438
Es el depósito de los tesoros del Eterno Padre.....	439
Mueve todas las cosas, quedándose inmoble.....	478
Sentido —No será muy espiritual quien se arrima á la habilidad y discurso natural.....	416
Para desarraigarlos del siglo se han de habituar con los actos interiores y sabor y jugo sensitivo.....	445
El sentido, ni su obra, no es capaz del espíritu.....	458
Véanse <i>Apetito</i> y <i>Purgatorio</i> .	
Sequedad .—Es causa de sequedad la afición ó advertencia cuando el alma está en paz interior.....	34
Por medio de las sequedades se purga el sentido de las fuerzas y aficiones naturales.....	36
No son testimonio de la ausencia de Dios.....	113
La interior es causa de apagar en la Esposa el jugo y suavidad interior..	254
Ciérrase la puerta á la espiritual, no deseuidándose en la devoción.....	254
Impiden la sequedad el cuidado de las obras y guardar el alma en las ocasiones.....	255
Soberbia —Están llenos de ella los principiantes que no entran en la Noche oscura.....	8
Las obras con soberbia hechas, se vuelven en vicio.....	8
Véase <i>Principiantes</i> .	
Soledad .—No se halla Dios sino en la soledad.....	97
Es disposición para que el alma sea movida y guiada por el Esposo.....	340
Por ella se viene á la unión del Verbo y á todo refrigerio y descanso.....	341
En ella levanta Dios al alma á las cosas Divinas.....	341
Es herido Dios del amor de su esposa en soledad.....	342
Hace Dios gran merced á una alma que la lleva por el estado de soledad.	464

T

Temor de Dios .—Codicia siempre obrar mucho los mandamientos de Dios.....	114
No se compadece con la caridad el temor de las adversidades.....	218
Teresa de Jesús .—Dejó nuestra gloriosa madre Santa Teresa de Jesús escritas las cosas de espíritu admirablemente.....	229
Toques divinos .—Las mercedes que Dios hace al alma por si mismo, son unos toques sustanciales de Divina unión.....	130
A los sustanciales de Dios no se llega sino por desnudez y escondrijo espiritual de todo lo que es criatura.....	130
El toque de centella es sutilísimo, y enciende el corazón en fuego de amor y alabanzas de Dios.....	292
Toca la sustancia de Dios en la sustancia del alma.....	419
Es imposible decirse la delicadez del deleite que en este toque se siente..	419
Es para ella más curioso, hermoso y dulce, que todas las hermosuras y dulzuras, con exceso infinito.....	644
Pagan deudas que con todo el resto no se pagarían.....	644
En un toque de amor siéntese el alma quedar bien pagada de sus trabajos.	420
Trabajos .—Quien no los padece, no puede arribar á la Divina sabiduría..	48
Por ellos se llega á los subidos toques del amor Divino.....	90
En ellos prueba Dios la fe de su Esposa.....	120
No se puede llegar á la espesura y riquezas de Dios, sino entrando en la espesura del padecer.....	348
Enseñan y hacen docto al hombre.....	421
Mucho ha de padecer aquel á quien Dios hace tan señalada merced....	423
Han de tener grande constancia en ellos, recibéndolos de mano de Dios.	424
Mucho se han de estimar los interiores, por ser pocos los que merecen padecerlos.....	424

U

Unión del alma con Dios .—En el estado perfecto de unión no se compadecen habituales imperfecciones.....	53
Ha de estar para ella el alma dotada de cierta magnificencia gloriosa en la comunicación con Dios.....	77
Es necesario que esté en pobreza de espíritu.....	77
La luz y sabiduría Divina que la transforma, la purga.....	82
Estando sosegada según todas sus potencias, la alcanza.....	131
Ha de tener quietas las potencias al modo del estado de la inocencia....	131
Gusta el alma en esta Divina unión, abundancia y riquezas inestimables..	234
Embístenle aquí las virtudes y gracias del Amado, y amorosísimamente se le comunican.....	239
Tiene sosiego y quietud en conocimiento de Dios.....	244
Es suavísimamente levantada á la luz Divina.....	244
Aquí un mismo amor, unas virtudes y deleite es de Dios y del alma.....	286
Están ya las virtudes perfectas y puestas en ejercicio de obras heroicas...	286

En cierta manera se iguala el alma con Dios.....	287
Ningún enemigo la puede enojar.....	287
Para venir á la perfecta unión con Dios se ha de pasar por muchos trabajos.	421
Padece mucho la que Dios dispone para unirla consigo.....	466
La voluntad, cuando más unida está en Dios, está más libre.....	472
En ella se comunican recuerdo y aspiración de comunicación de gloria..	475
Muchas almas se privan de llegar á la perfecta unión con Dios por huir de los trabajos y buscar el camino ancho de su consuelo.....	422
v	
Verdad —Conócese con dificultad en esta vida.....	103
Las Divinas verdades se significan por los ojos.....	223
Vida .—La del espíritu es verdadera libertad y riqueza.....	98
El empleo en las cosas del siglo, es muerte de la vida espiritual.....	426
Virtud .—Consisten y se granjean las virtudes con un medio.....	20
Las tres teologales son el disfraz de amor con que el alma agrada á Dios.	120
Las tres teologales apartan al alma de lo que es menos que Dios y la juntan con él.....	123
No puede obrar las heroicas quien está flaco en el amor.....	220
Las virtudes se obran con fortaleza.....	281
Todas las del alma perfecta florecen en la caridad y amor del Rey del cielo	288
Sirven al que las ganó de corona, premio y defensa.....	290
Las que se adquieren en la juventud, son escogidas, y muy aceptas á Dios.	319
No obra Dios las virtudes en el alma sin ella.....	321
Cuando está el amor sólido en Dios, están floridas en amor de Dios.....	322
En faltando en una, se falta en todas.....	326
No obran en el alma, aunque las haya, si no son movidas del Espíritu Santo.	326
En la flaqueza se perficiona, y en ejercicio de pasiones se labra.....	421
Visión .—Suele Dios dar licencia al demonio, para que represente al alma visiones falsas entre las buenas.....	128
Voluntad .—Unida con el Divino amor, ya no ama, sino con la fuerza y pureza del Divino Espíritu.....	58
En los bienes espirituales puede amar sin entender el entendimiento.....	90
Es imposible por vía natural ame sino lo que entiende.....	299
La voluntad, convertida en la de Dios, es ya la voluntad de Dios.....	354
Su vacío es hambre de Dios que la hace desfallecer.....	440
Voz .—Es el Esposo para la Esposa un sonido y voz espiritual sobre todo sonido y sobre toda voz.....	237
Dios es voz infinita, y la voz que da en el alma, es el efecto que en ella hace.	238

ÍNDICE

de los Tratados y párrafos contenidos en este segundo tomo.

= NOCHE OSCURA =

Páginas.

APROBACIONES.

ADICIONES AL TOMO I.....	IX
INTRODUCCIÓN Á LA NOCHE OSCURA.....	XIII
Argumento y Canciones.....	1

Noche oscura del sentido.

Declaración de la primera Canción.....	5
<i>Verso primero</i>	6
§ I.—Comienza á tratar de las imperfecciones de los principiantes.....	6
§ II.—De algunas imperfecciones espirituales que tienen los principiantes acerca del hábito de la soberbia.....	8
§ III.—Prosigue la misma materia.....	10
§ IV.—De las imperfecciones que suelen tener algunos de éstos acerca del segundo vicio capital, que es la avaricia espiritualmente hablando.....	11
§ V.—De otras imperfecciones que suelen tener estos principiantes acerca del tercer vicio, que es la lujuria.....	13
§ VI.—De las imperfecciones en que caen los principiantes acerca del vicio de la ira.....	19
§ VII.—De las imperfecciones acerca de la gula espiritual.....	20
§ VIII.—De las imperfecciones acerca de la envidia y acidia espiritual. . . .	23
§ IX.—En que declara el primer verso de la primera Canción y se comienza á explicar esta noche oscura.....	25
§ X.—De las señales en que se conocerá que el espiritual va por el camino de esta noche y purgación sensitiva.....	28
§ XI.—Del modo con que se han de haber éstos en esta noche oscura.....	32
<i>Verso segundo</i> (explicación).....	35
<i>Verso tercero</i> (explicación).....	36
<i>Verso cuarto</i>	37
§ I.—Explicase este verso.....	37
§ II.—De los provechos que causa en el alma esta noche.....	38
§ III.—De otros provechos que causa en el alma esta noche del sentido. . . .	43
<i>Verso quinto</i> .—Declárase este último verso de la primera Canción.....	47

Noche oscura del espíritu.

§ I.—Comiézase á tratar de la noche del espíritu. Dicese á qué tiempo comienza.....	51
§ II.—De algunas imperfecciones que tienen estos aprovechados.....	53
§ III.—Anotación para lo que se sigue.....	55
CANCIÓN PRIMERA.—Declaración.....	57
§ I.—Comienza á declarar cómo esta contemplación oscura no sólo es noche para el alma, sino también pena y tormento.....	58
§ II.—De otras maneras de pena que el alma padece en esta noche.....	61
§ III.—Prosigue en la misma materia. De otras aflicciones y aprietos de la voluntad.....	66
§ IV.—De otras penas que afligen al alma en este estado.....	71
§ V.—Cómo, aunque esta noche oscurece al espíritu, es para ilustrarle y darle luz.....	75
§ VI.—Explicase de raíz esta purgación por una comparación.....	81
<i>Verso segundo</i>	84
§ I.—Comiézase á explicar el segundo verso de la primera Canción. Dice cómo el alma, por fruto de estos rigurosos aprietos, se halla con vehemente pasión de amor divino.....	84
§ II.—Dice cómo esta horrible noche es purgatorio, y cómo en ella ilumina la Divina Sabiduría á los hombres en el suelo con la misma iluminación que purga é ilumina á los ángeles en el cielo.....	88
§ III.—De otros sabrosos efectos que obra en el alma esta oscura noche de contemplación.....	91
<i>Versos tercero, cuarto y quinto</i>	96
§ IV.—En que se ponen y explican los tres versos últimos de la primera Canción.....	96
CANCIÓN SEGUNDA.—Declaración.....	98
<i>Verso primero</i> .—Explicase cómo yendo el alma á oscuras, va segura.....	99
<i>Verso segundo</i>	105
§ I.—Explicase cómo esta oscura contemplación sea secreta.....	105
§ II.—Declárase cómo esta sabiduría secreta sea también escala.....	109
§ III.—Comienza á explicar los diez grados de la escala mística de amor divino según San Bernardo y Santo Tomás. Pónense los cinco primeros.....	112
§ IV.—Pónense los otros cinco grados de amor.....	116
§ V.—Declárase esta palabra <i>disfrazada</i> y dicensen los colores del disfraz del alma en esta noche.....	119
<i>Verso tercero</i> .—Explicase el tercer verso de la segunda Canción.....	123
<i>Verso cuarto</i> .—Declárase el cuarto verso. Dice el admirable escondrijo en que es puesta el alma en esta noche, y cómo, aunque el demonio tiene entrada en otros muy altos, no en éste.....	124
<i>Verso quinto</i> .—Acábase de explicar la segunda Canción.....	131
CANCIÓN TERCERA.—Declaración.....	133

Cántico espiritual.

Declaración de las Canciones del Cántico de segunda escritura.

	Páginas.
Introducción.....	137
Canción 1. ^a	172
Idem 2. ^a	183
Idem 3. ^a	187
Idem 4. ^a	193
Idem 5. ^a	195
Idem 6. ^a	198
Idem 7. ^a	200
Idem 8. ^a	204
Idem 9. ^a	207
Idem 10.....	211
Idem 11.....	214
Idem 12.....	221
Idem 13.....	226
Idem 14 y 15.....	233
Idem 16.....	249
Idem 17.....	254
Idem 18.....	260
Idem 19.....	263
Idem 20 y 21.....	267
Idem 22.....	277
Idem 23.....	282
Idem 24.....	285
Idem 25.....	290
Idem 26.....	297
Idem 27.....	305
Idem 28.....	309
Idem 29.....	315
Idem 30.....	318
Idem 31.....	325
Idem 32.....	329
Idem 33.....	333
Idem 34.....	337
Idem 35.....	340
Idem 36.....	344
Idem 37.....	349
Idem 38.....	353
Idem 39.....	359
Idem 40.....	366

Declaración de las Canciones del Cántico de primera escritura.

	Páginas.
Dos palabras.....	483
Canción 1. ^a	501
Idem 2. ^a	505
Idem 3. ^a	508
Idem 4. ^a	511
Idem 5. ^a	513
Idem 6. ^a	515
Idem 7. ^a	517
Idem 8. ^a	520
Idem 9. ^a	521
Idem 10.....	524
Idem 11.....	525
Idem 12.....	528
Idem 13 y 14.....	532
Idem 15.....	543
Idem 16.....	546
Idem 17.....	550
Idem 18.....	555
Idem 19.....	557
Idem 20.....	559
Idem 21.....	561
Idem 22.....	564
Idem 23.....	566
Idem 24.....	568
Idem 25.....	570
Idem 26.....	573
Idem 27.....	476
Idem 28.....	580
Idem 29 y 30.....	581
Idem 31.....	586
Idem 32.....	588
Idem 33.....	590
Idem 34.....	592
Idem 35.....	594
Idem 36.....	598
Idem 37.....	601
Idem 38.....	606
Idem 39.....	611

Llama de amor viva.

De la segunda escritura.		De la primera escritura.	
	Páginas.		
Introducción	373	Observaciones.....	618
Declaración de la Canción 1. ^a	388	Declaración de la Canción 1. ^a	622
Idem de la 2. ^a	409	Idem de la 2. ^a	634
Idem de la 3. ^a	429	Idem de la 3. ^a	645
Idem de la 4. ^a	475	Idem de la 4. ^a	672

== Í N D I C E S ==

Tabla de los lugares de la Sagrada Escritura.....	679
Índice de las cosas notables.....	693

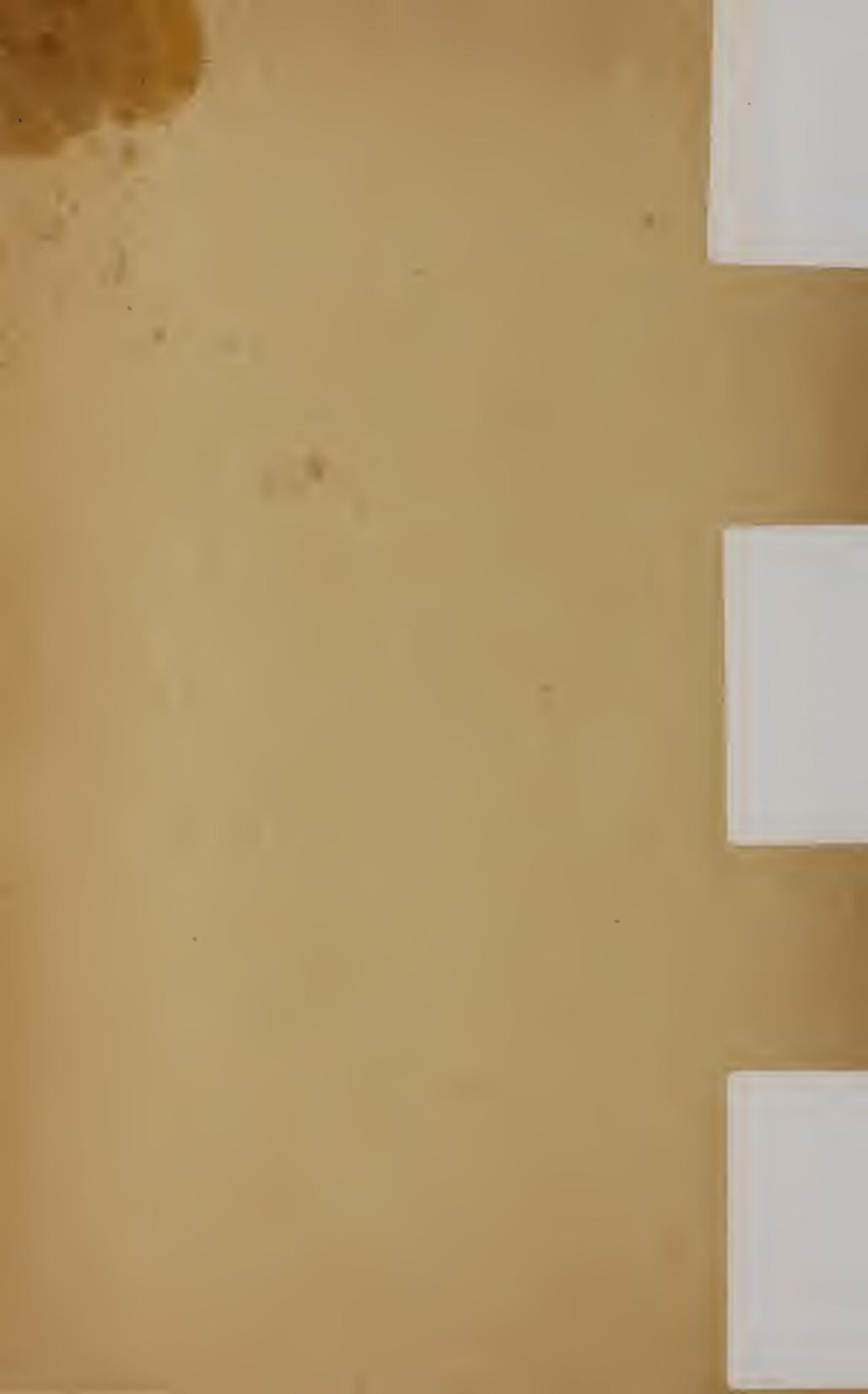


ERRATAS

PÁGINA	LÍNEA	DICE	LÉASE
XV	15	de ella se les seguirá	de ellas se les seguirán
XVII	19	según lo prometió	según lo prometido
29	19	gustando al espíritu	gustando el espíritu
32	10	porque por su ventura	porque por ventura
111	29	que por aquí	porque aquí
145	40	Religiosos y Religiosas de Loeches	Religiosos y Religiosas de Valladolid
199	31	aumentánle y despiertánle	auméntanle y despiértanle
220	26	la cabe	la acabe
228	31	no quisiera ello	no quisiera ella
239	17	se sienten	se siente
240	15	por oído	por el oído
252	18	convienen	conviene
252	20	esto	esto
304	5	cerca de	acerca de
355	31	eadem dilectio	eadem dilectio
379	34	en primer cántico el	el primer cántico en
454	28	se va vaciando	se va vaciando
470	30	Calor y luz da	Calor y luz dan
479	15	de que ella	de que ella
506	18	ofreciéndoselos	ofreciéndoselas
526	7	cuya agua saltaría	cuya agua saltaría
544	27	yo ó ti.	yo á tí
560	4	Da hoy no fuere más vista	De hoy más no fuere vista
575	22	Entiendo aquí	Entendiendo aquí
596	30	ad collem thuris	ad collem thuris
623	17	de sacrificio	del sacrificio
644	39	manos blandas, banda	manos blandas, blanda
657	5	Y así totalmente el alma	Y así totalmente si el alma
659	26	sea llegado el término	se ha llegado al término
665	20	(a)	(c)
667	32	deleile	deleite
670	5	y ciegos con	y ciego con
676	15	lo que hace al caso, que es la que el	la que hace al caso, que es la que en el

ADVERTENCIA.—Por descuido involuntario quedaron sin corregir en el primer tomo las siguientes erratas: 1.ª Carmelitas Descalzos; Carinelitas Descalzas (pág. XXI, línea 21).—2.ª Dejó las disciplinas, dejó los cilicios; Dejo las disciplinas, dejo los cilicios (Vida, pág. 80, línea 9).—3.ª Los ambos; ambos (página 20, línea 4).—4.ª Has de dejar del todo al todo; has de dejar del todo á todo (grabado del Monte).—5.ª No tienes puro Dios tu tesoro; No tienes puro en Dios tu tesoro (en el mismo lugar).







Princeton Theological Seminary Libraries



1 1012 01171 9236



